

843k6/10

D662

*Kury Dold-Mijáilik*

# A solas con el enemigo







***Yury Dold-Mijáilik***

# A solas con el enemigo

*Kiev  
Editorial "Dnipro"  
1978*

*Yury Dold-Mijáilik* (1903-1966) es un célebre escritor ucraniano soviético. Adquirió gran popularidad y prestigio con su novela *A solas con el enemigo* (1956). La novela ha sido editada varias veces en ucraniano y ruso, constituyendo su tirada casi dos millones de ejemplares. También se publicó en polaco, checo, eslovaco, rumano, húngaro, alemán y otros idiomas.

*A solas con el enemigo* abarca un período de casi tres años de la Gran Guerra Patria. Los acontecimientos se desarrollan tanto en el frente, como en la retaguardia enemiga — en Alemania, Francia e Italia.

...En uno de los sectores del Frente Bielorruso se fuga al bando alemán un joven teniente soviético. Ninguno de los fascistas, incluso el mismo coronel Berthold, oficial del Estado Mayor e íntimo amigo de Himmler, pudieron suponer que el enmascarado desertor Barón Von Goldring, hijo del viejo amigo de Berthold, era el agente soviético Grigory Goncharenko.

Traducción del ucraniano

de

*Marina Petrashova y Stepán Rizvaniuk*

# primera parte





## Una visita inesperada

El teléfono sonó con insistencia durante largo rato.

En otros tiempos el coronel Berthold, jefe de la sección I-Z, ya se habría lanzado al aparato, saltando del sofá donde estaba recostado. Pero esta vez ni siquiera se movió y siguió acostado como antes con los ojos cerrados, con lo que daba la impresión de estar dormido.

El Hauptmann Kockenmüller, edecán del coronel, llamó varias veces a la puerta del despacho y al no obtener respuesta la entreabrió un poco. El coronel seguía tendido en el sofá con los ojos cerrados. Entonces la volvió a entornar suavemente para no turbar la calma de su jefe.

Kockenmüller sabía que Berthold se había pasado en vela la noche anterior y sólo después de la llamada de Himmler a la madrugada llegó a conciliar el sueño. El edecán no alcanzó a oír toda la conversación telefónica de Berthold, porque al ver al coronel plantado delante del aparato en posición de firme hablando tan respetuosamente con su interlocutor, se retiró del despacho en puntillas, sin olvidarse, claro está, de dejar la puerta entreabierta. Por las frases sueltas que llegaban a la habitación del Hauptmann se entendía fácilmente que esta conversación con Himmler era una agradable sorpresa para el coronel.

Claro que después de una conversación así, Berthold se podía dar el lujo de quedarse media hora a solas con sus pensamientos. Su actividad en esa Bielorrusia tan boscosa, que por esa causa resultaba especialmente peligrosa para el ejército del Führer, había sido dignamente valorada por el mando supremo; Himmler así se lo dio a entender sin ambigüedades al decirle que se le estaba preparando un campo mucho más amplio de actividad. ¡Era un motivo más que suficiente para cambiar de rutina y ponerse a soñar!

En realidad Willy Berthold no era ningún soñador. Como oficial de profesión del servicio secreto alemán al que

le había consagrado toda su vida, su única aspiración era prosperar en la carrera y asegurar con ello el bienestar de su pequeña familia. Pero la conversación que acababa de mantener le hizo avivar un tanto la imaginación. ¡No era para menos! De repente se le presentaba la oportunidad de abandonar esas tierras tan inhospitalarias. En su vida Berthold se hubiera atrevido jamás y por ningún motivo a pedir su transferencia a parte alguna. Ello podría arruinar su carrera y perjudicar su reputación de oficial preocupado sólo en cumplir las órdenes del mando con absoluto desinterés personal. Pero ahora, cuando el propio Himmler...

Una nueva llamada telefónica interrumpió estas agradables reflexiones.

“¿Quién podrá ser tan temprano?”, cruzó por la mente de Berthold y en ese mismo instante oyó golpear suave, pero insistentemente a la puerta de su despacho.

— ¡Adelante! — musitó con negligencia el coronel sin abrir los ojos.

Le llaman por tercera vez desde el mando de la división doce — pronunció en voz baja Kockenmüller.

— ¿Qué hay? — Berthold miró por entre los párpados semientornados la figura tiesa del edecán y no pudo dejar de notar que la noche pasada en vela casi no había dejado huellas en el Hauptmann. Su pelo ralo estaba como siempre alisado con gomina, sus mejillas prolijamente afeitadas, y sus grandes ojos descoloridos no demostraban fatiga alguna.

— La noche anterior se pasó a nuestro lado un oficial ruso. Al encontrarse en el mando de la división doce se negó a dar explicaciones de ninguna especie e insistió en ser traído a su presencia, señor coronel.

— ¿A la mía?

— Sí, señor coronel. No sólo demostró estar al tanto de su apellido y cargo, sino incluso de su nombre.

— ¿Qué-é? — Berthold se sentó en el sofá asombrado.

— Cosa rara efectivamente — consintió Kockenmüller —. ¿De dónde puede saber su apellido un oficial ruso?

— Peor aun, ¡mi nombre!

— De cualquier forma me atrevo a aconsejarle que se cuide, mi coronel. Porque no se excluye la posibilidad de que a ese oficial se le haya enviado en misión secreta con el fin de cometer un atentado contra usted.

— ¡Bah, sobreestima la importancia de mi persona, Herr \* Hauptmann. Un atentado contra un simple oficial que soy...

— Pero señor coronel...— intentó contradecir el edecán.

— Se justificaría en el caso de que se tratara por lo menos del jefe de un cuerpo de ejército — continuaba diciendo Berthold sin escucharle.

— El señor coronel debe tomar en consideración que no se trata de un simple oficial — observó con fogosidad Kockenmüller — sino de un oficial que tiene el honor de ser amigo personal de Himmler. Para los bolcheviques eso basta.

— ¿Usted cree?

— ¡Estoy seguro!

— ¿Qué le transmitió al mando de la división?

— Mandé traer los documentos del tráfuga en su nombre y detenerlo hasta nueva orden.

— ¡Muy bien! ¿Trajeron los documentos?

— Sí, mi coronel.

— ¡Enséñemelos!

Kockenmüller salió rápidamente del despacho para volver al instante y dejar pasar delante suyo al jefe de brigada, un hombre rechoncho y corto de estatura.

— ¡Tengo orden de entregar este paquete en sus propias manos, señor coronel! — machacó el hombre al tenderle un tremendo sobre.

Después de desaparecer tras la puerta la figura del jefe de brigada, Berthold rasgó el sobre con esmero y sacó con cuidado los documentos enviados. Éran éstos un gran mapa topográfico de la región de los hechos militares y una credencial de oficial ruso.

El coronel le echó una ojeada al mapa y se lo tendió en silencio al edecán. Éste lo fijó con chinchas en una mesita y después de extraer la lupa de un cajón, se reclinó con todo su cuerpo sobre el mapa en busca de ciertos indicios secretos. Kockenmüller se enfrascó tanto en su análisis que se sobresaltó al oír la voz de su jefe.

— ¿No le parece que las facciones de este tráfuga no son típicas para un ruso?

Kockenmüller se le acercó al jefe por la espalda para mirar la fotografía.

— Ko-ma-rov...— silabeó el nombre por encima de su

---

\* Herr (alem.) — señor.

hombro y nuevamente dejó correr su mirada por la foto —. Sí, señor coronel; parece la cara de un europeo, yo diría hasta la de un ario. Fíjese en esa frente alta y esa nariz recta y aristocrática. J.

— ¡Comuníquese con la sección de operaciones para que me traigan aquí al transfuga!

Recostándose en el respaldo del sillón, Berthold volvió a cerrar los ojos para revivir en la memoria cada frase de su conversación matutina con Himmler. Pero el estado de ánimo agradable y soñador no quería volver. Quizás la culpa la tuviese la voz de Kochkenmüller, cuyo agudo timbre le llegaba a ráfagas de la habitación contigua. ¡Cuánto tarda en comunicarse con la sección de operaciones! ¡Y ahora ese transfuga! ¿Por qué insistirá en quererlo ver a él nada más? De cualquier forma todo se aclarará muy pronto.

El coronel volvió a abrir la tarjeta militar y observó detenidamente la foto de la persona que iba a comparecer ante él de un minuto para otro. Un rostro atractivo por cierto. ¿Adónde habría visto antes esa boca chica de labios apretados?

— ¡Su orden está cumplida, señor coronel! — informó Kockenmüller desde la puerta y agarrando una silla la plantó en medio de la pieza.

— Cuando usted lo invite a sentarse aquí, yo estaré en el sillón junto a la mesa —. Kockenmüller frunció el seño, haciendo detener la mirada en la silla para volverla a deslizar por el sillón.— Por la tanto, entre usted y el transfuga habrá una persona dispuesta a defenderlo en cualquier momento.

El Hauptmann desabrochó la pistolera y examinó el arma.

— Bah, no creo que lleguemos a eso, aunque...

Al oír pasos en la habitación contigua, Kockenmüller abrió la puerta. En el umbral apareció el subjefe de la guardia del estado mayor.

— ¡Señor coronel, su orden de hacer llegar al transfuga ruso está cumplida!

— ¡Que entre!

— ¿Bajo convoy?

— No, deje la guardia tras la puerta. Está desarmado, ¿no?

— Sí, señor coronel.

El primer teniente desapareció detrás de la puerta y acto seguido dejó penetrar en el despacho a un joven de estatura mediana, de unos veinte o veintidos años, en uniforme de teniente del Ejército Soviético.

Berthold deslizó rápidamente la mirada por la cara del recién llegado y luego por la tarjeta militar que tenía sobre la mesa. No le cabían dudas de que delante de él se hallaba el original del que se había tomado la foto, aunque no tenía el cabello peinado para atrás como en la fotografía. Ahora lo tenía partido con una raya al medio y por eso los rasgos del delgado rostro tostado por el sol parecían aun más expresivos. Especialmente la nariz y la boca pequeña de labios finos y apretados.

— ¡Buenos días, señor coronel! — saludó el joven en perfecto alemán al talonear.

Por unos segundos reinó el silencio. Por entre los párpados semiabiertos, Berthold observaba atentamente la cara del recién llegado, como si palpara con la vista cada rasgo suyo. El tránsfuga soportó tranquilamente esa mirada. Berthold pareció captar una cierta sonrisa en los grandes ojos de un castaño claro.

— ¡Buenos días, señor Komarov! — exprimíó por último el coronel.

— ¿Esta noche usted se pasó de los rusos a nuestro lado e hizo todo para encontrarse conmigo?

— ¡Exactamente! Esta madrugada pasé la línea de la frontera e insistí en que se me diera audiencia con el coronel Berthold.

— ¿Usted le conoce personalmente? — preguntó el coronel, echando una mirada significativa al edecán.

— Sí, yo le conozco a usted personalmente.

— ¿Pero de dónde? — Berthold ni siquiera intentó disimular su asombro —. Y, dígame, ¿por qué quería verme a mí y no a otro?

El tránsfuga dio un paso hacia adelante. Kockenmüller se puso todo en tensión. Sus dedos se crisparon en la culata de la pistola.

— Le quiero pedir permiso para sentarme. El señor Hauptmann puede quedarse tranquilo, ya que sabe muy bien de que estoy desarmado — dijo el tránsfuga con una sonrisa.

— Siéntese —. Berthold indicó la silla plantada en medio del cuarto.

Al tomar asiento, el joven, muy seguro de sí mismo, se

puso a desentornillar el taco de su bota. Kockenmüller, por si acaso, le quitó la funda a la pistola y se la colocó sobre sus rodillas. ¡Vaya uno a saber el contenido de esa pequeña cajita metálica que extraía el tránsfuga de su taco! Pero el joven ya había abierto la cajita y hacía caer de allí unos papelitos en la palma de su mano.

— Haga el favor de entregárselos al coronel — solicitó, dirigiéndose a Kockenmüller.

El edecán tomó los papelitos sin quitarle de encima los ojos al misterioso ruso y se los llevó sobre la mano tendida al escritorio de su jefe. Mientras tanto el recién llegado miraba con aire indiferente el despacho, con lo que tranquilizó definitivamente a Kockenmüller. Y más aun al notar los asombrosos cambios que se producían en la expresión de la cara de su jefe.

— ¿Qué-é-é? — exclamó Berthold perplejo.

— Sí, señor coronel... — una sonrisa apenas perceptible cruzó por los labios del prófugo —. Tengo el honor de presentarme: ¡Heinrich von Goldring! — dijo, y de un salto se puso de pie cuadrándose.

— ¿Pero cómo?, ¿de dónde? — de un manotazo el coronel hizo a un lado el sillón y también se puso en pie.

— Se lo voy a explicar en seguida, pero quisiera hablar con usted a solas...

— Ah, pero claro... — la mirada de precaución del edecán le detuvo —. El Hauptmann Kockenmüller es mi mano derecha y usted puede hablar con toda franqueza, como si estuviéramos a solas... A propósito. ¿Usted fuma? ¡Sirvase!

El coronel corrió la caja de cigarros hacia el borde del escritorio. El tránsfuga se inclinó en silencio, le mordió la punta al cigarro y le dio varias bocanadas profundas, después de prenderlo del encendedor amablemente tendido por Kockenmüller.

— Discúlpeme. Hace mucho que no fumo.

— No se apure — dijo Berthold con gentileza.

— Es que esperé demasiado tiempo este encuentro con usted, señor coronel, para dilatar nuestra conversación aunque sea por un minuto... Conforme a los documentos que, según veo, tiene ya estudiados, soy Komarov, Antón Stepánovich, teniente del Ejército Soviético... No. ¡No es ninguna artemaña! Me entregaron esta tarjeta militar personalmente en el estado mayor de la gran unidad, pese a que en realidad soy Heinrich von Goldring, hijo del bien conocido para usted barón Siegfried von Goldring que en

su tiempo tuvo el honor de mantener relaciones muy estrechas y amistosas con usted, señor coronel.

Los ojos del joven se clavaron en el ancho rostro del coronel.

Berthold no pudo ocultar más su emoción. Hasta el propio edecán dejó a un lado la prudencia quitando maquinalmente la mano de la pistolera, echado hacia adelante como si temiera perder una sola palabra de esta conversación tan fuera de lo común.

— ¿Pero cómo pudo el hijo del barón von Goldring ir a parar al Ejército Rojo? ¿Y de qué modo pudo transformarse en Komarov? Pero, hombre, siéntese que estará cansado de todo ese trajinar y la emoción...

— Sí, no me avergüenzo en confesar que estoy emocionado. De sobra tuve trastornos en mi vida bastante corta y fue demasiado el tiempo que esperé este momento de mi encuentro con usted. Si el señor coronel dispone de un poco de tiempo libre para oír un relato más detallado... Créame, yo me siento inmensamente feliz porque al fin puedo pronunciar mi verdadero nombre...

— Lo mismo que yo de oírlo. Ni se puede figurar siquiera lo emocionado que estoy. ¡Vaya, tener un encuentro con el único hijo de mi amigo íntimo de mi lejana juventud! ¡Heinrich von Goldring, el hijo de un colaborador tan abnegado, y en una situación tan curiosa!

— Ese nombre tuve que olvidarlo por mucho tiempo y ahora que usted la pronuncia, me recuerda la cariñosa voz de mi padre. Y yo, yo...

Los ojos de Heinrich se humedecieron y al notarlo Kockenmüller le propuso un vaso de agua. El joven lo bebió de un trago y se le vio algo calmado.

— Como usted sabe, Herr Berthold — continuó —, mi padre Siegfried von Goldring comenzó a trabajar inmediatamente después de la primera guerra mundial en el mismo departamento donde usted a la sazón trabajaba. En 1928, por orden especial del coronel Alexánder, jefe del departamento que usted conoce, mi padre fue trasladado a Rusia. Yo tenía entonces siete años. Sin embargo recuerdo muy bien aquella tarde de verano que pasamos juntos en una inmensa villa y a usted, junto a una bella dama. Más tarde mi padre me explicó que aquella había sido la velada de despedida que usted obsequió en honor de él en su chalet de la Wilhelmstrasse 22. ¿No se habrá confundido mi padre de dirección al contarme sobre la

velada de despedida, pasado ya el tiempo, allá en Rusia?

— ¡Usted tiene una memoria fabulosa! — le interrumpió Berthold —. Es como si los estuviera viendo ahora, a su padre y a usted junto a él. Usted era un chico inquieto y aunque ahora ya es todo un hombre, reconozco los rasgos de aquel chiquilín que nos hacía tanta gracia a los adultos. Será eso seguramente lo que me dejó tan sorprendido en su rostro. Claro, ¡es eso! La misma boca de Siegfried con los labios apretados y ese gesto terco... La boca de él era demasiado chica para los rasgos tan marcados. En cambio los suyos son de un dibujo más fino y en el corte de los ojos se parece más a su madre que al progenitor... Perdóneme la interrupción, pero es que me dejé llevar por los recuerdos.

— Lo mismo me pasa a mí, señor coronel. Usted seguramente recordará que dejamos nuestra patria en 1928 y que mi padre partió a la Rusia Soviética en calidad de especialista extranjero, ¿no?

El coronel asintió con la cabeza.

— Sin embargo ya entonces era necesario adoptar medidas de precaución. Por ello figuraba en el diploma el apellido de Zalezski y también en las recomendaciones a la Casa Bauer. Stanislav Zalezski, de procedencia polaca. A mí por supuesto también me volvieron a bautizar. Recuerdo muy bien que mucho antes de partir, mi padre me inculcaba que mi verdadero nombre no era Heinrich sino Guennadi y que mi apellido era Zalezski; y por último que no era alemán, sino polaco.

— ¡Fue una locura de llevarlo a usted con él!

— Pero usted sabrá que mi padre jamás se separó de mí después de la muerte de mamá, y a Rusia se fue para quedarse allí el máximo tiempo posible.

— Yo le propuse a su padre que lo dejase a usted conmigo...

— Usted tuvo el descuido de comenzar aquella conversación en mi presencia. ¿Recuerda cómo me puse a llorar, aferrándome al brazo de mi padre?

— ¡Pero qué memoria! — exclamó asombrado Berthold.

— Su esposa se enojó entonces con ambos. A propósito, espero que se encuentre bien de salud.

— Frau \* Elsa estará muy contenta de saber de nuestro encuentro.

---

\* Frau (alemán) — señora.

— Remítale mis saludos más cordiales de mi parte. Y a su hija también, a la que yo fastidiaba tanto tirándola de las trenzas... la pequeña Lorchén de cabellos dorados...

— Lorchén es ahora todo una señorita casadera. ¡Es que los años pasan tan rápido!

El coronel Berthold estaba tan visiblemente emocionado que sólo la presencia de Kockenmüller le retuvo de ponerse a hablar en detalle de su hija. El coronel hizo un esfuerzo de voluntad, sobreponiéndose a esa tentación. Su cara adoptó de nuevo el aspecto impenetrable y quieto de los momentos cuando se hallaba en presencia de sus súbditos. Conservar esa expresión en su cara era, según la opinión del coronel, un deber de servicio igual que llevar prendidos todos los botones del uniforme.

Al notar el cambio producido en el ánimo de su interlocutor, Heinrich continuó su relato en forma breve y concisa, sin hacer digresiones líricas.

— Le he quitado mucho tiempo, señor coronel, por ello me limitaré a hablar con brevedad. Al principio mi padre trabajó de ingeniero eléctrico en el Donbás, luego se trasladó a los Urales y en 1930 fue enviado a la construcción de una gran central hidroeléctrica. Usted sabe, señor coronel, de qué central se trata, porque a partir de ese momento mi padre, según sus palabras, mantenía contacto directo con usted por radio y correo, valiéndose de la red de nuestro Servicio Secreto.

— ¡Absolutamente cierto! — confirmó el coronel —. Nuestras relaciones eran de lo más estrechas y ambos estábamos plenamente satisfechos.

— En 1934 mi padre, cumpliendo las órdenes de los jefes superiores, logró que lo trasladasen al Lejano Oriente. Para ese entonces ya se había naturalizado en Rusia.

— Estoy enterado de eso.

— Pero después de su traslado al Lejano Oriente se interrumpió la comunicación directa con usted. Toda la información se transmitía a través de las personas que usted conoce...

Berthold asintió en silencio.

A partir de 1937 yo ya era un activo ayudante de mi padre, quien me enseñó a cifrar los partes enviados y descifrar las instrucciones obtenidas.

— ¡Muy imprudente de parte de un agente tan experimentado como Sigfried!

— Supongo que estará usted de acuerdo conmigo,

señor coronel, en que mi padre tenía demasiado trabajo y muy pocos colaboradores — prorrumpió Heinrich en defensa de su padre —. Además él educó en mí a un verdadero patriota de Alemania y estaba convencido de que ninguna clase de circunstancias me podría obligar jamás a revelar su secreto.

— ¡Continúe, hombre! — le seguía alentando el coronel.

— Todo iba del mejor modo posible, pero en 1938 sucedió lo irreparable: los agentes de la Ch. K.\* cayeron sobre el rastro que les llevó al domicilio de reuniones clandestinas, donde tomaron presos a los agentes que podían delatar a mi padre, y él no podía huir, pero a mí me decidió salvar a toda costa. Entonces supo conseguir los documentos a nombre de Antón Stepánovich Komarov, pupilo de un orfanato, y el carnet de komsomol con los que me mandó a Odesa, donde ingresé a la escuela militar de la que me gradué en vísperas de la guerra. Es obvio decir que durante mis años de estudio en la escuela militar yo no mantuve correspondencia alguna con mi padre. Sólo a veces a través de los agentes me mandaba breves noticias suyas. La última fue trágica para mí: mi padre me enviaba estos documentos y en un pedacito de papel me escribía unos renglones precipitados. De esa nota supe que había sido descubierto y que se veía obligado a tomarse un veneno antes de caer en la cárcel. A mí me exhortaba a vengar su muerte en los bolcheviques.

La voz de Heinrich tembló y Kockenmüller se abalanzó nuevamente sobre la garrafa de agua. Berthold se puso en pie, bajó la cabeza y quedó así unos segundos, honrando la memoria del compañero caído.

— ¡Se lo agradezco sinceramente, señor coronel! — Heinrich se tomó un gran trago de agua y sus labios se apretaron en un gesto decidido —. Bueno, permítame que continúe... Usted comprenderá que yo no podía cumplir con las obligaciones de mi padre, aunque juré que si fuese necesario entregaría mi vida por el bien de mi patria. Hacía falta esperar el momento propicio, acelerado por la guerra. En el frente fui nombrado jefe de sección del Ejército Rojo. Por supuesto que mantuve en secreto mis conocimientos del alemán... Algunos días atrás tuve la oportunidad de presenciar el interrogatorio de un sargento primero alemán, tomado prisionero por los rusos. Entonces

---

\* Ch. K.— Comisión Extraordinaria para luchar contra el sabotaje y la contrarrevolución en Rusia después de la Revolución de Octubre.

le oí nombrarlo a usted a quien yo conocía desde la infancia y supe que usted trabajaba en el estado mayor del cuerpo de ejército. Y el resto ya lo sabe...

— ¿Y si no llegase a oír mi nombre?

— Hace mucho que tenía decidido pasarme a nuestro ejército. Lo que supe sólo aceleró el asunto. Por supuesto que yo no pude dejar de aprovechar esa circunstancia tan propicia y más que así desaparece la necesidad de un prolongado control: usted ha sido amigo íntimo de mi padre y a mí me conoce desde la infancia.

— ¡Razonable, muy razonable, muchacho! Aunque... un poco arriesgado, ya que te podían haber matado.

— Ese era el pesamiento que más me abrumaba... Aunque créame, señor coronel, no era la muerte lo que yo temía. Mi temor era recibir el balazo de un soldado alemán y ser sepultado junto al enemigo, bajo un nombre ajeno, sin haber vengado la muerte de mi padre...

— Entiendo. Pero ahora que te encuentras entre los tuyos...

— Tengo la sensación de haber vuelto al seno de mi familia.

— Es cierto. El hijo de mi amigo muerto puede considerarme su segundo padre.

— No me quedan palabras para agradecerle... ¡Señor coronel, usted no se puede imaginar todo lo que siento en este momento! En la última carta que tiene usted delante, mi padre me legó hallarlo a usted y seguir en todo sus consejos... Ahora yo puedo decir, ¡sus consejos paternos!

Heinrich saltó de su asiento, dando un paso hacia adelante, pero se detuvo indeciso. Berthold mismo se le acercó y le estrechó ambas manos.

— ¿De qué legado se habla aquí en el documento? — preguntó Berthold volviendo a su lugar y a sus papeles.

— Como usted sabe, mi padre al irse a Rusia vendió todos los bienes inmuebles que tenía. La suma obtenida la depositó en parte en un Banco Alemán y el resto en el Banco Nacional Suizo.

— ¿Qué suma es?

— Un poco más de dos millones de marcos.

— ¡Caracoles! — se le escapó a Kockenmüller.

— ¡Tu padre te aseguró una vida feliz, Heinrich! — profirió Berthold con solemnidad.

— Que le pertenece a mi Patria.

— ¡Bueno, claro que sí! Pero de ello hablaremos más tarde, cuando descanses y te tranquilices... Herr Hauptmann — se dirigió Berthold a Kockenmüller —, le encomiando ocuparse del asunto. Aloje al barón al lado de mis aposentos, consígale un traje adecuado y en general...

— Puede quedarse tranquilo, señor coronel, que el barón von Goldring no tendrá motivos de queja.

— ¡Barón von Goldring! ¡Qué deliciosa música, la de mi infancia, suena en estas palabras! ¡Y cuando me quite este uniforme me sentiré completamente renacido!

— Apúrate entonces en hacerlo. Hauptmann Kockenmüller te ayudará, ocupándose de todo.

Al despedirse Heinrich se dirigió a la salida en compañía de Kockenmüller, pero antes de llegar a la puerta se detuvo.

— Discúlpeme señor coronel que me atreva a hacerle otra pregunta más. ¿No se ha roto la escultura del canceller Bismark que dejé caer aquella tarde?

— No, no se rompió y espero que la veas con tus propios ojos.

Cuando Heinrich salió del despacho, Berthold se acercó a la ventana y abriéndola de par en par se quedó mirando el lejano horizonte.

Pesadas nubes otoñales venían del este arrasando tan bajo por el cielo que parecían querer engancharse en las copas de los árboles o en el techo de la escuela donde se hallaba la cancellería del departamento I-Z, o en el viejo campanario de la iglesia de madera que se alzaba enfrente del patio escolar. ¡Un cuadro odioso lleno de hastío! Pero quizás todo cambie muy pronto...

¡No, pero si este día en efecto ha comenzado muy bien! Esa conversación tan significativa con Himmler y luego ese tráfuga. Parece de verdad ser el hijo del barón von Goldring. De otro modo, ¿cómo podría llegar a saber detalles tan íntimos? Pero el hijo de Siegfried pudo haberse pasado a los rusos cogido con las manos en la masa. Por dinero, o bajo pena de muerte... Él, Wilhelm Berthold, no era ningún zoquete tan crédulo como fingió ser. De cualquier forma de este asunto se podían sacar ventajas.

Por segunda vez ese día se traicionaba el coronel al ponerse a soñar. Seguramente esos sueños iban muy lejos, porque se tiraba del uniforme, se ponía en posición

de firme y dándose aires de altivez condescendiente, se acercaba al cuadrado del espejo montado en el respaldo del sofá. Desde el reflejo le observaba la ancha y presumida cara de pequeños ojos grises bajo las matas rojizas de las pobladas cejas y una nariz carnosa. El coronel se acariciaba con un cepillito el bigotillo pelirrojo a lo Adolf Hitler, acercándose más al sofá. Ahora no se le veía la cabeza, en cambio se podía ver de cuerpo entero. El coronel quedó conforme con su aspecto: el color plomo del uniforme con el cuello negro de la camisa, los hombros fornidos y el pecho ancho; el pantalón claro sin una sola arruga; las botas altas bien cepilladas y brillantes. Así tenía que ser todo oficial irreprochable aun en la campaña. Sí, el coronel Berthold quedó satisfecho con su propia imagen y con el día.

— ¡Todo marcha a la perfección! — se dijo frotándose las manos, al acercarse a su escritorio para estudiar una vez más los documentos de Heinrich.

\* \* \*

Wilhelm Berthold estuvo demasiado tiempo en el servicio de inteligencia alemán como para haber conservado la mínima confianza para con la gente. Cada persona era para él un malhechor en potencia que tarde o temprano debería comparecer ante el tribunal de la gestapo. Tras cualquier acto veía esconderse la codicia y los apetitos desenfrenados como únicos móviles de la conducta humana.

Estrechando en un abrazo a Heinrich von Goldring, Berthold actuaba en forma improvisada sin planes previos, porque no le alcanzaba el tiempo para ello. Pero más tarde, al ponerse a analizar su propia conducta, la aprobó íntegramente y quedó muy satisfecho de la manera magistral en que había hecho el papel de amigo noble y sincero del viejo Siegfried. Precisamente ese papel resultaba ser para él el más ventajoso.

En caso de confirmarse que el tráfuga era verdaderamente aquel por el cual se tenía y sus móviles no eran otros que los sentimientos patrióticos, Berthold aparecería bajo el aspecto favorable, tanto a los ojos del joven, como a los de sus jefes. Su noble acción haría correr sin duda alguna la fama de ser él no sólo una persona inteligente, sino también cordial. En lo que a Heinrich von Goldring

se refiere, pues le ligaría para siempre con los sentimientos de agradecimiento.

Pero si se descubría que bajo el nombre de von Goldring se escondía el enemigo, al que él, Willy Berthold, cobijara sólo para desenmascarar, amodorrándole la atención, pues en ese caso también se afirmaría su fama de agente experimentado. En ambos casos salía ganando.

Los documentos que lleva consigo el tráfuga, su parecido con los Goldring y principalmente aquellos detalles que guarda su memoria desde la infancia, atestiguan de que Willy Berthold fue verdaderamente el primero en saludar al hijo de su viejo amigo. Pero no estará demás hacer el control. En estas cosas uno no podía fiarse ni de su propia intuición, ni de la verosimilitud del relato y los documentos. Era mejor revisar tres veces que equivocarse una sola. Además no se sabía qué le había movido a Heinrich von Goldring, quien pudo haberse adoptado en la Unión Soviética para pasarse con otras intenciones al flanco alemán.

Por otro lado era natural que contando veintiún años el joven quisiera vengar la muerte de su padre y también volver a la patria, siendo educado en el espíritu del patriotismo. Sin embargo lo principal no debía radicar en eso, sino en los dos millones de marcos depositados en el Banco Nacional Suizo. Porque de quedarse Heinrich von Goldring en la Unión Soviética bajo un nombre ficticio, jamás recuperaría esa herencia.

“¿No podía ser acaso que se pasó a nuestro lado precisamente para obtener esa herencia y luego volverse a Rusia? ¿O quizás fuera enviado de ex profeso?”

Durante la noche entera las dudas no le dejaban dormir, haciéndole abandonar la cama bien temprano. ¡Hace falta aclararlo todo lo antes posible! Tenía un magnífico plan en cuanto a Heinrich, ¡tan joven, buen mozo, barón y ... con dos millones de marcos! Podía ser un partido excelente para su Lorchen. ¡Mejor sería imposible!

Para apurar el asunto, Berthold decidió encabezar personalmente el control de la identidad e intenciones de Heinrich von Goldring.

Berthold llamó al Hauptmann Kubis, jefe de la sección de inteligencia y le ordenó reunir todos los datos acerca del educando del Colegio de Infantería de Odesa Antón Stepánovich Komarov.

— ¡El parte de los resultados obtenidos me lo entregá en mis propias manos! — le ordenó al Hauptmann con severidad —. No lo deje para después; hágalo lo más pronto posible.

Mientras Kubis entraba en contacto con sus agentes secretos, Berthold iniciaba el control por otros canales. De ese modo solicitó de los archivos del servicio secreto de Berlín el expediente de Siegfried von Goldring; de allí sería muy fácil descubrir si era verdad que Heinrich le ayudaba a su padre.

Todo ese tiempo Heinrich von Goldring se comportaba en forma muy discreta. Jamás penetraba en el despacho de Berthold por iniciativa propia y no revelaba interés especial alguno por nada, a excepción de los periódicos que leía durante días enteros, hojeando incluso los viejos del archivo. Esto era fácil de comprender, ya que el muchacho estaba ávido por conocer los problemas que preocupaban a su patria, de la que estuvo lejos tanto tiempo.

Poco más de una semana después de su primer encuentro, Berthold invitó a Heinrich a su casa, previa orden de preparar una cena para dos personas con una botella de vino y otra de caña.

— ¿No tienes objeciones en que cenemos juntos? — pregunto el coronel, satisfecho de la impresión causada a Goldring por la mesa bien servida.

— Señor coronel, ¡si usted supiera lo mucho que extraño el hogar fraterno, el idioma alemán y a la gente civilizada, usted no me haría esa pregunta!

— De acuerdo entonces. Siéntate. ¿Qué vas a tomar? Aunque podría no preguntártelo. Seguramente estarás acostumbrado al vodka ruso. Te confieso que a mí también me gusta — no se puede ni comparar con el Schnapps alemán...

— Permita servirme vino, que yo no bebo ninguna clase de caña...

Esta frase puso un tanto en guardia al coronel. Más de una vez él mismo daba instrucciones a los agentes acerca de su comportamiento y subrayaba muy en especial aquella primera regla que prohibía a un agente secreto tomar bebidas alcohólicas.

— ¿Pero no vas a tomar nada?

— Me permitiré tomar sólo una copita de coñac y no más de un vasito de vino.

— He aquí el vino y el coñac vendrá en seguida —. Berthold dio sus disposiciones al ordenanza.

— Oye, Heinrich — dijo Berthold como si fuera de casualidad, cuando la cena se estaba acercando a su fin y las mejillas de Goldring enrojecieron un poco —, ¿no recuerdas el asunto de Necháiev?

— ¿De Vasil Vasílievich? ¿El ex-jefe de la G. P. U.\* en el pueblo donde vivíamos con mi padre en el Lejano Oriente?

— Sí, ese — confirmó Berthold.

— ¡Lo recuerdo perfectamente! Porque fui yo quien escribió la carta de la denuncia anónima.

— Cuéntame de qué se trataba.

— Una vez yendo de caza mi padre conoció a Necháiev y después de eso ya salían a cazar juntos. Pero pasado un tiempo mi padre notó que Necháiev comenzó a sospechar algo. Temiendo que éste hubiera recibido algún material sobre nuestra actividad, mi padre decidió comprometerlo por medio de una carta anónimo que él compuso y yo escribí de mi puño y letra. En esa carta acusábamos a Necháiev de que no iba a la taigá para cazar, sino para encontrarse con un espía japonés que actuaba en esa región y le transmitía información secreta. A la carta se le dio crédito sin comprobar los hechos. Necháiev fue echado al calabozo. De su suerte ulterior mi padre no logró saber nada más.

— ¡Después de eso que no se crea en la herencia! Tienes igual memoria que tu padre. Y para nosotros los que trabajamos en el servicio de inteligencia una buena memoria es la mejor arma. Tú me decías que le ayudabas a tu padre a descifrar nuestras órdenes y a cifrar los partes. Ayer estuve removiendo unos viejos archivos míos y de casualidad topé con este curioso papelito, ¿lo ves? No te recuerda nada, ¿eh?

Berthold le tendió una hojita amarillenta que contenía sólo tres columnas de cifras en diferentes combinaciones de a cuatro.

Mientras Heinrich examinaba atentamente el escrito, Berthold fumaba con aire indiferente, echando de vez en cuando una mirada al rostro reconcentrado de su huésped.

El coronel estaba convencido de que la tarea era ardua

---

\* G. P. U.— Dirección de la Administración Política en la Unión Soviética en los primeros años de su existencia.

y que podría ser superada sólo por el que hubiese tenido durante años que ver con este cifrado.

El silencio se prolongaba y Berthold llegó a lamentar que había echado mano a un medio demasiado complicado de control. Se tenía que ser un viejo lobo experimentado por cierto en el servicio secreto y no un joven ayudante de agente, para mantener en la cabeza la clave del código empleado sólo en contadas ocasiones hace unos cuatro o cinco años.

Por último Heinrich levantó la cabeza.

— ¡Vaya, donde ha ido a parar este papelito! — dijo con una triste sonrisa —, ¡que mala sangre se hizo mi padre esperándolo! En aquel entonces se vio obligado a tomar él mismo una decisión y actuar por cuenta propia. Sólo después que todo hubo terminado, usted le mandó una breve nota de agradecimiento. Este papelito es la instrucción para la operación “Taube”. Al comunicar mi padre que los rusos estaban construyendo una planta militar en la taigá, usted le contestó: “Hace falta detener a toda costa el comienzo de la construcción”, y prometía comunicar el plan concreto de su realización, pero no nos llegó. Entonces mi padre llevó a cabo solo la operación “Taube” por intermedio del agente B-49: prendió fuego a las barracas y los obreros salieron disparando... Ahora, pasado un lustro, llega a mis manos la instrucción que esperábamos con tanta ansiedad —. Heinrich movió tristemente la cabeza y se quedó pensativo.

— Perdóname por haber despertado en tu memoria recuerdos tan tristes. Pero ten en cuenta que nosotros, los agentes del servicio de inteligencia, debemos tener un corazón de piedra y nervios de acero.

Un buen rato todavía le estuvo preguntando a Heinrich sobre el trabajo en el oriente, demostrando interés por nombres, fechas y acontecimientos. Heinrich le respondía gustoso y parecía haberse entusiasmado por los recuerdos.

Kockenmüller ya había cambiado el quinto rollo al magnetófono instalado secretamente en la habitación contigua; no obstante Berthold seguía inquiriendo.

Mientras Heinrich volvía a casa bien entrada la noche, el coronel Berthold se quedaba en vela por mucho tiempo todavía, comparando la grabación con los documentos guardados en el expediente enviado de Berlín. El parte de Siegfried von Goldring del año 1937 confirmaba total-

mente lo que decía Heinrich von Goldring en otoño de 1941.

Esto significaba que Berthold no se había equivocado al ahijar al vástago de su amigo...

## **Primeros disgustos y primeras misiones**

Heinrich von Goldring saltó de la cama como picado por una avispa. Hacía tres semanas que había cruzado la línea del frente, pero no se podía acostumbrar al nuevo ambiente, ni al pensamiento de que la prueba más dura ya había quedado atrás. Era cierto que las cosas le fueron muy bien, hasta demasiado bien. Quizás precisamente en ello radicase el peligro. Cuando todo le va bien a uno, se le embota la atención y se pierde el control permanente sobre los actos y palabras. ¿No podría resultarle perjudicial la excesiva benevolencia del coronel Berthold? Habría que tener presente que éste comenzó a comunicarle a Heinrich del estado de las cosas en la sección aún antes de habérsele otorgado el grado de oficial alemán. Claro que el coronel contaba con el apoyo del jefe del cuerpo, el teniente general Jordán. El general se interesó vivamente por la historia del joven barón von Goldring y él mismo solicitó al Gran Cuartel General que a Heinrich se le otorgara el grado de oficial. El general Jordán tenía razón al afirmar que los colegios militares soviéticos no procuraban menos conocimientos a sus alumnos que los alemanes. Seguramente estaba acordado con el general también aquello de que Heinrich se quedase en el estado mayor trabajando en la sección I-Z bajo las órdenes directas de Berthold. No, no era por ese lado que se debía esperar los disgustos. Pero entonces, ¿de dónde le venía ese sentimiento de inquietud y desagrado consigo mismo? Heinrich hacía memoria de los hechos ocurridos en los últimos días. Sí, ha cometido algunos errores, por ejemplo al ponerse a estudiar el funcionamiento del departamento, en vez de entablar ante todo relaciones amistosas con los oficiales del estado mayor.

El reloj marcaba las ocho de la mañana, sin embargo el cuarto estaba aún completamente oscuro. Una densa lluvia tapaba como una fina cortina los cristales de la ventana.

Heinrich prendió un cigarrillo y volvió a acostarse. Hacía falta revivir en la memoria los detalles más insignificantes del día anterior. Lo hacía todas las mañanas. Esto ya era una costumbre para él, como el aseo matutino. Más aun tratándose del día anterior, tan importante por cierto, cuando se le concedió a Heinrich el grado de teniente del ejército alemán. Por ese motivo y siguiendo el consejo de Berthold había organizado una velada para los oficiales de la sección.

Heinrich recordó los ademanes zalameros de éstos al saludarlo, cuando los recibía en su calidad de anfitrión parado en el umbral del comedor de oficiales.

¡Pero había que oír cómo crecieron esos halagos empañosos después del brindis de Berthold! Fue un brindis verdaderamente formidable. Heinrich no se imaginaba al coronel capaz de semejante elocuencia. Trazando con bastante tino los méritos del joven barón ante la patria, Berthold se detuvo en las tradiciones de la rancia familia de los von Goldring que dio tantos conquistadores a Alemania. Dedicó algunas frases elogiosas a la abnegación de su amigo Siegfried von Goldring y subrayó que consideraba para sí un gran honor poder reemplazar al padre del joven barón. Esta comunicación causó sensación entre los oficiales de la sección y sirvió de señal para que todos se levantaran de sus asientos para llenar las copas y brindar en memoria de Siegfried von Goldring, luego a la salud del coronel Berthold, y por los éxitos del propio Heinrich. Más tarde, cuando el coronel mencionó de pasada que, además de un título de alcurnia Siegfried von Goldring había dejado a su hijo una suma que sobrepasaba los dos millones de marcos, Heinrich distinguió una franca envidia en los ojos de los presentes.

A lo largo de toda esa velada se brindó una infinidad de veces por la salud de Heinrich. Cada invitado consideraba un deber suyo acercarse al nuevo colega para alzar la copa con él, prometerle toda clase de ayuda y proponerle su amistad.

Para fines de la velada todo el mundo ya estaba bastante bebido y como siempre sucede en estos casos, la conversación general pasó a la de los pequeños grupos donde cada uno se divertía a su manera: unos cantaban, otros se contaban chistes, los terceros discutían algo acaloradamente, mientras otros bebían sin interrupción alguna. Heinrich pasaba de grupo en grupo, como un amo solícito

y hospitalario. De casualidad captó la conversación de dos oficiales, el comandante Schulz y el Hauptmann Kubis.

— ¡Qué suerte que tiene el coronel! — decía con envidia Schulz —, ¡fíjese que ahora quiere ahijar a ese jovenzuelo de barón! Me juego la cabeza a que le hace caer en las redes matrimoniales de su hija y acopla los dos millones de éste a las dos panaderías que tiene. Y le importará entonces un pepino de todo, ¡hasta su carrera misma! No es lo que nos pasa a nosotros dos, ¿eh?

— ¿Te lamentas por no tener una hija, Schulz? — se rio Kubis —. ¡Bah, a mí me importa un bleo de todo, la hija, los dos millones y la carrera! Desnudo llegué a este mundo y desnudo me iré de él. ¡Es mejor que bebamos algo! Brindemos porque se acabe esta guerra. Por supuesto si las cosas marchan como después de la operación “El Puño de Acero”...

Heinrich aguzó el oído, pero no logró enterarse de los resultados de la operación, porque al acercárseles el coronel Berthold, ambos se callaron.

— ¡Qué inoportuna fue la llegada del coronel! Pero seguro que en la sección ya estarían los materiales de dicha operación.

\* \* \*

Heinrich comenzó a vestirse de prisa y al entrar al cuarto su ordenanza, ya estaba totalmente listo.

— ¿Le sirvo el desayuno, señor teniente?

— Sólo una taza de café y un sandwich.

El ordenanza movió la cabeza en señal de desaprobación.

En dos tragos se tomó el café y se marchó luego al estado mayor. En su calidad de oficial para misiones especiales bajo las órdenes directas del coronel, tenía la obligación de presentarse todas las mañanas ante su jefe para recibir las instrucciones del día. Hasta ese momento Berthold no sobrecargaba de trabajo a su protegido, cuyos encargos insignificantes podía cumplir sin salir del estado mayor. En cambio el día anterior a la velada, el coronel le había anticipado que quería encomendarle una misión de responsabilidad.

El coronel ya estaba en su oficina y Heinrich notó de inmediato que al jefe le pasaba algo.

— ¡Macanudo que viniste! Ya quería ordenar que te fueran a buscar.

Heinrich miró el reloj.

— Son las nueve en punto, señor coronel. Por lo tanto no traigo ni un minuto de retraso. En cambio usted sí que ha comenzado el día demasiado temprano,...

— ¡Y añade a eso “en forma poco agradable”! — masculló entre dientes el coronel.

— ¿Malas noticias del frente? — preguntó Heinrich afligido.

Berthold se paseó por la pieza sin contestarle; luego se plantó delante de Heinrich y le miró fijamente en los ojos.

— Dime, ¿sabías del plan llamado “Operación Puño de Acero”?

— Oí que tendría lugar esa operación, pero consideraba que no tenía derecho a interesarme, porque aún no estaba a título oficial en el estado mayor. Ni siquiera estaba alistado como oficial del ejército nuestro... No lo califique como falta de interés en nuestra causa. Simplemente creí que en cada trabajo hay una raya que no debe ser sobrepasada por el subalterno. Si no se siente ese límite, no puede haber una disciplina verdadera. Usted sabe que yo me acostumbré a ello desde chico, cuando le ayudaba a mi padre en su labor de agente secreto.

El coronel suspiró con alivio:

— ¡Ya me lo imaginaba!

— ¿Pero qué es lo que pasa? ¿Será posible que yo tenga que ver con las malas noticias que le tenían preocupado esta mañana?

— Sólo en parte — el coronel le tomó del brazo y se pasearon así por la oficina.

— Hijo mío, hay gente, y lamentablemente también entre los oficiales de mi departamento, que ven en el éxito de los demás sólo un atentado contra su propio bienestar, su carrera, su lugar en la sociedad, hasta el éxito mismo entre las mujeres. Esa gente siempre anda muerta de envidia; por ello cada vez que pueden hacer alguna maldad, lo hacen con muchísimo gusto.

— Todo eso es muy cierto, pero, ¿qué tengo que ver yo en el asunto?

— ¿Pero no comprendes que te tienen envidia?

— ¡Ahora sí que no entiendo nada de nada, señor coronel! ¿Quién me tiene envidia? Hace tan poco que estoy aquí y según creo, no he ofendido a nadie. Y por último, ¿qué tiene que ver con todo eso la operación “Puño de Acero”? Señor coronel, le ruego me lo explique todo de una vez.

— ¡Calma, hombre! Claro que te lo explicaré y créeme que no vale la pena preocuparse. Pero antes cuéntame de tus relaciones con Schulz.

— ¿Con el comandante Schulz? — preguntó Heinrich atónito —. ¿Ese alto y corpulento, de los labios absorbidos para adentro?

— El retrato es bien exacto.

— Hablé con él por primera vez ayer en la velada, plática que se redujo a unas palabras de agradecimiento en respuesta a su brindis. Hasta ese momento sólo nos saludábamos al encontrarnos. Así que sería ridículo hablar de buenas o malas relaciones entre nosotros.

El coronel pellizcó pensativo su corto oigote y le pidió a Heinrich que lo siguiera. Al acercarse a la pared Berthold hizo correr la cortina que tapaba un enorme mapa estratégico de la región donde actuaba el cuerpo de ejército.

— El asunto radica en que ayer, a las cuatro de la madrugada comenzó la operación que el estado mayor llamó “Puño de Acero” — dijo Berthold enfático —. Para que entiendas la cuestión a fondo trataré de ser explícito —. Berthold tomó un puntero y comenzó a pasearlo por el mapa —. Aquí, en esta zona, dos divisiones nuestras apoyadas por dos brigadas de carros de combate, tenían que dar comienzo a la ofensiva. Dos regimientos motorizados se dislocaron aquí en calidad de reserva del grupo de choque ofensivo. Se había quedado en que al sur de nosotros comenzaría su ataque una división de la unidad vecina bajo el mando del general Korndorf con seis horas de anticipación para distraer la atención y obligar a replegar las fuerzas enemigas. Más aun porque, según supimos más tarde, esas fuerzas eran poco numerosas y estaban debilitadas por los combates anteriores. Sabíamos que el mando soviético no contaba con la posibilidad de nuestro ataque en ese lugar preciso. Testimonios de ello fueron los datos recogidos por los efectivos de nuestro servicio de inteligencia. Lo imprevisto del ataque era la base sobre la cual se construía el plan de la operación del

“Puño de Acero”. Las divisiones nombradas y las brigadas de tanques debían romper con un golpe imprevisto el frente del ejército soviético en el lugar indicado, cercar su grupo defensivo y abrir el camino a la ciudad de Kalinin. Los cálculos de nuestro mando se cifraban en lo imprevisto e inesperado del ataque. Los preparativos se hacían rápido y en secreto. De ese plan estaban enteradas unas pocas personas y yo entre ellas. Había un mapa del plan de la operación en el estado mayor del cuerpo de ejército, otro estaba en manos del jefe del grupo de choque y uno lo tenía yo.

Heinrich seguía con interés el puntero.

— Ayer, unas horas antes de la ofensiva — continuó el coronel —, nuestras unidades del grupo de choque se aglomeraron en esa zona. Toma en cuenta que es muy difícil dislocar a dos divisiones y brigadas de tanques en esa hondonada. Se formó un atolladero terrible, pero nuestro mando se resignó a ello. De golpe los hechos cambiaron, desarrollándose en forma imprevista para nosotros: dos horas antes del comienzo de nuestra ofensiva los rusos abrieron un fuego de artillería increíble sobre este sector y emplearon artillería a reacción que hasta ahora no tenían aquí. A los quince minutos el enemigo logró dismantelar prácticamente nuestras unidades hacinadas en la quebrada y cuando el fuego de artillería cesó, los rusos echaron sobre el terreno varias decenas de aviones de asalto. No acabaron de desaparecer éstos, cuando aparecieron ante los restos de nuestras unidades destruídas, tanques rusos y su infantería motorizada, que aniquilaron prácticamente a aquellos que quedaban vivos después de los golpes anteriores de la artillería y aviación. Por suerte los rusos no aprovecharon la victoria, volviéndose a sus posiciones. La división de Korndorf también se encontraba en una situación espantosa, porque los rusos, al exterminar el grupo de choque, echaron sobre aquél todas sus reservas. Salvó a la división, o mejor dicho a los restos que le quedaban, la reserva del alto mando.

El coronel se alejó del mapa, sentándose en un sillón.

— Cuando estábamos ayer brindando por tu promoción de oficial alemán, los rusos ya terminaban la cosa. Varios oficiales y yo entre ellos fuimos llamados al estado mayor directamente de la velada.

— Lo noté, pero creí que usted había salido para descansar un rato.

— ¡Ojalá fuera eso!

— Comparto su disgusto, señor coronel. Pero, ¿en qué relación estoy yo con esa operación del “puño de acero”? — preguntó Heinrich con impaciencia.

El coronel no le contestó de inmediato. Sacó un pañuelo y se puso a enjugar la cara con esmero, como queriendo prolongar el silencio para pensar mejor las palabras que iba a decir.

— Lo que pasa es que los rusos no podían planear la ofensiva en esa región — comenzó a decir cautelosamente —, si no fuera así, su ejército no se hubiera replegado a la posición de partida, siguiendo por el contrario hacia adelante. Por lo que es natural sospechar que ellos concentraron la artillería, la aviación y la infantería motorizada, al enterarse de algún modo de nuestros planes. Es evidente que además de los tres mapas que te mencioné existía un cuarto mapa en manos ... del mando soviético.

— Y según el comandante Schulz — le interrumpió Heinrich con brusquedad —, ese cuarto mapa se lo pasé yo a los rusos, ¿no? Heinrich apretó de tal manera el respaldo de la silla que sus dedos se pusieron blancos de la fuerza imprimida.

— ¡Por Dios, no! Sólo intentó sugerir...

— ¡Lo mato! — exclamó Heinrich furioso.

Su cara se había puesto pálida y apretó los labios de tal forma que éstos desaparecieron de vista; la mano agarró impetuosamente la pistolera en la cintura. Fuera de sí se abalanzó sobre la puerta y seguramente hubiera cumplido la amenaza, si no hubiese sido por el coronel que le retuvo a la fuerza en el umbral.

— ¡Alto! — gritó Berthold con voz tremenda —. ¡Te olvidas que estás en el ejército!

Le arrebató el arma que Heinrich esgrimía en las manos y la volvió a colocar en la pistolera, prendiéndola con todo esmero.

— ¡Cálmate de una vez! Te digo que el infundio de Schulz no causó impresión alguna. Todos lo tomaron como un chiste de mal gusto y el jefe del estado mayor, el general mayor Daniel, le hizo una severa reprimenda. Yo ya no hablo de mí. Schulz se las estuvo rebuscando y allí mismo me pidió disculpas en presencia de todos.

Heinrich se echó en un sillón, agarrándose la cabeza con las manos y clavó en el piso una mirada sombría.

— ¡Así es mejor! Quédate sentado un rato y piénsalo todo con calma — le tranquilizaba el coronel —. ¿Qué quieres? A tu edad y ya tener méritos ante la patria, ser teniente y poseer un capital, mientras ese Schulz no puede vanagloriarse ni de un traje decente. Sus quejas por falta de dinero son bien conocidas. ¡Cómo podría dejar de envidiarte, si se te abre tan brillante porvenir! No le prestes la mínima atención. Te conté esa historia con el único fin de que supieras: la red de calumnias y denuncias está floreciendo entre nosotros como nunca. Te envidian y te seguirán envidiando en cualquier parte que estés y en cualquier cosa que hagas.

— ¡De cualquier forma voy a encararlo a ese Schulz! — exclamó Heinrich con tono amenazante.

— Te lo prohíbo como jefe y no te lo aconsejo como la persona que querría ser tu padre. Puedes ignorarlo a Schulz, pero no debes hablar del asunto. Tienes que aparentar que no sabes nada. ¿Me lo prometes?

— Pero...

— Nada de “peros”. Dame tu palabra de oficial de que no le dejarás ver nada. Heinrich no contestó.

— ¿Me lo prometes?

— Señor coronel...

— Exijo tu palabra de oficial. Repito: no sólo soy el amigo de tu padre, sino también tu jefe.

— Está bien — dijo Heinrich sombrío —. Doy mi palabra de oficial de no iniciar esta conversación. Pero me guardo la de “agradecérselo” a Schulz en determinada oportunidad.

— Queda acordado. Y ahora que nos pusimos de acuerdo, hablemos de otra cosa.

— Ayer usted hizo mención de una tarea — recordó Heinrich.

— Es de eso que quería hablarte precisamente. Presta atención porque se trata de una nueva operación, mejor dicho los preparativos para la misma. Será de una importancia un tanto menor que la malograda del “puño de acero”, pero tiene sus propias características y dificultades. Se trata del aniquilamiento de un considerable destacamento guerrillero.

— ¿Y eso es todo? — en la entonación de Heinrich se oyeron notas de decepción.

— Sí, todo... — le imitó el coronel en tono burlón, pero de repente se enojó —. Demasiado poco andas por aquí

y no sientes la tensión con que andamos todos por esta tierra maldita de Dios. En el frente es más fácil, porque uno sabe que el enemigo está adelante en alguna parte; en cambio aquí le puedes esperar en cualquier momento, yendo por la calle, sentado en la oficina, acostado en la cama...

— No entiendo —. Heinrich hizo una mueca despectiva —. ¿Será posible que el ejército alemán, que cruzara victorioso toda Europa, no tenga las fuerzas suficientes para aniquilar unas bandas guerrilleras de la retaguardia?

La risa del coronel Berthold fue maligna.

— ¿Has visto alguna vez un incendio? — le preguntó de pronto.

— Bueno, sí.

— Te habrás fijado que cuando arde un edificio, bah, que digo un edificio, ¡una cuadra entera, una aldea íntegra!, se hace todavía posible luchar con el incendio. Vienen los bomberos, localizan el foco y lo apagan. Pero cuando arde un inmenso terreno boscoso, los bomberos no pueden hacer nada. Ese fuego no se apaga hasta que no deje arrasado todo a su paso... Y la guerrilla es como el incendio en un bosque seco. Aquí las medidas simples no le bastan a uno. Se necesitan otras más complejas, extraordinarias, preparadas de antemano meticulosamente. ¡Y tú me vienes con esas sonrisitas!

— Ruego me disculpe que fue por mi ignorancia... .

— Para que comprendas toda la responsabilidad de la tarea que se te encomienda, te describiré a grandes trazos la situación y te haré conocer en forma escueta las medidas que pensamos tomar. Al sudoeste de la aldea Mariánivka hay un importante destacamento guerrillero ruso. Como se encuentra en la retaguardia de nuestro cuerpo, aniquilarlo es nuestro deber directo. Ahora es el momento más oportuno, porque enviamos a la región de Mariánivka los restos de las divisiones cuarenta y cuatro, y doce para su reequipamiento después de la fracasada operación "puño de acero". Estas unidades se encuentran a nuestra disposición a fin de aniquilar a la guerrilla. Tenemos noticias muy contradictorias sobre la numerosidad del destacamento guerrillero; pero es indudablemente grande, bien equipado y está en contacto permanente con el mando soviético. Todo esto nos obliga a preparar la operación del mejor modo posible. Pasemos

ahora a tu participación en estos preparativos. Ya te dije que no podemos contar sólo con las unidades que pasan a ser reestructuradas. Estas deberán ser reforzadas y pensamos hacerlo por cuenta de la policía dislocada en diferentes aldeas. Con la movilización de todos los policías podremos organizar dos batallones.

— ¡Por fin podré ver por mis propios ojos al menos a un guerrillero!

— ¡Ten cuidado de que no te vean ellos antes de que tú les veas! Recuerda que son buenos tiradores y luchan hasta el final. Aunque espero que todo termine bien. Tendrás a tu disposición un auto y un vehículo blindado con quince soldados y dos ametralladoras.

Heinrich se encogió de hombros, pero no se atrevió a contradecir.

— Ahora al grano. Tienes que recorrer los lugares donde se halla esa canalla que llamamos policía y revelar su capacidad combativa. Cuando vuelvas me entregarás un parte escrito, indicando punto por punto la cantidad de hombres y armamento de que disponen. Los datos tienen que ser de lo más exactos para conocer las fuerzas reales con que podremos contar en la operación que convencionalmente llamaremos “paseo verde”. ¿Entendido?

— ¡Exactamente!... ¿Me permite una pregunta, señor coronel?

— Sí.

— Usted llamó canalla a la policía, de lo que deduzco no debe tenerle mucha estima, ¿no?

— ¿Poca estima? Eso es demasiado flojo para ellos.

— ¿Pero entonces para qué equiparlos y organizarlos?

Berthold sonrió con tristeza.

— Son demasiado escasas las fuerzas de que disponemos para mantener una guarnición en cada localidad. Eso en primer lugar. Y en segundo término, lo más importante a mi ver es que los enrolados en la policía no pueden dejar de ser los enemigos más enconados de los guerrilleros. Están obligados a luchar con los últimos aunque más no fuera que para salvar su propio pellejo. Es una lástima que la policía se componga principalmente de chusma y desertores de la población; y los desertores, como se sabe, son cobardes y cobardes morirán, cualquier uniforme que vistan.

— ¿Cuándo debo cumplir mi misión?

— Dentro de algunas horas estará todo listo para tu partida. Hoy y mañana harás la inspección, y pasado a las diez de la mañana deberás presentar el parte, porque el “Paseo Verde” puede empezar de improviso. Las unidades se pondrán en pie de combate a la señal de alarma. A propósito, hay que revisar la capacidad de la policía de hacer los preparativos a la señal de alarma. Esto se refiere en especial a los destacamentos de policía en las inmediaciones de la aldea Pidgirne, a los que darás orden de bloquear el bosque en el trecho entre Pidgirne e Ivánkovo. Por supuesto que ni un alma no sólo no tiene que saber, sino sospechar siquiera de la operación. ¿Está entendido?

— Exactamente. ¿Permite retirarme?

— Sí y aprovecha del tiempo que te resta para descansar bien... Espera; por poco se me olvidaba. Hoy recibí una carta de casa, donde hay unas líneas que te atañen. Léelas.

Berthold sacó la carta, subrayó con la uña el lugar preciso y doblando la parte superior de la hoja se la tendió a Goldring. La mirada de Heinrich se deslizó rápidamente por los renglones marcados y luego se alzó conmovida al rostro de Berthold. Después la volvió a bajar nuevamente para releer con calma lo escrito.

— ¡Ahora mismo le escribiré a Frau Elsa! — exclamó Heinrich emocionado devolviendo la carta —. Creo que ahora tengo el derecho de hacerlo.

— Eso sólo testimonia tu buena educación. Estoy a punto de mandarle una carta, así que si quieres, puedes añadir unas líneas por tu parte. Puedes ponerte cómodo aquí en mi oficina.

No obstante la misiva de Heinrich no cabía en breves renglones.

“¡Mi muy estimada Frau Berthold! — escribía Heinrich —. Acabo de pasar momentos muy felices brindados por la bondad de su esposo, quien me dio a leer aquella parte de su carta que atañe a mi persona. Con infinita emoción supe, estimadísima Frau Berthold, que usted se acuerda aún muy bien de mis años de infancia y sabiendo que he quedado huérfano en este mundo me expresa usted un sentimiento tan sincero que no podría llamarlo de otro modo que amor maternal. Me hace feliz pensar que nuevamente tengo familia. Herr Berthold me considera ya hijo suyo y yo a él mi padre. Ahora con el permiso de usted

la consideraré madre mía. ¿Puedo confiar de tener una hermana también? A pesar de haber sido un chiquilín cuando la vi a usted por última vez, la bondad y el cariño con que me trataba entonces, quedarán para siempre grabados en mi memoria. Quisiera escribirle muchas cosas más, pero mayor aún es mi deseo de verla. Me hace sentir feliz el solo pensar en nuestro encuentro. Todos mis esfuerzos estarán dirigidos a ello y aprovecharé la mínima oportunidad para acercar el momento del encuentro. Pero antes me permito expresar la esperanza de recibir aunque sea una breve esquelita suya. Besos a Lorchen, por poco pongo, a la “chiquita Lorchen”, porque así es como quedó en mi memoria. Si ella fuese tan gentil y me escribiese como a un hermano, yo sería mucho más feliz aún. Con su permiso la beso a usted y quedo su atento hijo,  
*barón von Goldring.*”

Heinrich le tendió lo escrito al coronel.

— Le ruego lea lo que escribí, señor coronel. Temo haber sido demasiado atrevido...

Berthold le detuvo con un gesto de la mano, sin quitar los ojos de la carta.

— Escribiste como un hijo respetuoso y lleno de cariño — le dijo conmovido y al acercarse a Heinrich lo abrazó —. Bueno, ahora ve que es hora de partir. Te ruego encarecidamente que no te olvides de llevar la metralleta.

Cuando Heinrich ya estaba en el umbral, Berthold le detuvo nuevamente.

— Se me olvidaba comunicarte la escandalosa novedad de que el tribunal soviético te condenó a pena de muerte en tu ausencia por traición a la patria. Me lo comunicó el Hauptmann Kubis, agente de nuestro servicio de inteligencia que todavía cuenta, gracias a Dios, con buenos agentes.

— ¡Vaya, que la nueva es sensacional por cierto! — se echó a reír Heinrich, pero luego cesó con brusquedad. Los rasgos de su cara denotaron severidad y en los ojos brillaron chispas de desafío.

— Yo me podré morir — en la guerra todo es posible —, pero de una cosa estoy firmemente convencido y es de que jamás seré traidor de la Patria.

Heinrich hizo sonar los tacones y salió de la oficina.

## Acontecimientos de la aldea Pidgirne

La noticia de que en la aldea Pidgirne había entrado una pequeña unidad alemana con un oficial a la cabeza llegó al mando guerrillero junto con la orden de turno transmitida por radio desde la tierra libre. Consistía en dificultar en lo posible el desplazamiento de las tropas hitlerianas que iban a reemplazar a las aniquiladas en el último ataque fracasado. Para ello hacía falta averiguar los planes del mando alemán, capturar a toda costa un prisionero, y hacerlo hablar.

El enlace que comunicó la llegada del destacamento afirmaba que los autos vinieron de Turnavin, aldea donde se encontraba el estado mayor del cuerpo. Por lo tanto era lógico deducir de que el teniente que encabezaba el destacamento era un oficial del estado mayor y por consiguiente sería el "lengua" más adecuado para apresar, ya que, ¿quién podía conocer mejor los planes del mando alemán que uno de sus propios miembros?

Se decidió cercar la aldea Pidgirne con las fuerzas de dos compañías, aniquilar el destacamento y tomar prisionero a cualquier precio a un oficial alemán.

Los servicios de comunicación de otras aldeas también transmitían que el día anterior habían llegado hitlerianos en un vehículo blindado y un auto, con un oficial que daba instrucciones a los policías. Era evidente que se estaba preparando una operación importante contra el destacamento guerrillero.

Por las dudas se había decidido, por un lado, atacar a los hitlerianos en Pidgirne mismo y por el otro enviar a grupos de tiradores a que se atrincheraran en los caminos desde esa aldea a Turnavin. Esto se refería especialmente al trecho que llevaba hasta Mariánivka, porque allí se concentraba un gran número no sólo de policías, sino también de soldados alemanes. La misión que se le encomendaba al destacamento de tiradores tenía doble objetivo: detener las unidades que fueran enviadas en ayuda de los alemanes desde Turnavin o Mariánivka, e imposibilitar la fuga de los hitlerianos escapados del ataque de la guerrilla en Pidgirne.

Había que proceder de inmediato, porque según noticias de los enlaces, las máquinas de los hitlerianos no se detenían más de hora y media, máxime dos, en cada aldea.

Desde el campamento guerrillero hasta la aldea Pidgirne habría unos diez kilómetros y siete de ellos llevarían a través de los bosques.

El jefe del destacamento de la guerrilla que había decidido encabezar personalmente la operación, separó a su gente en dos grupos y dio orden de fustigar al máximo a los caballos para poder cercar la aldea lo antes posible. El hecho de que los alemanes pudiesen notar el peligro no le preocupaba. Por el oeste les cortarían el paso los enormes pantanos, muy difíciles de salvar por el hombre, sin hablar ya de máquinas o jinetes. A los hitlerianos les restaban dos salidas: aceptar el combate que era ventajoso para los guerrilleros, o intentar la fuga al notar al enemigo, escogiendo dos caminos posibles. Ambos corrían a lo largo de las ciénagas. Uno llevaba a Turnavin rumbo al norte y el otro, meridional, iba a Mariánivka. Ese era el motivo de la necesidad de azuzar a los caballos para hacer a tiempo de cortar la retirada a los alemanes por esos caminos; después comenzaría en despliegue el ataque a Pidgirne.

Sin sospechar el peligro, Heinrich se sentía absolutamente tranquilo. Los quince tiradores que le acompañaban eran a su opinión una guardia de confianza para asegurar un viaje sosegado por la región. Nada le hacía imaginar que todo un destacamento guerrillero estuviese a la caza de su persona.

En la aldea Pidgirne Heinrich se detuvo un poco más que en cualquier otra parte. Durante el viaje se sintió con hambre y por eso aceptó con todo gusto la invitación de almorzar en casa de Baranovski, jefe de la policía local, más aun que el jefe de la policía regional, Wolf, había presentado al anterior como un hombre de confianza y un anfitrión hospitalario, en especial cuando se trataba de los señores oficiales alemanes. Wurzer, el jefe del destacamento de tiradores que acompañaba a Goldring le aconsejó primero no permanecer mucho tiempo en Pidgirne e insistía en que volvieran antes del anochecer al estado mayor. Pero tentado por los perseverantes relatos de Wolf sobre la hospitalidad de Baranovski, por último se entusiasmó él mismo y quiso aprovechar la oportunidad para llenarse el estómago con sabrosa comida.

Baranovski, un hombrón fornido y charlatán, no cabía en sí de gozo por tener de huésped nada menos que a un barón en persona. Con invitaciones de tomar asiento a los

oficiales, corría sin tino por la jata sin saber por donde empezar. Su figura se presentaba ahora más cómica aún que antes. El viejo uniforme alemán con la franja blanca en la manga parecía hecho para Baranovski en la juventud y no para esa mole de hombrón panzudo que era. Esa barriga se resistía a caber en el uniforme del jefe de los esbirros. Los botones del medio se desabrochaban cada tanto, mientras seguían abrochados los dos de arriba y los de abajo, descubriendo a la vista en ese agujero que quedaba desprendido, una blanca camisa ucraniana bordada, la que hacía pésimo juego con el uniforme alemán. Goldring no pudo contener la sonrisa al ver a ese sabueso ejemplar, como le decían.

Al ordenarle a su mujer que preparara un cerdito asado y una comida que “fuese recordada en Berlín”, (el jefe de la policía creía que el teniente no sabía ruso y por eso hablaba con su mujer con bastante soltura en presencia de Goldring), Baranovski se sentó a escribir la lista de los policías de la aldea. Cuando quedó ésta preparada, Heinrich, cronómetro en mano, mandó dar la señal de alarma. En tres minutos, según marcaba el reloj, se formaron los policías del destacamento aldeano.

— En la lista figuran veintidós nombres y en formación veo sólo a veintiuno — comentó Goldring, quien pasaba revista a la fila de los esbirros junto con Baranovski y Wolf.

— Yo soy el número veintidós y el centinela de turno en el campanario es el número veintitrés — explicó Baranovski con tono servicial.

Goldring miró al campanario y vio que en efecto había allí un guardia parado que miraba en lontananza con unos gemelos.

— ¿Qué tal los guerrilleros, vienen con frecuencia? — preguntó Goldring a Baranovski.

— Por ahora Dios ha sido misericordioso.

En ese preciso instante sonó del campanario el tiro del guardia.

— ¡Oh, mi madre! ¡Hablando de pestes...! — exclamó Baranovski, desplomándose sobre sus rodillas y cubriendo la cabeza con ambas manos.

Cuando Goldring subió al campanario en compañía de Wolf, todo lo que pasaba alrededor ya se podía observar a simple vista con los ojos desarmados. Una infinidad de jinetes y carros llenos de guerrilleros venían al galope

por los caminos que se tendían al norte y sur de la aldea. Algunos jinetes y carros adelantados a los demás se encontraban ya a unos doscientos metros de la meta. De seguro que el guardia de turno no había notado a los guerrilleros, distraído por la formación de los polizones ahí abajo.

Goldring fijó la mirada en el oeste por donde se extendía un gran cenegal cubierto de juncas. Al sumirse en reflexiones por algún segundo parecía estar elaborando un plan urgente. Seguramente ya lo tenía pensado, porque bajó con rapidez del campanario, dando órdenes a Wurzer, quien ya tenía listos a sus hombres para el ataque.

— Queda a su mando el destacamento de policías con el que tratará de llegar a Turnavin en el norte. Parece que en esa dirección las fuerzas enemigas son menores.

— ¿Y usted, señor teniente?

— Por mí no se preocupe. Haga lo que le mando... ¡Y usted, sígame! — se dirigió a Wolf —. Aunque no, vaya a casa de Baranovski y tráigame mi capa. ¡Rápido!

Mientras Wolf volaba por la capa, Goldring se dio una escapada a la oficina de la policía. En esos momentos difíciles el teniente estaba admirablemente tranquilo. Agarró rápidamente la carpeta con la lista de nombres de los esbirros que Wolf había colocado en la mesa y la metió en uno de sus cajones. En eso se precipitó Wolf jadeante:

— ¡Por Dios, señor teniente, dese prisa! ¿Oye?, ¡que ya están tirando!

— Que tiren. Ni usted ni yo tomaremos parte en el combate. Necesitamos hacer llegar sin falta todo el material reunido al estado mayor. Para ello hay una sola salida. Cruzar el pantano a línea traviesa.

Doblado corrió Heinrich en dirección a la ciénaga. Wolf, que era un hombre cuarentón y grueso, apenas lograba seguirle. Pero el barón, además de un magnífico corredor, resultó ser también un buen amigo de armas. Al ver que Wolf se rezagaba, aminoró la marcha, esperándole para que lo alcanzara. Wolf le miró agradecido al teniente.

Mientras tanto el tiroteo por el lado de la aldea iba cada vez en aumento.

— ¡Más rápido, Wolf, más rápido! Nuestra única salvación es la rapidez — le apuraba el teniente al jefe de guardias que iba sin aliento

Pero ya estaban junto al pantano.

— ¡Ahora va a pisar sólo en mis huellas! ¡Ni un paso al costado! — le ordenó Goldring al penetrar valientemente en el tupido juncal. Hechos unos cien pasos el teniente se dio vuelta. Wolf se tambaleaba como un borracho. El tener que seguir pisada en pisada al teniente, porque de lo contrario le acechaba el terrible tremedal del que no había vuelta alguna y el miedo sufrido, prácticamente le hacían caer de cansancio.

— Ahora ya se puede descansar unos segundos — dijo Goldring, al detenerse en medio del cenegal.

— ¿Lograrán salir del paso los nuestros, señor teniente? — preguntó Wolf con un poco más de calma.

— Tengo miedo por ellos. ¡Las fuerzas son demasiado desiguales! A propósito, señor jefe de guardia, ¿dónde quedaron las listas de los policías? ¿Dónde está la carpeta que usted se llevó?

— Yo... yo la puse encima de la mesa en la policía.

— ¿La dejó? ¿Comprende usted lo que eso significa?

— Pero yo... — apenas pudo balbucir Wolf con los labios temblorosos.

— ¿Qué va a pasar cuando las listas caigan en las manos de los guerrilleros? ¿Comprende usted que deberá responder por ello ante el propio coronel?

— ¡Compasión, señor teniente! ¿Acaso podía yo pensar a esa hora en quién sabe qué listas?... Le ruego decir que las tenía Wurzer...

De lejos llegaron gritos y un clamor desgarrador. Ya no se oían ráfagas de disparos, sino uno que otro tiro aislado.

— ¡De mal en peor! ¡Comenzó el combate cuerpo a cuerpo! ¡Apurémonos, jefe de guardias! — replicó Goldring y se puso a adentrarse rápidamente en el tremedal.

¿Se pueden medir acaso las fuerzas de un ser humano cuando se está salvando de un peligro mortal? Jamás se creería Wolf capaz de deambular durante una noche entera a través de un pantano, a veces con el agua hasta el cuello y sin fuerzas de retirar el pie del lodo pegajoso; sin poder detenerse, porque la ciénaga vacilaba bajo el peso del cuerpo y bastaría dar un solo paso en falso, para que el tremedal comenzara a absorber el pie con avidez. El dolor de los brazos era tremendo. Tanto las del teniente, como las del jefe de guardias, estaban ensangrentadas por los cortes infinitos de los juncos.

— Señor teniente, ¿cuánto seguiremos deambulando todavía? — ya casi de madrugada le preguntó Wolf debilitado por completo. Se había puesto azul de frío y temblaba.

— Usted mismo oyó los tiros en dirección a la ciénaga. Probablemente nos estarían buscando. De aquí no saldremos hasta que no estemos convencidos de que los guerrilleros se fueron.

— ¿Pero no nos estamos volviendo otra vez para atrás?

— ¡Cállese, por Dios, y sígame!

El mismo Goldring sentía que las fuerzas le abandonaban. A duras penas se podía mover, por lo que se detenía con frecuencia para escuchar algo o descansar.

Por último se detuvo del todo.

— Nos quedaremos aquí hasta oír el rumor de los autos.

— ¿Y se los podrá oír? — Wolf hizo un gesto desesperanzado.

— Estaremos a unos cien metros del camino. De acuerdo con la orden del coronel, yo debía volver ayer por la noche. Pero no volví ni por la noche, ni llegaré hoy de madrugada. Motivo suficiente para inquietarse el estado mayor y comenzar la búsqueda.

La ayuda llegó antes de lo esperado. Goldring no había reparado en que en su regreso estaba interesado no sólo el coronel y la sección I-Z, sino todo el estado mayor.

Cuando Berthold entró a la habitación del teniente a las tres de la madrugada, impaciente porque Goldring no venía, y supo que éste no había vuelto aún, el coronel se inquietó tanto que movilizó prácticamente a todo el estado mayor. Apenas despuntó el alba cuando un fuerte destacamento motorizado salió en dirección de Pidgirne.

\* \* \*

Era difícil reconocer en ese hombre de brazos vendados, sucio y demacrado, al oficial de estado von Goldring, siempre tan pulcro y aseado, al que sólo antes de ayer había visto el coronel.

Heinrich se pasó durmiendo un día y una noche entera. Cuando abrió los ojos al día siguiente por la mañana, la primera persona a quien vio fue el coronel Berthold.

— ¡Quédate tranquilo y descansa! El jefe de guardias me contó todo lo sucedido. Pero ya muy pronto nos olvi-

daremos, tú y yo, de los guerrilleros, al abandonar esta maldita tierra — dijo Berthold en un murmullo de gran secreto cuando se despedía.

— ¿Por qué?

— Parece que nuestra compañía es trasladada a Francia.

## La trampa de Kubis

Por falta de edificios decentes, el pequeño hospital rural cumplía una doble función. De día almorzaban allí los señores oficiales y para ese caso las mesas de la sala grande se unían en forma de una T. Por las noches en cambio se amontonaban en desorden por la sala de a dos por separado, acorde a lo que se iría a hacer allí: beber coñac o jugar a los dados. A esa hora se dejaba sentir el penetrante olor a medicina y desinfectante que no se esfumaba aunque se fregaran con cepillos pisos y paredes. Este olor le daba un sabor acre muy específico al vino y a las disputas después de lo bebido.

Aquel día al Hauptmann Paul Kubis le irritaba lo indecible ese olor que se asociaba en su memoria, quién sabe por qué motivo, con la pequeña estación ferroviaria en la frontera italiana, de donde partió hacia Alemania por expreso llamado de su tío general. Muy probable que ese recuerdo naciera, porque en aquella estación también olía a desinfectante y le daba náuseas. Y en general se sentía bastante mal entonces. ¡No era para menos! Dos años de estudios en Roma, donde se preparaba para sacerdote, y de golpe ese viraje tan brusco a causa de la guerra: ¡en vez de la orden religiosa, el trabajo en el servicio de inteligencia! Aunque Paul no lamentaba el haberse liberado de la sotana. ¡Es que el uniforme militar le sentaba tan bien! El cuello negro de la guerrera subrayaba espléndidamente la palidez de su rostro y los ojos parecían aun más profundos. Sin embargo le daban pena los años de estudio en Roma. En aquel entonces aún creía en una vocación superior suya, y una infinidad de cosas le conmovía sinceramente y le tentaba. ¡Cuánto daría por volver a sentir una sola vez más la emoción de la espera, de la inquietud y la pasión! ¡Cómo se le fueron embotando todos los sentimientos para apagarse

del todo! Ahora sentía excitación en el único caso: al abrir sus naipes en el juego.

En busca de compañeros de juego Paul Kubis paseó la mirada por la habitación. Se podía invitar claro está a ese barón von Goldring... que tiene dinero a montones y si uno juega con sesos y sin perder el tino...

Ultimamente Kubis tenía mala suerte en el juego. Como cualquier jugador empedernido tenía fe en el cambio radical de la fortuna que le haría recuperar todo lo que había perdido. Lo único que hacía falta era no dejar escapar ese momento feliz cuando la suerte le vuelve a uno a sonreír. Quizás ese día había llegado...

Paul cruzó rápidamente la sala y se le acercó a Goldring que hablaba acaloradamente con Kockenmüller.

— ¿No aceptaría una partidita de naipes, barón? Seguro que juega al bridge, ¿verdad?

Goldring hizo un gesto como si se disculpara y con voz sincera le contestó:

— ¡Lamento ser un ignorante en esta materia! Confieso que sería de mi gusto aprenderlo.

— Yo acepto esta partida, Paul, si no te opones — le propuso Kockenmüller.

— ¿A quién más invitamos?

— Por supuesto que a Schulz y a... — Kockenmüller le echó una ojeada a la sala... — y a Werner por ejemplo —. Werner, ¿te sientes capaz aun de distinguir el as de la sota? — le preguntó.

Werner que chupaba sombrío su coñac se levantó con pereza de una de las mesitas. Sus ojos estaban enmelecidos, pero se mantenía firme sobre sus pies y sus movimientos eran precisos y moderados, como si no hubiera tomado nada.

Kockenmüller acercó las sillas. Estaba contento y emocionado. Esa mañana había enviado una buena encomienda a sus padres con cositas que no eran ninguna bagatela. Quizás la suerte le fuese propicia también en el juego.

Schulz se sentó a la mesa con aires de un hombre que está por cumplir una importante misión y no a jugar una partida de naipes.

— ¿No se opone si me siento a su lado para aprender un poco? — le preguntó Goldring a Kubis.

A Paul Kubis no le gustaba en lo mínimo que le estuviesen mirando las barajas porque eso le ponía

nervioso, pero no tuvo el coraje de negárselo al barón y le acercó gentilmente una silla.

El comienzo de la partida fue mustio e indolente. Kubis recordó su intención de no perder el tino y por eso jugaba con un esmero inusitado; a Kockenmüller le perseguía la mala racha y Schulz estaba a la expectativa como siempre. Sólo Werner se iba desbocando al hacerse sentir los efectos del alcohol. Jugaba con riesgo y sin freno, y ganaba cada vez para el asombro de todos. Poco a poco también Paul entró en calor y olvidándose de su decisión de ser precavido duplicó la suma. Pero la baraja que venía era mala y Kockenmüller, su compañero de partida, se equivocaba a cada paso. Schulz se refregaba las manos de contento debajo de la mesa, porque junto con Werner le estaban por ganar, mientras ese loco de Kubis anunciaba mano, pese a que era evidente de que no podría llevarse ni la mitad de las bazas.

Otra vez la fortuna le volvió la espalda a Paul Kubis... Ganaron como era de esperar Schulz y Werner. Agriado puso Kockenmüller trescientos quince marcos en la mesa, la parte que le tocaba. Paul tuvo que llevarse a un rincón a ese tacaño de Schulz y rogarle que esperase hasta el día siguiente. Schulz aceptó, pero le previno que podría esperar sólo hasta las doce del mediodía, porque entonces tendría que pagar cuentas de honor según dijo. La palabra "honor" la pronunció con tanto énfasis que Paul Kubis comprendió que si no le pagaba a tiempo lo perdido en el juego, habría un gran escándalo.

Para ocultar de los presentes su mal humor, Paul Kubis tuvo que quedarse unos minutos en la sala, tomando con Goldring y Werner una botella de coñac. Por supuesto que Schulz se escapó. Temía tener que pagarlo. En cambio Werner demostró ser un verdarero oficial. Convidaba a todo el que se acercaba a su mesita. Luego Goldring encargó dos botellas de champaña. Al caer el día Paul tenía la cabeza que le zumbaba y no lograba recordar la forma en que alcanzó su habitación.

Kubis se despertó con la cabeza pesada y el presentimiento de que algo inminente le esperaba. No fue enseguida que se dio cuenta de lo que pasaba con él y sólo después de lavarse y sentarse a desayunar lo recordó: ¡Schulz! Con cualquier otro se podía arreglar este asunto para más tarde, menos con ese animal de facha equina.

¡Cuentas de “honor”! ¡Como si tuviese la más ínfima idea de lo que era el honor!

Kubis llegó al estado mayor con anticipación premeditada, esperando encontrarse con alguien a quien pedirle prestada aunque sea parte de la suma necesaria. Pero Kockenmüller encontró en sus bolsillos sólo veinte marcos.

Paul intentó ponerse en contacto con uno o dos amigos, a pesar de saber de antemano que todos andaban secos de dinero, porque se las habían ingeniado a perderlo en el juego o gastarlo en la bebida. “¡Bah, que pase lo que pase, caray!”, decidió por último y arregló los papeles dispuesto a trabajar.

Unos leves golpes en la puerta le hicieron sobresaltar. “¿Será posible que sea Schulz?” — le cruzó en mente. Pero al mirar el reloj respiró con alivio. Eran sólo las nueve pasadas.

— Un momento — dijo Paul en voz alta y acercándose a la puerta drapeada, abrió el cerrojo automático.

En el pasillo estaba el teniente Goldring.

— Pase, barón, pase — exclamó Kubis con sincera alegría —. Es curioso, porque precisamente acabo de pensar en que usted podría ayudarme en un asunto.

— Estoy a su disposición, y más aun ahora que tengo que pedirle un pequeño favor.

Al invitar a su huésped a sentarse, Kubis también se dejó caer en un sillón junto al escritorio, apartando torpemente los documentos.

No, no tenía motivos para quejarse de la suerte, si ella misma le traía al barón von Goldring. Primero, porque se le podía pedir unos trescientos-cuatrocientos marcos para ajustar las cuentas con Schulz. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Y, segundo, por ser ésta una magnífica oportunidad para poner en práctica lo encomendado por Berthold. Únicamente se necesitaba encontrar un pretexto y dejarlo al barón a solas en la pieza con todos los papeles como estaban en ese momento; esos con la inscripción “absolutamente secreto” y la caja fuerte entreabierta... no podrían dejar de ser una tentación para von Goldring, si es que no era una persona de confianza... De tal modo lo único que haría falta hacer, sería darle una ojeada al lente periscópico, montado en forma tan oculta junto a la caja que jamás nadie podría darse cuenta de éste y el barón quedaría atrapado con las manos en la masa.

¿Pero en que forma lo podía hacer? Si se hubiera preparado de antemano lo sabría ejecutar como una canción. Por ejemplo le encomendaría a algún subalterno de llamarlo por teléfono, luego se disculparía, solicitándole a que lo esperase un momento. Y mientras tanto... ¡Bah, para qué pensarlo ahora! Ahora que lo tenía delante suyo a Goldring en persona había que fiarse sólo de la chispa del momento. ¡Ya lo haría de algún modo! El problema era por dónde empezar la conversación para retenerlo, y también la forma en que debería hacerlo para poder matar dos pájaros de un tiro: por un lado pedirle dinero prestado y por el otro cumplir con la orden del plan de control.

— ¿En qué puedo serle útil?

— Vea — comenzó Kubis lentamente como si buscara las palabras —, me gustaría mucho conocer su opinión acerca de algunos problemas surgidos en mi trabajo. Tengo en cuenta el servicio secreto.

— Con gusto contestaré a todas sus preguntas.

— Usted trabajó en Rusia y por lo tanto conoce la práctica de los rusos. Dígame. Cuando el contraespionaje soviético descubre a uno de nuestros agentes y lo toma preso, ¿tiene éste alguna posibilidad de salvarse?

— La misma que tiene un pescado de volver al río, después de que estuvo en la sartén. En tiempos de paz nuestro agente puede contar todavía con algún atenuante por una confesión franca y sincera. Pero en tiempos de guerra... Usted mismo sabe que las leyes de la guerra son siempre rigurosas.

— ¿Y en el caso de que nuestro agente, sea por salvar su vida o por una buena recompensa, consienta en trabajar para el servicio secreto soviético?

— Casos así se excluyen del todo — contestó Goldring con persuasión —. El asunto es que el servicio de inteligencia soviético forma sus cuadros de acuerdo con un principio completamente distinto al nuestro. Su fuerza radica, lamentablemente para nosotros, en que sus colaboradores no son agentes pagados, sino gente de ideales firmes, hasta diría yo fanáticos, que no trabajan por dinero, como en el nuestro.

— Sí, claro... — Kubis se calló pensando en la forma de pasar al tema que le interesaba en ese momento más que nada.

El propio Goldring le ayudó.

— Perdóneme, Herr Hauptmann, pero me aflige pensar en que soy en parte culpable ante usted — le dijo con torpeza —. Sí, hombre, ¡ójgame y después me va a contradecir! Vea. Ayer yo prácticamente me le pegué como un lastre cuando usted se sentó a jugar al bridge y lógicamente eso le distrajo y le puso nervioso, porque yo cada vez le andaba mirando las cartas... Yo mismo me siento terriblemente nervioso cuando alguno se pone a mirar por encima de mi hombro mientras juego al ajedrez. Por ello me siento en gran medida culpable de que haya usted perdido en el juego. Le ruego que no se ofenda, pero yo noté ayer que usted tenía, bueno, ciertas dificultades con ese Schulz...

— Lamentablemente usted adivinó, barón. En efecto yo le debo al mayor Schulz trescientos quince marcos y hablando con franqueza ni me imagino cómo podré salir del paso.

— ¡Pero que tonterías! ¡Yo me sentiré feliz de que usted me acepte en préstamo esa minucia!

Goldring sacó del bolsillo un paquete de billetes nuevos de banco y miró interrogante a Kubis.

— ¡Se lo agradezco infinitamente, mi querido barón! A pesar de que me siento muy incómodo... ya que apenas nos conocemos...

— ¡Una simpatía sincera muchas veces nace de golpe y porrazo! — Goldring, riéndose, hizo un gesto reverente —. Cierto, ¿verdad?

— ¡Usted es una maravilla, mi querido barón! — exclamó Kubis aliviado —. ¡Palabra de honor que es magnífico! Con enorme placer aprovecharé su amabilidad y, por supuesto, por muy corto plazo.

— ¡No hay apuro alguno! Tenga aquí trescientos cincuenta marcos. ¿Le alcanzan?

— ¡Plenamente! — Kubis arrancó una hojita limpia de su tarjeta, escribió un recibo y se lo tendió a Goldring, quien, con gesto de incomodidad se lo metió en el bolsillo.

— ¡No hacia falta! Pero si ese es su deseo...

— Insisto en que se haga así. Y para estrechar nuestras relaciones en forma más palpable, le propongo aliviarnos la garganta con una copita de coñac. ¿Qué le parece? Confieso que tengo la cabeza medio aturdida de lo de ayer...

— Bueno, si es con el fin de la cura, no seré yo quien abandone a un colega en momentos semejantes...— aceptó Goldring entre risas.

— En ese caso le pido permiso de dejarlo por cinco minutos solo. Es para darme una escapada a mi habitación...

Sin esperar la respuesta de Goldring el Hauptmann Kubis se dirigió a la puerta.

— ¡Un momento! — le detuvo Goldring —. Usted está por salir, dejando los papeles secretos sobre la mesa. ¿No sería mejor guardarlos en la caja fuerte?

— ¡Bah, tonterías! — Kubis hizo un gesto de indiferencia —. Usted, teniente, conoce no menos secretos que yo. Además yo confío en su discreción.

El cerrojo automático dio un chasquido y se pudieron oír los pasos de Kubis que se alejaban. Heinrich miró los papeles, sacó un cigarrillo y lo aplastó tranquilamente entre los dedos. Después se acercó a la ventana.

Al oírse pasos detrás de la puerta, Goldring no hizo el menor movimiento para mirar a ese lado.

— ¡Usted perdonará mi tardanza! ¡Prometí volver en cinco minutos y lo hice en siete! — todavía en la puerta se disculpó el Hauptmann. Luego se acercó a la caja fuerte para cerrarla con especial esmero, y sólo entonces sacó del bolsillo una botella de coñac a medio tomar y dos copitas, y se puso a llenarlas.

— ¡Por el revés del que salí ganando! — brindó el Hauptmann.

— ¡En ese caso también por lo que yo gané! — dijo Heinrich en el mismo tono de Kubis al levantar la copa.

“Una prueba más que pasé”, cruzó fugaz y alegre la idea por la mente de Heinrich.

## El álbum del comandante Schulz

Por primera vez en muchos días se rasgaron las nubes y el sol abrazó con su calor la tierra. Aprovechando el recreo, los oficiales se lanzaron al patio del estado mayor. Unos, con los ojos entornados tomaban sol en el porche; otros paseaban en pequeños grupos por el patio y conversaban.

Un grupo considerable se reunió junto a los blindajes, a la vera del camino, frente a la entrada al cuartel. En

general en dichos blindajes encontraban refugio los oficiales durante los ataques aéreos. Pero ese día no les reunió ahí el toque de alarma, sino una especie de pugna entre los mejores tiradores del alto mando: Schulz y Kockenmüller.

Según las reglas de la contienda el tirador tenía que romper con su bala el gollete de las botellas distantes unos treinta metros y alineadas encima de un terraplén de blindaje. En caso de dar en el blanco, obtenía de su rival dos botellas de coñac o su valor en efectivo. Si la bala daba en la botella en vez del gollete, el que tiraba le debía una botella de coñac y si le erraba el tiro pagaba multa doble, o sea dos botellas de coñac.

Kockenmüller fue el primero en tirar. Tomó una gran pistola de las manos de un cabo, luego miró con detenimiento el arma, se acercó a la raya en el suelo, se colocó de mediafrente y muy esmeradamente apuntó al blanco. Sonó un tiro. Una columnilla de humo se levantó a la derecha, un poco más arriba de la botella. Kockenmüller se mordió el labio y volvió a apuntar. Esta vez la bala partió la botella por el medio y la tercera hizo lo mismo.

— ¡Cuatro botellas de multa! ¡Y ninguna ganada! — profirió riéndose el oficial que hacía de juez.

— Ya le ganaré en la segunda rueda — pronunció Kockenmüller con calma —. Ahora sé cómo apuntar.

— ¡Esos sí son ejercicios útiles para los oficiales del estado mayor! — se oyó decir a alguien. Todos se dieron vuelta. El general mayor Daniel, jefe del cuartel general, y el coronel Berthold se acercaron al grupo.

El comandante Schulz expuso las exigencias de la contienda.

— Goldring, ¿no tomas parte en el certamen? — preguntó Berthold al notar a Heinrich entre los presentes.

— Lamentablemente cuando me acerqué ya habían comenzado, señor coronel.

— ¡Ah, pero no, señor teniente, que sólo comenzamos la primera rueda! Además, a mí me gusta ganar — intentó Schulz una broma.

— ¿Está usted seguro de que va a ganar, señor comandante? — preguntó Heinrich, clavada su pupila en la de él.

El comandante Schulz sonrió petulante y como respuesta le tendió a Heinrich una pistola.

— ¡No, ahora es su turno! Yo tiraré después de usted.

Tres veces seguidas disparó casi sin apuntar el comandante Schulz. Con un tiro rompió una botella, con el otro dejó sin gollete la segunda. La tercera bala pasó rozando una de ellas.

— ¡No está mal! — elogió el general Daniel.

— ¡Su turno, barón! — invitó Schulz.

Goldring sacó de la funda su máuser y adoptó la posición necesaria.

— ¿Quiere usted ponerse a tirar de ese petardo? — exclamó Kockenmüller sorprendido.

— ¿Acaso está prohibido por las reglas?

— No, pero apuesto a que con un máuser no hace blanco en el gollete ni a diez pasos de distancia — insistía Kockenmüller.

Unos cuantos oficiales lo apoyaron.

— Usted se coloca en peores condiciones que los demás participantes de la contienda — intervino Daniel.

— ¡Es que un oficial debe manejar a la perfección cualquier tipo de arma! Antes le pierdo diez botellas por cada tiro al comandante Schulz que acepto usar otra pistola.

— Le agarro en lo dicho: ¡diez botellas por cada tiro errado! — exclamó Schulz.

Goldring levantó en silencio la pistola. Uno tras otro sonaron tres disparos. La primera botella se partió y las otras dos quedaron sin gollete.

— ¡Mal trabajo! — frunció el cejo Goldring que parecía no oír las exclamaciones de elogio de los presentes —. Ponga nuevas botellas — le solicitó al cabo.

Los tres nuevos tiros dejaron pasmados a todo el mundo: ¡como si fuera por un cuchillo parecían cortados los golletes de las tres botellas!

— Cincuenta botellas ganadas, diez perdidas. En total, ¡cuarenta botellas de coñac por cuenta del comandante Schulz! — exclamó alegremente el juez.

Los circundantes prorrumpieron en carcajadas. Era conocida para todos la avaricia del comandante Schulz, por eso observaban con interés la cara larga del hombre que se cubría de manchas rojas.

— El comandante Schulz tiene aún tres tiros sobrantes — hizo recordar Heinrich —. ¿Tiene usted el máuser, comandante Schulz?

Este se aferró confuso a su culata y se puso todo de grana.

— Se había convenido tirar del parabéllum — opuso tartamudeando.

Heinrich se echó a reir alegremente.

— ¡El asunto de las diez botellas fue una broma, señor comandante Schulz! A mí me basta con una.

— Entonces me permito invitarle hoy para las nueve de la noche a tomarse conmigo la botella de coñac que me ganó.

Schulz se inclinó con tanta parsimonia ante Heinrich que se podía creer que lo estaba por obsequiar con un verdadero banquete.

— ¡Será un honor para mí! Estaré a las nueve en punto — y para esconder el brillo burlón en sus ojos, Heinrich hizo una galante reverencia.

— No quisiera ser yo su rival en un duelo — dijo Kockenmüller en tono de broma cuando volvían con Heinrich al estado mayor —. Y sepa además que de hoy en adelante usted se ha ganado un enemigo mortal.

— A mí me pareció que nos despedimos como amigos con Schulz. ¡Le regalé casi todo lo que perdió!

— Jamás le perdonará el haberle quitado la fama del mejor tirador del estado mayor — explicó Kockenmüller —. Fue lo único de que podía jactarse hasta ahora.

Al volver del paseo, el soldado de turno les hizo saber a Goldring y Kockenmüller que el coronel estaba en ese momento con el general Daniel y el coronel Lemberg.

— ¿Lemberg? — Heinrich miró interrogante a Kockenmüller y frunció el ceño, pareciendo recordar algo.

— Se le encomendó dirigir la operación “Paseo Verde”...

Ambos se sentaron a sus mesas de trabajo inclinados sobre los papeles. Unos cinco minutos más tarde pasó por la antesala del coronel el general Daniel sin mirar siquiera a los oficiales. Acto seguido le siguió, impregnado de olor a tabaco y todo cansado, el coronel Lemberg.

A través de la puerta se oían los pasos de Berthold que se paseaba por su oficina. Era evidente que el coronel estaba de mal humor. A pesar de ello Heinrich se atrevió a molestar a su jefe, muy interesado por la comunicación de Kockenmüller acerca de la misión encomendada a Lemberg.

— ¡Ah, eres tú! — el rostro sombrío de Berthold se despejó un poco —. ¡Te felicito, muchacho, con el éxito obtenido! ¡Eres un tirador magnífico!

— Por ese motivo precisamente vengo a verle, señor coronel. ¿No le parece a usted que sería más oportuno para mí demostrar mis habilidades en el manejo de las armas en el “Paseo Verde”, donde de blanco le hacen a uno los enemigos y no botellas vacías de coñac?

Algo semejante a una sonrisa cruzó por la cara de Berthold.

— Ese “paseo” ya se dio.

— ¿Ya?, ¿pero cuándo? — la voz de Heinrich sonó interrogante y decepcionada.

— Fue comenzada esta madrugada a las seis en punto y se acabó a las doce del mediodía.

La mirada sombría de Heinrich parecía divertir sinceramente al coronel.

— ¡Pero qué tipo más raro que eres, verdaderamente raro! Dime con franqueza, ¿qué te atrae tanto en esa operación?

— Permítame contestarle como a mi segundo padre del que no quiero tener secretos, y no como a mi jefe.

— Espero que es como me hablas siempre.

Heinrich vaciló un momento. Parecía costarle un tremendo esfuerzo sacar a luz sus reflexiones más recónditas.

— Usted ha hecho tanto por mí — comenzó titubeante —. Gracias a usted yo obtuve sin demoras el título de oficial y usted me ofreció un trabajo digno e interesante... pero...

— ¡Vamos, hombre, larga de una vez! ¿Qué te paras ahí?

— Yo les tengo envidia a muchos oficiales del estado mayor. Todos ellos tienen méritos combativos y seguro que participaron en importantes operaciones, de lo cual son brillante testimonio las medallas que ostentan en sus uniformes...

La carcajada incontenible de Berthold no le permitió terminar la frase.

— ¿Y eso es todo?.. ¡Pero qué ingenuidad la tuya! Te aseguro que más de la mitad de esas medallas con que fueron galardonados los oficiales del estado mayor, las obtuvieron con el único fin de que aquellos que están en el frente pudieran creer que también los “estadistas” tienen sus méritos ante la patria, aunque muchas veces, hasta demasiadas veces, dichos méritos no superan los del archivista de una audiencia provincial... Para ello no hace falta ir al encuentro de una bala guerrillera. Porque

para carne de cañón se puede encontrar gente con sangre menos aristocrática que la tuya... Además dame las gracias por no haberte mandado a esa operación...

— ¿Por qué?

— Porque perdimos solamente en muertos a doscientos diecinueve soldados y dieciseis oficiales. La mitad de los policías fue aniquilada...

— Quiere decir...

— ¡Eso quiere decir que el “Paseo Verde” se convirtió para muchos en el último paseo! Cuando nuestras unidades se acercaron al campo, cuyas salidas fueron bloqueadas antes, se encontraron con que allí no había absolutamente nadie. Tanto el campamento, como sus accesos estaban muy bien minados. Añádele a esto que la guerrilla nos atacó desde la retaguardia y al causarnos enormes daños desapareció en una forma relámpago. La operación resultó un fracaso total. La única recompensa fueron las doscientas y pico de cruces en el cementerio junto al poblado.

— Quiere decir que Lemberg...

— ¡Al diablo con ese Lemberg! ¡No quiero hacerme mala sangre por sus fracasos! ¡Que se las arregle solito con el Mando Superior! ¿No te parece, teniente, que nos haría falta distraernos un poco y darnos una escapada al pueblo más próximo, por una tarde aunque sea?

— Con muchísimo gusto.

— Ya sé que sería de tu agrado. A la juventud no le gustan esos pueblos olvidados de Dios como el nuestro. Necesita cambiar el ambiente como respirar el aire... Bueno, a lo mejor vamos hoy, ¿eh?

— Sería mejor mañana, porque hoy estoy invitado por el comandante Schulz.

El coronel hizo una mueca de desagrado.

— ¿Está usted disgustado?

— Más bien inquieto... El comandante Schulz no te perdonará la vergüenza que le hiciste pasar hoy. Medio bebido puede ofenderte y tú, con lo polvorita que eres...

— ¡Mantendré mi sangre fría como el hielo y seré precavido como usted, señor coronel!

— A pesar de todo me siento intranquilo.

— ¿Pero por qué? Si yo le di a usted mi palabra...

— ¡Es que eres tan joven aún! Si no fuera por la guerra...

— ...no tendría yo quizás la suerte de llamarme hijo suyo.

— ¡Es cierto! Bueno, ve allá, pero recuerda que con el comandante Schulz hay que andarle con cuidado. Si vuelves temprano, pasa a verme.

— ¡Obedezco, señor coronel!

Media hora después tocaba Heinrich a la puerta del comandante Schulz, embutido en su flamante uniforme de gala y esgrimiendo la punta de su fuste.

Abrió la puerta el propio comandante en persona.

— ¡Adelante, estimado barón Goldring! — El mayor intentaba mantenerse amable, pero su cara delataba más afabilidad hipócrita que un gusto sincero.

Heinrich echó una rápida mirada a la habitación de Schulz y apenas pudo contener la sonrisa, porque recordó las palabras de Kubis acerca de cómo el ordenanza de Schulz trajo una vez de quién sabe dónde dos sillones de cuero, con el deseo de crear un ambiente más confortable en la habitación de su oficial y de cómo el comandante Schulz quitó de éstos el cuero para guardarlo en su enorme valija parecida a un baúl.

No estaría demás hacer más acogedora esa habitación tan vacía y hosca. Una cama estrecha tapada por una simple frazada de campaña, una mesa y cuatro sillas era todo el mobiliario que contenía. ¡Ah, y la famosa valija, claro está! ¡Todo un baúl con verdadera guarnición de hierro! Sería curioso verlo por dentro... probable que estuviese ahí guardada también la frazada de oficial, doblada con esmero en su fondo. ¿Cómo fue que dejó la cámara fotográfica en la pared? Seguro que la sacó para jactarse ante los huéspedes. Era evidente que Schulz esperaba a alguien más aparte de Heinrich, porque, ¿de qué otro modo se explicaban las dos botellas de coñac y hasta cuatro copas en la mesa?

— ¿Tiene que venir alguien más? — señaló Heinrich a la mesa.

— Cobré una vieja deuda a Kockenmüller y me vi obligado a invitarlo también. Pero hace diez minutos me llamó para decirme que el coronel le dio un encargo en otra parte, y Kubis, que también debía venir está ocupado. Por lo tanto quedamos usted y yo para pasar solos un rato, si no se opone.

— Tendré sumo gusto en pasar la tarde con usted.

Sin embargo la tarde prometía ser poco agradable.

Tanto el invitado como el anfitrión andaban en busca de temas para conversar. Su marco era muy limitado, porque los intereses de Schulz no iban más allá de los asuntos cotidianos de la vida del estado mayor. Sólo, cuando tocaron el tema de Berthold el comandante se animó un poco. Al elogio de las cualidades individuales y la enorme experiencia del coronel, le siguió una observación en la que Schulz subrayaba disgustado el frío y hasta enemistoso trato que había notado de parte de Berthold.

— ¿Y a qué lo atribuye? — preguntó Heinrich mirando con fijeza a Schulz.

Este desvió la mirada, pero luego hizo un esfuerzo y también clavó sus ojos en los de Heinrich.

— A decir verdad me lo explico por el influjo suyo, en cierto modo.

— Pero convenga conmigo, Schulz, que yo no tengo ningún motivo para tratarlo con hostilidad, ni de influir en forma alguna en el coronel.

— Tal vez ciertos rumores o palabras mías tergiversadas... — comenzó a decir Schulz.

— ¡Pero si somos oficiales, usted y yo, y no comadres para andar recogiendo rumores! En cuanto a mí, quiero dejar sentado que jamás soportaré ni perdonaré a nadie una ofensa a mi honor; pero eso de prestarle atención a los chismes es algo que deshonraría mi dignidad.

— ¡Entonces brindemos que jamás surjan malentendidos entre nosotros! ¡Barón, usted apenas prueba la bebida!

— Es que yo no tomo nunca más de una o dos copitas. Y como ésta ya es la segunda, quiero que me permita estirar el gusto otro ratito.

— ¡Digno de alabanza en un joven! En cambio nosotros, los viejos, debemos buscarnos un aliciente para dar abasto con el trabajo que se nos ha caído a todos en la cabeza.

— Sin embargo yo veo que a usted también le resta tiempo para el recreo, señor comandante Schulz —. Heinrich señaló con los ojos el aparato fotográfico que colgaba encima de la cama.

— La fotografía me apasiona desde la infancia y ahora es el momento más oportuno para completar mi álbum. ¡Tantos lugares por donde uno ha pasado! ¡Tantos hechos en que uno toma parte! Cuando llegue la vejez y abra el álbum, veré no sólo todo el camino recorrido, sino cada paso dado en él.

El comandante Schulz ya estaba bien tomado y sus ojillos, tan turbios siempre, brillaban, mientras su cara larga y amarilla había cobrado color.

— Me gustaría ver su álbum, si no tiene un carácter demasiado íntimo, se entiende —. Heinrich miraba con picardía al hombre.

— ¿Cómo se le ocurre pensar eso! — se alarmó Schulz —, ¡yo soy un hombre casado! ¡No, no! ¡Todo es absolutamente decente!

El comandante Schulz se inclinó sobre su baúl-váljia, hizo unos cuantos movimientos misteriosos alrededor del cerrojo y al minuto colocó delante de Heinrich un enorme álbum en la mesa.

El álbum era verdaderamente muy lujoso. Fotos sacadas en Bélgica, Noruega, Checoslovaquia, Francia, Polonia... Se podía estudiar todo el camino recorrido por la unidad en que antes servía el comandante Schulz... Por último venía el gran capítulo llamado "Rusia". Heinrich se puso a hojear con más detenimiento. Aldeas y pueblos aniquilados. Gente hambrienta y desnutrida tras alambrados de púas. Una horca y el cuerpo desnudo del ahorcado. Otra horca y el lazo pendiente sobre la cabeza de un muchachito, un niño casi. Todas estas fotos hacían por supuesto sólo de fondo, porque en primera plana se hallaban los oficiales y muchas veces el propio Schulz. De seguro alguien le ayudaba a sacarlas... Schulz de cuerpo entero. La cara hinchada, de sonrisa engreída. Su pie sobre el cuerpo de un muerto; con el sol se ve como brilla la bota perfectamente lustrada.

— ¡Qué foto tan elocuente! — dice Heinrich al mirar atentamente la reproducción.

— ¡Yo diría más bien simbólica! — le corrigió el comandante Schulz.

— Hay que guardarla como un documento.

— ¡Sí, el documento de la gran campaña! — agrega enfático el comandante.

Heinrich seguía hojeando sin levantar la mirada por temor de que pudiese delatarle.

— Esta es mi última foto — detuvo su mano el comandante al indicar la fecha en uno de sus ángulos.

Era la fotografía del general mayor Daniel en su oficina de trabajo. Detenido junto a su escritorio tenía en sus manos un papelito. De fondo le servía un enorme mapa colgado en la pared. Las líneas del mapa no se distinguían

bien, en cambio las flechas marcadas profusamente se veían a la perfección. No le costó trabajo a Heinrich reconocer en éste el mapa con el plan de la operación “Puño de Acero”.

— ¡Magnífico, comandante Schulz! Usted puede competir con los mejores fotógrafos profesionales. ¡Doy mi palabra de honor que me haría feliz tener en obsequio esta foto en recuerdo de la tarde de hoy!

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la cara de Schulz.

— Elija cualquiera donde haya dos fotos idénticas.

— Entonces, si usted no se opone, yo elegiré su último trabajo. Sería de mi agrado tener una foto del general Daniel sobre mi escritorio.

— ¡Ah, no hay inconveniente! Yo le quería obsequiar un ejemplar al general de los dos que tengo, pero ahora después de ese fracaso con el “Paseo Verde”...

El comandante Schulz sacó del álbum la foto y se la tendió a Heinrich.

— No, así no la acepto; el regalo tiene que ir con dedicatoria — dijo apartando la mano de Schulz.

— Si es la única objeción...

Schulz tomó la pluma y escribió de corrido al dorso: “Al teniente von Goldring del comandante Schulz”.

— ¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! — Heinrich guardó la foto en el bolsillo de su uniforme.

— Estoy de acuerdo con usted; el general Daniel no está hoy para regalos — ponunció Heinrich con un suspiro —. ¡La segunda operación seguida en que fracasó!

— ¿Usted tiene en cuenta también la primera del “puño de acero”?

— Sí. Y ahora esa del “Paseo Verde”...

— ¿Y cómo se explica eso a su parecer, señor teniente? — preguntó Schulz, clavada su mirada en la pupila de Heinrich.

Este cruzó la suya con la del comandante.

— Yo soy agente desde mi niñez y pese a que soy el más joven entre todos los oficiales del cuerpo de inteligencia, a mí nadie me podrá convencer de lo contrario, de que en nuestro estado mayor trabaja un espía muy bien enmascarado.

Schulz se apoyó en el respaldo de la silla; las fosas de su enorme nariz temblaron como si sintieran olor a

presa y sus ojillos se estrecharon tanto que en su lugar quedaron visibles dos franjas angostitas.

— ¿Usted cree? — la voz le salió ronca a Schulz al hacer la pregunta.

— Estoy seguro; hasta diría más: persuadidísimo... Pero usted y yo queríamos distraernos hoy, en cambio pasamos a un tema tan doloroso y desagradable para nosotros, los oficiales del estado mayor.

— ¡Es cierto! — consintió Schulz —. Hablemos de otra cosa, si le parece.

— Dígame señor comandante, ¿cómo se las arregla para guardar tanta cantidad de negativos? — preguntó Heinrich interesado.

— Los negativos los quemo; cuando tengo la foto impresa, como aquella que le acabo de obsequiar, no hay necesidad de andar llevando con uno cargas inútiles... ¿Pero a qué se debe su pregunta?

— Bueno, podría darse el caso de necesitarse un doble de una fotografía vieja y entonces podrían servir los negativos.

— Hasta ahora no hubo tal necesidad — Schulz hizo un gesto de incompreensión.

— Pero supongamos que una de sus fotos llegue a interesar a la gestapo. ¿Qué pasa entonces? Se verá obligado a arrancar la foto de este álbum, sin que a usted le quede ninguna.

Los ojos de Schulz se redondearon y una franca alarma se leyó en ellos.

— ¿Por qué motivos iría a interesarse la gestapo por mis fotografías?

En un segundo Heinrich borró la sonrisa de su cara. Sus ojos miraban a Schulz fríos y enemistosos.

— ¡Es que no todos son tan cándidos y crédulos como usted se cree!

— No le entiendo. ¡Explique qué significa todo esto! — la voz del comandante Schulz se quebraba de indignación —. Para que sepa, barón, yo no me aguantaré injurias ni insinuaciones que suenen a afrenta. No se olvide teniente que mi grado es superior al de usted y llevo casi diez años en este trabajo.

Heinrich miraba al enfurecido comandante con ojos punzantes y hostiles.

— ¡Las reglas de subordinación no tienen nada que ver aquí! Y no se me haga el ofendido. Será mejor que

diga con franqueza la suma en que les vendió a los rusos el negativo de la foto que tengo metida en el bolsillo.

Al comandante se le cortó el aliento. Se puso tan blanco, que sus turbios ojillos grises parecían negros en su cara palidecida.

— ¿Qué? ¿Qué ha dicho usted? — pudo al fin expresar de su garganta.

— Se lo puedo repetir. ¿A qué precio les ha vendido a los rusos la foto; mejor dicho su negativo?

— ¡Canalla! — Schulz saltó de su asiento para lanzarse a la cama donde tenía prendido de uno de sus barrotes el cinturón con la pistola.

— ¡Tranquilo, Schulz! — sin levantar la voz le advirtió Heinrich —, yo tiro mejor que usted. Mientras usted saca la pistola yo tendré tiempo de meterle tantos agujeros en su cuerpo, cuantas balas tengo en mi arma. ¡Cálmese! Tanto más que la gente decente siempre puede llegar a un acuerdo, sin recurrir a las armas.

El tono tranquilo de Heinrich, o quizás la amenaza, le volvieron a Schulz en su juicio, por lo que tiró en la cama el cinturón con la pistolera.

— ¡Usted ha ofendido mi honor de oficial, teniente! ¡Y yo no lo pienso dejar así! — exclamó el comandante Schulz que continuaba temblando de ira por el ultraje.

— ¡Noble cólera! Usted es un magnífico actor, comandante, pero a mí, a decir verdad, esta escena no me causa la más mínima impresión.

— ¿Qué quiere de mí? — la voz a Schulz le salió ronca.

— Le quiero preguntar — continuó Heinrich con la misma calma de antes —, si ha visto alguna vez cómo interroga la gestapo a la gente que se ha hecho sospechosa de traición a la patria. Pero no vamos a entrar en detalles. Usted mismo sabe que allí hay ases que pueden hacer hablar a un muerto.

— ¿Pero por qué ha iniciado esta conversación conmigo? ¿Qué tengo que ver yo con esto?

— Mucho. Ya lo verá. ¿Será posible que no haya comprendido todavía que ha actuado muy descuidadamente, dando motivos a la gestapo para interesarse de las raíces de su afición a la fotografía?

— Yo siempre cumplí honradamente con mi deber de oficial y no tienen nada para incriminarme — pronunció Schulz algo más tranquilizado.

— Existen pruebas materiales y a ellas se dará más fe que a las palabras.

— ¿De qué me puede acusar usted? — Schulz explotó de nuevo lleno de cólera.

— ¡Dios libre, comandante! Yo no le acuso de nada. Usted me ha entendido mal desde un mismo principio. Sólo quise prevenirle de un gran disgusto y usted por poco me mata...

Schulz agarró una botella de coñac y bebió varios tragos directamente de su gollete. Sus dientes castañeteaban contra el vidrio en un menudo tamborileo.

— Dígame de una vez, barón, ¿qué pueden inculparme? — casi gimió.

— Vamos, cálmese — le advirtió fríamente Goldring —. Al fin de cuentas usted lleva uniforme de oficial y no un delantal de sirvienta... El asunto es que en la reunión de consulta de hace varios días atrás cuando se comentaban en el estado mayor las posibles causas del fracaso de la operación del "Puño de Acero", usted comentó que el mando ruso tenía una copia del mapa trazado por el mando alemán y al decirlo dejó traslucir con bastante transparencia sus sospechas acerca de mi persona...

— Pero créame, era una simple conjetura, una hipótesis.

— Fue un intento de cargar la propia culpa en otros hombros. Es un método probado de la gente que tiene algo para ocultar. Ya entonces comprendí que se trataba precisamente de ese caso y ahora obtuve la confirmación cabal de ello.

Heinrich tomó el álbum de la mesa y lo abrió en el lugar de la foto del general Daniel.

— Fíjese usted mismo — comentó Heinrich —. En esta foto está prácticamente impreso el mapa de la operación, mientras el general Daniel sirve para distraer la atención. Si se deja pasar el negativo de esta fotografía por el aparato de proyecciones, se obtendrá la copia exacta del mapa estratégico. Usted mismo hace constar la fecha del 12 del mes en que sacó la foto, es decir antes de la operación. Para prepararse los rusos no tardaron mucho. Todos conocen el amor que usted le profesa al dinero y por lo tanto creerán sin dificultades que usted vendió el mapa a los rusos por un alto precio. Y como consecuencia tenemos prácticamente a dos divisiones nuestras aniquiladas... Usted no tiene el negativo, por consiguiente está en poder de los rusos. ¿O no es así?

Heinrich vio al comandante Schulz a punto de perder el conocimiento. Su cara estaba lívida como la de un muerto y los ojos exorbitados de espanto.

— Dígame, ¿tiene usted suficientes pruebas materiales y no palabras para argumentar en contra de esta acusación?

— ¡Pero si yo le saqué una foto al general y no al mapa! — exclamó Schulz desesperado.

— ¡Eso es puro palabrerío, mientras lo que se necesita son pruebas! ¿Tiene usted pruebas de que no les pasó el negativo a los rusos?

El comandante callaba. Su mandíbula inferior temblaba. Seguramente cayó en la cuenta de la terrible amenaza que pendía sobre él. Podía contrarrestar la acusación sólo con palabras y no con hechos. ¿Pero quién daría crédito a las palabras?

— ¡Esto es espantoso, barón! — le salió en un grito desesperado.

Por fin lo ha entendido.

— ¡Qué horror! ¡Jamás en mi vida he hecho nada de lo que usted me está atribuyendo!

— No soy yo quien le acusa, comandante Schulz, sino centenares de personas que sucumbieron por culpa suya y los niños que quedaron huérfanos por usted.

— ¡Oh, Dios misericordioso! — gimió el comandante.

— Mi honor de oficial alemán me exige que les comunique de inmediato a las instancias superiores...

— ¡Barón! — Schulz se aferró a la mano de Heinrich, dispuesto a besársela.

— Pero... — Heinrich no se dio prisa en terminar la frase — pero no le diré nada a nadie... no sólo porque usted y sus parientes me inspiran lástima. Seré franco. Yo no quiero que se arraigue la opinión, según la cual lo habría hecho por vengarme por aquella sugestión imprudente suya en la reunión del estado mayor. Usted me comprende, ¿no?

— ¡Oh, barón!

Sin volver en sí del miedo sufrido hace un minuto, Schulz parecía estar fuera de sus cabales de alegría.

— ¡No se le vaya a olvidar en adelante el servicio que le acabo de prestar!

— ¡Lo tendré siempre presente y estoy dispuesto a pagárselo en cualquier forma en señal de agradecimiento! — exclamó Schulz.

— Por supuesto entenderá que no se trata de ninguna clase de pagos en efectivo — dijo Heinrich con repugnancia —. Pero no se excluye la posibilidad de que me haga usted algún favor camaraderil en el futuro si se presenta tal ocasión. ¿Estamos?

— ¡Haré gustoso todo lo que esté en mi poder!

— Pero si se le ocurre aunque sea una sola vez tocar mi honor de oficial del ejército alemán...

— ¡Dios me guarde! ¡Jamás y en ningún caso!

— Muy bien que hayamos sabido ponernos de acuerdo. ¡Y usted ha querido hacer hablar las armas!

Schulz echó una mirada al revólver y luego al álbum que seguía abierto e hizo una mueca. Quería preguntar algo, pero no se atrevió.

— Comprendo, comandante. Le prometo que cuando vea cumplida la palabra dada y me haga usted algún servicio, yo le devolveré esta malhadada foto. Era eso lo que me quería pedir usted, ¿no?

El comandante hizo un gesto afirmativo en silencio.

Ya al volver a su habitación y quitarse el uniforme, Heinrich recordó de pronto su promesa de verlo al coronel antes de acostarse. Su primer impulso fue volver a vestirse y así estuvo un rato indeciso. Luego volvió a echar el uniforme sobre el sillón. No. No tenía fuerzas de hacer el menor movimiento más. ¡A dormir! ¡A dormir en seguida, para que descansen los nervios, tensos como cuerdas!

Sin embargo esa noche Heinrich no pudo conciliar el sueño. Todo el tiempo tenía ante la vista el álbum del comandante Schulz, como si lo volviera a hojear página por página. “Documentos de una gran campaña”, había dicho Schulz sobre esas fotos. Sí. Documentos, pero de inculpação. Quizás llegue el día cuando todos vean el álbum del mayor Schulz.

## **Reflexiones junto a la ventanilla del tren**

Con gran rapidez se esparció la nueva del traslado a Francia del cuerpo que sufrió tan terribles bajas y de su reemplazo por otro llegado de ese país. Por supuesto que esa noticia no dejó indiferente a nadie. Se comentaba por

ese entonces en voz baja como un gran secreto, aunque todo el mundo andaba excitado y lleno de contento. Por otro lado llegó a infiltrarse que una parte de los oficiales se quedaría en el Frente Oriental, lo que generaba nerviosismos y sentimientos de inseguridad. Los oficiales se tranquilizaban a sí mismos y unos a los otros con el único apelativo de que eso no se refería a ellos, los colaboradores del estado mayor, sino a los que se encontraban en el frente. Sólo después de ser recibida la orden oficial del mando sobre la redisolución del cuerpo, decayó un poco la excitación general.

Aquel mismo día Berthold llamó a Heinrich para comunicarle ese hecho.

— Por fin llegó la orden. Hablando francamente ya me creí que nos dejarían aquí...

— ¿Habrás algún encargo que hacer antes de la partida, señor coronel?

— Tendrás que ir a la estación para observar el empaque de nuestra sección. Supongo que dos días te bastarán...

— Espero que sí...

— Sin embargo veo que no estás muy contento por la noticia de la partida. ¿No me puedes decir por qué se te ve tan ceñudo estos últimos días?

— No tengo muchos deseos de abandonar el Frente Oriental.

— ¡Tienes un gusto ni que decir estrafalario, chico!

— Simplemente creí que mi presencia aquí podría ser de mayor utilidad, por mis conocimientos del ruso, de las costumbres rusas y de lo ruso en general.

— ¡Pero hay que pensar en uno mismo también! Ya estuviste bastante metido en este agujero. En cambio en Francia... ¡Oh, Francia! Con unos pocos días allí te bastará para quitarte ese mal humor que tienes encima. A propósito, ¿estás enterado de que Schulz fue trasladado a otra unidad?

— ¿Ah, sí? — Heinrich sonrió con aire significativo... — ¿Quiere decir que además de todo es también cobarde?

— Espero que no hayas tenido ninguna historia con él, ¿eh?

— No. La conversación fue bastante amistosa... ¡Hasta me hizo un pequeño obsequio de recuerdo!

— Schulz solo presentó su petición sobre el traslado, con lo que fue enviado bajo las órdenes del mando supremo. Ayer partió. ¿Qué me dices de esto?

— Digo, ¡que se vaya al demonio, caray! No tengo tiempo para ocuparme ahora de la suerte del comandante Schulz. ¿Cuándo debo marcharme?

— Mañana mismo por la mañana. Y recuerda que confío plenamente en tu vena de administrador.

— Todo estará en orden.

— ¡Arriba, arriba ese ánimo! ¡Ten presente que te esperan todas las atracciones de la maravillosa Francia!

Sin embargo el ánimo de Goldring después de la conversación con Berthold no mejoró en nada, empeorando por el contrario al día siguiente. Siempre tan amable y atento, andaba ahora a los gritos con los soldados que cargaban en los vagones los bultos de la sección y fastidiaba tanto a su ordenanza que éste evitaba mostrarse a los ojos de su oficial. Parecía que al siempre tranquilo del barón lo hubieran cambiado por otro.

Al día siguiente por la noche todos los bultos de la sección ya estaban cargados en los vagones. No obstante el hecho de haber cumplido a tiempo la orden, no mejoró el humor del teniente von Goldring, quien entró ceñudo en la cantina de oficiales. Pese a la casi total ausencia de gente en el restaurante, buscó el rincón más alejado con una mesita junto a la ventana.

Al rato de haberle tomado la camarera el encargo, la figura alta y delgada en uniforme de primer teniente se acercó a la mesita donde estaba sentado Goldring.

— ¿Me permite, señor teniente? — se dirigió a Goldring.

— Haga el favor. Me será más grato cenar en compañía.

El teniente hizo una inclinación; luego se sentó para enfrascarse en el estudio del menú.

— No indican si tienen cerveza. ¿Usted no sabe? Me gustaría tomarme ahora un jarro de cerveza negra.

Heinrich miró con atención al oficial.

— Supongo la tendrán. ¿Está usted de paso aquí?

— Sí, acabo de llegar de la patria.

La conversación fue interrumpida por la camarera que le trajo la cena a Heinrich.

— ¿Qué se va a servir? — le preguntó al primer teniente.

— Sólo una tacita de café negro y unos biscochos — sin preguntarle siquiera de la cerveza, contestó el primer teniente.

La camarera se fue a cumplir con el encargo.

— ¿Estuvo de licencia? — se interesó Heinrich.

— Estuve un tiempo en casa y ahora vuelvo al frente.

— ¿Qué hay de nuevo en la patria?

— ¡Todo lo mismo! — contestó con desgano el primer teniente —. A propósito, aquí traigo de casualidad un periódico de Dresden. De ahí podrá enterarse de todas las novedades.

El primer teniente sacó un impreso doblado y se lo tendió a Heinrich.

— ¡Muy agradecido! Lo leeré con mucho gusto en algún rato libre — contestó Heinrich, sacando del bolsillo un folletín —. Yo acabo de leer este otro librito. Bastante interesante por cierto y si tiene deseos de hojearlo puedo regalárselo.

El primer teniente lo guardó, sin fijarse siquiera en su título. Luego tomó el café tranquilamente, puso unas monedas en la mesa, y después de saludar amistosamente a Heinrich, salió del recinto sin apurar el paso.

En un cuarto de hora Goldring ya se encontraba en el cochevagón que desde dos días atrás le hacía de vivienda provisoria. El ordenanza, prevenido por Heinrich de que esa noche volverían al estado mayor, ya había empaquetado las cosas del teniente. Pero ahora Heinrich no demostraba apuros en partir. Después de cerrar la puerta y bajar la cortina en la ventana, tomó el periódico y seguramente halló algo de mucho interés, porque se pasó bastante tiempo en su lectura que hacía de una manera muy extraña: leía de abajo para arriba, deteniéndose a cada rato en determinadas palabras y hasta en algunas letras.

Por lo visto eran muy buenas las noticias, porque cuando a la media hora Heinrich se sentó en el auto para ir al estado mayor, el ordenanza notó para sus adentros que el ánimo del teniente había mejorado notablemente. Todo el trayecto se lo pasó entonando algo y haciendo bromas, lo que antes jamás se había permitido con su ordenanza.

\* \* \*

El tren avanzaba con lentitud en dirección al occidente. Seguía a una distancia de unos doscientos metros a una locomotora que tiraba de unas plataformas con cargas,

lo cual debía asegurarle al tren su arribo a destino. Si los guerrilleros habían minado las vías en algún trayecto, primero volaría la locomotora con las plataformas, mientras el tren militar quedaría intacto.

Todos los que iban en ese tren albergaban la esperanza de cruzar sanos y salvos la tierra bielorrusa, porque el objeto de la atención de los guerrilleros eran en su mayoría los trenes venidos del oeste y no los que iban para allí. Sin embargo las medidas de precaución nunca estaban demás. Por eso se colocó delante a la locomotora con las plataformas bien cargadas; y por ese mismo motivo asomaban de cada vagón de carga las bocas de las metralhas empuñadas por soldados dispuestos a tirar en cualquier momento.

En los coches de primera viajaban los señores oficiales, quienes por supuesto pensaban menos que nadie en el peligro del momento. No se debía ello a su mayor coraje, sino porque simplemente no les alcanzaba el tiempo. Unos, porque se la pasaban durmiendo después de la borrachera del día anterior, y los otros porque seguían tomando, o jugando a las cartas.

Heinrich viajaba con el coronel en uno de los coches de departamentos de primera, distribuido en medio del tren. En el compartimiento extremo del coche iban los ordenanzas. Todos los otros cupés estaban ocupados de a dos o tres oficiales. Un departamento individual para cada uno tenían sólo el coronel Berthold, Kockenmüller y Heinrich.

El joven teniente le estaba sinceramente agradecido a Berthold por esa disposición que le permitía quedar a solas con sus pensamientos.

Estos no infundían alegría. Paisajes conocidos iban pasando palmo a palmo delante de su ventanilla. ¿Cuándo los volvería a ver de nuevo? Seguramente cuando tuviese la posibilidad de quitarse ese uniforme tan ajeno y repulsivo, y cambiarlo por el suyo propio; ... para salir al bosque a vagar sin rumbo entre los árboles cubiertos de nieve; o en verano, al tirarse en el pasto verde de cara al cielo y mirar tranquilo su azul infinito... ¿Cuándo podría sin ocultarse cantar a toda voz su canción preferida, aquella siempre solicitada por su padre? ¿Quién sabe si volvería a verlo alguna vez! ¿Se llegaría a encontrar de nuevo con sus amigos y conocidos? ¿Podría continuar alguna vez los estudios interrumpidos?

Para sus parientes era un “desaparecido sin rastros”. Así le sería comunicado a su padre. ¡Cuántas lágrimas serán vertidas por esa nota en su casa! Pero así tenía que ser. ¡Así debía de ser! Para todos sus parientes y amigos ya no existía en este mundo. Había desaparecido. Sólo unas pocas personas en Moscú conocían su paradero y sabían todo lo que había alcanzado a hacer el que ahora se llamaba Heinrich von Goldring. Sólo esas personas sabían dónde se hallaba en esos momentos y qué iría a hacer al día siguiente y los posteriores.

El sabría cumplir con la misión encomendada. La cumpliría aunque tuviese que pagarlo con su vida. Lo haría por la Patria y por su padre que sufría por él y seguiría sufriendo por muchos años más.

¡Qué sufrimientos indecibles aquellos que pasó al hojear el álbum de Schulz! Hubo un momento cuando le pareció que se traicionaría a sí mismo, abalanzándose sobre el comandante. Nadie se enteraría jamás de los esfuerzos que le había costado contenerse. Pero al fin de cuentas fue imprescindible y lo logró.

Ahora todo sería mucho más difícil aún. A partir de ese momento no sólo viviría entre enemigos, sino lejos de la Patria. Mientras estaban en tierra bielorrusa podía, al fracasar, unirse a los guerrilleros, huyendo a los bosques. Aunque vivía entre enemigos, estaba en la tierra de su patria. Siempre sentía latente a su lado la enorme fuerza de su pueblo, su apoyo invisible y el caudal inagotable de su espíritu. Sí, él viviría en el extranjero. De sucederle algo, tendría una sola salida, la del revólver chiquitito del que jamás se separaba, ni de día, ni de noche.

Pero no. ¡No se iba a morir, caray! ¡Viviría por muchos años, adrede al enemigo! Ya le bastarían las fuerzas para mantenerse de tal forma que los sabuesos de la gestapo no diesen con su huella, pese a las náuseas casi físicas que le daba por momentos ese papel inaguantable de barón von Goldring. Llegaría el día en que se lo contaría a sus seres queridos y amigos. En cambio ahora había que guardar silencio, sin olvidarse ni por un segundo de quién era, ni el motivo por el cual fue enviado a la guarida enemiga. ¡Cómo le pesaba el corazón, cómo le pesaba! Los artistas de teatro podían descansar al menos durante el intervalo... y además tenían todo el día a su disposición para su propia vida; en cambio él

tenía que jugar a cada momento su papel de la mejor forma posible, sin permitirse descansar ni siquiera de noche, porque aun entonces debía controlarse de algún modo subconsciente, cuidando de no delatarse a sí mismo en el sueño. ¡Qué lejos estaba aún del descanso! ¡Quién sabe si llegaría al fin de la guerra! Andando al borde del abismo por tanto tiempo, sin caerse en él...

¡No! ¡Fuera con esos pensamientos! Ahora era el barón von Goldring... En ese caso, ¿en qué podía estar pensando Goldring y más aun siendo barón? Claro que en la partida de naipes y en las cosas agradables que le esperaban en Francia; en esa carta de Lorchén que no había abierto aún y que debía leer sin falta, porque el coronel le estaba prestando bastante atención a que no se interrumpiese el carteo entre Heinrich y la hija.

— ¡El señor coronel le invita a que vaya a verlo! — pronunció Kockenmüller, asomando la cabeza al compartimiento de Heinrich.

— Vamos a cenar juntos, señores, porque a solas me siento muy aburrido — propuso Berthold.

El ordenanza del coronel colocó dos botellas en la mesa que ya estaba servida y se alejó en silencio.

— ¿Es cierto que habrá una parada bastante larga en Varsovia, señor coronel? — preguntó Kockenmüller durante la cena.

— ¿Y por qué le interesa eso?

— Es que me he vuelto medio salvaje en esa Bielorrusia endiablada. Me gustaría darme por lo menos un paseito por las calles de una ciudad decente.

— ¡Ya los conocemos esos paseitos! — sonrió Berthold —. Ustedes, sin compañía femenina, se sienten como peces sin agua. ¿Andan apenados y esperan la hospitalidad de las bonitas varsovianas?

Kockenmüller se puso a alabar los méritos de las polacas.

— Estaremos parados por unas seis horas, así que tendrán tiempo suficiente para distraerse — tranquilizó el coronel a su edecán.

— Nos daremos una vuelta, ¿eh, barón? — preguntó el capitán dirigiéndose a Heinrich.

— No puedo. Estoy atado por una promesa.

— ¿Ah, sí? — el coronel no pudo esconder su asombro.

— Le prometí a la señorita Lorchén no entablar conocimiento alguno con las polaquitas. Fuera de las que

ella misma me quiera presentar, claro está — explicó Heinrich.

— Ya veo que no pierden el tiempo ustedes dos y recargan bien el correo, ¿eh? — el coronel agitó un dedo con gesto de amonestación, mientras en su cara aparecía una sonrisa radiante y plácida.

— Se vieron ustedes ya con Fräulein \* Lorchén? — preguntó Kockenmüller.

— Nos vimos sólo en la infancia y ahora renovamos los viejos lazos por correspondencia, digámoslo así.

— Espero, Heinrich, tener pronto la oportunidad para darte licencia a que vayas a ver a Lorchén — prometió el coronel.

\* \* \*

Las esperanzas de Kockenmüller acerca de la larga parada en Varsovia se vieron frustradas. Al cruzar la frontera del territorio ruso el tren comenzó a acelerar considerablemente la marcha, deteniéndose por corto tiempo sólo en las grandes estaciones. Esto cambiaba un poco los planes de muchos oficiales, quienes contaban con tomarse aunque sea una breve licencia en Berlín. Pero la orden del Mando era severa y exigía el arribo puntual a destino de todos, sin excepción alguna.

Al cuarto día el tren atravesó la frontera francesa y esa misma noche llegó a su punto de destino: un pueblito provincial de Francia.

Toda la mañana entrante se le fue a Heinrich en el establecimiento de la secretaría de la sección I-Z, pero ya por la tarde pudo comunicarle al coronel de que todo estaba listo y que al día siguiente podrían ponerse a trabajar.

Para su asombro el coronel escuchaba el informe distraído, sin demostrar el menor interés por las pequeñas ventajas que supo sacarle al distribuir la sección.

— ¿No le gusta como lo hice, señor coronel? — le preguntó Heinrich un poco ofendido.

— ¡Eso ya no me incumbe a mí ni a tí tampoco! — profirió Berthold con tono solemne.

— No comprendo...

---

\* Fräulein (*alem.*) — señorita.

— Lamentablemente, Heinrich, deberemos separarnos por un tiempo. Esta noche llegó la orden de que debía pasar a disposición de Himmler. Todavía no sé qué voy a hacer, pero de cualquier forma, aquí no vuelvo más. Es muy posible que me quede en Berlín.

En la cara de Heinrich se estampó un sincero disgusto y hasta una cierta confusión. La partida del coronel dificultaba algo su situación, porque nadie sabía la forma que irían a cobrar sus relaciones con los nuevos jefes.

El coronel también parecía turbado por la proximidad de la separación.

— No te pongas triste, mi muchacho — le dijo conmovido —. Nuestras relaciones no se verán interrumpidas por eso. Considero que cuidarte es mi santo deber. Ya algo hice en ese sentido. Si yo supiera con exactitud mi destino, no perdería ni un minuto y te llevaría conmigo. Pero ahora esto no es nada fácil. Por ello primero deberé ir solo para poder llamarte después... De cualquier forma no quiero que te quedes aquí. Corren rumores que nuestro cuerpo será disuelto, por lo que supongo te trasladarán a alguna parte y podrás caer donde Cristo dio las tres voces. Mi viejo amigo, el general Ewers — a propósito, él también conocía a tu padre —, es jefe de una división aquí en Francia. Esta mañana he hablado con él por teléfono y quedó en tomarte a su estado mayor, también en calidad de oficial para misiones especiales. Por supuesto que te di la mejor recomendación y me prometió apoyarte en lo posible, sin recargarte demasiado de trabajo. Aquí también hablé con algunas personas y esta noche estarán listos todos los documentos que te serán necesarios. Mañana, o a más tardar pasado, tendrás que estar en el estado mayor del general Ewers. Yo parto mañana al mediodía a Berlín. Así que me despidas a mí y también puedes ponerte en marcha.

— Todavía no me ha dicho usted para dónde deberé marcharme...

— La división de Ewers está acantonada en diferentes poblados para proteger nuestros objetivos militares con su estado mayor en Saint-Remis. Es una pequeña ciudad balnearia al sur de Francia. Oficialmente esa región no está ocupada. Nuestras tropas se dislocan ahí por un acuerdo firmado con Vichi. Pero debo prevenirte de que tengas cuidado, porque últimamente ha dejado de ser Francia lo tranquila que fue. También aquí apareció la

guerrilla que anda a la caza de oficiales alemanes. Los tiros por la espalda son ahora cosa común. ¡Así que ten cuidado, mucho cuidado, chico!

— Me pone muy triste la idea de tener que separarme de usted, señor coronel. ¿Me va a escribir cuando sepa de su destino?

— De inmediato. Me anoté la dirección del estado mayor de la división de Ewers y te escribiré en cuanto se haya aclarado todo. Por tu parte me tienes que escribir en forma regular poniéndome al tanto de todos tus asuntos. Espero que te muestres digno de la recomendación que le dí al general Ewers de tí.

— ¡No daré lugar a que sienta vergüenza por mí!

— ¡Y no se te olvide de escribirle a Frau Elsa! Recuerda que te quiere como a su propio hijo. Y si no me equivoco, Lorchen también esperará tus cartas. ¿O estoy equivocado?

— ¡Será posible que me crea capaz de olvidarme de lo que es mi sagrado deber!

— Bueno, parece que te lo dije todo. Ve a descansar. Dentro de media hora pasaré a hacer entrega de los asuntos, para estar libre mañana antes de partir.

Al día siguiente a las doce Berthold partía a Berlín y Heinrich salía de la misma estación en un auto que lo llevaba a Saint-Remis.

\* \* \*

## Mademoiselle Mónica accede

La magnífica carretera se parecía más bien a un amplio paseo y Heinrich le hizo aminorar la marcha a su chófer para gozar del paisaje que de verdad era maravilloso. El llano había quedado atrás y a ambos lados de la autopista subían cada vez más alto unos cerros verdes parecidos a enormes olas chocando con la mole subalpina.

Cuando la ruta comenzó a hacer eses, Heinrich le propuso a su ordenanza a que le cediera el volante. Aunque se sabía con bastante experiencia como chófer, en varias oportunidades le había sucedido que el corazón le diese un vuelco al parecerle que el camino estaba obstruido por alguna roca enorme o alguna montaña. Pero eso sucedía sólo de lejos. Al acercarse Heinrich se cercioraba de que

tanto la carretera como la vía férrea que corría junto a la cinta de asfalto, desaparecían en un túnel, para emerger al instante del otro lado del aparente obstáculo. Después de una de sus vueltas la autopista y el tramo de ferrocarril bordearon la orilla de un pequeño, pero ruidoso riachuelo, siguiendo las curvas que éste hacía por un valle. Las montañas se acercaban tanto por el noroeste a la orilla que amenazaban con obstruirles el paso. Pero bruscamente el río hacía un vaivén esquivándolas y seguía corriendo como un indicador de itinerarios, vivo y móvil. Heinrich hacía virar el volante a derecha e izquierda, mientras la ruta, que parecía no tener fin, se iba tendiendo bajo las ruedas.

De pronto se abrió ante Heinrich la vista de Saint-Remis al emerger por detrás de una de esas vueltas del camino. Yacía en una amplia quebrada como creada especialmente por la propia naturaleza para ser habitada por el hombre. Las prominencias inferiores de las montañas cubiertas de pinos protegían la hondonada de los vientos del norte. Por el sudoeste de la ciudad se veía un gran altiplano, hacia el cual subían empinadas desde la orilla misma del riachuelo, las viñas de Saint-Remis.

La autopista pasaba a ser en este trecho la arteria principal de la ciudad. De cada lado se alzaban sus casas más bonitas, por lo que a Heinrich no le costó gran trabajo descubrir el paradero del estado mayor. A su primera pregunta le respondieron que el general Ewers vivía en el chalet "El Crisantemo" y el estado mayor de la división estaba acuartelado en el hotel "Europa".

Al cabo de cinco minutos Heinrich ya llamaba a la puerta con una tablilla que decía: "Hauptmann Lutz, edecán del jefe de división".

— ¡Adelante! — se oyó una agradable voz de barítono.

Un oficial alto y delgado en el grado de Hauptmann se levantó de detrás de su escritorio para recibir a Heinrich. Evidentemente era Lutz. Toda su figura y muy en especial los grandes ojos grises denotaban cansancio y cierta negligencia hacia su persona, lo cual se veía subrayado por su melena desgredana que, pese a habersele trazado una raya, a cada movimiento suyo le caía sobre los ojos en oscuros mechones:

— ¡Teniente von Goldring! — se presentó Heinrich.

El Hauptmann Lutz abandonó su escritorio y dio unos pasos al encuentro de Heinrich.

— Hauptmann Lutz, edecán del jefe de división. ¡Haga el favor de tomar asiento!

— Vengo enviado a disposición del estado mayor de su división — comenzó a decir Heinrich, pero el Hauptmann lo interrumpió:

— Estoy enterado de su llegada. Precisamente hoy le esperábamos.

Lutz volvió a sentarse a su escritorio y Heinrich le tendió los documentos. El Hauptmann les echó en silencio una ojeada y se quedó sólo con el nombramiento, devolviendo el resto a Heinrich.

— ¡Encantando de recibirlo, barón! — dijo Lutz con cordialidad y agregó luego sonriendo:

— Debo confesar que mi alegría tiene móviles bastante egoístas que son los de quitarme de encima una parte de mi trabajo. Es que hubo demasiados asuntos que resolver y todos recaían en mí.

El proceder del Hauptmann era sincero y sin dobleces.

— Espero poder serle un buen ayudante.

— Lamentablemente no será mi ayudante. Se le encomienda al puesto de oficial para misiones especiales. Mañana saldrá la orden de ello. Pero como hasta ahora yo cumplía también las tareas suyas, aparte de las mías propias de edecán, su llegada es un verdadero alivio para mí. Aunque creo que usted y yo tendremos que trabajar muy frecuentemente en un mismo asunto, así que nos encontraremos a menudo, señor teniente. Espero que sabremos colaborar muy bien.

— ¡No me cabe la menor duda, Herr Hauptmann!

— ¡Magnífico pues! Ahora le enseñaré sus apartamentos. Yo vivo en el propio estado mayor donde ocupamos dos pisos. Algunas habitaciones aquí están destinadas a la vivienda de los oficiales, pero ahora no hay ni una libre. En la planta baja se distribuye la guardia y también nuestro casino para los oficiales. Por lo tanto tendrá que vivir en otro hotel, enfrente del "Europa". Incluso creo que estará mejor ahí. Es un hotel bastante decente.

La habitación preparada para Heinrich se encontraba en el primer piso del hotel "Temple". Mejor dicho eran dos las habitaciones: en la primera sólo había un lavabo, un sofá, una mesita y dos sillas. La otra pieza, grande y amplia, estaba mucho mejor amueblada. Una cama ancha de madera, un escritorio y un sillón, un armario, un espe-

jo grande y una mesita de noche con un aparato de teléfono junto a un estante para valijas. Heinrich que no esperaba encontrar tales comodidades fue sincero al agradecerle al Hauptmann sus cuidados.

— De aquí puede deleitarse con la vista de la ciudad.

El Hauptmann abrió la puerta y ambos salieron al balcón.

— Un panorama ciertamente muy bonito — consintió Heinrich.

— Además es un lugar muy cómodo para recrearse la vista con las muchachas lindas que pasan.

Lutz señaló con los ojos a una joven que había bajado de su bicicleta y esperaba ahora en la acera de enfrente a que pasara el tráfico.

— Cierto, linda muchacha. ¿Quién es?

Lutz se sonrió.

— Ah, con que le picó, ¿eh? Es la hija de la dueña de este hotel donde usted se aloja: mademoiselle Mónica.

— ¡Hermosa criatura! — volvió a repetir Heinrich pensativo.

— ¡No es usted el único que piensa así, barón! Todos nuestros oficiales intentaron hacerle la corte, pero sin resultado alguno. Mónica no los nota y basta. Por suerte no todas son tan ariscas como ésta. Hay algunas muy simpáticas que le voy a presentar.

— No son de mi gusto las dóciles. Prefiero, bueno... a las mujeres como Mónica. De todos modos ya hablaremos de las bellezas locales en algún rato libre que nos quede. Ahora es tiempo de desempacar las valijas.

Heinrich se inclinó sobre el parapeto del balcón y llamó a su ordenanza, ocupado abajo con el auto a que subiera las cosas.

— Menos mal que me acordé. ¿Se va a quedar con este ordenanza o necesita a otro?

— A otro, porque éste se vuelve con el coche.

— Entonces enseguida le mando a un soldado. Esto será provisorio hasta que usted encuentre uno al gusto suyo. Yo en particular opino que el ordenanza debe ser elegido por uno mismo.

— Comparto plenamente su opinión.

Entró Erwin cargando dos valijas.

— Erwin, queda usted libre... Partirá a la madrugada. Y ahora vaya a pasear y tómese algo a mi salud —. Heinrich le tendió a Erwin un billete de cien francos.

— Si usted malgasta así el dinero, hará un vicioso a su futuro ordenanza — comentó Lutz a la salida de Erwin.

— Yo lo hago por razones prácticas: hoy irá a tomar al café nocturno y ponderará a los otros soldados mi generosidad. Después de lo cual todos ellos harán lo imposible para ser mis ordenanzas...

— ¿Y usted tomará al más insistente?

— Todo lo contrario. Pero tendré más posibilidades para elegir. Quiero a mi lado a una persona decente, sabe.

Lutz se rió. Heinrich también sonrió, pero de un modo bastante mustio, con las puntas de los labios solamente. Lutz quedó asombrado por la expresión de cansancio o de tristeza que ensombreció el rostro del teniente.

Al estrechar la mano del Hauptmann, Heinrich la retuvo por unos segundos.

— ¿Dónde cena hoy, Herr Hauptmann? — le preguntó.

— Almorzamos todos juntos en el casino. Así lo exige el general. En cambio desayunamos y cenamos donde nos plazca.

— Entonces permítame invitarle hoy a cenar conmigo.

— Muy agradecido. Lo acepto con mucho gusto — Lutz se inclinó al decirlo.

— Entonces a las nueve en punto paso a buscarlo.

Al quedar solo, Heinrich comenzó a arreglar sus cosas y muy pronto todo estaba distribuido en los estantes y colgado en el armario.

Tenía enormes deseos de darse un baño después del viaje. El ordenanza enviado por Lutz lo arregló muy pronto todo: preparó el baño e hizo la cama, con lo que a Heinrich sólo le restaba meterse en el agua y luego acostarse a descansar.

Haciendo algunos menudos encargos al ordenanza y entre otros el obligatorio de comprarle dos diccionarios, uno alemán-francés y el otro francés-alemán, Heinrich, sin darse cuenta, muy pronto quedó rendido por el sueño. Cuando se despertó ya eran las siete pasadas. Todos sus encargos habían sido cumplidos y la ropa lucía bien planchada y limpia. El rubio y orejado de Fritz Seller había resultado ser un ordenanza muy despierto.

A Heinrich le hubiera gustado quedarse en cama un poco más, o tal vez no levantarse del todo hasta la mañana siguiente. ¡El viaje había resultado tan cansador! Sólo

al acordarse de la cena con Lutz y la necesidad de conocer el ambiente con ayuda del Hauptmann antes de encontrarse con el general, le obligó a darse prisa.

Ya a los quince minutos Heinrich entraba en el pequeño y agradable local del hotel "Temple", amueblado con buen gusto.

A estas horas el restaurante permanecía semivacío. Sólo se veía a una corpulenta mujer parada de espaldas a la puerta junto a un enorme aparador que ocupaba poco menos de la mitad de la pared izquierda de la sala. "Será la dueña del hotel", cruzó por la mente de Heinrich. Sin embargo no era ella que atrajo su atención. El teniente aminoró a propósito el paso, para poder observar con mayor detenimiento a la muchacha que hablaba acaloradamente parada enfrente de la mujer de espaldas. Era la misma ciclista a la que atrajo Lutz su atención unas horas antes.

Entonces, en el balcón, Heinrich había consentido en que Mónica era una chica bonita. Pero ahora le pareció demasiado estereotipada y hasta cursi esta definición. Algo más que agradables facciones y un talle fino había en toda su silueta. No fue instantánea la comprensión de Heinrich sobre el qué le había cautivado tanto en ella. ¿Sería esa mirada radiante de sus grandes ojos negros? ¿O era el arco de sus cejas en una frente despejada? ¿O sería quizás su ondulada cabellera negra que enmarcaba con tanto primor las dulces facciones de su cara? Hasta la nariz de Mónica que distaba de ser perfecta, se sucedía en una armoniosa línea con su boca y perilla... Era eso, ¡la armonía! Sí, la armonía de todos sus rasgos, el color de sus ojos y cabellos, y sus pestañas largas, un poco arqueadas, infundían al rostro de la muchacha un encanto especial.

Heinrich hizo una inclinación gentil ante ambas, dirigiéndose a la mayor:

— ¿Madame habla el alemán?

— Un poco.

— Yo soy su nuevo huésped y lamentablemente no entiendo ni una palabra en francés.

— Usted debe ser el barón von Goldring, ¿verdad? Monsieur Lutz me anticipó su arribo. Me place que sea mi hotel el que dé hospedaje a una persona de tanta estima — en el semblante de la dueña apareció esa amable sonrisa inexpresiva que es inseparable en la gente

de negocios, obligada por su misma profesión a ser servicial en su trato.

Mónica miraba distraída a otro lado. Su rostro, tan vivo hace un momento, denotaba ahora fría hostilidad.

— Quisiera encargarle una cena para dos personas, madame, para las nueve de la noche.

— ¡Muy bien! — se apresuró a consentir la dueña —. ¿Y qué le gustaría encargar?

— Truchas, pollo a la francesa con patatas y dos ensaladas.

— ¡Ahora es tan difícil conseguir los víveres! Pero para mis huéspedes yo haré... En fin. ¿Le sirvo la cena en un apartado especial?

— ¡Sí! Mientras tanto le ruego enviarme a mi habitación una botella de vino bordeaux, una de coñac, dos de licor de frutas y otra más de chocolate.

Heinrich puso el dinero sobre el estante.

— No hace falta la vuelta — dijo un poco confuso al tomar el menú escrito en alemán y ponérselo a leer.

— Lutz dijo que este barón es muy rico — le llegó la frase musitada en francés a media voz.

— Porque alcanzó a robar lo suficiente — profirió Mónica con rabia.

— ¡Muérdete la lengua, chica!

— Da lo mismo. Igual está parado ahí como un tronco sin entender ni jota.

— Llévale el encargo — ordenó la madame.

Heinrich escondió la sonrisa al poner el menú en el estante y se fue a su habitación.

No pasaron ni cinco minutos cuando llamaron a la puerta y entró Mónica llevando las botellas de vino en una bandeja. Después de dejarlas en la mesa se dirigió en silencio a la puerta.

— ¡Un segundo, mademoiselle!

Mónica se detuvo junto a la misma puerta en actitud de espera.

— ¿Habla usted alemán? — preguntó Heinrich.

— Sí, pero muy pocas veces, porque no me gusta ni la lengua ni... — la muchacha se calló.

— ...ni los alemanes, ¿verdad? — terminó Heinrich la frase por ella.

Mónica seguía guardando silencio.

— ¡No se puede negar que sea valiente! Sin embargo no le aconsejo decir estas cosas a los oficiales alemanes.

— ¡Cada uno es libre en sus preferencias! A mí, por ejemplo, me gusta mucho más el idioma ruso que es tan melodioso.

— Yo tuve oportunidad de oírlo, ya que vengo del Frente Oriental.

— ¿Usted viene del Frente Oriental? — Heinrich vislumbró un franco interés en los ojos de Mónica.

— Y puedo asegurarle que las mujeres rusas no les dicen esas cosas a los oficiales alemanes.

— ¿Me va a decir que sufren en silencio las vejaciones?

— No. Ellas simplemente matan a aquellos que consideran enemigos suyos — contestó Heinrich en francés.

Las pupilas de Mónica se ensancharon. Por un segundo se quedó alelada mirándole, pero al intentar decirle algo entró el ordenanza y la joven se marchó.

A las nueve en punto Heinrich estaba en la oficina de Lutz. Éste aún seguía trabajando.

— ¡Herr Hauptmann! ¿Será posible tanto trabajo? Ya son las nueve y usted sigue ocupado.

— Le estaba esperando y para no quedarme sin hacer nada preparé algunas cosas para mañana — explicó Lutz y cerró la carpeta con los papeles —. ¿Qué tal se instaló, barón?

— Bastante bien. Ya tuve oportunidad de conocer a la dueña y a la hija.

— Seguro que Mónica le dio un chubasco de insolencias.

— Hubo algo de eso, pero a mí me parece que al fin de cuentas nos entenderemos.

— ¿Ah, sí? — se asombró Lutz con toda sinceridad —. Si logra usted mejorar las relaciones con Mónica, se transformará en objeto de envidia de todos los oficiales y le tendrán por un gran diplomático.

Poco después ambos cenaban en un agradable apartado. La dueña del hotel, madame Tarval, había servido un vino buenísimo y la comida también estaba sabrosa, y el Hauptmann lo consumía todo con inmejorable apetito. Cuando trajeron truchas fritas, Lutz exclamó lleno de asombro:

— Por lo que veo, usted, ¡si no se ganó la simpatía de Mónica, se la ganó en madame Tarval! Si ya desde el primer día lo convida con estos platos...

Después de la cena Heinrich encargó una botella más de coñac y una caja de cigarros.

— ¿Habrá mucho trabajo, dice? — le preguntó, acercando la copa a los labios.

— Antes era más fácil — suspiró Lutz —, porque entonces la división se dislocaba en forma compacta. El estado mayor estaba en Aix-Les-Bains y había mucho menos trabajo.

— ¿A qué se debe el cambio en la dislocación de la división? — se interesó Heinrich.

— Vea. Primero los franceses se quedaban quietos y tranquilos. Pero después de la primera derrota nuestra en las afueras de Moscú, ellos levantaron la cabeza. Aparecieron los así llamados maquis que tiran por lo general desde algún escondrijo imprevisto y con preferencia contra los oficiales alemanes. A veces destruyen los ferrocarriles, hacen volar los puentes y hasta atacan los objetivos militares. Las fuerzas de la gestapo, la SS y la policía no dan abasto con ellos, por eso se nos encomendó a nuestra división custodiar los objetivos militares. Ese fue el motivo por el cual nuestra división resultó esparcida por poblados diferentes a lo largo de unos noventa kilómetros desde Saint-Michel hasta Chambéry.

— ¿Después de eso se calmaron los maquis?

— Todo lo contrario; se activizaron mucho más. Es que cuentan con el apoyo del pueblo. Hace dos semanas un destacamento de guerrilleros asaltó un campamento de prisioneros rusos. Los maquis asesinaron a los guardias que se comportaron, hay que reconocerlo, de un modo demasiado despreocupado y varios centenares de rusos se escaparon con los guerrilleros a las montañas. El grupo de persecución no tuvo éxito alguno. Y ahí tiene: unos días atrás antes de su llegada, los guerrilleros, acompañados esta vez de los rusos, atacaron un autotrán de per-trechos militares que iba en dirección al oeste a la barrera del Atlántico. Así que ahora están magníficamente equipados con nuestras propias armas.

— Yo creí poder descansar aquí después del Frente Oriental. En cambio veo todo lo contrario y como dicen los rusos huí del fuego para caer en las brasas.

El Hauptmann comenzó a informar muy en detalle acerca de la operación militar punitiva contra los guerrilleros. Heinrich escuchaba con atención, sin olvidarse de tener siempre llena la copa de Lutz. Al poco tiempo el Hauptmann ya estaba bastante tomado.

Entre tanto, mientras Goldring y Lutz cenaban en el silencioso apartado del restaurante "Temple", Mónica le daba a los pedales de su bicicleta en dirección a la pequeña aldea Pontemafre, en cuyas inmediaciones se hallaba la central hidroeléctrica que abastecía de energía a las aldeas circundantes.

Cuatro kilómetros de camino asfaltado los pasó Mónica, con lo buena ciclista que era, en un cuarto de hora bastante.

— Tengo que ver a François, le he traído la cena — se dirigió a un cerrajero conocido.

— ¡Para usted, mademoiselle Mónica, se lo encontraré hasta por debajo de la tierra! ¡Ah, ese dichoso de François! — agregó con un suspiro de envidia —. ¡Una muchacha tan hermosa que lo venga a ver a uno ella misma!

Mónica no contestó nada.

Ese cerrajero como todos los demás obreros de la central estaban convencidos de que Mónica era la novia de François, lo cual no era negado por ninguno de los dos.

Por el contrario, para subrayar su intimidad, Mónica le tendía delante de todos el paquete con la cena. François como siempre la llevó aparte, al interior del patio, y, sentándose en unas maderas que allí había, desenvolvió el paquete. De lejos parecían ser una simple pareja de enamorados. Sin embargo si alguien se pusiese a prestar atención a lo que decían, se quedaría muy asombrado. Aquello de que hablaban la bella muchacha y el joven alto y espigado de pelo corto, no se parecía en nada a las simples y agradables necedades que se dicen por lo común los enamorados.

— ¿Qué pasó, Mónica? — preguntó François alarmado, poniéndose a comer la cena para disimular ante quienes estuviesen observándoles.

Mónica le contó acerca del encuentro que tuvo ese día con Goldring y le repitió palabra por palabra la conversación sostenida.

François se quedó pensativo.

— Seguramente es una provocación — comentó en voz baja —, y bastante mal hecha. Ese baroncito por ser demasiado joven no habrá aprendido todavía a callarse la boca y a no soltar la lengua. Pero todo lo que ocurre nos indica que será una figura de importancia en su estado mayor. De otro modo no le hubieran preparado su alojamiento con anticipación. Por eso tendrás que...

Al ver la cara ensombrecida de la muchacha, François se echó a reír bajito:

— ¡Pero si todavía no te dije nada! ¡Arriba ese ánimo! No te pongas ceñuda, que te van a aparecer arrugas y vas a envejecer antes de tiempo. ¡A ver esa cara tan bonita!.. No te enojés, porque si no te doy un beso. Al fin de cuentas soy tu novio...

— ¡Eres inaguantable, François! ¡Y pensar que se te encomendó una tarea tan seria!

— Ser serio no significa andar con cara de velorio, nenita. Donde hay bromas, hay buen ánimo. Supongo que sabes lo que significa poner buena cara incluso a mal tiempo. Y para nosotros, chica, el tiempo es muy malo, porque no sabemos nada de lo que tienen en la cabeza esos sapos verdes. Por lo tanto a ese baroncito charlatán lo tienes que...

— ¡François!

— ¡Otra vez te enojaste! ¡Pero créeme de una vez que no te propongo nada vergonzoso! Simplemente tienes que trabar conocimiento con él. ¿Qué clase de mujer eres si no sabes ponerlo de vuelta y media? Piensa en la oportunidad tan buena que se nos presenta: el oficial vive en el hotel de tu madre y eso en primer lugar; segundo que sin lugar a dudas trabajará en el estado mayor; y tercero que no parece muy dado a tener la boca cerrada; cuarto que se encontrará a diario con una hermosa muchacha. ¿Y qué se exige de esa muchacha? Pues, sonreírle a veces, bajarlo los ojos con esas lindas pestañas; hablar menos y escuchar más... De lo cual sabremos todo lo que sucede en el estado mayor. ¿Te das cuenta de lo que eso significa para nosotros?

— Es que él es medio raro..., bueno, no es como todos ellos. No la molesta a una, ni te pasa por las narices con sus regalos. Todavía no me dijo ni un solo piropo y me mira con bastante indiferencia...

— Bueno, eso ya dependerá de tí.

— ¿Y si me invita a cenar con él, o ir al cine?

— Por supuesto tienes que aceptar. Al estar medio borrachos, nos volvemos todos más habladores.

— ¡Y como no! ¡Para que después me pelen, como lo hacen los maquis con todas las chicas que andan con los hitlerianos!

— Ah, no te preocupes de eso. Hasta que no le cortes de buena voluntad a alguno de ellos un rizo tuyo, ni un

solo cabello caerá de tu cabeza. Bueno, nos pusimos de acuerdo, ¿no? Recuerda que es importantísimo. ¡Y que nadie, ni tu propia madre, sepa de esta misión tuya, ni de lo que puedas sonsacarle a ese pavo de barón!

Mónica suspiró.

— Si es que hace falta...

— Muchísima falta hace — ya muy en serio le contestó François —. Con esto nos ayudarás a todos nosotros, e incluso a tu propio hermano. A propósito. Es muy probable que veas pronto a Jean.

— ¿Cuándo? — exclamó Mónica con alegría.

— Ya te lo comunicaré. Lo más probable que será aquí en la central. Por suerte los alemanes no se interesan por nosotros, porque no aprovechan la energía de esta usina. Sin embargo no te aparezcas por aquí si no hay necesidad extrema en ello. Aunque todos estén convencidos de que eres mi novia, el precavido vale por dos, ¿eh? Además, no hace falta que los alemanes te vean seguido por este camino.

Mónica y François se levantaron, dirigiéndose a la salida de la central. François volvió a ser el mismo muchacho jovial de siempre.

— ¡Vamos, échame los brazos al cuello para que todos vean que te despidas de tu novio! ¡O por lo menos enjúgate una lágrima! — la seguía instigando François.

Mónica se echó a reír y un fuego malicioso se encendió en sus ojos.

De improviso abrasó a François y le estampó un beso en la mejilla. Éste se quedó perplejo de color de grana, rascándose detrás de la oreja.

— ¡Ya veo que sacas provecho de mis lecciones! — dijo él algo confuso.

— ¡Y yo veo que sólo en palabras eres ducho para con las mujeres! — exclamó ella riéndose desde el portal.

Cuando Heinrich salía del restaurante llevando del brazo a Lutz en estado de embriaguez completa, Mónica ya se encontraba en casa acostada en la cama, pensando en la desagradable misión que le había sido encomendada.

\* \* \*

A las nueve en punto de la mañana siguiente Heinrich ya estaba en el estado mayor. Por el aspecto de Lutz se podía decir que se había levantado por primera vez después de una grave enfermedad.

— Me parece que ayer tomé algo demás. Tengo la cabeza pesada que se me parte — se lamentó el Hauptmann, desgredándose aun más su rebelde cabellera.

Antes de la llegada del jefe de la división, Lutz alcanzó a informar un poco a su colega acerca del estado de los asuntos.

Al pasar a su oficina el general Ewers se detuvo en la habitación de su edecán. Pese a su avanzada edad, era un hombre esbelto de cara larga bien afeitada. Los párpados pesados y los semicírculos hinchados debajo de los ojos grises, le infundían un aire mucho más severo de lo que en realidad era.

— ¿Qué hay de nuevo, Lutz? — se dirigió a su edecán.

— ¿De nuevo?, pues, el nuevo oficial para misiones especiales, — intentó bromear Lutz.

El general Ewers se volvió hacia Heinrich.

— ¡Teniente von Goldring! — se presentó éste.

— Ah, sí. Me lo recomendó mi viejo amigo, el coronel Berthold. ¡Pase a mi oficina!

En la oficina del general vio varias botellas de agua mineral en una pequeña mesita junto al escritorio. El general se echó un poco en un vaso y lo plantó delante suyo.

— No lo convidó, porque es una porquería agrisalada que me veo obligado a tomar por sufrir del hígado. ¡Claro que a ustedes los jóvenes no les interesan estas cosas!... ¿Qué tal el coronel? ¿No se sabe aún qué sector le será encomendado?

— Según parece se quedará en Berlín.

— ¡Ah, entonces se le pueden dar las felicitaciones a Berthold! Con el apoyo de Himmler llegará lejos. Usted tuvo suerte, teniente, porque no todos tienen un tutor como Berthold. Hasta me dijo que le tenía a usted por hijo suyo...

— Herr Berthold fue muy amable conmigo. Fue amigo de mi padre y por eso me recibió como a un hijo suyo.

— Sí, sí. Berthold me contó su historia. Muy romántica! A propósito. Yo también conocí a Siegfried von Goldring y tuve relaciones amistosas con él. Me pesó mucho su muerte prematura. Aunque usted tiene motivos para enorgullecerse. Fue la muerte en el puesto de batalla. ¡Una auténtica muerte de soldado!

— Siempre lo tengo presente.

— Me dijo el coronel que usted era un activo ayudante de su padre, ¿es cierto?

— Sí, yo le ayudaba en la medida de mis fuerzas: reunía datos, cifraba los partes, tomaba las órdenes por la T. S. H...

— Estoy totalmente de acuerdo con Berthold en que para su edad usted ya hizo bastante para Alemania y sería injusto enviarlo al frente.

— ¿Y cómo me piensa ocupar, señor general?

— Usted trabajará conmigo en calidad de oficial para misiones especiales. Tendrá que viajar mucho, pero siendo joven, seguramente le han de gustar los viajes, ¿no?

— Sólo en el caso de no estorbarme en la ejecución de las tareas que me han sido encomendadas. En tiempo de guerra uno se tiene que olvidar de sus propias inclinaciones.

— Digno de elogio. ¡Apruebo esa manera de pensar, muchacho! — el general tomó un trago de agua y al pasar en la conversación de un tono íntimo al de negocios agregó va a recibir órdenes directamente de mí o por intermedio de Lutz. Supongo que ya se conocen.

— ¡Sí, mi general! Me dio la impresión de un magnífico oficial.

— Me alegra que esa fue su impresión, porque tendrán que trabajar muchas veces juntos... Bueno, teniente, nos encontramos más tarde en el almuerzo del casino; por eso no me despidió.

— ¿Cómo le recibió el general? — preguntó Lutz al salir Heinrich de la oficina de Ewers.

— Bastante amable. Me previno de que usted y yo trabajaríamos juntos y se mostró satisfecho de saber que usted me había causado excelente impresión.

— ¡Muy agradecido, barón!

— El general me dijo que recibiría órdenes directas de él y por intermedio suyo. Por tanto, ¿cuáles son las órdenes de hoy?

— Por ahora descansar y conocer la ciudad, porque no me halló en buena forma. De aparecer algo muy urgente se lo haré saber de inmediato. Le pido sólo poner al tanto a su ordenanza para que sepa dónde buscarlo. Y no venga tarde para el almuerzo que al general no le gusta eso. Almorzamos en el casino a la una en punto.

— Y cenamos los dos en el mismo lugar de ayer,— agregó Heinrich.

— Temo que salga demasiado caro — titubeó Lutz.

— No se preocupe por esas minucias, Herr Haupt-

mann — dijo Heinrich con algo de torpeza y salió del recinto.

No le llevó mucho tiempo conocer la ciudad. Para sus adentros notó que no se había equivocado el día anterior al pensar que la carretera era a la vez la calle principal de Saint-Remis. Aquí se concentraban los hoteles y los chalets residenciales, los negocios, el cine y la alcaldía. Todas las demás calles que partían de esta arteria central eran sucias, retorcidas y tan estrechas que de encontrarse dos autos uno debía detenerse para cederle el paso al otro. Heinrich vagó un rato por esas callejuelas, pero luego decidió volver al hotel y antes de irse a almorzar, alcanzó a trabajar un poco con el diccionario, deseoso de perfeccionar lo más pronto posible sus conocimientos del francés.

Unos minutos antes de la una Goldring estaba ya en el casino.

Habría allí una treintena de oficiales del estado mayor, caminando por la sala alrededor de una larga mesa cubierta con un blanco mantel. Los cubiertos ya estaban servidos y dos camareras se ocupaban en poner grandes soperas con sus correspondientes cucharones. Heinrich notó varias miradas de curiosidad dirigidas a él. Seguramente les dejaba impresionado el flamante uniforme confeccionado con buena tela, de la que se solía coser sólo los trajes de gala.

Todos se irguieron al entrar el general. Este se dirigió a su lugar de costumbre a la cabeza de la mesa, pero no se sentó quedándose parado detrás de su silla. Los oficiales lo imitaron cada uno detrás de la suya. Ewers le hizo señal de acercarse a Goldring y con un gesto de la mano le indicó la silla que tenía a su derecha.

— ¡Señores oficiales! — se dirigió el general a los presentes —. Permítanme presentarles al nuevo oficial de nuestro estado mayor, al teniente barón von Goldring.

Heinrich hizo una inclinación de cabeza en señal de saludo.

— Trabajaré conmigo como oficial para misiones especiales. Hasta ahora el teniente von Goldring trabajó en esta calidad en la sección I-Z del estado mayor bajo el mando del general Jordán.

Algunos oficiales miraron con respeto a Heinrich.

— Pero mejor lo podrán conocer en el proceso del trabajo.

El general se sentó.

Inmediatamente se sentaron todos los oficiales. El general se sirvió sopa y acto seguido hicieron lo mismo los demás. A Heinrich le resultaba cómico observar como todos los presentes imitaban a su jefe.

La comida fue larga y aburrida.

Por fin el general se levantó de su asiento y los oficiales hicieron igual. Heinrich respiró aliviado.

— ¿Le haré falta por la tarde? — le preguntó a Lutz cuando ambos salían del casino.

— Sabe qué, vamos a empezar mañana. No tengo la cabeza dispuesta para nada. Además al general le duele el hígado y no saldrá por lo tanto de su villa.

— Entonces hasta las nueve de la noche. Si no le encuentro en el estado mayor venga a buscarme a mi habitación.

En el hall del "Temple" Heinrich tropezó con Mónica.

— ¡Buenos días, mademoiselle! — la saludó con bastante frialdad y se quedó asombrado cuando la muchacha le contestó con una sonrisa.

— ¡Buenos días, barón!

— ¿Hasta sabe sonreír? — preguntó Heinrich con fingido asombro.

— Me parece que soy un ser humano, así que no veo qué le pudo haber extrañado tanto.

— En la literatura francesa hay una magnífica novela llamada "El hombre que ríe", seguramente leída por usted. Bueno, aquí la llaman a usted "la muchacha que no ríe". Nuestros oficiales me dijeron que usted jamás les había sonreído.

— ¿Sonreírles a ellos?

— ¿Quiere decir que me ha hecho una excepción?

Mónica probablemente recordó la tarea encomendada por François y se mordió la lengua para no contestarle en una forma tajante como se merecía, pero no pudo contenerse del todo.

— ¡Usted es muy pagado de sí mismo, barón! Era más amable con usted por considerarlo más culto que a sus colegas, sin el mínimo vestigio de buena educación.

— Usted tiene una actitud errónea preconcebida hacia nosotros los oficiales alemanes y por eso nos mide a todos con la misma vara.

Mónica respiró hondo y bajó los ojos para esconder su brillo indignado.

— La guerra es la guerra, mademoiselle; ni usted ni yo la comenzamos — dijo Heinrich en tono reconciliador.

La muchacha no contestó pero tampoco se fue y a Heinrich se le ocurrió de pronto una atrevida idea:

— Mademoiselle Mónica, ¿no me tendrá por demasiado cargoso si le pido de hacerme un gran favor?

— Dudo mucho poder serle útil en algo.

— Estoy seguro de que sí, por hablar usted el alemán y en consecuencia le será fácil enseñarme el francés.

— ¡Ustedes tienen traductores en los interrogatorios!

— ¡Será posible, mademoiselle, que se crea...! Yo no soy de la SS, sino un simple oficial llamado a servir en las filas del ejército. Todavía antes de la guerra comencé a estudiar por mis propios medios su maravillosa lengua, mademoiselle, y ahora que se me presenta esta magnífica oportunidad...

— Será magnífica para usted, barón, y muy triste para nosotros los franceses.. ¡Aunque...— Mónica sacudió con orgullo la cabeza y su ondulada cabellera se soltó sobre sus hombros — ...tengo fe en que Francia volverá a recuperar todavía su significación!

— Yo también creo en eso, mademoiselle. No se puede subyugar por mucho tiempo a un pueblo tan librepensador como el francés, un pueblo con un pasado histórico tan glorioso...

La boca de Mónica se entreabrió asombrada como la de un niño perplejo. Heinrich aparentó no haber notado la impresión causada por sus palabras.

— ¿Entonces está de acuerdo en ayudarme?

— No es tan fácil aprender una lengua — Mónica trató de hacer evasiva su respuesta —. Para ello, aparte de diccionarios, manuales y aptitudes del estudiante, se necesita el talento del maestro. A mí me parece que usted podría encontrarse una maestra mucho mejor que yo.

— No, no es cierto. Yo lo he pensado muy bien y sólo en usted cifro mis mayores esperanzas. Tenga en cuenta mi falta de tiempo para el estudio. El hecho de vivir bajo un mismo techo facilitará bastante el asunto — usted me dará clases de francés cuando ambos dispongamos de unos ratos libres. Y no se olvide que con esto no sólo me hace un favor a mí, sino, bueno... como le diría... destruye los obstáculos que separan a un pueblo de otro. Cuando una persona aprende una lengua extranjera, sin querer se

compenetra del espíritu de ese pueblo, ¿no es cierto? Uno empieza a comprender mejor la cultura y aspiraciones de ese pueblo... Se lo he dicho todo en una forma bastante inconexa, pero de corazón.

— ¡Está bien! — aceptó Mónica al fin —. Pero se necesitan diccionarios, manuales.

— ¡Todo eso ya lo tengo! Y si ahora dispone de tiempo, me gustaría les diese un vistazo. Quizás haga falta alguna otra cosa.

Mónica se demoraba en responder. Al darse cuenta de la causa de sus titubeos Heinrich se apresuró a decir:

— Le garantizo seguridad completa bajo mi palabra de honor.

Un leve sonrojo cubría las mejillas de la muchacha cuando ésta subía la escalera que llevaba al segundo piso donde se alojaba Heinrich.

Al dejarla pasar delante suyo, Heinrich se detuvo por un segundo en la antesala.

— Fritz — le dijo bajito a su ordenanza —, toma este dinero y ve a comprar frutas y los mejores bombones que encuentres.

Cuando Heinrich entró en la habitación, Mónica ya estaba sentada en un sillón junto a la mesa hojeando los diccionarios.

— ¿Qué tal, sirven?

— A mi ver no son malos. Tienen reglas gramaticales básicas y algunas frases comunes de primer uso. Bastante útiles para los turistas y... conquistadores.

— ¡Usted es cruel, mademoiselle! Sin embargo creo que en mi calidad de alumno me serán sólo de provecho. En cuanto a las frases de primera utilidad puedo jactarme de dominarlas lo suficiente como para haber entendido aquella dicha por usted a su madre en nuestro primer encuentro.

— ¿Fue tan significativa como para memorizarla acaso?

— Al menos lo suficientemente ofensiva como para no olvidarla. Usted afirmaba que yo había robado mucho dinero.

Mónica se puso de púrpura.

— No creí que me pudiera oír. Además usted dijo que no entendía el francés en lo más mínimo — prosiguió

ella justificándose.— ¡Fue una provocación de su parte alegar a la ignorancia de la lengua! Eso no sólo habla de la falta de tacto, sino de honestidad. Por eso no se haga ilusiones de que le voy a pedir perdón.

— La única ilusión que abrigo es que usted me dirá cuándo podremos comenzar las clases. Por supuesto que la debo poner antes al corriente a su madre.

— Con mi madre me las arreglo yo sola. En cuanto a comenzar...— Mónica se quedó un momento pensativa —. ¡Pues, mañana mismo! — dijo con voz decidida al levantarse del asiento y con una fría inclinación de cabeza salió de la habitación.

## **La gestapo se interesa por la persona de Goldring**

— ¡Goldring!, un encargo urgente del general para usted — dijo Lutz —. Hace falta encontrar un sitio adecuado para probar unos morteros. El largo del terreno no tiene que ser menor de seiscientos metros y el ancho de doscientos. Es preferible que el lugar no esté cubierto de malezas altas, ni que haya necesidad de poner patrulla.

— ¿No molestará el pasto?

— Ya se orientará usted mismo sobre el terreno. Se harán las pruebas de nuevas minas incendiarias. Por aquí, creo — Lutz se acercó al mapa colgado en la pared —, al noroeste de Saint-Remis, hay un altiplano que nos podría servir. Vaya a verlo hoy mismo antes del mediodía. Tendrá que ir a caballo, porque en auto será imposible pasar ahí. Llévase a dos soldados de la compañía de la comandancia y no se olvide de llevar una metralleta automática sin falta.

— ¡Mi nueva pistola de dieciseis balas no le cede en nada a la metralleta automática!

— ¡Tenga cuidado! Hay noticias de que la guerrilla anda por las afueras de la ciudad.

— ¡Parto de inmediato, Herr Hauptmann!

Un cuarto de hora después Heinrich cabalgaba ya en dirección al altiplano armado de su pistola y acompañado por un soldado maestro del arnés equipado con una metralleta automática.

A unos cinco kilómetros se acababa el camino y sólo una estrecha senda subía en éscarpada al altiplano. Los

caballos, faltos de entrenamiento, comenzaron a resbalar asustados por la pendiente.

— ¡Quédate junto a los caballos y espérame! — le ordenó el teniente al soldado.

Heinrich le pasó las riendas y fue subiendo por el sendero cuesta arriba al altiplano. Era éste un rectángulo bastante grande, de unos cuatrocientos metros de ancho y un kilómetro aproximadamente de largo, apoyado por uno de sus lados en una altísima roca. No había allí otra vegetación fuera del pasto. Sólo a la derecha, al borde mismo de este polígono natural, crecían algunos árboles tupidos. Heinrich cruzó el altiplano y se acercó a la roca. Todo el terreno que la rodeaba se veía sembrado de grandes bloques de piedra.

“Es exactamente lo que hace falta”, pensó Heinrich y siguió adelante para inspeccionar toda su superficie. Cuando dobló algo la roca por la derecha y se encontraba entre unos árboles, oyó de pronto voces. Al darse vuelta Heinrich vio aparecer de detrás de la roca, del lado opuesto del altiplano, a dos franceses vestidos de civil. Uno de ellos que era el mayor tenía colgada del cuello una metralleta alemana; el otro iba desarmado. Se encaminaban en dirección a las viñas hablando en voz alta.

Como un relámpago cruzó por la mente de Heinrich el pensamiento de la crítica situación en que estaba metido. De veras, ¿qué se podía hacer ahora? Su pistola automática era infalible y esos dos iban muy despreocupados, sin fijarse en lo que pasaba alrededor. ¿Dejarlos acercar y luego balearlos, antes de que lo descubrieran? ¡Pero si no eran enemigos! Por el contrario, eran amigos que luchaban como él contra el enemigo común de sus pueblos. ¿Salirles al encuentro y terminar la cosa pacíficamente? ¡Pero no le darían tiempo ni de decir esta boca es mía! Bastaría con que los guerrilleros viesan su uniforme para ser los primeros en tirar. ¿Esconderse detrás de algún árbol? Igual lo descubrirían, porque los maquis se encaminaban a las viñas que comenzaban inmediatamente después de los árboles.

Escondido detrás de uno de los árboles y apretando con fuerza la culata de su pistola, Heinrich tenía los ojos clavados en esos dos que se le venían aproximando. Cuando la distancia entre ellos llegó a tener unos seis metros,

Heinrich salió inesperadamente de su escondrijo y gritó demasiado fuerte, a voz en cuello:

¡Allumez! \*

Sin haber entendido aun lo sucedido, los guerrilleros se detuvieron y al ver la pistola que les apuntaba, levantaron lentamente las manos.

— ¡Tournez-vous! \*\* — ordenó Heinrich con severidad.

Sin bajar los brazos, los maquis se pusieron de espaldas a Heinrich.

— ¡Un solo movimiento y hago fuego! — les previno Heinrich, acercándose a los detenidos. Los guerrilleros estaban inmóviles. ¿Qué podían hacer ahora, cuando la fuerza se hallaba del lado del oficial del ejército alemán?

Sin bajar la mano, con la pistola dirigida a las espaldas de los cautivos, Heinrich se acercó a ellos, quitándole del cuello del mayor la metralleta y echando por el suelo todo lo que había en los bolsillos de ambos. Al mayor le quitó una granada y al menor una pistola browning belga. Al dar fin al cacheo Goldring se metió en sus propios bolsillos las armas quitadas y se colgó al cuello el arma automática.

— ¡Bajen las manos, y a la sombra! — ordenó mirando alrededor para cerciorarse de que no había nadie por ahí.

Los prisioneros cumplieron obedientes la orden.

Ahora los guerrilleros se hallaban de cara a Heinrich y éste los podía observar. El mayor tendría unos cuarenta y el joven sería de la misma edad de Goldring. En sus grandes ojos negros se leía el odio y el desprecio.

— ¿Guerrilleros? ¿Maquis? — preguntó Heinrich.

— ¡Sí! — contestó el menor sin titubear.

— ¿Adónde iban?

— A la aldea vecina, a él se le murió la madre — contestó el más joven, señalando al mayor. Éste permanecía callado con los ojos fijos en el suelo.

— ¿Entonces para que iban armados?

Ninguno de los dos contestó.

— ¡Idiotas, zoquetes! — exclamó Heinrich con enojo —. ¡Llevan las armas sin saber tenerlas listas! ¡Andan como si estuvieran de paseo!

Los guerrilleros se miraron el uno al otro.

— Vamos, ¡en marcha a la roca! — ordenó Heinrich —. Las armas las colocaré ahí junto a la bajada. Cuando yo

\* ¡Allumez! (fr.) — ¡Fuego!

\*\* ¡Tournez-vous! (fr.) — ¡De espaldas!

haya descendido del altiplano ustedes recogerán las armas e irán donde les haga falta. ¡Y a ver si aprenden bien esta lección!

Por un segundo brilló alegría en los ojos de los guerrilleros que no tardó en apagarse de inmediato. Una expresión de alarma apareció en sus caras. Ninguno de los dos se movió. Heinrich comprendió que ambos suponían su orden una malvada maniobra. Entonces se acercó al más joven y tomándolo por el hombro con la mano izquierda, lo empujó por la espalda con la pistola.

El joven se fue. El mayor le seguía. Caminaban con lentitud, en la plena convicción de recibir un balazo por la espalda en cualquier momento. Pero cuanto más se alejaban, su paso se alargaba para salir corriendo después, dándose vuelta a cada rato.

Heinrich también se dirigió a la bajada del altiplano. Los guerrilleros ya habían llegado a la roca y observaban con atención lo que iría a hacer ahora ese raro tipo de oficial alemán. Goldring colocó al borde mismo del declive las armas quitadas a los maquis, agitó la mano a sus ex prisioneros en señal de saludo y comenzó a bajar del altiplano con rapidez.

Cuando los guerrilleros llegaron al lugar donde estaban sus armas, Heinrich ya se encontraba a gran distancia. Los maquis vieron sólo a dos jinetes alejándose por el camino al galope.

— ¿Entendiste algo? — preguntóle asombrado el más joven al mayor.

— ¡Ni un comino!

Tampoco entendió nada una vieja campesina que observaba toda esta escena desde su escondite en el viñado.

Por poco se muere de miedo acurrucada entre las viñas al ver que Jean Tarval y Pierre Corville fueron detenidos por un oficial alemán. Se tapó los oídos para no oír el estampido. Pero no hubo ni un solo tiro; en cambio le llegaron ráfagas de aquella conversación tan rara que la dejaron completamente perpleja.

\* \* \*

Media hora después Heinrich, contento y excitado, le daba el parte al Hauptmann de lo magnífico que resultaría el altiplano para las futuras pruebas de los nuevos morteros.

Por último le preguntó a Lutz:

— ¿Cuándo tendrán lugar las pruebas?

— En estos días. Nuestro general es miembro de la comisión de peritaje y el día de la prueba dependerá de él. Teniendo en cuenta el hecho de fabricarse las minas y los morteros prácticamente al lado nuestro, no creo que lo postergue mucho.

— Usted debe estar equivocado. En los alrededores de Saint-Remis yo no he visto ni una sola empresa que sirva para eso.

— ¿Y cuando subía al altiplano no notó una pequeña fábrica a la derecha del camino?

— ¿A eso de un kilómetro y medio?

— Eso mismo. Ahí es.

— ¡No lo hubiera creído nunca! ¡Imposible de llamarlo fábrica siquiera! Sería impropio hasta llamarlo una artesanía.

— Así sólo parece por fuera. Es cierto que no tiene la apariencia de una planta militar, porque...— Lutz se detuvo como queriendo causar mayor impresión con sus palabras —, porque está toda escondida en las entrañas de la tierra. Ahí trabajan más de mil prisioneros rusos, franceses, polacos, checos,... en una palabra, gente que ya jamás verá el sol. Debajo de la tierra trabajan, comen, duermen y... mueren. Y los sepultan también ahí abajo.

— ¡Qué idea tan taimada! — se le escapó a Heinrich.

Estaba asombrado de verdad por ese inesperado y valioso descubrimiento. Habría que apurarse para comunicárselo a su mando.

— Cuando yo digo que los entierran ahí mismo eso no significa que existe un cementerio subterráneo. Los cadáveres son cremados y sus cenizas vendidas como abono barato para los campos de los alrededores. Por supuesto que sus compradores, los campesinos del lugar, no saben nada de la procedencia del fertilizante. Como ve el aprovechamiento es completo — terminó diciendo Lutz con una mueca que debía ser una sonrisa.

Heinrich no pudo dejar de notar que estas últimas palabras fueron pronunciadas por el Hauptmann con amarga ironía.

Sonó el timbre.

— Me está llamando el general; probablemente no me tendrá mucho. Si quiere, espéreme aquí.

— No, me voy a dar un baño, porque después del viaje estoy lleno de tierra. Nos encontraremos en el casino.

El general no estaba solo en la oficina. Enfrente suyo estaba sentado el comandante Miller, jefe del SD.

El edecán soportaba mal a este tipo engreído y descarado de la gestapo, por lo que tuvo una sorpresa muy desagradable al verlo en el estado mayor. Miller habría venido a ver al general cuando Lutz había salido.

— Herr Lutz — comenzó a decir el general indicando con el gesto un sillón —, el comandante Miller ha venido por un asunto en que me gustaría que tomara usted parte. Al comandante Miller le interesa su opinión acerca de nuestro nuevo oficial para misiones especiales, el primer teniente von Goldring.

Lutz miró asombrado al general y luego pasó la vista a la cara de Miller. ¡Pero que jeta más asquerosa! En especial esa nariz afilada y la barbilla tan aguda, que con sus ojillos redondos de mirar perforante como taladros, le daba un aspecto de rata.

— Conozco al primer teniente Goldring desde el primer día de llegada y puedo decir que es una persona culta, capaz y, como oficial, digno de absoluta confianza.

— Como ve, Herr Miller, la opinión de mi edecán coincide en todo con la mía — pronunció Ewers.

— Yo tampoco tenía dudas de la lealtad del barón von Goldring, señor general, pero llegó una señal,... claro que yo no le voy a decir cual — y Miller levantó con aire significativo un dedo —. Además usted conoce perfectamente nuestro deber de hacer el control de cada oficial nuevo que tiene acceso a los documentos secretos. Precisamente por eso me dirigí a usted, señor general. No me caben dudas de que nos prestará ayuda para hacer ese control.

— ¡Pero fíjese de que no se trata de una persona desconocida, Herr Miller, sino del barón von Goldring al que conoce el coronel Berthold desde niño! Me lo dijo a mí personalmente. En cuanto al mismo coronel, éste es amigo de Himmler, ministro del Reich, y por la rama de su esposa es pariente del Obergruppenführer Kaltenbrunner. Además el coronel Berthold trabaja ahora en Berlín, ¡en el propio cuartel general de Himmler! ¡Imagínese, Herr Miller, si llega a oídos de Berthold este asunto del control!

— Nosotros tenemos orden de controlar absolutamente a todos. Lamentablemente sin conocer los detalles de la biografía del primer teniente von Goldring y al recibir la mencionada señal, yo llamé a mi jefe y obtuve la rigurosísima indicación de pasar de inmediato al control. Le aseguro que Goldring no se enterará de nada.

— ¿Pero qué tenemos que ver nosotros con eso? — preguntó Ewers un poco irritado.

— Necesitamos su ayuda — explicó Miller —. Hace falta que mande al barón con un recado a Lion. Ello permitirá poner en práctica el plan elaborado por nosotros. Lo mejor sería enviarlo con un paquete destinado al estado mayor del cuerpo militar. El resto corre por nuestra cuenta. Sobre los resultados del control le informaré a usted en forma particular. Supongo que me ayudará, señor general y le aseguro que nadie lo sabrá.

— Está bien — aceptó el general —. Pero no nos pida ninguna otra cosa más. ¿Cuándo hace falta enviar a Goldring a Lion?

— Hoy mismo. El tren sale a las 4 y 40 de la tarde.

— Espero, comandante Miller, que no nos molestará más en lo que se refiere al barón.

— Le aseguro que después de lo que me acaba de decir sobre las relaciones de von Goldring con Berthold, esta historia me inquieta a mí también. Pero ahora, después de haber recibido esa orden absolutamente categórica y haber acordado incluso con el jefe el plan de esta pequeña operación, ya no puedo dejar de hacer el control. Por lo tanto es imposible retractarse. Estamos de acuerdo, ¿no? ¡Hasta siempre!

Miller hizo un gesto de saludo y salió de la oficina.

— Este asunto no me gusta nada, Herr Hauptmann — comentó Ewers con enfado cuando Miller había desaparecido —. Pero tampoco tenemos derecho a negarnos. De cualquier forma Goldring no debe enterarse de ese control. De lo contrario no son pocos los disgustos que nos podrá causar por intermedio de Berthold. Tener cuestiones con Himmler es lo mismo que estar sentado encima de un barril con pólvora y tener la mecha prendida en las manos.

— Un hueso tan duro como Goldring no es para la dentadura de Miller...

— Sin embargo debemos mandar hoy mismo al barón con el recado, Herr Hauptmann.

— Siendo oficial para misiones especiales no le ha de provocar sospechas si se le envía al estado mayor del cuerpo militar con una simple nota en el paquete. Igual no va a saber su contenido. El resto corre por cuenta nuestra.

— Entonces prepare el paquete y en mi nombre déle la orden de partir a Lion. ¡Pero no se le vaya a escapar una sola palabra!

— ¡Quede tranquilo, mi general!

\* \* \*

Junto a la entrada al hotel "Temple" Heinrich se encontró con una vieja aldeana. Seguramente habría pasado inadvertida, si la mujer no le hubiese echado una larga y cariñosa mirada acompañada de un saludo:

— ¡Bonjour, monsieur!

— ¡Bonjour, madame! — contestó Heinrich lleno de asombro. Por experiencia propia sabía que los franceses evitaban saludar a los alemanes.

Al entrar en el hotel Heinrich quiso subir a su cuarto, pero a medio camino le detuvo madame Tarval. Esta vez no se dibujaba en los labios de la dueña de casa la sonrisa estereotipada de siempre. El rostro de la mujer denotaba emoción y sus labios temblaban. Sólo en los ojos se leía una mansedumbre inusual con mezcla de incerteza.

— ¡Que día más sofocante el de hoy, barón! — dijo madame Tarval en tono de simpatía.

— Es cierto. No estoy acostumbrado a semejante tiempo en esta época del año — consintió Heinrich.

— ¿Le gustaría tomarse algo fresco?

— ¿Y qué me puede ofrecer?

— ¡Para usted barón encontraré una botella de un exquisito champaña añejo!

Heinrich entró en la sala del restaurante, mientras madame Tarval ya había desaparecido. Un minuto después se acercaba a Heinrich con una botella y una copa.

— ¡Es verdaderamente exquisito, madame! — lo ponderó Heinrich después de haberlo saboreado —. Ahora entiendo por qué llega tan lejos la fama del champaña francés.

— Lamento de que ésta sea la última que tengo; yo la guardaba para una ocasión extraordinaria y especial.

— Entonces había que tomarla en familia y no entiendo...

— ¡Ah, barón! ¡Para mí hoy es un día especialmente feliz!

— No quiero pasar de inoportuno y con mucho gusto brindaré por su día especialmente feliz. Lo único que le pido es que usted también se sirva. ¡Por un día feliz vale la pena tomarse una copa!

Madame Tarval trajo otra copa más y Heinrich se la llenó. El vino dorado chispeaba entre burbujas y espuma...

— ¿Por qué brindamos, madame?

— ¡A su salud, barón! Porque sólo gracias a usted... porque sólo usted... — la voz de madame Tarval tembló y antes de seguir hablando miró a hurtadillas a su alrededor, aunque sabía bien que la sala estaba vacía —. ¡Barón! ¡Usted me hizo un bien tan inmenso!

Sin entender nada Heinrich miró asombrado a la dueña del hotel que se había reclinado sobre la mesa para acercarse a Heinrich y susurrarle en tono de conspiradora, como si alguien pudiese llegar a oírles:

— ¡Oh, sí! ¡Un bien indecible! A mi pesar no puedo pronunciarlo en voz alta. Yo comprendo monsieur, ¡en estos tiempos malditos hay que callar! ¡Pero yo le ruego recordar que madame Tarval sabe ser agradecida! Yo siempre...

— Lamento mucho tener que desilusionarla, madame — la interrumpió Heinrich totalmente desconcertado —, pero, palabra de honor, yo no entiendo absolutamente nada de qué me está usted hablando.

— ¡Le entiendo perfectamente, barón! Y me callo... me callaré hasta que llegue la hora... para proferirlo a toda voz...

— Usted está demasiado emocionada, madame Tarval. Dejemos esta conversación hasta que llegue... la hora de que usted habla.

Heinrich se levantó y quiso poner el dinero sobre el mostrador.

— ¡Hoy es usted mi convidado, barón!

Perplejo por el comportamiento de madame Tarval y el saludo amable de la vieja campesina junto al hotel, Heinrich anduvo por su habitación sumido en reflexiones acerca de lo que podía significar todo aquello. Pero no le encontraba explicación alguna. “Será también un día feliz para mí”, decidió por último y se puso a hojear el diccionario al recordar que el día anterior habían quedado con

Mónica en comenzar las clases en la primera mitad de ese día.

Pese a ello Mónica se hallaba a esa hora lejos de su casa. Parada en el patio de la central eléctrica esperaba impaciente la aparición de François y estaba nerviosa porque aquel tardaba en venir.

— Ya te dije que no vinieras salvo caso extremo — comenzó por recriminarla François, pero al ver el rostro turbado de Mónica le preguntó: — ¿Pasó algo?

— ¡Lo increíble!

— ¿Pero qué cosa? — exclamó François con visible impaciencia.

— Hace media hora llegó corriendo madame Durel y contó que había visto con sus propios ojos cómo un oficial alemán al encontrarse con Jean y Pièrre Corville junto a sus viñas en los montes les había quitado las armas...

— ¡Santo cielo! Jean y Pièrre presos!... — gimió François.

— ¡Pero no! ¡Aguarda un poco! Los dejó libres a ambos y hasta les devolvió las armas... Por añadidura les insultó, ¡porque andaban tan despreocupados!

— ¿Qué-e-e? ¡Estás loca! ¿O se habrá vuelto loca madame Durel?

— Madame Durel está completamente en sus cabales y juró que todo fue como dijo. ¡Hasta llegó a reconocer al oficial alemán que lo hizo!

— ¿Quién es?

— ¡El barón von Goldring! Ella lo vio en nuestro restaurante — mamá le compra el vino, por eso nos frecuenta a menudo.

— ¿Otra vez ese Goldring?

Ambos se cruzaron una mirada.

François se rascó pensativo su larga nariz y se sentó en un banco que había. Mónica seguía con tensión creciente la expresión de su cara, pero no leyó en ésta otra cosa que perplejidad.

— ¿Cómo explicas eso? — no aguantó al fin.

— Por ahora no lo explico de ningún modo. Hoy mismo lo veré a Jean y si me dice que todo fue como me dijiste, entonces...

— ¿Entonces qué?

— Por ahora no te puedo decir nada, porque yo mismo no entiendo nada... Un oficial fascista, barón, prende a

dos guerrilleros, los desarma y después los deja en libertad y encima les devuelve las armas... no, aquí hay gato encerrado. Quizás sea una trampa. Es probable que nos esté provocando... con deseos de entrar en confianza... No, no. Para sacar conclusiones hay que andar con pie de plomo... Tienes que prestarle una atención aun mayor a ese Goldring y tener fijado en él un ojo avizor. A propósito, ¿cómo andan tus asuntos con él?

— Me pidió que le ayudara a estudiar el francés.

— ¿Aceptaste, espero?

— Tuve que aceptar, cumpliendo tu orden.

— ¿Qué actitud ha adoptado? ¿Lograste sacarle algo?

— No. Se mantiene muy reservado, atento y no se le ocurre hacerme la corte.

— ¿De qué hablan?

Mónica le transmitió su conversación con Heinrich acerca del idioma francés y del futuro de Francia. François le hizo otras preguntas más sobre Goldring, pero sus respuestas tampoco parecieron aclararle nada.

— ¡Un tipo misterioso, ese barón! — dijo levantándose.

— Por si acaso habrá que poner al tanto a los nuestros, para que de casualidad no lo manden al otro mundo. Puede que sea un antifascista de verdad y nos quiera ser útil. Todo esto hay que comprobarlo con certeza. Por ahora tienes que andar con mucho cuidado y aprovechar las clases de francés para sonsacarle el máximo posible.

— Entiendo.

— No te olvides de prevenir a tu madre y a madame Durel que no le cuenten a nadie de este asunto. Tú misma debes comportarte como si no estuvieras enterada de nada.

François le dio un suave empujón a la bicicleta y agregó en broma:

— ¡No se te dé por enamorarte del baroncito de agradecimiento por haber dejado en libertad a tu hermano!

Mónica le echó una mirada fulminante y le metió a los pedales.

\* \* \*

En cuanto se acabó el almuerzo y todos se levantaron de la mesa, Lutz se acercó a Goldring.

— Un recado muy importante del general, teniente. Tendrá que partir a Lion por un asunto. Vamos al estado mayor donde se lo explicaré mejor.

En el camino a la oficina Lutz, siempre tan locuaz, permanecía silencioso. Viendo al Hauptmann de mal humor, Heinrich tampoco comenzaba la conversación.

Ya en su oficina Lutz no se apresuraba en hablar del recado del general, actitud que comenzó a preocupar a Heinrich.

— ¿En qué consiste el recado del general, Herr Hauptmann? — le preguntó en tono oficial.

Lutz miró el reloj.

— Usted tiene a su disposición una hora y cuarenta minutos, barón. A las 4 y 40 p. m. parte el tren para Lion y usted deberá llevar un importante paquete a la plana mayor del cuerpo militar. El paquete ya está listo. Lo puede obtener ahora mismo.

Lutz sacó de la caja fuerte un sobre lacrado y se lo tendió a Heinrich. Éste estudió atentamente el lacrado y al encontrar todo en orden, lo colocó en el bolsillo interior de su uniforme.

— ¡La orden será cumplida, Herr Hauptmann! — pronunció Heinrich al poner su firma en el libro.

Lutz le miró con cierto pesar, según le pareció a Heinrich.

— ¿Está hoy de mal humor, Lutz? — le preguntó en forma amistosa.

El Hauptmann con una mueca de asco hizo un ademán indefinido con la mano paseándose por la oficina.

— Vea una cosa, Goldring — dijo de improviso deteniéndose frente a Heinrich y mirándole con fijeza a los ojos —, usted parte solo, sin guardias. Tenga cuidado en el viaje y guárdese de cualquier cosa imprevista. No se olvide que el paquete es importante y hay que guardarlo como las niñas de sus ojos. Entréguelo al jefe del estado mayor o su edecán y sin falta bajo firma.

— Usted me envía como si no fuera esto un simple viaje, sino una exploración en el frente de batalla — bromeó Heinrich.

— Pronto se hará difícil decir dónde es peor, en la retaguardia, o... en el frente. Por eso le prevengo otra vez: ¡póngale atención, mucha atención!

— Tendré presente sus consejos, Lutz. ¡Hasta la vuelta!

Los oficiales se dieron un fuerte apretón de manos.

Al prepararse para el viaje Heinrich no dejaba de pensar en el raro comportamiento de la gente aquel día.

Primero esa vieja campesina, luego madame Tarval con sus misteriosas insinuaciones y ahora ese ánimo sombrío de Lutz con sus recalçadas advertencias de tener cuidado... ¡Algo extraño estaba el Hauptmann ese día! Ciertamente. ¿Por qué enviaban con un paquete a él, que era oficial para misiones especiales, en vez del oficial-correo que se encontraba ahora ahí en el estado mayor de la ciudad? Heinrich lo vio en el casino después del almuerzo... Si ese paquete era de tanta importancia, ¿por qué lo enviaban sin la guardia correspondiente, según lo indicaba el estatuto? No, algo andaba mal en todo eso. Lutz lo sabía evidentemente, pero no se atrevía a decirlo. Y eso ya era una señal, porque entre ellos se establecieron una relaciones verdaderamente amistosas, y si el Hauptmann callaba era porque se le había ordenado callar... Bueno, por si acaso habría que prepararse para lo peor.

Heinrich volvió a mirar atentamente el paquete; luego lo colocó en un estuche de celulosa que a su vez metió en el bolsillo interior de su saco que prendió con sumo cuidado. Después tomó la pistola y el encendedor que puso en el bolsillo derecho de los pantalones. Ahora le restaba colgarse al cinto la automática, ¡y podía partir al encuentro de cualquier sorpresa imprevista!

Heinrich ya estaba por marcharse cuando llamaron a la puerta.

— ¿Y nuestra clase? — preguntó Mónica asombrada al ver a Heinrich listo para el viaje.

— Lamentablemente tendremos que postergar nuestra clase hasta mi regreso de Lion, mademoiselle.

— ¿Se va? ¿Tan de repente? ¡Será un asunto de mucha urgencia!

— Simplemente me tomé dos días de licencia: quiero ver a un camarada. ¿Qué le traigo de Lion, mademoiselle? ¿Tiene algún recado?

— No, gracias por su amabilidad, pero no necesito nada. ¡Le deseo feliz viaje y vuelva pronto!

— ¿Lo dice sinceramente o es un simple gesto de urbanidad?

— Del fondo de mi corazón — contestó Mónica sin titubear. Sus mejillas se sonrojaron un poco al pensar que le deseaba de verdad un regreso feliz a ese oficial del ejército enemigo, y como justificándose ante Heinrich o ante sí misma, la muchacha agregó apresurada:

— ¡Usted no me ha hecho nada malo!

— ¡Pero tampoco le hice nada bueno!

— Su actitud hacia nosotros los franceses es benevolente y eso ya es mucho. Yo no sé por qué, pero a mí me parece que usted es diferente...

— Usted es una muchacha maravillosa, Mónica, y le deseo de todo corazón que su vida sea tan bella como lo es usted misma. Pero no sea demasiado crédula, especialmente con la gente benevolente. Los confiados muchas veces sufren por engaños. Además la benevolencia por sí misma no basta para demostrar una actitud amistosa de verdad. Hacen falta hechos. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

— Una persona que quiere demostrar su amistad siempre puede pasar de las palabras a los hechos — dijo Mónica en voz baja.

Los ojos de la muchacha dirigidos a Heinrich aguardaban interrogantes y un poco asustados. ¿Qué pasa si ella está equivocada, tomando por amigo al enemigo? ¿De qué modo puede ella, una chica sin experiencia en la vida, reconocerlo?

Heinrich hizo como que no notó ni comprendió la mirada. Él tampoco sabía a quién tenía delante suyo, a la hermosa muchacha, hija de la dueña del hotel, o quizás...

— En nuestra siguiente lección hablaremos de eso, Mónica. Ahora debo darme prisa para tomar el tren.

Con un fuerte apretón de manos Heinrich salió de la habitación.

\* \* \*

A las 7 y 20 de la noche Heinrich bajó en la estación de Chambery, donde debía hacer trasbordo en el tren que iba a Lion. Pero según le dijeron en la comandancia, ese tren había salido hacia unos diez minutos y el siguiente partiría sólo al día siguiente a las ocho de la mañana. Por lo tanto era necesario esperar una noche entera. El comandante le aconsejó pasarla en el hotel de enfrente de la estación.

Después de recibir las llaves de la habitación No. 14, Heinrich subió por unas amplias escaleras al segundo piso. Su cuarto se hallaba próximo a la escalera y lo encontró sin dificultad.

Cansado del viaje al altiplano y de la travesía en tren, Heinrich decidió no salir a ninguna parte. Dejó en su habitación el sobretodo y bajó al restaurante del hotel para cenar. Luego volvió de nuevo a su pieza. Ahora se podía quitar la ropa, darse un baño y acostarse en la cama, dándole un vistazo al periódico comprado en la estación.

Heinrich ya se había quitado el uniforme cuando alguien llamó a la puerta. ¿Sería la mucama? Lo raro era que abriese la puerta sin esperar el permiso de entrar. Con rapidez de un rayo se metió las manos en los bolsillos del pantalón, quedando a la expectativa plantado en medio de su habitación. En la puerta apareció un hombre alto, de unos treinta, de civil, en un abrigo gris y un sombrero de fieltro del mismo color.

El desconocido le echó una rápida mirada a la pieza, luego al cinturón con la pistola que colgaba de la cama y por último la paseó de pies a cabeza por la figura de Goldring.

“¿Quién será?”, cruzó por la cabeza de Heinrich y apretó aun más el arma en su bolsillo.

— ¡Bonsoir, monsieur! — pronunció en un agradable barítono el desconocido.

— ¡Bonsoir! — respondió Heinrich fríamente.

— ¿Parlez vous français? — preguntó el desconocido.

— ¡Yo hablo sólo el alemán!

— También se puede en alemán — consintió el recién llegado y quitándose el sombrero lo puso en una mesita junto a la puerta.

— ¿Es usted el barón von Goldring, teniente?

— Si usted se atrevió a entrar es porque sabe quién soy, aunque yo no tenga la más mínima idea de quién es usted. ¿No le parece que debe presentarse?

— Enseguida se lo explico. ¿Me permite sentar? — preguntó el intruso y sin esperar respuesta se sentó en una silla junto a la mesa.

Heinrich se sentó enfrente, colocando delante un paquete de cigarros.

— Tendremos una conversación entre cuatro ojos, como dicen los alemanes — comenzó a decir el huésped de improviso —. ¿Está de acuerdo conmigo?

— ¡Le escucho! — echó secamente Heinrich y comenzó lentamente a meterse la mano en el bolsillo derecho del pantalón.

El desconocido siguió con mirada inquieta el movimiento de la mano de Heinrich. Este sin apuros sacó el encendedor, prendió el cigarrillo y volvió a guardar el encendedor en el bolsillo. El desconocido se reclinó en el respaldo de la silla y con alivio estiró las piernas.

— Quisiera hacer una breve introducción a nuestra conversación — comenzó a decir —. Seguramente le extrañará que yo, siendo un desconocido para usted, haya penetrado con bastante descaro, digámoslo con franqueza, en su habitación y lo más probable es que le tenga algo muy importante que comunicar, porque de otro modo no me hubiese atrevido a violar las reglas de urbanidad. Eso de que no me vio nunca es cierto. En cambio yo le he visto muchas veces y le conozco muy bien. Mis amigos y yo hace mucho que seguimos su actividad, barón, tratando de establecer contacto con usted. Hasta ahora no pudimos encontrar una oportunidad propicia para nuestras conversaciones. Su viaje ha resultado para nosotros un hallazgo... Sabemos que casi toda su vida conciente la pasó en Rusia. También sabemos del trabajo que hacía allí. Pero esto nos interesa poco en el momento por los motivos que expondré. Estamos seguros de que una prolongada permanencia en un determinado medio ambiente no puede dejar de influir en la persona que ha estado en éste. Por tanto creemos que su vida en la Unión Soviética debió reflejarse de algún modo en sus convicciones y modo de pensar, aun en forma subconciente. En otoño usted se pasó bajo el apellido de Komarov para el lado de los alemanes. Tome en consideración que estamos enterados de esto también. De cualquier forma no le concedemos demasiada importancia al hecho. Fue por decirlo así un arrebató patriótico juvenil, teñido si así lo quiere de un espíritu romántico. El primer encuentro con la dura realidad debe de haberlo decepcionado seguramente porque, y lo repito, en su fuero interno es más ruso que alemán por haber pasado toda su vida en Rusia, y sólo algunos meses en Alemania.

El desconocido se detuvo un momento a la espera de alguna réplica de Heinrich, pero aquel sólo profirió un breve:

— Continúe.

Heinrich seguía con atención cada movimiento del hombre.

— Hasta ahora hablé sólo de su pasado y creo que ya es hora de hablar de su futuro. En vano se ha cruzado usted para el lado de los alemanes, barón. Usted no ha sopesado bien las posibilidades potenciales del campo contrario en esta guerra. Cualquier persona sensata tiene que llegar a la conclusión de que Alemania ha agotado sus fuerzas y no podrá vencer a los colosos de la Unión Soviética, los Estados Unidos e Inglaterra. Ya lo entendieron así todos los pueblos esclavizados por los fascistas, al alzarse e intensificar la lucha de guerrilla. Ya falta poco para que las fuerzas anglo-americanas desembarquen sus tropas en la costa francesa de La Mancha. Todos estos hechos son innegables por lo evidentes que son. Cada persona sensata que lleva puesto el uniforme alemán debe pensar en su porvenir. Usted es joven, rico, con toda la vida por delante. En caso de la derrota de Alemania, (y esa derrota es inminente), usted deberá responder ciertamente por los errores ajenos. ¿De qué manera podrá usted justificar entonces su participación en esta guerra homicida? De ninguna. Nosotros decidimos darle esa oportunidad para justificarse.

Heinrich permanecía sentado con el rostro petrificado, sin interrumpir al desconocido. ¡Que siga pues con su juego! ¡Las circunstancias mismas mostrarán cuál es la decisión que habría que tomar!

— Según nuestra opinión usted necesitaría tener documentos y testigos que podrían confirmar su ayuda a los patriotas franceses, a pesar de encontrarse en el ejército alemán. ¿Se da cuenta de la importancia que eso tendría?

Con los párpados entrecerrados y la mirada perdida más allá del desconocido, Heinrich parecía estar pensando en lo que oía decir. Instado por el silencio de su oyente, éste continuaba explayándose:

— Usted me escucha con atención y eso ya es una buena señal. Ahora puedo decirle mi nombre. Soy Pièrre Cespi, comunista y dirigente de una de las unidades del Movimiento Francés de Resistencia. Claro está que nosotros no sólo aprovecharemos de sus servicios, sino los pagaremos generosamente. Todo dependerá de los materiales que nos haga llegar...

Con esas frases todo se había aclarado para Heinrich.

— ¿Y qué desea de mí? — preguntó Heinrich y se admiró de lo tranquila que sonó su propia voz.

— ¡Esto se llama un enfoque práctico! — comentó con alegría aquel que se decía llamar Pièrre Cespi —. Seré breve: de vez en cuando deberá pasarnos algunos informes que nos interesan. Como colaborador de la plana mayor de la división no le costará demasiado trabajo conseguirlos. El precio de cada informe lo indicará usted mismo en cada caso. Para comenzar, usted deberá entregarme el paquete que lleva consigo. En una hora se lo devolveré en el mismísimo estado en que me lo dé y ni una sola persona sabrá de que fue abierto.

Heinrich callaba tranquilo con la mirada fija en los ojos de su interlocutor, mientras su mente trabajaba febrilmente. ¡Ese hombre estaba enterado también del paquete que llevaba! ¡Así que su viaje a Lion era simplemente una especie de prueba a su lealtad y nada más! ¿Ellos querían probar su fidelidad al Vaterland \*? ¡Pues se la demostraría!

Con gesto lento Heinrich aplastó entre los dedos un cigarro, metiendo luego la mano en el bolsillo. El hombre de la gestapo también tomó un cigarro. Lo daba vueltas entre los dedos, a la espera de que Heinrich sacase el encendedor. Pero cuando el intruso se inclinó hacia adelante con el cigarro entre los dientes para prenderlo, en vez del encendedor vio ante sus ojos la boca de una pistola.

Lo que siguió a eso no ocupó más de un segundo: el de la gestapo empujó con fuerza la mesa con el pie y, aprovechando de que Goldring al tamborlear bajase el caño de la pistola, salió corriendo de la habitación. Cuando Heinrich llegó a la puerta, el provocador huía por el pasillo a todo vapor.

Uno tras otro sonaron dos disparos. Se oyó un grito desaforado y el ruido de la caída de un cuerpo pesado.

Heinrich miró a todos lados. En el pasillo no había nadie. De abajo se venían acercando unos pasos apurados y en un segundo apareció un oficial en uniforme de la gestapo, un primer sargento y dos soldados.

“¡Ah, se prepararon!”, cruzó por la cabeza le Heinrich.

— ¡No tire que somos de la patrulla! — exclamó el oficial de lejos.

— ¡Muestren los documentos! — la voz de Heinrich sonó decidida.

---

\* Vaterland (*alem.*) — patria.

El de la gestapo sacó los documentos y se los enseñó a Goldring. Los soldados se apresuraron para acercarse al cuerpo que yacía inmóvil en el suelo.

— ¿Qué sucedió aquí? — preguntó el oficial.

— Un guerrillero francés que cobró su merecido ha penetrado en el hotel — dijo Heinrich con furia, guardando el arma.

Ya en su habitación el barón von Goldring le transmitió puntualmente al oficial de la gestapo lo hablado con el desconocido. El sargento primero tomó apuntes de su testimonio y le pidió a Heinrich que pusiese su firma debajo.

— ¡Cierre bien la puerta para la noche! — le aconsejó el oficial de despedida.

— Y usted deberá prestarle mayor atención al resguardo del hotel. ¡Cosa inaudita! ¡Que los guerrilleros franceses entren al hotel ferroviario como a su propia casa! — exclamó furibundo Heinrich, a pesar de las ganas que tenía de explotar en una carcajada.

## **El comandante Miller quiere trabar amistad con Goldring**

El general Ewers ya estaba por ir al casino a almorzar cuando Lutz le comunicó:

— Herr Miller ruega lo reciba.

— ¿Qué querrá esta vez? — preguntó Ewers malhumorado —. Alguna nueva ocurrencia de seguro. ¿O a lo mejor me quiere probar ahora a mí?

— Más bien será a mí.

— Hágalo pasar.

— ¿Nos trae nuevos disgustos, Herr Miller? — preguntó Ewers.

— Al contrario. Esta vez les traje una buena nueva, señor general — contestó Miller sentándose.

Pese a sus palabras de la buena nueva, la cara del comandante Miller tenía una expresión bastante agria.

— Ayer pusimos en práctica nuestro plan de control de su oficial para misiones especiales, el teniente von Goldring.

— ¿Y qué? — preguntó el general con interés.

Miller contó en detalles y, hay que confesarlo, en forma objetiva, de los acontecimientos que ocurrieron en la habitación del hotel en Chambery, sin ocultar tampoco que la cinta magnetofónica escondida en dicha pieza grabó exactamente toda la conversación.

— Langhein recibió dos balas en el pulmón derecho. Ahora está en el hospital y seguro que no saldrá muy pronto...

El general lanzó una carcajada. Lutz le hizo coro.

— ¡Ahí lo ve, Herr Miller! ¿Se persuadió ahora de la lealtad de Goldring?

— Sí, por completo.

— ¡Herr Lutz, prepare hoy mismo la orden a la condecoración del teniente von Goldring con la cruz de acero de segundo grado!

— ¡Jawohl! \*

— El teniente no sabía que tenía delante a Langhein, Obersturmbandführer de la gestapo, creyendo ver a un guerrillero, ¿verdad, Miller?

— Exacto. Estoy seguro que de estar Goldring enterado quién hablaba con él, toda esta historia no resultaría tan sangrienta. Pero por el otro lado nos convencimos plenamente de la lealtad del teniente von Goldring.

— Y ahora, Herr Miller, ¿no quiere usted almorzar con nosotros? — le invitó Ewers.

El relato de Miller sobre los resultados del control de von Goldring evidentemente puso de buen humor al general Ewers.

— Lo consideraré un honor, señor general — respondió Miller con una inclinación.

Cuando todos los oficiales se reunieron en el casino y se sentaron a almorzar, el general Ewers exclamó con voz solemne:

— ¡Herrschaften! \* Quiero comunicarles una interesante nueva.

Las cabezas de los presentes se volvieron con interés hacia el general.

— Ayer envié a mi oficial para misiones especiales, al barón von Goldring, con un paquete de gran importancia a la plana mayor del cuerpo militar. En el hotel de

---

\* ¡Jawohl! (alem.) — ¡Sí, señor!

\* ¡Herrschaften! (alem.) — ¡Señores!

Chambery lo atacaron unos terroristas franceses que seguramente querían conseguir el paquete. Goldring hirió de gravedad a uno de ellos con un tiro de la pistola. Por el valor demostrado en situación imprevista yo presenté al barón para su condecoración con la cruz de acero de segundo grado.

Durante el almuerzo, que a diferencia de los anteriores fue muy animado y lleno de alboroto, no se habló de otra cosa que del barón von Goldring y de la necesidad de tomar medidas más drásticas contra los guerrilleros que se comportaban cada vez con mayor insolencia. Cuando el almuerzo llegaba a su fin, el general estaba de tan buen humor que proclamó un brindis por el éxito de la ofensiva comenzada en el Frente Oriental y que daría a muchos de los presentes la oportunidad de llegar ese mismo año a Moscú.

Heinrich no esperaba ciertamente que la noticia de los acontecimientos en Chambery llegasen a correr tan rápido a Saint-Remis, pero la fama se le adelantó. A su arribo Heinrich se dirigió al estado mayor y allí en la puerta le detuvo el primer teniente Feldner.

— ¡Bienvenido, barón! — pronunció éste respetuoso y amable. — ¡Feliz regreso! Ya oímos de sus hazañas heroicas en el combate con los guerrilleros franceses. Me siento feliz por ser el primero en darle la bienvenida.

— ¿En que combate? — no entendió Goldring.

— ¡No sea tan modesto! De su valiente actuación habló ayer el general durante el almuerzo ante todos los oficiales.

— ¡Ah! Es de eso... ¡Le agradezco las felicitaciones!

Heinrich entró en el hall dispuesto a subir la escalera, cuando un soldado atrajo su atención. Este al ver al teniente se cuadró frente a él. Era un muchacho de unos diecinueve o veinte años, rubio y delgado, de claros ojos azules, de mirar inteligente. Fue precisamente la expresión de sus ojos lo que obligó a Heinrich a detenerse. Tanta tristeza y hasta desesperación había en esa mirada que era imposible dejar de notarlo. A los pies del soldado yacía una mochila.

— ¿Quién es usted? — le preguntó el teniente.

— ¡Soldado de primera, Kurt Schmidt, señor primer teniente! — respondió el soldado con puntualidad.

— ¿De dónde viene?

— Estuve en la segunda compañía del segundo batallón del regimiento ciento diecisiete y ahora recibí orden de marcharme al Frente Oriental.

En los ojos del soldado que parecía ser muy jovencito brillaron las lágrimas.

— ¿Y por qué lo pasan ahí?

— Por el parte del comandante de la compañía, el primer teniente Feldner.

— ¿En qué consiste su culpa?

— Hace cuatro días el primer teniente estaba un poco bebido y le pareció que no le saludé cómo se debía, aunque le doy mi palabra de honor, lo hice como se debe. Entonces comenzó a darme órdenes: "...a tierra", "en pie". Yo las cumplía hasta que tenía fuerzas, pero después se me agotaron. Entonces me insultó y escribió el parte en que decía que por haberme negado a cumplir sus órdenes, solicitaba mi traslado al Frente Oriental.

— ¿Es verdad todo lo que me acaba de decir?

— ¡La pura verdad; como ante Dios se lo juro! — y el muchachito miró a Heinrich con tanta pena en sus ojos que le dio lástima de ese chico en capote de soldado.

— ¿Le teme mucho al Frente Oriental?

— Ahí murieron ya dos hermanos míos. A mi madre le quedé yo solo. Cuando ella sepa que fui enviado al Frente Oriental no lo sobrevivirá.

— ¿Por qué no le dijo todo eso al general?

— Ni siquiera el jefe del regimiento quiso oírme...

— ¿Usted tiene la orden de su traslado? — preguntó Heinrich después de pensar un poco.

— ¡Sí! Se me ordenó esperar aquí cualquier transporte de paso que se dirigiese a Chambéry.

— Voy a intentar de hablar con el general. Pero hay que proponerle algo para dejarlo a usted aquí. Si quiere yo puedo decirle que le tomo de ordenanza mío. ¿Está de acuerdo?

— ¡Ah, sí! Cumpliré todas sus órdenes y trabajaré como ningún otro.

— Deme sus documentos y aguárdeme.

El soldado comenzó a buscar febrilmente los papeles, como temiendo que el oficial pudiese cambiar de opinión; al fin los sacó con manos temblorosas y se los tendió al teniente.

Heinrich subió al segundo piso y entró en la oficina de Lutz.

— ¡Bah! ¡Goldring! ¡Dichosos los ojos que le ven! — Lutz le estrechó la mano con un fuerte apretón —. El general pidió que lo fuera a ver de inmediato.

Después de entregarle al Hauptmann el recibo del paquete en el estado mayor del cuerpo militar en Lion, Heinrich se dirigió a la oficina del general.

— ¡A ver, teniente, cuénteme cómo fue todo! — exclamó Ewers al ver entrar a Goldring.

Heinrich contó todo con lujo de detalles.

— Lo presenté a usted para ser condecorado con la cruz de acero de segundo grado —. le comunicó Ewers.

— ¡Se lo agradezco sinceramente, mi general! Hoy mismo se lo escribiré a Berthold en una carta. Estoy seguro de que el coronel le estará muy agradecido por la atención que me concede.

Esta respuesta le gustó mucho al general:

— Déle saludos míos al coronel —le solicitó.

— ¡Señor general! Permítame dirigirme a usted con una petición.

— ¿Qué es?

— Ahí abajo en el hall hay un soldado con orden de marchar al Frente Oriental por el parte del primer teniente Feldner. No quisiera hablar de eso, pero le aseguro que el teniente fue injusto y más si tomamos en consideración que este soldado es físicamente débil y que sus dos hermanos ya perecieron en el Frente Oriental. Por otro lado yo necesito un ordenanza. Yo le pido, mi general, cambiar la resolución y permitir que lo tome de ordenanza mío.

— ¿Y eso es todo lo que pide? — el general se veía un poco decepcionado por la minucia que le hacía a un oficial de tantos méritos.

Tomando de las manos de Heinrich los documentos de Kurt, el general tachó su resolución anterior acerca del traslado al Frente Oriental del soldado de primera Kurt Schmidt y con letra grande escribió: "Dejar en el estado mayor en calidad de ordenanza del teniente el barón von Goldring".

— ¡Muy agradecido, mi general! Y ahora que ha satisfecho tan pronto mi primera solicitud, permítame dirigirme a usted con otra...

— Probablemente la cumpla también,—sonrió Ewers.

— Entonces le pido me acepte diez botellas de champaña; del viejo champaña francés que hallé especialmente para usted en Lion. Cierta vez me dijo el Hauptmann Lutz que a usted le gustaba mucho el champaña bueno.

— ¡Esa solicitud suya la cumpliré aun con mayor gusto que la primera!

— ¿Permite retirarme? — preguntó Heinrich.

— Puede retirarse, pero hoy mismo me presentará un parte solicitando licencia de una semana por cuestiones de familia.

— ¡Se lo agradezco infinitamente, mi general! Es un viejo sueño mío que no me atrevía a proferir.

Cuando Heinrich bajó al hall, Kurt Schmidt saltó del banco y olvidado de la subordinación se lanzó al encuentro del teniente.

— Y bien, Kurt — dijo Heinrich —, a partir de este momento es usted mi ordenanza.

La alegría que irradiaba la cara del joven soldado sin querer se pasó también a Heinrich. Con una sonrisa cordial miraba a ese muchachito en capote de soldado que estrujaba con tal fuerza la gorra en sus manos que parecía quererla hacer pedazos entre los dedos.

— ¡Yo no sé cómo se lo podré agradecer, señor teniente! — murmuró Kurt Schmidt con lágrimas en los ojos, sin desviar del teniente Goldring la mirada llena de gratitud.

— Ya lo agradecerás con el buen servicio — respondió Heinrich —, y ahora ve a buscar a mi ordenanza anterior Fritz Seller que te enseñará todo, y en general te pondrá al tanto de las cosas. Averigua en el estado mayor dónde vas a vivir y ven al hotel "Temple" que queda enfrente.

Heinrich se dirigió al hotel, pero a medio camino le alcanzó el escribiente del estado mayor.

— Una carta para usted, señor teniente.

Goldring la metió en el bolsillo con torpeza y sólo cuando ya estaba en su habitación, vio que era una carta de Berthold.

"Mi querido muchacho — escribía —, te extraño como a mi propio hijo. Hace mucho que no te escribía porque tenía un montón de cosas para hacer. Ahora trabajo de jefe de uno de los departamentos de la plana mayor. Hace tres días me fue conferido el grado de general mayor. Por ahora no tengo posibilidades de hacer tu traslado aquí. Pero lo haré en la primera oportunidad que se me presente.

Frau Elsa y tu hermana Lorchén están deseosas de verte y exigen pedirle a tu general te dé esa posibilidad. Espero que mi amigo Ewers no me lo niegue. ¿Qué es de tu vida? ¿Qué hay de nuevo? Al fin de cuentas me podrías escribir con más frecuencia,

tu *Wilhelm Berthold*".

Al acabar de leer la carta Heinrich se quitó con rapidez la ropa y se metió en la cama. Sólo ahora sintió el cansancio que tenía encima. No era por el mero hecho de los nervios que había pasado la noche anterior en Chambery. Se podía tomar de ejemplo ese mismo día. Heinrich tenía que fingir alegría y despecho, mientras todos los periódicos de Lion estaban llenos de noticias, fotos y comunicaciones sobre el Frente Oriental donde había comenzado la gran ofensiva de las hordas hitlerianas. Según los rotativos, la ofensiva se iba desplegando sin interrupciones. Claro que había que tomar en cuenta la fanfarronada de Goebbels; no obstante parte de verdad tenía que haber en todo ese bochorno de noticias. Quería decir que los hitlerianos estaban atacando. Con qué placer abandonaría todo y envuelto en la simple capa de soldado del Ejército Rojo tomaría la ametralladora... Leer los boletines llenos de clamores victoriosos del frente alemán y aparentar sentir alegría; brindar por la victoria cuando en realidad preferirías agarrar la pistola para arremeterle a balazos contra aquellos con quienes compartías el almuerzo... Pero esa era la orden. Había que seguir en el mismo papel... y esperar.

Probablemente nadie sintiese tanto la amargura de esa horrible palabra "esperar".

A una persona que va en tren y tiene mucha prisa, el camino le parece de nunca acabar y el tren una tortuga. Entonces le surge la idea de lo bueno que sería poder llegar de inmediato al punto de destino, aunque fuese a costa de acortar la propia vida en las horas en que se demoraba el tren.

El joven que tiene cita y espera a su amada que tarda en venir, con qué alegría abreviaría su vida en esos minutos para acortar la dolorosa espera e inseguridad.

— Así es todo. Si la suerte dependiese de la voluntad del ser humano, la vida de muchos sería más corta, porque la gente misma se acortaría ésta con sólo lograr la meta y no tener que esperar los desesperantes minutos, horas y días.

Heinrich entregaría sin titubear la mitad de su vida por estar en esos momentos en su patria...

Pero qué pensamientos absurdos le venían aquel día a la cabeza. "¡Si la suerte dependiese de la voluntad! ¡Debemos obligarla a servirnos a nosotros!"

Para ello hacía falta luchar y no ponerse a fantasear, cuidar cada segundo y si había necesidad, pues, esperar y esperar una vez más, apretando los dientes; andar con aire despreocupado, al borde del precipicio al que se podía uno caer a cada instante. ¡Ahora mismo podían entrar en su habitación y todo estaría terminado!

Sin embargo a él no le iba tan mal como a aquellos que estaban ahí cerca de Saint-Remis trabajando debajo de la tierra. Si Heinrich era prudente vería llegar el claro Día de la Victoria. En su caso todo dependía de él, de su valor, habilidad y maña. Mientras aquellos rusos, franceses, checos y polacos, echados en las entrañas de la tierra, ¿qué podían hacer ellos para salvarse, sin miras de ver algún día el sol, ni posibilidad de respirar el aire fresco, deleitarse con las bellezas del mundo, volver a la patria y encontrarse de nuevo con los parientes y amigos?

Además ellos debían trabajar para el enemigo, fabricar armas nuevas, a pesar de saber que cada mortero nuevo aproximaba su propia muerte. La horrible muerte de todos aquellos que fueron echados bajo tierra.

Por suerte se le escapó a Lutz eso de la existencia de la fábrica subterránea. Era precisamente para que no existiesen esas fábricas de la muerte que él, Heinrich, necesitaba proseguir la lucha. No, él no tenía derecho a sentir que poseía nervios. Porque cada misión encomendada y ejecutada por él, aproximaba la hora de la victoria; era la venganza por todos aquellos que tal vez en ese mismo momento, cuando él estaba tranquilamente acostado en su cuarto, eran quemados en los crematorios para ser vendidos al día siguiente como ceniza al negocio de abonos que se encontraba en las postrimerías de esa misma arteria principal de este pueblito de Saint-Remis que fuera antaño tan pacífico —. ¡No, no había ni podía haber descanso para él!

Heinrich saltó de la cama y comenzó a vestirse.

Al bajar la escalera recordó la promesa dada al general y entró al restaurante.

— ¡Buen día, madame!

— ¡Ah, por fin ha vuelto usted! ¡Yo ya temía que le sucediera algo! Le esperamos todavía para el desayuno. ¡Siéntese, hágame el obsequio!

— Madame Tarval, tengo que rogarle algo y si usted me lo hace, le estaré sinceramente agradecido.

— ¡Usted sabe, barón, para usted haré todo lo que esté en mis fuerzas!

— Necesito diez botellas de un buen champaña; un champaña verdaderamente bueno; que no sea peor de aquel con que me convidó antes de mi partida.

— A mí no me quedó ni una, pero yo sé dónde hay. En media hora las diez botellas estarán aquí.

— Usted haga el embalaje y yo mandaré a mi ordenanza a buscarlo para llevarlo adonde haga falta.

Heinrich se volvió con intención de irse, pero en ese momento se abrió una puerta lateral y Mónica entró corriendo a la sala.

— Mamá, sabes que...— comenzó todavía desde la puerta, pero al ver a Heinrich se detuvo, sonrojándose.

— ¡Felices los ojos que la ven, mademoiselle Mónica! ¿Cómo está usted?

— Está lo más bien. Sólo la preocupaba que su enseñanza no siguiese un plan establecido — contestó la madre por la hija.

— ¡Pero mamá! — dijo la muchacha con tono de reproche.

— En adelante seré un alumno aplicado y para que mi pequeña maestra no llegue tarde a las clases le traje esto de Lion...

Heinrich sacó del bolsillo un estuche, tomó a Mónica de la mano y le colocó en la muñeca un primoroso relojito.

— ¡De ninguna manera! — Mónica dio un tirón de la mano.

— Mademoiselle, le ruego que no lo considere un regalo, sino una pequeña recompensa por el tiempo que pierde conmigo. Sería muy raro que enseñase francés a un oficial alemán en forma gratuita, ¿no le parece?

— Pero...

Las palabras de Heinrich turbaron bastante a Mónica. Era cierto, ¿por qué razón tenía que gastar sus horas libres en enseñar a ese oficial? ¡Y además se figuraba que le hacía un gran honor y obsequio! Al fin de cuentas ella tenía que establecer un nuevo tono en sus relaciones con

el barón... De otro modo jamás se enteraría de nada de ese hombre. ¿Qué debía hacer entonces?

Sin querer Mónica levantó los ojos interrogantes a su madre.

— Mejor harías en agradecérselo al barón — dijo madame Tarval.

— ¡Gracias, barón! — susurró en voz muy queda la muchacha.

— Hoy comenzaremos las clases a las seis en punto, si está usted libre.

— Entonces controlemos nuestros relojes. ¡Ve que hay una diferencia de casi cinco minutos! ¿Quién de los dos se apura en vivir y quién se retrasa?

— Debo ser yo quien se apura. Justo antes de bajar aquí pensaba en que daría la mitad de mi vida por sólo apurar el tiempo.

— ¿Para qué lo necesita? — preguntó Mónica con seriedad.

— Para alcanzar cuanto antes la meta fijada.

— ¿Qué meta?

— Algún día quizás se lo cuente, mademoiselle. Pero esa oportunidad también hay que esperarla — medio en serio y medio en broma dijo Heinrich, y salió con una inclinación de saludo a madre e hija.

Al lado de la puerta del estado mayor vio un auto, junto al cual estaban parados Ewers y Lutz. Heinrich se les acercó.

— ¡Mi general! ¡Permítame transmitirle los saludos del general mayor Berthold!

— ¿Cómo? ¿Ya es general mayor?

— Sí. Acabo de recibir una carta suya. Herr Berthold me comunica que ahora trabaja en la plana mayor de Himmler.

— ¡Ah! ¡Mis felicitaciones! ¡Lo felicito de todo corazón! — dijo el general con aire significativo y le estrechó durante tanto tiempo la diestra de Heinrich que parecía era el barón von Goldring y no Berthold quien mereció el alto honor de trabajar con Himmler.

— Hoy tenemos que hacer algunos asuntos con Lutz, así que haga el favor de comunicar que no nos esperen con el almuerzo — pidió Ewers ya sentado en el auto.

— Entonces permítame encargar la cena. En el restaurante del hotel "Temple", ¿qué le parece?

— Con mucho gusto cenaré con usted. Hace falta ce-

lebrar de algún modo su regreso feliz y victorioso. ¿Y usted, Herr Hauptmann?

— Yo ya cené varias veces con el barón y debo decir que es un gran conocedor de la cocina francesa.

— ¿Para qué hora encargo la cena? — preguntó Heinrich.

— Volveremos para las ocho — dijo el general.

— Señor teniente — se dirigió Lütz a Goldring —, tome las llaves de mi caja fuerte. Arriba de todo hay una carpeta con papeles que usted debe conocer. Siéntese en mi oficina y léalos. ¡Pero no pierda las llaves! En cada documento leído ponga su firma.

Heinrich hizo una mueca:

— ¡Debo confesarle, Herr Hauptmann, que de todos los tipos de literatura, menos que ninguna otra me gusta aquella con que me quiere agasajar usted!

El general se rio, dando orden al chófer de arrancar.

La carpeta de que le habló Lütz tenía la inscripción: “absolutamente secreto”. Encerrándose en la oficina del Hauptmann, Heinrich se puso a mirar los papeles. En su mayoría eran de poco interés y después de echarles una rápida mirada Heinrich ponía al final su firma. Pero hubo un documento que le interesó. Era una instrucción sobre los nuevos métodos de la defensa antiaérea. Se trataba de la aplicación del nuevo tipo de tanques enanos “Goliat” destinados a eliminar los tanques enemigos y aniquilar sus fortificaciones. El tanque “Goliat” concentraba una gran capacidad de explosión, se manejaba por radio, tenía una magnífica maniobrabilidad y podía desarrollar una velocidad de 90 kilómetros. Al tropezar con otro tanque o un fortín, explotaba él mismo, aniquilando asimismo el obstáculo con el que había chocado. ¡Eso era algo nuevo! Heinrich sacó varias fotos del documento y de los esquemas que lo acompañaban.

Ahora se podía dejar la carpeta cerrada en la caja fuerte.

Heinrich no tenía ganas de volver a casa. Se podía ir a dar una vuelta...

Todavía le quedaba tiempo antes de la clase. Luego, a las seis en punto, se sentarían con Mónica a los diccionarios y cuadernos. Su pequeña maestra frunciría el entrecejo cuando él se equivocase o pusiese mal el acento. Después de la clase se intercambiarían de algunas réplicas o, para ser más exactos, comenzarían alguna rencilla.

Ambos esconderían sus verdaderos pensamientos. Sus conversaciones no se parecían a las de una maestra con su alumno, sino más bien una lid entre dos floretistas que, cara a cara y con las espadas cruzadas, esperan el momento propicio para asestarle un golpe certero al rival. Aunque el último tiempo Mónica estaba algo menos arisca y hasta le miraba de un modo muy especial. Esto último era precisamente lo que más inquietaba a Heinrich. Porque sentía que la muchacha le gustaba. Le gustaba mucho. ¿Pero acaso tenía derecho Heinrich de llevar su propia vida? Aun en el caso de convencerse Mónica de su lealtad para con su pueblo, y su sinceridad de amigo y compañero de todos aquéllos que luchaban por la libertad de Francia, ¿podía él permitirse llegar a algo más en sus relaciones con Mónica?, ¿a que éstas se transformasen en lazos de amor? No podía casarse con ella. ¿Y qué le podía proponer entonces? ¿Un breve flirteo? ¡No, eso no era admisible para él! Esta maravillosa y dulce muchacha merecía una felicidad verdadera. En cambio la podía arrastrar consigo a un abismo...

Además estaba ese Berthold, quien con toda evidencia contaba con él como su futuro yerno. Por supuesto que no iba a decepcionar por ahora a su jefe. Eso significaría empeorar considerablemente las relaciones con una figura de tanta influencia en la plana mayor de Himmler como el general mayor Berthold y eso se descartaba desde un principio. Protegido por el jefe de uno de los departamentos del estado mayor del propio Himmler, uno se podía sentir tranquilo. En el mismo Saint-Remis donde estaba ahora, se hacía sentir ese hecho. De este modo la simpatía del general Ewers se explicaba fácilmente, ya que éste sabía que Heinrich von Goldring era el ahijado de un gestapista de alto rango. Por ello habría que seguir manteniendo las esperanzas de Berthold sobre la posible boda de Heinrich con Lorchen.

¡Qué risa le daría a Mónica leer aunque sea una carta de Lorchen con su sentimentalería cursi de pequeña burguesita unida a la bobería y vanidad de la hija de un alto funcionario! ¡Y una chica así lo tenía todo! En cambio Mónica, bonita y de inteligencia clara, debía servir en el restaurante a oficiales alemanes medio borrachos. ¡Con el genio que tenía! Por supuesto que supo imponerse de un modo que la llegasen incluso a temer. Pero un sólo traspie bastaría para hacer tambalear la convicción de su

inaccesibilidad. Entonces los oficiales soltarían las lenguas y las manos. Nadie debía enterarse siquiera de las clases que le daba Mónica... Ni sus nombres deberían asociarse jamás. Si le pasaba algo a él, seguro que la pondrían en la gestapo, y quién sabe cómo acabaría todo... Quizás la chica lograra demostrar que fue ajena a los asuntos de él, pero su relación con los guerrilleros, si es que estaba en contacto con ellos, quién sabe si sabría refutar. La posibilidad de esto último era absolutamente natural. Una chica como Mónica, tan orgullosa e independiente, no podía quedar ajena a la lucha con el enemigo de su pueblo. Heinrich sentía eso con su corazón. ¿Pero cómo podía convencerse? Su pequeña maestra siempre estaba alerta... prefería hacer preguntas sin hablar mucho. ¡Qué bueno sería establecer contacto con los dirigentes del movimiento guerrillero a través de Mónica! Podía ser tan útil para ellos, lo mismo que éstos para él... Eso significaba que debería seguir manteniendo relaciones amistosas con la muchacha. Debería hacer callar al corazón y conservar el equilibrio, la calma y la cordura. ¡Cuán difícil resulta eso cuando se tiene sólo veintiún años, y una hermosa y buena muchacha que te atrae mucho está delante tuyo! De cualquier forma así sería mejor para ambos.

Al tomar esta decisión Heinrich sintió alivio y durante la clase estuvo más equilibrado y tranquilo que de costumbre. Ello dejó un poco asombrada a Mónica que se sintió herida en su amor propio. La muchacha se mantuvo seca y oficial, y la clase que ambos esperaban con tanta impaciencia transcurrió aburrida y tediosa...

A las ocho en punto de la tarde se reunieron para la cena en un apartado salón del restaurante del hotel "Temple" el general Ewers, el coronel Kunst, jefe de la plana mayor de la división, el Hauptmann Lutz y Goldring.

Al ver la mesa servida con los fiambres y el vino, Ewers le dio unos golpecitos familiares de aprobación en el hombro de Heinrich:

— Es usted un verdadero oficial para misiones especiales, barón: ¡le adivina hasta los gustos a su jefe!

Esta vez madame Tarval había escollado de verdad en su cocina. Un plato le seguía a otro y cada uno venía acompañado de un vino especial. Ewers, que siempre se quejaba de su hígado, resultó ser un buen conocedor de la

comida y de los vinos. Apreció muy alto la cocina de madame Tarval y el surtido de los vinos. Kunst y Lutz nunca se qujaban de la falta de apetito, pero ahora comían y bebían por cuatro. Más aun porque Heinrich cuidaba todo el tiempo de que las copas estuviesen llenas.

De postre madame Tarval sirvió frutas, coñac y queso cortado en finas rebanadas. Los cigarrillos estaban sobre la mesa desde hacía rato.

Después de las primeras copas de coñac la conversación se hizo más animada. El propio coronel Kunst, siempre parco en palabras, al final también participó en la charla y como era de esperar dijo cosas que no venían al caso, al no responder en nada a la alegría y buen humor que reinaba en todo el grupo.

— ¿Se enteró, Herr general, de que esta noche en el trecho entre Saint-Julien y Lanterneau desaparecieron dos oficiales de la gestapo de nuestra división, el Hauptmann Weisner y el teniente Reicher? — preguntó, dirigiéndose al general.— No se lo conté antes para no estropearle el apetito.

— ¿Qué quiere decir con eso de que desaparecieron? — se asombró el general Ewers.

— Salieron ayer por la noche del pueblo Lanterneau para Saint-Julien donde los esperaba Miller. Le comunicaron haber partido y como no llegaban, Miller se puso nervioso y llamó a Lanterneau. De ahí le confirmaron que los oficiales hacía mucho que habían salido en auto. Más inquieto aún Miller envió a varios motociclistas a su encuentro, pero estos no vieron rastros de los oficiales, ni del auto en que iban. En nuestro centro de apoyo No. 11 se dio la alarma y una compañía de soldados salió en busca de los oficiales. Sólo de madrugada hallaron el auto volcado junto al camino por el que iban Weisner y Reicher, y de ellos dos no quedó la menor señal. Destacamentos de la SD continúan la búsqueda. Yo mandé una compañía más de soldados en su ayuda.

— ¡Mil diablos! — profirió Ewers —. ¡Parece que pronto no podremos ni salir a la calle! ¡Hay que reforzar las búsquedas! ¡Encontrar a los culpables a cualquier costa! ¡Cuando los hallemos, se les dará un castigo ejemplar para quitarles a los demás las ganas de atacar a los oficiales alemanes!

La comunicación de Kunst estropeó el buen humor de los convidados de Goldring.

— Es hora de irme a descansar, señores — dijo Ewers mirando el reloj.

El general sacó del bolsillo la billetera para pagar su parte de la cena, pero Heinrich le detuvo con un gesto.

— La cena ya está pagada.

— ¡Hasta eso! — el general se volvió a guardar con mucho gusto la billetera en el bolsillo —. Entonces se lo agradezco nuevamente, barón. ¡Todo estuvo magnífico! Herr Kunst — se dirigió Ewers al jefe del estado mayor —, ¿no le parece a usted que el barón von Goldring anda demasiado tiempo de teniente y que el grado de primer teniente le sentaría mucho mejor?

— ¡Estoy absolutamente de acuerdo con usted, Herr general! — le apoyó el coronel.

— Entonces prepare mañana los documentos necesarios.

El general se volvió hacia Heinrich.

— ¿Cuándo se aprovechará de la licencia que le fue concedida? — preguntó Ewers.

— En cuanto pueda ayudar en encontrar a los oficiales desaparecidos, o tal vez ya asesinados por desgracia.

— Está muy bien. ¡Elogio mucho su actitud! No dejar al compañero en la desgracia es deber de todo oficial. ¡De un oficial alemán! — recalcó Ewers.

\* \* \*

Ya hacía tres días que duraban las búsquedas de los oficiales de la gestapo que desaparecieron tan misteriosamente. Heinrich también participaba en ellas. El general, al conocer la rápida carrera que hacía Berthold, comenzó a demostrar mayor atención y afecto a su oficial para misiones especiales. Motivo por el cual se le entregó a Goldring por orden del general Ewers un flamante coche "Oppel-Capitán".

Esto aliviaba de considerable manera la misión que se había impuesto Heinrich a sí mismo. Junto con Kurt, que además de su ordenanza cumplía también las funciones de chófer, investigaron centímetro por centímetro el camino entre los pueblos de Lanterneau y Saint-Julien, pero en vano. Tampoco Miller podía hacer alardes de éxito alguno. El Mando Supremo le interrogaba todos los días de los resultados y cada vez se veía obligado a responder la misma frase:

— ¡Sin novedad!

Después del control que resultó tan triste para el provocador y tan feliz para el barón, Miller le tenía a Goldring una confianza absoluta. Se debía esto al hecho de que el general mayor Berthold era ahora el jefe directo de Miller, más aún que la misma conducta de Goldring durante el control. Bastarían unas pocas palabras del menor descontento de Goldring sobre la persona de Miller enviadas a su padre adoptivo, y en vez de Francia iría a parar de inmediato al Frente Oriental. Ese porvenir no inspiraba ningún entusiasmo en Miller, zorro viejo de la gestapo, quien gustaba sin embargo hacer alardes de sus hazañas en el putch del año 1933 y del cómo Hitler en persona le estrechó la mano.

Por eso los dos últimos días Miller no salía del coche de Goldring y aprovechaba cualquier oportunidad para darle a entender al teniente la alta estima que sentía por su energía y talento.

Ese día Miller y Goldring volvieron después de las dos de la tarde, cuando los oficiales ya habían almorzado. No había razón de ir al casino a esa hora. Tampoco lo lamentaban demasiado, porque no tenían muchos deseos de comer. Cansados del viaje y agotados por el calor, decidieron quedarse un rato sentados en un café al aire libre y tomarse un vaso de saicte\* fresco. Pero éste tampoco alivió a Miller, porque todo hervía en su pecho. Ahora más que nunca se parecía a una rata nerviosa y con rabia por haber perdido la huella.

— ¿Será posible que no encontremos ni un rastro, barón? — decía Miller furibundo — Hoy me dará hasta vergüenza de acercarme al teléfono. ¿Qué les voy a decir?

— Dos personas no pueden desaparecer sin dejar indicios. Alguno, por más insignificante que sea, estoy seguro que habrá y nosotros lo vamos a encontrar — le tranquilizaba Heinrich. — Cuando haga un poco más de fresco y descansemos un rato, volveremos a salir de nuevo. ¡Tal vez esta vuelta la suerte nos acompañe!

— ¡Ojalá!

Miller se levantó y al despedirse convino con Heinrich la hora de encontrarse más tarde.

Heinrich se quedó sentado junto a la mesita debajo de la sombrilla, donde soplaba levísima brisa que aliviaba en cierto modo la calina sofocante de ese día.

---

\* Saicte (*fr.*) — vino añejo de manzanas.

Muy pocos transeúntes pasaban por la calle. A esa hora todo el mundo buscaba la sombra y por eso la aparición de la conocida silueta de Mónica llamó de inmediato su atención. La muchacha venía por la acera de enfrente hablando vivamente con un francés alto y espigado de unos treinta años. Éste la llevaba del brazo y seguramente le estaría contando algo muy divertido, a juzgar por el modo cómico de fruncir su larga nariz y explotar a ratos en carcajadas, mirando en los ojos de la muchacha. Un sentimiento de envidia y disgusto le dio un purizazo en el corazón a Heinrich.

Para no ver a Mónica, ni a su alegre acompañante, se dio vuelta y tropezó con la mirada fija de un francés de edad, sentado en otra mesita junto a la entrada del café. Aquel mantenía clavados en Heinrich sus ojos oscuros como dos vidrios opacos, y permanecía quieto y sin pestañear, contrayendo sólo los ángulos de su boca cerrada con firmeza.

La camarera se acercó a la mesita del francés y por ese momento, mientras pagaba el vino, desvió la vista. Pero sólo por ese breve minuto. Luego sus ojos parecieron adherirse nuevamente a Heinrich.

Interesado por la conducta y las muecas de ese tipo, Heinrich también le echó unas cuantas miradas más detenidas. Convencido de que el oficial alemán había reparado en él, el francés echó varias ojeadas alrededor como comprobando de que nadie los observaba, luego sacó del bolsillo un sobre y lo colocó en la mesa, después de señalarlo varias veces con el dedo para que Heinrich se percatase de que estaba destinado a él. El francés miró una vez más a todos lados y se fue.

“¿Será una nueva provocación?”, cruzó por la mente de Heinrich.

Después de poner en la mesita el dinero por el saicte, se levantó y al pasar junto a la mesita donde estaba sentado el hombre, tomó el sobre sigilosamente y se lo guardó en su uniforme.

De inmediato se le quitó todo cansancio. Heinrich sintió aquella tensión que obliga la mente a trabajar en forma fulminante y con máxima precisión.

En dos segundos ya se hallaba en su cuarto. Con la orden a Kurt, sentado en la antesala escribiendo una carta, de que no le molestaran, Heinrich cerró con esmero la puerta y sacó el sobre. Era un sobre limpio que no estaba

dirigido a nadie. Dándolo vueltas en las manos, Heinrich cortó una punta y al suelo cayó una pequeña hojita, doblada en cuatro. Lo que Heinrich leyó ahí, le dejó hondamente impresionado.

La carta estaba escrita en un mal alemán, pero con letra clara, casi caligráfica. El desconocido corresponsal decía:

“Soy francés, pero estimo muy sinceramente a ustedes los alemanes. Por eso considero mi deber ayudarles en un asunto. Todavía no sé a quién le entregaré esta carta, por eso no me dirijo a nadie en concreto. Yo no puedo ir directamente al estado mayor, porque mis paisanos ya tienen sus sospechas en cuanto a mis simpatías y si llegan a convencerse de que les ayudo a ustedes, los maquis me van a matar. Por eso escribí esta carta para entregarla a cualquier oficial alemán en una oportunidad propicia, y éste ya la pasará a quien haga falta.

Yo sé que ustedes buscan hace varios días a dos oficiales. Ustedes no los encontraron, ni los van a encontrar nunca, si yo no les ayudo.

Ambos oficiales fueron asesinados. Sus cadáveres están sepultados junto a un roble solitario que se encuentra al este del lugar donde ustedes encontraron el auto. En el asesinato de los oficiales participaron cuatro maquis. A dos de ellos les conozco: son George Marrot y Pierre Gortrand de la aldea Pontemarle. A los otros dos los desconozco, pero los podría reconocer. Creo que si toman presos a esos dos, ya sabrán arrancarles los nombres de los que yo no conozco. Yo estoy dispuesto a servirles, siempre que les hagan falta mis servicios. Pero no me llamen nunca a ir a verlos, porque entonces me espera la muerte. Busquen algún otro medio; digamos pónganme preso y después de que hablemos, me dejan nuevamente en libertad. Tengo algunas otras informaciones más que sin duda serán de su provecho. Espero una buena recompensa por el servicio prestado. Mi dirección es: aldea Potern, Julien Leveque”.

La carta no tenía fecha.

Heinrich se quedó pensativo.

¿Qué era aquello: una carta de un cómplice voluntario de la gestapo, o una provocación? Si era lo último, pues entonces se podía considerarla más torpe aún que la de Chambery. ¿Pero por qué había de ser entregada en un café, donde siempre podían concurrir testigos impre-

vistos? ¿Acaso no había salido bien de la prueba a la fidelidad? No, esto se parecía más a una simple denuncia. Pero entonces, ¿por qué no les tiró este cretino la carta cuando estaban sentados los dos con Miller? Eso le podría convencer más de que su carta llegaría con toda seguridad a manos del mando alemán.

¿Y si pese a todo era una provocación? Suponiendo que Heinrich escondiese esa carta... Entonces le podían inculpar el haberlo hecho concientemente, volverían a controlar y a hurgar, hasta llegar quizás a descubrir quién se encubría bajo el nombre del barón von Goldring. ¡No, no se podía arriesgar de ese modo! Había que encontrarle una salida. ¿Pero cual? Entregarle la carta a Ewers, del que seguro pasaría a manos de Miller, significaba, como mínimo, la muerte de dos patriotas franceses. ¿Comunicárselo a los guerrilleros? ¿Pero cómo? No. Había que actuar de otro modo. Tenía que entregarle la carta a Ewers, pero antes...

— ¡Kurt! — llamó Heinrich a su ordenanza —. Llama de inmediato a mademoiselle Mónica y dile que tengo una hora libre. Cuando ella venga aquí, tú te vas al cuartel y le preguntas al que esté de turno si no me llegó alguna carta. De ahí me llamas por teléfono. ¿Entendiste?

— ¡Sí, señor! ¡Será cumplido!

Kurt se marchó.

Heinrich volvió a leer la carta y la dobló de tal manera que se pudiera leer fácilmente la frase que decía: "En el asesinato de los oficiales participaron cuatro maquis". Ahora sólo restaba poner este papelito arrugado en la mesa enfrente del sillón en que solía sentarse Mónica.

— ¡Qué cortina de humo! — exclamó Mónica con una mueca de disgusto al entrar en la habitación.

— ¿No le gustan los fumadores?

— No. ¡Al menos aquellos que desconocen la medida!

Mónica se acercó a la ventana, abriéndola de par en par.

— ¿Y aquél, conoce la medida?

— ¿Quién es aquél?

— Bueno, aquel que la acompañaba hoy por la calle. Uno alto y flaco, y, según parece, muy jocoso...

— ¡Ah, ese! Usted me vio con... — Mónica se mordió el labio y se calló.

— ¿Teme decirme su nombre?

— Simplemente su nombre no le dirá nada. Y no es ningún "él", sino un amigo mío muy bueno...

— ¿Me va a presentar algún día a sus amigos, Mónica?

Heinrich miró a la muchacha de una manera muy particular.

— ¡Si llega a ser digno de eso! — respondió Mónica con acento especial.

— ¡Entonces hoy mismo trataré de encontrar esa oportunidad! — en el mismo tono subrayado destacó Heinrich cada palabra suya —. ¿De acuerdo?

— Está bien! Pero ahora vamos a estudiar.

Mónica se sentó en el sillón. Heinrich se alejó a la mesita de luz junto a la cama, como en busca de cigarrillos, mientras observaba de soslayo a la muchacha. Del modo cómo se puso tenso todo su cuerpo y quedó inmóvil la cabeza con el cuello estirado para adelante, comprendió que había reparado en la frase de la carta.

"¡Cuánto tarda Kurt en llamarme!", pensó Heinrich. Precisamente en ese momento llamó el teléfono. Mónica tembló sobresaltada. Heinrich levantó el tubo.

— Oigo... ¡Sí!... ¡Enseguida voy! Mademoiselle Mónica, le ruego disculparme. Necesito salir por unos cinco minutos al cuartel. ¿Me espera? ¿Está bien?

— Sí, pero no se demore — consintió Mónica gustosa.

Al salir de la habitación Heinrich notó que la muchacha estaba pálida y turbada.

Heinrich y Kurt volvieron juntos y no fue a los cinco, sino a los diez minutos. Mónica no estaba en el cuarto. Sobre el diccionario yacía una breve esquela:

"Ya pasaron los cinco minutos, por ello tengo derecho de irme. Está mal hacer esperar tanto a una muchacha. Especialmente si la esperan amigos muy jocosos. Probablemente se los presente algún día."

Heinrich rompió la nota en minúsculos pedacitos.

— Kurt, ve a ver a la dueña y pídele una plancha caliente. Además dile a mademoiselle Mónica que ya estoy en casa.

Kurt volvió en breves minutos. Traía la plancha, pero a Mónica no la halló. Madame Tarval dijo que su hija se había ido a dar una vuelta en bicicleta, porque con el humo le dio gran dolor de cabeza.

•Era evidente que Mónica había leído la carta. Se encontraba en otro lugar del que Heinrich la había puesto, doblada de un modo totalmente diferente.

Además la notita que había dejado era muy elocuente. ¡De que manera tan inteligente la había escrito! No había nada de que agarrarse y al mismo tiempo cada palabra era de mucho peso: al amigo le sería comprensible y al enemigo no le llegaría... ¡Ni siquiera puso su firma, la pequeña conspiradora!

“Se fue a dar una vuelta en bicicleta, porque le dio gran dolor de cabeza”, dijo madame Tarval. Está claro ahora que los maquis serán advertidos. Por ello podía pasar tranquilamente la carta a manos de Ewers.

Heinrich se puso a planchar la hojita arrugada de papel.

— ¡Me lo hubiera dejado hacer a mí, señor teniente! — dijo Kurt ofendido al entrar en la habitación para colgar en el armario el uniforme radiante por la limpieza que le hizo después del viaje.

— ¡Hay cosas que no se pueden confiar a nadie, Kurt!

— A mí me lo puede confiar todo, ¡cualquier cosa! Porque no hay persona más apegada a usted que yo, a excepción de mi madre quizás.

— ¿Qué tiene que ver tu madre, Kurt?

— Es que me escribe... ¡Escuche!

Kurt sacó del bolsillo una carta y con voz entrecortada de emoción comenzó a leer:

“Mijito, todas las noches le rezo a Dios por tu teniente, porque te salvó a tí de una muerte segura. Y a mí también, ya que no me queda en este mundo más que tú. Sirvele en cuerpo y alma, hijito, te lo manda así tu madre. El bien hay que pagarlo con el bien y Dios nos va a castigar si no lo hacemos tú y yo, hijo mío...”

— Tu madre es muy buena, Kurt. Mándale saludos míos y dile que me gusta mucho cómo cumples todo lo que se te encarga.

— Ya le escribí que soy capaz de todo por usted, hasta de morir. ¡Y lo haré si hace falta!

— Morirte por mí, jamás te hará falta, en cambio puede ser que te mande hacer algunos recados de los que estaremos al tanto sólo tú y yo...

— ¡Ordene ahora mismo!

— Ahora no hace falta. Puede que no la haga nunca tampoco... Dame el uniforme ahora.

Heinrich se vistió como para ir a ver al general con el fin de entregarle la carta recibida de Julien Leveque pero al mirar el reloj se sentó en un sillón y tomó un libro.

“Pasaron sólo veinte minutos. ¡Es demasiado poco! Hay que esperar a que vuelva Mónica”.

\* \* \*

Miller se sentía en el séptimo cielo de la alegría. ¡No era para menos! A más tardar mañana por la mañana le mandaría decir a su jefe que los cadáveres fueron hallados y los asesinos merecieron un severo castigo. ¡Castigar! ¡Eso sí, sabría hacerlo de un modo ejemplar que hablase toda la comarca! En el parte haría resaltar también la actividad del teniente Goldring. Había que aparentar que él, Miller, desconocía los detalles de la biografía del barón y sus relaciones con Berthold. Así sería mucho mejor. El jefe apuntaría la objetividad de la actitud de Miller para con los jóvenes y talentosos oficiales. Cuando surgiese la oportunidad, Goldring se lo diría o comunicaría a Berthold, con lo cual fortalecería más aun su amistad.

Miller consideraba la amistad con Goldring como el camino seguro a la fama y la buena carrera. Ese camino no era nada liso como para poder avanzar por él solo y alcanzar por sus propios medios la meta deseada. ¡Claro que él tenía sus méritos, ya que en su tiempo había tomado parte en el famoso putch!, aunque ya lo estaban comenzando a olvidar. Hace tiempo que debería haber ascendido en su grado de comandante y también el volumen del trabajo debería aumentar. El cargo en la división era importante sin duda, pero mejor sería vivir en París o en sus proximidades en lugar de estar metido en un pueblito como Saint-Remis.

Miller se imaginaba la impresión que causaría su parte en el jefe. Ya se trazó en mente la forma en que lo escribiría: muy lacónica, pero que se viesen las enormes dificultades vencidas por él en el transcurso de la búsqueda. Por último preguntaría sobre el modo de proceder con la parentela de los delincuentes. ¡Por supuesto que Miller sabía perfectamente qué se debía hacer con ellos! Pero ahora, cuando el asunto estaba terminado, uno podía hacerse el ingenuo y preguntárselo al mando, para que

éste también sintiese su participación en la operación contra los maquis y lo mencionase en sus informaciones al mismo Himmler. ¡Parece que la suerte fue magnánima con Miller si le envió a la plana mayor de la división a este joven y talentoso barón! Muy oportuno sería no dejar de lado a Goldring en la cuestión de la búsqueda de los oficiales y en el simulacro del arresto de ese Leveque.

Miller se frotó las manos de contento al recordar lo astuto y diplomático que se mostró en el consejo del general Ewers. Por ejemplo, cuando dijo: "Yo no puedo permitir que el teniente von Goldring arriesgue su vida al participar en la detención de los malhechores, quienes seguramente opondrán una resistencia desesperada. Mejor encomendarle la tarea de tomar preso a Julien Leveque. Este simulacro es seguro. Por de pronto el teniente le conoce de cara que de por sí alivia el asunto permitiéndonos evitar cualquier clase de errores. Y de la operación de Pontemarfé me encargaré yo mismo."

¿No había demostrado con eso su astucia e intelecto? El general Ewers y el jefe de la plana mayor le apoyaron. Por lo tanto todo el mérito de la detención de esos dos maquis recaería en él, en Miller, mientras Goldring quedaría en la sombra.

A propósito; ya era hora de que el teniente volviese: eran casi las diez y había salido a eso de las siete. El lugar quedaba a unos sesenta kilómetros... así que era harto suficiente para estar ya de vuelta. ¿O tal vez...? A Miller le corrió un escalofrío por el cuerpo cuando por su mente cruzó la idea de que Goldring había corrido la misma suerte que aquellos dos oficiales. ¡Entonces sí que adiós carrera, adiós Francia! Berthold no se lo perdonaría nunca. Como mínimo habría que marcharse a Rusia.

Miller saltó del asiento y con fuerza apretó el timbre.

— ¡Envíe de inmediato una unidad de motociclistas al encuentro del teniente Goldring! — vociferó al ayudante que entró corriendo en la oficina.

Pero los motociclistas no alcanzaron a poner los motores en marcha, cuando apareció ante el edificio de la SD el "Oppel-Capitán" de Goldring. Miller se apartó con rapidez de la ventana, sentándose a sus papeles con evidente apuro y reclinándose sobre el mapa de la operación siguiente. "Que vea que yo no pierdo el tiempo en vano".

Hasta tardó en responder cuando llamaron a la puerta. Sólo a la segunda llamada exclamó el comandante:

— ¡Entre!

Al ver a Goldring en la puerta Miller se levantó a su encuentro sin apresurarse, como quien está terriblemente fatigado del trabajo, y sus finos labios se estrecharon en una especie de sonrisa con la que trataba de aparentar la mayor cortesía posible.

— ¡Feliz regreso, barón!

— ¡No del todo! — dijo Goldring secamente y le tendió un papelito a Miller.

— ¿Qué significa eso? — algo incómodo preguntó Miller, aunque a primera vista comprendió de qué se trataba. Muchas veces había tenido en sus manos esos papelitos y conocía muy bien su contenido. ¡Cuántos de ellos había leído ya el jefe de la policía secreta!

— “Muerte al traidor del pueblo francés”... así parece que dice, ¿no? — dijo Goldring con cansancio en la voz y se sentó en un sillón.

— Quiere decir que Julien Leveque...

— ...fue muerto de dos balazos una hora antes de nuestra llegada a su casa.

— ¿Fue arrestado el asesino?

— Nadie le vio siquiera.

— ¡Seguro que lo espiaban a Leveque! — Miller se secó el sudor frío aparecido en su frente.

— Sí. En su carta recuerdo mencionaba lo mal dispuesto a él que veía al pueblo por tenerle desconfianza, creo — profirió Heinrich con desgana —. Lo estarían siguiendo a cada paso.

— ¡Pero entonces todo el asunto puede fracasar! ¡Los que sospechaban su denuncia podían haber prevenido a los maquis! — gimió Miller poniéndose blanco como el papel.

— En su lugar yo no perdería ni un minuto — le aconsejó Goldring.

— ¡Tiene razón! ¡Usted tiene toda la razón del mundo! — comenzó a agitarse Miller y acercándose a la puerta llamó a su edecán:

— ¡El toque de alarma! ¡Rápido!

En menos de cinco minutos salía una columna de camiones del SD encabezada por Miller en dirección a Pontemafre...

Miller volvió a la mañana siguiente con un aspecto que

daba lástima. Los únicos trofeos de la operación militar eran los dos cadáveres desenterrados de los oficiales que yacían en el primer camión. Leveque había dicho la verdad sobre los dos asesinados. Los hallaron debajo del roble solitario. El lugar donde fueron desenterrados estaba bien disimulado. Pero no fue posible apresar a ninguno de los dos maquis mencionados en la carta de Leveque, relacionados con el asesinato. Desaparecieron sin dejar rastros junto con sus familias y parientes. Los vieron el día anterior por la tarde cuando estaban todos y por la noche se escurrieron...

Cuando Lutz comunicó a Goldring sobre el fracaso de Miller, Heinrich suspiró condolente, pero en seguida su rostro irradió alegría:

— ¡Ahora podréirme de licencia!

— No. El general le pidió esperar uno o dos días más — le desilusionó Lutz.

— ¿No sabe por qué motivo?

— No. Probablemente se lo diga él mismo — se evadió Lutz de una respuesta directa.

Mientras tanto el general no decía nada, ni Heinrich se lo preguntaba.

Ya habían pasado dos días después de la operación fracasada de Miller, pero el asunto con la licencia seguía en el punto muerto. Al tercer día antes de la merienda Heinrich decidió darse un paseo en coche por la carretera. Para ese día no tenía ninguna tarea, sin embargo puso al tanto de su intención al edecán.

— ¡Vaya no más! — consintió Lutz —. Pero no venga tarde para el almuerzo. El general me encomendó en forma muy especial su llegada oportuna al casino.

— Entonces habrá que aplazar el viaje. El general tendrá algo para encargarme después del almuerzo. ¿Usted no está enterado de qué se trata?

Lutz hizo un gesto indefinido.

— Óigame, Hauptmann, ¿no le parece que estos últimos días no se comporta como un compañero de verdad?

Lutz miró al amigo y sonrió.

— ¿Qué le da motivos para juzgar así de mi comportamiento?

— Pues el hecho de su constante deseo de eludir una respuesta directa. Usted sabe la causa por la cual el general posterga mi viaje y no me dice nada. Seguramente sabe también por qué es necesaria mi presencia en el

casino y lo calla. Después está esa sonrisa suya, tan misteriosa... y por último veo en lugar de una respuesta, ese gesto evasivo...

— ¡Mi querido barón, yo soy partidario de las sorpresas agradables! Créamelo. De tratarse de algo desagradable, lo pondría al tanto y no le quepan dudas de eso.

— Bueno, si es así retiro lo dicho.

De la agradable sorpresa Heinrich se enteró momentos antes del almuerzo cuando todos los oficiales ya estaban reunidos. Al saludar a los presentes, Ewers proclamó en tono solemne el otorgamiento de la cruz de acero y el grado de primer teniente del mando supremo al teniente von Goldring.

Heinrich tuvo que estrechar muchas manos, porque todos se lanzaron a felicitarlo y debió oír no pocas indirectas muy transparentes de la necesidad de festejar dos acontecimientos tan importantes en rueda de amigos.

Con permiso del general Heinrich mandó traer vino y el almuerzo se transformó en un verdadero banquete. El joven primer teniente no había visto tal borrachera en toda su vida. Tomaban todos, jefes y subalternos, olvidándose muy pronto los oficiales no sólo de la subordinación, sino de la presencia misma del general. Heinrich debió mandar por vino y coñac por segunda, tercera y cuarta vez. Parte de los oficiales ya andaban por el suelo. El general Ewers tampoco se mantenía muy firme sobre sus piernas, pero todavía le quedó el suficiente juicio para comprender que debía retirarse si no quería perder su prestigio y autoridad.

Cuando Ewers se fue con el jefe de la plana mayor y otros oficiales de grado superior, el festejo se transformó en una verdadera orgía. Sólo Heinrich y en parte Lutz, no perdieron el sano juicio de las cosas.

Con un bramido salvaje recibieron los oficiales al teniente Kronberg que también había desaparecido misteriosamente después de haberse marchado el mando superior.

— ¡Herrschaften! ¡Herrschaften! — exclamó Kronberg subiendo de un salto en una mesa —. ¡Al distinguido primer teniente el barón von Goldring han venido a saludar las damas!

— ¡Bajen las cortinas en las ventanas! — exclamó alguien.

Los menos borrachos se echaron a tapar las ventanas, pero la mayoría de los que aun se podían mantener en pie se arrojaron sobre las recién venidas. Éstas entraban al local con sonrisas petrificadas y miedo en los ojos, deplorables, dignas de lástima y de risa a la vez, en sus lujosos vestidos escotados que debían subrayar cínicamente todos sus atractivos.

A Heinrich le dio un escalofrío de repugnancia, compasión y rabia, por lo que se adentró en la habitación. Al rato se le acercó Lutz.

— ¡El banquete de los dioses! — pronunció señalando con la cabeza en dirección a los oficiales que arrastraban a las damas, y agregó: — ¿No le parece, barón, que no hay cosa más denigrante que los instintos animales desatados en el ser humano que ha perdido el control de sus actos?

— ¿Por eso ha bebido tan poco?

— No me gusta tomar en masa. Pero usted también a penas se mojaba los labios.

— Es que me dio gran dolor de cabeza.

— A mí también.

— ¿Entonces vamos a escabullirnos sin que se den cuenta, eh? — propuso Heinrich.

— Con muchísimo gusto — consintió Lutz.

Al encontrar al dueño del casino, Goldring le pidió mandarle al hotel la cuenta de todo lo consumido y salió junto con Lutz por la puerta de servicio.

El banquete continuaba...

\* \* \*

Aquella mañana Mónica andaba nerviosa e irritada. A la pregunta de la madre de qué le pasaba, no contestó nada. Tampoco fue muy amable con unos cuantos clientes franceses que habían venido al local de madame Tarval para tomarse una copita de buen vino por una fiesta religiosa que se celebraba. En general los franceses evitaban venir al restaurante por la noche, cuando podían toparse con algún oficial alemán, y pasaban sólo de día o de mañana.

Pero ese día no tuvieron suerte, pese a que era hora muy temprana. No alcanzaron a tomarse un solo vasito de vino, cuando delante del hotel se detuvo un camión del que saltaron seis soldados alemanes con calaveras en las

hombreras e irrumpieron en el restaurante. Al ver a esos huéspedes no deseados de los SS, los franceses enmudecieron en su viva plática. Cada uno de ellos se puso a cuchichear con su vecino más próximo, intentando no mirar hacia el lado donde se habían ubicado los alemanes.

Se veía que los esesistas ya venían bastante borrachos, porque se comportaban de manera descarada y desafiante: intercambiaban frases ofensivas para los otros clientes; molestaban con burdas groserías a madame Tarval y sin bocado alguno se tragaban la así llamada grapa que es la caña de uva francesa.

En una media hora los soldados ya estaban completamente borrachos y desenfrenados.

— ¡A ver! ¡Venga una botella de grapa más! — vociferó un gigante pelirrojo bruto, dando un puñetazo en la mesa.

— Llévales la botella y sube de inmediato a tu cuarto a que no te vean — ordenó a la hija madame Tarval ocupada en preparar ensaladas.

Mónica puso en la mesa la botella encargada y ya se dio vuelta para irse, cuando aquel bruto pelirrojo de los SS la pescó de la mano, sentándola a la fuerza en sus rodillas.

— ¡Suélteme! — gritó Mónica desaforadamente, haciendo fuerza para desasirse.

Pero el soldado explotó en una carcajada de borracho, asiéndola fuertemente por la cintura.

Sus amigos le hacían coro con burdas risotadas.

— ¡Suélteme, le digo! — clamó Mónica ya fuera de sí.

Ese grito vehemente llegó a oídos de Heinrich que entraba en aquel momento con Lutz y Miller al vestíbulo del hotel. Heinrich se lanzó al restaurante. Una sola mirada le bastó para comprender lo que estaba pasando. Con un movimiento acostumbrado agarró con mano bien entrenada al pelirrojo de la muñeca y con la otra se la dobló del revés. El rojo gritó de dolor y poniéndose de un salto de pie dio un paso atrás. Pero ya era tarde. con la derecha semidoblada Heinrich le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula. El de los SS se cayó, volcando consigo la mesita.

Los amigos del colorado se abalanzaron sobre Heinrich, pero en ese mismo momento brilló ante sus ojos el acero de una pistola.

— ¡Fuera de aquí! — gritó Heinrich enfurecido.

Por detrás de su espalda aparecieron Lutz y Miller, también pistola en mano.

Al ver a los tres oficiales armados y entre ellos a uno de la gestapo, los esesistas pusieron pies en polvorosa empujándose los unos a los otros a la salida.

— ¡Herr Hauptmann! — se dirigió Heinrich a Lutz con una calma como si no hubiese pasado nada —. Usted sabe donde queda mi habitación. Hágame el obsequio, suba con Miller, mientras encargo algo.

Convencidos de que el camión con los soldados borrachos había partido, Lutz y Miller subieron al cuarto de Heinrich. También corrió a su propia habitación Mónica con los ojos llenos de lágrimas de indignación. Al pasar junto a Heinrich le echó un corto ¡gracias! y desapareció detrás de la puerta.

Heinrich se acercó al bar.

— Madame, mándeme a mi cuarto una botella de cognac — le solicitó a su dueña y luego agregó, al tenderle el dinero —, cóbrese también el gasto de aquellos brutos que se fueron sin pagar.

Madame Tarval se puso a agitar negativamente las manos:

— ¡No, no! ¡De ninguna manera! ¡Por el contrario, soy yo deudora de usted! Esa loca de mi hija pudo haber emprendido cualquier cosa, por la que nos darían un buen jabón.

Sin escuchar las protestas de madame Tarval, Heinrich se inclinó sobre el mostrador y echó el dinero en la caja.

— Fui yo quien arrojó a sus clientes...

Cuando ya se dirigía a la salida, se le acercó uno de los parroquianos franceses.

— ¡Permítame, señor oficial, tomar a la salud de la nobleza humana! — le dijo a Heinrich con una inclinación reverente.

Todos los presentes se levantaron copa en mano.

Heinrich se volvió al mostrador para tomar de las manos de madame Tarval una copa llena de vino e inclinándose en dirección del francés que propuso el brindis y de los otros clientes, bebió su contenido.

Todos en unanimidad secaron sus copas.

Heinrich salió del local.

Unos veinte minutos antes de partir el tren, cuando Kurt bajaba las cosas al auto, Heinrich entró al restaurante para despedirse de la dueña y de Mónica.

— Me voy por una semana de licencia y quiero despedirme de usted y mademoiselle Mónica.

— ¡Oh, qué amable, monsieur barón! Vuelva pronto. Lo vamos a extrañar. Ahora llamo a Mónica.

Después de desearle feliz viaje, madame Tarval se fue en busca de su hija. Heinrich ocupó una de las mesitas. Pasó un minuto, pasaron dos, pero Mónica no venía.

Por fin, cuando Heinrich ya perdió las esperanzas de verla, apareció la muchacha.

— ¿Usted quería verme, monsieur von Goldring? — le preguntó secamente.

— ¿A qué se debe ese tono tan oficial? ¿Qué falta he cometido para que no quiera ni mirarme siquiera?

Era cierto. La muchacha parada enfrente suyo apenas levantaba los ojos, pálida y huraña.

— Por el contrario. Le estoy agradecida por su noble gesto...

— Me voy de licencia y vine a despedirme de usted.

— Más bien debería despedirse de aquellas damas que celebraron junto con usted y con tanto alboroto su nuevo grado y la cruz de acero...

En el tono despreocupado de la frase se oían notas de despecho.

— ¡Mónica! ¡Mi querida maestra! No tuve tiempo siquiera de verlas. En cuanto aparecieron nos fuimos a casa con Lutz.

— ¿Se está justificando ante mí?

— Es que me está usted reprochando...

— Le reprocho con el derecho de ser su maestra — Mónica sonrió por primera vez en todo ese tiempo.

— Y yo me estoy justificando con el derecho de ser su alumno. Bueno, ¿qué instrucciones me dará para mis vacaciones?

— ¿Usted necesita de mis instrucciones? Pero si se va a ver a su madre adoptiva y a su ... hermana. Ellas cuidarán muy bien de usted, supongo.

— ¿Por qué se detuvo ante la palabra "hermana"?

— Pues, porque no me explico cómo puede llamar hermana a una chica que desconoce por completo. Usted mismo dijo que la vio sólo en su niñez. Además a las hermanas no se les hacen regalos tan costosos...

— ¿Quiere decir que no me dará instrucciones, ni consejo alguno?

— Bueno, pórtese bien y ... ¡Vuelva pronto!

— Ambas órdenes serán cumplidas con placer...

Heinrich estrechó con fuerza la mano de la muchacha y salió rápidamente.

“¿Será que me quiere?” — pensó Heinrich en el camino a la estación del ferrocarril.

Se sentía contento y triste a la vez.

## Pescadores y pescaditos

Tarde de noche cuando Wilhelm Berthold ya se estaba por ir del cuartel general a descansar después de un día intenso de trabajo, llegó el telegrama del arribo de Goldring a Múnich. Hace mucho que Berthold esperaba ese telegrama haciendo todo lo posible para acelerar la llegada de Heinrich. Pero el aviso llegó a mala hora: en esos momentos no podía irse a casa. Y quién sabe si Elsa y Lorchen sabrían hacer todo como era debido.

Con el telegrama en la mano Berthold se dejó caer en un enorme sillón que estaba junto a la mesa y se quedó pensativo. ¡Cuántos planes, sueños y esperanzas acariciaba con la llegada de Heinrich a Múnich! y, ¡hete la mala suertel, vino justo cuando era inconveniente hasta pedir un solo día libre.

Ya varias veces le había escrito a su mujer y quedaron de acuerdo en recibir a Heinrich en el seno de su familia al que él, Berthold, vendría sin falta; y ahora se veía obligado a mandar un telegrama postergando su partida... ¿Será posible que no hubiese otra salida? ¿Que tuviera que mandar al diablo todos sus planes por el mero hecho de estar lleno de trabajo en el cuartel general? ¡Y eso a él, que jamás transigió en su vida conciente en interés de su familia y en contra de su trabajo!

Ya pasaron veintiocho años de su actividad en el servicio de inteligencia. ¡Parecía increíble! La memoria guardaba los pormenores de aquel día cuando él, siendo un joven oficial, iba a Viena para trabajar en el cuartel general del ejército austro-húngaro y comunicarle regularmente a su jefe, el primer teniente Brandt, acerca de los humores y conducta de los oficiales del estado mayor.

¡Cuántos sueños dorados sobre una brillante carrera y cuánto romanticismo juvenil!

Wilhelm Berthold era un agente innato de nacimiento, instrucción y carrera. La caza de la gente confiada y

sincera, comunicativa y demasiado franca, prominente y poco conocida, cuyo puesto exigía el acceso a los asuntos secretos, esa caza se consideraba en el clan de los Berthold una profesión tan necesaria y honrosa como la del médico, del teólogo o ingeniero. Cuando el joven Willy partía a Viena, se fue antes con su madre a la iglesia para pedirle apoyo y ayuda a Dios en un asunto tan importante como era el trabajo de agente secreto, cuyo éxito dependía de la cantidad de almas cándidas que podía encontrar en su camino.

Al principio el joven Berthold no tenía motivos para quejarse de su suerte. Ésta le sonreía en múltiples galardones que merecía de parte de su jefe Brandt. Pero en 1916 Willy Berthold, siendo ya Hauptmann, cometió un error incorregible. No reconoció en un alto funcionario militar del estado mayor austro-húngaro a un agente profesional alemán y pintó su actividad con los colores más negros en el parte respectivo.

Después de esto la estrella de Berthold se eclipsó por tiempo bastante prolongado. No lo echaron del trabajo, pero tampoco lo notaban, encomendándole hacer sólo asuntos que podía cumplir con facilidad hasta un pichón imberbe. Berthold soportaba el menosprecio en silencio, hasta que en 1918 la suerte pareció sonreírle otra vez. En aquel entonces surgió de repente la necesidad de formar un nuevo grupo de agentes espías de diversa calificación, para exportarlos a la Ucrania ocupada por los alemanes. De Berthold se acordó su amigo de infancia y compañero de la escuela de agentes secretos, Siegfried von Goldring, cuyo título de barón le servía de pase tanto en las oficinas de los altos funcionarios, como también a los aposentos de sus esposas.

Goldring y Berthold partieron juntos a Ucrania con misiones distintas: Siegfried debía estudiar la red de transportes y reclutar allí a sus agentes, y Wilhelm debía reunir los datos acerca de los recursos meridionales de Ucrania.

Para expiar su culpa Willy Berthold trabajaba día y noche sin fatiga. Estudiaba los archivos locales, las estadísticas, y releía los polvorientos informes geológicos. Cuando el ejército alemán huía de la Ucrania revolucionaria en otoño de 1918, Berthold se vio obligado a poner pies en polvorosa, llevándose sus tesoros más valiosos: el ícono de la Virgen de Koselchansk, robada de paso

por ese monasterio, y su información sobre los recursos de la Ucrania del sur. Las piedras preciosas del ícono resultaron a la larga falsas y a las informaciones de Berthold nadie les prestó la más mínima atención, porque Alemania misma se encontraba al borde de su propia revolución. Otros asuntos eran los que importaban en ese momento.

De este modo habría terminado la carrera del agente congénito Berthold, si no lo recordase a tiempo su ex-jefe, el primer teniente Brandt. En un abrir y cerrar de ojos Berthold, desacostumbrado a la atención de los superiores, se vio transformado en el suplente de éste y casi al mismo tiempo en el marido de su hija Elsa, cuyo único mérito era tener un padre de alto cargo. Dos años más tarde murió el padre, quien alcanzó a ver todavía a su nieta Lorchen, a la que pudo dejar en herencia sólo una colección de tarjetas postales reunidas en poco más o menos de medio siglo.

Berthold quería a su hija con locura, como puede querer una persona que jamás en su vida sintió nada por ningún otro ser, ni siquiera simpatía. Siempre fue un hombre poco sociable quien apreciaba las relaciones con los demás desde el punto de vista de la utilidad y el provecho para su propia carrera. Así se hizo marido de Elsa a la que nunca quiso y para la cual incluso ahora seguía siendo un extraño. Lo único que ataba a los esposos Berthold era su hija Lorchen, cuya suerte conmovía en igual grado al padre y a la madre.

La pequeña Lorchen con sus manecitas y piesecillos regordetes, sus mejillas rosaditas y sus trencillas color del trigo, era una mocosita muy graciosa. Hechizados por el encanto de su hija, los padres no notaban como al crecer cambiaba su apariencia. A medida que se iba estirando su cuerpo, también sus facciones se alargaban. Ello no hacía más atractiva a la muchacha. A los trece años era una adolescente desmañada de muy malas inclinaciones. Le gustaba andar escuchando y espiando a los adultos detrás de las puertas y sus conocimientos de algunas intimidades entre los sexos rebasaban los de otras niñas de su misma edad.

Precisamente en ese entonces nació en Lorchen una atracción incontenible hacia la compañía masculina. Aprovechando la connivencia materna y las frecuentes ausencias del padre que viajaba mucho por asuntos de trabajo,

la muchacha traía a casa en bandadas a sus compañeritos de escuela, los convidaba generosamente con dulces sacados del aparador y luego proponía juegos con los obligados besos, pero tan prolongados que no podían al fin dejar de pasar inadvertidos para la madre. Esta, turbada, le prohibió a su hija recibir en su casa a sus nuevos amigos, con lo que sólo empeoró el asunto, porque los juegos prohibidos fueron prolongados por Lorchén en el jardín de la casa, donde se hacía más difícil observar su conducta. Frau Elsa no quería confesarle a su marido su propio descuido de la hija, por ello encubrió lo sucedido y no le dijo nada de sus preocupaciones acerca de la crianza de Lorchén. Pero una vez el propio Berthold observó por la ventana los juegos de su única hija con los muchachitos de su escuela. A partir de entonces Lorchén comenzó a salir de paseo sólo en compañía de su madre y a la hora del regreso de la escuela era rigurosamente controlada. La chica se resistía, se volvía histérica, pero la voluntad del padre era inquebrantable.

Estas medidas razonables parecían haber surtido efecto. Lorchén se comportaba ahora con mayor equilibrio, hasta había cambiado físicamente. El pimplito verde comenzaba a florecer con suntuosidad excesiva y precoz.

Ahora Lorchén misma buscaba más la compañía de las niñas con las que intercambiaba cuadernos íntegramente copiados de versos, o se carteaba con ellas durante las vacaciones donde les juraba fidelidad eterna.

Los padres tranquilizados se embelesaban ante la mirada soñadora de los ojos celestes de su hija y sus largas y espesas trenzas doradas. Sólo la nariz era demasiado carnosa en la punta, pero los padres trataban de no notarlo, acariciando la esperanza de que cambiaría con el tiempo.

Sin embargo a veces Lorchén se salía de su quietud y volvía a hacer marranadas, andaba demasiado irritada y fastidiaba a todo el mundo, tanto sea con sus ternezas incontenibles, como con explosiones de incomprensible ira. Por este motivo tuvieron que dirigirse sus padres a los médicos, pero todos ellos los tranquilizaban al unísono:

— ¡Fenómeno natural de la edad de formación! ¡Cuando se case y tenga un hijo todo estará en orden!

Hace mucho ya que Berthold soñaba con ver casada a su hija y en posesión de un heredero de la familia de los

Berthold, cuyas raigambres se perdían en las sombras del siglo diecisiete y que podían acabar de pronto en él, Wilhelm Berthold. Era verdad y había que hacerle justicia. El padre afectuoso hizo todo lo posible para evitar los inútiles reproches de su futuro yerno en cuanto a la dote, como aquellos que echó en cara él mismo a su mujer Elsa.

¡No, no! ¡La dote de su hija no sería miserable! En 1933 después del putch hitleriano, Berthold recibió de obsequio una villa en Múnich, ex propiedad de un profesor de música judío, y más tarde, gracias a las relaciones con Himmler, se le añadieron dos fábricas de pan. Su permanencia en el Frente Oriental fue apreciada por Berthold como una posibilidad exclusiva para asegurar también el futuro de Lorchén y su propia vejez.

Berthold no se abalanzaba como los otros sobre minucias como los muebles, trapos y encomiendas con productos. Todos sus oficiales subalternos sabían que el mejor regalo para su jefe eran los objetos de plata, de plata rusa antigua. La buscaban de expreso para el jefe de la sección I-Z, al que le daba gusto observar detenidamente a solas algún servicio de plata obtenido, antes de enviárselo a casa a su mujer. Consideránfóse a sí mismo un fino conocedor del arte, Berthold compraba en su juventud copias baratas de esculturas conocidas y llenaba las paredes de su apartamento con otras tantas alfombras baratas de producción industrial. Ahora podía compensar su antigua pasión por las esculturas y alfombras; pero al ir perfeccionándose sus gustos, crecían también sus apetitos, y ya no le satisfacían las reproducciones, sino las auténticas joyas de arte. Por lo que se llevaba sólo las esculturas y alfombras saqueando los museos. Así estaba seguro de que en su colección no habría objetos de segundo orden. Con la pedantería que le era propia, Berthold, antes de remitir el "hallazgo", llenaba de su puño y letra una ficha que acompañaba la escultura o el tapiz, indicando su nombre, autor, y época en que fue hecho, sin olvidarse de poner el museo del que procedía el objeto de arte. Todas estas fichas las guardaba Frau Elsa por orden expresa de su marido, como guardan los avaros todo lo que a su parecer puede servir de fuente de existencia en la vejez.

Dos veces a la semana puntualmente Frau Elsa le comunicaba a Berthold los asuntos de la familia. El tema

principal de estas cartas por supuesto era Lorchen, su salud, su conducta y buen ánimo. La madre evitaba quejarse de la hija para no poner de mal humor a su marido, tan ocupado ahora, pero cada vez y con mayor frecuencia prorumpían en las cartas notitas de preocupación de que no todo estaba en orden con Lorchen. A la exigencia categórica de Berthold de explicarle por fin lo que pasaba, Frau Elsa respondió con una larga carta donde pintaba a Lorchen desde un ángulo nuevo por completo.

Se puso de manifiesto que la inesperada pasión de Lorchen por la hacienda comprada por Berthold hacía un año en las proximidades de Múnich, no se explicaba como una repentina atracción por la vida de campo, sino por motivos de índole completamente diferente y rara.

La adquisición de esta hacienda resultó casi gratuita y Berthold cifraba grandes esperanzas en ella. No sólo porque envió a ésta los magníficos ejemplares bovinos holandeses. Su mayor lucro debería provenir de la mano de obra gratuita que Berthold envió a la hacienda durante su estancia en el Frente Oriental. Eran nueve muchachas bielorrusas que parecían estar en contacto con los guerrilleros.

Al principio Lorchen se sentía indiferente hacia la nueva adquisición de su padre, pero el último tiempo comenzó a frecuentar la granja y hasta se compró un látigo, según dijo para los perros que guardaban la finca.

Frau Elsa no se preocupaba al comienzo al ver a su hija preparándose para el camino. Hasta hacía alardes ante sus conocidos de lo buena que sería como ama y dueña cuando grande. Pero una vez se vio obligada a seguir de casualidad a su hija a la estancia y lo que vio allí la dejó perpleja y terriblemente asustada. Por supuesto que no la preocupaban aquellas muchachas bielorrusas con las que Lorchen andaba a los latigazos. Para Frau Elsa no eran otra cosa que animales de carga y como tales se las trataba. Así que no fueron las lágrimas ni los gemidos de las chicas que la conmovieron. Frau Elsa se detuvo como calcinada por un rayo al ver la cara de su hija que ardía en una expresión de deleite bestial, ensanchadas las pupilas de sus ojos soñadores como las de una demente. Como supo Frau Elsa después, esto no era una explosión de ira casual. Lorchen iba a la hacienda con el único fin de atormentar a las muchachas.

Berthold tuvo que pedir licencia al mando supremo para

partir con la mayor urgencia a Múnich a fin de cerciorarse por sí mismo de la veracidad de las palabras de su mujer y en caso de necesidad reunir un consejo médico que haría el análisis de la salud de Lorchen.

Esta vez los médicos no fueron tan optimistas en sus conclusiones, aunque seguían insistiendo en que la chica debía casarse lo antes posible. Se propuso prohibirle categóricamente los viajes a la finca, porque caso contrario podrían desarrollarse las inclinaciones sadistas de Lorchen, lo que a su vez produciría perversiones en su vida sexual y psíquica.

Tanto Berthold como Frau Elsa se enfrentaron con el dilema de casar a su hija lo más pronto posible. Ella debía tener su marido y sus hijos, y vivir una vida absolutamente normal. Los Berthold debían de tener, ¡caray!, a su nuevo y sano heredero.

Pero cosa fácil es decir: ¡casar a la hija!

Por supuesto que Berthold podría elegir entre los oficiales subalternos suyos algún candidato más o menos decente. Podría tomar algún pobre y pequeño teniente y ayudarle en promoverse, para luego hacerlo su yerno. Pero Berthold tenía el propio y convincente ejemplo de que semejante dependencia del futuro yerno no favorecía en nada al despertar del cariño hacia la esposa entregada a la fuerza. Había que confesarlo, su mujer jamás fue feliz en su vida, a pesar de no haber conocido nunca la miseria y los últimos años hasta podía considerarse rica. Tampoco conoció la felicidad en la vida conyugal el propio Wilhelm Berthold. Delante de la gente se comportaban con mutuo respeto y atención, pero al encontrarse a solas no sabían de qué hablar, se sentían fríos y extraños el uno con el otro, hasta que no pasaban a su tema preferido: Lorchen. Sí, ¡el único consuelo!

Al hacer planes del futuro de su hija, Wilhelm Berthold, hombre práctico y seco, se transformaba en un soñador. Durante su primer viaje a Múnich hizo todo lo que pudo para introducir a Lorchen en la alta sociedad local. No fue por culpa de él que Elsa no logró fijar estas relaciones. Sea como fuere, pero el camino a los salones donde Lorchen podría hallar a su prometido quedó cerrado para ellos y la idea de tener que ceder algo en sus planes acerca del casamiento de su hija, comenzó a roer los sesos de Berthold. Porque con los años Lorchen se iba poniendo fea con su cara demasiado larga y la punta

de la nariz más gorda aún. Por esta causa sus ojos parecían mucho más chicos de lo que eran en realidad. Sólo la cabellera de la muchacha había quedado sin cambiar, rebelde y dorada.

La aparición de Heinrich von Goldring en la oficina de trabajo de Berthold que en aquel entonces estaba todavía en el grado de coronel fue considerada por éste como llovida del cielo. Sólo como una feliz casualidad se podía explicar el hecho de haberse encontrado precisamente con él ese joven barón, hijo de su difunto amigo y heredero de dos millones. El encuentro con el hijo de Siegfried y la carta de su antiguo amigo lo dejaron profundamente conmovidos, y el coronel, en un arranque sincero, le prometió a Heinrich suplantarle a su padre. Sólo por la noche al analizar todo lo sucedido comprendió el paso que había dado.

¡Sí. ¡Imposible encontrar un novio mejor para su Lorchén! Heinrich tenía sus méritos ante la patria; quizás demasiado fogoso para un agente, como lo demostró toda esa historia con Schulz, pero el tiempo y el trabajo en el servicio secreto lo harían más disciplinado; por lo demás tenía suficientes motivos para poder contar con una brillante carrera. ¡Pero lo principal era su riqueza y su título de barón! Claro que en la nueva época no se le daba gran importancia a los títulos, pero no le pesaría que su Lorchén fuese baronesa. Además Heinrich era buen mozo con su frente amplia, nariz fina ligeramente aguileña, ojos inteligentes de un castaño claro y buena presencia. ¡Ni la más caprichosa muchacha casadera podría resistirse a un novio así!

Sus planes y esperanzas expuso Berthold de inmediato a su mujer, exigiéndole demostrar la mayor dulzura de que era capaz a su hijo adoptivo. A Lorchén no hizo falta advertirle nada. Estaba simplemente frenética de tener de pronto un hermano cuya suerte era tan romántica.

Entre Heinrich, Frau Elsa y Lorchén comenzó un vivo carteo. Así que por de pronto todo iba perfectamente.

En el plan elaborado por Berthold éste le concedía una gran importancia al primer encuentro de Heinrich con su familia. Y como un buen director de escena sopesó de antemano cada detalle y distribuyó todos los papeles. El primero, por supuesto, se lo dejó para sí mismo que no sólo debía interpretar muy bien, sino dirigir a la vez el desarrollo de toda la acción. ¡Y hete la mala racha!, sus

planes debían hundirse porque Heinrich venía a Múnich justo en ausencia de Berthold.

¿Y qué podía pasar si pedía licencia por un solo día? ¿Por uno solito?

Berthold recordó el montón de asuntos urgentes que esperaban su resolución mañana y pasado. No. Él procedería de otro modo. Trabajaría ese día hasta bien entrada la noche y también el siguiente. Por la tarde pediría licencia de un día y a la noche saldría en auto a Múnich por la magnífica carretera que no había sufrido en absoluto los bombardeos, para llegar a las ocho o nueve horas de viaje a su casa. Por lo tanto tendría un día entero a su disposición. En ese tiempo, ya es sabido, uno puede remover montañas. Por cualquier cosa debería comunicarle en un telegrama a su mujer que no podía salir de inmediato.

El telegrama de su marido dejó exasperada a Frau Elsa. Un solo día pasó Heinrich con ellas y la mujer sentía un cansancio infinito. No era por culpa de Heinrich, ¡claro que no! Frau Elsa estaba absolutamente de acuerdo con Willy en cuanto a la buena educación y cortesía del joven barón. Era más. Frau Elsa quedó tan cautivada por su simpatía que no hizo falta ninguna clase de instrucción de su marido para florecer en cariño y retener a ese joven oficial, elegante y apuesto, de rasgos finos y nobles, ¡y con dos millones de marcos en los bancos de Suiza y Alemania!, para hacerlo novio y más tarde esposo de su hija.

Heinrich llegó aquella mañana cuando no le esperaban y Frau Elsa no alcanzó a prevenir a Lorchén del modo de comportarse con su hermano adoptivo. La chica procedía como le dictaba su corazón y según Frau Elsa cometía falta tras falta. Claro que el hecho de ser Lorchén y Heinrich hermanos, desechaba la necesidad de atenerse a cualquier clase de ceremonias que exigían las reglas de urbanidad. Heinrich tenía razón al decir en su primer encuentro que no podría llamar a su hermanita de usted. También se podía admitir que al saludarse Heinrich y Lorchén se diesen un beso, como hermanos adoptivos que eran. Pero el ojo avizor y perspicaz de Frau Elsa no pudo dejar de notar que Lorchén se excedió en ese beso y en general demostró con demasiada efusividad sus sentimientos fraternales. Eso podía surtir el efecto contrario al repeler al barón o hacerlo pensar en una conquista

fácil, ya que la muchacha prácticamente se le colgaba al cuello. Entonces sí, ¡adiós planes y esperanzas!

No. No se les podía dejar solos a los dos antes de la llegada de Willy a casa. Frau Elsa se vio obligada a dejar todos los asuntos a un lado y andar el día entero detrás de la hija y el huésped a cualquier parte que se fueran. Después del desayuno decidieron ir entre los tres al jardín y después deambular un poco por las calles de la ciudad, y hasta a darse una vuelta en coche. Heinrich manejaba y Lorchén le musitaba elogios de su maestría. Además le tomó la palabra de que el barón la enseñaría a conducir. Por supuesto que no habría nada de indecoroso o prohibido en todo aquello, si no fuera por Lorchén y su conducta. Una no podía fiarse de ella y por esa razón Frau Elsa se veía obligada a acompañarlos también en sus viajes. Ya estaba tan cansada que no sabía si le alcanzarían las fuerzas para el día siguiente. El barón se comportaba con Lorchén con discreción y de una manera ciertamente muy correcta, pero, ¡quién sabe si no cambiaría de proceder al quedar a solas con la chica!

Frau Elsa esperaba a su marido por la noche para hacer recaer de ese modo el peso de la responsabilidad en los hombros de Willy, pero de pronto llegó ese telegrama de que no podría venir. Así que ahora debería hacer correr todo por su propia cuenta y riesgo.

Bajo el pretexto de que Heinrich debía descansar del camino después de almorzar, Frau Elsa llamó a la hija a su habitación. Lorchén obedeció con mucho gusto, porque quería ver bien de cerca los regalos traídos por Heinrich. Ahí se puso a probar faldas y zapatos, a arrimarse a la cara los cortes de tela y a colgarse el costoso collar al cuello, sin hacer caso de lo que le decía a su madre. Desesperada de ver que sus palabras no llegaban al entendimiento de la muchacha se vio obligada a optar por el medio extremo:

— ¡No te olvides de que hoy es tu hermano adoptivo y mañana podrá convertirse en tu novio y más tarde en tu esposo!

El impacto de la sorpresa hizo sentar a Lorchén, pero en un segundo se volvió a levantar para echarse de alegría al cuello de la madre.

— ¡Dios mío, lo infantil que eres! ¡Una criatura y nada más! — decía Frau Elsa conmovida, al acariciar con dulzura la cabeza de su hija.

Parece que hizo bien la madre en descubrirle las cartas a Lorchen. La chica se puso seria en seguida y escuchó con atención los consejos que se le daban. ¡Qué felicidad ser la baronesa von Goldring y la esposa de este oficial tan buen mozo! A partir de ese día escucharía todo lo que le dijera su mamá y le repetiría palabra por palabra lo que le estuviese diciendo a Heinrich a solas. Claro que comprendía que sus padres sólo le deseaban la felicidad y ella cumpliría con exactitud lo que se le mandaba hacer.

...Con enorme placer Heinrich se quitó la ropa y se metió en cama en la habitación preparada para él. ¡Qué cansado estaba, caray! No se podía ni imaginar siquiera lo que significaba pasar medio día en compañía de una chica tonta y charlatana y de su madre que le hacía la rosca para pescar un novio a su hija. Más aceptable y preferible sería ya la presencia de Berthold. Al menos era más inteligente y sabía portarse con tacto. Toda esta comedia era un asco, pero qué se le iba a hacer. Había que aguantarse el máximo para no estropear las relaciones con Berthold, especialmente ahora que se había transformado en una figura de tal envergadura. Debería seguir viviendo entre estos objetos robados en la patria. Seguramente todo lo que había en esa villa fue robado o saqueado... ¡Con qué orgullo le mostraba Frau Elsa los "trofeos" de su marido, extraídos de los museos rusos! ¡Qué empeño puso durante el almuerzo para atraer su atención sobre el antiguo servicio de plata ruso! De lo viejo en esta casa quedaría tal vez sólo esa figurilla de Bismark en bronce, colocada a propósito en su habitación en remembranza de sus años infantiles y obsequio de Lorchen en recuerdo de su encuentro. Heinrich sonrió al volver a imaginarse su primera conversación con Berthold, asistida también por esa escultura. ¡Cuánto peso cobraban en su trabajo esos detalles!

— ¡Bueno, señor Bismark, hasta la vista! — se dirigió a la imagen del fundador del Tercer Imperio Alemán de los Junker\* y dándose vuelta se tapó hasta las orejas con la frazada para quedarse profundamente dormido de inmediato.

Anna, la mucama, despertó a Heinrich casi al anochecer.

---

\* Junker (*alem.*) — terrateniente en Prusia.

— ¡Cómo se puede dormir tanto, haragán! — profirió Lorchen detrás de la puerta —. ¡Vístete de inmediato que ya llegaron los invitados y tú que eres el héroe de la fiesta sigues durmiendo!

— ¡En un segundo estoy listo, hermanita!

Unos cinco minutos bastaron para que Heinrich, fresco y descansado después del sueño, apareciese ante Lorchen en uniforme de gala. La muchacha también se esmeró con su atavío. Tenía puesto un lujoso vestido blanco con una rosa roja prendida en el pecho. Las trenzas doradas le caían por los hombros, llegando casi a tocar las rodillas.

— Te pareces a la Margarita de quien estaba enamorado con locura el Fausto.

Lorchen se enfadó:

— ¡No digas cosas indecentes, Heinrich! El Fausto la echó a perder a Margarita, porque ella no sabía comportarse bien.

Heinrich a penas pudo contener la carcajada:

— Pero Lorchen, yo quería decir otra cosa. Estaba pensando en la hermosura de esa muchacha con sus doradas trenzas, y de ningún modo en su conducta.

— Entonces te perdono... Lorchen apretó con fuerza la mano de Heinrich y abrió la puerta de la sala.

Enceguecido por las luces Heinrich no pudo distinguir a todos los invitados, sólo notó que había demasiados. Eran las esposas e hijas de los oficiales de la gestapo: viejas y jóvenes, flacas y gordas, rubias y morochas, lindas y feas. Pero en todas había algo en común que las unía. Más tarde Heinrich comprendió que ese algo era la expresión de curiosidad en sus caras. Sólo una se distinguía de las demás, tal vez por no haber reparado en Heinrich en absoluto.

Era una bella muchacha de unos veintiocho años de edad, de pelo castaño corto y una cara pálida con grandes ojos azules. Unas cejas largas y oscuras llegaban casi a tocar con sus puntas las sienes y se cruzaban prácticamente en el entrecejo. Oscuras eran también sus pestañas, lo que contrastaba mucho con el color de sus ojos, pero subrayaba al mismo tiempo una expresión suya muy peculiar. Tenía puesto el uniforme de Obersturmbandführer de los SS. Una cruz nuevita de acero estaba prendida debajo del bolsillo izquierdo de su uniforme de gala de buen corte.

— ¡Mi prima, jefa del campo de concentración de prisioneras rusas en Prusia Oriental, Obersturmbandführer Bertina Grausammell! — presentó Lorchen a su pariente.

— ¡Esas pupilas ensanchadas! ¡Una drogadicta seguro! — dedujo Heinrich al estrechar la pequeña y fuerte mano de la muchacha.

Lorchen hizo sentar a Heinrich entre ella y Bertina, y después como cosa natural se mantuvieron los tres juntos toda la velada.

Al comienzo Bertina se mostró poco amable con Heinrich, pero después de dos o tres acertadas bromas y galanterías suyas de buen gusto, se la vio contenta, respondiendo con picardías a sus chanzas y bailando encantada con Heinrich, quien debía hacerlo por turno con todas las damas como único galán disponible. Fue durante uno de esos bailes cuando Bertina le increpó sin ambigüedades de tener mal gusto al elegir a la prometida.

Toda la noche Heinrich le hacía la corte a Lorchen, sin olvidarse tampoco de Bertina. Los tres quedaron en encontrarse al día siguiente por la mañana para dar un paseo por la ciudad.

Los tres días que siguieron, Lorchen, Bertina y Heinrich estuvieron inseparables. Iban en auto a las afueras de Múnich, asistieron al teatro y a conciertos.

Al principio Frau Elsa estaba contenta, porque la presencia de Bertina la eximía de la necesidad de acechar a Lorchen y Heinrich. Pero más tarde entendió que había cometido un error al ver que Bertina coqueteaba sin reticencias con Heinrich, y por más que el amor a la hija cegara a Frau Elsa, tuvo el suficiente valor para constatar de que su hija saldría perdedora en la competición con Bertina. Así fue como tuvo que dejar nuevamente sus asuntos caseros y reemprender la ardua tarea de la madre que quiere casar a su hija. También comenzó a preocuparla en serio la conducta de Heinrich quien le hacía la corte a Lorchen y le decía requiebros, sin pasar en ello de una simple atención, y sin la mínima alusión a algo que no fuesen sentimientos de hermano. Quizás la culpa la tuviese Bertina. Heinrich parecía haberse emparentado demasiado con ella: la llamaba prima y se sentaba con ella en el asiento de adelante, turnándose ambos en el volante, mientras Lorchen se quedaba sentada atrás, sola y melancólica.

Frau Elsa no sabía ni tampoco lo podía saber que Heinrich odiaba en igual medida a ambas chicas. Este odio surgió al día siguiente de la velada en casa de los Berthold. Como habían quedado en la víspera, Bertina llegó temprano a buscar a Lorchen y trajo consigo un regalo demasiado extravagante para una jovencita. Era éste un látigo hecho por encargo especial de Bertina, según se supo más tarde. Al obtenerlo Lorchen, en una exaltación salvaje, se le echó primero al cuello de su prima a la que por poco estrangula a besos, y luego, ahí mismo en la habitación, se puso a hacerlo silbar en el aire como si estuviese pegando a alguien. Al echarle una mirada a su "hermanita" Heinrich tuvo que contenerse para no abofetearla. La cara de la chica, los ojos, las alas de la nariz, todo su cuerpo hablaban de un salvaje goce sadista que se había apoderado de esa infame criatura en cuanto sus dedos alcanzaron a aferrarse al látigo.

— Es copia idéntica de la que uso en el campo de prisioneras — explicó Bertina con una sonrisa al observar a su prima dando latigazos contra el respaldo del sillón.

— Quisiera saber su dirección, Heinrich; nos vamos a cartear, ¿no? — propuso Bertina cuando Lorchen corrió a mostrarle a su madre el regalo de su prima.

Heinrich articuló como un autómatas la dirección, mientras en sus pensamientos veía aun la cara de Lorchen desfigurada repulsivamente por la ira.

— ¡Mamá no me deja ir a la finca! — volvió lloriqueando la chica.

— ¿Para qué ir a la finca? — no comprendió Heinrich.

— Para probar el regalo. Ahí tenemos trabajando a unas rusas...

Heinrich arrancó el látigo de manos de Lorchen, pero enseguida volvió en sí e hizo como que lo había agarrado para verlo más de cerca. Por fuera era una simple tira de cuero, pero en sus ranuras se veía entretejido un alambre elástico. Heinrich levantó el látigo haciéndolo caer con fuerza contra el respaldo del sillón.

— ¡Vean!, ¡vean! ¡El cuero del sillón se reventó! — gritó Lorchen triunfante.

Los tres se inclinaron encima. Era cierto, el respaldo del sillón de cuero había reventado donde cayó el golpe del látigo.

— ¡Con mucho gusto le tomaría de celador del campa-

mento, Heinrich! — exclamó Bertina echando una mirada llena de doble intención a Goldring.

— ¿Se le hace frecuente la necesidad del uso del látigo ahí?

— Tan frecuente como me dé la real gana.

Bertina comenzó a contar en detalle las costumbres que imperaban en el campamento. Se sentía entre los suyos y no había necesidad de encubrir nada. Por el contrario, Fräulein Grausammel ponía todo su empeño en demostrarle al oficial lo rigurosa que era como representante de la gestapo y jefa del campamento de prisioneras. Heinrich escuchaba esas confesiones espantosas, apretados los puños de ira y dolor. De vez en cuando echaba una ojeada a Lorchen que se comía a la prima con la mirada para no dejar escapar ni una sola palabra de la retórica que se mandaba ese verdugo con falda de mujer.

Con enorme placer lo mandaría Heinrich todo al diablo y se volvería a Saint-Remis para ver a Mónica. ¡Qué lejana y tan terriblemente próxima le era Mónica en esos minutos! Ella, tan dulce, buena y pura aun en su odio al enemigo.

Pero Goldring no podía abandonarlo todo e irse a Saint-Remis. Entre el coronel y su esposa se entabló un vivo intercambio de telegramas y era probable la llegada de Berthold a Múnich de un día para el otro. Así que no había otra salida. Había que jugar hasta el fin el papel de enamorado. Asqueroso papel que provocaba náuseas. Pero era inevitable.

Durante varios días Frau Elsa, con heroísmo sin igual, acompañó a la juventud a todas partes; participó en sus paseos y diversiones, e hizo el papel de pianista de pacotilla en sus bailes. Dicho heroísmo mereció palabras de elogio de Berthold quien arribó a Múnich bien entrada la noche, en vísperas de la partida de Heinrich. Después de oír el informe más detallado de Frau Elsa sobre la conducta de los jóvenes y de las medidas adoptadas por ésta en defensa de los intereses de la hija contra las veleidosas pretensiones de la bella prima, los dedos de Willy Berthold tocaron con beneplácito la regordeta mejilla de su mujer:

— ¡Oh, mein Kätzchen! \* y el “morronguillo” por poco se derrite de la insólita caricia de su esposo...

---

\* ¡Oh, mein Kätzchen! (alem.) — ¡Ay, mi morronguillo!

Apenas alcanzó Heinrich a afeitarse y vestirse, cuando bien de mañana entró Berthold en su habitación, animoso y contento. El encuentro del padre adoptivo con su hijo resultó sincero y caluroso.

— ¡Todo marcha a la perfección! ¡Todo marcha a la perfección! — repetía Berthold su frase predilecta mientras se frotaba las manos.

— ¡Le sientan muy bien las hombreras de general, Herr Berthold!

— ¡Todo marcha a la perfección, chico! Los nuestros van sobre Rusia en un avance magnífico. Bastarán uno o dos esfuerzos más y el gigante oriental caerá de rodillas ante Alemania. ¡Y terminará la guerra! No se podrá tacharnos de soñadores si ya hoy comenzamos a pensar en lo que vamos a hacer después de la victoria tú y yo.

— ¡Esa victoria que será obtenida sin mi participación directa! — suspiró Heinrich.

— ¡No te lamentes de eso! ¡No te lamentes, chico! Los rusos pelean con la furia de los condenados a muerte. Los convoyes van llegando de oriente uno tras otro llenos de heridos. Nuestras pérdidas son enormes, ¡sí, señor! ¡Pero todo irá perfectamente! Yo quisiera saber, mi muchacho, que piensas tú del futuro.

— Mi carrera depende íntegramente de su benevolencia y sus consejos paternos.

— Con eso puedes contar siempre. ¿Y en las cosas del corazón? Supongo que más de una francesita espera impaciente tu regreso a Saint-Remis, ¿no es cierto?

— Yo me atengo a mi palabra dada a Lorchén de no tratar con otras muchachas más que con sus amigas...

— ¿Y esa, no recuerdo... bueno, la hija de la dueña del hotel en que vives?... ¡Como ves estoy al tanto de todo!

“¿Será posible que Miller tenga que informarle de eso también?”, cruzó por la mente de Heinrich.

— ¡Pero señor general! Le aseguro que fuera de las clases de francés yo...

— ¡Escúchame, Heinrich! ¡Yo soy soldado y hombre como tú! Comprendo que podemos tener distracciones y contactos por necesidades fisiológicas, digámoslo así... ¡No te pongas colorado! Soy padre y puedo hablar contigo con toda franqueza. No tengo nada en contra de esas maestritas de lenguas. Yo hablo de otra cosa. Quiero saber de tus planes sobre el futuro, pero de los planes serios. Supongo que a tu edad ya es hora de pensarlo.

— Lo estuve pensando.  
— Dímelo, si no es un secreto.  
— No tengo secretos de usted. Mi futuro puede relacionarse sólo con su familia, por lo tanto lo será también con el futuro de Lorchen.

Berthold saltó del sillón y empezó a medir a largos pasos la habitación, como lo hacía siempre cuando estaba emocionado.

— ¿Ya hablaste con ella?

— No.

— ¿Por qué?

— Lorchen es todavía una criatura. Una cándida niña que no puede distinguir aun un simple entusiasmo del amor...

— Tienes razón... ¿Qué decidiste hacer entonces?

— Ahora que ya nos conocemos y ella conoce un poco mi carácter, nos vamos a cartear con más frecuencia que antes, y en invierno, cuando yo esté otra vez de licencia, volveré a Múnich para hablar en serio con ella.

Por un minuto o dos Berthold quedóse indeciso. ¿Tal vez valía la pena presionar un poco para acelerar los hechos? ¡Pero podía ser una imprudencia! El general accedió.

— ¡Eres razonable, Heinrich! Te apoyo y estoy de acuerdo contigo... Vamos a fijar las fechas: el cuatro de febrero es el cumpleaños de Lorchen. Ese día...

— ¿Cree usted que será un regalo para ella el que le hable de nuestro futuro?

— ¡Por supuesto! Que si no, ya la convenzo...— se corrigió el general —. ¡Ahora vamos a desayunar!

Berthold tomó a Heinrich del brazo, conduciéndolo al comedor donde ya los esperaban Frau Elsa y Lorchen. Bertina no estaba, pese a haberle susurrado al oído en la víspera de que vendría sin falta a despedirse a la hora del desayuno.

El último día de Heinrich en la familia de los Berthold pasó sin peripecias, con el contento y alegría de los cuatro, tanto en los paseos, como en la sala de billar, donde la hija era hinchada de Heinrich y la madre lo era de Willy. Durante el almuerzo el general no llamaba a Heinrich de otra forma que de hijo, con alegres guiños a su mujer. Se sentía como aquel pescador que después de una espera larga e infructuosa pescó al fin una enorme perca. Heinrich von Goldring no tenía motivos de

descontento tampoco. El noviazgo se postergaba por unos meses y, ¡qué de cosas podían suceder en ese tiempo! Por el otro lado podía contar ahora con el máximo apoyo de su futuro suegro y, ¡no todo oficial tenía por patrón a un general de la gestapo que a su vez era amigo del propio Himmler! ¡Ya se verá quién resultaría pescador y quién el pescado en esta historia!

En cuanto a Frau Elsa y a Lorchén, ambas se derretían de felicidad.

“Seguramente la conversación matutina con Berthold no es ningún misterio para ellas”, decidió Heinrich.

La familia entera de los Berthold fue a acompañar a Heinrich a la estación. La despedida resultó afectuosa y un poco triste. Frau Elsa se frotaba con un pañuelo los ojos secos, mientras Lorchén se echó al cuello de Heinrich, largándose a llorar sin disimulo alguno.

Bertina no estaba en la estación.

## Al borde de la muerte

Como era costumbre los sábados, Mónica se puso a hacer la limpieza general de su cuarto. Ya tenía limpio y brillante todo lo que podía ser limpiado y lavado, y ahora le pasaba la franela a esas cositas con que gustan adornar sus piezas las jovencitas: los pequeños recuerdos que le son tan gratos a su corazón.

Aquella bonita bombonera se la regaló su padre cuando cumplió los ocho años. ¡Qué orgullosa se sentía Mónica cuando descubrió adentro un medallón de oro en vez de bombones! A nadie se le ocurrió aquel día que unos años más tarde colocaría en ese medallón una pequeña fotografía — ¡la última de su padre!

Ese juego de tocador, regalo de su madre en el día de su primera comunión. ¡Cuánto tiempo de eso, Dios santo! ¡Y que mala criatura era entonces! En su vestido blanco y las flores blancas en sus manos se sentía una verdadera reina de la que todo el mundo era súbdito; el sol brillaba aquel día sólo para ella; los narcisos florecieron para ella, posándose en una coronita sobre su cabeza y deleitándola con su dulce aroma; y para ella tocaba el órgano en la iglesia, majestuoso y solemne.

Aquel día parecía tener alas y Jean se mofaba de ella diciendo que en adelante sería “la novia de Cristo” y que

por eso no podría poner los ojos en otros muchachos. Jean también le preparó su pequeño obsequio: un pequeño bronce de Voltaire. ¡Qué risa le dio ese regalo al tío André Renard, esposo de la hermana de mamá! Éste decía que el presente no era adecuado para lo que se festejaba y se puso a discutir largamente con Jean sobre Voltaire. Su hermano decía que Voltaire era la mente más clara de Francia, mientras el tío afirmaba que era un simple cínico, que en palabras estaba por la razón y la libertad, y de hecho les servía a los aristócratas benefactores, porque en el fondo no había nada sagrado para él...

Mónica también estaba de acuerdo ahora después de esos años con su tío André. Lo odiaba a Voltaire, porque se había atrevido a burlarse de su Juana de Arco. No debía de existir realmente nada sagrado, ni una sola gota de amor por Francia para aquel que se atrevía a mofarse así de su heroína.

En una de las paredes de la habitación de Mónica colgaba la reproducción de un cuadro con Juana encorazada, espada en mano a la cabeza de un ejército. Cada noche al acostarse Mónica observaba ese cuadro llena de veneración, buscando apoyo en la eterna hija de Orleans.

Mónica también soñaba con sus propias hazañas por Francia y la gloria de su patria, porque al igual de Juana de Arco odiaba al enemigo de su pueblo. ¡Qué no sería capaz de hacer Mónica con tal de ver libre del invasor el suelo patrio! Mientras conciliaba el sueño y se revolcaba en la cama, planeaba febrilmente la manera de vengarse de los conquistadores y apurar la hora de la victoria. ¡Qué de hazañas le venían en mente a la joven! Pero estos sueños se disipaban en un segundo al oír los pasos de los soldados que marchaban junto a la entrada del cuartel. Aquellos pasos plomizos repercutían en el silencio de la noche, cayendo como golpes en su pecho y martillazos en su cabeza.

Por la mañana después de más de una noche de insomnio, tenía que ayudarle a su madre y atender en el restaurante a esos individuos que tanto odiaba. Lo hacía por orden expresa de François, ya que los oficiales en chispa hablaban con más abierto descaro. Una sola palabra bastaba a veces a los guerrilleros para comprender el sentido de una u otra operación que se preparaba contra los maquis y la población del lugar. Pero de hecho fueron muy pocas las palabras que le pudo transmitir a François.

Su hermano Jean estaba ahora con los maquis en las montañas. Mónica también quiso ir con Jean, pero François le prohibió abandonar Saint-Remis, porque consideraba imposible encontrar un enlace mejor que ella. En especial en estos momentos cuando en el hotel de su madre paraba Heinrich...

Mónica cayó en la cuenta de haber llamado mentalmente ¡por su nombre! al barón von Goldring, un oficial alemán del cuartel general, y se puso roja. Los últimos tiempos Mónica no se reconocía a sí misma. Hasta entonces todo había sido claro y simple: ella debía aprovechar las clases con Goldring para entablar con él relaciones amistosas y sonsacarle de sus charlas informaciones útiles. Ella, que jamás le había sonreído a ningún oficial alemán, debía estar de acuerdo en hablar ufana horas enteras con ese barón mimado por la suerte, y al despedirse, echarle de vez en cuando alguna que otra mirada de coquetería. ¡Qué inaguantable fue todo al comienzo!

Después de la clase Mónica se volvía corriendo a su cuarto y caía en la cama mordiéndose de rabia la almohada para no echarse a llorar. Era formidable que tenía esa pequeña fortaleza de su habitación para esconderse. Ese mundo de cosas conocidas desde la infancia que la rodeaba parecía hablarle como un amigo: "aquí puedes ser tal como eres. No importa que a veces nos dejes de notar o no te pongas aquellas bonitas faldas que antes te gustaban tanto; y no abras más el piano, pese a que lo hacías con placer; ni que dejaste de adornar con flores frescas tu pieza sin las cuales te resultaba imposible imaginarte tu vida. Sabemos que no frecuentas más el cine ni el teatro desde la ocupación fascista y nos figuramos que es porque llevas luto en tu corazón. Te apoyamos, pequeña Mónica. No nos traicionaste, no, ni a tu casa, ni a tu ciudad, ni a tu Francia querida; es que debes obrar así para poder regresar libre y feliz a nosotros".

Juana de Arco la miraba desde la pared y le sonreía cariñosamente. Sin embargo el último tiempo Mónica eludía mirar su reproducción tan querida. Parecía temer que Juana pudiese leer demasiado en su corazón. Aquello que Mónica pretendía ocultar aun de sí misma.

Desde que madame Durel hizo conocer la historia del modo como Goldring desarmó y luego dejó en libertad a Jean y a otro maqui, la muchacha cambió en su actitud. No era que sintiese nada especial por Goldring, ya que

no sabía por qué motivos actuaba. Simplemente este oficial de comportamiento fuera de lo acostumbrado había despertado su curiosidad. ¿Quién era y por qué se portaba de una manera diferente de los demás? La muchacha repasaba en la memoria cada palabra y cada gesto suyo.

Evidentemente no era como los otros. ¿Pero tenía eso alguna importancia? ¿No seguía siendo su enemigo? ¿Y si no lo era? Por supuesto que debía haber muchos antifascistas en el seno del propio pueblo alemán que escondían su actividad sin descubrir sus convicciones ante el mundo entero. ¿No estaría Heinrich como ella a la espera de aquel día feliz cuando cayese el fascismo? A lo mejor hasta querría apurarlo.

Se caía de maduro que aquella vez la había dejado a propósito sola para que leyera la asquerosa carta de Leveque. Y antes, ¿de qué manera tan especial había subrayado que quería conocer a los amigos de ella! Probablemente tendría intención de entablar contacto a través suyo con los maquis...

¿Pero si François llegase a tener razón al afirmar que la conducta de Goldring podría ser inspirada por una tremenda provocación? Esos grandes ojos castaños que la miraban siempre con tanto cariño, ¿encubrirían acaso la astucia y perfidia de la gestapo? Claro que gracias a la carta de Leveque abandonada de expreso por Goldring en la mesa, se tuvo la suerte de salvar no sólo a los dos guerrilleros nombrados en dicha carta, sino también a sus familias. Pero, ¿y con eso qué? Esos de la gestapo podían darse el lujo de regalarle la vida a dos maquis para luego, al infiltrarse en su confianza, llevárselos a centenaes.

¡No! ¡Eso no podía ser! Según la lógica de los hechos claro que podía suceder así, pero había algo superior a la simple lógica, por ejemplo la intuición... Y esa última le decía que Heinrich no era capaz de traición. Sí. De seguro ha de existir la lógica del corazón...

Mónica se espanta de lo que acaba de pensar. ¿Se habrá enamorado de ese oficial del ejército enemigo? ¿Quiso enamorarlo a él y se enamoró ella misma? A ver, chica, sé franca, vamos, háblate con la mano en el corazón, ya que nadie lo sabrá fuera de tí... Claro, te dolió cuando te enteraste de esa veladita con las damas el día de la condecoración de Goldring y estabas muy preocupada cuando se fue a Lion, donde los guerrilleros no tenían la menor

idea de la persona de Heinrich... Te amarga pensar que Heinrich se fue a Múnich y viviría allí bajo un mismo techo con una muchacha joven, aunque no fuese más que su hermana adoptiva... ¿Así que ya siente celos por él? ¿Tiembla por su vida? ¿Espera su regreso? ¡Pero si eso es horrible, inaguantable, imposible!

Mónica saltó del asiento y corrió a la ventana para abrirla de par en par. ¿Y ese auto tan conocido? El corazón le da un vuelco a la chica. Ahora se va a bajar y se dirigirá al hotel... No, se da vuelta encaminándose al cuartel. Ahí va... desapareció en el portal...

Mónica se sentó en una silla. Su rostro denotaba tranquilidad, pero su excesiva palidez la traicionaba. Los ojos estaban agrandados de miedo y el corazón se le partía de dolor insoportable.

Así que lo quiere. ¡Ella ama a un oficial alemán! ¿A quién se lo puede contar y quién puede darle algún consejo? ¿Su madre? ¡No, no! Su madre no puede ser su consejera, porque adora a Heinrich desde el momento en que dejó en libertad a Jean... ¿Entonces François? ¡Jamás de los jamases! Se moriría de vergüenza si alguien llegara a enterarse de su amor. ¡Es una lástima que no esté aquí el tío André Renard!

Como una última salvación Mónica dirige una mirada llena de ruego a Juana de Arco. Pero la virgen de Orleans guarda el silencio. La mira a Mónica severa y amonestadora. Entonces la muchacha comienza a sollozar dejando caer la cabeza sobre el parapeto de la ventana...

Como todo el mundo en la juventud, Mónica creía que el amor es sólo una enorme felicidad. Ahora resultaba que también podía ser una pena y un gran dolor.

Mónica no sabía ni lo podía saber que el causante de su dolor estaría en un par de días ante la disyuntiva de meterse en ese momento una bala en la frente, o esperar por unos segundos más.

\* \* \*

Lutz recibió a Goldring con franca alegría.

— ¡Qué suerte que haya regresado ya, Heinrich! ¡Todo ese tiempo me faltaba su compañía!

— Yo también lo extrañé mucho, Karl. Sólo con usted puedo hablar con franca sinceridad.

— Andamos festejándonos como los enamorados. Mien-

tras tanto el general lo está esperando. Ya son varias las veces que mandó preguntar por usted.

Al verlo a Heinrich, Ewers se puso contento de verdad:

— ¿Cómo se siente mi amigo, el general Berthold?

— ¡Perfectamente! Le manda cordiales saludos y le desea salud y prosperidad.

— ¡Muy agradecido! ¿Qué novedades hay de Berlín y Múnich?

Sin prestarle mucha atención a las palabras de Heinrich sobre lo visto y oído, el general pasó directamente al grano:

— Debo decirle que esperaba su regreso con impaciencia. Es que tengo un asunto delicado que sólo usted podrá resolver, con su habilidad de conquistar simpatías a primera vista.

— ¡Usted exagera un poco mis capacidades, mi general!

— Ni gramo... Como usted sabe, nuestra división se consideraba de retaguardia. Por eso no disponemos aun de las nuevas armas automáticas con que fueron equipadas las unidades del frente.

Heinrich escuchaba con atención.

— Pero ahora las cosas han cambiado. Hay nuevas de que Inglaterra apuró la apertura del segundo frente y debido a eso también se refuerzan las divisiones de retaguardia, por así decirlo. Ha llegado la orden de nuestro reequipamiento. Tenemos todos los papeles necesarios y también los hay en Bonneville, el punto de distribución donde se fabrican dichas armas. Por supuesto que en primer lugar serán enviadas al frente y a nosotros nos las darán sólo en caso de tener excedentes. A mí en cambio me gustaría obtener las nuevas armas lo antes posible para aprender a manejarlas bien en caso de necesidad de un nuevo Dunkerque\* para los ingleses y americanos. ¿Me entiende?

— Perfectamente.

— Su misión consistirá en apurar el envío de dichas armas a nuestra división. Lo tiene que lograr a cualquier precio. Los documentos necesarios ya están listos. Le ruego partir mañana mismo. ¿Entendido?

---

\* Dunkerque — ciudad del norte de Francia donde en 1940 tuvo lugar una cruenta batalla en que los alemanes cercaron y derrotaron a ingleses y franceses.

— ¡Sí, mi general! En caso de estar listas las armas para su envío, ¿quién debe acompañarlas?

— Usted me lo comunica de inmediato a través de la central telefónica del cuerpo militar. Pero tenga en cuenta que nos pueden estar escuchando. Por eso vamos a ponernos de acuerdo: usted me comunica que los cigarrillos fueron comprados y que necesita digamos cien cajones. Eso significará que ya tiene las armas y necesita cien hombres para su convoy. Usted atenderá al cargamento y luego volverá en el mismo tren o en auto. ¿Se irá en su auto, no?

— Sí, mi general.

— Entonces llévase además de su ordenanza a dos hombres de guardia.

— No quisiera hacerlo, si no se opone. Porque cuanto mayor resguardo lleve, más atención atraeré de parte de los terroristas franceses.

— Tiene usted razón. Pero tenga cuidado en Bonneville. Los maquis están muy activos allí — le previno el general.

— ¿Parto mañana?

— Descanse hoy del camino, prepare las cosas y salga mañana por la mañana. Espero obtener de usted noticias agradables lo antes posible.

— Haré lo posible, mi general.

El encargo de Ewers coincidía tanto con los planes del mismo Heinrich que lo dejó un poco asustado.

“Últimamente tengo demasiada suerte — pensaba al hacer la valija —. Pero es sabido que la fortuna es una dama muy caprichosa... En todo el camino me devanaba los sesos pensando el modo de obtener permiso para ir a Bonneville y, ¿qué sucede?, ¡pues me mandan nada menos que a Bonneville! ¿Qué me estará esperando ahí?... Algo muy serio seguro. De otro modo me hubieran puesto al tanto. Una de dos: o no me quieren poner nervioso antes de tiempo, o están estudiando el ambiente... De cualquier forma hay que prepararse para lo peor...”

Heinrich le echó una mirada a la habitación como si la viera por primera y... última vez. Sí. Era probable que no volvería más. Quizás nunca más llegase a ver a Mónica... y ella jamás lograría saber que a su lado trabajaba un amigo. Incluso aquello que le iba a decir ahora, lo tomaría como una imprudente chachara de un joven oficial del estado mayor. Tal vez hasta se sintiese orgullosa de

haberle sabido desatar la lengua con tanta iacuuau... Pero, ¿por qué no viene? ¿No la habrá encontrado Kurt? ¿O quizás no esté en casa? Entonces, ¿qué hacer? No se podía ir sin ponerla al tanto del objetivo de su viaje. Tendría que ir él mismo a buscarla.

Ya estaba decidido a bajar cuando llamaron a la puerta. ¡Mónica! Sólo ella llamaba así, con tres golpecitos suaves y cortos.

En efecto, en la habitación entró Mónica. Heinrich notó enseguida la carita cansada y los ojos enrojecidos. Preocupado y lleno de congoja se le oprimió el corazón.

— ¡Mónica!... ¿Ha llorado usted? ¿Sucedió algo? — preguntó alarmado, sin soltar las manos de la muchacha y esforzándose por atrapar su mirada.

— No —. Mónica apartó la vista —. Simplemente le estuve ayudando a mamá a preparar la ensalada. Es la cebolla que me hizo llorar...

— ¡Qué prosa! Me gustaría más que sus ojitos hubiesen enrojecido a causa de que debo partir nuevamente... Y estaré bastante tiempo en Bonneville.

— ¿En Bonneville?

Heinrich sintió cómo tembló en su mano la mano de Mónica.

— ¿Por qué la impresionó tanto?

— Por nada. Allí tengo una prima, sabe...

— ¿Que le debo tener miedo?

— No, a ella no. Pero a los maquis... Dos días atrás estuve aquí en casa y nos contó de que se está muy intranquilo en Bonneville...

— ¿Y con eso qué?

— Le quise prevenir simplemente...

— Gracias. ¡Es usted muy buena!... ¿Sabe qué? ¿Por qué no se hace también un viaje a Bonneville para visitar a su prima? Yo la llevaría de ida y vuelta en auto...

— ¡Cómo se le ocurre! ¡No puedo dejarla a mamá sola por una semana entera! ¡Con tanto trajín y ella prácticamente sin ayuda!

— Entonces, ¿sabe cómo lo hacemos? — en cuanto cargue las armas...

— ¿Las armas? ¿Qué armas? — se sorprendió Mónica.

— ¡Caramba, se me fue de la lengua! — exclamó Heinrich algo disgustado.

— Quiere decir que es un secreto y usted teme que yo...

— No, no. Yo le creo. Pero le ruego encarecidamente que no se lo diga a nadie de casualidad. Porque de otro modo las armas pueden llegar a manos de los maquis en vez de nuestra división. Últimamente demuestran demasiado interés los guerrilleros y si se enteran de que las armas son automáticas... Claro que de su fecha de envío sabré yo y nadie más... ¡Pero de qué cosas estamos hablando! No son asuntos para los oídos femeninos y menos tan delicados como los suyos. Bueno, ¿en qué quedamos con el viaje a Bonneville?

— No sé... tal vez valga la pena... titubeaba Mónica... Ludvine estará tan contenta...

— Acordado entonces. En cuanto mis asuntos estén por acabar, le doy un telegrama y la salgo a buscar a la estación.

— ¡Pero yo no quiero que me vean con un oficial alemán, y menos en Bonneville donde no me conoce nadie!

— No tengo estampado en mi cara de que soy alemán y puedo recibirla en traje civil. De Bonneville volveremos los dos en auto, ¿estamos?

— ¡Estamos! — sin la menor convicción consintió Mónica.— Esperaré su telegrama y mientras tanto le deseo, ¡un feliz viaje!

A la madrugada del día siguiente cuando Saint-Remis permanecía aun sumergido en el sueño, Heinrich y Kurt iban camino a Bonneville. Heinrich hizo los cálculos de que si mantenían una velocidad de 90 kilómetros por hora, llegarían al mediodía a la meta. Kurt manejaba con soltura y la aguja del velocímetro se pasaba muchas veces de los cien.

“¿Dónde he viajado por un camino semejante?”, trataba de recordar Heinrich. Seguro que había visto en alguna parte algo parecido. Las montañas parecían moles dispersas por la mano de un gigante legendario sin formar una cadena. Estaban ahí, una delante de la otra, encerrando valles estrechos de pastos salvajes, entre los cuales corrían las finas pero ruidosas corrientes de aguas montañosas con transparencia de cristal. Los mismos bosques, tupidos abajo y más ralos y uniformes al subir. Los mismos claros inesperados, rodeados de bosques por todos lados. En la Ucrania Occidental se llaman esos claros “polonyna”. Claro que sí. Poco antes de la guerra al pasar de Stanislav a Yaremche estuvo en un camino semejante. Exacto. Era ahí. ¡Parece que fue hace tanto!...

Heinrich miró de soslayo a Kurt, como si aquel pudiese adivinar sus pensamientos. El muchacho apretaba con fuerza el volante en las manos, con la mirada clavada en la lejanía. A pesar del frío su rostro estaba húmedo de la tensión nerviosa. Kurt resollaba para apartar las gotas de sudor que le caían sobre los labios, temiendo dejar el volante por un solo segundo.

— ¡Vamos! ¡Déjame manejar a mí y tú descansa un poco!

Heinrich se sentó al volante. Así era mejor. El camino zigzagueante exigía una enorme atención e imposibilitaba concentrarse en otra cosa. Eso era lo principal. Porque justo hoy necesitaba estar tranquilo y equilibrado como nunca. En cuanto llegase, probablemente le comunicarían la tarea por cumplir, quizás ese mismo día.

Cada vez se hacía más difícil el camino: las curvas se sucedían unas a las otras y se necesitaba cambiar a cada rato de velocidad. En las abruptas escarpadas y pendientes hacía falta hacer uso de los frenos, cuesta arriba y cuesta abajo. A veces la velocidad disminuía a veinte kilómetros por hora.

Llegaron a Bonneville sólo a las cinco de la tarde. En el hotel no había cuartos para dos, según dijo el encargado. Pero un billete con una suma importante cambió las cosas en un santiamén y ambos, Heinrich y Kurt, ya se preparaban para tomarse un baño.

— Báñate tú primero para que puedas ir a averiguar donde hay por aquí un buen restaurante — le dijo Goldring a su ordenanza.

Heinrich no se había equivocado al pensar que se enteraría de su nueva misión a su arribo a Bonneville. Mientras Kurt andaba en busca de un restaurante, Goldring ya sabía de la difícil y peligrosa situación que se había creado.

El asunto residía en que Bonneville, situado al pie de los Alpes, se había convertido en el centro del movimiento guerrillero en la Francia meridional. Durante mucho tiempo no daba resultado alguno la enconada lucha de la gestapo con el Movimiento de la Resistencia. Todo lo contrario. Cuanto más feroces eran los medios de la gestapo contra la población del lugar, tanto más crecían las filas guerrilleras.

Pero a comienzos de febrero de 1942 sucedió lo inverosímil. El mejor enlace y uno de los activistas más mima-

dos y queridos de la organización clandestina, el ingenioso y chispeante Dejeune, resultó ser un provocador. Al comienzo nadie le daba crédito a que Dejeune pudiese ser un traidor. ¡El, que fuera tantas veces iniciador de sabotajes y ejecutor de las tareas más complicadas! Sin embargo, después del arresto de tres miembros de la Organización Dirigente del Movimiento de Resistencia, Dejeune se quitó la careta y vistió el uniforme de oficial de los SS que no se ponía desde hacía cinco años cuando llegó a ese lugar por orden de la gestapo bajo la apariencia de un trabajador procedente de París.

La provocación produjo grandes daños al movimiento guerrillero. Muchos activistas fueron tomados presos, pero no se llegó a liquidar totalmente la organización. Aquellos dirigentes del Movimiento de Resistencia que quedaron en libertad supieron cambiar rápidamente los centros clandestinos, residencias, direcciones y apellidos.

Los guerrilleros prácticamente andaban a la caza de Dejeune. Ahora llevaba su propio nombre: Willy Meier. Durante la primera semana después de haberse quitado la máscara de provocador, Dejeune-Meier fue objeto de cinco actos terroristas: le disparaban en la calle, en su domicilio, el que se vio obligado a cambiar tres veces, y por último la moza del restaurante le metió dos balas en el pecho.

Herido de gravedad Meier fue transportado a un hospital fuera de Bonneville y durante varios meses no se oyó nada de él. Pero qué sorpresa tuvieron los guerrilleros al saber que Dejeune-Meier estaba devuelta en Bonneville, esta vez desempeñando el papel de edecán del nuevo jefe de la gestapo, el coronel Hartner. Todos sabían que el provocador conocía de cara a muchos miembros del Movimiento de Resistencia. Los guerrilleros que trabajaban tranquilamente bajo las apariencias de vendedores de periódicos, verduleros o lecheros en las calles de la ciudad, debían esconderse para no caerle a la vista del provocador.

A ello se agregaron las complicaciones debidas a la actividad del propio coronel Hartner. Era un viejo lobo ducho de la gestapo, enviado al lugar de la situación más complicada. Hartner comenzó por suspender de inmediato el toque de queda y las patrullas en las calles, con lo que se ganó cierta popularidad de un régimen más flexible. Al poco de su llegada dejó en libertad a muchos

presos, entre los cuales había muchos malhechores y ladrones. La mayoría de ellos eran mercenarios de Hartner.

Unos días antes los guerrilleros tuvieron suerte en interceptar una nota de Hartner a Berlín en la que éste prometía aniquilar muy pronto a los dirigentes principales del Movimiento de Resistencia y daba a entender que había logrado dar con la huella de una organización que existía dentro de las mismas filas del ejército alemán. El coronel ponderaba la actividad de Meier, con cuya ayuda pudo establecer un control secreto sobre los miembros destacados del movimiento guerrillero.

Hartner actuaba con extraordinaria precaución. Después del intento fracasado de los maquis de hacer volar el edificio de la gestapo, el coronel trabajaba en sitios desconocidos y aparecía en las calles acompañado de gestapistas armados y de Dejeune-Meier al que no dejaba alejarse ni a un paso.

El coronel comía en el restaurante de oficiales "Savoya", patrullado día y noche.

La necesidad de aniquilar rápidamente a Hartner y Meier era evidente.

Esta misión dejó tan pensativo a Heinrich que ni siquiera oyó cuando volvió su ordenanza.

— ¿Qué hay de nuevo, Kurt?

— Todos recomiendan el restaurante especializado para oficiales "Savoya".

— ¿Queda lejos?

— Enfrente, en la calle paralela a ésta.

A los diez minutos Goldring ya estaba allí. Este restaurante pertenecía antes a un francés, pero hace poco lo tomaron preso y este inmueble pasó a manos de un hitleriano inválido.

"Sólo para oficiales alemanes", leyó Heinrich en la puerta de entrada, junto a la cual se hallaba el portero.

Al lado del mostrador vio a un alemán gordo de bigote rubio.

— ¿Tengo el honor de hablar con el dueño del restaurante? — preguntó Goldring.

— ¡Exacto, señor primer teniente! — contestó aquel en forma militar —. Schwalbe, dueño del restaurante.

— Acabo de llegar, Herr Schwalbe, pero ya tuve oportunidad de enterarme de que el mejor restaurante del lugar es el suyo. Espero no se negará a brindarme el agasajo

de sus almuerzos durante unas dos o tres semanas, ¿qué le parece?

— ¡Con mucho gusto! El que le recomendó mi restaurante no se equivocó, eso se lo garantizo.

— Entonces permítame presentarme: primer teniente, barón von Goldring.

— ¡Me halaga tener tan altos huéspedes!

— ¿Qué le parece si nos tomamos una copa de buen vino a modo de presentación? — propuso Goldring.

— ¡Lo considero un honor! — Schwalbe que tenía una prótesis en vez de la pierna izquierda fue renqueando hacia el aparador donde tomó una botella de vino y se acercó a la mesita ocupada por Goldring.

Heinrich sacó del bolsillo un paquete de buenos cigarrillos habanos y lo colocó en la mesa.

— ¡Ah, pero que lujo! — exclamó admirado Schwalbe, agarrando un cigarro —, ¡ahora no es muy frecuente fumar verdaderos habanos!

Heinrich prendió uno y el resto se lo pasó a Schwalbe.

— Tómelos que yo tengo posibilidad de conseguir otros.

— ¡Esto es el mejor regalo para mí! ¿Cuánto tiempo se piensa quedar con nosotros?

— Unas dos o tres semanas, tal vez un mes — Heinrich levantó la copa. Schwalbe hizo lo mismo.

— ¡A su salud! — dijo Goldring.

— ¡A la de usted! — contestó Schwalbe.

— Usted encargará el menú de los almuerzos, barón, y eligirá la mesita o el apartado que quiera.

— Quiero comer en un apartado que elegiré ahora mismo.

— ¡Como guste, barón! Por aquella puerta detrás del aparador.

Acompañado del dueño del restaurante, Goldring se halló en un largo pasillo que tenía a ambos lados gran cantidad de puertas.

— ¿Me permite entrar aquí? — preguntó Goldring, agarrando la manija de la primera puerta a la derecha.

— No, ahí no se puede. Ese apartado está ocupado todos los días de dos a cuatro de la tarde por el coronel Hartner y su edecán que almuerzan aquí. Y usted, ¿cuándo va a almorzar?

— A la una en punto, pero acostumbro a no apurarme en la comida, así que esa habitación no me sirve.

— ¡Vea ésta, entonces! — el dueño abrió la primera puerta a la izquierda, enfrente del apartado de Hartner.

— ¡Éste me viene muy bien! — consintió Goldring, echando una ojeada a la habitación amueblada con buen gusto. Después de encargar el menú del día siguiente, Heinrich se dirigió al hotel y se pasó toda la tarde en casa meditando el plan, más que hojeando los periódicos comprados.

...Al día siguiente bien temprano Goldring ya se hallaba delante del oficial encargado de la distribución de las nuevas armas automáticas. Después de haber escuchado a Heinrich comentó sin mirar el papel de encargo que no sabía ni con aproximación la fecha de su cumplimiento. Sin embargo la transparente insinuación acerca de una buena propina hizo más dúctil la inaccesibilidad del oficial que se volvió de pronto afable cuando Goldring colocó sin muchas parsimonias un paquete entero de billetes nuevitos de banco delante de sus narices, subrayando a la vez que sólo eran el anticipo de otra suma.

— ¿Dos semanas no será un plazo excesivo, verdad? — le interrogó con tono servil a Goldring.

— ¡Es lo que hace falta!

Cuando a la media hora Goldring llamaba a Ewers para comunicarle que “la compra de los cigarros” se efectuaría con probabilidad a las dos semanas, aquel se puso lo indecible de contento.

— ¡Un nuevo galardón, se lo prometo! ¡Palabra que obtendrá un nuevo galardón, barón! — gritaba en el tubo la voz de Ewers.

A la una de la tarde en punto Heinrich ya estaba en el restaurante. La comida era servida por una alemana que intentaba esconder bajo dos capas de lápices y polvos, no tanto las huellas del influjo maléfico de los años, cuanto las consecuencias de una juventud disipada desordenadamente por bares y restaurantes.

Dos o tres piropos de Goldring le cayeron tanto en gracia que la mujer se puso a hablar sin pausa alguna sobre su vida, haciendo claras insinuaciones a su soledad. Cuando por fin se fue con los platos, Heinrich entreabrió la puerta al pasillo y se quedó en la habitación, tomando a sorbos el coñac.

A las dos menos diez, como lo indicaba el reloj, aparecieron dos tipos de la gestapo en el apartado de Hartner y al segundo volvieron a salir al pasillo. Al ver entre-

abierta la puerta del apartado de enfrente, ambos entraron sin llamar.

— ¿Qué significa esta intromisión? — les preguntó Heinrich furioso.

— ¡Señor primer teniente! Tenemos la obligación de revisar sus documentos — contestó el mayor en el grado de sargento primero.

Heinrich sacó el carnet de oficial y lo tiró sobre la mesa. El sargento leyó atentamente la primera página.

— ¡Perdone usted, señor barón, pero es nuestra obligación! — se disculpó con sincero respeto el sargento al devolverle el carnet.

— Está bien. Pero tengan en cuenta que yo almorzaré aquí a esta hora durante unas dos o tres semanas. Este apartado quedó reservado para mí.

— ¡Como guste, señor barón! ¡A nosotros nos conviene incluso!

A las dos en punto apareció en el pasillo la figura encorvada del coronel Hartner en compañía del joven edecán y de dos fornidos gestapistas.

Heinrich se quedó sentado por unos minutos y luego salió.

Al día siguiente se repitió lo mismo. A las dos menos diez aparecieron dos oficiales de la gestapo que observaron la habitación y luego se fueron. Apartando la puerta de la habitación en que estaba sentado Heinrich, el sargento le saludó para desaparecer enseguida. A las dos en punto, hora exacta, apareció el coronel acompañado de sus guardias y del edecán.

También esta vez la camarera andaba dando vueltas por la habitación y Heinrich le contestaba con bastante frialdad. “¡Hay que inculcarle que no se acostumbre a permanecer aquí!”, pensó. Ese día el almuerzo de Heinrich duró un largo rato. Cuando a eso de las tres salió de su apartado, vio que a Hartner sólo le llevaban el postre.

Así pasaron cinco días.

Al sexto Heinrich se despertó al amanecer. Intentaba distraerse del pensamiento de lo que debía suceder, pero no podía. Se sentó en la cama sin el menor ruido para no despertar a Kurt y se puso a coser un bolsillito del revés de la camisa. La pequeña pistola negra cabía allí perfectamente. Heinrich la guardaba y volvía a sacar del bolsillito. Sí, era cómodo y alcanzaría a sacarlo a tiempo.

¿Tal vez hacía falta escribirle a Mónica una notita para que se la pasase Kurt? Heinrich ya había escrito varios renglones, pero enseguida rompió la hoja. Seguramente Mónica tendría suficientes disgustos sin eso también, en caso de pasar algo. Por ejemplo Miller vio como Heinrich la había defendido de aquellos soldados borrachos. Eso le bastaría para tomárselas con la muchacha.

Kurt se despertó.

— ¿Está en orden el auto? — le preguntó Heinrich.

— Está en perfecto estado.

Heinrich se puso a dar vueltas por la habitación y luego comentó:

— Es probable que esta tarde nos demos un paseo después del almuerzo. Ten el auto listo.

Hasta el mediodía Heinrich no salió de su habitación. A la una en punto Goldring entró en el restaurante.

— Con su llegada uno puede controlar los relojes, bárón,— comentó Schwalbe echando una mirada al reloj colgado encima del aparador.

— ¿Marca buena hora? — preguntó Heinrich.

— Todos los días lo ajusto a la radio.

— Bueno, es mi hora de almorzar.

Heinrich penetró en su apartado e inmediatamente apareció corriendo la camarera. Pese a no haber comenzado aun a comer el entremés, la mujer seguía parada ahí a la espera de que terminase de engullir.

— ¿Le gusta el vino en su estado natural? — le preguntó Heinrich.

— Muchísimo.

— Si es que lo tienen, tráigame una botella de la bodega del sótano directamente.

— Ah, sí. Estoy al tanto de la manera de servir el vino en su estado natural.

¡Por fin se deshizo de esa camarera tan cargosa! Pero había que apurarse. Heinrich sacó del bolsillo una mina chiquita con dos antenas de metal, puso la hora de la explosión en las 2 y 35 de la tarde y salió al pasillo. Como siempre no había nadie a esa hora ahí. En un minuto estaba en el apartado de Hartner. El fijar la mina a la tapa de la mesa le tomó apenas unos segundos.

Cuando la jadeante camarera llegó a la carrera con la botella de vino, Heinrich estaba terminando de comer tranquilamente su pescado.

Después de dos copas de buen vino la camarera comenzó a comportarse de manera más frívola que de costumbre. Para librarse de ella con mayor rapidez Heinrich le tuvo que prometer una vuelta en auto por las afueras de la ciudad. Heinrich comía su almuerzo con más lentitud que nunca. De ese modo terminó el primer plato cuando eran las dos menos cuarto.

Pasaron otros cinco minutos, però los de la gestapo no aparecían. Tampoco llegaron a las dos, ni a las dos y cuarto. Heinrich acabó su almuerzo y seguía sentado descansando. Era probable que Hartner ese día no viniese a almorzar. Heinrich desechó la idea de quitar la mina: era la hora de la comida y se oían pasos en el pasillo. Así que la mina iría a explotar y Hartner se volvería más prudente aun que antes.

Las 2 y 25 p. m. ... y no hay nadie, de la gestapo. Heinrich se puso la gorra y dándose un tirón al uniforme se dirigió con paso lento hacia la puerta. A la entrada de la sala general, Heinrich se topó con los gestapistas conocidos. Éstos le saludaron, desapareciendo por el pasillo. Al llegar al mostrador Heinrich miró el reloj. ¡Las 2 y 27! Si Hartner llegaba a venir hoy como lo solía hacer a los diez minutos después de los dos de la gestapo, se rezagaría sólo por dos minutos...

La mente trabajaba con febril precisión. Hartner siempre iba al restaurante por la acera de la mano derecha. Heinrich le saldría al encuentro a las dos y media en punto y en plena calle le metería una bala... Después vería lo que se podía hacer. Lástima que no se había fijado si tenía salida el patio de enfrente del restaurante o no.

Las 2 y 30. Ni el menor gesto tenía que delatar su apuro. Con una inclinación Heinrich saludó a Schwalbe y se dirigió con paso lento a la salida. En la misma puerta tropezó con Hartner y su edecán; detrás iban los dos de la gestapo. Goldring se cuadró al coronel, dejándolos pasar a los cuatro; luego miró su reloj.

Eran las 2 y 32.

¿Alcanzaría Hartner a entrar a su apartado o no? De cualquier forma había que alejarse y después volver al lugar.

Heinrich cruzó la calle. Contó treinta pasos... largos,... más largos que un kilómetro. Sólo entonces oyó la explosión y al mismo tiempo el crujir de vidrios rotos.

A los pocos segundos Heinrich ya se hallaba en el restaurante. En la sala reinaba un pánico tremendo, pero no hubo víctimas. Unicamente una parte de la pared junto al aparador había caído sobre una de las mesitas desocupadas. A través del enorme agujero que era resultado del derrumbe se veían en el apartado de Hartner nubes de humo y polvo.

Junto con otros clientes Heinrich se precipitó al lugar de los hechos. Una sola mirada le bastó para comprobar que a partir de ese momento tanto Hartner, como su edecán ya no representarían peligro alguno para los guerrilleros, ni a los habitantes de Bonneville.

Heinrich se dirigió a la salida. Cuando ya había cruzado al otro lado de la calle, al doblar la esquina vio arremeter un auto lleno de gestapistas.

Sin mirar atrás, Heinrich se encaminó a paso lento a su hotel.

— ¿Nos vamos a dar una vuelta? — preguntó Kurt. Estaba parado al lado del coche delante de la entrada al hotel.

— ¿Te mandé yo a que me esperaras con el auto junto al hotel?

— No, pero creí que le gustaría salir de inmediato después de almorzar.

— No vamos a salir a ninguna parte. Hace unos segundos por poco me mandan a pasear al otro mundo... — pronunció Heinrich con voz cansada..

— ¿Que pasó? — interrogó Kurt asustado.

— Hubo una explosión en el restaurante, enfrente mismo de la habitación en que suelo almorzar.

— Así que ese estrépito que acabo de oír...

— Sí, fue un atentado. Perecieron varios funcionarios de la gestapo, entre ellos el coronel Hartner... Subiré a mi cuarto e intentaré dormir un poco. Y tú, quédate en el tuyo, sin dejar pasar a nadie. Si alguien insiste sin embargo en verme, me despiertas. ¿Entendiste?

— Sí, señor primer teniente.

Sin desvestirse Heinrich se tumbó en el sofá. Después de la tensión nerviosa que acababa de vivir, sintió un tremendo cansancio. Cerró los ojos, pero comprendió que no podría dormir. Un pensamiento le taladraba los sesos: ¿irían a sospechar de él en el atentado? En ese caso lo tomarían preso. Incluso si lo dejaban libre después del arresto, ya no le tendrían la confianza de antes. Eso era

equivalente al fracaso. Quería decir que al llegar los gestapistas no tendría que entregárseles vivo. Había que acabar... Heinrich se levantó y una vez más revisó la pistola automática y el máuser. Estaban en orden como siempre. Los gestapistas pagarían cara su vida...

El interrogatorio era inevitable. Ineludible. Seis días seguidos estuvo comiendo enfrente de la habitación en que estalló la mina, así que... Schwalbe seguramente contaría que Goldring mismo eligió su apartado. Sin lugar a dudas surgirían sospechas. Pero no había pruebas directas. No existían. Quería decir que los de la gestapo podían venir a buscarlo simplemente para interrogarlo como a un testigo. Así que de recurrir enseguida a la pistola se delataría a sí mismo y después de eso ya no se podía esperar de salvarse... Además se necesitaba averiguar a toda costa el paradero de aquella fábrica subterránea donde se hacían las armas. Esa misión, como le fue subrayado, tenía una significación extraordinaria. No, él no iba a tirar... Pero la sospecha podía surgir en el interrogatorio y le podían meter preso delante del juez de instrucción. En ese caso no haría a tiempo para usar su arma si llevaba la pistola automática. Por otro lado el no llevar armas también despertaría sospechas, aunque de otro orden. Tendrá que ir entonces con el máuser y el browning. Era demasiado poco, pero qué se le iba a hacer.

Heinrich bajó las cortinas en las ventanas, se quitó la ropa y se metió en la cama. Le despertó Kurt a la madrugada.

— ¡Señor primer teniente! ¡Señor primer teniente! — le llamaba, sacudiéndolo suavemente de los hombros —. ¡Vinieron!

— ¿Quiénes?

— La gestapo — murmuró Kurt asustado.

— ¡Diles que esperen a que me vista! — dijo Heinrich a propósito en voz alta y saltó de la cama.

Kurt salió.

“Están esperando... Si vinieran a prenderme habrían entrado junto con Kurt”. Este pensamiento le tranquilizó un poco. Heinrich se vestía de exprofeso con lentitud mayor de la acostumbrada.

Al salir, Heinrich extendió la mano en saludo fascista. Los de la gestapo respondieron.

“No lo harían con un detenido”, le cruzó por la cabeza.

— Les escucho.

— El comandante Lemke ordenó traerlo de inmediato a dar testimonio en el asunto de la explosión en el restaurante “Savoya” — contestó el que era sargento primero.

“Ordenó”. Deberían decir “pidió”.

— ¿Por qué son ustedes dos y están armados?

— Ahora es de noche y andar desarmado por la ciudad a estas horas es arriesgado — contestó el segundo en el grado de suboficial.

Al echarle una ojeada al reloj, Heinrich se fijó en la hora. Eran las seis menos veinte de la madrugada.

— De acuerdo. ¡Vamos!

Heinrich se puso el impermeable y se encaminó a la puerta.

— ¡Se mandó llevar también al ordenanza! — dijo el sargento.

“Eso sí que está malísimo” — como un relámpago cruzó por la mente de Heinrich.

— ¡Sin armas! — le ordenó el suboficial a Kurt cuando éste quiso tomar la automática.

— ¿No cree que es peligroso dejar armas en una habitación vacía de hotel? — preguntó Heinrich.

— Este hotel está muy bien patrullado — explicó el suboficial y quitándole de las manos del azorado Kurt la automática, la colocó sobre la cama.

— ¡Vamos! — dijo Heinrich y fue el primero en salir de la habitación. Detrás le seguía Kurt y por último los de la gestapo.

Junto al portal esperaba un auto para siete personas. A su lado había dos gestapistas. Al ver a Heinrich, se sentaron de inmediato en el asiento de adelante.

El sargento abrió la portezuela de atrás, y con un gesto indicó a Heinrich y a Kurt los asientos del medio. El sargento y el suboficial ocuparon los de atrás. Las metallas las tenían entre sus manos.

“Se parece esto a un arresto. ¿No habrá sido un error mío el acceder en ir al interrogatorio?... Ahora ya es tarde... Tendré que decidir ahí mismo cómo comportarme... ¡Lástima de Kurt! ¡Perecerá en balde, el chico!” Los pensamientos se sucedían con rapidez. No tenía miedo. Sólo había una intensa labor mental como ayer, cuando estaba parado junto al mostrador del restaurante, mirando el reloj y calculando los minutos.

El camino al gabinete del instructor de la gestapo no ocupó ni cinco minutos, pero a Heinrich le parecieron siglos.

Delante de la puerta de la oficina del juez de instrucción había un guardia armado. Kurt quiso seguirlo a Heinrich, pero el guardia le detuvo.

Heinrich entró solo. En la puerta se paró y le echó una rápida mirada a la amplia oficina lujosamente amueblada. “¡De aquí uno no se escapa!”, le cruzó en mente.

Junto a un amplio escritorio en un profundo sillón, estaba sentado el comandante Lemke, juez de instrucción. Heinrich alcanzó a leer su nombre en la puerta.

Sin saludarlo éste le indicó con un mudo ademán el sillón de enfrente. Heinrich se sentó. Por un segundo se miraron en silencio. Heinrich, con cierto interés. La cara de Lemke, larga y angosta, terminaba en forma abrupta en una boca de labios muy finos como dos rayitas. El hombre no tenía mentón. En su lugar comenzaba inesperadamente el cuello. Una nuez grande subía y bajaba por la garganta, pareciendo unas veces que llegaba hasta la boca, o desaparecía detrás de un alto cuello de su camisa marrón. El comandante Lemke fumaba un cigarro barato y tamborileaba levemente con los nudillos en la mesa. En uno de los dedos brillaba opaco un anillo de plata con una calavera, y en otro tenía el de la alianza de oro macizo.

“Así que se encontró una que le dijo sí a este esparpajo”, le cruzó por la cabeza. Heinrich sonrió. De pronto se sintió de buen humor.

— ¿Me permite fumar? — preguntó en tono negligente al instructor de causa.

Aquel indicó en silencio la caja de cigarros.

— ¡A mí me gustaría fumar los míos!

Heinrich hizo un movimiento para meter la mano en el bolsillo del pantalón, pero de inmediato tronó la fiera voz del comandante Lemke:

— ¡Atrás!

Lemke estaba parado junto a la mesa y miraba atentamente hacia adentro de esa habitación. Heinrich se dio vuelta. Un enorme dogo le enseñaba los dientes, con la mirada recelosa y los ojos fieros clavados en él.

— Si este perro permanece aquí, yo no responderé a ninguna pregunta suya — declaró Heinrich decidido.

— ¿Por qué?

— Odio los perros de cualquier raza que sean.

Lemke apretó el botón del timbre.

— ¡Lléveselo! — pronunció, indicando con un gesto al dogo. El guardia retiró el perro. Heinrich sacó un paquete de cigarros habanos y se puso a fumar sin apuro alguno.

— ¿Dónde consigue cigarros habanos? — preguntó Lemke con tranquilidad.

— Supongo que no me despertó en medio de la noche y me hizo venir escoltado por dos guardias armados para preguntarme la dirección dónde consigo cigarros habanos, ¿no?

La mejilla izquierda del comandante se contrajo en un tic nervioso. Lemke se sentó.

— ¿Sabe usted lo que sucedió ayer en el restaurante "Savoya"?

— No sólo lo sé. Las consecuencias de la explosión las vi con mis propios ojos. Pero me fui enseguida...

— ¿Por qué?

— Me resultaba desagradable ver sangre humana derramada.

La cara de Lemke se vio desfigurada por una mueca despectiva:

— El señor primer teniente combate todo el tiempo en la retaguardia, por lo que a la vista de la sangre...

Heinrich lo interrumpió enojado:

— En mi corta vida yo he visto más sangre que usted, se lo aseguro...

“¿No estaré demasiado pendencioso?”, Heinrich se dio vuelta y agregó ya en otro tono: — ...pero aquello era sangre enemiga, mientras aquí es la nuestra...

— ¿Usted se halla en esta ciudad por asuntos de trabajo?

— Sí.

— ¿Cuántos días hace?

— Hoy es el octavo.

— ¿A partir de qué día almuerza en el restaurante "Savoya"?

— Del segundo.

— ¿Quién se lo recomendó?

— Mandé a mi ordenanza que averiguara algún buen sitio y alguien le recomendó el "Savoya" — recordó Heinrich.

— Averigüe — dijo tranquilamente Lemke.

Goldring le miró interrogativo.

Pero la palabra “avergüe” no estaba dirigida a él, sino a aquel teniente que había salido de detrás de la cortina y después desapareció por la puerta.

“¡Quiere dejarme alelado con sorpresas! Bueno, seguiré esperando otras”, pensó Heinrich y sonrió. Lemke no le quitaba la vista de encima.

— ¿A qué hora almorzaba?

— Siempre a la una.

— ¿Y terminaba?

— Dependía del apetito y la calidad de las viandas del restaurante.

— ¿A qué hora salió ayer del restaurante?

— No recuerdo.

— ¿Dónde se encontraba durante la explosión?

— A unos pasos de la puerta de entrada. Iba a casa.

— ¿A qué hora fue la explosión?

— No sé, no miré el reloj. Pero cuando llegué al hotel eran las tres menos cinco de la tarde.

El comandante Lemke sonrió.

— No le parece Goldring...

— ¡Herr von Goldring! — lo corrigió Heinrich.

Lemke saltó en el sillón como si tuviera intención de pararse; sus ojillos coléricos perforaban a Heinrich. Éste, sin encubrir su desprecio, miraba a Lemke.

“¿No bastará ya de juegos? Tendré que limitarme al comandante y los primeros dos o tres que le vengan en auxilio... Dos balas tengo que dejar para mí... ¡No estará demás tener algunas de reserva!... No. Esperaré otro poco”.

Heinrich colocó en el cenicero el cigarro que no había acabado de fumar y sacó otro del bolsillo.

“Que se acostumbre a que meto seguido la mano en el bolsillo”.

— ¿Parece que el señor primer teniente está nervioso? — en la voz de Lemke no había ironía, sino mofadura mal encubierta.

— No son nervios, sino rabia — corrigió Heinrich.

— ¿No le parece extraño que un oficial, un oficial alemán,— subrayó Lemke —, al llegar al lugar de la explosión se olvidase de mirar el reloj, a pesar de saber que no es un detalle de poca importancia?

— No me figuraba ser la única fuente de información suya acerca de la hora de la explosión.

— ¡Pero no, que fuentes tenemos muchas, tal vez muchas más de las que se imagina!

— Tanto mejor para usted.

— ¿Y para usted?

— ¡No se agarre de las palabras!

— ¡Sus documentos! — chilló furibundo Lemke asestando un puñetazo en la mesa.

“¡Esto es el fin! Ahora mismo, o será tarde”.

Heinrich saltó del asiento al igual de Lemke, colocó el cigarro en el cenicero y desabrochó lentamente el botón del uniforme para sacar los documentos.

“Cuando los esté mirando, le tiro”, decidió Heinrich y se quedó asombrado de su propia tranquilidad, ahora que no le quedaban minutos, sino segundos para vivir.

— Heinrich sacó la libreta y la puso en la mesa.

“Ahora, cuando se incline encima...”

Pero Lemke al tomar los documentos no se puso a inspeccionarlos de inmediato. Ambos estaban ahí parados, el uno enfrente del otro, sin esconder la ira que se había apoderado de los dos.

Las puertas se abrieron en silencio y en el umbral apareció aquel teniente que había salido de detrás de la cortina. Lemke le miró interrogativo.

— ¡Confirmado! — pronunció aquel bajito.

“Un candidato más a difunto... Habrá que esperar cuando se coloque delante mío, aunque para actuar rápido...”

— ¡Teniente Goldring! ¿Por qué le dieron la cruz de acero de segundo grado?

— ¡No es asunto suyo!

“Ahora ya no importa nada... Que se me acerque un poco ese teniente, entonces...”

— ¡Revísele los documentos, señor teniente! — profirió Lemke lleno de rabia. Como antes, seguía sin quitarle los ojos de encima a Heinrich, pero esta vez metió la mano en el cajón del escritorio.

“¿Habrás adivinado y sacó la pistola del cajón?”, se asustó Heinrich.

El teniente se acercó a la mesa, tomó los documentos de Goldring y se hizo a un lado.

Heinrich llevó la mano al bolsillo; Lemke se sobresaltó y se puso todo tenso. Heinrich sacó tranquilamente un paquete de cigarros.

— ¡Señor comandante! ¡Señor comandante! — en la voz del teniente se oyeron notas de asombro y susto a la vez.

“¡Tirol! ¡Ahora mismo! ¿Pero qué le pasa al teniente?”

El teniente que revisaba los documentos le tendió en silencio al comandante la libreta abierta de Goldring.

Allí estaba la foto del general mayor de los SS Berthold con la dedicatoria: “Para Heinrich von Goldring de su padre”.

— ¿El señor general mayor Berthold es su padre?

El paso que se proponía dar Heinrich un segundo atrás parecía ser menos inesperado que esta fotografía.

— ¡¿Es su padre?! — repitió Lemke estupefacto.

— ¡Basta de comedias! — Goldring saltó como un loco. La caja de cigarros de Lemke fue a parar a un rincón de la oficina.— ¡¿Con qué derecho me despierta usted en medio de la noche y me tiene aquí más de una hora en interrogatorio?!

— Pero señor Goldring...

— Nada de “peros”. Mande venir de inmediato un auto y lléveme al hotel. ¡Mañana mismo Berthold sabrá de este asunto!

“¡Al ataque! ¡Sólo en ataque! Inesperado e incontenible, como le corresponde al joven hijo de un general de la gestapo”.

— Pero el asesinado coronel Hartner era el oficial para misiones especiales del general Berthold — balbuceó Lemke.

— ¡Lo sé mejor que usted!

“Así puedo mandar al otro mundo hasta a mis padres potenciales” — Heinrich sintió como iba embargando todo su ser una alegría indecible e infinita... ¿O no valía la pena pasarse de miel en la rosca? ¡Que se vayan al diablo estos imbéciles!”

— ¡Pero nosotros no sabíamos esto! — se inmiscuó el teniente.

— ¡Una copa de coñac! — gritó Heinrich, dejándose caer en un sillón. Le parecía que un minuto más y soltaría la carcajada, o se pondría a cantar a voz en cuello aquí mismo, en la oficina del juez de la gestapo. Heinrich se cubrió los ojos con la mano para que no le traicionara su alegría.

— ¡Señor barón! ¡Señor barón! — sintió llamarlo en voz baja y respetuosa.

Heinrich apartó la mano. Delante de él estaba parado el teniente que traía una bandeja con una botella de coñac y varias copas. La botella ya estaba comenzada.

“No es malo el coñac que chupan” — pensó Heinrich, apreciando la etiqueta.

El teniente sirvió el coñac. Heinrich lo tomó de un trago y sacó un paquete de cigarros, tendiéndoselo al teniente. Aquel se agarró un cigarro con tanto apuro que Heinrich debió hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Lemke se dobló por encima de la mesa y también se sirvió uno.

Los tres en silencio prendieron fuego del encendedor de Heinrich.

— Ahora que se ha calmado, señor primer teniente von Goldring...

“No hace mucho fui simplemente Goldring para tí”...

— ...piénselo y compréndanos. Asesinan a una figura como el coronel Hartner y usted resulta ser el único que salió del restaurante antes de la explosión...

Sonó el teléfono.

— ¡Es de Berlín! — el comandante Lemke se precipitó al aparato —. ¡Oigo!... ¡Nuevamente el general Berthold! Es la tercera vez que llama hoy — susurró Lemke tapando el auricular con la mano. — Lamentablemente nada nuevo...

Heinrich extendió la mano hacia el tubo.

— ¡Señor general mayor! Con usted quiere hablar el primer teniente von Goldring... Sí, está aquí.

Lemke le pasó el tubo a Heinrich con tal respeto, como si tuviese delante al mismo general. Heinrich tomó el tubo.

— Sí, soy yo... en comisión de servicio. ¿Que por qué estoy aquí y tan tarde? — Goldring miró al comandante y al teniente. Todo rogaba en ellos ¡calla!, su gesto, el semblante y los ojos.

— Cuando los terroristas matan al oficial para misiones especiales de mi padre, ¿me puedo yo quedar tranquilo acaso? ... Por supuesto que ayudaré... ¿Qué sucede con ella? Dele un beso a Lorchen de mi parte... su hermano y novio, pero no se lo diga, porque quiero ser yo mismo quien se lo diga... ¡Hasta la próxima que espero ansioso!

Heinrich colgó el auricular.

— ¡Barón von Goldring! ¡Le ruego encarecidamente olvidarse de este malentendido! — se disculpó Lemke —. Espero que el hecho de habernos conocido en tan mala hora...

— ...me dio la posibilidad de hablar con mi padre, y eso me compensó un poco...— le interrumpió Heinrich con alegría.

— ¿Se imagina qué sería de nosotros de quedarse usted unos minutos más en el restaurante? — preguntó Lemke, asustado por su propia suposición.

— Me siento cansado. Mande venir un auto.

— ¡Sí, claro que sí! Pero confío en que usted no se olvidará de su promesa en ayudarnos.

— ¡Haré lo que pueda!

Heinrich apenas hizo sonar los talones y salió con un gesto de saludo.

En un cuarto de hora ya estaba durmiendo rendido por el cansancio.

## **Mónica parte a Bonneville**

Era imposible sospechar de madame Tarval que tuviese inclinación por los altos ideales y menos aun se le podía exigir ninguna clase de sacrificios materiales.

Hace muy poco sus intereses y aspiraciones se limitaban a los de mantener, si era imposible desarrollar los asuntos del hotel y el restaurante, conservándolos en el mismo estado en que pasaron a sus manos a la muerte de su marido. Y a decir verdad, ella supo demostrar sus habilidades como una digna heredera y administradora en la ejecución de la voluntad del difunto.

Sin embargo el auge en sus negocios fue auspiciado no sólo por sus habilidades administrativas, sino por ciertas circunstancias especiales. El caso era que Saint-Remis, pequeña ciudad balnearia de cierto renombre, tenía muchos turistas el año entero, a excepción del breve plazo del último mes de otoño. A los huéspedes les gustaba el hotel y la cocina de madame Tarval, ya que la dueña supo imprimirle un aire de tranquilidad que fijó su fama de una casa honesta y casi familiar. Esta impresión se veía reforzada quizás aun más por la presencia de Mónica y Jean, los hijos de madame Tarval. Éstos no andaban pegados a la falda de su madre, sino que le ayudaban en lo que podían. Madame Tarval consideraba que los niños debían acostumbrarse de pequeños a la idea de que nada se consigue gratis en la vida.

Mónica y Jean se hicieron grandes. Parecía que todo

iba muy bien y la madre trazó las perspectivas del futuro de sus hijos: la hija heredaría el restaurante, mientras el hotel lo obtendría el hijo...

La guerra destruyó todos los planes. Claro que el hotel no permanecía vacío: la mayor parte de las habitaciones estaba ocupada por inquilinos permanentes que eran refugiados procedentes de París y otros lugares de Francia. Los prófugos no se apuraban en abandonar Saint-Remis para volver a los lugares donde se había implantado un régimen de ocupación fascista más riguroso. En Saint-Remis era éste más moderado debido a un acuerdo que como hoja de rábano cubría las relaciones fijadas entre el mando alemán y el gobierno de Vichy asegurando la "protección" a esta región. Dichos huéspedes también se alimentaban en el restaurante, pero ya no traían las ganancias de antes. Los ingresos de madame Tarval comenzaron a decaer. Una cosa son los turistas y gente ociosa que viene a distraerse con el dinero ahorrado de antemano para tal fin, y otra son los inquilinos permanentes que tiemblan sobre cada céntimo porque no saben hasta cuándo les alcanzará el dinero, ni se imaginan cuándo podrán volver a sus casas.

Además de eso madame Tarval debía ayudarle a su propia madre que vivía con la hija menor en la aldea de La-Travelsa. Antes de la guerra Luisa, la hermana menor de madame Tarval, vivía en París con su marido André Renard, ingeniero de aviación. Pero en 1939 André Renard fue llamado a las filas del ejército donde sirvió en la aviación y probablemente había perecido. Su última carta la obtuvo Luisa a tres días de la ocupación alemana de París. Poco después los hitlerianos confiscaron todos los bienes de André Renard, y Luisa se vio obligada a dejar París para mudarse a la casa de su madre en una pequeña aldea a unos treinta kilómetros de Saint-Remis.

Por supuesto sería mejor vivir todos juntos. La hermana le ayudaría en las cosas del restaurante; pero madame Tarval no podía consentir en eso. La causa no era su poco cariño por la hermana, sino simplemente la precaución, porque de llegar a enterarse la gestapo de que la mujer de Renard vivía con su hermana, tanto el restaurante, como su dueña pasarían a ser personas sospechosas. A los oficiales alemanes les estaría prohibido frecuentar el restaurante, lo que empeoraría aun más las cosas. Sea como fuere, pero la mayor parte de las ganancias provenía

precisamente de estos clientes fijos... Basta. No había que pensarlo más. La hermana no vendría a vivir con ellos. Madame Tarval hacía lo posible por ocultar incluso su carteo con ella, especialmente desde que Jean se fue con los maquis.

¡Sí, su pequeño Jeaneau, su único hijo, se fue con los guerrilleros! A partir de aquel día madame Tarval no tenía ni un momento de calma. ¡Menos mal que no lo sabían aun en la gestapo! Para ellos Jean no había vuelto del frente, murió en combate, o cayó prisionero. ¿Qué pasaría de enterarse? Una vez ya fue detenido en las montañas. Por suerte se topó con el barón. Seguramente la Virgen habría oído sus rezos maternos, porque de no ser así, ¿qué motivos tendría el barón para soltarlo? ¿O habría reconocido al hermano de Mónica en Jean? No, ¡eso era imposible! No se parecían en nada. Salvo en los ojos... Jean, ¡el mismito de siempre! Despreocupado, el zonzó del chico! De nada le valía ser mayor que Mónica, ¡igual se comportaba peor que una criatura inconciente!

Claro, en Mónica se podía confiar; la muchacha era diferente. Era cierto que odiaba a los fascistas y muchas veces procedía con demasiada franqueza, pero al mismo tiempo no se pasaba de la raya. Hasta condescendió en enseñarle el francés al barón von Goldring. Por supuesto que el barón no se parecía en nada a un alemán. ¡Tan atento él, como un verdadero francés, y muy cordial! Desde aquel día en que dejó libre a Jean, madame Tarval descubría en él cada vez nuevos rasgos de nobleza. ¡Sólo un verdadero caballero era capaz de hacer un acto semejante! Jean le transmitió a través de Mónica que se había quedado petrificado de asombro cuando sucedió todo aquello. A propósito, ¿de dónde se habría enterado Mónica de lo de Jean? Madame Tarval recuerda los frecuentes viajes de su hija en bicicleta y una ola de calor la empieza a sofocar. ¿No estará Mónica también relacionada con los guerrilleros?

Aquello que antes pasaba desapercibido para la atención de la madre, empieza ahora a ser sopesado y analizado. Sí, muchas veces en pleno día cuando había tanto trabajo, Mónica lo dejaba todo y, bajo el pretexto de tener dolor de cabeza, se iba... quién sabe adónde... y después venían los saludos de Jean... ¡Demasiado seguidos se los transmitía Mónica! Y aquella frase suya: "¡Si te lo pregun-

tan, mamá, les dices que François es mi novio!" En aquel entonces lo había tomado como una broma y nada más. ¡Ese narigón de François y la buena moza de su Mónica! Pero ahora madame Tarval no estaba para risas. Poco a poco comenzaba a entender que su hija le escondía algo. ¡Cristo!, ¡si alguien se llegaba a enterar de eso! Jean estaba relativamente seguro en las sierras, en cambio Mónica, ¡la podían prender en cualquier momento! No, no podía ser, se estaba asustando a sí misma. ¡Fuera con esos pensamientos, que si no una se volvía loca!

Madame Tarval se mentía al desechar las terribles sospechas y al burlarse de sí misma llamándose miedosa; de igual forma ya no podía liberarse del todo del estado de inquietud que la acechaba.

Ni una sola vez le mencionó siquiera a la hija sus sospechas. Conocía muy bien el carácter de la chica, arrebatado y a la vez intransigente. Prevenirla significaría provocar una tormenta de indignación y de reproches, porque Mónica no quería resignarse a vivir de las ganancias del restaurante frecuentado por alemanes. Incluso se le podía ocurrir alguna cosa para demostrar su independencia. No, mejor tapar los ojos, escondiendo la cabeza como el avestruz ante el peligro, y esperar... esperar el fin de la guerra que debía de llegar sin falta.

Sólo cuando Mónica recibió un telegrama y le dijo que se iba a Bonneville, madame Tarval comprendió el error que había cometido. La madre cerró la puerta y escondió la llave en el bolsillo. Luego le dijo:

— ¡No te vas a ninguna parte!

— ¡Yo debo ir, mamá!

— ¡Que manden a otro! — Por primera vez en todo ese tiempo madame Tarval le dio a entender a la hija que estaba un poco al tanto de sus cosas —. No es asunto de mujeres andar quién sabe por dónde, metida en no se sabe qué tareas misteriosas.

— Precisamente de mujeres, mamá, porque sólo yo puedo arrancarle a Goldring... Mónica se interrumpió.

— ¿Qué le tienes que arrancar a Goldring? ¿Qué? ¡Te lo estoy preguntando a tí! Si no me lo dices, salgo de inmediato a comunicárselo a su general...

— ¡Bueno, ve no más! ¡Y que no se te olvide de decirle también que nuestro Jean está con los maquis! Entonces los matan a todos como a pollitos, porque ellos no tienen armas, ¡y tu les quitas la posibilidad de conseguirlas!

¡Vamos!, ¡correl!, qué te quedas ahí parada? ¡Pero sabe que no tendrás ni hija, ni hijo entonces!

Al oír de las armas, madame Tarval cayó sobre una silla pálida como el papel. La chica sintió pena por su madre.

— ¡Mamita!, te doy mi palabra que no me amenaza nada.— Mónica le puso tiernamente un brazo en los hombros de la madre —. ¡Te lo juro! Es un simple paseo en cuyo transcurso le diré bajito unas cuantas palabras a quien haga falta, ¡y nada más!

Sin embargo no era cosa fácil calmar la inquietud de Madame Tarval. Ésta lloraba, rogaba, amenazaba y volvía a llorar. Mónica la atendía como a una enferma, pero seguía firme en lo suyo — ¡iré! En esta lid entre la madre, que hacía lo imposible por salvar a la hija de un peligro mortal, y la hija, dispuesta a morir por su pueblo, salió victoriosa la hija. La madre se resignó a su suerte.

Mónica no le mandó el telegrama de su arribo a Heinrich. No quería que la vieran con él en la estación, donde todo el tiempo husmeaban los polizones y los gestapistas. Ya desde la casa de su pariente, Mónica le telegrafió a Heinrich al hotel, indicándole la hora y el lugar de la cita.

Heinrich fue fiel a su palabra y ante los ojos de Mónica compareció de traje civil, el cual, según opinaba la muchacha, le sentaba mucho mejor que el uniforme de oficial alemán.

Por un segundo le pareció a Mónica que la barrera que los separaba con Heinrich había desaparecido. Era tan agradable caminar a su lado, apoyada en el fuerte y amistoso brazo. No había deseos de hablar. Heinrich también iba silencioso; seguramente había captado su estado de ánimo. Mónica se imaginó por un momento que no había guerra, ni la habría nunca; que no necesitaba ocultar sus sentimientos, y que entre ella y Heinrich existían las simples relaciones de todos los seres humanos. Pero casi a cada paso se topaban con las patrullas y el ruido de sus pesadas botas contra el asfalto caía en el oído de la muchacha como el golpe seco de los primeros terrones contra el ataúd. Sí. La realidad recordaba de la ocupación extranjera y también de que ella no había venido a una cita con su amado, sino para obtener datos importantes para los guerrilleros.

“¡Ahora necesitamos las armas más que nunca!”, le latía con insistencia en las sienes la frase dicha por

François en vísperas de su partida. ¿Es que acaso no lo sabía ella misma? Claro que se necesitaban armas y Mónica haría todo para que llegaran a manos de los maquis.

“¡Pero eso le puede traer bastantes disgustos a Heinrich!” — de repente se le ocurrió a la muchacha. Ahora iba a su lado caminando en silencio y ella percibió que también él se sentía feliz por este encuentro. ¡Con qué calor brillaron sus ojos cuando la vio en el cruce de las tres calles! Curioso, ¿qué haría él al enterarse de los pensamientos que zumbaban como enjambres en su cabeza? ¿Detener una patrulla y mandarla a la gestapo? ¡Imposible! Aun pudiendo leer sus pensamientos, no lo haría. Y si llegaran a prenderlo, porque las armas no arribaron a destino, tampoco la delataría. Eso lo sentía Mónica con todo su ser. Sin embargo no podía ser franca. Porque de existir un porcentaje mínimo de duda, ella no tenía derecho a arriesgarlo todo por sus propios sentimientos. Aun en el caso de que a Heinrich le mandaran acompañar el tren...

Mónica se estremeció al imaginarse que Heinrich podía obtener esa orden de verdad.

— ¿Tiene frío, Mónica? — le preguntó Heinrich con simpatía.

— Sí, un poquito — contestó la muchacha mecánicamente, a pesar de que aquel año el otoño había resultado extraordinariamente caluroso.

— A dos pasos de aquí queda mi hotel. ¿Entramos a descansar un rato, Mónica?

La chica hizo un movimiento negativo de cabeza.

— ¡No puede ser!

— ¡Pero si más de una vez quedamos a solas con usted y no creo haberle dado motivos para ser tan categórica! A propósito, yo debo estar a esta hora en casa: espero una comunicación muy importante para mí...

— ¿No ha terminado aún con sus asuntos?

— Sí, con todos. ¡Sólo dos minutos de conversación telefónica acerca de la partida del tren y estoy libre del todo! Le prometo que no se aburrirá más de dos minutos...

— Pero... — titubeaba Mónica.

— ¿Usted no quiere que alguien la vea entrar en ese hotel? — adivinó Heinrich.

— Sí. Nadie me conoce aquí y pueden pensar que soy una de esas muchachas..., ¡el hotel es de oficiales!

— Esta calle es casi desierta y uno puede encontrar el momento para penetrar desapercibido.

Mónica asintió en silencio con la cabeza y apuró el paso, como si quisiera deshacerse lo antes posible del disgusto que la esperaba.

Kurt se encontraba en la habitación.

— ¡Sea quien fuere el que llegue, no estoy para nadie! — ordenó Heinrich y dejó pasar a Mónica a su habitación.

Ahora resultaba incómodo seguir callados como en los primeros momentos de su encuentro y Mónica comenzó a relatar de su viaje, esforzándose por hallar algo digno de ser mencionado y sintiéndose molesta por su propio azoramiento. Heinrich no se sentía menos turbado. Les ayudó a encontrar el hilo de la conversación la explosión en el restaurante "Savoya". Mónica escuchaba con los ojos bajos por temor de que Heinrich leyese en ellos algo más que un simple interés. Pero cuando Heinrich llegó al punto de que por poco quedó muerto, la muchacha tuvo un escalofrío.

— ¡Me sigue dando frío! — explicó.

— ¡En seguida le doy algo para echarse en los hombros! — le propuso Heinrich y estaba por quitarse el saco, cuando llamaron con fuerza en la puerta de la primera habitación donde se encontraba Kurt. Heinrich se llevó un dedo a los labios en señal de silencio.

— ¿El primer teniente von Goldring está en casa? — se oyó preguntar una voz ronca.

— No. Salió a alguna parte.

— ¿Cómo viniste a parar aquí, Schmidt? Si mal no recuerdo, ¡debías ser enviado al Frente Oriental! — se oyó otra vez la misma voz ronca.

— El primer teniente von Goldring solicitó se me dejara con él en calidad de su ordenanza, señor primer teniente.

— ¡Seguro que no sabría el pedazo de bestia que eres! Pero yo se lo contaré... Ahora oye bien y no vayas a equivocarte. Dile al primer teniente que el tren número setecientos ochenta y siete parte mañana a las ocho de la tarde. Si es que decide ir con nosotros que nos lo comunique, así le prepararemos un compartimiento. ¿Entendiste? Volveré a llamarlo mañana por la mañana, porque tú, estoy seguro, lo vas a embrollar todo, ¡pajarón!

La puerta de la habitación donde se sostuvo esta conver-

sación dio un golpe. Heinrich esperó un momento y luego llamó a Kurt.

— ¿Usted también quiere ir en ese tren? — La muchacha quiso, pero no supo encubrir su preocupación que se sentía en el temblor de su voz, la expresión de sus ojos y la tensión de todo su cuerpo expectante.

“Mi querida conspiradora, ¡qué falta de conocimientos en la conspiración!” — por poco le dijo Heinrich, pero se contuvo y comentó en tono indiferente:

— Feldner se las arreglará solo con su veintena de soldados. Para seis vagones hasta es demasiado. Y nosotros nos iremos en auto, ¿verdad? Así lo habíamos decidido con usted. Mañana pasaremos por la ciudad un poco y por la tarde podremos arrancar.

— No, yo debo volver hoy mismo sin falta. Se lo prometí a mamá que se siente muy mal.

— ¿Y la prima? ¿Ustedes casi no se vieron?

— No hice más que entregarle la encomienda de mamá cómo debía. No tenemos nada especial de que hablar con ella porque no hace mucho estuvo en casa.

— Entonces lo voy a prevenir a Feldner de que salgo en el auto, mientras usted se prepara para el viaje. ¿Adónde la salgo a buscar?

— Dentro de dos horas exactas lo esperaré en el mismo cruce de las tres calles donde nos encontramos hoy. ¿Está de acuerdo?

— Perfectamente. Tendré tiempo incluso hasta de acompañarla a lo de su prima.

— ¡No, ¡no! ¡Eso está demás! — se inquietó Mónica.— Nos puede ver por la ventana y pensar quién sabe que cosas.

Heinrich miró a Mónica con una sonrisa y la muchacha bajó los ojos.

Después de marcharse la joven, Heinrich previno a Feldner de que saldría ese mismo día en auto, dándole las últimas instrucciones acerca de la patrulla del convoy. Le restaba todavía un poco de tiempo libre para despedirse de Lemke. Éste lo recibió con gran respeto y amabilidad, pero no pudo hacer alardes de haber hallado la mínima huella de los organizadores del atentado en el hotel “Savoya”.

Heinrich se lamentó de tener que partir, lo cual le impediría ayudar a la gestapo en sus búsquedas de los asesinos.

— Ah, pero tarde o temprano los encontraremos...

Una fuerte lluvia otoñal azotaba las calles cuando pasadas dos horas Heinrich se dirigía al sitio convenido con Mónica.

A unas dos cuadras vio la conocida silueta junto a la cual estaba parada otra mujer, alta y rubia. Ésta se despedía de Mónica, queriendo cubrirle a la fuerza los hombros con un impermeable. Heinrich quiso detener el auto, pero al recordar que tenía el uniforme puesto, pasó de largo y dando una vuelta, llegó de nuevo al lugar convenido. Mónica ya lo estaba esperando sola.

— ¡En balde no quiso llevarse el impermeable que nos sería útil a los dos!

— Usted... usted... En los ojos de la muchacha brilló la indignación —. ¡Nadie le dio derecho a espiarme!

— Fue por casualidad, Mónica. Pero yo bendigo ese momento, porque me permitió convencerme de que era de verdad una prima y no un primo. ¡Muy bonita, a propósito sea dicho!

— ¿Alcanzó a notar eso también?

— Tengo un ojo avizor, mi querida maestra, y noto cosas que ni se imagina.

Al rato ya volaba el auto por la carretera en dirección a Saint-Remis. No paraba de llover y los dos tuvieron que refugiarse en el impermeable de Heinrich, porque todas las hendidias de las ventanillas mal cerradas dejaban penetrar las frías gotas de la lluvia.

Heinrich y Mónica dejaron Bonneville en la primera mitad de la tarde y ahora Kurt apretaba el acelerador para lograr volver a Saint-Remis todavía con la luz del día. Era peligroso andar de noche por estos lugares.

Los pasajeros de Kurt no notaban ni la velocidad del viaje, ni la lluvia. Estaban sentados en silencio, uno arremado al otro, sin percibir otra cosa en el mundo que la proximidad y el calor de ambos. Iban con el único deseo de seguir y seguir adelante, hasta la eternidad, donde se podía volver a ser uno mismo y donde en vez de ambigüedades, juego de palabras e insinuaciones, se podía decir con franqueza y libertad aquella palabra única que sonaba en los labios de cada uno de ellos y que ambos temían pronunciar: “¡te amo!”.

## segunda parte





## El misterio del Valle Maldito

Lutz se equivocaba al afirmar que a unos kilómetros de Saint-Remis existía una planta subterránea donde se fabricaban minas y morteros. El Hauptmann dijo lo que creían saber él y el general Ewers, además de algunos oficiales del cuartel. Hasta el propio jefe del servicio SD Miller estaba convencido de que las insignificantes construcciones en la desviación del camino al altiplano no eran otra cosa que las señales enmascaradas de la entrada a esa fábrica militar. Pero a ninguno de los que estaban “enterados” de ese “misterio” se les ocurrió pensar que de hecho custodiaban un solar vacío con todas esas construcciones ficticias. El mando alemán había cuidado muy bien de guardar en absoluto secreto la ubicación real de un centro de tan exclusiva importancia.

Sí. La fábrica dentro de las entrañas de la tierra era una cosa real; allí en efecto se hacían armas y ahí mismo, bajo tierra, trabajaban los prisioneros de todos los países ocupados por los nazis. Pero no estaba junto a Saint-Remis, sino a veinte y cinco kilómetros de la ciudad, en el lugar llamado el Valle Maldito.

Ese nombre se lo dieron los pastores. Pero al bautizarlo de “maldito” no tenían ni lejana idea de lo profético que sería. Les fastidiaba que aquel valle con magníficos pastizales quedase inaccesible y no diera ningún provecho. Sin prestar oído a los consejos de los mayores, los pastores jóvenes llevaban a veces a pastorear el ganado hasta el mismo borde de las abruptas rocas que en círculo rodeaban aquel valle. Pero todos sus intentos de encontrarle al valle el acceso más insignificante resultaban vanos.

Cualquiera que miraba aquel valle desde arriba, aunque de otro modo era imposible observarlo, creía tener delante trazado por una mano gigantesca un círculo casi perfecto con escarpadas montañas alrededor para que ni un alma pudiese pisar su magnífica alfombra verde tendida en el fondo de ese enorme pozo. Los turistas quedaban

admirados de esta obra de la naturaleza, se embelesaban con el admirable panorama, pero ninguno tenía el coraje de bajar al valle, porque en las laderas corroídas por los vientos, las lluvias y la erosión, no crecía nada, ni siquiera un matorral del que uno se podría aferrar para el descenso.

Así quedaba sin uso aquel Valle Maldito hasta fines del año 1941.

Para ese entonces la “famosa” teoría del Blitzkrieg o guerra relámpago, que debía poner de rodillas a la Unión Soviética ante el invasor, ya comenzaba a perder popularidad. Era cierto que el mando supremo del ejército alemán no había renunciado del todo a esa teoría, pero después de la derrota en los accesos a Moscú, muchos comprendieron que la guerra podría cobrar un carácter duradero y una nueva ofensiva necesitaría de una preparación previa muy minuciosa. Un gran significativo en dicha preparación adquiriría por supuesto la munición del ejército y muy en especial las “sorpresas” que se preparaban en las plantas militares. Estas deberían demoralizar, según la idea de los hitlerianos, a la retaguardia del ejército enemigo.

Empero los ataques de la aviación soviética y de los aliados se hacían cada vez más frecuentes y había que cuidar de que no fuesen bombardeadas las plantas militares de envergadura.

Precisamente después de la derrota en las cercanías de Moscú y debido a esto, aparecieron en el sudeste de Francia y el norte de Italia numerosos grupos de especialistas con uniforme militar en busca de lugares adecuados para la construcción de fábricas militares subterráneas.

Uno de esos grupos dio con el Valle Maldito.

A partir de enero de 1942 en Saint-Remis no cesaban de rugir los motores de las máquinas. Grandes camiones tapados cuidadosamente cruzaban el pueblo en largas caravanas, deteniéndose por corto tiempo junto a aquellas construcciones que Lutz consideraba fábrica subterránea, para proseguir luego al sur por el nuevo camino. Nadie sabía a ciencia cierta adónde conducía, porque estaba prohibido su tránsito incluso para los autos militares. También fueron vanos los intentos de los maquis para descubrir el misterio de esa ruta: su acceso estaba custodiado por poderosos fortines a ambos lados del camino.

Ya para fines de marzo enormes túneles atravesaron de

este a oeste la gruesa capa montañosa del Valle Maldito y ese mismo verano comenzaron a trabajar en el valle, allá abajo en las entrañas de la tierra, los primeros tramos de la futura planta.

¡Ahora sí se lo podía llamar con todo derecho Valle Maldito!

Paul Chenier o mejor dicho la persona que se escondía ahora bajo tal nombre, jamás había visto el Valle Maldito. Sólo lo oyó nombrar en cierta oportunidad a su mujer, oriunda de un pueblito de las proximidades de Saint-Remis, y lo recordaba únicamente porque aquel día tuvieron una rencilla con Luisa: Paul se había burlado de la costumbre de los habitantes meridionales de darle a todo nombres altisonantes y la joven mujer se ofendió por sus compatriotas. Fue la primera rencilla entre los dos.

Aquella misma noche se juraron concordia eterna, aunque naturalmente violaron el juramento en más de una oportunidad. Pero jamás se les hubiera ocurrido a ninguno de los dos que ese mismo Valle Maldito, causa de su primer desentendido, llegaría a jugar un papel tan trágico en su vida.

El prisionero número 2948 se mordió el labio para no gemir en voz alta. Ese recuerdo lejano, surgido por un segundo en la oscuridad de la barraca, se disipó como una alucinación por más fuerzas que Paul hizo para retenerlo. ¿O quizás no haya existido nunca todo eso?

A partir del momento en que Paul Chenier fue llevado bajo escolta al subterráneo, por primera vez en su vida perdió el sentido de la realidad. Más bien le parecía una pesadilla todo lo sucedido con él.

¿Acaso uno se podía imaginar que en aquel valle pacífico existiese una fábrica subterránea con varios miles de obreros que jamás veían, ni verían nunca más, la luz del sol? ¡Y esa conversación de hoy con el viejo general! ¿Quién podía suponer siquiera algo parecido?

Paul Chenier cerró los ojos por un minuto y los volvió a abrir enseguida. No. No estaba soñando. Todo fue realidad. Por lo tanto la conversación con el general no fue una alucinación ... y era necesario recordar los mínimos detalles de lo vivido aquí desde el comienzo hasta el fin.

...Lo llevaron al gabinete que también debía encontrarse debajo de la tierra, porque no tenía ventanas. El soldado lo dejó pasar y se fue. Era una habitación grande y

espaciosa con una mesa de trabajo, pegada a un escritorio enterrado por completo con planos y diseños amontonados. En la mesa había una caja de cigarros. ¡Qué ganas de agarrarse uno y ponerse a fumar! Desde que vino a parar a ese infierno, no había fumado ni una sola vez... ¿Cuánto tiempo hacía que ya estaba ahí? ¿Un mes?, ¿dos? Paul no lo sabía. Al igual de sus compañeros de celda, también él había perdido la cuenta de los días y las semanas. Aquí se decía así: esto sucedió en el turno anterior o en el anteuúltimo. Nadie sabía en que día estaban...

Paul desvía la mirada de la mesa para no ver los cigarros. En eso su vista parece ser atravesada por dos agudos barrenos. Dos ojos redondos de lechuza, de pequeñas pupilas tajantes como cuchillitos, se clavan en él sin pestañear. Es lo único que parece vivo en esa cara vieja y arrugada, como una hoja seca.

— ¿Por qué se detuvo en medio de la habitación? — preguntó el viejo con hombreras de general, al aparecer de improviso, no se sabe de dónde.

— Temía acercarme a la mesa. Ahí veo unos planos que pueden ser secretos...

Un sordo borbotar parecido a la risa resonó en alguna parte cerca de ahí. Sin comprender de dónde venían los sonidos, Paul se dio vuelta. Pero en la pieza no había nadie más. Sólo entonces comprendió: era el general que reía. Era una risa algo rara. Sus viejos labios deshojados permanecían inmóviles y ningún músculo de la cara se movía; los ojos tampoco cambiaron de expresión; sólo la enorme barriga de hombre enfermo se sacudía de tal forma que parecían querer saltársele los botones de su uniforme, y temblaban las anchas aletas de su nariz cubierta de venas rojizas.

— ¿Qué perderíamos nosotros, o qué ventajas sacaría usted de llegar a enterarse de los secretos de nuestra fábrica? ¿Se los transmitiría a sus amigos? ¿Los vendería a otro estado?

Paul callaba. Al fin de cuentas nadie esperaba su respuesta.

— Usted puede saberlo todo acerca de nuestra fábrica. ¿Lo entiende? —, ¡todo! ¿Quizás tenga curiosidad de saber el lugar dónde se encuentra? Pues aquí va: entre las montañas, al sudoeste de Francia, debajo del así llamado Valle Maldito...

Paul tuvo que apretar los dientes para no lanzar un grito.

— ¿A lo mejor le interesa qué fabricamos? — el general se ahogaba en las convulsiones de los ataques de risa que le daba, por cuyo motivo se sacudía aun más.— También a esto le puedo contestar: fabricamos aparatos ópticos para el visor de bombardeo... ¿Ahora me preguntará por qué soy tan franco con usted?

Los ojillos del general brillaron malignos y todas las arrugas de su cara temblaron en sacudidas convulsas.

— Le pregunto una sola cosa, señor general, ¿por qué me tienen aquí detenido? No soy prisionero, ni malhechor. Yo firmé un contrato con una planta de aviación francesa, donde trabajaba a sueldo. De pronto se aparece gente extraña en mi casa y en nombre de la dirección de la planta me mandan que vaya con ellos inmediatamente a hacer, según dicen, una consulta urgente. En las afueras de la ciudad me meten a la fuerza en un auto blindado y me llevan no se sabe adónde. ¡Yo protesto ante semejante acto, señor general! ¡Es una violación insólita de las leyes y de los derechos humanos más elementales!

— ¡Basta! — el general dió un puñetazo en la mesa y la risa se cortó de pronto —. Leyes, derechos humanos... ¡Eso déjelo para los mítines! Somos gente adulta y podemos arreglárnoslas sin esa demagogia. El único derecho indudable que existe en el mundo es el derecho del más fuerte. La fuerza está con nosotros, ¡usted lo ha podido comprobar! Usted es un talentoso constructor de aviación y nosotros lo necesitamos. De ahí parten nuestros derechos y sus obligaciones. ¿Entendido?

— No del todo. En su código moral hay una falta radical, un error de cálculo, digámoslo así. Ustedes pueden emplear la fuerza física y ya hicieron uso de ella. Pero violar lo que llamó mi talento...

— ¿Será posible que nos crea tan ingenuos? No fue un error, sino el cálculo más perfecto que guió nuestros actos cuando decidimos recurrir a esa medida tan extrema. Nosotros colocamos a la persona en las condiciones más difíciles, quitándole toda esperanza de salvación, (supongo habrá conocido ya nuestros usos y pudo ver el crematorio), y luego le proponemos la única y pequeñísima oportunidad de salvar su vida...

El general arrastraba las palabras con el goce del sadista, esforzándose en captar por la expresión del hombre,

la impresión que éstas le habían causado. Paul reunió todas sus fuerzas para no dejar traslucir su desesperación, ni la ira que sentía.

— ¿Qué oportunidad es esa de que habla? — preguntó con voz indiferente, sin modulación alguna y se quedó admirado de su propia tranquilidad.

— ¡Je-je! ¡Me propone descubrirle desde un comienzo todas mis cartas! Bueno, ¿y por qué no lo habría de hacer? Al fin de cuentas no podrá contárselo a nadie lo que ha visto ya, o lo que llegue a ver más adelante en nuestra fábrica, salvo a Dios nuestro Señor en el otro mundo. ¡Porque usted ya ha dejado de ser Paul Chenier, para transformarse en el número 2948! De aquí nadie sube a la superficie, ¡ni los muertos!

— ¿Quiere decir que la oportunidad que se me insinuó es igual a cero?

— ¡Para todos, a excepción suya y de algunos más como usted! En el caso, claro está, si razona en forma lógica... A propósito. Puede sentarse y fumar un cigarro. Un buen cigarro ayuda al razonamiento lógico.

El general le acercó a Paul la caja con los cigarros y le tendió el encendedor. Después de prenderse uno, Paul aspiró ávido una profunda bocanada y de pronto todo le comenzó a dar vueltas a su alrededor.

— ¿Hace mucho que no fuma? — de lejos le llegó a sus oídos una voz cascada —. ¡No es nada, en seguida se le pasa! — El general hablaba con un tono como si ellos fueran viejos conocidos que se encontraron para una simple charla.

Paul tragó otra bocanada más y la cabeza se le despejó. “No hay que dejarle ver mis nervios... Mantener la calma. Oír todo lo que tenga que decirme este cacharro viejo. Me necesitan para algo y hay que aprovecharlo. Lo principal es ganar el tiempo y, ¡buscarle, buscarle, buscarle una salida!”, se volvía a repetir Paul Chenier a sí mismo.

— Usted podría obtener cigarrillos — mencionó el general como de pasada.

— ¿Fue para eso que me llamó?, ¿para comunicarme esta grata nueva? — preguntó Paul con sarcasmo.

— En parte también para eso. Nosotros podemos mejorar un tanto su régimen. Si vemos que es una persona razonable.

— Supongamos que lo sea...

— En ese caso usted razonaría así: la victoria de Alemania es la única salvación para mí, a condición de que yo contribuya a esa victoria. Porque de lo contrario esta fábrica volará al aire y yo junto con ella...

— ¿No podría evitar estas digresiones psicológicas, señor general, y pasar directamente al grano?

— Está bien. Hablemos con franqueza. Veo que es un hombre sensato. Entonces. Necesitamos que el proyectil caiga desde lo alto a dos o tres metros del blanco y no como sucede ahora a unos cinco o diez metros del objetivo. Con este fin reunimos aquí a varios ingenieros de extra clase. No nos interesan convicciones, nacionalidad, ni otros detalles de tanta importancia ahí arriba. Lo único que les exigimos a todos y a usted también es ayudarnos en resolver algunas dificultades técnicas surgidas en el proceso del perfeccionamiento de los aparatos. Todos los diseños y cálculos técnicos le serán entregados mañana por el ingeniero en jefe de la fábrica. Usted tendrá a su disposición libros y ayudantes, y además acceso libre a todos los talleres. Dentro de un mes deberá entregarme un informe con sus proposiciones. Nosotros las estudiaremos y si vemos que está bien encaminado, nuestras condiciones cobran fuerza: nosotros le garantizamos la vida y la salida a la superficie después de que la fábrica pierda su carácter secreto, o sea después de nuestra victoria. En eso estriba aquella única oportunidad de que le he hablado...

...Con un esfuerzo de voluntad Paul Chenier desechó en su cabeza la hedionda imagen del general y se dio vuelta con cuidado en la angosta tarima, tratando de no molestar a su vecino. Pero Staj Leschinski no dormía.

— ¿Qué decidiste? — le preguntó en un hilo de voz, acercando los labios al mismo oído de Paul.

— Ya te lo dije: hacer pedazos los dibujos y refregárselos por las narices del ingeniero en jefe.

— ¡Qué estupidez! — comentó Staj —. Tienes que agarrar los papeles que te den y aprenderte de memoria todos los cálculos técnicos y en general todo aquello que se refiere a estos malditos aparatos.

— ¿Para comunicárselo a Dios nuestro Señor, como dijo el general?

— ¡Para comunicarlo en tierra si tenemos suerte de salvarte!

— Nos engañamos con vanas ilusiones. Después de la conversación con el general, me convencí definitivamente. Si tuviéramos la mínima posibilidad de huir, no me habrían confiado el secreto del aparato.

— Pero los detalles son embalados y llevados a la superficie. No puede ser que los dejen aquí, bajo tierra. Es evidente que los cajones son enviados por ferrocarril a otra parte. El mes que te dieron hay que aprovecharlo para encontrar el medio de salir de aquí con el menor riesgo. En el empaque trabajan dos de los nuestros: André Susanne y Waslaw Wazek. Hoy consultaré con ellos.

— ¡Podemos hacer fracasar a toda la organización clandestina!

— La organizamos para luchar, y la lucha siempre es un riesgo. Nuestro objetivo es reducirlo al mínimo. Pero eso ya es asunto del comité y no tuyo.

— ¿Pero por qué será que es a mí, al único entre todos, al que se le ofrece esta oportunidad de salvarse? ¡Estás tú, Julio, André, todos ustedes que pueden hacer mucho más para la causa! Tienen amplias relaciones, mucha práctica del trabajo clandestino, mientras yo soy un simple miembro del Movimiento de Resistencia.

— En este caso especial el que más puede hacer por la causa es Paul Chenier. Eres ingeniero y nuestra meta es transmitirle al que haga falta el secreto de los aparatos. Por ello, en nombre del comité, te mando poner cara de haberte aferrado con ambas manos a la pajita que te tendió el general.

— Si tú me lo mandas como presidente del comité...

— ¡Adelante, hombre! Pero claro fíjate primero si te alcanzan las fuerzas para correr ese riesgo. Figúrate que todavía no sabemos el lugar de destino de los cajones con los detalles. Tal vez los controlen una vez más al cargarlos en los vagones. No te olvides tampoco que tu escondite provisorio puede transformarse, a pesar nuestro en tu tumba. Es que no tenemos la menor idea de cómo se transportan esos cajones y de ahí que ignoremos el camino que podrá llevarte a la libertad. ¿Estás dispuesto a arriesgar?

— Estoy dispuesto a hacer lo que me mande el comité clandestino.

— Entonces mañana mismo elaboraremos un plan detallado y comenzamos a prepararnos para cumplirlo. Te dejaremos fuera de su organización para no despertar

sospechas. Tu tarea consistirá en grabar en tu memoria todo lo que pueda ser útil para nuestros amigos en la tierra... Y ahora, ¡a dormir! Necesitamos de una cabeza despejada.

Staj se corrió a un costado de su vecino de tarima e inmediatamente se quedó dormido.

Paul Chenir se quedó largo rato con los ojos fijos en el techo de hormigón que pendía muy bajo, casi sobre sus cabezas, y de pronto le pareció que era una verdadera tapa de ataúd. ¿Dejarse embalar en un cajón, sería ese el único modo posible de subir a la superficie? Y luego, ¿le quedaría alguna posibilidad de ver la luz del día para contarle a la gente el secreto del Valle Maldito? ¡Poquísima probabilidad! ¡Una contra noventa y nueve, y menos aún! El cajón en que lo embalsasen podía quedar debajo de todos los demás y entonces...

Paul se estremeció, agarrándose del cuello de su camisa, como si ya le faltara el aire. ¿Tenía miedo? Claro que lo tenía. Pero sentir miedo no significa ser cobarde: porque aceptó voluntariamente y con plena conciencia que lo embalsaran vivo en un oscuro ataúd. ¡De aquí se tenía que salir y cumplir lo encomendado!

Paul se incorporó a medias y, apoyado en un codo, se puso a mirar la barraca. Al final del pasillo, entre las tarimas alineadas en dos pisos, titilaba la luz mortecina de una bombilla eléctrica. Su luz apenas hacía visible en la oscuridad las primeras tarimas de la entrada con una figura encorvada en éstas. ¡El prisionero número 1101! Anoche le empezó a sacudir la fiebre amarilla, así que mañana ya no saldría seguramente... Por lo tanto quedaba un solo camino... No. ¡Fuera de aquí! No tanto para salvarse, como para quitarle al enemigo su terrible arma. Si se le presentaba la mínima posibilidad de lograrlo, pues —, ¡la debía de aprovechar!

Antes de quedar dormido, Paul volvió a imaginarse por un segundo la cara de Luisa. Probablemente habría dejado París, yéndose a vivir con su madre. Sólo algunos kilómetros los separaban. ¡Si ella supiera lo cerca que estaban el uno del otro y al mismo tiempo lo infinitamente lejos!

## Los duros días del general Ewers

El general Ewers perdió la calma a partir del momento en que el combate a orillas del Volga se convirtió en el punto central de los informes del mando alemán. Como siempre se aparecía en el cuartel general para las diez de la mañana bien afeitado, elegante y esbelto, y a la una en punto estaba en el almuerzo del casino, con una que otra broma sobre algún oficial, pero tras esa fachada acostumbrada ya se escondía otra persona, perpleja, inquieta y desconcertada al extremo. Tal vez sólo Lutz, que se topaba con el general con mayor frecuencia, notaba esa mudanza. Ewers se pasaba horas enteras inclinado sobre el mapa del frente de Stalingrado, marcando escrupulosamente en él los cambios producidos.

El general Ewers no gozaba de la benevolencia del mando hitleriano. De motivo para ello sirvió un artículo suyo publicado en una de las revistas militares en el año 1938. Ewers decía allí que la política de Bismark en los últimos años de su vida y especialmente su discurso de 1888 en el Reichstag no sólo fue un error, sino una calamidad para Alemania. Al pasar luego al análisis de la táctica y la diplomacia del régimen del Kaiser, Ewers afirmaba que la imitación ciega de la política del "canciller de acero" llevó a la creación de la Entente, a pesar de que la primera guerra mundial demostró con toda evidencia lo erróneo de la tesis de Bismark sobre la posibilidad para Alemania de combatir simultáneamente en dos frentes, el oriental y el occidental.

Las reflexiones de Ewers fueron expresadas más que a destiempo. Precisamente a aquellas horas se elaboraban los planes febriles de una nueva guerra. Ribbentropp viajaba de país en país, tratando de reforzar con amenazas o promesas la alianza de los estados de Europa Central, ¡y en eso a un oscuro general se le ocurre prevenir sobre la guerra a dos frentes!

Este artículo comprometedor de Ewers pudo haber resultado trágico para su autor, si no fuera por sus amigos. Para deshacerse de su molesta presencia en el cuartel, lo enviaron lo más lejos posible de Berlín en calidad de comandante en jefe de un regimiento bastante alejado de la capital. Después de esto el general no publicó nada más en la prensa. Cuando comenzó la guerra con Rusia, el general Ewers cometió la imprudencia de mencionar

en una conversación privada con el general Brauchitsch, designado entonces comandante en jefe del Frente Oriental, la conocida frase de Napoleón sobre el soldado ruso al que "no basta con matarlo, sino que se necesita empujarlo después para que se caiga". Eso fue suficiente para sentenciar a Ewers a la permanencia exclusiva en unidades de retaguardia: se le mandó al sur de Francia como jefe de división y a partir de entonces se olvidaron de él por completo y también de concederle galardones.

No se podía acusar a Ewers de sentir la mínima simpatía por Rusia. A los rusos los odiaba y no ocultaba sus sentimientos. Pero este odio no le cegaba como para perder el juicio. Por eso en sus conversaciones con los amigos seguía manteniéndose firme en la convicción del peligro que representaba para Alemania la guerra con ese país. Ewers ponía en tela de juicio la certeza de los informes del cuartel general alemán sobre el potencial militar de Rusia y no les daba crédito a las relaciones oficiales acerca de su potencial económico de recursos humanos. Era más aun. Estaba sinceramente convencido de que la lucha del ejército alemán en dos frentes sería nefasta para Alemania en caso de prolongarse la guerra, porque la correlación de fuerzas se inclinaba a favor del enemigo.

Ultimamente Ewers confiaba sus pensamientos sólo a los amigos más íntimos. Pero incluso a ellos no les decía el general que consideraba un error del mando hitleriano el haber comenzado el combate por Stalingrado. Los rusos obtuvieron la posibilidad de moler en esa gigante picadora de carne humana las mejores fuerzas armadas hitlerianas; y aun de suponer que los rusos les cediesen Stalingrado, el ejército alemán quedaría igualmente agotado, sin poder irrumpir en Moscú.

Ewers le deseaba éxito a Paulus de todo corazón. Con alegría hacía correr sus señas sobre el mapa a lo largo de los dos kilómetros, cuando los partes comunicaban el más insignificante avance de las unidades hitlerianas en cualquier tramo del frente de Stalingrado. Pero en lo profundo de su alma vivía acrecentándose la preocupación por la suerte de toda la guerra...

Cuando en los partes apareció por primera vez la expresión de "la ofensiva de los rusos", Ewers por poco se enferma. Claro que a excepción de esa frase tan fuera

de lo usual, los informes no tenían nada de alarmantes; pero el general, como todo militar bien entendido en las cosas bélicas, sabía leer entre líneas.

El 24 de noviembre de 1942 el general no durmió en toda la noche. No le dolía el hígado, ni tampoco había otras causas para el insomnio, y sin embargo no podía conciliar el sueño.

“¡Me estoy volviendo viejo!”, decidió con tristeza el general y mirando el reloj se dio vuelta hacia la radio: a esa temprana hora de la madrugada transmitían las últimas noticias.

Ya la primera frase que captó su oído obligó al general a saltar de la cama como un resorte: las fuerzas armadas soviéticas cercaron junto a Stalingrado el ejército número seis y el cuatro blindado...

Ewers comenzó a vestirse precipitadamente. Así llegó a hacerlo a medias para sentarse luego cansado en la cama. ¿Adónde quería correr? ¿Qué podía emprender? ¿En qué podía ayudar? Sí, era el comienzo del fin que temía tanto y del que hace tiempo prevenía. ¡Cómo le hubiera gustado tener la oportunidad de hacer en esos momentos un análisis de la situación en el Frente Oriental y profundizar en las perspectivas de esta guerra ante los más competentes en una reunión militar! ¡Claro que sabía demostrar todo el peligro que resultaba la estrategia y táctica de Hitler! ¿Pero qué podía hacer ahora? ¡Nada! Estarse callado y no dejar caer una sola palabra imprudente que pudiese insinuarle siquiera a alguien los pensamientos que se atropellaban en su cabeza, porque daba miedo no sólo decir, sino sólo imaginarse que para un exitoso fin de la guerra hacía falta la eliminación de Adolfo Hitler. Claro, a sí mismo se lo podía confiar: ¡aniquilar al Führer!

Dios mío, el sólo pensarlo daba miedo... No obstante...

No había otra salida que firmar de inmediato y a cualquier precio la paz separada con Estados Unidos, Inglaterra y Francia, para desatarse las manos en el Occidente y echar todas las fuerzas al este. No era posible alentar la esperanza de una reconciliación con la Unión Soviética. Por lo tanto sólo en el occidente había que buscarle una salida a la situación. Era el único camino por ahora. La única esperanza de salvarse.

¡Esto quería decir que hacía falta actuar sin demoras! Pero, ¿por dónde empezar? ¿Quién se atrevería a un ries-

go tan enorme como es el golpe de estado, incluso en aras de la salvación de Alemania?

Ewers comenzó a pasar revista mentalmente a todos sus amigos que compartían sus mismas ideas. Los había hasta entre el mando supremo. Y ahora serían más aun. Necesitaba encontrarse con ellos, hablar, consultar, discutir. De cualquier forma era necesario actuar sin demora. Tras los cristales apenas comenzaba a clarear el alba y nada interrumpía el silencio matutino, sólo el golpear de las pesadas botas de los soldados sobre el asfalto alrededor de la villa. Los pasos se oían regulares y pausados. Así podían pisar sólo las personas seguras de sí mismas y de su futuro. De repente el general se imaginó cómo los soldados con esas pesadas botas debían salvar su pellejo del ejército soviético en alguna parte de las estepas junto a Stalingrado. Ewers se figuró miles y miles de pies calzados en esas pesadas botas, con clavos en las suelas. Los soldados corrían, huían, saltaban, se atascaban en la nieve y volvían a salir corriendo...

El general bajó las cortinas para ahogar el ruido de los pasos que sonaban detrás de la ventana. Pero inútil; éstos seguían sonando en los oídos del general como golpes pausados, destinados a torturar sus nervios tensos al extremo. No. No tenía derecho a estar inactivo. ¡Había que actuar, actuar a toda costa! Nada podría obligarlo en el futuro a subyugarse a la voluntad del mando supremo, demasiado ciego para ver lo inevitable del desastre del país al que está llevándolo Hitler.

Se precisaba empero actuar con calma y astucia. Buscar a los partidarios en forma inteligente, con prudencia. Nada de apuros y menos aun confianza excesiva con personas poco conocidas. De lo contrario se podía hacer fracasar toda la causa en su misma etapa embrionaria.

Mucho tiempo siguió sentado el general a la mesa sopesando el plan de los pasos a dar de inmediato. Lo sacaron de su meditación unos golpecitos a la puerta.

— ¡Buenos días, excelencia! ¿Manda servirle el desayuno? — preguntó la mucama.

— Sí — contestó secamente Ewers y, abriendo la carpeta, comenzó a escribir el parte al jefe del cuerpo de ejército.

Haciendo referencia a asuntos particulares, el general pedía una licencia de dos semanas para ir a Berlín.

Por lo general Heinrich venía unos minutos antes de las diez para intercambiar unas palabras con Lutz antes de la llegada de Ewers. El edecán del general ya solía estar enterado de todas las novedades del cuartel y se las relataba gustoso a Heinrich por el que sentía cada vez mayor simpatía. Pero esa mañana Lutz no estaba para charlas.

— Herr Hauptmann parece estar melancólico, ¿eh? — le preguntó Heinrich después de varios intentos fracasados de comenzar una conversación.

— ¿Pero no influyen en su ánimo los acontecimientos de ninguna índole? — pronunció Lutz al tenderle a Heinrich el último parte del frente de Stalingrado.

Al leer las primeras líneas Heinrich lanzó un leve silbido, obligado a dejar gacha la cabeza sobre el informe para que no se viera la expresión de su cara.

— ¿No oyó el noticiero de la mañana?

— Es que duermo como un lirón y por eso no escucho la radio a esa hora.

— A partir de ahora tendrá que hacerlo por la mañana y por la noche...

Ambos callaron. Cada uno pensaba en lo suyo y vivía a su manera la noticia recibida.

— ¿Qué puede significar todo eso, Karl? — Heinrich fue el primero en romper el silencio.

— Yo no soy un gran estratega, pero algunas conclusiones se imponen por sí mismas y éstas son poco consoladoras. Ninguna clase de propaganda me podrá convencer de que todo marcha perfectamente. Usted recuerda cómo explicaban nuestros periódicos el año pasado la retirada de Moscú. Decían que nuestras fuerzas armadas debían pasar a cuarteles de invierno. Algunos lo creyeron. Pero a mí me enferma esta política de tapar a toda costa la verdad. ¿Cómo explicarán en nuestra propaganda ahora la situación del ejército de Paulus? ¿Dirán que decidimos irrumpir en el cerco del ejército soviético para resguardarnos mejor a sus espaldas de los vientos del Volga...! ¡Oh, Heinrich!...

Lutz no alcanzó a terminar la frase, cuando alguien tiró con fuerza de la manija de la puerta y Miller apareció en el umbral.

— ¿Está el general en su oficina? — preguntó desde la puerta sin saludar.

— Tiene que venir de un minuto para otro.

El comandante Miller se puso a andar por la habitación, frotándose nervioso las manos y echándole a cada rato miradas de impaciencia a la puerta. Tenía un aspecto tan turbado que ni Lutz ni Heinrich se atrevieron a preguntarle de lo sucedido.

Al llegar Ewers, Miller se encerró inmediatamente con él en su oficina, pero no acabó de pasar ni un minuto cuando el general llamó a ambos oficiales.

— El comandante Miller me acaba de comunicar una desagradable nueva: esta noche, a medio camino de Chambery a Saint-Remis, los maquis hicieron descarrillar el tren que llevaba las armas para nuestra división. El primer teniente Feldner quedó herido de gravedad, parte de los guardias están muertos y los otros prófugos...

— ¿Y las armas? ¿Qué es de las armas? — casi a una voz exclamaron Lutz y Heinrich.

— Los maquis lograron apoderarse de una parte; un tercio o algo así. Por suerte llegaron otros trenes con patrulla de relevo...

La aparición del oficial encargado de descifrar los informes no permitió que el general terminara la frase.

— Bueno, ¿qué hay ahí? — preguntó impaciente, agarrando el parte descifrado. Después de leerlo, tiró con visible disgusto el papel —. ¡Oh, ese Faul!

— ¿Pasó algo, señor general? — Miller no se atrevió a recoger sin el permiso de Ewers el parte tirado en el suelo.

— Esta noche los maquis asaltaron nuestro puesto de guardia número diecisiete que patrulla la entrada al túnel. Hay muertos y heridos...

— ¡Esto es demasiado para un solo día! — gimió Miller.

— ¿Usted cree que fue casual esa coincidencia de hechos? — en la voz del general se sentían notas de amarga ironía —. Compare si no los hechos, como dije. Entonces vería claro que cada paso victorioso dado por el ejército soviético en el Frente Oriental, lo sentimos de inmediato en nuestro propio espinazo aquí, en la profunda retaguardia. Estoy absolutamente convencido de que el asalto al tren y al puesto de guardia fue cometido por los maquis

porque se enteraban de nuestros mismos informes acerca del sitio de nuestras tropas junto a Stalingrado.

— Parece que es cierto... consintió Miller.

— Herr Miller, hágame el favor de quedarse porque debemos discutir algunas medidas a adoptar. Herr Hauptmann, ¡llame de inmediato al jefe del cuartel! A usted, primer teniente Goldring, también le encomiendo una tarea urgentísima: tendrá que ir a Pontei a ver nuestro puesto de guardia número diecisiete para examinar en detalle los pormenores del asalto de los maquis e inspeccionar el trabajo del teniente Faul; los resultados me los comunica hoy mismo a las siete en punto de la tarde.

— ¡A sus órdenes, mi general!

Heinrich salió precipitadamente de la oficina del general, deteniéndose por unos minutos en la habitación de Lutz.

— ¡Karl, ayúdame con el transporte! — se dirigió al amigo.— Después del viaje a Bonneville mi ordenanza puso el auto para el control técnico y le quitó algunas piezas... ¿No me podría hacer una escapada en uno del cuartel?

— Ya conoces el carácter del general a quien en cualquier momento se le puede ocurrir que tiene que salir a alguna parte. Llévate la motocicleta.

— ¡Tanto mejor! Kurt se quedará en casa y podrá dar término a la reparación del auto antes del anochecer.

— ¡No sé si es mejor! Al menos entre dos es más seguro. Los maquis habrán levantado la cabeza de verdad.

Pero Heinrich ya estaba detrás de la puerta y no oyó esta advertencia. A paso rápido se dirigió a la motocicleta, contento de tener la oportunidad de salir del pueblito y quedar a solas con sus pensamientos, sopesando con tranquilidad los hechos de ese día. ¡Cuántas noticias buenas en una sola mañana!

¡Ese día era maravilloso! La motocicleta volaba por la carretera sin levantar la menor nubecita de polvo. Después de la reciente lluvia el asfalto brillaba como lavado, y el aire diáfano y puro llenaba el pecho al igual de la alegría que inundaba el corazón de Heinrich. ¡Qué ganas de seguir y seguir!, sin detenerse, ni descansar; pero en vez del sur iría al este, donde ahora se estaba decidiendo la suerte de la guerra, donde millones de corazones al unísono del suyo latían ahora más aprisa, presintiendo

la felicidad de la victoria. ¡Qué dicha tan inmensa esa de sentir en cualquier parte el indestructible nexo con la Patria!, sentir las miradas de toda la humanidad dirigidas a ella . "... Cada paso victorioso dado por el ejército soviético en el Frente Oriental lo sentimos de inmediato en nuestro propio espinazo aquí, en la profunda retaguardia..." Así, parece, dijo el general. ¡Pues en adelante lo sentirían más aún! Por de pronto los maquis lograron hacer descarrilar un tren. Claro, tuvieron la mala suerte de poder llevarse sólo parte de las armas. Lástima de no haber sido toda.

Sería curioso saber la meta con que fue cometido ese asalto al puesto de guardia. El general mencionó un túnel. Y éste debe llevar sin falta a alguna parte... Los túneles comunes no son custodiados con tanto esmero como éste. Quiere decir... Sí. Motivos excepcionales, especialísimos, debe haber para organizar precisamente en ese punto el puesto de guardia. Probablemente esa fábrica subterránea que tiene atentos en ella todos sus pensamientos...

No, no hay que apurarse en hacer deducciones. Eso podría llevar a una huella falsa. Lo que equivaldría a perder el tiempo. Por ahora de indudable o cierto hay una sola cosa: la fábrica de que habló Lutz no es aquella en cuya busca está Heinrich. ¡Un rastro falso más que por poco iba a seguir! A él, como al mismo Lutz y a muchos otros, despistaron los camiones blindados que se detenían siempre junto a las pequeñas construcciones en el camino al altiplano. Pero Heinrich notó que esos camiones jamás se quedaban ahí por mucho tiempo y nunca venían de vuelta, sino seguían siempre en una misma y única dirección: hacia el sur. El cotejo de otra serie de hechos también hacía pensar que la fábrica subterránea no se hallaba ahí, sino en alguna otra parte. Tomando en cuenta por ejemplo lo siguiente: todo el mundo en el cuartel afirmaba que los nuevos morteros y minas probadas en el altiplano provenían de la fábrica subterránea. ¿Por qué fueron descargados entonces de los vagones llegados del norte? Era muy difícil averiguarlo todo, ahora que no había tiempo para perder. El enemigo estaba furioso por el fracaso en las inmediaciones de Stalingrado y podía vengarse en la población indefensa.

En una hora Goldring ya estaba en el puesto de guardia, a unos dos kilómetros del pueblito de Pontei. Un ca-

mino cubierto de grandes planchas de hormigón llevaba a ese puesto. Sin embargo parecía poco frecuentado, porque entre las losas crecía el pasto, ya seco en esa época del año. También estaban cubiertas de pasto las zanjas a ambos lados del camino. Junto al mismo puesto patrullero los rieles de la vía férrea cruzaban un puente tendido sobre profunda hondonada.

Un largo edificio rectangular de piedra y ventanas pequeñas hacía de guarnición a los soldados del destacamento. Aquí mismo vivía también el jefe del puesto, el teniente Faul, un hombre entrado en años, hinchado de cara y movimientos torpes.

Al llegar, Heinrich le ordenó al jefe patrullero que le contara en detalle el asalto de los maquis ocurrido aquel día.

Faul comenzó el relato en forma embrollada e inconexa con aires de superioridad, como el que acaba de salir de un combate y hace alardes ante un oficial de cuartel que no conoce ni el olor a pólvora. Esto terminó por irritar a Heinrich.

— Muestre en el lugar de los hechos dónde y cómo sucedió todo.

Muy pronto se hallaron el teniente y Heinrich en ese sitio.

— Nosotros hacemos guardia ante ese túnel —. Faul mostró la enorme boca de una alta montaña poblada de árboles y aquel puente visto antes por Heinrich.

Alrededor del túnel y de la guarnición había pequeños fortines distribuidos en semicírculo. Otros semejantes se levantaban al comienzo y al final del puente.

— Los guerrilleros se aparecieron de las montañas — continuó explicando Faul —, en cambio todas nuestras fortificaciones están construidas en base a que, como lo ve, al enemigo se lo debe esperar de ahí, del pueblo... Los maquis atacaron a las dos y pico de la noche. Mientras los soldados corrían de la guarnición a los fortines, fueron blanco de fusiles y morteros. El combate duró sólo media hora, o tal vez menos aun. Nuestras pérdidas suman dos muertos y siete heridos, dos de ellos de gravedad. Aparte de esto murieron dos soldados de los SS.

— ¿Y esos de dónde aparecieron?

— Fuerzas de los SS patrullan la salida del túnel del lado opuesto.

“Así que la salida del túnel es celosamente custodiada”, pensó Heinrich para sus adentros.

Goldring acompañado de Faul subió al puente:

— ¡Ordene al guardia que dé la alarma!

El jefe de guarnición sacó la pistola y disparó tres veces al aire.

— Herr Faul. Los maquis están atacando por el norte. ¿Qué hace en este caso?

— Yo actuaría del modo sig...

— No me venga con filosofías, ¡caray!, ¡actúe! — Heinrich lo interrumpió airado, mostrando en dirección de los soldados que salían corriendo de la guarnición y al no saber lo qué emprender, se apelotonaron en un terraplén junto al puente —. Herr Faul, si yo fuese ese terrorista y tuviese además a dos hombres armados, ¡mataría a todos los soldados junto con usted y haría volar el puente con toda tranquilidad!

Faul miró desconcertado a Goldring y ordenó a los soldados que ocuparan puestos defensivos en dirección al norte. Los soldados echaron cuerpo a tierra con rapidez. Heinrich se acercó al primero de ellos.

— ¿Qué ve delante? — le preguntó.

— ¡No veo nada, señor primer teniente! — confesó éste con sinceridad.

— Ahí está el asunto, teniente Faul, ¡con semejante sistema de defensa, sus soldados no verán ni pizca! Ellos sólo ven delante aquella sierra y si los guerrilleros se acercan un poco más, pasarán a la zona muerta donde no les tocará ni una sola bala.

Faul callaba y sólo de tanto en tanto se secaba con un pañuelo la frente sudorosa. Heinrich también se dio vuelta en silencio para dirigirse a la habitación de Faul que hacía las veces de oficina.

— ¡Deme el diario del puesto patrullero! — ordenó Goldring y sacó una lapicera para apuntar sus impresiones acerca del estado de las cosas.

Faul, aturdido, estaba parado delante de Heinrich.

— ¿Usted hizo alguna vez entrenamiento con sus soldados? — preguntó Goldring, ya algo suavizado el tono de la voz.

— Vea, señor primer teniente, hace sólo una semana que estoy aquí. Hasta entonces trabajé en el cuartel del regimiento.

— ¿Y por qué fue trasladado aquí?

— Mi hermano menor volvió hace unas semanas del Frente Oriental donde perdió una pierna... quizá dijo algo demás, porque lo metieron en el campo de concentración y a mí me mandaron aquí... Ahora, cuando lean sus impresiones, no me sabré mantener aquí tampoco, tendré que seguir al este...

Faul suspiró apesadumbrado y se sentó en el catre.

Heinrich escribió de corrido varias líneas en el diario:

"El 24 de octubre de 1942 inspeccioné por orden del jefe de división el teniente general Ewers el puesto de guardia número 17. El patrullaje se efectúa correctamente. Se simuló una falsa alarma y a su señal los soldados se reunieron en forma correcta, dislocando las armas en buen orden. Encargado de la inspección, primer teniente von Goldring".

— ¡Léalo! — le acercó a Faul el diario.

El teniente leyó lo escrito.

— Señor primer teniente, ¡no sé ni cómo expresar en palabras...!

— Entonces le daré un consejo: corrija todos los errores cometidos que no mencioné por el poco tiempo que lleva aquí... Bueno, me puedo poner en camino, parece.

— No me crea cargoso, señor primer teniente, pero me sentiría feliz si usted acepta almorzar conmigo.

Heinrich aceptó la invitación.

En el almuerzo y especialmente después de la grapa, a Faul se le desató la lengua.

— ¡No se imagina, señor barón, lo aburrido que se vive aquí! Uno no tiene adónde ir, ni nadie con quién cruzarse una palabra. Después vienen estas lluvias... Y lo único que le queda a uno es la grapa.

— Pero si usted tiene a los vecinos suyos, los oficiales de los SS.

— Nosotros mantenemos contacto sólo por teléfono, porque se nos prohíbe ir al otro lado del túnel. Y ellos ni por teléfono abren la boca. ¡Bah, que se vayan al cuerno! Esos rigores, ¿para qué? Si al menos hubiera algo que guardar. ¡Esa semana que pasó no hubo ni un solo camión!

— ¿Está siempre tan desierto eso?

— Mi antecesor decía que sí, porque este túnel es sólo una entrada de reserva al Valle Maldito, mientras el activo está a unos diez kilómetros de nosotros. Fíjese usted en el nombre, ¡pardiez!, y bastará para volverse loco:

¡Mal-di-to!. Y uno se tiene que quedar aquí, ¡vaya el diablo a saber a qué!

— Bien puede usted hacer alardes de estar patrullando un objetivo militar importante.

— Pero si le acabo de decir de que sólo el diablo sabe qué estamos custodiando. Se me ordena ponerlo en el aire y lo haremos. Yo cumplo órdenes, lo demás no es asunto mío.

El teniente Faul se embriagaba con rapidez y se volvía cada vez más hablador, pero Goldring no oyó ninguna otra cosa de interés para él.

— Bueno, señor teniente, debo marcharme —. Heinrich se levantó.— ¿Espero no tener que enrojecer por usted si de pronto se aparece el general Ewers por aquí?

— ¡Todo estará en orden, señor primer teniente! Muy agradecido por aceptar en compartir nuestra rústica comida de soldado. ¡En el casino seguro les darán mejores almuerzos!... Sabe, ¡quédese a pasar la noche aquí! Ya es bastante tarde y en las montañas anochece temprano. ¡Es la hora más conveniente para los guerrilleros!

— ¡No es nada! ¡Pasaré de algún modo! — exclamó Goldring de buen grado al sentarse en la motocicleta.

Las sombras comenzaban en efecto a tenderse sobre las montañas, pero Heinrich se olvidó por completo del peligro de los viajes a esas horas. Todos sus pensamientos estaban dirigidos a lo que acababa de oír de Faul. “Si se custodia con tanto afán incluso el túnel de reserva de ambos lados, pues será de verdad algo muy importante — pensó Heinrich —. Y si se añade que ese algo se mantiene en secreto absoluto, entonces...”

Una ráfaga de fusil barrió el camino por detrás y luego delante suyo. Heinrich apretó el acelerador y la motocicleta arrancó hacia adelante para dar en algo duro, al menos así le pareció a Heinrich en aquel breve instante cuando se sintió caer.

En el puesto de guardia oyeron el tiroteo y un grupo de motociclistas encabezados por el asustado teniente Faul llegó de inmediato al lugar de los hechos. Faul ordenó cercar los alrededores, mientras se precipitaba sobre el primer teniente que un minuto antes había partido tan contento del puesto patrullero y ahora yacía inmóvil en la zanja a unos pasos de la motocicleta.

En todo el camino a Saint-Remis Faul se maldecía por no haber enviado una escolta con Goldring y ahora lo

único que deseaba era no toparse con el propio general Ewers. Pero éste se hallaba aun en el cuartel. Al enterarse de que habían traído desmayado a su oficial para misiones especiales, Ewers descargó sobre Faul la irritación acumulada en todo el día.

El general se ablandó un poco sólo después de oír el diagnóstico tranquilizador del médico sobre el estado de la salud de Goldring, quien se golpeó con la cabeza contra una roca al caer de la motocicleta, y dejó partir al jefe del puesto de guardia sin una severa amonestación.

Cuando con permiso del doctor se llevaron a Goldring a su casa, Ewers, cansado hasta el tope de las perturbaciones del día, se dejó caer sin fuerzas en el sillón de su oficina.

Para un solo día eso ya era demasiado.

## Adversario y amigo siguen la pista

“Ay, qué dolor de cabeza! ¡Está que se me parte!”

En sueños o en realidad, Heinrich ve a su madre inclinada sobre la cama. Con su mano fresca en la frente del hijo, éste se siente un poco aliviado. Pero sólo por un segundo. Después comienzan de nuevo los martillazos y ese pulsar en las sienes... ¿Y esos dos, Miller y Schulz, de dónde salieron? Se turnan para darle con algo pesado en la cabeza. ¿Qué quieren de él? Ah, sí. Quieren saber su nombre verdadero... Yo soy Heinrich von Goldring, yo soy Heinrich von Goldring, barón... ¿Dónde estará batiendo el péndulo? Pero si es el reloj de mamá colgado sobre el diván. ¿Cómo habrá venido a parar aquí, encima de su oído? Ahora mismo el péndulo le dará en la sien. Hay que hacer un esfuerzo y apartarlo con la mano; así, levantar la mano y...

Heinrich lanza un grito del agudo dolor en el hombro y se despierta. Dos figuras, una en la cabecera y la otra al pie de la cama, se levantan al mismo tiempo de las sillas. ¿Qué pasa? ¿Kurt y Mónica? ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué será tan insoportable ese dolor de cabeza?

— ¡Señor primer teniente, el médico le prohibió moverse!

Kurt se inclina para acomodar la almohada debajo de la cabeza de Heinrich. Mónica permanece muda. En silencio retuerce una servilleta blanca sobre la palangana llena de agua y se la coloca en la frente de Heinrich. Éste

se queda un segundo con los ojos cerrados, haciendo un esfuerzo para recordar lo sucedido. La realidad se entremezcla con lo visto en sus desvaríos y de pronto le machaca la idea de haber delirado en voz alta. Esto lo vuelve a Heinrich a la realidad.

— Me ahogaba entre quimeras... ¿Seguramente grité y hablé en sueños? — pregunta en tono inseguro, mientras espera lleno de miedo la respuesta.

— No, señor primer teniente, usted sólo gemía; estuvo todo el tiempo gimiendo... Mademoiselle Mónica y yo ya queríamos mandar de nuevo por el doctor.

Sólo ahora nota Heinrich los enrojecidos ojos de Mónica y de Kurt, por las noches de insomnio pasadas.

— ¡Les causé tantas molestias, mademoiselle Mónica, y a tí, Kurt! — pronunció Heinrich conmovido con el deseo de incorporarse.

— ¡No, no se levante! — exclama Mónica preocupada y se inclina sobre Heinrich para cambiar la toalla húmeda en su frente...

¡Un rostro dulce y tan conocido que parece irradiar la suave ternura de la madre, la hermana y la amada...! Sus manos también esparcen la dulzura. ¡Qué delicia sentir la tersura de su roce en la frente afiebrada! Quedarse así con la mejilla en su mano fresca y dormir. Cerrar los ojos y dormir. Dormir mucho, mucho. ¡Es que necesita tantas fuerzas!

\* \* \*

Ese día Miller vino dos veces para verlo a Goldring. Sin embargo no logró hablar con el primer teniente ni una sola vez. El jefe del servicio de seguridad SD hizo todo lo posible para aclarar la situación del ataque al primer teniente; él mismo inspeccionó con todo esmero el lugar donde fue hallado Heinrich desvanecido. Debajo de uno de los matorrales encontró una decena de cartuchos de fusiles alemanes. Así podía ser que Heinrich fue tiroteado con las mismas armas por las que había ido a Bonneville.

En ese ataque al convoy con las armas, ¡ahí estaba la clave de los últimos acontecimientos! Y era ahí donde precisamente todo el servicio SD estaba estancado. Hasta ese momento no existía aun una versión precisa y cabal sobre el asalto del tren. Las declaraciones de los soldados

que lo estaban custodiando eran incoherentes, fragmentarias y muchas veces incluso contradictorias. Mejor que nadie por supuesto lo podría contar el primer teniente Feldner, quien acompañaba el convoy. Pero hasta ahora se encontraba en un estado grave y los médicos no permitían que se le acercaran. Miller tenía muchos deseos de discutir con Goldring el asunto y exponerle sus planes. Después del asalto al tren llegó desde Berlín una nota sobre la necesidad de reforzar la lucha contra los maquis y cuando se enteraron también del ataque al túnel, se le dio orden expresa y rigurosa de informar sobre las medidas adoptadas para estrangular el movimiento guerrillero.

Por fin llegó la hora cuando podía y debía demostrarle al mando supremo sus habilidades y su capacidad de trabajar en una escala mucho más alta que la de una simple división. Precisamente en eso le podía ser útil Goldring. Le bastaría con mencionar en dos o tres cartas al general Berthold la acción e iniciativa del jefe del SD, y Miller tendría el ascenso garantido. Especialmente si lograba descubrir a los cabecillas del atentado contra Goldring. ¡Entonces seguro que Berthold haría para él todo lo que podía! Por lo tanto era imprescindible encontrar a los culpables del atentado al barón... ¿Y si no tenía suerte en hallar la pista? Bueno, entonces quedaba otra salida: meter presos a varios campesinos e incriminarles contactos con los guerrilleros; después ejercitaría una buena presión sobre los primeros y, ¡la confesión del atentado a Goldring estaba en el bolsillo! Pero eso ya era asunto de otro día, mientras ahora era necesario ver sin falta al barón.

\* \* \*

Aquella mañana Heinrich se había levantado por primera vez de la cama, y nuevamente le volvió el dolor de cabeza y la vista se le nublaba. La aparición de Miller resultaba muy inoportuna, pero continuar esquivando su encuentro sería una imprudencia. Y más en esos momentos, cuando necesitaba como nunca estar al tanto de las cosas. Los informes del mando alemán comunicaban sobre los ataques desesperados del grupo de choque de Manstein, que se esforzaba por romper a cualquier precio el cerco que se había cerrado sobre el ejército de Paulus. La radio soviética informaba de la ofensiva del ejército

soviético que también tenía lugar en otros frentes. Los acontecimientos se desarrollaban con creciente rapidez y en horas así era imposible guardar cama y conservar la tranquilidad.

Miller entró en la habitación de Heinrich excitado y radiante de contento.

— Mi querido Heinrich... ¿me permite que lo llame así? Me quedé prácticamente sin pies buscando a los que dispararon contra usted. ¡Y los encontraré sin falta! Meteré en el calabozo a unos diez o veinte hombres y los interrogaré hasta hacerlos cantar. ¡A mí me van a hablar hasta los muertos! — Miller apretó calurosamente la mano de Heinrich.

— Estoy íntimamente convencido de que no le causaré tales molestias, Herr Miller.

— ¿Miller? ¡Usted me ofende! Me llamo Hans y si usted aceptó que le tratara de Heinrich...

— Será un honor para mí... Hans. Bueno; lo que estaba diciendo. No tendrá que arrestar ni interrogar a nadie, porque yo vi quién me disparó. Creo que juntos encontraremos a ese maqui y a los que hicieron descarrilar el tren. Considero lo último una cuestión de honor para mí y estaría muy contento si usted me permite ayudarle en la búsqueda.

— Era justo la proposición que venía a hacerle, Heinrich. Al mismo tiempo quise contarle de mis planes y de las medidas que ya tomé. En primer lugar está el control de todo el que vaya a Bonneville o regrese de ese lugar.

— ¿Y eso para qué?

— Bonneville es el centro del movimiento guerrillero. Es evidente que desde ahí se comunicó sobre el tren de armas. Es probable la existencia de contactos permanentes entre los guerrilleros de nuestro lugar y Bonneville. Nosotros debemos descubrir esos nexos.

— Parece que tiene razón. Pero dejémoslo para más tarde, porque tengo la cabeza que se me parte de dolor.

Heinrich esperaba que Miller captaría su indirecta y se iría, pero éste hizo caso omiso y se quedó por otra hora más, con lo que dejó a Heinrich hasta la coronilla.

A la mañana del día siguiente Heinrich se marchó al cuartel sin reparar en las protestas de Mónica y Kurt. En la oficina de Lutz era difícil abrirse paso entre el gentío que había. Estaban reunidos ahí no sólo los colegas de Heinrich del estado mayor, sino también los

oficiales y jefes de subdivisiones, de los lugares más alejados. A muchos los veía Heinrich por primera vez.

— El general ruega pasar a todos a su oficina! — invitó Lutz a los presentes.

Uno tras otro comenzaron a entrar los oficiales al gabinete de Ewers. Los últimos en entrar fueron Goldring y Lutz. Al ver a su oficial para misiones especiales, Ewers le hizo un saludo amistoso de cabeza sin interrumpir su conversacion con el jefe del cuartel Kunst, con Miller y otro oficial de los SS en el grado de primer teniente.

— ¡Herrschaften! — comenzó Ewers después de que todos tomaron asiento —. Se nos ha encomendado una tarea de enorme importancia: ayer a las seis de la tarde se fugó de una fábrica secreta un peligroso malhechor de nacionalidad francesa, un tal Paul Chenier. En qué condiciones tuvo lugar dicha evasión y quién ayudó al malhechor, no se ha logrado descubrir aún. En el telegrama llegado de Saint-Michel llegado hace una hora, hay un detalle muy elocuente: en uno de los vagones del tren que llevaba la producción de dicha fábrica fue descubierto un boquete serruchado en el piso, y un cajón vacío y roto. Tómese en cuenta que el malhechor huyó de una planta secreta de cuya existencia no saben ni deben saber los enemigos de nuestra patria. Apresarlo vivo o muerto es tarea número uno para nosotros.

El general se detuvo y echó una fiera mirada a los presentes, como queriendo subrayar la importancia de lo que acababa de decir. Luego continuó en un tono completamente oficial:

— Cada subdivisión obtendrá del jefe de cuartel, el coronel Kunst, la instrucción exacta para una determinada localidad que deberá ser objeto de inspección meticulosa en el plazo de un día: casa por casa, huerto por huerto deberán ser revisados. ¡Sin dejar escurrir un solo palmo de tierra! La unidad del primer teniente Keisner, quien está presente en esta reunión — Ewers hizo un gesto con la cabeza en dirección del oficial de los SS —, ha cerrado esta noche el paso a todas las tropas, senderos y puertos en las montañas. Por lo tanto el malhechor no podrá escapar a éstas para unirse a los maquis, quedándose a la espera de una oportunidad propicia en alguna parte de nuestra región. Cada jefe de destacamento aquí presente enviará un grupo de soldados armados y, dejando a cargo de su suplente una subdivisión, dirigirá personalmente la

búsqueda por caminos y poblados. El oficial que tenga la suerte de apresar al malhechor está obligado a hacerlo comparecer aquí para su reconocimiento. Por ello obtendrá de inmediato una recompensa de cinco mil marcos.

El general echó una mirada al primer teniente de los SS. Aquel asintió en silencio con un movimiento de cabeza.

— Para aliviar la búsqueda se les entregará de inmediato la foto de Paul Chenier de frente y de perfil.

El de los SS se levantó:

— ¡Herrschaften! Por mi parte debo recordarles que la tarea encomendada a ustedes es de importancia estatal. La misión que se les da y las fotos del malhechor, lo mismo que su nombre y lugar de trabajo, son cosas absolutamente secretas, confiadas sólo a los oficiales selectos.

— ¡Obtengan la fotografía y precisen su radio de acción! — ordenó Ewers y se levantó, con lo que dio fin a la reunión.

Cuando los oficiales se habían ido, el general llamó a Heinrich.

— ¿Qué tal la salud, barón?

— Gracias por la atención, señor general. Me va mejor.

— Lamento mucho que esté enfermo en un momento de tanta importancia.

— Ye me siento con fuerzas suficientes para ponerme a trabajar. ¡Permítame dirigirme a usted con una petición, mi general!

— ¡Adelante!

— ¡Ruego se me permita tomar parte en la búsqueda del malhechor, señor general!

Al notar que el oficial de los SS aguzaba el oído a su conversación con Ewers, Heinrich se mantuvo intachable para que no hubiese el menor vestigio de una cierta familiaridad entre él y el general.

— ¡Señor primer teniente, le presento al señor primer teniente von Goldring, hijo del general mayor Berthold!

— ¡Mucho gusto! — la mirada del oficial de los SS era menos hostil ahora —. ¡Le deseo suerte en la búsqueda!

— ¡Pero el primer teniente necesita ayuda y a mí no me restan más soldados! — seguía titubeando Ewers.

— En ese caso le ruego que no me designe ninguna zona especial, sino me dé permiso de comenzar la búsqueda con la ayuda de mi ordenanza.

El general miró interrogativo al de los SS.

— Creo que hasta será mejor así. El oficial con su ordenanza atraerán menos atención y a nadie le vendrá a la cabeza que ellos también están participando en la búsqueda. ¡Inténtelo, barón! Cinco mil marcos es una buena recompensa.

Después de obtener del jefe del cuartel la foto de Paul Chenier, Heinrich fue a ver a Lutz. Para su sorpresa Lutz le recibió con bastante frialdad.

— ¿Qué te pasa, Karl? ¿Algún disgusto más?

— ¡Disgusto según para quién!

— ¿Y para tí?

— Para mí, sí.

— ¿De qué se trata si no es un secreto?

— ¿Lo quieres con franqueza?

— ¡Supongo que podrías dejar de preguntármelo! — se ofendió Heinrich.

— Bueno, entonces escúchame con atención: a mí no me gusta la caza, y menos la del hombre... ¿O no te alcanza tu propio dinero, que decidiste ganarte otros cinco mil marcos con ese Paul Chenier que se fugó de la fábrica?

Por un segundo se miraron a los ojos en silencio. En ese momento Heinrich ansiaba agarrarlo a Lutz de ambas manos y estrechárselas con fuerza, de todo corazón, pero se contuvo.

En casa le esperaba la correspondencia traída por Kurt del cuartel. Aparte de la carta de turno de Lorchen, en la mesa había un paquete. Era de Bertina Grausammel que decidió recordarle a Heinrich de su existencia con una pila de fotos en que se la veía en diferentes poses y aspectos. La mayoría había sido tomada en el campo de concentración durante el registro de las prisioneras o mientras trabajaban. En primer plano, claro está, aparecía Bertina de uniforme y con una orden en el pecho. Unas cuantas fotografías fueron sacadas por lo visto en casa de Bertina. Ahí estaba vestida de civil junto a la mesa, la ventana, el piano... Con la última imagen quiso de seguro dejarlo boquiabierto a Heinrich, porque se la veía a Bertina de cuerpo entero delante de la cama al descubierto en el fondo. Bertina le sonreía desde la foto a medio vestir, apoyada en un sillón con una pierna desnuda hasta más arriba de la rodilla. La inscripción debajo decía: "¿Cuándo nos volveremos a ver?". Heinrich hizo a un lado la foto y se puso a meditar el plan de la búsqueda de Paul Chenier. Éste había huído en el tramo entre Saint-Mari y

Chambery, con una distancia de trescientos kilómetros. Lamentablemente se desconocía la hora de la salida del tren. Tampoco sabía cuándo había desaparecido Paul Chenier de la fábrica. Su fuga había sido revelada el día anterior a las seis de la tarde. Heinrich conjeturó que aquel saltó del tren a esa misma hora. Ahora eran las once de la mañana. Por lo tanto Chenier tenía diecisiete horas a su disposición. Aun siendo una persona sana y fuerte no podía alejarse del ferrocarril a más de unos sesenta kilómetros. Además tenía puesto el ropaje de prisionero, por lo que evitaría las carreteras, dándole preferencia a caminos más seguros a través de los montes y los bosques. ¿Para qué llevarse el auto, entonces? Sólo molestaría.

Heinrich llamó a Miller.

— ¡Hans! ¿Me podría dar por unos días dos motocicletas para mí y para mi ordenanza?

— ¡Con gusto! Pero le quiero recordar Heinrich que al buscar a Chenier no se olvide de aquel maqui que le disparó. ¡Usted me lo tiene prometido!

— ¡Podía no recordármelo!

Heinrich le mintió, porque ya lo tenía olvidado. Le había dicho a Miller que vio al que le había tirado con el único fin de impedir el arresto de gente inocente por el jefe del SD.

Mientras Kurt iba por las motocicletas, Heinrich tuvo el tiempo suficiente para grabar en su memoria las facciones de Chenier. La foto distaba de ser perfecta, hecha a los apurones como se confeccionan en los lugares de reclusión, donde pasan por día centenares de nuevos prisioneros delante de la cámara fotográfica; sin embargo era posible formarse una idea de los rasgos característicos de la cara del prófugo. Pedacito a pedacito estudiaba Heinrich la imagen de Paul Chenier a través de la lupa. De tanto en tanto cerraba los ojos con la intención de dejar grabado en la memoria cada rasgo suyo y luego volver de nuevo a mirar la foto.

Jamás ansió Heinrich cumplir con mayor afán la tarea encomendada del modo más efectivo y rápido. Era la tercera vez que le recordaban de la necesidad de averiguar el lugar de dislocación de la fábrica subterránea y de su producción. El viaje al puesto patrullero de Faul permitió establecer en el Valle Maldito un objetivo militar super-secreto. Pero eso no era todavía la dirección de la fábrica.

Aun estando allí, en ese valle, ¿cómo podía convencerse? ¿De qué modo llegaría a saber lo que producía y la capacidad de producción de la empresa subterránea? ¿Cómo se podía descubrir el lugar de destino de las armas de esa fábrica? Todos estos datos lograría averiguar sólo teniendo al propio Chenier. Por lo tanto debía encontrar sin falta al prófugo, aunque para ello tuviese que escalar todas las montañas juntas.

...Tres días seguidos desde la madrugada hasta el caer de la tarde Heinrich y Kurt subían rocas, bajaban precipicios, se abrían camino a través de las espesuras y sólo a la noche volvían a casa, sucios y cansados.

¡Parecía que a Chenier lo había tragado la tierra!

Tampoco encontraron su huella los múltiples destacamentos afanados en su búsqueda. Sin embargo era evidente la imposibilidad de que se uniera a los maquis, porque todos los caminos, pasos y sendas estaban patrullados por unidades de los SS.

En el proceso de la búsqueda surgió una nueva dificultad: se supo que Paul Chenier no era propiamente Chenier, sino quién sabe quién. Según informaba la fábrica, Chenier era oriundo de la pequeña ciudad de Escalair junto a la frontera con España, pero el día anterior llegaron las noticias de que allí jamás había vivido ningún Paul Chenier, ni tampoco existía la calle en que deberían vivir sus padres.

Los fracasados intentos de hallar el paradero del fugitivo comenzaron a preocupar seriamente al estado mayor. Las llamadas telefónicas de Berlín se sucedían a diario, pero ese día advirtieron además que si en el plazo de tres días no aparecía el prófugo, le llamarían a Miller a Berlín para una conversación especial. El jefe del servicio de seguridad comprendía muy bien lo que significaría para él esta llamada. En el mejor de los casos lo mandarían al Frente Oriental despojado de todos sus cargos. Y no le ayudaría ninguna clase de referencia a su participación en aquel famoso putch.

— ¿Y si recurriese a Goldring?

A altas horas de la noche Miller llamó a Heinrich; necesitaba verlo sin falta y con mucha urgencia.

— ¿Qué le parece si lo dejamos para mañana, eh? Estoy muy cansado y quiero dormir.

— No le quitaré mucho tiempo, estaría con usted en unos cinco minutos — le rogaba Miller.

— Está bien, venga.

Daba lástima ver el aspecto compungido del jefe del SD. ¿Adónde se le habían esfumado sus aires de aplomo, vanidad y presunción, esos rasgos que son producto de la profesión y pasan a ser propios del carácter de algunos funcionarios?

— ¡Heinrich, usted puede salvarme!

— ¿Yo?

— Sí, usted. Hoy he recibido del general Berthold una advertencia especial en que me previene que si yo no encuentro en tres días a ese maldito Chenier, me llaman a Berlín para una conversación especial. ¡Y yo sé lo que significa eso!

— Me imagino.

— Le ruego le escriba al general que me dé aunque sea una semana más. ¡Jamás me olvidaré de ese favor suyo! ¡Yo también podré serle útil algún día!

— ¿Y eso es todo? ¿Para eso se vino a todo correr en medio de la noche?

— ¡Para usted, Heinrich, es cosa de nada, en cambio para mí es toda mi carrera y tal vez de ello dependa mi vida!

— Mañana temprano le daré la carta para mi padre y usted se la mandará.

Miller se quedó estrechándole la mano a Heinrich.

Por la noche había llovido y se tuvo que postergar el viaje de la madrugada planeado el día anterior, hasta que secase un poco la tierra. Ello resultaba muy oportuno, porque Heinrich casi se olvida de la promesa a Miller de escribir la carta a Berlín. Esta vez Heinrich fue parco en palabras. Le comunicaba a Berthold en forma escueta de la participación del jefe del SD en las búsquedas de Chenier y le rogaba tomara en consideración las circunstancias difíciles habidas, postergando por una semana el plazo dado.

Sin cerrar el sobre Heinrich se lo entregó a Kurt con la orden de llevárselo a Miller.

— A la vuelta pídele a madame Tarval o a mademoiselle Mónica que nos preparen algo para el viaje.

— Ya hace dos días que Mónica se siente enferma...

— ¡Está muy mal que no me lo hayas dicho antes, Kurt! Le ocasioné tantas molestias durante mi enfermedad y ahora cuando ella está indispuesta, ni siquiera la he pasado a ver.

— ¡Pero ayer volvimos muy tarde, señor primer teniente!

— Entonces haremos lo siguiente: pasaré a verla por unos quince minutos y me disculpo por mi falta de atención, mientras tu llevas la carta y luego te pones inmediatamente a prepararlo todo para el viaje.

— ¡Llevaré la carta en un segundo! Cuando usted vuelva, estará todo listo, señor primer teniente.

Kurt no se podía imaginar que debido a un asunto bastante desagradable se demoraría mucho más de lo calculado.

Al recibir la carta, Miller no dejó irse a Kurt de inmediato como aquel esperaba, sino le detuvo con un ademán.

— ¿Su nombre es Schmidt? ¿Kurt Schmidt? — preguntó Miller después de leída la carta, pegado el sobre y entregado al ayudante para su inmediato envío.

— ¡Sí, señor!

— ¿Usted estaba antes en el regimiento del primer teniente Feldner?

— ¡Sí, señor!

— ¿Usted sabe que su ex jefe se encuentra ahora en el hospital herido de gravedad?

— ¡Sí, señor!

— ¿De dónde lo sabe?

— Me lo dijo el primer teniente von Goldring.

— ¿Cuándo fue la última vez que vio al primer teniente Feldner?

— En Bonneville el día de la partida, en la habitación del primer teniente von Goldring.

— ¿El primer teniente Feldner habló con usted?

— Sí. Me mandó transmitir al primer teniente von Goldring el número del tren y la hora de la partida.

— ¿Qué número y qué hora?

— No recuerdo.

— Cuando usted se lo comunicaba al primer teniente Goldring, ¿no había extraños en la habitación?

— No — contestó Kurt con firmeza, aunque recordaba perfectamente que en esos momentos allí se encontraba Mónica.

— Está bien, se puede ir. Yo mismo hablaré de eso con el primer teniente. No le diga nada a nadie de nuestra conversación, ¿entendido?

— ¡Sí, señor!

Kurt iba casi corriendo a su casa. Le apuraba no sólo la idea del retraso, sino la intranquilidad. ¿Por qué se puso Miller a hacerle preguntas sobre Feldner? ¿Por qué insistía tanto en averiguar si había extraños en la habitación? ¿Será posible que sospeche de mademoiselle Mónica? ¿Mademoiselle Mónica y aquel tren? ¡Pero qué tonterías! Kurt ardía de impaciencia por contárselo todo al primer teniente y estaba muy desilusionado al ver que aquel no había vuelto todavía. Pasó media hora, luego una hora, pero el primer teniente seguía ausente.

La visita de Heinrich se alargó inesperadamente para él.

Mónica se había resfriado y madame Tarval le prohibió levantarse de la cama. Al oír la voz de Heinrich tras la puerta, la muchacha quedó muy asustada. ¿Sería mamá capaz de dejarlo entrar a su habitación? Por otro lado, ¿qué motivo podía tener para no hacerlo? ¿Por el hecho de estar ella en cama? Pero estaba enferma y era tan natural la visita de Heinrich, especialmente después de que ella misma le estuvo atendiendo durante su convalecencia por aquella catástrofe de la motocicleta.

Heinrich fingió no haber notado el sobresalto, ni la inquietud de la muchacha. Se comportaba con sencillez, como de costumbre, y Mónica se olvidó de inmediato de todas las dudas que tenía. Se sentía feliz por tenerlo a su lado, por la conversación que fluía con tanta naturalidad y porque la miraba con ojos embelesados.

Viendo a Mónica era difícil quedarse indiferente. Su cabellera ondulada cubría la cabecita como una corona. Sobre el fondo blanco de la almohada parecía un precioso marco negro en el que se había engarzado una maravillosa imagen femenina.

— ¡Hoy está usted divina de bonita, Mónica!

— Me lo dice ya por segunda vez, Heinrich.

— No se extrañe si se lo repito por tercera. Cuando uno la mira así de lejos, parece estar viendo el retrato de una madonna

— ¡Mamá!, ¡se están mofando de tu hija! — llamó Mónica a su madre atareada en la habitación contigua.

— ¿Burlarse de tí? ¡No lo podré creer nunca! — madame Tarval apareció en el umbral de la puerta con un plato lleno de uvas.

— Sólo le he dicho a mademoiselle que hoy está más hermosa que nunca.

— Es cierto. El blanco le sienta bien. Si usted la hubiera visto en su primera comunión... espere, en seguida se lo mostraré. ¡Estoy simplemente enamorada de esa foto!

— Mamá, al barón no le interesa eso...

— ¿Teme que yo también me enamore?

— Ninguna mujer muestra la foto de cuando fue más joven.

— ¡Vea, barón! — madame Tarval le tendió a Heinrich un gran álbum de familia abierto en la página donde estaba Mónica el día de su primera comunión.

Heinrich observó la foto y por poco lanza un grito. Madame Tarval sonrió satisfecha: estaba segura de que era la imagen de su hija la causante de tal impresión, y miró triunfante a Mónica y luego otra vez a Goldring. Aquel no apartaba la vista de la foto. Lo que vio allí lo dejó estupefacto. Tan adiestrado como estaba para cualquier clase de sorpresas, no pudo contener su turbación. No. No era la belleza de la joven muchacha que le dejó tan aturdido, pese a que estaba ciertamente muy bonita, vestida toda de blanco. A Heinrich le excitó otra cosa. Junto a Mónica estaba, ¿quién podría pensarlo!? — ¡Paul Chenier! Era imposible equivocarse.

— ¡Por no haberme querido mostrar esta maravilla, la haré pagar una multa ahora mismo!

— ¡Dependerá de aquello en qué va a consistir!

— ¡Ah, la multa será muy rigurosa! La obligaré a contarme de todos los que están aquí sacados con usted.

— Entonces siéntese aquí en este banquito para que yo también vea — aceptó Mónica riéndose.

Heinrich se puso a hojear el álbum. Mónica daba explicaciones de cada foto en tono de chanza, o muy en serio, según el caso. Interesada por ese juego madame Tarval también acercó su silla a la cama de la enferma. Al ver en una de sus páginas la foto de un joven en uniforme de soldado del ejército francés Heinrich se quedó asombrado: era uno de aquellos dos maquis que dejó en libertad en el altiplano.

— Mi hijo Jean, desaparecido quién sabe dónde — explicó madame Tarval y sonrió.

Heinrich la miró a los ojos y comprendió que la mujer lo sabía todo. ¡Así se explicaba su simpatía hacia él!

Al dar vuelta la última hoja Heinrich se convenció de que esa era la única foto de Paul Chenier que había en

el álbum. Pero en algunas hojas había vacíos de donde por lo visto alguien había quitado intencionadamente parte de las fotos.

Hizo falta volver de nuevo a aquella, tomada el día de la primera comunión.

— Ahora que conocí a todos sus parientes y amigos, déjeme que adivine al que se fotografió con usted ese día. Ahora le toca a usted el turno de cobrarme multa por cada error mío. ¿Comenzamos?

— ¡Cúidese, pues no soy tan bondadosa como usted se cree y no se imagina la multa que tendrá que pagar! A ver, ¿quién es ésta?

— Es su abuelita, mademoiselle. Y ésta es usted, madame Tarval. Junto a usted está su hermano Jean... Ahora espere un segundo... ah, sí. Esa joven y guapa mujer es su hermana Luisa, madame. A este hombre que está junto a mademoiselle Mónica no lo recuerdo. Es medio raro eso. Caras como ésta quedan por lo general en la memoria ... enérgica, viril... No, apuesto a que no vi fotos de él en este álbum.

— ¡No es de extrañar, porque Mónica las rompió todas! — profirió indignada madame Tarval.

— ¡Pero mamá!

— ¡Ah, déjame! ¡No tengo nada que esconder del barón! Estoy tan profundamente convencida de su honestidad, señor Goldring, que puedo confiar en usted; es el marido de mi hermana Luisa, André Renard...

— ...que se murió — agregó Mónica con precipitación.

— No se murió, sino desapareció quién sabe dónde. Comprende...

— A monsieur Heinrich no le interesan estas cosas, ni la suerte que corrieron nuestros parientes — intentó interrumpir la hija a su madre.

— Todo lo contrario, ¡esta historia me interesa mucho! ¿Cómo puede una persona desaparecer quién sabe dónde?

— ¡Ah, en nuestros tiempos! — madame Tarval meneó triste la cabeza —. Imagínese que a la casa de uno, que no es uno cualquiera, sino un conocido ingeniero, vienen de noche dos tipos con una nota del director de la fábrica donde trabaja, y se lo llevan, según dicen para una urgente consulta, y después de eso la persona desaparece. La pobre Luisa por poco se vuelve loca cuando se entera. Figúrese cuánta desgracia le cae encima: primero la separación forzada con el esposo que tiene que esconderse

y al que puede ver sólo una vez en dos o tres meses; luego la comunicación de su desaparición y el allanamiento de su domicilio... Y ella misma, como mujer de un comunista, se tiene que escapar furtivamente de París...

— ¡Mamá! — casi lloró al decirlo Mónica, pero madame Tarval, excitada por su propio relato y con la terquedad de la persona obstinada a decirlo todo hasta el fin, continuó:

— Yo también soy partidaria de la precaución, por eso no me atreví a dejar a Luisa para que viva con nosotros. Ni siquiera me carteo con ella. Pero en raras ocasiones sí me daría el gusto de ir a ver a mi madre y a mi hermana. Eso no llamaría la atención, porque viven casi al lado de nosotros, en la aldea La Travelsa. Pero Mónica no fue ni una sola vez y a mí también me lo prohíbe. Hasta rompió todas las fotos del pobrecito de André. ¿Cómo le gustan esas precauciones?

— Me gustan mucho — dijo Heinrich subrayando las palabras.

— ¡No ves mamá!

— Yo también le aconsejo dejar hasta mejor oportunidad la entrevista con su hermana y no ir a aquella aldea... me olvidé como se llama.

— La Travelsa — puntualizó madame Tarval.

— Al fin de cuentas usted no sabe lo que le pasó a André Renard. Posiblemente lo estén buscando y se interesen por sus parientes. De cualquier forma usted no puede ayudarle.

— Ya le dije que yo también prefiero ser precavida, pero no me imaginé que la cosa podría ser tan seria. ¡Gracias por el consejo, monsieur Goldring! Coma usted uvas, ¡vea qué bonitos racimos!

— No me tiene, gracias. Ya me quedé más de la cuenta, a estas horas ya debería estar lejos.

Después de despedirse de madre e hija, Heinrich salió de la habitación.

“André Renard. Aldea La Travelsa”, se repetía mentalmente al bajar la escalera.

## Encuentro junto a un lago de montaña

— ¡Señor primer teniente von Goldring, permítame dirigirle la palabra! — Kurt saltó del asiento y según las reglas del estatuto se cuadró en posición de firme.

— ¿Qué le pasa, soldado de primera Kurt Schmidt? ¿A qué se debe tanta oficialidad? Al menos no veo gente extraña aquí.

Kurt, agobiado por su preocupación, le contó palabra por palabra la conversación sostenida con Miller.

— ¿Por qué no le dijiste que mientras hablabas con Feldner, en la habitación mía se hallaba mademoiselle Mónica?

— Yo creía... pensé que así era mejor.

— Hiciste muy bien. La gestapo la llamaría a interrogatorio, pero mademoiselle Mónica es para decirlo así tan culpable del asalto al tren, como tú del sitio a Paulus junto a Stalingrado. Escríbele a tu madre que tiene a un hijo perspicaz.

— Estará muy contenta de oír que usted está satisfecho conmigo, señor primer teniente. Le respeta mucho a usted y en cada carta pide le transmita saludos, pero yo no me atrevía a molestarlo. Me sentía algo cohibido...

— ¿Te pasa eso también con las chicas, eh Kurt? ¿No tienes novia todavía? ¡Y yo que me hice ilusiones de bailar en tu boda después de la guerra! ¿Me invitarías, no? Bueno, bueno, ya veo que sí. Ahora escúchame con atención. Ten listo el auto...

— ¡Ya está listo!

— Pon cortinitas en las ventanillas para que no se vea cuánta gente va adentro ni quiénes son. Agarra tu metralleta automática y la mía, y lleva comida para varios días en vez de uno, como dije antes. ¡Fíjate que tengamos suficientes cartuchos! Ten en cuenta que vamos con una misión muy importante y tal vez tengamos que luchar incluso.

— ¿Me permite llevar unas granadas?

— No estarán demás. ¡Bueno, muévete!

Heinrich no tenía un plan de acción determinado. Todo dependería de las circunstancias y también del hecho de justificarse sus conjeturas. No le cabían dudas de que Paul Chenier y André Renard eran una misma persona. En cambio no tenía tal seguridad en cuanto a su presencia en La Traveisa. Por otro lado no tenía ningún otro escondrijo donde meterse. Allí conocía el terreno mejor que en cualquier otra parte; allí no temerían ocultarlo por un tiempo hasta presentársele la oportunidad de pasar a otro lugar más seguro. Además el peligro de ser reconocido no era mayor que en cualquier otra parte. A Luisa la

conocían como madame Renard y a nadie se le ocurriría relacionar su nombre con el de Chenier.

Heinrich desdobló el mapa. La Travelsa. Un pequeño pueblito a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Saint-Remis. Por lo tanto se podía llegar allí sin demasiados apuros a las tres de la tarde. El pueblo quedaba fuera de la carretera y no tenía objetivos militares. En consecuencia no había tampoco guarniciones alemanas.

— ¡En marcha, Kurt! — exclamó Heinrich en tono jovial al sentarse junto a su ordenanza.

Kurt apretó el acelerador y la aguja del indicador comenzó a subir cada vez más. Pero a un kilómetro de Saint-Remis hubo que aminorar la marcha. El camino lleno de curvas iba en ascenso con visibles trazas de no haber sido reparado hace mucho. Unos baches profundos, llenos de aguas pluviales, se hundían en el pavimento adoquinado y a cada sacudida bañaba al auto un fuerte chubasco de aguas sucias. Kurt se vio obligado a salir varias veces para limpiar con un trapo el parabrisas, porque los desempañadores no hacían más que embadurnarlo con fango.

Sólo a las tres y media de la tarde lograron arribar a La Travelsa. Heinrich quedó fascinado por la rara belleza de esa aldea montañosa, llena de colores incluso ese umbroso día de otoño. Por el este de un lago elíptico se alistaban en óvalo casitas pequeñas y prolizas, y del mismo modo se tendía en herradura la estrecha y única calle del pueblo. A ambos lados de ésta crecían árboles frondosos parecidos en conjunto a un verde túnel que corría a lo largo de la orilla del lago y luego se escondía en las entrañas de una escarpada roca que pendía sobre el agua. Detrás de esa roca se erguía otra más alta aún. En la orilla opuesta del lago yacían montones de rocas dispersas en un desorden caótico, como si aquella alta montaña en su fondo las estuviese triturando constantemente en su camino.

Heinrich le mandó a Kurt que dirigiera el auto a la alcaldía y ya estando ahí recordó que no sabía el nombre de la madre de madame Tarval, lo cual le obligaría a hacer preguntas. Eso no entraba decididamente en sus planes, pero ya no había otra salida.

— ¡Buenas tardes! — Heinrich fue el primero en saludar a un viejo sentado a la mesa escribiendo algo.

— ¡Bonjour, monsieur! — contestó sombrío el anciano y le miró de reojo.

— ¿Usted es el alcalde de La Traversa?

— Lamentablemente sí.

— Necesito encontrar una casa para la futura administración alemana.

— El viejo suspiró apesadumbrado.

— ¿No me podría indicar aquella en que vivieron comunistas o viven sus familias?

— No estoy enterado quién es afiliado de qué partido. Yo no llevo ese registro.

— ¿No tienen ustedes aquí una organización del partido nacional socialista francés?

— Hay uno que anda dando vueltas por el pueblo. ¡Los habrá visto ya, porque ahí viene corriendo!

Era cierto. Por la calle de la aldea venía un hombre que a la carrera se abotonaba el impermeable.

— ¿Es lugareño? — preguntó Heinrich.

— Pues sí, lugareño. Su padre fue una persona tan honrada —... El alcalde miró a Heinrich y comprendió seguramente que dijo algo demás —. Su padre murió la semana pasada, por lo que éste se vino a tomar posesión de la propiedad.

Desde el umbral se oyó el saludo nazi. Heinrich respondió.

El único representante del partido nacional socialista francés en La Traversa era un tipo de unos treinta años. Con el gran sombrero calado en la nuca, monsieur Bazel — así se había presentado —, mostraba a todo el mundo su peinado a lo Hitler y ostentaba un bigotito oscuro y corto debajo de una cómica nariz larga y retorcida que parecía un grueso punto negro colocado debajo de un signo de interrogación.

— Necesito hablar con usted — dijo Heinrich al recién llegado.

— ¿Usted tiene en cuenta hablarme cara a cara? ¿Lo he entendido bien?

— Yo me voy. Ustedes pueden hablar cuánto quieren y de lo que les dé la gana — sin dirigirse a nadie profirió el anciano, y, echándose en los hombros un raído abrigo, salió de la habitación que llevaba el nombre altisonante de alcaldía.

— ¡Hombre de poca confianza, ese alcalde! ¡Pero ya se las verá conmigo cuando me ocupe de él! Créame, es tan difícil...

— No me interesan esas cosas — le interrumpió Heinrich —. Necesito encontrar cuanto antes un sitio donde se podría distribuir la administración alemana.

— ¿En La Travelsa habrá administración alemana? — se alegró Bazel —. ¡Qué novedad tan grata! Imagínese, me tuve que ir de mi pueblo natal sólo porque los franceses honrados no pueden vivir aquí tranquilos. Yo me vi obligado a dejar el techo paterno y mudarme a Ponteï.

— ¿Hace mucho que volvió de ahí?

— Hará una semana.

— Oï decir que los maquis hirieron ahí a un oficial nuestro.

— Lamentablemente es cierto. Sucedió el día de mi partida. Esos maquis son unos verdaderos bandidos. ¿Usted se cree que no los hay aquí? En mi casa no quedó un solo vidrio sano...

— Necesito un lugar para la administración — le recordó Heinrich.

— ¡Bueno, ocúpese mi casa! Después de la muerte de mi padre vivo solo y con mucho gusto...

— A los franceses honrados no les ocasionamos molestias. De seguro habrá aquí gente sospechosa, por ejemplo familias de comunistas.

Bazel se quedó un rato pensativo, mordiéndose la punta del dedo amarillo por la nicotina. En este momento su nariz se asemejaba aun más a un signo de interrogación.

— ¡Sí que los hay! ¡A montones! — por fin exclamó jubiloso al sacar del bolsillo una libretita y abriéndola se sentó a la mesa —. Once casas.

— ¿Compuso usted esa lista por iniciativa propia? — le preguntó Heinrich como de pasada.

— Estoy cumpliendo órdenes de una institución vuestra — contestó Bazel satisfecho de sí mismo y bajando un poco la voz —. Se me encomendó, claro está, observar a la gente de Ponteï, pero como ahora me encuentro aquí considero mi sagrado deber...

— Bueno, vamos a ver a quién tiene en esa lista.

— Olivier Arnoud, dejó el pueblo por motivos desconocidos.

— ¡Siga!

— Tres se fueron de voluntarios a la guerra y no volvieron hasta el momento. Sus nombres...

— ¡Siga!

— ¡Ah, sí, ahí viene lo que hace falta! El hijo del viejo Gotard participó en la huelga de ferroviarios en Lion. Eso sucedió antes de la guerra, pero yo sospecho que es comunista.

— ¿Quién más?

— De tres casas se fueron tres muchachos jóvenes. Los parientes dicen que para trabajar en Bonneville, pero yo no lo creo.

— ¿Eso es todo?

— Sospecho de dos tipos que me rompieron las ventanas en mi casa.

— ¡Hombre, trabaja usted pésimo, caramba!... Sospecho... Dejó el pueblo por motivos desconocidos... ¡Hechos! ¡Necesito hechos concretos y no sus reflexiones acerca de quién le pudo haber roto los vidrios en las ventanas!

— Señor oficial, hace sólo una semana que estoy aquí... Además tenga en cuenta que lo hice por propia iniciativa —... El dedo tembloroso de Bazél con la uña negra de sangre coagulada, recorría los renglones de su libreta —. Vea otra persona más sospechosa: madame Matrán.

— ¿Ella también anduvo rompiendo sus cristales? — preguntó Heinrich en tono de mofa.

— ¡Oh, no! ¡A duras penas puede moverse! — contestó Bazél sin captar la ironía —. Pero en su casa vive ahora su hija parisina.

— ¡Ah, parisina! ¿Y eso, por supuesto, le parece sospechoso? — Heinrich seguía mofándose, pero su corazón le latió con fuerza: por fin ese asno le comunicaba algo digno de atención.

— Lo sospechoso es su manera de comportarse; ella dice que su marido murió, pero no lleva luto, ni madame Matrán tampoco, a pesar de ser muy piadosa y atenerse en todo a las viejas costumbres. Además ya corrieron rumores sobre el yerno de madame Matrán y marido de Luisa cuando ella vivía en París; decían que él era comunista. Esa casa la tengo bajo mi control especial.

— ¿Comunista dice? Eso ya es algo concreto. ¿Es grande la casa que tienen?

— Como la de todo el mundo: dos piezas y cocina. Pero queda lejos, en el mismo extremo del pueblo pegada a una roca.

— ¡Es un lugar de lo más apropiado para un puesto de vigilancia! Siéntese en el auto e indique dónde vive madame Matrán.

Hasta la casa en que vivían la anciana con la hija se tuvo que recorrer cerca de un kilómetro y medio.

Por último llegaron a una pequeña casita de un solo piso, pegada contra una roca que hacía las veces de una de sus paredes.

— Bazel, quédese usted en el coche y tú, Kurt, sal afuera.

Heinrich le echó una mirada a las ventanas y en una de ellas vio el rostro asustado de una anciana.

— Kurt — le dijo Heinrich bajito —, al entrar yo en la casa, cuida de que nadie salga de ahí. Si alguien huye, dispara al aire. Te prohibo categóricamente tirarle a nadie. ¿Entendiste?

— Sí, señor.

Heinrich se metió las manos en los bolsillos del sobretodo, apretó la culata de la pistola y se dirigió a la puerta.

Le abrió una mujer de unos treinta y cinco años en la que reconoció de inmediato a la hermana de madame Tarval. Heinrich se inclinó en ademán de saludo, pero la mujer se hizo en silencio a un lado para cederle paso al oficial alemán. Éste entró en el pasillo de la casa donde había dos puertas más. Heinrich abrió con la punta del pie la más próxima. Una ojeada le bastó para convencerse de que en esa pequeña cocina no había nadie. En la mesa se veían cubiertos sin lavar.

“Tres platos llanos y tres hondos”, advirtió Heinrich para sus adentros y empujó la otra puerta, sin quitar las manos de los bolsillos. La pieza en que entró era bastante grande con tres ventanas a la calle. En un sillón de mimbre ubicado junto a la pared de cara a las ventanas estaba sentada una anciana tejiendo unas medias. Sus manos le temblaban tanto que las agujas rechinaban lastimeras al dar la una contra la otra.

Heinrich cruzó la pieza en silencio para mirar en la otra, mucho más chica, donde vio dos camas. Una estaba revuelta con la almohada arrugada.

— ¿Quién más vive aquí? — preguntó Heinrich a la mujer joven.

— Nosotras dos.

— ¿Y quién acaba de levantarse de la cama?

— Mamá. No se siente bien y de tanto en tanto necesita descansar.

Heinrich miró a la viejita y se dio vuelta: sólo por un segundo levantó ésta los ojos, pero su mirada pareció quemarlo, tanto desprecio y orgullo demostraba. Eran los ojos de una persona que conoce la medida de sus fuerzas y opta por la lucha hasta el fin.

— Estoy buscando lugar para la administración.

La anciana bajó las manos al regazo y cerrando los ojos se recostó contra el respaldo del sillón. Sus dedos ya no temblaban más, pero su inmóvil calma delataba la espantosa tensión de la vieja y achacosa mujer en un esfuerzo inhumano por encubrir su turbación. Heinrich estaba dominado por el deseo invencible de inclinarse y besar esas manos arrugadas, pero su cerebro le indicaba que no tenía derecho alguno, al menos por ahora, de echarle siquiera una mirada alentadora que tranquilizase a madame Matrán. Al menos hasta que no supiese algo sobre André Rerrard o lo llegase a encontrar.

— ¿No halló nada mejor que nuestra casa? — La joven mujer también alcanzó a dominarse y su voz sonaba irónica.

— La roca detrás de su casa es muy adecuada para un puesto de vigilancia. ¿No hay otras habitaciones aquí fuera de estas dos y de la cocina?

— Como ve.

Heinrich exploró la habitación con ojo crítico. ¿Por qué se encontraba ese sillón con la viejita en un sitio tan incómodo? En vez de estar junto a la ventana o en algún rinconcito agradable en que gustan tanto pasar las horas las personas de edad, estaba ubicado en medio de la pared, como si fuese a propósito para esconder algo. En las aldeas montañosas donde las casitas se apretujan en pequeños pedazos de tierra o de rocas para ahorrar cada centímetro de espacio libre, se suele construir armarios secretos en los muros, pero su "secreto" es fácil de descubrir al primer golpe de vista, porque el empapelado barato que recubre también sus puertas se desgasta rápidamente con el manoseo. Arriba se distingue con claridad su dibujo y color, pero, ¿cómo será detrás del sillón? ¿Quizás valga la pena...?

A paso rápido Heinrich se acercó al sillón y un momento le bastó para levantarlo junto con la viejita sentada en él y ponerlo a un costado del lugar donde estaba antes. Ambas mujeres no tuvieron tiempo para hacer conciencia de lo que ocurría. El mismo Heinrich no recorda-

ba cómo había sacado la pistola, ni cómo había apretado con la izquierda un botón casi invisible en la pared. Su razón no había alcanzado aun a apreciar la acción, ni a formarse plan alguno, pero sintió que ese era el modo necesario de obrar.

Las puertecitas se abrieron. En el fondo del armario, apretado contra su pared trasera había un hombre...

Las mujeres lanzaron un grito: la más joven de desaliento y la mayor uno amenazante. Sí. La anciana dio un paso adelante y cubrió con su cuerpo el hueco en la pared.

— ¡Salga! — sin prestarle atención alguna y sólo levantando en alto la pistola, pronunció Heinrich tranquilamente.

El hombre hizo un movimiento y mordiéndose el labio gimió. Esta vez la más joven también logró salir de su petrificación para lanzarse hacia el marido, tomarlo del brazo y conducirlo cuidadosamente hacia el sillón donde estaba sentada hace un segundo su madre. El hombre no podía pararse sobre el pie izquierdo.

— ¿Quién es usted?

— André Renard, ingeniero de París.

— ¿Por qué se ocultaba?

— Porque vine aquí sin tener permiso.

En el pasillo se oyeron pasos.

De un empujón lo hizo meter Heinrich de vuelta en el armario a Renard, cerró de un golpe las puertecitas, arrió a éstas el sillón y se sentó en él, extendidas las piernas delante de sí, jugueteando con el fuste en las manos.

Golpearon a la puerta. En la pieza entró Bazel.

— ¿Me puedo ir, señor oficial? — le preguntó desde el umbral.

— ¡Llame a mi ordenanza!

En un segundo Bazel volvió con Kurt.

— Kurt — profirió Heinrich haciendo hincapié en cada palabra —, esta persona es de Ponteí y a mí me parece que no es la primera vez que nos encontramos con este señor. ¿Me has entendido? Llévate ahora al preso al auto y recuerda que respondes por él con tu cabeza.

— ¡Señor oficial, debe haber un malentendido! — exclamó Bazel desconcertado por el inesperado giro de los acontecimientos: — yo... yo...

Pero Kurt no le dejó terminar. Agarrando por el cuello al delator lo arrastró al pasillo y luego a la calle.

— ¡Cierre la puerta! — le ordenó Heinrich a Luisa.

Sin comprender nada, ésta corrió el cerrojo mecánicamente. Mientras tanto Heinrich volvió a abrir las puertecitas del armario.

— Monsieur Renard — le dijo con tono imperioso —. Tenemos muy poco tiempo y no vamos a malgastarlo. Le ruego pasar a la otra habitación y a las señoras que se queden aquí mientras tanto. Tranquilícelas y mándeles cuidar muy bien de que nadie nos moleste.

André Renard hizo un gesto con la cabeza en dirección a su mujer y suegra, y salió mudo a la habitación contigua saltando en una pierna.

Heinrich fue detrás de él y cerró bien la puerta.

— Le escucho, señor oficial — dijo con calma.

Heinrich sacó en silencio la foto de Paul Chenier del bolsillo.

— ¿Lo reconoce?

Ni un músculo tembló en la cara hundida de André Renard, sólo los ojos, que ardían hasta entonces con un intenso fuego febril, se apagaron de repente, como sucede con las personas que de pronto se sienten vencidas por un cansancio mortal.

— ¿Me ha venido a tomar preso? ¿Entonces para qué toda esa comedia? ¿O no está convencido aun de que tiene delante a Paul Chenier? Preso número...

André Renard arremangó la camisa y con aire de desafío miró a Heinrich al extender su brazo izquierdo. En la parte dorsal del antehombro se veían los puntos negros que dejó la aguja al marcar la cifra: 2948.

— ¡Yo arriesgo mi cabeza al jugar esta comedia, como usted lo acaba de llamar! Supongo comprenderá que esta foto no me fue entregada con el fin de admirarla. A propósito, le prevengo: esta foto la tienen todos los oficiales que encabezan los destacamentos lanzados en busca de Paul Chenier. Por supuesto que tengo plena capacidad de arrestarlo, pero no lo haré. Y para que se convenza de mi intención de hablar con usted de igual a igual, ¡tome! — Heinrich puso delante de su interlocutor la pistola —. No tema y agárrela. Compruebe si está cargada. Bueno, así está bien. Ahora usted está armado y en caso de cualquier cosa puede defenderse. Estoy convencido de que usted preferiría morir libre antes de vivir penando debajo de la tierra.

— ¡Mejor morir de pie que vivir de rodillas!

— ¿Como lo dijo Dolores Ibárruri?

Por los labios de André Renard cruzó por primera vez una leve sonrisa; éste hizo un ademán como queriendo estrechar la mano de su interlocutor. Pero de pronto una sombra de desconfianza volvió a pasar por sus ojos.

— Yo no sé quién es usted, ya que lleva ese uniforme puesto. Además debo confesar que no entiendo para qué le hago falta.

— ¡Necesito el secreto de la fábrica subterránea!

— ¿Quién me garantiza que esos datos serán aprovechados para el bien y no para el mal de mi pueblo?

— La garantía está en el sentido común. Como se ha de figurar no los quiero para el mando alemán, mejor informado que nosotros dos.

— ¿Entonces para quién?

— ¿No le parece una pregunta demasiado ingenua a la que no puedo contestarle, aunque quiera?

“Tiene razón — pensó André —. El mando alemán ciertamente no lo necesita. Entonces, si no es para el enemigo, lo será para un amigo. Desconocido, pero amigo al fin. Supongamos se lo digo. Esos datos se volverán contra los alemanes, salvando quizás a aquellos infelices ahí abajo en las entrañas de la tierra. Y si me callo... Me pueden agarrar y entonces nadie en el mundo sabrá lo que yo sé...”

— Recuerde que tenemos muy poco tiempo. Usted debe buscar un refugio más seguro y yo no puedo arriesgar mi cabeza... Al pueblo pueden entrar en cualquier momento destacamentos de exploración... todas las zonas están repartidas entre diferentes unidades militares. Si me encuentran platicando pacíficamente con usted...

— ¡Espere!, ¡usted puede perseguir otro fin: el de saber los nombres de los que organizaron mi fuga!

— ¡Ni una palabra le pregunto de eso!

— Bueno, ... parece que supo disipar todas mis dudas y refutar los argumentos. Estoy dispuesto a contarle todo lo que sé. ¡Escuche!

\* \* \*

Ambas mujeres dieron un paso adelante cuando se abrió la puerta del cuarto más chico y en la puerta apareció André Renard y el oficial alemán. Ni una de las dos profirió palabra, sólo los ojos interrogaban, ¿qué pasó?

André Renard sonrió bien humorado. Del mismo modo

jovial sonreía también el oficial alemán. En esos momentos llegó el alivio a la terrible tensión de la espera. Abrazada al cuello de su marido Luisa se puso a sollozar, estremecido su cuerpo, y la anciana se desplomó en el sillón, su cabeza y manos sacudidas por un leve temblor.

— Debo pedir perdón a las señoras — dijo Heinrich emocionado —. Mi única justificación está en que no fue por mi mala voluntad. Y como ustedes ven todo marcha muy bien.

— ¡Oh, monsieur! Nos comportamos con mamá de un modo inadmisibles, pero la alegría, dicen, no mata. Lo recibí a usted como a un enemigo, pero ahora le pido como a un amigo: ¡quédese un poco más con nosotros!

— Preferiría hacer eso que otra cosa, pero ya me entretuve más de la cuenta. No se olviden además que en el auto tengo a ese basura de Bazel. Lo debo llevar a Saint-Remis y detenerlo ahí hasta que monsieur Renard esté en un lugar absolutamente seguro.

— Luisa ya estableció contacto y esta noche o mañana a más tardar, vendrán amigos a buscarme.

— Quédese con la pistola que le di. Es la mía de repuesto y a usted le será de utilidad. Tome dinero, por si acaso.

— No me hace falta...

— Ya lo hará. Considérela una especie de arma más. Y por último. Ni una sola persona, hasta los amigos íntimos no deben saber nada de nuestro encuentro, ni de la conversación que tuvimos.

— Le doy mi palabra. Por mi señora y la viejita también respondo sin titubeos.

— Señor, ¿no se va a negar a tomarse una copita con nosotros? — exclamó madame Matrán —. Comprendo que está apurado, pero eso no ocupará mucho tiempo.

— Tendré que conducir el coche ya que mi ordenanza cuidará del preso. Por eso, manejar de noche después del vino...

— Entonces espérese un segundito!

La anciana se acercó al aparador con una rapidez inesperada para sus años y sacó de allí un cofrecito. Seguramente era el lugar donde guardaba los objetos más preciosos para su corazón: pilas de cartas amarillentas atadas con esmero con cintas de colores, un ramito seco de azahares y guantes blancos del día de su boda. Del fondo del cofrecito extrajo una vieja pipa bien curada. Unos

minutos la tuvo entre sus manos, pareciendo acariciarla con sus dedos temblorosos de cariño. Luego a penas rozó con los labios la madera ahumada y le tendió la pipa a Heinrich.

— Monsieur, quiero regalarle el objeto más valioso que tengo. Es la pipa de mi padre, quien fue un hombre noble y valiente, y murió como tal al defender la Comuna en las barricadas. ¡No la rechace, monsieur, que se la doy de todo corazón! ¡Un obsequio así siempre trae suerte!

— La conservaré no sólo como un recuerdo, sino como una reliquia sagrada — dijo Heinrich muy serio —. Permítame darle un beso, madame Matrán. Sin ceremonias, como un hijo besa a su madre.

Heinrich besó las marchitas mejillas de la viejita y sintió oprimírsele su corazón. ¿Llegaría alguna vez a tocar así la cara de su propio padre? Madame Matrán pareció comprender lo que sucedía en su alma.

— Usted relatará algún día a su madre de mí, una vieja mujer francesa, monsieur — dijo secándose las lágrimas —. Dígale que yo lo bendije a usted como a mi hijo.

— Y también de que me ha devuelto la vida — agregó Luisa en voz muy queda.

— Bueno, ahora, ¡adiós, André! Seguramente no nos volveremos a ver nunca más.

— ¿No llegaré a saber entonces quién es usted?

— Un amigo.

— Está bien. ¡Adiós, amigo mío!

André y Heinrich se dieron un fuerte abrazo.

En el camino de vuelta a Saint-Remis, Heinrich sentado al volante llevaba gran velocidad. Ahora cuando al fin tenía en sus manos esos datos tan importantes sobre la fábrica subterránea, no era admisible perder ni un solo minuto.

— ¿Qué tal hoy? — preguntó Miller esperanzado cuando Heinrich le llamó por teléfono desde su cuarto en el hotel.

— Lamento no poder darle ninguna noticia agradable. Lo único es que me parece haber agarrado a aquel maqui que me estuvo disparando.

— ¿Dónde está?

— Kurt se lo llevará en seguida. Espero no haberme equivocado, aunque todo puede ser. Téngalo unos días para darle un buen susto y después hágale un interrogatorio.

— ¡A mí me va a confesar! — sonaba la voz segura de Miller en el tubo.

...Al cabo de pocos días, a miles de kilómetros del Valle Maldito se dio comienzo al estudio del secreto de los elementos ópticos para el visor de bombarderos aéreos.

\* \* \*

## Miller obtiene el premio

El general Ewers no era el responsable del éxito o fracaso de la búsqueda de Paul Chenier. Su deber en este caso se limitaba a darle a Miller un cierto número de soldados y oficiales. Por lo tanto los destacamentos encargados de la búsqueda no informaban al cuartel de la división los resultados de la operación, ni recibían de éste orden alguna. Todo ello estaba a cargo del servicio de seguridad, es decir de Miller. Al principio consideraban que las búsquedas durarían unos dos o tres días, pero ya pasaron cuatro jornadas, sin que nadie pudiese dar con las huellas de Paul Chenier. En lo profundo de su corazón Ewers estaba contento de ello. Por supuesto que no era por sus simpatías al prófugo. Todo lo contrario. El general comprendía el enorme daño que sería causado por Paul Chenier al Vaterland si lograba revelar el secreto de la fábrica subterránea. De caer el prófugo en manos de Ewers, éste le fusilaría sin miramientos ni titubeos. Pero el fracaso de los destacamentos de los SS y de Miller compensaban en cierta medida el sentimiento de rencor del general al descubrir que no se le tenía plena confianza. Al mismo tiempo la evasión de Paul Chenier le abrió los ojos acerca de habersele encubierto no sólo el lugar en que se hallaba la fábrica, sino en general se continuaba guardando silencio con él, a pesar de haberle pedido ayuda para la búsqueda del prófugo. Ni siquiera le informaron cual era la producción de la fábrica.

Todo resultaba ultrajante para él. No lo merecía y por eso le dolía más aun.

Sucedió que al mismo tiempo llegó la respuesta a su petición de licencia, escrita por él aquella noche memorable cuando supo por primera vez del sitio de una gran parte del ejército alemán junto a Stalingrado. En la res-

puesta se le decía sin ambigüedades de lo inoportuno no sólo de la licencia, sino de la petición misma, debido a que "las circunstancias creaban dificultades adicionales para las divisiones del cuerpo dislocado en Francia." Esto sonaba como una amonestación. Ewers tuvo que tragarse la píldora, haciéndose el desentendido en cuanto al reproche.

Las novedades del Frente Oriental venían cada vez más desalentadoras y la interpretación de los acontecimientos dada por la propaganda de Hebbels se hacía más incomprensible aun. Si al comienzo los autores de múltiples artículos escribían ahogándose de entusiasmo sobre los éxitos del grupo de choque de Manstein lanzado en ayuda de los ejércitos sitiados, ahora, llenos de vergüenza, evitaban recordarlo siquiera, alabando con la misma fuerza el valor y la fortaleza del ejército cercado. Pero los silencios sospechosos y las alabanzas gritonas podían engañar a muchos, no así al general Ewers.

En esos momentos cuando era necesario actuar en busca de alguna salida para salvar el Vaterland, el general se veía obligado a quedarse inactivo, de brazos cruzados, en un lejano pueblito francés y darse por satisfecho con las noticias contradictorias sobre el estado de las cosas en los frentes orientales. ¡Sí, muy contradictorias! La radio de Moscú informaba del exitoso comienzo de la ofensiva de sus ejércitos en el Cáucaso del Norte, en la región de Leningrado, mientras los noticieros del cuartel general de Hitler se limitaban a los informes insípidos del tipo de la "alineación general en todos los frentes".

Los pensamientos del general estaban ahí, en el este, donde ahora se decidía la suerte de Alemania; y él, ¡de brazos cruzados en la retaguardia, dirigiendo la "pequeña guerra", en la que muchas veces no se conocían las pérdidas del enemigo, pero sí podían estimarse las de uno con toda precisión...!

Estas pérdidas eran cada día mayores. Después del comienzo de las búsquedas de Paul Chenier en la zona de dislocación de la división llegó la calma: ¡ni un disparo, ni un asalto de los maquis a los soldados alemanes! Daba la impresión de que esta calma era estable; se hacía difícil creer que los guerrilleros podrían abrirse camino entre las unidades de los SS que bloqueaban todos los caminos y pasos. Sin embargo esta tregua duró poco. Ya a la tercera noche después de comenzadas las búsquedas, los ma-

quis mataron a dieciseis soldados y cuatro oficiales. Al otro día asaltaron con bastante descaro a una caravana de camiones que se dirigían a la fábrica subterránea. A partir de entonces los maquis acrecentaban cada vez más su actividad y el general se vio obligado a firmar partes todos los días sobre los hechos en la región del desplazamiento de la división. Estos acontecimientos no pudieron pasar inadvertidos para el mando del cuerpo. Poco faltaba para que el general se viese en la necesidad de justificarse. En uno de los partes escribió franca y abiertamente que la actividad de los guerrilleros no dependía de él, el general Ewers, ni de su incapacidad administrativa, sino de los acontecimientos que tenían lugar en el Frente Oriental. Después enseguida lamentó el haber sido tan incauto en su explicación y este sentimiento de enfado para consigo mismo no le abandonaba en toda la tarde, acrecentándose aun más al día siguiente al llegar la noticia del probable arribo a Saint-Remis de un representante del Alto Mando.

En otros tiempos Ewers daría la orden de prepararse dignamente para la bienvenida del mando; pondría al tanto a los jefes de los regimientos y haría todo lo posible para dar una perfecta acogida al huésped. En cambio esta vez sólo frunció disgustado el ceño y se guardó el comunicado en el cajón de su escritorio, sin mostrarlo ni al jefe del cuartel, ni a su propio edecán.

Sin embargo no era un simple representante del Cuartel General quien llegó a Saint-Remis, sino el propio mariscal de campo, el general Denus en persona. Ewers no estaba preparado para un encuentro tan agradable para él. Denus fue su maestro; pero eso tampoco era lo principal, sino que ambos profesaban casi las mismas ideas. A pesar de no haberse expresado el mariscal en la prensa en una forma abierta como lo hizo otrora su incauto alumno, el maestro le dio a entender en las conversaciones privadas que sostuvo con Ewers en vísperas de la guerra del Oriente que compartía en todo su opinión y no creía en la posibilidad de una derrota relámpago de Rusia, y menos en condiciones de guerra a dos frentes. Por eso Ewers se puso tan contento cuando de pronto vio aparecer en el umbral de su oficina la conocida figura del mariscal de campo. Su alegría se acrecentó aun más cuando después de unas breves frases de saludo oficial, aquel le dijo en forma muy simple y amistosa:

— Vine a descansar contigo por uno o dos días. Así que no me canses con viajes ni inspecciones.

— Me sentiré feliz de crearle las condiciones necesarias para ese descanso y consideraré un honor para mí, si mi querido maestro y huésped admite alojarse en mi casa —. Ewers hizo un gesto cordial de invitación al inclinarse ante Denus y apretar las manos al pecho.

— Acepto con gusto la invitación, pero no quiero vivir solo. Espero que habrá allí lugar suficiente para los dos.

— Si le place, el primer piso con cinco habitaciones...

— A mí me bastará con dos. A condición de que te quedes a mi lado. La soledad se siente en la vejez con mucho mayor agudeza. En cuanto a los edecanes, me tienen cansado...

En la voz de Denus se oían notas rezongonas y hasta un poco lloronas de un viejo achacosó, pese a su apariencia bastante fuerte y robusta. Ewers propuso llamar un auto.

— De ninguna manera — se opuso Denus —, si tu villa queda cerca como dices, prefiero ir caminando. Estoy cansado de los autos, los aviones y en general de todos los medios de transporte mecanizado. De no haber guerra me metería con mucho gusto en alguna cueva de lobo donde jamás oyeron hablar de ellos.

— ¡Pero ahora está nevando, excelencia! — indicó Ewers.

Denus miró por la amplia ventana.

— ¡Y yo que soñé tanto con calentar aquí mis viejos huesos! Pensé que en estos lugares no nevaba nunca. ¿Espero que en tu casa haga calor?

— Daré orden de prender el hogar.

Todo el día lo pasó Denus tirado en la cama. No leía, limitándose a hojear nuevas revistas ilustradas. Durante la cena el huésped no probó bocado alguno, a excepción de un poco de pescado, y no tomó más de una copita de coñac. La conversación tampoco quería tomar el cauce necesario, por más intentos que hacía Ewers para llevarla al tema que más le preocupaba.

Un sentimiento de disgusto se apoderó de Ewers. Tanto que había deseado una charla franca y abierta con el mariscal, éste la parecía estar eludiendo. ¿No se habría recuperado aun del viaje? ¿O sería la mucama que le molestaba al entrar a cada rato en el comedor trayendo o cambiando platos?

Ewers mandó correr los sillones hacia el hogar y la dejó marcharse. Ahora quedaban a solas el huésped y el amo, sin que les estorbara nadie. Por el contrario, las llamas en el hogar, la media luz en la habitación y unos buenos cigarros disponían a una cierta intimidad. Denus, en efecto, comenzó a hablar.

— ¿Qué opinas de los acontecimientos en el Frente Oriental, Hermann? — le preguntó Denus sin más vueltas.

Ewers no quiso eludirse de una respuesta directa. Demasiado tiempo estuvo privado de la compañía en que pudiese expresar con libertad sus pensamientos, para quedarse callado ahora, cuando se le presentaba esta oportunidad tan propicia de confiarse a una persona inteligente y razonable.

Denus no le interrumpía. Con los ojos entrecerrados miraba arder el fuego y de vez en cuando movía la cabeza con un gesto afirmativo mostrando que estaba de acuerdo con las palabras del general.

Una sola cosa no se atrevió Ewers a pronunciar en voz alta. Era su idea acerca de la necesidad de eliminar al Führer si se quería salvar a Alemania.

— ¿Así que crees que la única salida está en la inmediata reconciliación con nuestros enemigos en el Frente Occidental y en África?

— Estoy absolutamente convencido de ello.

— Pero Inglaterra y Estados Unidos no lo aceptarán.

— Eso no se sabe todavía.

— ¿Con qué fin se fue Gess a Inglaterra en su tiempo, según tu opinión?

Ewers guardaba silencio, aunque la respuesta vibraba en sus labios. ¿No estaría cometiendo un nuevo error incorregible? Al fin de cuentas el mariscal de campo aún no había expresado su propia opinión sobre los hechos. Denus comprendió sus dudas y salió en su ayuda:

— El soldado de primera \* quedó demasiado comprometido ante todo el mundo para que el gobierno de Inglaterra y Estados Unidos acepten comenzar cualquier tipo de negociaciones...

Hubo una pausa silenciosa. Muy breve ciertamente, porque Denus la interrumpió de inmediato:

— Hace falta un nuevo personaje y la verdad es que yo vine aquí con otro fin que el de descansar...

---

\* Denus ironiza sobre A. Hitler (*N. del T.*).

Mucho daría Miller por oír aunque fuese una frase de aquella conversación sostenida delante del hogar en la villa del general Ewers, entre el dueño de la casa y su huésped, el mariscal de campo el general Denus, uno de los generales más viejos del ejército hitleriano.

En cambio a estas horas el jefe del servicio del SD se hallaba lejos de Saint-Remis. No estaba éste tampoco pensando en la salvación de Alemania, sino en la de su propio pellejo. Por más absurdo que pudiese parecer, Miller buscaba esa salvación en el fondo del lecho del río montañoso que era inspeccionado bajo su propia supervisión.

La noticia de que Miller le pegó un tiro a un desconocido vestido con ropa de prisionero no dejaba indiferente a ninguno de los que tomaron parte en la búsqueda de Paul Chenier. Todo parecía decir que la bala del jefe del SD había dado precisamente en el cuerpo de ese peligroso malhechor. Según contaba el mismo Miller todo sucedió del modo siguiente: al volver por la noche del día anterior de un poblado en las montañas, se desvió un poco del camino y entre los matorrales de una de las rocas notó los borrosos contornos de una figura humana. Inseguro aun de haber dado con la pista del fugitivo, Miller sacó la pistola por si acaso y entonces de detrás de la roca salió corriendo en dirección al río un hombre con ropas de prisionero. Miller no podía alcanzarlo vivo, porque la roca se hallaba próxima al río y el prófugo alcanzó a saltar en el agua. Restaba una sola salida: ¡tirar! Sin embargo era difícil dar en el blanco, porque estaba anocheciendo y Miller tuvo que descargar toda su pistola automática hasta que pudo herir o matar al malhechor. De cualquier forma éste logró saltar al agua, sin salir ya a la superficie.

Un efectivo de soldados fue llamado a venir de inmediato al lugar de los hechos. Palmo a palmo se examinaba el lecho del río en busca infructuosa del cuerpo desaparecido; probablemente lo arrastró la rápida corriente del río, quedando quizás atascado en su fondo. Con la llegada del nuevo día comenzaron de nuevo las búsquedas en una escala mucho más amplia. Varias unidades especiales las efectuaban al mismo tiempo en diferentes lugares, corriente abajo. Miller en persona dirigía el trabajo de todos los grupos; incluso dormía en el auto a pesar del mal tiempo imperante. Pero la turbulenta corriente

montañosa parecía haberse burlado de él; al arrancarle a la presa delante de sus propias narices.

Corría el sexto día de las búsquedas del cadáver y los oficiales en sus charlas se mostraban inclinados a suponer cada vez con mayor insistencia de que Miller había "borrado las huellas" al "ahogar en el agua" el proceso de Chenier.

Para la sorpresa de todos, al séptimo día se supo que el cuerpo se había encontrado.

De inmediato llegó a Saint-Remis aquel oficial de los SS en el grado de coronel que participó en la reunión del general Ewers y otro hombre más de civil. Ambos se dirigieron de inmediato al lugar donde fue hallado el cadáver.

La primera inspección confirmó las sospechas de que en efecto ese era Paul Chenier, a pesar de estar terriblemente desfigurado por los golpes recibidos contra las piedras del cauce de la rápida corriente. En especial sufrió la cara, por no tener protección de la ropa. La necesidad de cotejarlo con la foto de Paul Chenier desapareció por sí misma por el espantoso estado en que se encontraba, debido a los golpes contra el canto rodado y la hinchazón de su larga permanencia en el agua. Por la misma razón fue desechada la idea de cotejar las impresiones digitales traídas por el coronel con las del ahogado. Pero había un argumento irrefutable que hacía pensar en que la bala de Miller había dado precisamente en el prófugo de la fábrica subterránea. Lo confirmaba a las claras el número 2948, bien visible en el brazo del cadáver. Ese mismo número tenía marcado en su tiempo el preso de la fábrica subterránea Paul Chenier. Además la ropa de prisionero, idéntica a la que llevaban los de la fábrica, no hacía otra cosa que corroborar la idea de que se había dado caza aunque muerto al malhechor buscado.

Sólo la ropa del ahogado, demasiado raída, provocó algunas dudas en el de civil. Según los datos de la fábrica, a Paul Chenier se le dio todo nuevo, cuando se puso a estudiar los esquemas y proyectos de ésta. Sin embargo Miller hizo recordar que el prófugo pasó muchos días trepando montes y quebradas, y el de civil consintió: al fin de cuentas en una situación semejante la vestimenta podía hacerse pedazos, sin que se dijera nada de quedar raída.

De cualquier forma para que no quedase duda alguna en el reconocimiento del cadáver y la preparación de una

nota oficial se había decidido formar una comisión especial. Además del oficial de los SS y el de civil la integraban Miller y el representante del cuartel de la división Heinrich von Goldring.

Malhumorado salió Heinrich al lugar donde se reunía la comisión. Todos esos días que duraron las búsquedas del cadáver estaba no menos nervioso que el propio Miller. ¿Y si era de verdad Paul Chenier, es decir André Renard? ¿Sería posible que los maquis no lograsen llevarlo a las montañas? Cosa muy extraña. Pero más extraño aun era el hecho de tener puesto el prófugo un traje de prisionero. Eso resultaba incomprensible del todo. Cuando Heinrich se encontró con él en La Travelsa, André tenía puesta una camiseta y el pantalón de un pijama. ¿O le pareció eso nada más? ¿Quizás eran esos pantalones rayados parte del traje de prisionero? ¿Tal vez no pudieron venir los maquis a tiempo y André tuvo que salvarse, sin alcanzar a cambiar de ropa? Tenía que haber ido una vez más a La Travelsa para convencerse de que André Renard estaba a salvo. Heinrich no lo hizo por precaución y ahora resultaba que fue un error, por el que pagó André Renard, hombre magnífico y valiente que le ayudó tanto.

Ya de lejos distinguió Heinrich un grupo de gente a orillas del río. Serían los miembros de la comisión que estaban reunidos. Debería apurarse, pero sentía los pies como cargados de plomo y el corazón parecía querer escapársele. No, no se iba a apurar hasta que su cara adquiriese el aspecto despreocupado de siempre. Además, siendo barón, von Goldring tampoco debía darse demasiada prisa. ¡Que sientan los miembros de la comisión que no era uno cualquiera, sino el hijo del propio Berthold!

Los miembros de la comisión lo recibieron con muestras de respeto. ¡Ciertamente un simple primer teniente no podría contar con semejante deferencia! A su llegada comenzaron de inmediato la inspección del cadáver. Junto con todos los demás Heinrich se inclinó sobre el muerto. La estatura era la misma que la de André; las facciones estaban irreconocibles, tan maltrecho estaba... el número en la mano era el mismo que el de André: ¡2948!... Aguarda un momento... Algo en este número no anda bien... ¡Ah, pero claro! André lo tenía marcado más cerca de la muñeca y además el dibujo de las cifras era distinto, sin ese pequeño lazo en el número dos.

Eso quería decir que...

Heinrich se inclinó más y su mirada cayó sobre la mano derecha del muerto tendida palma abajo a lo largo de su cuerpo. ¡La uña negra con la sangre coagulada debajo! Con esa uña pasaba la lista de los sospechosos aquel delator de La Traveisa que él entregó al jefe del SD.

— ¡Así que por eso Miller no comunicó los resultados de su interrogatorio a Bazell!

Heinrich levantó los ojos a Miller y se encontró con la mirada tensa de éste. “No hay que dejar ver que lo entendí todo. Al menos ahora. De otro modo los miembros de la comisión sentirán la inquietud del jefe del SD” — cruzó por la cabeza de Heinrich y entonces con amable sonrisa se acercó al héroe de ese día:

— ¡Permítame felicitarlo de todo corazón por haber finalizado con éxito las búsquedas de Chenier, Herr Miller!

La expresión de alarma desapareció de los ojos del jefe del SD y en sus labios se dibujó una sonrisa de contento.

Aquel mismo día en el casino antes de almorzar, el de los SS le entregó al jefe del SD cinco mil marcos por la cabeza de Paul Chenier, el prófugo muerto. El paquete con el protocolo oficial de la comisión había sido enviado previamente a Berlín al Estado Mayor.

— ¿No le parece que tengo derecho a contar con una buena cena por su cuenta, Hans? — preguntó Heinrich a Miller con cierta ironía cuando salían juntos del casino después del almuerzo.

— ¡Con sumo placer! Probablemente le deba algo. Le ruego recordármelo. Sé que varias veces le pedí prestado pequeñas sumas de dinero, pero no estoy convencido si se las devolví.

Miller estaba de excelente humor después de embolsar los cinco mil marcos y estaba dispuesto a pagar cualquier deuda, cosa que jamás le había sucedido antes.

— Tengo muy mala memoria para esas minucias y no recuerdo que tengamos cuentas que saldar. A excepción del último favor que le hice.

— ¿Cuál es? — se interesó Miller con calma.

— El haberme callado.

Miller se detuvo. Su cara se puso blanca.

— ¡Vamos, Hans, adelantel! Somos amigos y entre amigos no tiene que haber secretos. Debo confesarle que me

dejó admirada sobremanera su ingeniosidad: ¡ofrecerlo a Bazel en calidad de Paul Chenier!

Heinrich sintió temblar el brazo de Miller al tomarlo por el codo.

— Confieso que a mí me faltaría el ingenio... ¡Pero no se alarme tanto, Hans! Yo mismo estoy tan harto de andar por esos montes en busca del escurridizo de Chenier que le estoy muy agradecido por haberme liberado de esa desagradable obligación.

— Oígame, Heinrich!, ¿no me puede decir cómo lo supo?

— ¡Es mi secreto, Hans!

Por algún rato Miller se quedó callado cavilando.

— Yo seré más franco, Heinrich, y le descubriré un secreto que le incumbe a usted directamente, ¿quiere?

— Soy todo oídos.

— Mejor dicho no se trata de usted, sino de mademoiselle Mónica por la que usted siente tanto apego. Tuvi-mos la suerte de establecer que unos días antes del asalto de los maquis al tren con los armamentos, mademoiselle Mónica fue a Bonneville y se quedó allí sólo por unas horas para volver no se sabe de qué modo, porque en tren no fue, eso lo sabemos con seguridad. Además su ordenanza Kurt Schmidt sabía el número del tren y la hora de la partida de Bonneville. Coteje estos dos hechos y dígame si no son sospechosos.

Heinrich se quedó pensando un momento y luego se puso a reír alegremente.

— ¡Mi querido Hans! Si el SD continúa trabajando de igual modo, yo no le podré asegurar la simpatía del Mando Supremo, por más esfuerzos que yo haga ante Berthold. Agréguele al secreto que me acaba de comunicar los siguientes detalles: dos días antes de su partida a Bonneville mademoiselle Mónica obtuvo un telegrama sin remitente cuyo contenido era: "recuerde la promesa". Si al SD le cuesta averiguar de quién lo recibió, yo puedo decírselo con toda seguridad: Heinrich von Goldring. Ese mismo Goldring partió a las dos horas de la llegada de mademoiselle Mónica a Bonneville en dirección a Saint-Remis en su propio coche y en el asiento de atrás llevaba a un pasajero, mejor dicho a una pasajera. Esa pasajera no era otra que mademoiselle Mónica... Espero que detalles más íntimos de ese secreto no me los va a preguntar, ¿eh?

Miller tenía en ese momento una cara tan desconcertada y hasta se diría ofendida, que Heinrich se echó a reír.

— Sin embargo le estoy muy agradecido por haberme-lo contado. Sería muy desagradable que mademoiselle Mónica sufriese disgustos por mi causa. Palabra de honor que se lo agradezco mucho.

— Estoy contento de que todo se haya aclarado. ¿Sabe qué, Heinrich? ¡Véngase a trabajar al SD! ¡Con su talento y contactos podría hacer una brillante carrera! Trabajaríamos juntos muy bien. Convenga en que yo también soy capaz de algunas cosas.

— Ya lo estuve pensando, pero temo que me falte aplomo. En especial si uno se pone a analizar los rasgos malos de mi carácter que si bien pueden justificarse por mi juventud, no dejan de serlo por ello. A usted se lo puedo confesar en secreto: ¡las mujeres bonitas son mi lado flaco.

Ahora le tocaba a Miller el turno de reírse.

— ¿Cree usted que la nueva ocupación le sería un obstáculo? ¡Todo lo contrario, querido Heinrich! Cualquier mujer que le caiga en el ojo es suya sin el menor problema. Además no hace falta perder el tiempo en hacerles la corte...

Miller le hizo una guiñada asquerosa.

— Lo voy a pensar, Hans. Esta propuesta, lo confieso, me resultó de mayor interés que su secreto.

— ¡Ah, pero tengo otro más que sí le va a dejar pasmado! Vamos a pasar por mi trabajo y usted se convencerá de que soy un amigo suyo de verdad.

Ambos doblaron en silencio la esquina de un callejón, encaminándose al chalet donde se había distribuido el SD.

Ya en su oficina Miller abrió la caja fuerte, sacó de ahí una carpeta, encontró entre otros papeles un pequeño sobre y se lo tendió a Heinrich.

Éste agarró el sobre por la punta y le echó una mirada negligente al sello del correo.

— ¿Montefleur? ¿Alguien le escribe desde Montefleur? ¿Hay que entenderlo así, Hans?

— ¡Yo no diría que es un amigo de usted el que vive allí!

— ¿Se puede leer? Si no es demasiado largo, por supuesto.

— Media hojita no más...

Con un gesto despectivo Heinrich sacó del sobre un papelito doblado en cuatro y al desplegarlo le echó antes que nada una mirada al nombre del firmante. Pero la carta era anónima. El desconocido corresponsal describía con bastante exactitud las circunstancias en que Goldring se había pasado al ejército alemán y aducía la suposición de haber sido aquel la persona que delató ante el mando ruso el plan de la operación “puño de acero” y probablemente también del “paseo verde”. El autor de la carta aconsejaba volver a poner a prueba a Goldring.

Heinrich se fijó en la fecha. La carta había sido escrita días antes de su partida a Lion. Por lo tanto el control al que había sido expuesto en el hotel de Chambery era sin duda alguna el resultado de esta carta.

Heinrich no volvió a releer la carta para no demostrarle a Miller su interés hacia la misma. Su memoria bien entrenada captó en detalles todas las particularidades de esa letra. Una letra muy conocida. Heinrich ya se figuraba quién podía ser el autor de la denuncia.

— ¡Gracias, Hans! Usted me divirtió un poco. El que escribió la carta debe ser, según creo, un individuo bastante cándido. No quisiera imaginarme siquiera lo que ocurriría si este mamarracho lo llegase a ver Berthold. Entre nosotros le voy a confiar un secreto. Berthold es un hombre que carece del sentido de humor y valoraría esta carta como un material dirigido directamente contra su propia persona. Eso no se lo perdonaría él nunca.

Miller pestañeó desconcertado.

— ¡Por Dios, Heinrich! Yo mismo veía en esta carta anónima una cosa curiosa y nada más. La guardé sólo para mostrársela. Ahora que los dos nos reímos un poco...

El comandante Miller sacó del bolsillo el encendedor y quemó la carta con tal premura que Heinrich no alcanzó a detenerlo.

— ¡Lo hizo en balde eso, Hans! ¡Por de pronto era un documento!...

— No registrado en ninguna parte, porque nosotros pasamos al registro sólo el material que nos llega de nuestros agentes.

— ¡De todos modos me da lástima! El autor nos divirtió tanto y nosotros le pagamos con la ingratitud más negra. Y ahora, ¿no piensa aconsejarle a su huésped a que piense un poco en el que le brindó la acogida? Al fin

de cuentas usted se pasó demasiadas noches en vela y tuvo bastante lío con esa comisión...

— ¡Pero no, Heinrich! ¡A mí me agrada mucho estar en su compañía! Me siento feliz de haberle podido demostrar mi más sincera amistad para con usted.

— ¡Igualmente digo!

Al volver a casa Heinrich se precipitó a una de sus maletas donde guardaba con suficiente precaución el sobre con el regalo del comandante Schulz: la foto del general Daniel con un mapa de fondo. Pero Heinrich no se puso a examinar la foto. Miraba con ojos muy atentos la inscripción en ésta y cotejaba la letra del comandante con la del autor de la carta anónima.

Sí. Era imposible equivocarse. La denuncia había sido escrita — ¡bien lo suponía Heinrich! — por el mismísimo comandante Schulz.

## Heinrich ejecuta la sentencia

— ¡Mi querida muchacha, no te sabes comportar! No te olvides de que estás al lado de tu novio que pasó por tu casa para tomarse un traguito de vino ¡No me mires con esos ojitos asustados, como si estuviéramos casados desde hace años y yo estuviese por estrellar la botella!

— ¡François! ¡Cómo puedes estar siempre haciendo bromas y más en estos momentos! Dime, ¿por qué tiene que venir Ludvine precisamente ahora, cuando el ambiente está tan caldeado?

Mónica había quedado como fulminada con la noticia del arribo de su “prima” de Bonneville, sin poder ocultar su turbación y susto.

— A ver esa sonrisa. Dale un sorbo al vino que ya empiezan a prestarnos atención. He cometido un error al venir aquí, al restaurante. Bueno, ¡así es mejor! Ahora sí te pareces a una chica que tiene la cabeza llena de amores y nada más... ¿Te asombra el hecho de venir Ludvine precisamente ahora? Pues porque al fin comenzó aquello que se parece a una lucha verdadera contra el invasor. De este modo el enlace con Bonneville no debe interrumpirse.

— ¿Tiene ella permiso para venir?

— Estoy tan enterado como tú. Lo único que sé es que viene Ludvine de Coque y hay que ir a recibirla. Eso es todo cuanto me comunicaron.

— ¿Con qué tren?

— Hoy a las 4 y 30 de la tarde.

— Está bien. Iré a buscarla.

— Iremos los dos, pero cada uno por separado. Ni tú me notas a mí, ni yo a tí. Estaré en el andén a la mano derecha de la entrada principal de la estación y tú harás lo mismo a la izquierda. El que primero vea a Ludvine irá a su lado mezclado en la multitud sin demostrar con el menor vestigio conocerla. A los dos o tres minutos el otro seguirá detrás y observará si no les sigue alguno. Inmediatamente detrás de la estación, en el cruce de las calles Párisina y Los Viñedos, aquel que se encuentre primero con Ludvine le hará una señal de detenerse junto al quiosco de aguas minerales. A nadie le dará por sospechar de dos pasajeros que se detengan para beberse un trago de agua. El otro que estará observando por atrás, los pasará de largo. Cuando se convenza de que no hay nadie persiguiendo a Ludvine, puede unirse a los otros dos. En el caso de notar algo sospechoso, seguirá adelante sin detenerse. ¿Entendido?

— Sí, a excepción de ¿qué le resta hacer al que esté junto a Ludvine en aquel quiosco?

— En caso de peligro, éste, sin darse vuelta, seguirá camino, mientras Ludvine dejará de ser ya de su ciudad. Cerca de ahí habrá gente nuestra que tendrá las instrucciones correspondientes.

— Estaré en la estación a diez minutos de la llegada del tren.

— Eso es demasiado temprano. Ven a las cuatro y diecinueve minutos de la tarde. No te tienen que notar en el andén. Finge haber venido a la estación a comprar unas revistas... Bueno y ahora dame esa manito y vamos a despedirnos como le sienta a los verdaderos enamorados. Me voy...

François se quedó un buen rato acariciando la mano de la muchacha y mirándole a los ojos; luego, desde el umbral, exclamó que el primer baile sería suyo, agitó su gorra y desapareció tras la puerta. Mónica también le mandó saludos con la mano y le sonrió pese a no estar para risas.

La chica estaba muy preocupada con la llegada de Ludvine de Coque, su "prima", como se la presentó a Heinrich cuando aquel la vio desde el auto en Bonneville. ¿Qué motivos la podían traer ahora, cuando la gestapo estableció salvoconductos para los que entraban a Bonneville o salían de ahí? Seguro que le tocaría a Ludvine pasarse varias horas junto con todos los pasajeros en la cola de la plaza delante de la estación, rodeada de soldados, esperando que los gestapistas pasen inspección a los documentos. ¡Quién sabe cómo terminaría para ella esa inspección! Aquellos que la mandaron venir arriesgarían sólo en el caso de extrema importancia de la misión encomendada. Y más aun que tres días antes Mónica le había escrito a Ludvine una carta, de lo más inocente para los ojos ajenos, que podía pasar por el simple carteo de dos burguesitas atareadas con sus propios asuntos de poca monta. Mónica le decía que en Saint-Remis nevaba a menudo, cosa poco frecuente en otros años; de los vientos que soplaban ahora fríos e inhospitalarios; de los productos que se hacían difíciles de conseguir y de los precios que volvieron a subir en el mercado. Todo esto debía ser interpretado del siguiente modo: en Saint-Remis comenzaron a ser frecuentes los arrestos comparados con los que había hasta entonces; los guerrilleros redoblaron su actividad y la llegada a Saint-Remis sería muy arriesgada...

Después de semejante advertencia Ludvine era enviada pese a todo a venir aquí. No cabían dudas de que su misión era muy importante.

Además los acontecimientos se iban desplegando de una manera que hacía esperar grandes sorpresas de cada día que pasaba. A partir del momento en que los rusos rodearon el gran ejército alemán junto a Stalingrado, Mónica escuchaba mañana y noche junto con su madre las primeras y últimas noticias del día por la radio. Por la mañana, el noticiero del mando alemán y por la noche, si tenían suerte, captaban la onda francesa transmitida desde Londres.

Tanto para madame Tarval como para Mónica, la Unión Soviética era un país no sólo desconocido, sino completamente incomprensible. Su único rasgo característico cobraba cuerpo en la frase de ambas: "allí todo es distinto a nosotros". En qué consistía esa diferencia no lo sabían, ni se interesaban por dilucidarlo.

Pero de pronto esa misma Rusia misteriosa comenzó a acercarse de una lejanía desconocida cada vez más, hasta transformarse para el corazón de Mónica en algo casi tan querido como Francia. La chica se sentía deudora de los rusos y lo pagaba con el único tesoro que poseía: su cariño y admiración por la fuerza inquebrantable del espíritu humano, el sincero deseo de formar parte de ese enorme ejército de luchadores por la justicia.

Cada renglón del rotativo que comunicaba de los combates en las lejanas llanuras rusas era releído por la muchacha con muchísima atención. François la enseñó a leer entre líneas y ya sabía que cuando se comentaba por ejemplo el heroísmo excepcional de las unidades alemanas demostrado al defender tal o cual población, había que entenderlo como el hecho de la liberación o al menos como el sitio de dicho poblado por los rusos; cuando se hablaba de la retirada planeada a las posiciones previstas de antemano, significaba que los hitlerianos se habían visto obligados a abandonarlo todo y poner pies en polvorosa para salvar su pellejo.

Al leer estas noticias Mónica echaba una mirada llena de agradecimiento hacia un rincón del estante donde se hallaba un solo libro que pudo encontrar aquí en Saint-Remis para conocer mejor a Rusia. ¡Qué poco y cuánto a la vez!

Era un pequeño volumen de Romain Rolland donde éste escribía sobre León Tolstoi... Tiempos atrás este librito se lo había olvidado el tío André y se quedó allí en la buhardilla sin leer, en el baúl grande de madame Tarval, donde ésta guardaba por si acaso todo trasto innecesario: candados rotos y sombreritos pasados de moda, folletos de diversas casas de comercio y manijas de las puertas viejas, vestiditos de Mónica y pantaloncitos de Jean. Buscando algo entre estos cachivaches, Mónica descubrió de casualidad este librito y se lo llevó como el tesoro máspreciado; después se pasó toda la noche en su lectura, tratando de vislumbrar a través del alma de un hombre, el espíritu de todo un pueblo. ¡Qué difícil le resultaba a la chica penetrar en lo hondo de las palabras de Rolland! Es que por si misma no había leído ni un solo renglón de lo escrito por Tolstoi, y por lo tanto debía seguir a tientas el pensamiento de su gran compatriota el que no se sabía a quién admiraba más: al genio de la pluma, o la grandeza de un hombre que,

no siendo nada imparcial, se pasó la vida en una lucha titánica buscando la verdad... ¿Pero cómo pudo Tolstoi proponer aquello de "la no violencia ante la maldad"?

Mónica se convenció muy bien de que a la maldad había que oponerle resistencia, si no ésta te aplastaba a tí. Porque la maldad lo tenía todo a su disposición: armas, bombas, ametralladoras, campos de concentración, violencia, felonía, una cruel indiferencia por el corazón humano... Quería decir que los Grandes de este mundo también se equivocaban. ¿Y qué podía hacer ella, una simple muchachita de un pequeño pueblo perdido en los montes subalpinos? ¿Y por qué le le latía el corazón con tanta fuerza al leer de ese ruso desconocido para ella? El pueblo de éste tampoco aceptó la "no violencia ante la maldad" y se rebeló contra sus opresores; tomó las armas en sus manos para defender su vida y su verdad...

A veces Mónica abría el librito de Rolland en la página donde estaba el retrato de Tolstoi y se pasaba largos ratos observando el rostro del escritor. ¿Qué exigía esa mirada tan rara, tan ensimismada y a la vez tan abierta, dirigida directamente a los ojos de ella? Una mirada severa, penetrante y exigente que despertaba alarma en su corazón. Seguramente influiría de igual manera en todos aquellos que se veían con él en vida. Porque exigía la verdad: y si se había equivocado en su camino hacia la misma, no dejaba por ello de llamar al hombre a alcanzarla en su búsqueda. Esas ansias de lograr la verdad las debían tener todos los rusos. Sería eso lo que los hizo tan inquebrantables en la lucha.

¿Pero no las tenía también ella, esas ansias, en su propio corazón, martirizándola desde hace mucho tiempo atrás?

¡Con qué claridad y simpleza se le presentaba antes todo a Mónica! El destino la hizo nacer en el maravilloso país de Francia; se sentía agradecida a su suerte y quería infinitamente a su patria y su pueblo. Francia y su pueblo eran conceptos demasiado amplios para ser concebidos por la muchacha. Qué impresionada quedó al comprender que no sabía mucho más de Francia que de la Unión Soviética. Y lo mismo podía decir de los franceses... Ahí estaba Laval; el gobierno de Vichy que vendió su patria; el asqueroso de Leveque que delató gente honrada, aduló y sirvió al enemigo. Pero también estaban François, el tío André, Jean, centenares y miles

de personas que no se doblegaron ante los hitlerianos y se fueron a las montañas para luchar contra el enemigo. Quiere decir que hay dos campos de franceses, o sea dos Francias. ¿O habrá más que dos? ¿Por qué la mayoría de los que se fueron en su pueblito con los maquis a defender la patria eran los que habían recibido de ésta menos que ninguno? Eran los que creaban todo en la patria con sus propias manos: cultivaban las viñas, pastoreaban los ganados en las montañas, trabajaban en los talleres, tendían las calzadas en las escarpadas pendientes montañosas. En cambio aquellos que se enriquecían con el trabajo de los primeros se escondían como ratas en las ranuras, asomándose de allí cuando no había nadie cerca, piando de su patriotismo y amor a Francia. Suponiendo que se echara a los hitlerianos... ¿Qué pasaría entonces? Los pastores volverían a sus ganados, los mineros a sus picas, los viñadores a sus viñas... los obreros se inclinarian de nuevo sobre sus máquinas. ¿Y las ratas? Esas saldrían de sus cuevas para roer el cuerpo del pueblo, abrir nuevos negocios, fábricas, comprarse magníficos autos de último modelo. En su pueblito volverían a aparecer veraneantes grasientos y melindreros. En su maravillosa Francia todo volvería a ser como era antes. Maravillosa... ¿Estaba convencida de eso?

¡Cuánto te cuesta, Mónica, despertarte del sueño sin preocupaciones de la adolescencia y qué torturas para tu alma nueva que está naciendo, porque no tienes a quién pedirle consejo! ¿Tal vez François? ¿Pero tendría éste tiempo para poner orden en su tonta cabecita? No, le haría bromas como siempre...

Sin embargo Mónica se enfrentó con François. Para su asombro vio que esta vez no bromeaba del todo. Los acontecimientos se desarrollaban de un modo tan vertiginoso que Mónica pareció vislumbrar una alborada rosa en el horizonte, precursora de un día de sol, después de una noche larga e inquieta.

Tal vez la misma Ludvine tenía que traer noticias importantes pues la enviaban aquellos que dirigían a todos los guerrilleros. Por supuesto, François no le dijo nada de eso, pero ella no era ninguna criatura y sacaba sus propias conclusiones. Por ejemplo le bastó darle a la "prima" el número del tren con el armamento y la hora de su partida de Bonneville, para que se descarrilara dicho convoy. Ludvine se lo hizo saber de inmediato al que

hacía falta. Ahora estaría por traerles indicaciones importantes a ellos. Podía ser que François supiese de qué se trataba, pero seguía considerando a Mónica una niña. Cuántas veces le pidió encomendarle alguna tarea difícil, pero éste sólo se reía, diciendo que ya hizo aun más de lo que de ella se esperaba. También sobre Heinrich parecían haber cambiado totalmente de opinión. Ya no le hablaban más de estar alerta y una vez hasta se le dijo sin ambigüedades que entre los alemanes también había muchos antifascistas. No. No había que pensar ahora en Heinrich, ni en lo que la traía a Ludvine tampoco. Sólo cuidar de que todo saliese bien... Ya se oyen los pitos de la locomotora. Hay que apurar el paso para llegar a la estación con el tren.

Mónica sale al andén y sin prestarle atención a los gestapistas que andan husmeando por ahí, se acerca al quiosco de revistas y periódicos, a la izquierda de la entrada principal a la estación. Después de comprar el diario toma del mostrador una revista de modas para la primavera y se pone a estudiarla detenidamente.

El tren se para. Ella tiene que aparentar gran interés por los trajes de las damas por lo que hace deslizar su mirada por cada una de ellas. ¿En qué compartimiento vendrá Ludvine? Ah sí, ahí está su cara en la ventanilla del tercer coche a partir de la cola del tren. Ahí baja. Tiene puesto un abrigo claro de felpa de corte moderno y un sombrero negro que hace tan bonito contraste con su dorada cabellera. Una señora verdaderamente elegante y a nadie se le ocurrirá nada... ¡Dios mío! ¿Pero que es eso?

Mónica por poco se tapa toda la cara con la revista y observa en secreto por encima de ésta a Ludvine.

— ¡Sí! ¡Había sucedido lo peor!... Un gestapista a la derecha, otro a la izquierda, uno tercero detrás. ¡Ludvine presa! ¿Lo habrá visto ya François? Y si lo vio, ¿por qué no se abalanzó en su ayuda?

Mónica da un paso adelante y se encuentra con una mirada severa que advierte peligro. Acompañada de los gestapistas Ludvine desaparece en una de las puertas de servicio de la estación.

Mónica tuvo fuerzas para no gritar, ni moverse, cuando junto a ella se llevaban a la arrestada, pero en sus ojos todo comenzó a girar. La muchacha se tuvo que apoyar en la pared del quiosco para no caerse.

— ¡Vete a casa y no hagas tonterías! — llegó a su oído como traído de lejos el murmullo irritado de François.

Mónica se dio vuelta y salió caminando con lentitud para alejarse del andén.

Junto al mismo hotel la alcanzó François.

— Entraré por la puerta de servicio — dijo sin detenerse, y desapareció en el portal que llevaba al patio.

Todo lo sucedido le pareció a Mónica una pesadilla. Bastaría con entrar en su habitación, en su pequeña fortaleza, y las alucinaciones de la horrible pesadilla desaparecerían. Pero no, que todo fue verdad: en la silla estaba sentado François y su cara estaba pálida y cansada.

— ¡François! — exclamó la joven —. ¿No podremos salvar a Ludvine de algún modo? ¡Que somos muchos! ¡Asaltamos a la gestapo y se la arrancamos!

François sonrió con amargura.

— Vine a verte precisamente para advertirte: ni un solo gesto descuidado, ni un paso o mirada sin pensarlos previamente. El arresto de Ludvine puede ser casual, pero no se descarta que hallaron las huellas de nuestro enlace con Bonneville. Debemos pues estar listos para todo. Fíjate bien en tus papeles y en todas tus cosas. Recuerda que cualquier insignificancia puede traer serias consecuencias. ¿Quemaste el boleto con que viajaste a Bonneville? Fíjate en tu cartera y vuelve a controlarlo todo. Ya sabes cómo encontrarme. Nuestro enlace seguirá siendo el vendedor de la mercería. Si me llevan a mí también, él sabrá cómo seguir obrando, porque le dejaré instrucciones. En contra tuyo pueden tener sólo dos imputaciones: tu viaje a Bonneville y el encuentro conmigo. El que te encuentres conmigo es natural, porque soy tu novio. En cuanto a Bonneville... Pues también puedes echarme la culpa a mí; dices que te hacía la vida imposible con mis celos y que te fuiste a Bonneville para pasar el tiempo a solas con Goldring. Estoy seguro que lo confirmará, porque así aparentó ser la cosa. Además me parece que es una persona honrada. ¡Pero calma ante todo! Acuéstate y descansa; olvídate de todo lo sucedido.

— ¡Pero ellos torturarán a Ludvine hasta hacerla morir!

— Ellos pueden atormentar hasta la muerte a Ludvine, a tí, a mí, ... a cualquier otro. ¡Pero a todos no pueden matar! Nosotros sabíamos a qué íbamos, ¿verdad, chica?

Eso te lo digo por si acaso nada más. Estoy seguro de que todo irá bien. Todavía bailaremos en tu boda.

Mónica se le abrazó al cuello a François y le estampó un fuerte beso.

— Ese también va por si acaso. Por todo lo que hiciste por mí. Y... y yo quiero que sepas, ¡puedes estar seguro de mí!

— Lo sé ... la voz de François tembló.

Pero el valor abandonó a Mónica en cuanto se quedó sola en su cuarto... Ante sus ojos estaba la cara de Ludvine y su cuerpo esbelto vestido de abrigo, claro de corte moderno, y a su lado las siniestras figuras de los gestapistas. ¿Sería imposible salvarla, arrancarla de las garras de sus verdugos?

Mónica sintió una ola fría que le pasaba por todo el cuerpo. No. No podía quedarse de brazos cruzados. Había que hacer algo. Antetodo destruir todas las cartas, revisar otra vez las fotos y en la cartera. Ahí va. Se compró unos alfileres en Bonneville y se los envolvieron en un papel especial de la casa vendedora. François tuvo razón al repetirle lo de las pequeñeces que podían traer serios disgustos. El boleto a Bonneville lo tiró. De cualquier forma no tenía motivos para esconderlo. Quizás la vieron en el tren. ¿Cómo debería responder si le preguntan dónde se alojó allí? En la habitación de Heinrich. Aquel portero del hotel la examinó con ojos críticos y de seguro la recordaría. Había que advertirle al propio Heinrich, en especial para que callara aquello de que la vio con la "prima". No le iba a explicar el qué ni el cómo, simplemente le diría que la prima fue arrestada cuando vino a verla y que debía ser un malentendido... ¿Y si le pedía a Heinrich que averiguase con Miller sobre Ludvine? Era natural que a Mónica le preocupase la suerte de su parienta...

— Mónica bajó como una ráfaga al vestíbulo y de allí volvió a subir al primer piso a la parte del edificio donde se hallaba la habitación de Goldring, y, sin demoras, llamó a la puerta.

— ¿Qué le pasa, Mónica? ¡Está blanca como el papel y tiene las manos como pedacitos de hielo!

Heinrich también palideció de inquietud al ver el estado de la muchacha. Mónica se dejó caer en una silla sin responder. Las manos cálidas de Heinrich apretaban entre las suyas los dedos fríos de la joven. Parecían tan segu-

ras esas manos fuertes. Confiarle, decirle la verdad. ¡Él debía ayudarle en salvar a Ludvine!

— Heinrich, lo que va a oír ahora, tal vez no debiera decírselo. Pero no le veo otra salida. Mi prima, a la que vio en Bonneville, se encuentra detenida. La tomaron directamente en la estación del ferrocarril. Venía a vernos con mamá. En cualquier momento me pueden meter presa a mí también. No me pregunte cómo ni por qué; si esto fuese mi propio secreto, yo se lo confiaría. Pero yo no le puedo decir más de lo que le dije. Y sin embargo me dirijo a usted pidiéndole consejo. ¿Qué se puede hacer? ¿Me puede ayudar en algo?

Heinrich apretó con fuerza los dedos de la chica que por poco la hace gritar.

— Haré todo lo que esté en mi poder, Mónica. No le voy a preguntar nada. Fuera de lo que me ayudaría a orientarme en el asunto... Pero, ¿en qué puede sospecharla a usted la gestapo?

— Está Bonneville y el encuentro con mi prima, si se llegaron a enterar de mi viaje.

— Del viaje están enterados. Pero yo le aseguré a Miller que usted fue allí para una cita conmigo y parece que me lo creyó. Perdónemelo, pero es que Miller relacionaba su viaje con el asalto de los maquis al tren de los armamentos y me vi obligado a...

Mónica se puso de un rojo intenso:

— Entiendo... ¡Gracias, Heinrich! Por cualquier cosa, ¿puedo hacer referencia a que estuve con usted?

— Sin duda. Pero a la hora en que Kurt me transmitía su conversación con Feldner, usted no estaba en el cuarto! ¿Entendido? ... Ahora en cuanto a la prima. ¿La puede comprometer a usted en algo?

— El mero hecho de venir a verme...

— Comprendo... ¿Cómo se llama su prima?

— No sé bajo qué nombre vino aquí, pero en realidad se llama — ... Mónica demoró unos segundos —, yo confío en usted, Heinrich —, en realidad se llama Ludvine de Coque. Pero si ella dio otro nombre, usted deberá olvidar éste.

— ¿Puedo alegar que por simpatía a la dueña del hotel me interesa la suerte de su parienta?

— No. Ludvine no es parienta nuestra.

— ¡Eso complica el asunto! De cualquier forma intentaré explorar la cosa. Aunque no le prometo nada...

— ¡Cielol, ¿será posible que sucumba sin haber esperanza de salvación? — gimió Mónica —. Si se tratara sólo de mí, yo misma iría a la gestapo e insistiría, exigiría...

— ¡Usted no lo va a hacer, Mónica! Vamos a ponernos de acuerdo: usted se va a su habitación y espera mi llamada sin salir absolutamente a ninguna parte, ni siquiera al restaurante. Yo intentaré averiguar la seriedad de las inculpaciones contra Ludvine de Coque y se lo comunico de inmediato. Tenga paciencia porque con Miller me debó reunir en un ambiente más bien privado; lo que se puede lograr sólo por la noche. ¿Estamos?

Mónica hizo un gesto afirmativo con la cabeza y tendió en silencio su pequeña mano un tanto áspera a Goldring. Heinrich se la acercó a su mejilla.

— Haré lo posible y hasta lo imposible, con tal de que estos finos deditos no tiemblen de preocupación — pronunció en un hilo de voz.

Cuando Mónica se fue, Heinrich llamó a Kurt y le mandó encargar a madame Tarval seis botellas de coñac, limones y azúcar, y ponerlo todo en el coche.

— ¿Iremos a algún lado, señor primer teniente?

— Iré yo solo. Ahora me echaré un sueñito que no me siento muy bien. No me despiertes hasta las ocho, si no sucede nada de extraordinario. Cuando yo me vaya, tú te puedes marchar al cuartel, porque volveré tarde.

— ¡Perfectamente, señor primer teniente!

Heinrich se echó a dormir para tener por la noche la cabeza despejada, pero no podía conciliar el sueño. Éste había desaparecido no sólo por la preocupación por Mónica, sino también a causa de las dudas que le asaltaron.

“¿Tengo derecho o no a meterme en este asunto?”, volvía a repetirse Heinrich la misma pregunta.

Después de la explosión en Bonneville le advirtieron que no debía arriesgarse en balde. Quería decir que estaba ahora por faltar a la orden. No se trataba tampoco sólo de la orden, ya que él mismo sabía muy bien: cuanto más tiempo quedara sin ser descubierto, tanto más podría hacer para su Patria y mucho más que cualquier otro, porque hasta ese momento al barón von Goldring se le confiaba plenamente. Por lo tanto, ¡ni un solo paso en falso! Se podía arriesgar, únicamente en el caso extremo. Pero mirar en silencio como se cernía el peligro sobre las cabezas de la gente honrada.. Y si Ludvine no resistía los

tormentos y confesaba que venía a ver a Mónica... aquella misma Mónica que ya despertó sospechas en Miller...

Heinrich sintió cómo le comenzaba a cubrir el sudor frío del solo pensar que la chica podía caer en las garras de la gestapo. No. ¡No podría soportar eso! Más aun que fue él quien la hizo meterse en este lío. De no haberle dicho nada del tren con las armas, Mónica no habría ido a Bonneville, ni se encontraría con la prima, y todo estaría ahora en orden. Pero él quería que las armas no llegaran a destino y sólo a través de Mónica podía lograr hacérselo saber a los maquis. De esta manera... ¡Alto!

Heinrich saltó de la cama. Claro que sí. ¿Cómo pudo dejar de pensar en eso enseguida? La única fuente de donde podía saber Mónica lo del tren, ¡era él mismo, Heinrich von Goldring! Es decir que en el caso del arresto de Mónica, él debería dar explicaciones oficiales; entonces le perderían la confianza de que gozaba y se pondrían a observar con mayor detenimiento todos sus actos... lo cual significaría su inminente fracaso como agente secreto.

Quizás por primera vez en su vida Heinrich se puso contento de que también a él lo acechaba el peligro. Ahora tenía el pleno derecho de intervenir para salvar a Ludvine de Coque antes de que fuera tarde.

Cuando a las ocho exactas Kurt llamó a la puerta, Heinrich ya estaba de punta en blanco, como si se hubiera preparado para participar en un banquete.

Después de convencerse de que las botellas con el coñac estaban en el coche, Heinrich se sentó al volante y a los pocos minutos penetraba en el patio de la residencia de Miller. Los guardias en el portón lo dejaron pasar sin preguntarle el pase siquiera, porque sabían muy bien que el primer teniente Goldring venía ahí como a su casa.

Miller no estaba solo en su oficina. Enfrente suyo estaba sentado un joven oficial muy buen mozo en uniforme de teniente.

— Mi querido Heinrich, le presento a mi suplente que acaba de volver de vacaciones, el teniente Saugel del que le hablé...

— Y debo agregar, me habló muy bien. Lamento sinceramente no haber tenido oportunidad de conocerlo antes, Herr Saugel.

Las mejillas suavemente sonrosadas del teniente estaban encendidas como las de una muchacha. De verdad

se parecía más a una chica con su cabellera ondulada color trigo, grandes ojos azules, y labios infantiles y regordetes. Sólo el mentón afilado y demasiado largo alteraba la armonía general de las facciones y hacía su cara repulsiva a pesar de su belleza.

— ¡Feliz casualidad la que nos trajo un huésped tan grato! — exclamó Miller apretando con ambas manos la diestra de Heinrich —. ¿Dígame cómo se le ocurrió la idea feliz de visitarme?

— Me acostumbré a ver a mis amigos a diario, o al menos día por medio. Pero ya hace tres que no le veo ni siquiera durante el almuerzo en el casino. Así que mi visita se debe sólo a su falta de atención hacia mi persona.

— ¡Querido barón, usted me ofende! Bien sabe la disposición que siento por usted. ¡Pero ahora hay tanto trabajo! Me parece haberme paralizado todo, porque no tengo tiempo ni para darme una vuelta por ahí.

— ¿Me está dando a entender que ahora también vine a estorbar? — en la cara de Heinrich se leía a las claras su decepción —. Yo esperaba podernos pasar un ratito tomando coñac del que traigo conmigo unas botellas.

— ¡Mi querido barón! No se lo diría abiertamente si de verdad fuese inoportuno. Al fin de cuentas somos amigos y entre amigos no caben ceremonias. Herr Saugel, háganos el obsequio, cierre la puerta y dé orden de que no nos molesten. ¿Dónde están esas encantadoras botellitas, Heinrich?

— En el coche. Mande traerlas aquí y que no se olviden del paquete con los limones y el azúcar...

— ¡Pero qué persona tan previsora! Ahora mismo se lo encomiendo a mi edecán... aunque no, va a ser algo incómodo. Herr Saugel, en pie de amistad le pido, tráigalo todo usted mismo a mi habitación. Mientras tanto voy a preparar lo demás. Heinrich, pase usted por aquí.

Miller abrió la puerta de la pieza contigua que le hacía de dormitorio y comedor en los días cuando se quedaba tarde en la gestapo. Además de un amplio sofá con un almohadón, había aquí una pequeña mesita y un aparador.

— Nos arreglaremos sin la ayuda del ordenanza que así será más íntimo — decía Miller al colocar las copas y los platitos.

— Está muy bien que no haya extraños; hoy me voy a emborrachar bien que estoy con un ánimo de todos los perros...

— Nada bueno, ni que decir...

— ¡Este lugar olvidado por Dios me vuelve loco! Ni distracciones, ni diversiones! ¡Nada! — seguía lamentándose Heinrich.

Miller hizo una mueca ambigua.

— ¿Y mademoiselle Mónica? ¿Ya lo tiene hartos?

— Ahí está el asunto que no alcanzó a aburrirme. Como cualquier chica honrada, ella considera muy serias nuestras relaciones, mucho más serias de lo que a mí me gustaría. En el caso de ella es imposible pasarse sin esos preludios previos de los suspiros y agasajos. Y yo no quiero llamar la atención haciéndole la corte abiertamente, porque, tal vez usted no lo sepa, pero tengo una novia con la que deberé cambiar anillos en un futuro muy próximo.

Entró Saugel y colocó las botellas en la mesa. Miller chasqueó la lengua de satisfacción.

— ¡Entonces el primer brindis será por su novia! Heinrich, ¿quién es ella, la futura baronesa?

— Lorchén Berthold.

— ¿La hija del general mayor Berthold? — volvió a preguntar Saugel —. ¡Magnífico partido! — Los ojos celestes del teniente brillaban, como si fuera él quien se iba a casar con la hija de Berthold.

Miller expresó sus felicitaciones en forma más reservada, pero con subrayado respeto.

— ¡Por la futura baronesa Lorchén von Goldring! — exclamó todo solemne al levantar la copa.

Los tres tomaron muy unánimes, volviendo Heinrich a llenar las copas de inmediato.

— Barón, ahora el destino mismo le dicta pasarse a trabajar con nosotros. Usted está atado con el general mayor con lazos dobles y él lo hará todo por usted. ¡Esto se lo dice su amigo, un lobo viejo de contraespionaje que entiende de hacer carrera!

— Herr Miller tiene razón — le apoyó Saugel —. ¡Imagínese lo bien que trabajaríamos los tres juntos!

— Ya hablamos de eso con Hans... Esperen. Voy a llenar de nuevo. ¡Las copas no deben quedar vacías! Bueno, ya habíamos hablado de eso con Hans y yo le expuse entonces mis dudas. Temo que me falte carácter para ello.

Porque el trabajo en la gestapo exige cualidades muy especiales, podría hasta decirse talento.

— Tiene usted razón — consintió Miller complacido —. Pero creo que un candidato mejor es imposible de encontrar en todo nuestro departamento. Además su padre adoptivo y futuro padre político podrá ayudarle en muchas cosas. En cambio el Hauptmann Lutz, por ejemplo, sería una persona extraña entre nosotros debido a su carácter demasiado blando...

— Herr Miller le está dando un excelente consejo, barón. Tomemos a mí de ejemplo. Ya va el tercer año que estoy en la gestapo y no me figuro mi vida, de tener que cambiar el trabajo — confesó Saugel ya un poco achispado.

El coñac comenzaba a surtir efecto. El suave rosa de las tersas mejillas de Saugel subía poco a poco de color y sus ojos celestes casi azules brillaban tornasolados y aceitosos. Miller estaba menos tomado, pero también se tuvo que desabrochar el cuello de la camisa y pasarse cada vez más seguido el pañuelo por el cráneo sudoroso.

— ¡Saugel es un juez de causa innato! — confirmó Miller —. Se lo puede pasar interrogando desde la mañana hasta la noche, pero al fin consigue lo suyo. Es un poeta del interrogatorio, si se me permite decirlo así.

— Pero el poeta necesita de la inspiración y ésta, según dicen, no viene todos los días — comentó Heinrich.

— ¡Bah! Entonces no entiende el sentido de nuestro trabajo, porque es el trabajo mismo que genera la inspiración. Me embriaga como este coñac. Digo la pura verdad. ¡No se puede ni comparar una embriaguez común con el exquisito deleite de sentir a una persona en el absoluto poder de uno! Hacerse el ingenuo, el generoso, hacerle creer a la víctima que logró escurrirse de una trampa, y, de pronto, con un solo golpe, cerrársela ante sus propias narices. Cambiar luego rudamente de táctica; asestarle golpe tras golpe sin darle tiempo de volver en sí; obligarla a caer de rodillas ante tí, rogando, gritando, besándote las manos. ¡En esos momentos sí que te sientes un superhombre!

— ¡Una rubia bestia! — Miller largó una carcajada de borracho.

— ¡Ah, Nietzsche es mi Dios! Él y sólo él nos curó a los alemanes de este idealismo llorón. ¡Que se muera el hombre a centenares, a miles, a millones, en aras del

superhombre! ¿Qué me mira así, barón? ¡Ja-ja-ja! ¿Teme sobrepasar la raya que separa al hombre del superhombre? ¡Uno o dos interrogatorios y usted se convence de que no es nada difícil!, ¡claro está si nació con un espíritu de aristócrata y no de un esclavo miserable!

Saugel quedaba preso de la borrachera cada vez más. Su cabellera dorada se había desmelenado y los ojos estaban enrojecidos, los labios regordetes imitaban una burda sonrisa, y los finos dedos de sus manos ciudadanas se cerraban en un puño y se volvían a abrir fláccidamente.

Heinrich se contenía a duras penas para no estrellarle un botellazo en la cabeza de este "espíritu aristocrático".

— Bueno, ¿acepta mi propuesta, Heinrich? — preguntó Miller que estaba aburrido de la cháchara de borracho de su suplente.

— Tengo que consultarlo con mi padre. Si él no tiene objeciones, creo que entre los tres sabremos convencer al general Ewers para que me deje pasar al SD.

— Estoy seguro de que Herr Berthold no sólo no se opondrá, sino dará su bendición. ¡Bebamos, pues, por su acuerdo! ¡Y también para que veamos pronto aquí en Saint-Remis a la baronesa Lorchen von Goldring! — levantó su copa Miller.

— ¡Temo que no sea tan pronto! Decidimos casarnos sólo cuando termine la guerra. Pero la ceremonia del compromiso será a comienzos de febrero, el día del cumpleaños de mi novia.

— ¿Usted nos quiere convencer de que todo ese tiempo se comportará como San Antonio? — preguntó riéndose Miller.

— ¡Dios me libre y me guarde, que no me ha entendido bien! Hay que ser un verdadero santo para resistirle a una bella mujer. Pero mi estado de prometido me obliga a ser cauteloso y a ocultar mis veleidades. Eso se lo digo en secreto. Aunque a decir verdad no hay nada que ocultar: aquí en Saint-Remis me veo obligado a guardar un régimen...

Saugel se inclinó hacia su jefe y le susurró algo en el oído. Miller largó una carcajada.

— ¿Quiere distraerse un poco, San Antonio? — le propuso éste de golpe.

— Según como...

— Herr Saugel, ¿ya la interrogó a esa francesa de Bonneville?

— ¡Segunda rueda! — vomitó aquel hipando.

— No entiendo, ¿de qué hablan? — aguzó Heinrich el oído.

— Herr Saugel elaboró su propio método de interrogar que tiene tres etapas: la primera ya lo oyó, es el tratamiento psíquico o interno de la víctima, la segunda es del tratamiento externo y la tercera es una combinación de ambas — explicó Miller riéndose.

— ¿Y que le dio ese tratamiento, Herr Saugel? ¿Confesó algo la mujer? — preguntó Heinrich y al sentir como la voz se le quebraba, comenzó a toser.

Saugel disgustado frunció el ceño.

— Por ahora no, pero eso no me importa — contestó —, sólo comenzamos el tratamiento de la segunda rueda. Hoy... ¿cómo se dice eso? Ah, sí. Hoy ella vio las florecitas y mañana probará frutitas. Estése seguro que probará su gusto y nos dirá en seguida adónde iba y a quién venía a ver.

— Pero la mujer puede ser inocente.

— ¡Querido Heinrich! — se entrometió Miller —. Usted, como futuro colaborador nuestro, debe saber que una persona puede salir de la gestapo sólo para entrar al otro mundo o al campo de concentración. Como no hay cerca ningún campo de concentración, resta una sola salida: ¡el otro mundo! Yo que Saugel no me andaría con demasiados miramientos. Es que me atengo a un principio y es éste: menos franceses, menos enemigos. Claro que a ésta da lástima dejarla ir sin hacerle algunas caricias porque es demasiado linda.

— ¡Una bella mujer y usted no me la muestra!

— Herr Saugel, el barón tiene razón. ¡Dé la orden!

Saugel salió tambaleándose de la habitación y abriendo la puerta exclamó dirigiéndose al guardia de turno:

— ¡Traiga a Ludvine de Coque!

Heinrich sintió como su turbación se había caldeado al extremo. La mente trabajaba febrilmente. Se fingiría arrebatado por la belleza de la mujer, pidiendo dejarlo a solas con ella, luego actuaría de acuerdo con las circunstancias. Pero, ¿cómo? Era imposible disimular una fuga desde aquí. ¿Proponerles a estos animales a darse una vuelta en coche, llevándose en calidad de objeto de distracción a la presa? Quizás ésta sea la única salida

posible. Pero había que emborracharlos más aún para que perdieran la noción del mundo en que estaban. Esta bestia de Saugel ya estaba pronto a ello sin ayuda alguna, pero en cambio Miller...

Simulando tambolearse de borracho, Heinrich empujó con el codo su copa haciéndola caer al suelo y profirió a causa de ello una blasfemia brutal, poniéndose a exigir que le dieran un vaso y que todos tomaran coñac en vasos, porque sólo los pichones imberbes tomaban coñac en copas. Miller que tampoco se mantenía demasiado firme sobre sus piernas, trajo tres grandes copas y las llenó casi hasta el borde. Saugel sin esperar el brindis agarró el suyo y se lo tomó de un trago. Con una risa borracha Miller intentó hacer lo mismo con el suyo, pero se atragantó y apenas pudo recobrar el aliento.

— Maldito sea que estoy mareado — gimió éste agarrándose de la cabeza con ambas manos.

— Y a mí me gira todo en los ojos — se rio Heinrich, fingiéndose embriagado. Su copa ni la aproximó a los labios, absolutamente convencido de que nadie lo notaría.

Se oyeron pasos y el guardia introdujo en el cuarto a una joven mujer. Ésta temblaba del frío, porque tenía sólo la camisa puesta, a través de cuyos agujeros se veían los moretones de los golpes recibidos. Del hombro izquierdo le atravesaba el pecho una larga huella sangrienta.

Al ver a Saugel la presa dio varios pasos atrás hacia la puerta y todo su cuerpo se puso tenso. Pero en el rostro petrificado no tembló un solo músculo. Su inmovilidad parecía la de una máscara, como si la mujer hubiese pisado más allá de la raya que la separaba de la muerte. Una calma de cadáver se vislumbraba en los oscuros ojos de la mujer.

Saugel intentó levantarse, pero tropezó y cayó como un tronco sobre la silla. Su mirada aceitosa se clavó por un rato con expresión estúpida en Ludvine de Coque, pero de pronto brilló con sordidez maléfica y una sombra de reconocimiento pasó por la cara de Saugel.

— Ma-adame, ... ¡puede sentarse! No la invité a venir al interrogatorio, sino a... a su velorio. ¡Confiésese! ¡Es muy original y oportuno invitar a una dama... al velorio por su alma!

La mujer no se movió. Parecía no oír a Saugel, ni ver a nadie en la habitación.

— ¡Ah, se hace la orgullosa! — el teniente intentó le-

vantarse y hasta quiso dar un paso adelante, pero arrancó hacia la derecha, donde se golpeó con toda la fuerza el codo contra el agudo ángulo del aparador.— ¡Uy-y-y! — chilló de dolor y su cara enrojecida palideció tanto que parecía que el teniente iba a perder el conocimiento. Miller se acercó a su suplente y le agarró por los hombros.

— Le dije... no pierda tiempo con ella. Llévela a la cuesta y... Miller hizo chasquear los dedos imitando el sonido de un disparo —, y como siempre...

— ¡Sí, sí!, ¡a-la-cues-ta!, ¡a-la-cues-ta! — chillaba Saugel histérico, golpeando con el puño sobre la mesa.

La mujer estaba impasible, como si no se tratara de ella.

Miller se fue tambaleando a su oficina y volvió en un segundo con un libro en la mano.

— ¡Aquí tiene el registro! ¡Ponga la firma!

Saugel agarró la lapicera y se inclinó sobre el libro. Por detrás de su espalda Heinrich leyó enfrente del nombre de Ludvine de Coque: "La sentencia fue ejecutada. Saugel"

— ¡Hans! — Heinrich tocó a Miller en el hombro —. ¡Por un momento!

Miller se alejó un poco de la mesa con Heinrich.

— Tengo que pedirle un pequeño favor, Hans. ¡Permítame a mí ejecutar esta sentencia! Saugel igual no es capaz de hacerlo ahora. Por otro lado la mujer me gusta... ¿me entiende?

— ¡Ah, sí! ¡San Antonio no aguantó la tentación! ¡Vamos, hombre, date el gusto, diviértete lo que quieras! — pasó a tutearlo Miller.— ¿Te quieres quedar aquí o prefieres llevártela contigo? ¡Pero que ni un alma se entere!

— Puedes quedarte tranquilo. Tengo llave de la puerta de servicio.

— ¡Ese Heinrich previsor! — Miller hizo una mueca en calidad de sonrisa: — ¡trata de acabar con todo antes de la madrugada! Saugel, explíquele al barón adónde lo suele hacer. Ah, ¡caray! ¡Se nos durmió! Bueno, te lo explico yo mismo. Nuestro callejón desemboca en una calle que sube derechito a la cuesta del río. Te la pones al borde de la pendiente, disparas o la empujas, como te dé la gana y ni un solo alma se entera de quién fue el ejecutado, porque la corriente arrastrará el cuerpo bien lejos, golpeándolo tanto...

— Entendido. Ahora manda llevarla al auto y que la envuelvan en algo. Deja que la cuide un guardia un rato, mientras tú y yo nos tomamos la última. A ver, sirve tú que me tiemblan las manos no sé de qué... será la falta de costumbre.

— ¡Ah, eso pasa siempre la primera vez! — Miller le palmeó a Heinrich en el hombro, indulgente y familiar —. ¡No es nada! ¡Ya te acostumbrarás!

Eran las tres de la noche y en el hotel ya dormían todos, cuando Heinrich hizo pasar a Ludvine de Coque imperceptiblemente a su habitación. La mujer callada en todo el camino, le siguió por la escalera como una sonámbula, sin mirar adónde pisaba, ni tenerse de la barandilla. Sólo al encontrarse en la pieza pareció despertar de un sueño. Fue la primera vez que Heinrich oyó su voz.

— ¡Canalla! — exclamó Ludvine con aborrecimiento —. Peor que aquel verdugo con cara de querubín.

Sin fuerzas se tambaleó por la explosión de ira, pero cuando Heinrich se acercó para ayudarle a sentarse, le empujó con fuerza imprevista.

— ¡No te me acerques! ¡Igual no me tendrás viva!

— Está bien, no me acercaré. Pero siéntese de todos modos, Ludvine de Coque. Ahora llamaré a mademoiselle Mónica y ella...

— ¡No conozco a ninguna Mónica!

— ...y ella se lo explicará todo — dijo Heinrich.

— Le repito que no conozco a ninguna mademoiselle Mónica.

— Entonces yo se lo recordaré: es la muchacha que le transmitió en Bonneville los datos del tren y que hoy salió a recibirla como a su prima a la estación.

— ¡No tengo aquí ni un alma conocida y nadie me fue a recibir!

— Está bien. Ahora mismo lo veremos.

Heinrich se acercó al aparato y marcó el número. Era evidente que esperaban la llamada, porque contestaron de inmediato.

— Mónica, le ruego subir en seguida a mi habitación — oyó Ludvine el tono tranquilo en que fueron dichas las palabras y sus ojos se nublaron, pareciendo hundirse en algún pozo...

## Noviazgo que semeja un velorio

“Desde enero 21 licencia diez días febrero cuatro deberas estar en Múnich cariños padre”.

Esto se parecía más a una orden que a una invitación.

El telegrama de Berthold llegó al cuartel, a nombre de Heinrich por lo que éste se dirigió directamente a la oficina del general.

Ewers no se puso a leer el telegrama.

— Ya estoy enterado de todo. Anteayer me llamó Herr Berthold por teléfono y yo le prometí darle a usted una licencia, pero no mayor de cinco días. Póngale al tanto del ambiente, para que mi amigo no se crea que soy demasiado riguroso con mis oficiales. Aunque estoy convencido de que no está menos informado que nosotros sobre lo que sucede aquí. En otros tiempos con gusto lo dejaría libre por todo un mes, pero ahora...

— ¡Muy agradecido, mi general! Así que habrá que partir de nuevo a Múnich.

Sólo Miller estaba al tanto del objeto del viaje. Heinrich decidió no decirle a Lutz de sus relaciones con la hija de Berthold, ya que el Hauptmann demostraba tener su punto de vista particular sobre las cosas que gozaban de la aprobación y hasta de la admiración general.

— Está bien, Heinrich, ve nomás — decía Lutz con un suspiro incomprensible —. Supongo que te enterarás por intermedio de tu padre de lo que la radio y los periódicos nuestros callan. ¡Cómo me gustaría saber lo que pasa de verdad en el mundo! Me tiene harto eso de vivir como topos, enterrados en esta fosa donde se queda uno sentado sin ver ni oír nada.

Los días que quedaban para la partida se esfumaron con rapidez. Otra vez hubo que ir a Ponte a controlar la entrega de un nuevo fortín, llevar un paquete a Chambery y hacer algunos encargos más, aunque insignificantes, pero bastante molestos.

Por esos motivos logró verla a Mónica una sola vez: la muchacha vino a decirle que todo había salido muy bien con Ludvine de Coque y que ahora se encontraba en un lugar absolutamente seguro. Mónica pasó tantas preocupaciones por Ludvine y por Heinrich, que ahora, cuando todo quedó atrás, andaba irradiando felicidad y a Heinrich simplemente le faltó coraje para comunicarle de su nuevo viaje a Múnich.

Sin embargo no podía seguir ocultándolo y en vísperas del día de su partida, Heinrich pasó de mañana por el restaurante para advertir que vendría esa noche a despedirse.

Madame Tarval le recibió con reproches.

— Monsieur Heinrich, ¡ya van tres días que usted ni siquiera pisa el umbral de mi restaurante! Yo comprendo, claro está, los problemas que tuvo con nosotros...

— ¡De ninguna manera, madame! Simplemente quise evitarle molestias excesivas, porque el asunto de conseguir productos está más duro que nunca. Hasta el dueño del casino donde almorzamos se queja, a pesar de que se le suministra todo sin restricción alguna y en primer término.

— ¡Pero yo no he cerrado aun mi restaurante! Además, por difícil que sea conseguir los productos, para usted siempre habrá algo, monsieur.

— Muy conmovido por su atención, madame, usted es muy amable conmigo. Ahora lamento sinceramente tener que dejarla a usted y a mademoiselle Mónica por unos días.

— Cómo, ¿otra vez? ¿Cuándo se va y adónde? — Mónica se esforzaba por no demostrar su preocupación, pero su carita no pudo ocultar la tristeza.

— Mañana por la mañana a Múnich.

— ¡Otra vez a Múnich!

— Esta vuelta sólo por cinco días. El general no pudo, por suerte, concederme licencia por más tiempo.

— ¿Y usted decidió venir así de paso a despedirse de nosotras? — se ofendió Mónica.

— Vine a pedirles permiso para pasar esta noche por su casa para despedirme. ¡Hace tanto que no nos vemos!

Pero aquella noche Heinrich no tuvo oportunidad de ver a Mónica. De improviso vino Lutz.

— ¿Qué pasa que no cumples con las tradiciones, Heinrich? La víspera de tu partida hay que pasarla en buena compañía.

— No estaría demás organizar una veladita, Karl, pero ahora se miraría con malos ojos, como inoportuna. En el frente no están las cosas muy brillantes que digamos...

— Mejor dicho malas.

— Diría muy malas, para ser franco.

— Pronto será un mes que ando como un loco — se lamentó Lutz con voz cansada —. Tengo la sensación de que

todo el tiempo me estaban tomando el pelo como a un zonzo y de pronto caigo en la cuenta de que todo aquello en lo que yo creía, mejor dicho lo que me hicieron creer, era una simple bufonada o quimeraynada más.

— ¿Tanto te conmovieron los hechos de Stalingrado?

— Sólo apuraron el proceso para que se me cayera la venda de los ojos. Esta Alemania, ante la cual según nos decían debía doblegarse todo el mundo y ante la cual se postró Europa, no puede liberar a un poco más de trescientas mil tropas selectas suyas. ¿Entiendes lo que esto significa? ¡Un fracaso total! Tropa tras tropa envía nuestro mando militar en ayuda de los cercados; como leños para el horno se mandan nuevas divisiones y cuerpos a Stalingrado, y el fuego parece tragárselos a todos. En el mejor de los casos vuelven de ahí en largos convoyes de inválidos, contusionados y locos. ¡Ah!, ¡cómo me duele el corazón!

No fueron pocas las veces en que Goldring y Lutz conversaron de la situación en el frente, pero nunca antes había visto Heinrich a su amigo en un estado de depresión semejante.

— Sabes que, Karl — le sugirió Heinrich — ¡quédate a dormir aquí esta noche! Vamos a cenar y charlar un poco... todavía no me despedí de mademoiselle Mónica, por lo tanto propongo invitarla...

— ¿De veras no te voy a molestar si me quedo? Entiéndeme, ¡no me puedo quedar a solas con mis pensamientos!

— Con tu permiso voy a invitar a mademoiselle Mónica y a encargarse todo lo necesario.

Heinrich agarró el teléfono, pero en eso llamaron a la puerta nuevos huéspedes inesperados. Eran Miller y Saugel.

— ¡Con que esas tenemos! ¿Se quería escapar a Múnich sin despedirse de sus amigos? — exclamó Miller desde la puerta.

— Como ve aquí estoy junto al aparato telefoneándole a usted — mintió Heinrich.

— No le decía que no habría nada de incómodo en eso de venir así nomás, sin invitación alguna, Saugel. ¡Aha! ¡Herr Lutz! ¿Usted también por aquí? Magnífico. Entre los cuatro va a ser más divertido. ¿O vamos a invitar a la mademoiselle?, ¿eh? En compañía femenina sabe...

Heinrich le echó una rápida mirada a Lutz y aquel comprendió:

— Por encargo del primer teniente y mientras él se vestía, yo ya hice la invitación a mademoiselle Mónica. Pero ella se siente un poco indispuesta. Por lo tanto nuestra velada será netamente masculina.

A Heinrich no le quedaba otra cosa que invitar a todas sus inesperadas visitas al restaurante.

Por más esfuerzos que hizo Heinrich para deshacerse lo antes posible de Miller y Saugel, la cena se prolongó hasta bien entrada la noche. ¡Ni que pensar en una entrevista con Mónica! A la mañana siguiente temprano Heinrich alcanzó a darse una escapada para ver unos minutos a la muchacha, pero la despedida resultó muy oficial: Mónica no quiso darle crédito a que las visitas de Heinrich se hubiesen reunido por casualidad.

Con tristeza en el corazón partía Heinrich a ver a su prometida. Antes de la partida y los primeros momentos en el tren intentó no pensar en su novia y quiso olvidarse incluso del objetivo de su viaje a Múnich. Al principio le resultó bastante fácil desechar esos pensamientos. Tenía presente ante sus ojos como viva la imagen un poco triste y ofendida de Mónica que cubría todo lo demás. Claro que tenía derecho a sentirse herida. No era por no haber ido la última noche a despedirse, según lo prometido. A Heinrich le torturaba la idea de que parecía haber partido a hurtadillas sin haberle explicado a la muchacha el juego que se veía obligado a llevar a cabo con Lorchén. ¿Pero cómo le podía explicar su noviazgo con la hija de Berthold? Al desconocer las causas, Mónica tampoco podría comprender su conducta, y eran precisamente las causas que no le podía decir.

¡Cómo se le complicaba todo... por el mero hecho de aparecer Mónica en su camino y no haber reparado a tiempo en el peligro que eso guardaba para los dos! “Ahora-es-tarde... ahora-es-tarde... ahora-es-tarde...”, traqueteaban las ruedas del tren. No ¡Él, como Lutz, tampoco podía quedarse a solar con sus pensamientos!

Con un esfuerzo de voluntad Heinrich cambió el tema de sus reflexiones. Ya era preferible pensar en Lorchén y en aquellas desafortunadas muchachas que ésta torturaba. Estos pensamientos al menos provocaban ira y la ira, como el odio, movilizan a uno. ¡Con qué placer mandaría a paseo a su prometida y su propio título de barón! En

cambio deberá hacerse el enamorado y cortejarla a Lorchén, oír las largas sentencias de Berthold y besar la mano a Frau Elsa. Y para colmo de males ponerle a Lorchén el anillo de compromiso en el dedo. En esa misma mano que azotaba con la fusta a sus prisioneras.

No. Era mejor echarse a dormir que pensar en todo eso. Ponerle en la mano del conductor un billete para que no dejase entrar a nadie en el compartimiento y tratar de perderse en el olvido hasta la mañana siguiente.

Heinrich se despertó al amanecer del otro día en una pequeña ciudad fronteriza alemana llamada Müllhausen. Debía quedarse ahí hasta la noche para hacer trasbordo a otro tren que iba a Múnich.

Después de entregar su valija en la consigna, Heinrich salió a dar una vuelta por la ciudad. Tenía la cabeza pesada del sofocante calor del tren, por eso resultaba muy agradable vagar por las calles aspirando el aire fresco, vagar sin meta ni rumbo definido. Pero muy pronto se hedió de ese paseo. No era por cansancio físico, sino por el aspecto hostil e inhospitalario de la ciudad. Una sensación extraña provocaban sus calles casi desiertas, pero lo peor era el silencio inusitado que reinaba alrededor. Transeúntes solitarios, en su mayoría mujeres y niños, caminaban presurosos sin hablar, o intercambiándose de frases breves y entrecortadas. Hasta los escolares se comportaban como pequeños viejitos: no se les oía reír, ni bromear, ni hacer algarabías infantiles.

A eso de las once Heinrich sintió hambre y al ver el cartel de un restaurante, decidió entrar a desayunar.

El local también estaba semivacío. El único cliente que había, dormitaba umbrío sobre un jarro de cerveza y la moza trajinaba junto al mostrador. Al ver a un nuevo cliente se acercó presurosa a Heinrich y antes que nada le preguntó si tenía tarjetas alimenticias. Después estuvo un largo rato recortándolas y sólo al acabar de hacerlo se interesó por lo que el señor oficial quería encargar para el desayuno. Era evidente que la moza anotaba por costumbre, porque de la conversación que siguió luego se aclaró la falta absoluta de surtido en el menú. Todo el encargo se tuvo que reducir a un par de huevos, conservas, un jarro de cerveza y un vaso de café.

Durante el desayuno Heinrich lamentó de verdad el no haberle hecho caso a madame Tarval quien le había aconsejado llevarse algo para comer en el viaje. Las conservas

tenían un aspecto tan sospechoso que Heinrich ni siquiera quiso probarlas; la cerveza tenía sabor agrio y olía a barril; el café era un sustituto, como le había prevenido la camarera. Después de comer los huevos, Heinrich se sintió con más hambre que antes de desayunar. Cuando quiso tomarse el café, su mirada cayó de improviso sobre el único visitante que había en el restaurante. Era un hombre de edad madura de unos sesenta y cinco años, de pelo canoso, cortado a cepillo, y de ojos, antaño celestes y desteñidos ahora por el tiempo. Este hombre le miraba con abierta sorna a Heinrich y su boca se torció en una mueca de desprecio.

— No le guesta, ¿eh, Herr oficial? — le preguntó ensañado, indicando con la cabeza en dirección a la cerveza y las conservas hechas a un lado —. ¿Considera que se merece algo mejor, eh? Yo afirmo que no. ¡Usted no se merece ni esto!...

El viejo tomó su jarro de cerveza y se sentó junto a una mesita que estaba más próxima a Heinrich. Ahora estaban sentados muy cerca, mesita a mesita, y se podía oír la ronca y pesada respiración del hombre.— ¿Dónde está ese paraíso terrenal en que querían transformar a Alemania? Ya van más de diez años que estoy a la espera de ese paraíso. Desde la hora en que yo, pajarón neto, les creí y vociferé junto con ustedes: “¡Alemania, Alemania sobre todo en el mundo!” ¡Ah, no puedo recordar eso sin morirme de vergüenza por lo idiota que he sido! ¡Crearles a ustedes! ¡Dejarme embaucar de tal manera! ¿Dónde está, yo le pregunto, todo eso que ustedes me prometieron a mí, un alemán común y silvestre, al que no le quedan más que estos dos brazos?

Recostado sobre el respaldo de la silla, Heinrich escuchaba al viejo con interés.

— A usted le pareció que el desayuno huele mal y lo hace a un lado. Sí. Es malo y apesta. ¿No está acostumbrado a eso? ¡Pero sabe usted que yo no le puedo llevar ni un par de huevos siquiera a mi Emma que está enferma? ¿Está enterado de eso? Ustedes me prometieron el oro y el moro, en cambio yo me estoy muriendo de hambre y no tengo nada para darle de comer a mi familia... Ustedes se apoderaron de Austria y para ello les bastaron unos cuantos destacamentos policíacos; ustedes apresaron Checoslovaquia y eso les hizo subir los humos a la cabeza. Ustedes se metieron con Rusia, ya que lo

demás les parecía poco. ¿Se les antojaron sus tierras y trigales? ¿Adónde está mi Helmut? ¿Dónde quedó mi único hijo, yo les pregunto? ¿Para qué diablos necesito yo ese Stalingrado? ¿Quién me devuelve a mi hijo? ¿Quién? ¿Qué me mira con esos ojos? ¿Se cree que me va a asustar? ¡Pero me importa un bledo de usted! Se llevaron a mi único hijo, mi mujer está enferma y usted quiere que me conforme con la idea de que mi hijo, junto con muchos otros hijos, se mueran como héroes a orillas del Volga. ¿Qué me mira? ¡Vamos, métame en el calabozo! ¡Agárreme! ¡Átemel! ¡Así le cuelgan una cruz más junto a la barriga por haber pescado a un enemigo interno de Alemania! Pero no soy yo el enemigo. ¡Son ustedes los enemigos! ¡Yo soy el que quiere a Alemania y no ustedes!

— ¿Ha terminado ya? — preguntó Heinrich con calma, echando miradas furtivas al mostrador. Tanto la camarera como el dueño del restaurante, que se había asomado por un momento de la pieza de atrás, parecían tragados por la tierra, escondiéndose al oír las vociferaciones del viejo.

— ¡No!, ¡aún no lo he dicho todo! Todavía me resta decir que jamás fui comunista, pero ahora, cuando me encuentre con algún amigo de Thälmann, me quitaré el sombrero a tres pasos de ellos y les pediré perdón por no haberles hecho caso, prefiriendo creerles a ustedes sus mentiras. ¡Farsantes!

Heinrich golpeó con la cucharita en su platillo, pagó la cuenta a la camarera y salió del local.

“¡Comenzó! ¡Comenzó la resaca! — pensó Heinrich —. Ahí van los primeros resultados de Stalingrado. Sea por borrachera, o dolor del hijo que sucumbió en alguna parte en las estepas del Volga, pero a este alemán simplón ya comienza a despejarse la vista; ¡hasta se atreve a decirle en la cara a un oficial aquello que a comienzos de la guerra no tendría la audacia ni de pensarlo!”

Con una sensación de alivio tomó Heinrich el tren para ir a Múnich. Esta vez no tuvo suerte en conseguir un compartimiento aparte. El tren estaba repleto de oficiales. Parte de éstos se dirigía al Frente Oriental. Toda la noche se bebía en el coche y se vociferaba “Lili Marlen”, la canción de moda. Pero no se sentía alegría, sino ansias desesperadas de ahogar en vino el miedo ante el Frente Oriental, al que iban como a la muerte...

El tren llegó a Múnich a eso de las cuatro de la madrugada. Heinrich entró en una peluquería para afeitarse

y decidió ir de inmediato a verlo a Berthold, guardando en la memoria el disgusto de Frau Elsa la vez pasada por haberse alojado al principio en un hotel de la estación.

Mientras tanto los esposos Berthold y más que nadie la misma Lorchén darían mucho para que Heinrich von Goldring no viniera a su casa en esos momentos. La llegada de Heinrich aquel día o los próximos resultaba más que inoportuna. Eso lo entendían todos y más que nadie la propia Lorchén. ¡Qué rabia le daba el hecho de haber ido a esa maldita chacra! Pero ella no podía suponer que todo acabaría de ese modo tan fatal y lastimero.

Después de la visita anterior de Heinrich, los padres de Lorchén comenzaron a ser más condescendientes para con las rarezas de su única hija. Dígase lo que se diga, Lorchén estaba a un paso de ser baronesa. Aunque la ceremonia oficial del noviazgo quedaba aun por delante, Berthold repitió palabra por palabra toda su conversación con Heinrich a su mujer e hija, y éstas a su vez contaron de los sentimientos del barón a sus amigos y conocidos, y los rumores de que los Berthold tuvieron la suerte de acomodar en forma brillante a su hija corrieron con rapidez de boca en boca. Nuevamente se comenzó a invitar a Frau Elsa y Lorchén a los salones, cuyas puertas antes se abrían para ellas con tanta dificultad. Lorchén se complacía hasta el infinito en su vanidad por tales muestras de respeto y más aun por la envidia que inspiraba a las amigas. La chica adoptó una actitud más equilibrada y seria, y puso en balanza crítica a sus antiguas amistades. En cuanto a las relaciones con Bertina, a quien consideraba hace tan poco un modelo digno de imitación en todo, fueron cortadas definitivamente bajo la presión de la madre.

Sí. La idea de ser muy pronto baronesa la hacía sentirse feliz a Lorchén. Ésta esperaba con impaciencia la fecha simbólica del compromiso y todos sus esfuerzos estaban dirigidos a sus preparativos. Todo el tiempo libre lo dedicaba al ajuar. Aquellas cosas anticuadas que Frau Elsa guardaba en armarios, cómodas y cofres para su hija, no la satisfacían de ningún modo. ¿Cómo iba a tender esas simples sábanas de lino en su lecho nupcial? ¿O se iba a poner ese camisón con un bordado tan rústico? ¿Acaso se podía coser un vestido decente con esa seda que estuvo medio siglo guardada en el fondo del baúl? ¿Para qué estaban entonces las bonitas telas ho-

landesas, los encajes de Bruselas, y el terciopelo fino de Francia? Lorchen se pasaba recorriendo tienda tras tienda, donde se podía conseguir todo por las puertas de servicio y le reprochaba a la madre que el padre no trajera pieles de Rusia en vez de esas asquerosas esculturas por las que se veía obligada a pasar todos los días el plumero quitándoles el polvo; le exigía dinero y más dinero a Frau Elsa para no pasar papelones ante su querido Heinrich, ¡su querido barón, descendiente de los famosos von Goldring!

Como parte de la dote de Lorchen, el joven matrimonio recibiría la malamente famosa estancia. No, no era para distraerse que iba ahora ahí su dueña, sino para echarle un ojo de control a cada menudencia. Cada orden suya estaba encaminada al desarrollo y florecimiento de esa pequeña finca. La fusta regalada otrora por Bertina era demasiado atractiva para quedar sin uso colgada en la pared. Lorchen le explicó a su madre que sería un maravilloso accesorio para su ropa de trabajo. Esa ropa era el fruto de la fantasía de la misma Lorchen. Al salir en auto a la hacienda, siempre vestía de igual manera: una chaqueta cortita de cuero que le llegaba hasta la cintura y un pantalón de montar hecho con mucha maestría que disimulaba las formas demasiado prominentes de la futura baronesa, botitas cortas de charol y un gorrito de piel en la cabeza. Frau Elsa debió consentir que la fusta subrayaba de verdad la originalidad del estilo de ese traje semideportivo. Ya no la turbaban más los recuerdos de las "distracciones" pasadas de su hija, porque Lorchen se mostraba muy juiciosa, ocupada exclusivamente con los asuntos de la propiedad. Se veía en ella a la verdadera alemana que cuidaba no sólo de la tranquilidad de su nidito, sino también de lo que éste vivía.

Por un tiempo Lorchen supo encubrir sus perversas inclinaciones. Sin embargo cuanto más se prolongaba su separación con el novio, tanto menos era su paciencia con esas "haraganas" que menoscababan los intereses de su dueña. El fuste chasqueaba cada vez con mayor frecuencia y las pobres prisioneras aguardaban con creciente miedo la aparición de la odiosa figura de su ama.

Con ira furibunda castigaba Fräulein Berthold a las que se atrevían a faltarle el respeto a su persona aunque sea una sola vez por desacato, por una sonrisa o una mirada. Cuando la Fräulein se apareció por primera vez en la

chacra en su traje deportivo, una de las prisioneras, Marilia Brill, de diecisiete años, no se contuvo y se echó a reír en silencio. Lorchén aparentó no haber notado nada, pero toda la mañana anduvo en busca de algún pretexto para vengarse de la afrenta. Esa oportunidad se le presentó muy pronto. Cuando Marilia llevaba el agua para escaldar el forraje, tuvo la mala suerte de tropezar y cayó junto con el balde de un modo atroz, echándose agua hirviendo en la mano. No alcanzó la muchacha a levantarse de la tierra cuando volvió a tenderse en el suelo porque las piernas se le doblaron del golpe de la fusta. A partir de ese momento Lorchén no dejó de observar la delgadita silueta de la muchacha que, doblada bajo el peso de dos enormes baldes, cargaba todo el día agua o forraje. La mano quemada de Marilia no se curaba porque todos los días volvía a ser castigada en el trabajo. Ahora le costaba a la chica no sólo trabajar, sino moverse en general. Cada día se alzaba la fusta sobre ella y caía en sus hombros, espalda o en la mano enferma.

Extenuada por el duro trabajo, el dolor y los constantes castigos, la muchacha casi había perdido el juicio. Al oír las largas sirenas del auto, comenzaba a temblar como sacudida por la fiebre amarilla y buscaba refugio detrás de las espaldas de sus compañeras para no atraer la atención de la Fraülein. Pero aquella siempre la encontraba, donde sea que se escondiese. La caza de Marilia se transformó para Lorchén en una especie de juego de azar, donde por un lado se hallaba la voluntad inquebrantable de Lorchén y por el otro la muda oposición de todas las muchachas que intentaban salvar a toda costa la vida de su desdichada compañera.

Una mañana Marilia no estaba ya en condiciones de levantarse y trabajar, y sus amigas decidieron esconderla para la hora de la llegada de la Fräulein. En el recinto donde se escaldaba el forraje, detrás de una enorme cocina donde hervía el agua, echaron una pila de ramas secas con las que taparon el cuerpo acurrucado de la enferma. Al no hallar a su víctima Lorchén salió en su busca y enseguida comprendió que alguien se escondía detrás de las ramas. ¡Eso significaba rebelión, motín, desobediencia inaudita! ¡Esta vez les demostraría que estaban todas en su poder absoluto! ¡Aunque para ello tuviera que matar a esa haragana que se hirió a propósito la mano para no trabajar! Haciendo el ramaje a un lado con el pie, Lorchén alzó la

fusta con toda su fuerza. Pero fue la única vez que éste no cayó en la espalda de la pobre chica. A una de las prisioneras, una mujer mayor de edad que estaba parada junto a la cocina, se le nubló la razón de la piedad que sintió por la desdichada; y en su furor derribó a la Fräulein, agarrando del fuego el agua caldeada y se la echó encima a Lorchén.

Cuando a la hora Berthold llegó a la finca, las culpables del atentado contra la vida de su hija se hallaban atadas por el celador y tendidas sobre la pila de ramas. Casi junto a ellas se retorció en el suelo y gritaba desahogado de dolor su único amor y esperanza, su Lorchén.

Dos balas fueron suficientes para castigar a las culpables. Berthold no tenía tiempo para andar con miramientos, ni perderlo porque sí. Antes que nada se necesitaba procurar el medio de llevarse a Lorchén a la casa. A pesar de volver a Múnich en el auto especial de asistencia médica y no en el suyo propio, cada bache en el camino repercutía en el cuerpo de la enferma con un dolor insoportable. Al oír los ayes de su hija, Berthold por poco se volvió canoso en ese viaje. En vano le consolaban los médicos diciendo que todo podía haber terminado en forma mucho más trágica si no fuese por la chaquetita de cuero y las botitas de charol que protegieron en parte a la muchacha de quemaduras más graves; sólo la parte inferior del cuerpo desde la espalda hasta las rodillas quedó quemada. La enferma no podía pararse ni sentarse, sólo podía permanecer acostada y eso boca abajo únicamente.

¡Y todo esto sucedió a dos días de la ceremonia del compromiso tan deseado y esperado!

Para la familia de los Berthold era insoportable esta complicación tan inesperada. Cada uno la sufría a su manera. Lorchén lloraba de dolor y vergüenza de la mañana a la noche, porque no se imaginaba cómo iba a comparecer ante los ojos de su prometido. Berthold se volvía loco de rabia de solo pensar que a alguien le pudiese parecer cómica la desgracia de su familia. Frau Elsa se atormentaba con remordimientos de culpa por no haber cuidado lo suficiente de la hija y en consecuencia ahora se hacía imposible celebrar la ceremonia del noviazgo con la pompa que se esperaba.

Por lo tanto no se podía llamar de ningún modo festiva la víspera de la gran fiesta en la familia de los Berthold.

Heinrich llegó a las cuatro y media de la madrugada. Ya lo esperaban, porque no alcanzó el portero a llamar a la puerta principal, cuando en el hall entró tras la mucama el propio Berthold en persona y al rato apareció la obesa Frau Elsa. Heinrich se quedó un poco sorprendido al no ver a Lorchen y Berthold se vio obligado a dar explicaciones sin caer en detalles: Lorchen estaba un poco indispuesta y en ese momento dormía.

— ¡Bueno, ya hablaremos de todo más tarde! Ahora date un baño, cámbiate de ropa y descansa un rato después del viaje. Suelo desayunar temprano, a lo militar, y si no te opones, nos encontraremos dentro de dos horas en el comedor — propuso Berthold.

Heinrich aceptó con alegría la proposición, pues se sentía cansado después de la noche de insomnio en el tren repleto de oficiales.

El baño le refrescó un tanto, pero al mismo tiempo le quitó el sueño. Después de revolcarse una hora en la cama se puso a vestir y a las siete en punto salió al comedor. El desayuno ya estaba servido. En sus sitios acostumbrados estaban sentados Berthold y Frau Elsa. La silla de Lorchen estaba vacía.

— ¿Cómo, Lorchen sigue durmiendo? — preguntó Heinrich asombrado.

— No quise desanimarte enseguida con la mala noticia. Lorchen está enferma de gravedad.

— Usted me asusta. ¿Es algo serio? — La voz de Heinrich tembló al apretársele un nudo en la garganta del sincero júbilo por la probable postergación de la ceremonia del noviazgo. Frau Elsa y Berthold entendieron la turbación de Heinrich a su manera.

— ¡No te preocupes, hombre! Su vida no corre peligro — le tranquilizó Berthold —. Aunque debo confesarte que sólo una feliz casualidad salvó a Lorchen. Mira. Hace dos días se fue a la finca que Elsa y yo decidimos regalarles. Una de las braceras cometió una falta. Lorchen, como muchacha enamorada de un orden ideal, hizo además de golpearla con algo, creo con una fusta que le cayó de casualidad en las manos. Y entonces, ¿te figuras semejante horror?, una de esas salvajes se echó sobre Lorchen tirándola al suelo y luego le volcó agua hirviendo encima. ¡No te puedes imaginar siquiera el estado en que hallé a la pobrecita de mi hija!

Es probable que el recuerdo del zumbido de la fusta en las manos de Lorchen, o quizás la noche de insomnio pasada, fueron la causa de que Heinrich no pudo aguantar ese martirio. De un salto se levantó del asiento y clavó una extraña mirada en los consortes, luego empujó con el pie la silla en que debía estar sentada su prometida, y de improviso para todos y para sí mismo salió corriendo a la habitación contigua, desplomándose en un sillón.

Era la primera vez que no se supo dominar en su trabajo en la retaguardia enemiga. ¡Y de qué manera tan estúpida! ¡Haberse aguantado la inhumana tensión nerviosa en el restaurante de Bonneville, cuando los minutos y los segundos lo separaban de la muerte!, ¡no haber dejado traslucir absolutamente nada en el interrogatorio de la gestapo! ¡Tantos esfuerzos por descubrir la fábrica subterránea!, ¡y de pronto dejarse agarrar en una tontería! ¡Ahora, cuando cada misión ejecutada tenía un valor inapreciable! ¡No! ¡Había que corregir el error cometido! Debía explicarles su inesperada explosión de ira por algún motivo natural... Decirles por ejemplo que después del asalto de los maquis y el golpe recibido en la cabeza, le venían de vez en cuando estos ataques... especialmente si se ponía nervioso... y la noticia del atentado contra Lorchen le crispó tanto los nervios que...

Heinrich se levantó del sillón y se encaminó decididamente hacia la puerta. Sin embargo la frase que llegó del comedor le obligó a detenerse.

— ¡Cuánto amor siente por Lorchen! Fíjate lo impresionado que quedó por la sola noticia de su enfermedad! — decía Frau Elsa conmovida.

— Sí, parece quererla de verdad — consintió Berthold —. Pero a mí no me gusta que sea tan explosivo. Claro que es joven, el amor, lo entiendo todo...

Mudo y en puntillas se alejó Heinrich de la puerta, volviendo a sentarse en el sillón.

— Que te sirva de lección — se dijo bajito a sí mismo; — ¡por poco cometes un segundo error al hacer conclusiones prematuras!

¡Cómo le pesaba todo aquello y qué asco le daba jugar esa comedia! ¿Podría alguien comprender los sentimientos que albergaba sentado ahí en ese cuarto? ¡Un novio enamorado dispuesto a ahogar a su sadista prometida! Muy paradójico le parecerá a otra persona lo que él sentía

en ese momento. Por descubrir el misterio de la fábrica subterránea obtuvo el grado de capitán del Ejército Soviético y fue condecorado con la orden de la Bandera Roja. Le expresaron agradecimiento por descubrir el objeto de los tanques "Goliat". Pero nadie le creería que para ejecutar estas misiones gastó muchas menos energías y fuerzas morales que para este noviazgo con Lorchen. Siendo útil e incluso necesario para una mayor conspiración, no dejaba de ser por eso menos abominable. Si alguna vez en el futuro llegase a contar a alguien de sus viajes a Múnich y de este noviazgo, sin dudas habría sonrisitas entre los oyentes que lo considerarían un detalle picante en su biografía y nada más. Sin embargo este detalle más que ninguno le agobia las fuerzas, le quema los nervios. Estaba ciertamente de acuerdo con aguantarse tres de aquellos interrogatorios que le hizo Lemke, que pasarse un día en compañía de Lorchen.

No, basta de pensar en eso. Ahora mismo hace falta...

— ¡Heinrich, mi muchacho querido! — Berthold cerró suavemente la puerta y entró en la pieza —. No me pesa menos que a tí todo eso, pero ves que me domino. Tranquilízate, porque con tus nervios sólo vas a empeorar el estado de salud de Lorchen. Ella, mi pobrecita, se lo pasa llorando el día entero. Para tu consuelo te diré que me vengué por Lorchen. Las que levantaron su mano en contra de mi hija pagaron con sus vidas.

"¿Se vengó por Lorchen! ¿Y quién se vengará por aquellas muchachas bielorrusas?"

En la mesita de al lado llamó el teléfono y Berthold levantó el tubo.

— ¡Sí, el general mayor Berthold! ... ¿Qué?...

Berthold dejó el auricular descolgado y corrió a la radio. Sus dedos temblaban tanto que no podía ponerla en seguida en la onda necesaria. Cuando al fin lo logró, llegaron a sus oídos sólo algunas frases sueltas:

"...Honrando la memoria de los soldados alemanes caídos en la batalla de Stalingrado se decretan tres días de duelo en toda Alemania."

Heinrich se quedó inmóvil como petrificado. Le parecía que de hacer el menor movimiento saltaría a la vista su alegría, como la tapa de escotilla llevada por un torrente salvaje que lo arrastra todo a su paso. Berthold escuchaba silencioso con la cabeza gacha.

Terminó la transmisión y comenzaron a tocar la marcha fúnebre. Heinrich se levantó para cuadrarse con la cabeza baja como Berthold.

Esa música fúnebre duró largo rato y Heinrich logró dominarse por completo. ¡No existía más el ejército de Paulus! Ante esa alegría perdían su intensidad todas las dificultades; todo lo particular parecía perder su importancia ante estos hechos.

Cuando se apagaron las últimas notas de la marcha fúnebre, el general mayor le tomó del brazo a Heinrich.

— Vamos a mi habitación que tenemos algo que hablar... Sin esperar la respuesta de su futuro yerno, Berthold se dirigió al gabinete. Era éste una amplia habitación exterior que daba al jardín y a la calle lateral.

Al prender los cigarrillos ambos se sentaron junto a la mesa y así se quedaron por largo rato fumando ensimismados. Berthold interrumpió la pausa.

— ¿Qué opinas de todo esto, Heinrich?

— Comprendo, mi padre, que le interesa conocer la prontitud de mi orientación en los hechos, pero me puse tan nervioso con esta sorpresa que no puedo poner en orden mis ideas.

Berthold se levantó midiendo el cuarto a paso largo, caminando de un lado para otro.

— ¿Sorpresa, dices? El asunto está precisamente en que no hubo nada de sorpresivo en eso. Cuando hace cuatro días me dirigía hacia aquí, en el cuartel ya sabían que esto sucedería...

— Y no hicieron nada para...

— De los partes deberías estar enterado que se hizo bastante. Más de una división de nuestras tropas selectas cayó junto al Volga esforzándose por abrirse paso hacia los que estaban sitiados. Ahí está el asunto, chico, que la guerra entró en esa fase cuando ya no somos nosotros, sino es el enemigo quien nos impone la lucha en el momento que más le convenga... Pero el mal no estriba sólo en eso. En mis manos se encuentra todo el servicio secreto dentro del ejército y quizás yo conozca mejor que nadie los ánimos que imperan entre los soldados, oficiales y el mando supremo. Lo peor de todo es que día tras día se va afianzando cada vez más hondo la falta de fe en nuestra victoria.

— ¿Pero existen esos?...

— Muchos. Hasta demasiados. En especial entre los soldados y viejos generales. ¡Ah, esos generales viejos! ¡Ya cobrarán de nosotros su merecido!... Algunos de ellos expresan su disconformidad con la línea estratégica del Führer y encuentran fallas en los métodos de llevar la guerra.

— ¿Hasta de eso hablan?

— Por supuesto que en voz baja. Pero esas ideas corren...

El general se detuvo delante de la ventana y observaba pensativo los caprichosos dibujos que trazaban los copos de nieve al caer.

— ¿Qué harías Heinrich si la guerra terminara digamos con la derrota de Alemania? — le preguntó inesperadamente.

— ¡Siempre habrá en mi pistola una bala para pegarme el último tiro en la cabeza!

— ¡Pavote! ... Perdóname la manera ruda de expresarme, pero el padre puede dejar de cuidar de las palabras a veces cuando se trata de encaminar al hijo... Pistola... bala... ¡No te permito ni pensar en esas estupideces románticas! No me imaginaba que esta conversación contigo despertaría en tí semejante pesimismo, hasta diría una actitud enfermiza ante los hechos.

“¡Exageraré algo, parece!” pensó Heinrich.

— ¡Me siento feliz de que me hizo volver en mis cabales, padre mío! El que en este crítico momento haya estado usted a mi lado con su sano juicio, experiencia y talento de ver en el futuro... le prometo seguir en todo y siempre sus consejos.

Berthold sonrió con aire satisfecho:

— La prudencia de la vejez siempre ve mucho más allá de las impetuosidades de la juventud, Heinrich. Yo también me siento feliz de que quieras oír la voz de la razón y te fíes de mi experiencia. Créemelo. No empecé esta conversación contigo para amargarte la vida con vistas al futuro. Todo lo contrario. Lo que quiero es ampliar tu horizonte con una visión global de las cosas. Es cierto que en la batalla de Stalingrado nos dieron una formidable paliza que hizo vacilar el prestigio de nuestro ejército y del mando militar. Pero te aseguro que esto no es el fin todavía y ni siquiera el comienzo del fin. Nuestra plana mayor trabaja ahora febrilmente sobre la

elaboración del plan de la operación que renovaría la gloria de la Wehrmacht como de un ejército invencible. Aún no ha llegado la hora de hablar de aquello en qué consistirá esa operación, pero de una cosa estoy seguro y es de que los bolcheviques todavía van a sentir la fuerza de nuestros golpes y su éxito temporal palidecerá ante la gloria de nuestras victorias.

— Sin embargo nuestras tropas retroceden todos los días...

— Es probable que en lo sucesivo también sigan retrocediendo. Para el cumplimiento de los grandes proyectos hace falta un tiempo determinado. Los rusos pagarán caro nuestro repliegue. ¿Estás enterado de la misión que está llevando a cabo tu padre ahora?

— Lo oiré con enorme interés.

— No se me dio una simple licencia por asuntos particulares de familia. En una semana tengo que presentar un plan detallado de las medidas que adoptaremos en el territorio ruso antes del repliegue de nuestras tropas. Por la noche te pondré al tanto de ese plan. Yo les prepararé magníficas sorpresas a los rusos. ¡Después de nosotros no van a encontrar ciudades ni aldeas, sino ruinas y desiertos! Y no serán éstas las simples ruinas que siempre quedan después de la guerra. ¡Oh, no! Lo que tengo planeado es algo mucho más grandioso. Se crearán grupos especiales de zapadores e incendiadores que actuarán según instrucciones estrictas elaboradas en detalle y que prevén la destrucción total de todo al paso de nuestra retirada. Se arrasarán empresas, casas, centrales eléctricas, embalses, puentes, plantaciones agrícolas, huertos, en una palabra: ¡todo! La población no tendrá donde refugiarse y nosotros nos llevaremos a la parte más capacitada de ésta para trabajar en los campos y las fábricas de Alemania, y el resto lo exterminaremos. ¡A ver, que hagan la prueba en el ejército enemigo de avanzar en condiciones semejantes! ¡Que intenten no más de resucitar la vida en un terreno totalmente arrasado por el fuego, desierto y deshabitado!

Berthold hablaba con los puños crispados, lleno de odio y de ira. El odio y la ira también hervían en el corazón de Heinrich, pero éste se debía contener.

— ¡Algo fabuloso, verdaderamente! Me siento contento de haber conocido sus planes y si mis conocimientos de Rusia...

— Ah, ¡Donnerwetter\*!, me olvidaba por completo que podrías ser un buen consejero en este asunto. ¡Ya nos pagarán cara la muerte de tu padre también, hijito!

Se oyeron pasos y la cabeza de Frau Elsa se asomó a la puerta.

— ¡Willy!, ¡te olvidas de que Heinrich todavía no ha comido nada!

— ¡Pero déjanos, Elsa, que no estamos ahora para desayunos!

Frau Elsa entró en el gabinete con el ánimo de quedarse sentada en una silla, pero al ver la mirada impaciente y enojada del marido saltó del asiento y salió en silencio.

Berthold se quedó un rato callado, observando ensimismado como subían los anillos de humo azul grisáceo del cigarrillo sobre el cenicero.

— Sin embargo, Heinrich, considero que mi deber es prevenirte, porque todas nuestras esperanzas pueden esfumarse como este humo —, Berthold señaló con la cabeza el cigarrillo —. Tampoco debemos excluir esa posibilidad. Nosotros somos gente previsora y por lo tanto debemos prepararnos para todo. Para eso precisamente inicié mi conversación contigo. ¡Presta atención a lo que voy a decirte! Heinrich, tú y yo somos agentes secretos de carrera. El siglo veinte es el siglo del espionaje y contraespionaje. Dejemos que los del cuartel se jacten de sus méritos. Tú y yo sabemos mejor que nadie que la guerra moderna no se gana sin nosotros. Cuando digo “sin nosotros” tengo en cuenta a los agentes secretos. La sociedad necesita de nosotros mucho más que de toda esa prole de políticos, escritores, pintores y hombres de ciencia inclusive. Después de la guerra los agentes serán aun más necesarios que ahora, ten en cuenta. ¡Gane el que gane! Ya te dije que tengo fe en nuestra victoria. Pero la fe es una cosa y la dura realidad, otra. Por eso no estará demás estar preparados para lo peor. ¡Siempre hay que prever lo peor! Friedrich el Grande enseñaba de ese modo a los jefes militares y a los hombres de estado, aunque de por sí era un hombre optimista... Por lo tanto vamos y prever también nosotros lo peor, Heinrich. Por si acaso... ¿Cuánto dinero tienes depositado y en qué bancos? — ter-

---

\* ¡Donnerwetter! (alem.) — ¡Cáspital

minó de pronto sus incursiones abstractas con una pregunta netamente práctica.

— Un millón novecientos mil marcos en el Banco Nacional Suizo y trescientos mil en el Alemán.

— ¿Toda tu herencia?

— Vivo de la renta.

— ¡Digno de elogio, muchacho! Ahora se necesita pasar todo el dinero del Banco Alemán al Suizo. Eso en primer término. Luego hacer el cambio en dólares que así será más seguro.

— ¿Hay que hacerlo de inmediato?

— No, un poco más tarde. Hay que esperar un poco a que se apague la amargura de la derrota y hacerlo de una forma desapercibida para el ojo ajeno. Luego yo te enviaré mis ahorros para que los pases a tu cuenta. A mí me resultará medio incómodo depositar mi dinero en un banco extranjero.

— Entendido.

— Como dote de Lorchen te entrego una fábrica de pan. La otra lamentablemente fue destruida. Además les doy una hacienda. Todo eso encárgale a alguien que se ocupe en liquidarlo y el dinero reembolsado lo colocas también en el Banco Suizo.

— ¡Como ordene!

— Pero aun así debemos asegurarnos de cualquier clase de sorpresas, por ejemplo de la inflación. La guerra puede hacer caer también el dólar y saldremos perdiendo. En esos casos la mejor garantía para la inversión de capitales es la adquisición de inmuebles. Por lo tanto hace falta que adquieras en Suiza alguna planta industrial de envergadura; en caso extremo podría ser también un hotel o algún edificio bueno que diera renta.

— Trataré de ingeniármelas para salir para allá y encontrar lo que nos convenga.

— Pero no adoptes ninguna resolución sin consultarme antes; no tienes ninguna experiencia en los negocios y pueden engañarte.

— ¡De acuerdo, mi padre!

— Es necesario que nuestra familia tenga la posibilidad de vivir tranquilamente un tiempo determinado después de la guerra. Por lo demás no te preocupes que conmigo no te vas a perder. Un agente como Berthold no se quedará sin trabajo por mucho tiempo. No será él quien busque a los nuevos patrones, sino ellos le buscarán a él. Las

condiciones se las dictaré yo y no me las dictarán a mí. Yo quiero a mi patria. Pero cuando la cosa se ponga fea para nosotros los alemanes y se me ofrezcan dólares en vez de marcos, los recibiré y trabajaré con el mismo afán que ahora. ¡El dinero no huele! ¡Quién dijo eso, Heinrich?

— No recuerdo — Heinrich pensaba ahora en otra cosa. Conocía muy bien el tipo de Berthold y sus semejantes, pero así y todo no se figuraba que uno de ellos pudiera llegar a tal punto de cinismo en sus manifestaciones.

— ¿Estás de acuerdo con mi plan, Heinrich?

— ¡En todo!

Mientras esta conversación tenía lugar, Lorchen, la convaleciente del primer piso destinado a los novios, padecía un ataque de nervios.

Lorchen no había dormido toda la noche anterior. La fiebre había subido, el dolor de las quemaduras era inaguantable y el corazón se le partía de tristeza, porque se veía privada del encuentro con su prometido. Cuando el silencio matutino fue interrumpido por un timbre estridente que anunciaba la llegada de Heinrich, la chica se echó a llorar y desde entonces no paraba de verter lágrimas. Los padres intentaron calmar un poco a la hija a la hora en que Heinrich se arreglaba y descansaba del camino. Pero todos sus esfuerzos resultaron vanos. Por suerte se le ocurrió a la mucama el darle un espejo a su Fräulein. Lorchen, al ver su imagen, se quedó petrificada; la cara le ardía, los ojos estaban hinchados y la nariz morada de las lágrimas parecía haberse ensanchado aun más del incesante uso del pañuelo. La muchacha tiró al suelo el espejito y largó a llorar con nuevos bríos, porque todo el mundo sabe que un espejo roto trae desgracia.

Mientras Berthold hablaba con Heinrich, Frau Elsa llamó a su villa al mejor especialista del salón de belleza del lugar. Éste puso en la cara de Lorchen unos ungüentos, después le colocó cremas, le hizo masajes y por último le puso polvos. Lorchen aguantaba el dolor soportándolo todo para tener la posibilidad de ver a su novio.

Cuando después del desayuno los padres subieron a ver a su hija ambos consintieron en que el especialista en belleza no había cobrado en vano su dinero, pero igual no se la podía mostrar aun a su prometido.

Por lo tanto, durante el almuerzo Berthold tuvo que comunicarle tristemente a Heinrich una vez más que Lorchen seguía sintiéndose mal. Tanto Frau Elsa como

el mismo Berthold se sentían muy deprimidos y la conversación resultaba muy apática, animándose un poco sólo para el fin de la comida, cuando Heinrich contó de las fotos enviadas por Bertina y la inscripción elocuente en una de ellas. Frau Elsa comentó partiendo de ese hecho que Bertina siempre fue una chica desvergonzada, amante de intrigas y flirteos, y añadió que le había prohibido a su hija seguir en contacto con la prima, porque eso sólo podía comprometer a una chica decente. Berthold por su parte se expresó en una forma tan ruda y cínica que su pobre Elsa tuvo que taparse los oídos lanzando un grito de espanto. Cuando después del almuerzo el futuro suegro con su yerno entraron al gabinete del primero para tomarse una tacita de café con licor y fumarse un cigarrillo, Berthold volvió a hablar de su parienta y le tomó la palabra a Heinrich de mantenerse a buena distancia de ella y no seguir carteándose, porque ahora respondería no sólo por su propio buen nombre, sino por el honor y la tranquilidad de Lorchen.

La entrevista de los novios acaeció bien entrada la noche. Frau Elsa puso toda su habilidad para disponer las luces del velador y la lámpara de pie de un modo que la cara de Lorchen, tendida cómicamente boca abajo encima de una montaña de almohadones, quedase en la sombra.

Heinrich a penas pudo contenerse de satisfacción al ver a su prometida en esa pose lamentosa. Heinrich le expresaba sus sentimientos de condolencia a la enferma, se lamentaba de la mala suerte que le privaba de la posibilidad de abrazar a Lorchen después de una separación tan larga, mientras en su corazón reinaba la alegría: posiblemente tuviese la dicha de postergar una vez más la ceremonia del compromiso.

Sin embargo Berthold pareció haber leído sus pensamientos.

— Mañana por la noche se cambiarán de alianzas; creo que para ese entonces Lorchen se sentirá mejor. ¿De acuerdo?

“Podría al menos guardar las apariencias y oírme pedirle la mano de su hija”, pensó Heinrich, pero se vio obligado a decir:

— ¡De acuerdo, claro está!

Al otro día al anochecer tuvo lugar la ceremonia del noviazgo. Lorchen sufrió otra desilusión más; comprendía

por supuesto que debido a su enfermedad no habría festejos de pompa, sin embargo esperaba algunas visitas, sus congratulaciones y regalos. En cambio todo salió distinto. En Alemania se decretó duelo nacional y el general mayor Berthold no pudo admitir que alguien llegara a enterarse de que en días semejantes hubiese arreglado el matrimonio de su única hija. Los ecos de la nueva podrían resultar perjudiciales también para Heinrich. En consecuencia no hubo nadie más, fuera de los padres, en la mencionada ceremonia.

Lorchen se tuvo que conformar con eso. Al colocarle la alianza en el anular de la mano derecha — en realidad debería ponérsela en la izquierda, pero también estaba quemada —, Lorchen se puso a llorar de alegría. El general Berthold también estaba conmovido, le estampó un beso en la frente de Heinrich y bendijo a la futura pareja.

Todos cenaron en la habitación de Lorchen junto a su cama, acompañados de los lamentos y ayes de la novia que a veces se olvidaba de tener que contenerse.

Heinrich partió al día siguiente. Únicamente Berthold le acompañó a la estación.

— ¿Recuerdas todo lo que hablamos?

— ¡Claro que sí, mi padre!

— Supongo comprenderás que nadie debe enterarse de nuestra conversación.

— ¿Me considera una criatura?

— ¡De ninguna manera! ¡Serás un agente perfecto, Heinrich! — le dijo Berthold de despedida.

Lo curioso del caso era que la mismísima idea la expresaron los jefes de Goldring en la Unión Soviética cuando obtuvieron el parte del plan de Berthold sobre las medidas a adoptarse por los hitlerianos después de abandonar tierra rusa los ejércitos alemanes.

## Los amigos se vuelven a encontrar

Aunque la parte oficial del duelo por el ejército de Paulus ya había terminado, Heinrich no oyó en todo el viaje de Múnich a Saint-Remis palabra alguna proferida en voz alta. Ni qué decir ya de risas o de bromas. Viajaba en un vagón para oficiales y podía observar sólo el ánimo decaído del mando del ejército hitleriano, que hacía

pensar en que de casa de cada oficial se habían llevado en la víspera a un difunto.

El mismo espíritu tristón dominaba a la llegada a Saint-Remis. Pero esto se refería sólo al ejército invasor. En cuanto a los franceses, su actitud frente a los últimos acontecimientos fue sin querer expresada por madame Tarval con bastante acierto.

— ¡Feliz retorno, monsieur Goldring! — exclamó con sincera alegría, cuando al atardecer del seis de febrero, inmediatamente después de la llegada de Múnich, su huésped entró en el restaurante —. Anteayer por la noche, cuando celebrábamos el duelo, le estuvimos recordando. Nos divertimos tanto...

— ¿Cómo que celebraron el duelo?

Madame Tarval se ruborizó sin saber donde poner, culpable, los ojos.

— Discúlpeme, monsieur, me expresé mal... En los días de duelo mi restaurante permanecía cerrado. Una vez nos reunimos para charlar un rato...

— ...Y tomaron un trago por el reposo eterno de las almas del ejército del mariscal de campo Paulus — concluyó la frase Heinrich con el mismo tono de su interlocutora.

— ¡Pero que se me quema el pollo! — exclamó la dueña del hotel y corrió a la cocina con una agilidad inesperada para su figura obesa.

— ¡Lo que dije! ¡Figúrate, Mónica, lo que dije! — se lamentó madame Tarval al ver a su hija.

— ¿Qué cosa y a quién, mamá?

— Se me fue la lengua y dije a monsieur Goldring...

— ¿A Heinrich? ¿Ha regresado ya?

— Está en el apartado celeste... y yo...

Sin acabar de escuchar las aclaraciones de la madre, Mónica salió corriendo de la cocina, quitándose el delantal a la carrera.

— Hola, mi pequeña maestra — Heinrich se levantó de un salto y apretó entre ambas manos la menuda diestra de la muchacha —. A ver, cuénteme ¿cómo celebraron ustedes el duelo?

— ¿Qué celebramos? — se extrañó Mónica.

Heinrich le contó su conversación con madame Tarval.

La muchacha se rio:

— ¡Mamá se ha equivocado!

— No tengo dudas de que se haya equivocado, porque ustedes llevaron luto tres días, rezaron a Dios y no se sonrieron ni una sola vez, ¿verdad?

— Estoy segura de que su corazón también se desgarraba de sufrimiento y pena...

— En efecto que se me desgarraba, pero no por los motivos que usted cree. Jamás me olvidaré de estos tres días.

Heinrich hizo una mueca de repulsión.

— ¿Ha tenido algún disgusto? — turbóse la joven.

La aparición de madame Tarval con la cena interrumpió la conversación.

— ¡Ah, por poco me olvido! Llamó varias veces monsieur Lutz y preguntó si usted había regresado — comunicó al poner la mesa.

— Parece que está enfermo — añadió Mónica.

Heinrich fue sin demora a telefonar.

— ¡Hola, Karl! Soy yo Heinrich... ¿Qué? Iré sin falta; sólo cenaré porque estoy muy hambriento.

Madame Tarval salió para prepararle a Heinrich el café y Mónica intentó renovar la conversación interrumpida.

— Entonces, ¿qué le ha pasado en estos días, Heinrich?

— Es una historia muy larga y seria para contarla entre dos tragos de vino. Será mejor que me cuente de sus cosas.

— ¿Por qué cree usted que mi relato puede caber entre dos tragos de vino? Tal vez a mí me haya ocurrido también algo muy importante y serio.

— Siendo así ¿no me irá hasta que no me lo diga!

— ¡Oh! En tal caso usted se quedará aquí por mucho tiempo — rió la muchacha —. Quizás toda la vida...

— ¿Significa esto que no me tiene confianza, Mónica?

— Esto significa que no me fío ni de mí misma.

— ¿Cuánto tiempo seguirá así?

— Hasta que no me convenza de que usted tampoco tiene secretos de mí.

— ¿Es una indirecta por lo de Múnich?

— Por lo de Múnich, Bonneville, Saint-Remis...

— Es su curiosidad femenina que la atormenta.

— No, es otra cosa lo que me atormenta... — la muchacha se levantó bruscamente —. ¡Buenas noches, Heinrich! — dijo y desapareció tras la puerta.

Después de la cena y pese a las altas horas, Heinrich fue a casa de Lutz.

El Hauptmann estaba recostado en la cama, con varios almohadones debajo de la cabeza. A un lado, sobre una pequeña mesita, había un plato con entrémeses nada refinados, un cenicero y una botella de aguardiente. Debajo de la mesa y de la cama había botellas vacías tiradas.

— ¿Qué te pasa, Karl? ¿Te enfermaste? ¿Qué significa este desorden? ¡Hombre!

— ¡A sus órdenes, señor primer teniente! — el ordenanza cuadró en el umbral, pero por las manchas moradas de la cara se veía que también él había experimentado la fuerza del aguardiente.

— ¡Haga inmediatamente la limpieza! ¡Pronto!

El ordenanza empezó a recoger las botellas tiradas por el suelo. De una que aun estaba llena se apoderó Lutz inclinándose de la cama y guardándola debajo de la almohada.

— ¿Y eso para qué, Karl?

— ¡Voy a tomar! ¡Hoy, mañana, pasado! Todos los días voy a tomar!

— ¿Qué ha sucedido? — se alarmó Heinrich —. Sabía que Lutz jamás bebía solo y mas en dosis semejantes. Le preocupaba, además, el aspecto enfermizo de Karl y el brillo de sus ojos —. ¿Estás enfermo?

— ¿Enfermo yo? No. Estoy más sano que nunca. Precisamente por haberme curado no puedo permanecer sobrio.

Lutz agarró de la mesa una botella a medio tomar y se la llevó a la boca. Heinrich se la arrebató y la volvió a poner en la mesa.

— ¿Qué pasa, Karl?

Lutz se incorporó en silencio.

— Bueno, dime ¿qué harías si a tu habitación irrumpiera, digamos, Miller? Borracho y descarado, tirado con sus botas en tu cama, proponiéndote largarte de la habitación o dormir en el piso ¿qué harías, eh?

— Lo echaría fuera, lo mandaría de narices por la escalera.

— ¿Y qué diablos exigimos entonces de los franceses? — vociferó enfurecido el Hauptmann haciendo un violento ademán. La botella a medio vaciar voló de la mesa a un rincón del cuarto haciéndose añicos con estridencia.

El ordenanza asustado se asomó a la puerta.

— Recoja eso y váyase, hoy ya no le necesitaremos — ordenó Heinrich. No quería que las palabras del Hauptmann, febrilmente excitado, fueran oídas por extraños.

— Karl, debes tranquilizarte, estás sobresaltado y enfermo.

— Mas yo te demostraré que estoy completamente sano. ¿Quieres que te lo demuestre? Habla, hombre, ¿quieres?

— Bueno, soy todo oídos.

— ¿Has estado alguna vez en el ducado de Luxemburgo?

— Sí, de paso.

— Es chiquito, chiquitito ¿no?

— ¿Y qué hay con eso?

Presta atención a los cálculos que he hecho: si se reuniera toda la población del mundo y se la colocara en fila, ésta cabría en la mitad del territorio del ducado de Luxemburgo y la otra mitad quedaría desocupada aún. ¿Oyes? ¡La población de todo el globo terrestre! ¿Te imaginas lo poca que es la población de este maldito globo, que cabría en la mitad del territorio del ducado de Luxemburgo? Todos los bienes, todos los mares, campos y riquezas naturales, estarían a disposición de este puñado de gente reunida en ese pedacito de tierra!

Lutz agarró el mapamundi que tenía sobre la cama y se lo acercó a los ojos de Heinrich.

— ¿Ves? ¡Es aquí donde puede caber toda la humanidad! Y todo esto estaría al servicio del hombre. ¡Todo el mundo! ¡Qué maravillosa sería la vida en nuestro planeta, Heinrich!

Heinrich fue al cuarto donde estaba el lavabo, humedeció la toalla y se la puso en la frente, haciéndole acostar por la fuerza.

— ¡Comprende de una vez que no estoy enfermo!

Sin atender a las protestas de Lutz, Heinrich extrajo del bolsillo una medicina en polvo y se la tendió al Hauptmann.

— ¿Qué es esto?

— Un somnífero.

— Sería mejor que me dieras algo que me hiciera dormir para siempre. ¡Me da miedo pegarme un tiro con mi propia mano!

— ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

— ¿No perderías tú el juicio si en presencia tuya Mi-

ller... a cinco hombres... a un precipicio... y... dos balas en la barriga... a una mujer embarazada...? ¿Comprendes? ¡A una mujer embarazada! ¡Oh, yo no puedo, no puedo... yo no lo puedo olvidar! — gritó Lutz con frenesí. Su cuerpo todo se estremecía y hablaba prorrumpiendo en sollozos.

Heinrich, sabía que en casos semejantes había que guardar silencio y no le preguntaba nada. Le obligó a Lutz a que tomara el somnífero, lo cubrió con la manta hasta la barbilla misma y le dio de tomar aguardiente para que el enfermo entrara en calor.

— Cálmate y trata de dormir.

— Dormir... tengo mucho sueño... ¡hace tres noches que no me puedo dormir! Desde que Miller...

— ¡Cállate! ¿Me oyes? ¡No hables de nada! Me taparé los oídos y no te escucharé.

La excitación comenzó a ceder y gracias al sedante Lutz se había dormido a la media hora.

A pesar de sentirse extenuado por el viaje, Heinrich no se decidió a dejarlo solo. Se acostó en el sofá y se colocó de almohada un viejo capote de Lutz, sin poder conciliar el sueño de inmediato.

La noche pasó tranquila y el enfermo durmió sin despertar. Por la mañana vino el ordenanza y después de mandarle que no despertara al Hauptmann y lo dejara dormir, Heinrich se fue al estado mayor.

El general recibió a su oficial para misiones especiales, con afabilidad pero esta vez estuvo bastante silencioso.

Aunque ya habían vencido los tres días del duelo oficial, en la manga izquierda de su chaqueta aún lucía la cinta negra del luto.

— Estos son los peores de todos los vividos en mis sesenta y cinco años, primer teniente. Hasta hoy la historia de los triunfos bélicos de Alemania tenía motivos de sentirse orgullosa por la victoria del Sedan, al considerarla una de las más brillantes del siglo diez y nueve. ¡Pero el esplendor de esa victoria palidece ante la ignominiosa derrota a orillas del Volga!

— Mi padre ha comentado que en el Estado General Mayor se están preparando los planes de nuevas operaciones que no sólo podrán arreglar la situación, sino...

El ademán que el general hizo con la mano demostraba elocuentemente que no había perspectiva alguna.

— Quisiera creerlo, pero... Por otra parte, el futuro lo dirá. Y ahora vaya a descansar del viaje, primer teniente. Le llamaré si me hace falta.

Después del almuerzo Heinrich volvió a pasar por casa de Lutz, pero éste seguía durmiendo extenuado por las tres noches de insomnio. ¿Tal vez valía la pena ir a ver a Miller y tratar de sonsacarle prudentemente qué era lo que había influido tanto en Karl? Heinrich telefoneó al jefe del SD, pero al aparato se puso Saugel. Éste le comunicó que Miller se había ido el día anterior y probablemente regresaría por la noche.

No tuvo otro remedio que quedarse en su habitación del hotel.

Por la noche llamó Lutz. Karl lo recibió a Heinrich con una sonrisa confusa. Ya se había tranquilizado por completo, pero estaba muy debilitado. Por lo visto, la excitación de los últimos días había agotado su enfermo organismo.

Ahora Lutz podía contar tranquilamente lo que había pasado antes de enfermarse. A Miller se le había ocurrido distraer a Lutz y, sin prevenirlo de nada, lo llevó a ver el fusilamiento de cinco franceses, entre los cuales había una mujer grávida. Esta escena lo dejó tan impresionado que al regresar a su casa cayó enfermo.

— Después de lo ocurrido me da vergüenza vestir el uniforme de oficial ¿comprendes? Lo que más me atormenta y me saca de quicio, es que debo callar y ocultar mis pensamientos; porque si digo algo, el propio Miller me manda de un empujón al despenadero, como a los franceses.

— Sí, Miller es capaz...

— Yo participé en el combate de Dunkerque y nadie me puede echar en cara que soy cobarde. ¡Pero yo quiero pelear en el frente y no torturar a mujeres embarazadas!

Sonó el timbre del teléfono. Heinrich levantó el tubo.

— Goldring al aparato. ¿Qué? ¡En seguida voy!

— Dios ha oído tus plegarias, Karl. Los guerrilleros hirieron a Miller y pide que Saugel y yo vayamos a verle.

— ¡Pese a todo hay todavía en el mundo algo de justicia! ¿Dónde está? ¿En casa?

— No, Saugel ha dicho que en el hospital. Si vuelvo temprano, paso por tu casa y te cuento todo.

Camino del hospital, Saugel comentó con Heinrich que según lo tenía entendido, Miller ya hacía dos horas que

estaba en el hospital y que le habían hecho una operación urgente. Saugel no sabía como era la herida de Miller, pero esperaba que no fuera nada grave, de lo contrario no lo hubieran dejado aquí, en Saint-Remis, donde el hospital era pequeño y estaba mal equipado, sino que se lo hubieran llevado a Chambery.

A Miller le dieron un cuarto aparte en el primer piso. El médico jefe acompañó al primer teniente y al teniente hasta la misma puerta y les advirtió:

— Después de la operación necesita calma. Les pido encarecidamente que no se entretengan.

Esta advertencia, por lo visto, fue simple formalidad, porque el herido se sentía bastante bien, aunque estaba debilitado y pálido. En forma breve relató a Heinrich y a Saugel lo ocurrido. Resulta que el día anterior por la mañana un numeroso grupo de guerrilleros franceses atacó la compañía alemana de cazadores que custodiaba uno de los pasos más importantes y la dismanteló toda al bajar de las montañas. Miller se halló en el paso de casualidad, pero no le quedó otro remedio que participar en el combate, durante el cual un fragmento de granada guerrillera hizo impacto en su omóplato izquierdo.

— Medio centímetro más y ese pedazo estaría en mi pulmón — comunicó Miller con aire de desafío. Ahora, cuando todo terminó felizmente para él, se sentía orgulloso de haber participado en un combate: la medalla por la herida la tenía asegurada y esa es una señal más de méritos ante la patria.

— En vano Hans, se ha metido usted en esa historia que podía haber terminado mucho peor — le reprochó Heinrich. ¿Y dónde estaba la guardia del paso en ese momento?

— Se echó a la desbandada después del primer ataque. Menos mal que hice a tiempo de meterme en el auto... Ahora se puede esperar cualquier sorpresa de los guerrilleros. El hecho de que un grupo tan grande haya bajado de las montañas exige de nosotros las medidas extremas. Claro que el mando de la división hará todo lo necesario, pero el servicio de seguridad también debe trabajar con extraordinaria precisión. Lástima que yo tenga que guardar cama cuando es preciso actuar. Precisamente les llamé para consultar con ustedes si vale la pena pedir que envíen a alguien en ayuda de Saugel mientras yo esté

enfermo. Es necesario comunicar inmediatamente a Lyon de que fui herido...

Heinrich echó una ojeada al suplente de Miller. Las mejillas levemente sonrosadas del teniente se cubrieron de manchas rojas y sus labios temblaron resentidos.

— Discúlpeme, Herr Saugel, y usted, Hans, por ser yo el primero en expresar mi punto de vista, pero lo hago sólo en calidad de consejero. A mi parecer, Hans, su suplente puede cumplir exitosamente con las obligaciones de jefe, a pesar de ser estos días tan alarmantes. Además tenemos la esperanza de que usted no estará inmovilizado por mucho tiempo en la cama. Claro que Herr Saugel tendrá más trabajo que de costumbre, pero él siempre puede contar conmigo en los asuntos que no sean muy secretos...

— Me alegro, Heinrich, de que usted comparta mi opinión. Una persona nueva complicará las cosas y distraerá a Saugel de sus ocupaciones principales, porque tendría que poner al corriente al recién llegado y hacerle conocer el ambiente. Todo eso es muy embarazoso... Por su proposición de prestar ayuda le estoy profundamente agradecido. Confieso que yo contaba con usted.

— ¡La cita ha terminado! — hizo notar con aire descontento el médico, asomándose por la puerta entreabierta.

— Un minuto, daré sólo unas órdenes a mi suplente. Heinrich se puso de pie.

— No les molestaré entonces. Voy a esperar a Herr Saugel en el vestíbulo o en el coche.

“Sería bueno saber de lo que hablan — pensaba Heinrich bajando la escalera —, pero Saugel debe convencerse de que los asuntos del SD me interesan un comino. Es más inteligente que Miller y no es tan dependiente de mí como aquél. ¡Por ahora! Pero yo debo encontrarle el punto vulnerable a este “aristócrata elitario”. Que es muy presumido, se ve a las claras. Esas conversaciones suyas sobre los superhombres, sin duda considerándose uno de ellos... ¡Original especie de delirio de grandeza! Esa gente por lo general es muy ambisiosa y tiene un amor propio enfermizo. Por ahora de eso trataré de sacar partido...”

La aparición del teniente interrumpió las reflexiones de Heinrich. El semblante de Saugel irradiaba aire de suficiencia.

Le estoy sinceramente agradecido, barón, por tener un concepto tan alto de mi capacidad — dijo sentándose en

el coche —. En realidad, sería muy desagradable perder el tiempo en trabar conocimiento con el mando provisional. Yo ya me he acostumbrado a Miller, y aunque tiene sus defectos como cualquier otro, nosotros hemos llegado a entendernos.

— Pero, Herr Saugel, yo no he hecho más que expresar lo que pienso y de lo que estoy completamente convencido. No hay que ser demasiado observador para comprender que el puesto de suplente de Miller es demasiado poca cosa para un hombre como usted. Ya sabe que con Hans somos muy amigos y que valoro su manera de ser para conmigo, yo siento gran simpatía por él, pero...

Saugel echó a su interlocutor una mirada interrogativa e impaciente.

— Pero — continuó Heinrich después de la pausa —, hay que ser sincero: Miller ya es algo anacrónico, vive gracias a los viejos méritos y le corta el paso a los demás. Las palabras “los demás” no las empleo atribuyéndoles el sentido primitivo con que se emplean generalmente. Ni tengo tampoco en cuenta simplemente a los colaboradores más jóvenes, ni siquiera a los más talentosos. Al decirlo, tengo en cuenta a la nueva raza de personas nacidas en la época del mayor auge espiritual de Alemania, siendo por lo tanto ellos los portadores de todos los rasgos propios de la nueva generación: ¡conquistadores y amos!

— Usted, barón, resulta ser un psicólogo muy fino e interesante interlocutor. Aún no es muy tarde y me gustaría que pasáramos una horita en mi casa. Seguiríamos la conversación con una tacita de café cargado. Lamentablemente no puedo ofrecerle nada más, ya que hoy debo continuar trabajando y tengo que estar en forma.

— Café cargado y conversaciones sobre temas filosóficos son cosas rarísimas en Saint-Remis. Acepto encantado la proposición. ¡Ya echo de menos tanto lo uno, como lo otro! — rió Heinrich.

En el pequeño departamento con tres cuartos donde vivía Saugel olía a perfume, cigarros finos y a café moca puro. Por lo visto los cuartos no se ventilaban a menudo, porque los olores se hicieron tan estables que crearon la atmósfera sofocante que reina habitualmente en los tocadores de las cocotte. Aunque todo lo demás también hacía que eso tuviese mayor semejanza con un tocador que con la vivienda de un oficial, y más aún en tiempo de guerra:

mullidos tapices en las paredes y pisos, cortinas de encaje en las ventanas, multitud de pequeñas estatuas, figurillas, floreros y frasquitos. Lo único que desentonaba totalmente con todo era un retrato grande de Nietzsche en un marco negro y sin adornos.

Al notar la mirada de Heinrich puesta en el retrato, Saugel dijo patético:

— ¡Es mi padre espiritual! ¡Siempre llevo este retrato conmigo! Y estos libros también.

Saugel se acercó al estante y sacó del anaquel superior varios libros encuadernados ricamente. Heinrich leyó sus títulos: “Más allá del bien y el mal”, “Así hablaba Zaratustra”, “El ocaso de los dioses” de Nietzsche y “Mein Kampf” de Hitler.

“¡Qué carroña!”, pensó Heinrich y le pareció que los libros olían a putrefacto. Le invadió un incontenible deseo de salir al aire libre; la atmósfera asfixiante le provocaba náuseas y Heinrich empezó a buscar un pretexto para marcharse, pero en aquel momento el ordenanza sirvió café, limón y una botella de licor.

Entre sorbos de café cargado, Heinrich y Saugel hablaron largo y tendido. Se puso en claro que el teniente tenía algunos conocimientos de las tendencias filosóficas modernas, como también de la vieja filosofía alemana. Estos reducidos conocimientos eran insuficientes para aprender a razonar en forma lógica, pero alcanzaban para hablar de todo con el aplomo propio de la ignorancia. Y Saugel arrasaba con Kant y Hegel, se mofaba de Marx, le daba a Schopenhauer palmaditas condescendientes en el hombro y no cabiendo en sí de fascinación, elogiaba el genio de Nietzsche, a quien consideraba profeta de la nueva alborada de la raza de vencedores que se levantaría más allá del bien y el mal, y alcanzaría las cimas radiantes donde reinaría el “hombre-dios”. Heinrich tuvo que dominarse para no prorrumpir en carcajadas al escuchar estas fábulas y seguir manteniendo la conversación. Saugel estaba entusiasmado de haber encontrado a un oyente tan atento y a un correligionario, según se expresó.

De las altas materias la conversación giró poco a poco a temas más mundanos y, en particular, a la situación creada debido a la activización de la guerrilla. Heinrich volvió a reiterar a Saugel que estaba dispuesto a ayudarle mientras Miller estuviera enfermo; claro que si surgía tal necesidad.

— Con mucho gusto me valdré de sus servicios, barón, y hasta ya tengo algo en vista. Pero antes que nada quisiera prevenirle... si me lo permite, por supuesto.

— ¡Oh, hágame el favor!

Es usted algo imprudente, barón, y diría demasiado crédulo al entablar conocimiento...

— ¿Qué quiere decir con eso?

— Recuerde a todas las personas por las que siente inclinación y dígame: ¿Puede usted responder por todas?

— Comprendo lo que está insinuando, mi buen Saugel. Gracias por la delicadeza con que ha encarado estas cuestiones tan íntimas. Pero le aseguro que en este caso hay que partir desde otro punto. En mis relaciones con las mujeres parto solamente de si es bonita o no. A mi ver, es el único criterio posible con que se debe medir la famineidad, porque ellas, las féminas, al igual de su superhombre, están más allá del bien y el mal.

— ¿Usted cree? ¿Y si yo le dijera que el hermano carnal de mademoiselle Mónica es un terrorista francés?

— ¡No puede ser! ¡Una familia tan respetable!

— Lamento tener que decepcionarle, pero así es. Ayer en el sumario uno de los guerrilleros capturados me informó este detalle tan interesante de la biografía de mademoiselle. No excluyo la posibilidad de que ella misma...

— ¡Pero qué barbaridad! Ha hecho usted muy bien en prevenirme. ¡Quedo en deuda con usted! Tendré que poner más atención en adelante.

— Hace rato que la tengo bajo vigilancia. Lo que me pareció sospechoso es que aparentando visitar a su novio frecuenta la central eléctrica. Hasta ahora lo consideraba como algo natural. Pero el guerrillero que estuve inquiriendo trabaja en esa central y asegura que los encuentros de la mademoiselle con el ajustador François Florenten no se parecen en nada a las citas de enamorados...

— ¡Es la primera vez que oigo que ella tenga novio! ¡Ahora comprendo el por qué de su inaccesibilidad! ¡No, pero si da risa que mi rival sea un ajustador! ¡Un barón y un ajustador! Hágame un favor, Saugel: déjeme hablar con ese guerrillero...

— Eso es muy fácil, pero hoy no podrá ser porque aceptó proporcionarme información y ayer lo dejé ir. En cuanto aparezca se lo comunico. No quisiera llamarlo especialmente para no atraer la atención.

— Se fingió tan inocente e ingenua... ¡Nunca hubiera pensado que una mujer sería capaz de embaucarme así!

— ¿Y si la mademoiselle se aprovechó de sus buenas relaciones con usted con el fin de obtener informaciones para los guerrilleros?

— ¡Entonces tuvo mala suerte! Tengo por regla no hablar de asuntos ni de cosa seria alguna con las mujeres.

— Bueno, a veces se le puede escapar a uno alguna palabra...

— ¡Tiene usted razón, maldito sea! ¡Y pensar que los guerrilleros querían aprovecharse del hijo del general mayor Berthold! ¡Cosa paradójica y nada más! ¡Una verdadera paradoja!

— Quisiera prevenirle, barón: todo lo que acabo de decirle es por ahora un secreto. Ni siquiera Herr Miller está enterado de mis sospechas. Lo comprobaremos si son fundamentadas usted y yo.

— ¡Yo le ayudaré, Herr Saugel!

— Eso se hace sin dificultad. Mañana yo le doy un documento ficticio de carácter secreto que usted dejará en su habitación y manda a su ordenanza a cualquier lado, sin que la mademoiselle lo sepa. Lo demás corre por mi cuenta. ¿Está de acuerdo?

— Considero mi ayuda en este asunto una deuda de honor. Espero que en un futuro próximo podré agradecerle el servicio que hoy me presta al quitarme la venda de mis ojos y mostrarme las cosas tales como son. Sea aquél su novio o no, lo mismo se las jugaban conmigo, me engañaban. ¡Eso yo no se lo perdono a nadie!

Ya era tarde para ir a casa de Lutz y Heinrich, después de despedirse de Saugel, se apresuró a su hotel. Por el camino intentó no pensar en las cosas desagradables que acababa de enterarse. Había que tranquilizarse, dejar que su cerebro descansara. Y, efectivamente, al salir a la calle su mente se despejó. El aire fresco le quitó el cansancio como una ducha de agua fría y Heinrich se sintió dispuesto a proseguir la lucha.

Sí, era evidente. Había que seguir luchando. Su duelo con Saugel sería encarnizado. Si éste le cogió la punta al hilo, tarde o temprano se apoderaría del ovillo entero. ¡Si no se lo corta de inmediato! Pero ¿cómo? Ante todo hay que eliminar al provocador. Este puede apurar los acontecimientos, lo que es especialmente peligroso ya que Saugel halló el rastro cierto: François-Mónica, Mónica-

François. También existe otro hilo que lleva de estos dos a Heinrich y que Saugel puede descubrir de un día para otro. De lo ocurrido en la meseta, cuando Heinrich dejó en libertad a dos guerrilleros, están enterados, por supuesto, no sólo madame Tarval y la vieja aldeana, sino también alguno de los guerrilleros y, probablemente, el provocador de la central eléctrica. Si es así, Saugel tendrá a su disposición el hilo Goldring-Mónica-François. ¡Por eso a toda costa y en primer lugar hay que liquidar al provocador!

Esa noche Heinrich tardó en conciliar el sueño, y por la mañana fue a desayunar mucho antes de lo que acostumbraba. No obstante, Mónica, como si lo hubiera hecho adrede, ya había salido de casa por asuntos domésticos. Heinrich se encontró con ella en la calle, junto al edificio mismo del estado mayor.

— Mónica, tengo que tratar con usted de un asunto muy importante. Le pido encarecidamente que hoy no salga de casa. Yo trataré de regresar cuanto antes, aunque puede que el general me retenga. De cualquier forma, espéreme. Por toda una serie de motivos no conviene que nos detengamos hablando aquí, en la calle; por eso ahora no puedo explicarle nada. Sólo le diré que usted está bajo vigilancia.

Riendo Heinrich estrechó la mano de la muchacha y se perdió tras las puertas del estado mayor. Mónica agitó alegremente la mano en señal de despedida. Ninguno de los transeúntes que observaron esta escena pudo imaginarse siquiera lo preocupados que latían en ese instante los corazones del alegre oficial y la bella y sonriente muchacha.

— ¡Ha llegado un telegrama a su nombre, Herr primer teniente! — le informó el oficial de guardia.

“Hoy dieciséis veinte arribaré a Chambery. Venga a recibirme. Bertina.”

“¡Qué demonio te hace falta!”, pensó Heinrich disgustado para sus adentros y volvió a releer el telegrama, fijándose en la fecha. Bertina había telegrafiado ese mismo día a las seis de la madrugada. Heinrich llamó a la puerta del despacho de Ewers.

— ¿Alguna tarea para mí, Herr general?

— Hoy no.

— ¿Me permite, entonces, pedirle un favor?

— Me daría gusto satisfacerle.

— Acabo de recibir un telegrama de la sobrina de Berthold en que me pide la vaya a recibir a las cuatro con minutos. Si usted me permite...

El general miró el reloj.

— Es usted, primer teniente, el mismo afortunado de siempre. Dentro de treinta minutos el suplente de Miller, Herr Saugel, y una escolta irá en mi coche a Chambéry a recibir a un propagandista que viene del cuartel general. Usted puede ir con él.

— ¡Le estoy profundamente agradecido, Herr general!

Saugel se sintió muy complacido al enterarse que tendría a Goldring de compañero de viaje y prometió estar con el coche junto al hotel a la media hora exacta.

Sin subir a su habitación Heinrich fue en busca de Mónica.

La joven le miraba preocupada e interrogante.

— Las circunstancias son tales que yo debo partir. Dentro de unos minutos pasará a buscarme Saugel, el suplente de Miller — dijo apresurado —. Justamente contra ese Saugel quería prevenirla. El me dijo que en la central eléctrica que usted frecuenta trabaja un agente suyo que todos tienen por guerrillero. ¡Este agente, sospecha de usted y de François Florentena! Por orden de Saugel usted se encuentra bajo una vigilancia rigurosa. Es evidente que François Florentena también. Haga por sí misma las deducciones. Bueno, y ahora no hace falta que Saugel nos vea juntos. Saldré mejor a esperarle a la entrada del hotel.

Al oír que un coche se había acercado al hotel, Mónica desapareció tras la puerta del bar sin decir una sola palabra. Heinrich consiguió encontrarse nada más que con una mirada de agradecimiento.

— ¿A quién van a recibir ustedes con tantos honores? — preguntó Heinrich a Saugel, cuando su auto partió a la carrera detrás de un coche con cinco tiradores armados.

— ¡A Pfeiffer! ¡A Pfeiffer en persona, barón!

Heinrich se alzó de hombros, porque ese nombre no le impresionó en lo mínimo.

— ¿Cómo?, ¿No conoce usted a Pfeiffer? — se asombró Saugel —. Se considera uno de los mejores oradores de Alemania y es una de las personas más allegadas a Goebbels.

Saugel parecía tener razón suficiente para hacer tal afirmación: en Chambéry les dijeron que los discursos de Pfeiffer gozaban de enorme éxito. Había llegado esa misma mañana y ya alcanzó hacer un informe ante los oficiales de la guarnición y también a los soldados de dos subdivisiones. El tema de sus discursos era en todas partes el mismo: los acontecimientos de Stalingrado.

Heinrich y Saugel en busca de Pfeiffer estuvieron presentes en dos mítines donde escucharon dos discursos del cicerón moderno. Pfeiffer, un hombre robusto y bastante barrigón, no era, en efecto, mal orador. De seguro que eran muchas las veces en que el propagandista pronunció discursos sobre Stalingrado. Operaba con cifras, hechos, apellidos y nombres de poblados, sin dar un sólo vistazo a las tesis o a la libreta que agitaba ora en la mano izquierda, ora en la derecha. Según Pfeiffer, el motivo de la derrota de Stalingrado radicaba en que la línea del frente se había extendido demasiado y había dificultades con el transporte; y cuando el ejército del Führer acorte los frentes y recobre las fuerzas, todo irá perfectamente; y ya ese mismo año 1943 se vengará en los bolcheviques por los caídos a orillas del Volga.

Pfeiffer hablaba con arrebató y hasta con vehemencia. Su voz era potente y bien entrenada. El orador la apagaba, haciéndola llegar unas veces casi al susurro que se oía en las filas más alejadas, y otras la elevaba al fragor que resonaba sobre la muchedumbre como el eco de un trueno. Al observar las caras de los oyentes, Heinrich no pudo menos que constatar que el arte oratorio de Pfeiffer ejercía influencia en el auditorio: cuando él lo deseaba los soldados gritaban en coro “¡Hoch!”\* y faltaba poco para que echaran a lagrimear cuando con trágico temblor en la voz apagada hablaba en los momentos más patéticos del desastre del ejército de Paulus.

Después del segundo mitin Saugel logró por fin hablar con el propagandista, pero éste se negó categóricamente a partir hasta las ocho de la noche, porque aun tenía que intervenir en varios lugares de Chambéry.

— Me atrevo a sugerirle que tenga presente, Herr Pfeiffer, que ahora no se está muy tranquilo por aquí y sería preferible salir inmediatamente, o pasar la noche en

---

\* ¡Hoch! (*alem.*) — ¡Viva!

Chambery y emprender el viaje por la mañana — opinó Saugel.

— ¿Desde cuando los oficiales del ejército del Führer le tienen miedo a la oscuridad? Yo estoy acostumbrado a creer que sólo la temen los niños! — bromeó Pfeiffer y echó una mirada triunfante al numeroso gentío que lo rodeaba.

La multitud rió a carcajadas. Saugel se puso como la grana y se retiró.

— Por lo visto Herr Pfeiffer no está al tanto de la situación de aquí en los últimos tiempos — se le quejó a Heinrich.

— Herr Saugel, yo considero que usted ha hecho muy bien en prevenir al huésped de lo arriesgados que son los viajes nocturnos. Me extraña su superficialidad y ese reproche netamente demagógico, relativo al temor. ¡Veremos adónde irá a parar su coraje por la noche y más si de verdad nos llegan a atacar los guerrilleros! Para nosotros eso no es nada, somos militares y estamos acostumbrados a enfrentar los peligros ¡pero este charlatán, seguro que no conoce ni el olor de la pólvora!

Saugel tuvo que ocultar su propia inquietud porque ¿podía acaso confesarle a Heinrich que él mismo tenía miedo de viajar de noche? Especialmente ahora, cuando había bajado de los montes un numeroso grupo de guerrilleros.

A las cuatro y veinte de la tarde, Heinrich y Saugel recibían a Bertina en la estación.

— ¿Qué buenos vientos la han traído por nuestros parajes? — preguntó Heinrich a la mujer apenas ésta apareció en las escalinatas del vagón en que viajaba.

Bertina vestía uniforme de gala; hasta se había puesto, en lugar de la boina correspondiente, el casquete que estaba permitido llevar a las mujeres de los SS.

Saugel miraba a la huésped sin ocultar su admiración.

— ¡Favorables, barón; los que siempre soplan para aquellos que tienen pericia en maniobrar las velas!... ¿Quién le acompaña? — Bertina tendió la mano a Saugel —. Tengo la impresión, Heinrich, de que en su división han sido reunidos todos los oficiales bien parecidos de nuestro ejército. Bueno y ahora ¿para dónde vamos y en qué?

— Eso depende del deseo de usted: podemos salir esta noche en automóvil o mañana por la mañana en tren.

— Estoy de acuerdo tanto con lo uno, como con lo otro; procedan, por lo tanto, como quieran.

Heinrich había reservado de antemano una habitación para Bertina en un hotel de oficiales, pero ella dijo que no descansaría y que deseaba almorzar y luego dar un paseo por la ciudad.

Después de haberse disculpado, Saugel fue a arreglar con Pfeiffer la hora de la partida. Bertina y Heinrich bajaron al restaurante.

— Bertina, usted todavía no ha aclarado que buenos vientos y por cuanto tiempo la han traído a nuestras orillas — inquirió Heinrich después de ponerse cómodos en un reservado y de salir el mozo que les sirvió la mesa.

— En otras palabras: ¿de dónde ha caído y por cuanto tiempo me estará molestando? — se echó a reír Bertina y miró con aire de desafío a su interlocutor.

— Creo que no he dado lugar para que usted haga semejante deducción.

— ¿Y su obstinado silencio y falta de deseo en contestar mis cartas? ¿Y el hecho de que ni siquiera para cubrir apariencias me ha invitado a la ceremonia de su compromiso?

— Usted es mujer, Bertina, y debería adivinarlo: no me carteaba con usted y evitaba los encuentros precisamente porque eso era lo que yo ansiaba.

— ¡Oh, Heinrich, eso es casi una declaración de amor! ¡Mire que no le coja la palabra! Debo prevenirle que voy a ser casi vecina suya y quiero desquitarme de la narigona Lorchén, hurtándole el novio de debajo de sus narices.

— ¿Cómo que va a ser vecina mía si el campo de concentración donde usted trabaja está en Prusia Oriental, si no me falla la memoria?

Bertina alzó un hombro y se lo acercó a Heinrich.

— Usted es falto de atención, barón. Fijese en esto — y dió unos golpecitos con el dedo en la pequeña hombrera.

— ¡Ah, pues hay que felicitarla a usted!

— ¡Como ve! Y ello significa no sólo un ascenso de grado, sino de cargo también. Me han designado jefa del campo de concentración femenino de régimen especial en Ponte San Martín que está, si no me equivoco, cerca de Saint-Remis.

— ¿De régimen especial? ¿Qué significa eso en lengua humana común?

— Significa que se me ha concedido una confianza especial: al haber hecho posesión del campo de concentración yo debo rendir un original examen que consiste en instaurar allí un régimen que convertirá a las prisioneras en robots vivos, en simples animales de carga. Un régimen que las haga olvidar no sólo de lo que es la desobediencia, sino también de que otrora fueran seres humanos.

Bertina bebió una copa de coñac y tragó una bocanada de humo de su cigarrillo. Sus grandes ojos azules brillaban excitados, las fosas de su fina nariz temblaron y sus labios se contrajeron.

— En ese caso no llego a comprender por qué precisamente a usted la designaron a ese campo de concentración. ¡Usted, Bertina, ante todo es mujer!

— Podría ser más amable y agregar: una bella mujer.

— ¡Oh, dudo que alguien se atreva a discutirlo! Menos aún yo. No obstante, usted no ha respondido a mi pregunta.

— ¡Dios mío, Heinrich, usted se ha pasado terriblemente de moda, es usted conmovedoramente arcaico! ¡Ahora comprendo el por qué se ha escogido a Lorchen de compañera de su vida! Una hembrita que le teje a su amo medias de invierno y muñequeras; una Margarita atendiendo una rueca; y en el mejor de los casos, una pequeña artista de cabaret con leves resabios de vicio ¿no le provoca náuseas este ideal de alemanas honestas? ¡Nosotras, las arias auténticas, ya estamos hasta la coronilla de todo eso!

— ¡Bertina, eso es un sacrilegio, un verdadero sacrilegio! Usted olvida lo que ha dicho el Führer acerca de las obligaciones de la mujer y su lugar en la sociedad!...

— ¡Bah, las tres "K" \*! ¡Las leyes y decretos se dictan para las masas! Cada nacionalidad tiene a los elegidos que dictan esas leyes. Yo seré una de esos elegidos. ¡Yo ya lo soy! Es una lástima que usted no haya visitado nuestro campo de concentración al que le invitaba ¿recuerda? Hubiera visto cómo tiembla ante mí toda esa

---

\* Las tres «K» — Letras iniciales de tres palabras alemanas con las que se designaba el lugar de la mujer en la sociedad de la Alemania burguesa: *Kinder* (hijos), *Kirche* (iglesia), *Küche* (cocina).

chusma de francesas, rusas, holandesas, polacas, belgas... y hasta de alemanas que ofendieron a su raza. ¡Oh, yo tenía derechos ilimitados y, téngalo por seguro, los aprovechaba!

Habiéndose recostado sobre el respaldo de la silla, Bertina entrecerró los ojos, como si estuviera contemplando un cuadro surgido a lo lejos. De pronto empezó a reír.

— ¿Quiere que le cuente cómo he llegado a ser jefa de una compañía militar al tercer mes de servicio y nombrada celadora del bloque de mujeres reclusas? Es tan cómico que al recordarlo siempre me río. Yo tenía un magnífico perro que se llamaba Rex. Lo había entrenado para que se prendiera en las pantorrillas de mi criada, una holandesa corpulenta, en cuanto ésta se agachara. ¡Con el sólo hecho de ver pantorrillas femeninas Rex se moría de rabia! Imagínese ahora un cuadro así. Llega una comisión de la SD a inspeccionar el campo de concentración. Yo ordeno que todas mis mujeres se formen y me paseo entre ellas, como si las estuviera examinando. Al extraer un pañuelo, el bolsillo de mis pantalones se vuelve del revés y por el suelo ruedan algunas monedas. Naturalmente, ordeno que las recojan de inmediato. Y cuando todas las mujeres se inclinan para juntar las monedas yo silbo bajito y Rex se me acerca como una flecha. ¡Usted no se imagina lo que empieza ahí! Los miembros de la comisión se desternillan de risa, y al cabo de una semana yo soy ascendida en mi carrera por primera vez...

— ¿Qué le ayudó a ascender luego? ¡Usted ha hecho una carrera vertiginosa!

— ¡Sí, he progresado con la velocidad de un relámpago! Yo he perfeccionado el sistema de vigilancia de los prisioneros y el régimen que ellos tenían. Además, he estudiado a la perfección los gustos de mis jefes... Cuando llegaba un nuevo grupo de prisioneras yo escogía a las más jóvenes y bonitas y sabía cuál y a quién enviar... ¡Para fin de año yo ya era subjefa de todo el campo de concentración!

— ¡Si sigue así, pronto será general!

— ¡Oh, yo haré carrera!

Entusiasmada con sus recuerdos, Bertina dejó pasar por alto el tono irónico de Heinrich y el brillo maligno de sus ojos.

— En lo que atañe a mi carrera futura yo pongo grandes esperanzas en el campo de concentración que estoy

por recibir. Hace poco mataron allí al jefe, a la celadora-jefa y al soldado de la guardia que los acompañaba. Una comisión especial investigó este caso, colgaron a muchos, pero los asesinos no fueron hallados. A mí se me ha encomendado instaurar en ese campo de concentración el régimen más duro y ya he elaborado un plan de medidas. Estoy completamente segura de que he de conseguir mi objetivo, ¡aunque tenga que colgar a una de cada tres!

Heinrich sintió que se le nublaba la vista. El rostro de Bertina se alejaba y pareció ser tan pequeño como la cabeza de una víbora; luego se acercó nuevamente y cobró tales dimensiones que fue imposible distinguir sus facciones.

— ¿Qué le pasa, Heinrich? — oyó la voz de Bertina y se sobresaltó como en un sueño.

“Al campo de concentración ésta no llega. ¡No sé cómo hacerlo, pero no llega!”, decidió firmemente y en seguida se sintió mejor.

— ¿En qué piensa?

— Después de mi contusión durante el ataque de los guerrilleros, con frecuencia me empieza a doler de golpe la cabeza y se me nubla la vista — explicó Heinrich.

— ¡Pobrecito! — Bertina se inclinó por encima de la mesa y acarició la cabeza de Heinrich.

La aparición de Saugel interrumpió esa lírica escena. Este comunicó que Pfeiffer había consentido en llevarse a la dama con ellos, hasta demostró alegrarse por ello y pidió solamente estar a tiempo junto al estado mayor del cuerpo de ejército.

De Chambery salieron a las ocho en punto de la noche. Junto al chófer en el asiento de adelante iba Pfeiffer, en el del medio venía Saugel, y el de atrás lo ocupaban Bertina y Heinrich.

En cuanto el coche se puso en marcha, Bertina se apretó fuertemente contra Heinrich y se le colgó del brazo.

— ¿Acaso soy peor que aquella gansa chata de Lorchén? — susurró bajito.

— ¡Usted la ha superado en todo! — sonrió Heinrich con aire significativo.

Bertina le apretó agradecida la mano, pero se apartó porque Pfeiffer, que no se estaba quieto en su asiento, por último dio vuelta la cabeza a los pasajeros que tenía detrás suyo.

— ¿Así que usted considera peligroso viajar de noche por esta carretera? — le preguntó a Saugel con voz apagada.

— De día es más tranquilo — Saugel se abstuvo de la respuesta directa.

— ¿Y qué opina usted, señor primer teniente?

— Yo creo, señor Pfeiffer, que en tiempos de guerra uno corre peligro en cualquier parte — dijo Heinrich indiferente —. Ayer, por ejemplo, un numeroso grupo de guerrilleros logró abrirse paso y bajó de las montañas...

— ¿Numeroso dice? — en la voz del eminente orador sonaron notas de miedo.

— Algo más de una compañía.

— ¿Será posible que se atrevan a atacar a los tiradores armados de ametralladoras que van delante nuestro, a nosotros, tres hombres armados con revólveres y el chófer con la pistola?

— Sí, pero vea que el camino no es recto, tiene sus virajes bruscos a la derecha y a la izquierda y esos virajes...

— Sí, sí, lo comprendo — consintió precipitadamente Pfeiffer —. ¿Tal vez valga la pena regresar a Chambery?

Para sus adentros Heinrich se moría de risa. A la memoria le vino el aplomo del eminente orador durante el día y las palabras pronunciadas en el mítin: “los alemanes le temen sólo a Dios y a nadie más”.

— Podemos volver si lo desea. Pero ¿cómo lo valorarán sus oyentes en Chambery? No somos niños para temerle a la oscuridad, como usted ha dicho. Además, ya es tarde para emprender el regreso: los guerrilleros pueden aparecer tanto por delante, como por detrás.

Pfeiffer guardó silencio.

— ¿Es verdad que por aquí nos sometemos a peligro? — murmuró Bertina asustada.

— ¡La pura verdad!

— ¡Dios mío! ¡Y yo voy uniformada!

En el coche reinó el silencio tirante que surge a veces cuando varias personas piensan en lo mismo, sin decidirse a expresar sus pensamientos en voz alta.

— Todo esto usted debió explicármelo allí, en Chambery, y no aquí, en el camino! — chilló súbitamente Pfeiffer y miró amenazante a Saugel.

— Yo se lo dije. No obstante, usted se mofó de mí ante todos los que estuvieron presentes durante nuestra conversación — Saugel enseñó los dientes.

— ¡Qué barbaridad! ¡Encomendarle la seguridad de tu persona a unos mocosos sin advertirle siquiera de la situación!

A toda marcha los vehículos dejaron por detrás la pequeña aldea Mont Breole. De allí el camino subía en escarpada.

— ¿No sería mejor pasarnos la noche en esta aldea? — preguntó Pfeiffer dirigiéndose a Heinrich.

— ¡Allí sí que nos matan como a polluelos! — le respondió éste, queriendo infundirle terror a ese cobarde gordinflón que en Chambery incitaba a que otros fueran valientes.

Las curvas del camino se hicieron tan frecuentes que los autos, casi pegados uno al otro, se vieron forzados a desplazarse a paso de tortuga.

— ¡Dé a los tiradores la señal de acelerar la marcha! ¡En el caso de que pase algo no podremos ni darnos vuelta! — exclamó Pfeiffer irritado.

— Dar vuelta un coche en este camino es imposible — especificó Heinrich tranquilamente.

En vano oprimían los chóferes el pedal del acelerador. El rugir de los motores hacía eco en las montañas.

— Ahora se nos oye a unos cinco kilómetros — profirió Heinrich como si no tuviera ninguna intención.

— ¿Qué le parece si detenemos la marcha, apagamos los motores y nos quedamos aquí hasta la madrugada? — la voz del eminente orador había perdido su entonación grave.

— Imposible. Ahora estamos en el lugar más peligroso.

Todos callaron. Bertina temblaba como una hoja. Unos diez kilómetros de camino nadie pronunció una sola palabra. Las curvas ya no se sucedían con tanta frecuencia y los tiradores se alejaron a la distancia debida de unos cuarenta metros.

Ya estaban por llegar al lugar donde el camino rodea a la roca en semicírculo. ¡Qué desagradable es este viaje de nunca acabar bajo esta bóveda de rocas pendientes encima! ¡Más rápido! ¡Doblar esta curva y ver que no hay emboscada por delante! El primer camión ya está por dar la vuelta... ya no se lo ve. A todos se les escapa un suspiro de alivio.

De pronto, un espantoso estruendo repercutió en las montañas y la roca, como partiéndose en dos, cerró el paso a los vehículos. La incesante lluvia de piedras apagaba con su estrépito el sonar de las ráfagas de ametralladora.

El chófer frenó el coche que avanzaba a toda velocidad. Hienrich fue arrojado contra el asiento delantero y en el acto sintió un fuerte dolor del golpe que recibió en la mandíbula.

— ¡A la cuneta! — gritó Heinrich al tirar de la portezuela y saltó al camino.

Ocultándose tras el coche se arrastró hacia el declive de la carretera y rodó a la cuneta. Una prolongada ráfaga de balas trazadoras pasó silbando por encima suyo. Sin levantar la cabeza, Heinrich se puso de cara a la roca y desenfundó su pistola de grueso calibre. Luego, con cuidado, se asomó. El camión atravesaba el camino haciendo peso sobre sus desinfladas ruedas traseras. Un soldado muerto colgaba sobre su borde. Tres cuerpos inmóviles yacían junto al camión. Más adelante, desde la cuneta y oculta tras una roca grande que obstruía el camino, una ametralladora alemana escupía fuego furiosa. Tirado de bruces, Heinrich miró hacia la izquierda. Saugel estaba a varios metros de él y con la cabeza escondida tiraba a ráfagas contra la peña. Algo más allá Heinrich vio al gordo de Pfeiffer abrazado a una piedra y tras él, de seguro, estaba Bertina: a Heinrich le pareció haber visto fugazmente una de sus piernas de medias claras.

Por encima de la cabeza de Heinrich surcó el aire una nueva ráfaga de ametralladora sin herir a nadie.

“Los guerrilleros no nos dejan levantar, quieren prendernos vivos” — cruzó por su mente.

Heinrich volvió a mirar a Saugel. Este había cambiado un tanto su postura y se le podía ver la cara contraída por un miedo animal, esa cara de verdugo que ya ejecutó a cientos, tal vez a miles de personas, y seguirá haciéndolo con sádico placer de “poeta del sumario”, como le llamara Miller.

“¡No tendré mejor oportunidad!”. Heinrich apuntó disimuladamente e hizo fuego con la pistola que esgrimía en su mano derecha. La cabeza de Saugel se tambaleó y dio con la frente en la culata de la ametralladora.

Heinrich también yacía inmóvil. Levantó la cabeza sólo cuando la ametralladora súbitamente dejó de disparar.

Entonces sintió en su nuca el frío de tres bocas de metralletas.

— ¡En piel! ¡Arriba las manos!

Heinrich, al levantarse, vio tres figuras que, amenazadas por metralletas, subían lentamente de la cuneta. Eran Pfeiffer, Bertina y el chófer. Las tinieblas de la noche cubrían rápidamente todo en derredor y sus caras se parecían a máscaras blancas.

Uno de los tiradores se acercó a Saugel.

— ¡Está listo! — dijo a alguien de los guerrilleros —. ¡Con un tiro en la cabeza!

— ¡Átenlos a todos!

Uno de los dos que se aproximaron a Heinrich le cachó.

— ¡Ah, maldito! ¡Con dos revólveres! — comentó con rabia y extendió la mano con aquél que extrajo del bolsillo de Heinrich, mientras señalaba con los ojos la pistola de gran calibre tirada en el suelo.

— ¡Seguro que ni uno está descargalo!

— Ellos son valientes sólo con la gente pacífica.

— ¡Uf, canalla! — el primer guerrillero le asestó con todas sus fuerzas un golpe en el rostro de Heinrich. Este perdió el equilibrio.

— ¡Bueno, basta ya! — se oyó una voz imperiosa —. ¡Al coche y a casa! ¡Rápido!

Teniendo las metralletas que empuñaban puestas en las espaldas de los detenidos, los guerrilleros condujeron a Heinrich, Pfeiffer, Bertina y el chófer al automóvil y les ordenaron ubicarse en el asiento de atrás. Frente a ellos se sentaron dos guerrilleros armados, y en el asiento delantero se instalaron otros dos. Uno de éstos, el que por lo visto era el jefe, ordenó:

— ¡Volvemos por el mismo camino y sin demoras!

El vehículo dio marcha atrás y se desplazó de ese modo por unos doscientos metros; luego el chófer guerrillero dobló hacia una angostura profunda, apenas visible en la oscuridad. Iban sin encender los faros, franqueando pedriscos, atollándose con las ruedas delanteras en profundos hoyos y encaramándose después. Todo el trayecto el automóvil era zarandeado despiadadamente y Heinrich daba cada tanto con la frente o con la sien contra la cabeza de Pfeiffer.

Por fin el automóvil salió del desfiladero a un camino llano y se lanzó a gran velocidad. Al cabo de una hora,

aproximadamente, se detuvo. El guerrillero sentado junto al chófer abrió la portezuela y con voz que apenas se oía intercambió palabras con alguien imposible de distinguir en la oscuridad; seguidamente la cerró de un golpe y el coche prosiguió la marcha.

Sólo bien entrada la noche llegaron a una aldea serrana. Los prisioneros fueron llevados de a uno y encerrados en un galpón donde olía a estiércol y a paja podrida.

— ¿Alguno está herido? — preguntó Heinrich en voz baja al oír el chasquido del candado en la puerta.

— ¡Yo no! — respondió el chófer antes que los otros.

— ¿Y usted, señor Pfeiffer?

— ¡Pero, por Dios, no mencione mi nombre! — gimió el propagandista.

— Los guerrilleros le quitaron los documentos, por lo tanto ya conocen su nombre.

Pfeiffer profirió algo así como un sollozo, o un hipo.

Heinrich se sentó en la paja. Del puñetazo que le asestara el guerrillero le dolía terriblemente la cabeza y el ojo izquierdo lo tenía completamente hinchado.

— ¡Heinrich! ¡Heinrich! — se oyó el murmullo de Bertina — ¿Qué le parece: nos van a fusilar?

— ¡Primero nos someterán a interrogatorio! — respondió ásperamente Heinrich.

Bertina se cayó sobre la paja, pero en el acto volvió a ponerse en pie de un salto:

— ¡Ellos no tienen derecho a comportarse así con una mujer!

— En primer lugar usted para ellos no es ninguna mujer, sino la jefa del campo de concentración donde torturan a sus madres, hermanas y novias, y en segundo lugar...

— ¡Arránqueme las hombreras con los dientes! — Bertina le aproximó un hombro al rostro de Heinrich, pero éste se hizo a un lado.

— ¡No se moleste en vano! — le dijo maliciosamente —. Sus documentos también los tienen ellos.

— Usted, usted tiene la culpa de todo lo que ha pasado! ¡Ah, pero por qué habré ido con ustedes!

Heinrich se alejó a un rincón y se sentó, apoyado con la parte hinchada de la cara contra la fría pared de piedra. Esta singular compresa le alivió el dolor y la hinchazón disminuyó un tanto. Esforzando los músculos Heinrich probó la solidez de la cuerda que ligaba fuerte-

mente sus manos. No pudo aflojar el nudo y lo único que consiguió fue lastimarse las muñecas con la cuerda. Después de cercionarse de que todos sus esfuerzos por liberar las manos serían inútiles, Heinrich decidió esperar resignadamente hasta la madrugada.

El primer indicio del despuntar del alba se notó por una tenue franja gris que se tendió junto al umbral y que luego, convirtiéndose en una mancha lúcida, remarcó todo el rectángulo de la puerta. El color gris de la mancha se teñía de tonos rosados, haciéndola cada vez más legible y fulgente. Pero de pronto también éstos se disiparon y a través de las ranuras se infiltraron como finos haces de oro los rayos de sol que fueron a posarse sobre la paja y la pared del fondo del galpón.

La puerta se abrió.

— ¡Sal afuera, Pfeiffer! — llamó alguien con severidad.

El propagandista se sobresaltó y aterrorizado retrocedió hacia el fondo.

— ¿Esperas que te invite, o qué?

El guerrillero se acercó a Pfeiffer y le agarró por el cuello de la camisa, haciéndolo poner en pie.

— ¡Vamos, muévetel!

El obeso cuerpo del propagandista desapareció tras la puerta.

A los diez minutos llamaron al chófer. Este se levantó en silencio y con un “¡adiós!” a los restantes, salió en pos del guerrillero.

— ¡Heinrich, yo no puedo, no quiero... ellos no tienen derecho! — gimió Bertina y rompió a llorar —. ¡Dícales que no tienen derecho! ¿Me oye? ¡Usted es rico, usted puede ofrecerles dinero! ¡Ah! ¿Por qué me mira así? ¡Propóngales dinero y nos pondrán en libertad! ¡Yo se lo recompensaré, Heinrich! Yo...

— ¡Goldring! — se oyó desde la puerta.

Bertina con un chillido se hizo a un lado.

Siguiendo a su escolta, Heinrich salió al patio bañado de sol. La luz lo encegueció y tuvo que entrecerrar los ojos.

— ¡Mire que buen mozo! — llegó a sus oídos una voz femenina.

Con un ojo en compota y la paja en el cabello desgredado, Heinrich en efecto se parecía a un salteador de caminos.

— ¡Pobre del que caiga en manos de uno así! ¡Su sola

pinta te hace morir de julepe! — dijo otra mujer a la primera.

— Este ya no asustará a nadie más — tranquilizó a las mujeres el guerrillero que conducía al prisionero —. ¡Ea, tú, arranca a la plana mayor, vamos!

En el cuarto en que entró Heinrich había tres hombres. Dos de los guerrilleros estaban vestidos con típicos trajes de los campesinos franceses y el tercero tenía puesto un raído uniforme alemán.

— ¡Su nombre! — midiendo al prisionero con la mirada preguntó el francés de bigote canoso.

Heinrich comunicó su nombre, grado y cargo. El de bigote canoso cotejó lo dicho con los documentos que tenía en sus manos.

— ¡Un pájaro importante! — dijo en un francés mal hablado el que vestía uniforme alemán.

— ¿Conoce usted la dislocación de su división y el número de guarniciones en las poblaciones?

— ¡Pido que me permitan hablar con el jefe del destacamento! — dijo Heinrich resueltamente.

— ¡Parece que aquí también este señor quiere dictar sus condiciones! — advirtió riéndose el guerrillero de uniforme alemán —. Explíquele, Olivier, que él está preso y no en recepción diplomática.

Heinrich observó atentamente el rostro del guerrillero que pronunció esta frase. Claro que no se había equivocado. No cabía duda de que aquel era un ruso: tenía una cara redonda y ancha con facciones típicamente esclavas, el cabello claro y, lo principal, ese acento...

— ¡Cuando expreso el deseo de ver al jefe, sé muy bien por qué lo hago! — dijo Heinrich en un ruso perfecto.

Si de repente hubiera explotado una bomba, ésta habría causado menos impresión que sus palabras.

— ¡¿Ea, somos paisanos?! — inquirió asombrado el ruso, mirando con curiosidad a Heinrich.

— Tengo que ver al jefe. Con ustedes no pronunciaré una palabra más.

— ¡Mélnikov, llame al jefe! — ordenó en francés el del bigote.

Al que habían llamado Mélnikov salió del recinto, no sin echarle antes una mirada curiosa al prisionero.

Al cabo de un minuto regresó acompañado de un hombre que vestía un simple traje civil. Al verlo Heinrich se volvió presurosamente,

— ¿Quería usted verme? — le preguntó al prisionero el jefe del destacamento.

— Sí, y hablar con usted a solas — contestó Heinrich sonriendo y dándose vuelta lentamente. En los ojos del jefe se pudo leer el asombro, luego la intuición y, por último, parecieron encenderse por dentro y empezaron a irradiar fuegucillos de alegría.

— ¡Déjennos solos! — mandó el jefe a los presentes. Estos salieron.

— ¡Dios mío! ¡De qué modo y con ese aspecto! — exclamó con alegría André Renard tendiéndole ambas manos.

— Para poder estrecharme las manos, primero hay que desatarlas — le advirtió Heinrich con una sonrisa a flor de labios.

— ¡Pero, qué imbécil! — se reprendió a sí mismo André Renard y extrajo de su bolsillo una navaja con la que cortó las cuerdas que ataban las manos del cautivo.

No obstante, los viejos amigos no se pudieron estrechar las manos porque las de Heinrich se habían entumecido e hinchado de tal manera que al instante se quedaron colgando exánimes. La muñeca derecha, que sangraba, atrajo la atención de André Renard.

— ¡Llamen a la enfermera! ¡Díganle que traiga vendas y yodo! — dijo en voz alta al entreabrir la puerta. Seguidamente se dirigió a Heinrich, al que abrazó y estrujó enérgicamente.

— ¡Ah, fíjate a quien capturaron los nuestros ayer! Entró la enfermera.

— ¿Goldring? — exclamó indecisa y se le acercó algunos pasos, juntando las manos en señal de asombro —. ¡Jesús! ¡A primera vista es difícil reconocerle! Este es, señor Renard, el oficial que me liberó de la gestapo; yo le conté de él.

— Por cierto me lo ha descrito muy mal, de lo contrario me hubiera dado cuenta de quien se trataba.

— ¿Cómo? ¿Ustedes también se habían visto antes?

Heinrich miró atentamente a André Renard.

— No, pero me contó uno de mis amigos sobre monsieur Goldring, a quien éste le hizo un favor. Aunque, a decir verdad, mi amigo nunca supo quien le había ayudado... Pero, ¿qué espera, Ludvine? ¡Póngale el vendaje! Uno bueno, para que compense en parte los malos ratos que le hicimos pasar.

Heinrich escondió la mano tras la espalda.

— Le ruego, monsieur jefe, que primero me escuche. Luego haremos el vendaje.

— En tal caso déjenos solos, Ludvine. A nadie diga una sola palabra de quién es el que está aquí.

— Voy a esperar por aquí cerquita — dijo Ludvine de Coque desde el umbral —, y claro que no diré palabra.

En forma escueta contó Heinrich sobre las medidas elaboradas por el estado mayor de la división para sofocar la actividad de los guerrilleros.

— Es así, André, que al hacerme prisionero ustedes perdieron a su aliado dentro del estado mayor enemigo, estropeándome a la vez todos los planes.

— ¡Ya me imagino cuáles son! ¡No, no pretendo violar nuestro acuerdo de guardar silencio! A mí me basta con saber que usted es nuestro amigo...

— ...que debe abandonarlos lo antes posible. En eso estamos interesados los dos. Pero es necesario que la menor cantidad posible de gente sepa de mí.

— Comprendo.

— Especialmente porque entre los suyos hay provocadores. Yo le quiero prevenir de uno. Trabaja en la central eléctrica que está junto a Saint-Remis. Lo detuvo la gestapo, pero en seguida lo pusieron en libertad. Dio con el rastro de su gente de enlace y habló de ello ante la gestapo. A propósito, durante el ataque a nuestro coche fue muerto Saugel, el subjefe de la SD. Ustedes se desembarazaron de un enemigo peligroso; tanto más que fue precisamente él, quien por intermedio del provocador cayó sobre el rastro de su gente. Yo creo que es necesario eliminar al provocador cuanto antes. Los enlaces de Saint-Remis deberán ser destituidos del trabajo por algún tiempo...

— Gracias. Toda su información es muy valiosa, pero ¿qué vamos a hacer con usted? ¿No va a quedarse con nosotros?

-- Aún no ha llegado la hora, André, no tengo derecho.

— Entonces debemos organizar un simulacro de su fuga. Voy a llamar al jefe de nuestra plana mayor, es un maestro en esos trucos.

— ¿Es de confianza?

— ¡De absoluta confianza! Doy la cabeza por él. Odia a los fascistas, sabe echar candado a la boca, hombre de extraordinario valor, como todos los rusos.

— Bueno, llámelo.

Al cabo de unos minutos apareció en la puerta el guerrillero de uniforme alemán que Heinrich ya conocía.

— Mi buen amigo, a esta persona la hemos capturado equivocadamente y ahora debemos corregir la falta, pero de tal manera que no lo sepa nadie más que tú y yo. Te presento al oficial que me visitó en La Traversa. De ello tampoco debe saber nadie más.

Con franca sonrisa Mélnikov estrechó la mano de Heinrich. Este crispó la boca.

— ¿Duele? ¿Y el ojo? Yo no sabía quién era usted.

— ¿Es usted el autor de este moretón?

— Sí — Mélnikov suspiró mirando su puño y meneó la cabeza con aire de arrepentimiento.

Después de exponer el plan de la “fuga”, André Renard miró interrogante al jefe de la plana mayor.

— ¡Es la única salida! Lo haremos de una forma que todos se tragarán el anzuelo. Eso ya corre por mi cuenta. Pero ¿no le parecerá sospechoso al mando de la división y a la gestapo que Goldring haya sido el único de los detenidos que se salvó el pellejo? ¿O le mandamos hacer compañía al chófer y a la mujer? Confieso que no tengo el menor deseo de dejar en libertad al propagandista.

— ¿A Bertina Grausammel? — dijo Heinrich con precipitación —. ¿Sabe usted el fin con que fue enviada a Francia y que representa de por sí esa mujer?

— No la hemos interrogado aún, pero consideraba que una mujer... — al mirar a Goldring y ver la expresión de su cara Mélnikov se calló.

— Cuando ayer nos pusimos en camino — pronunció Heinrich articulando cada sílaba —, me prometí que ésta no llegaría a destino. ¡Y no la trate de mujer! Esta depravada de la SS llegó aquí con los plenos poderes de organizar un campo de concentración con régimen especial.

Heinrich relató todo lo que sabía de Bertina Grausammel.

— Nosotros la... — exclamó Mélnikov acalorado.

— La juzgará el tribunal del pueblo — dijo severamente André Renard —. Mélnikov, da la orden de que la separen de los hombres y que la vigilen con especial atención... Las ideas relacionadas con Pfeiffer las tendrás que dessecar. Este propagandista ya no hará mucho daño: los acontecimientos que se están desarrollando convencerán más que los discursos.

Por una hora, aproximadamente, le estuvieron dando vueltas al plan de la fuga André Renard, Petró Mélnikov y Heinrich Goldring.

Cuando se lo volvieron a llevar a Heinrich a la leñera, allí sólo vió a Pfeiffer y al chófer.

— ¿Dónde está Fräulein Grausammel?

— La están interrogando — respondió el chófer.

Pfeiffer estaba sentado cabizbajo, con la vista clavada en el suelo. Como los demás prisioneros, él también estaba fuertemente maniatado por atrás, el brazalete rojo con el círculo blanco y la cruz gamada colgaban de la manga como un trapo. Por lo visto, el interrogatorio no le dejó la menor esperanza para un final más o menos positivo.

— Señor Pfeiffer, me gustaría que usted diese pruebas de valor. Uno nunca debe perder las esperanzas, aunque tenga las manos atadas y por la madrugada le espere el tribunal de los guerrilleros.

— ¿El tribunal? ¿Qué tribunal?

— ¿No les dijeron a ustedes que por la mañana nos irían a guzgar en un tribunal de guerrilleros?

Pfeiffer, a quien la pregunta de Heinrich había sacado de su apatía, volvió a agachar la cabeza y se quedó cavilando.

— ¿Cómo cree que debemos comportarnos durante la audiencia, Herr Pfeiffer? — Heinrich se sentó junto al propagandista.

— ¡Qué importa ahora, cuando el final es el mismo! — respondió aquél con la indiferencia que testimoniaba una desmoralización absoluta.

— ¡Oh, no! ¡Qué diablos! Los oficiales del ejército del Führer deben morir con dignidad. ¡Yo les mostraré cómo mueren los arios puros y pido que ustedes hagan lo mismo!

— Ario o no... ¿qué importancia tiene eso ahora? Morir... ¿no da lo mismo cómo morir?

— En sus discursos usted exhortaba a otra cosa, ¿verdad?

— ¡Es sabido que soltar la sinhueso no cuesta nada! — replicó con rabia el chófer —. ¡Y nosotros, los bobos, aguzamos las orejas! ¡Ay, si me dieran un jarro de agua y me metieran un cigarro entre los dientes! Creo que entonces me tragaría hasta con gusto la bala de los guerrilleros. Tanto más que están armados con nuestras metra-

lletas. En tal caso, ¡la bala también ha de ser alemana! — el chófer se sonrió mordaz.

Heinrich se puso en pie y, acercándose a la puerta, empezó a asestale puntapiés.

— ¿Qué te pasa? — dijo desde afuera una voz poco amable.

— ¡Llamen al jefe de la guardia!

— ¡Arréglatelas sin él!

Heinrich volvió a aporrear la puerta.

— ¡Qué, diantre, andas armando jaleo!

— ¡Seguiré golpeando hasta que no me llamen al jefe de la guardia! — gritó Heinrich con furia.

— ¡Herr oficial, Herr oficial! ¡No haga eso, se lo suplico! — murmuraba asustado Pfeiffer —, ¡de lo contrario nos matan!

Afuera se oyeron unos pasos, se oyó abrir el candado y en el umbral apareció la figura de Mélnikov, acompañado de un guerrillero.

— ¿Qué quieres? — inquirió el jefe de la plana mayor.

— Pueden someternos a juicio y después del tribunal hacer lo que les parezca, pero ahora no tienen derecho a burlarse de nosotros! — casi gritó Heinrich.

Pfeiffer miraba al guerrillero con ojos despavoridos.

— ¿Quién se burla de ustedes?

— ¡Desde la tarde de ayer no nos dan ni una gota de agua, ni un grano de pan! ¡Hasta ahora estamos maniatados!

— En el otro mundo reciben también con el estómago vacío.

— ¡Yo exijo que nos den agua, pan y cigarrillos! — gritaba Heinrich.

— ¡No te desgañites! — Mélnikov, con los puños crispados, se aproximó a Heinrich —. ¡Acomódate en el heno! — le ordenó empujando inesperadamente al prisionero.

Heinrich perdió el equilibrio y dio de bruces.

En ese mismo momento enganchó con su pierna derecha a la del jefe de la plana mayor y con la izquierda le asestó un formidable golpe algo más abajo de la rodilla. Fue una demostración de judo, deporte que Heinrich dominaba a la perfección.

En el acto Mélnikov se cayó en el suelo. El guerrillero que lo acompañaba se abalanzó sobre Heinrich propinándole un culatazo en el pecho.

“¡Eso no estaba programado!”, pensó Heinrich.

— ¡Ya verás lo que es bueno! — le amenazó Mélnikov y salió.

Heinrich se volvió a levantar; se acercó a la puerta y de nuevo la acometió a patadas.

— ¡Por Dios, siéntese! ¡Por culpa suya nos van a matar a todos! — montó en cólera Pfeiffer.

— ¡Hasta que no consiga lo que me propongo, no me tranquilizaré!

La puerta se abrió otra vez y en el umbral aparecieron Mélnikov y el guerrillero. Detrás de ellos había una mujer que traía tres porciones de pan, una jarra de agua y tazas.

Mientras su compañero desataba a los prisioneros, Mélnikov, metralla en manos, guardaba junto a la puerta.

— ¡Coman, pero rápido! ¡No hay tiempo para hacerles de niñeras! — se impacientaba Mélnikov.

— ¡No les retenemos! — contestó Heinrich con tono de mofa y dio un mordisco al pedacito de pan, acompañándolo de un trago de agua.

Después de la rica comida con que una hora antes le había obsequiado Mélnikov, el pan duro se le atrancaba a Heinrich en la garganta. Pfeiffer y el chófer se comieron y bebieron lo suyo en un abrir y cerrar de ojos. Heinrich masticaba sin darse demasiada prisa.

— ¡Oye! ¿Cuánto te voy a esperar! — Mélnikov le arrebató la taza de las manos.

— ¡Que te ahogues en esa agua! — le dijo Heinrich indiferente y plácido tragó una bocanada de humo del cigarrillo que le había dado la mujer.

— ¡Atenles las manos! — ordenó Mélnikov después que los prisioneros hubieron fumado. Las manos de los cautivos quedaron atadas; tras la puerta cerrada volvió a oírse el chasquido del candado.

— Bueno, ¿se siente mejor? — preguntó Heinrich a Pfeiffer.

— ¡Le imploro, no los irrite más! — gimoteó el propagandista —. ¡Con la rabia que nos tienen! ¡Ahora, claro está, serán más crueles con nosotros!

— Esto es sólo el comienzo. ¡Ya verá usted cómo me voy a comportar en el juicio! Ahora trataré de dormir un rato y le aconsejo hacer lo mismo.

Heinrich amontonó la paja con el hombro, se acostó en ella y al cabo de unos diez minutos ya estaba durmiendo apaciblemente.

Por la tarde, de a uno, todos fueron sometidos a interrogatorio una vez más. Los de Pfeiffer y el chófer fueron breves, en cambio el de Goldring duró mucho más y continuó el tiempo necesario para aclarar definitivamente los detalles del plan trazado.

Al terminar el interrogatorio se llevaron a los cautivos con los ojos vendados en un automóvil.

El viaje duró unas dos horas. Por fin el auto se detuvo frente a una casa. En la oscuridad sólo se perfilaban vagamente sus contornos.

Se los condujo a una pieza, donde, al habérseles quitado las vendas de los ojos, la visibilidad no mejoró para nada.

— ¿Está usted aquí, chófer? ¿Y usted, Herr Pfeiffer?... ¿Dónde está Bertina Grausammel? Me inquieta que la hayan separado de nosotros. ¿La habrán puesto en libertad?

— ¡Ni que pensarlo! Tiene puesto el uniforme de los SS y ellos sienten por él tanto cariño como por los trajes marrones de civil de los nacional-socialistas — repuso con aire sombrío el chófer. Pfeiffer exhaló algo que podía ser tanto un bostezo como un gemido.

— Mein Herr — murmuró Heinrich —. Mientras viajábamos logré desatarme las manos. Ahora se las desato a usted... Por lo visto este es el último alto que hacemos camino a ... la muerte. Trataré de dejarles con un palmo de narices. Dentro de un rato pediré que me dejen salir a hacer mis necesidades y entonces intentaré fugarme. Si lo consigo haré todo lo posible por salvarlos.

Heinrich desató las manos al chófer y luego a Pfeiffer. Este temblaba como una hoja.

— ¡Si usted se escapa, a nosotros nos matan sin juicio alguno! — profirió prendiéndose de la manga de Heinrich —. ¡Yo no le dejo ir! ¡No le permito que juegue con nuestras vidas!

— ¡Déjese de hacer pucheros! — intervino el chófer. Ahora, cuando se trataba de un asunto de vida o muerte, éste se expresaba a sus ganas. Sacudiendo a Pfeiffer por los hombros en forma nada respetuosa, exclamó: ¡Usted está poniendo trabas a la única posibilidad de salvarnos que tenemos!

El chófer hizo a un lado al propagandista tapándole la boca con la palma de la mano. Lo mismo que antes, Heinrich seguía dando patadas en la puerta.

— ¿Qué te pasa?

— Después del agasajo que nos hicieron me empezó a doler la barriga ¡que mal rayo los parta! — gritó Heinrich.

Mélnikov blasfemó, pero abrió la puerta. Se oyó la orden de tener preparada la metralleta. Alguien entró en el local e hizo salir al prisionero empujándolo por la espalda. Luego la puerta se cerró y se oyó el chasquido del candado.

Pfeiffer y el chófer aguzaron el oído conteniendo la respiración. Nada interrumpía el silencio. Sólo al cabo de unos cinco minutos se oyeron exclamaciones y el ruido de pasos:

— ¡Alto! ¡Deténganlo!

Sonó un tiro tras otro, luego una ráfaga de ametralladora. Los sonidos se extinguieron y reinó el silencio.

...El teniente Schweizer, jefe del sexto punto de apoyo, quedó despavorido cuando al cabo de una hora vió a Goldring: con un ojo hinchado y las manos ensangrentadas, daba lástima del oficial para misiones especiales al que el teniente solía ver en muchas oportunidades en el estado mayor.

— ¡Urgente comuníqueme con el estado mayor de la división! — ordenó Goldring.

El teniente cumplió la orden con premura.

— Habla el primer teniente von Goldring. Sí, sí... Sobre eso luego... No me interrumpa y escuche, no podemos perder ni un instante... Infórmele al general que ayer caímos prisioneros de los guerrilleros. Yo pude evadirme. Herr Pfeiffer y el chófer se encuentran a varios kilómetros del sexto punto de apoyo, por la madrugada los van a fusilar. Pido que envíen una compañía de soldados. Como conozco el camino yo mismo los conduciré. Pero, ¡por Dios, no pierdan un sólo segundo!

Heinrich colgó el teléfono y se dejó caer en una silla.

— ¡Un cigarro! ¡Deme un cigarro! ¡No fumo desde ayer!

Pero el teniente Schweizer no tenía cigarros y Heinrich tuvo que conformarse con un cigarrillo barato.

— En su búsqueda fueron enviados varios destacamentos — le comunicó el teniente viendo que su inesperado huésped se había recuperado.

— ¿Ya lo saben en el estado mayor de la división?

— Sólo que el vehículo fue atacado por los guerrilleros. Pero el cadáver del teniente Saugel hizo pensar que con

los demás pasajeros también había ocurrido una gran desgracia.

Hasta la llegada de la compañía las agujas del reloj hicieron un recorrido equivalente a cuarenta y cinco minutos. En el coche de Heinrich que conducía Kurt, junto con la compañía llegó Lutz.

— ¡Mira lo que ha costado tu frivolidad! — sin haber entrado aún se puso a recriminarle a su compañero.

— ¿Qué tiene que ver mi frivolidad?

— Había que llevarse una guardia más numerosa y salir de día.

— Te olvidas, Karl, que la guardia era asunto de Saugel. Yo iba en calidad de simple pasajero. El propio Pfeiffer insistió en que saliéramos de noche. Pero de todo eso, después. ¿Cuántos soldados llegaron?

— Ciento sesenta personas con diez ametralladoras ligeras — dio parte el jefe de la compañía.

— ¡Un mapa!

Después de desplegar un mapa idéntico al que había estudiado minuciosamente en la víspera con André Renard y Mélnikov, Heinrich comenzó a dar órdenes.

— Primer teniente Krause, usted irá a la cabeza de una sección en calidad de columna principal y atacará por este camino. Si no se les atacan, cosa poco probable, entonces dobla en las proximidades de esa aldea a la izquierda, para interceptar el paso a los guerrilleros hacia las montañas. Yo estaré al mando de dos secciones y atacaremos por el flanco derecho, yendo detrás de ustedes. ¡Manos a la obra!

Acostumbrados a las operaciones de montañas, los soldados se movían rápidos y sigilosos. Cuando restaban unos quinientos metros para llegar a la aldea, la sección encabezada por Krause torció hacia la izquierda. Cumpliendo la orden de Heinrich, sus dos secciones se desplegaron silenciosamente en cadena. En aquel momento comenzaron a crepitar las ametralladoras de los guerrilleros. Heinrich se echó cuerpo a tierra junto a Lutz.

— ¡Por la izquierda, a saltos, adelante! — ordenó.

Sin debilitar el fuego por el flanco derecho, los guerrilleros se abalanzaron al izquierdo con un vigor inesperado. “¡Eso no figuraba en el repertorio! Si no acaba con las bromas, a Mélnikov lo rodean”, se irritaba Heinrich avanzando a saltos.

Los guerrilleros cesaron el fuego tan inesperadamente como lo habían abierto.

Cuando al cabo de unos diez minutos la compañía irrumpió a gritos en el poblado que se componía nada más que de varias casitas, no había allí ni un alma viviente.

Heinrich y Lutz corrieron hacia una leñera de ladrillo e hicieron saltar el candado.

— Herr Pfeiffer, ¿está usted vivo? — gritó Heinrich. Lutz alumbró con una linterna. El chófer y el propagandista, quien del miedo por poco pierde el conocimiento, estaban sentados en un rincón apretados el uno contra el otro.

— ¡Oh, señor primer teniente! — por fin reaccionó Pfeiffer, y al mismo tiempo que se le escapaba un sollozo semejante a un mugido, se arrojó en los brazos de Heinrich.

Lutz y Goldring sacaron a Pfeiffer al aire libre sosteniéndolo como a un enfermo. Junto a la puerta que acababan de atravesar había otra pequeña, abierta de par en par. Lutz se asomó a ella alumbrando con la linterna y exhaló un grito. En el umbral yacía Bertina Grausammel.

— ¡Muerta! — constató Lutz inclinado sobre el cuerpo sin vida.

— Tal vez haya caído de una bala nuestra — comentó Heinrich.

— Al menos murió dignamente — se oyó a sus espaldas el bajo profundo de Pfeiffer.

Al verse fuera de peligro éste se recuperó con rapidez y su manera de ser era como la de costumbre.

Heinrich le miró y no dio crédito a sus ojos. El propagandista era todo arrogancia; todo su aspecto invocaba al mundo a que le expresara su agradecimiento por el mero hecho de que Pfeiffer se hubiese tomado la molestia de haber nacido...

Los rescatados llegaron a Saint-Remis al amanecer. Después de que en el hospital le hicieron el vendaje de las manos, Heinrich fue al hotel e inmediatamente cayó rendido por el sueño. Durmió mucho, profunda y placidamente. No oyó entrar a Miller ni a Lutz cuando este último intentó despertarle a la hora de ir a almorzar al casino. Tanto mejor, porque pese a su dominio Heinrich no tendría fuerzas para escuchar el relato de Pfeiffer sobre su heroico comportamiento en el cautiverio guerrillero. Aunque, a decir verdad, hizo resaltar la intrépida

conducta del primer teniente von Goldring. Según la narración del propagandista goebbelsiano, Heinrich se asemejaba a un fabuloso gigante que, yaciendo maniatado, había echado en tierra a varios guerrilleros, inerte hubo estrangulado a toda la guardia y todo su comportamiento en general era digno de un ario cien por cien, de un verdadero oficial del invencible ejército del Führer.

Ese día en el casino fueron muchas las veces que brindaron por la salud de Pfeiffer y por el intrépido von Goldring. Los brindis dedicados al reposo eterno de las almas de Saugel y Grausammel se redujeron a uno común. Todos estaban de muy buen humor como para hablar de difuntos. El que mostraba mayor animación era Miller. Si en aquella ocasión no hubiese ido a parar al hospital, sería él quien debería ir a recibir al célebre huésped y por lo tanto estaría sepultado, en vez de Saugel, en una de las tumbas de la plaza central de Saint-Remis.

## Un viaje a la Barrera del Atlántico

— ¿Cómo se siente, barón? — le preguntó Ewers, cuando al cabo de una semana de los acontecimientos mencionados el primer teniente dio el parte de que había vuelto a ejercer sus funciones.

— Gracias por la atención. Perfectamente bien, mi general.

— Entonces, resulta que los dos estamos en excelente forma — Ewers dio vuelta a la mesa y midió a pasos el despacho —. Mi viaje a Lyon también ha levantado mi ánimo.

— No me atrevo a preguntarle el motivo, señor general.

— En seguida lo sabrá, porque le voy a comunicar algo que por el momento ninguno de los oficiales sabe ni debe saber, excepto usted y mi edecán. ¿Ha oído mencionar la Barrera del Atlántico?

— Sí, pero no tengo ni la menor idea de lo que es.

— Yo tampoco. Pero el asunto reside en lo siguiente. Nuestro mando traslada todas las divisiones con capacidad combativa al Frente Oriental. Por lo visto, allí se está preparando otra grandiosa operación. Debido a ello las divisiones mejor equipadas de la región de la Barrera del Atlántico serán trasladadas al Frente Oriental, y la

nuestra irá a ocupar la posición defensiva en la Barrera... ¿Que le parece, primer teniente?

— Me alegro de que por fin nuestra división se haga responsable de algo de mayor envergadura que la simple guardia de objetivos militares, mi general.

— Estoy muy de acuerdo con usted. No obstante, nuestra división, como sabe, hasta ahora carece del personal y armamentos necesarios. El sector que se nos encomienda está protegido en la actualidad por la división del general mayor Tolle; pero le advierto que lo dicho es un secreto hasta para los oficiales del estado mayor.

— Yo he aprendido a guardar secretos, mi general.

— Lo sé. Por eso es que le encomiendo una misión tan delicada. Mejor dicho, dos. La primera consiste en tener que enviar a un oficial a la plana mayor del general Tolle para averiguar cuantos son los puestos de fuego que hay que equipar y de que manera reforzar las posiciones de reserva. En todos los puestos, claro está, se encuentran las armas de la división del general mayor Tolle, quien al trasladarse al Frente Oriental, por supuesto, se las llevará consigo. No podemos equipar todos los puestos de fuego con las piezas pesadas de que disponemos, por eso los informes antes mencionados nos son imprescindibles. En base a éstos pediremos de inmediato a nuestro mando el armamento en cantidad y calibre necesarios. Quiero que en el nuevo sitio mi división esté bien preparada para cualquier sorpresa. Ésta es por decirlo así, la misión oficial, cuyo cumplimiento no tendrá inconveniente alguno, ya que la plana mayor de la división del general Tolle ha recibido las instrucciones correspondientes. La segunda misión es más delicada...

El general se puso a caminar por el despacho. Heinrich lo miraba en silencio.

— Antes de partir a esos lugares nuevos, quisiera estar bien al tanto del sector occidental de la Barrera que tendremos que proteger. En vista de ello, le pediría hacer personalmente conocimiento de las obras militares, cuarteles, abastecimiento de agua, sistema de comunicación, etc. Si para el cumplimiento de la primera misión se le concederán plenos poderes, para la segunda no... Usted podrá ser recibido en la plana mayor, se le ofrecerán los informes correspondientes, pero le estará prohibido el acceso a los puestos fortificados. Por lo tanto, esta misión es tan delicada, como diplomática. Le pedí al jefe

del cuerpo de ejército que nos otorgara un permiso especial para recibir esos informes, pero me lo negó con la objeción de que ya tendremos oportunidad de obtenerlos cuando nos disloquemos allí. No obstante, quisiera prepararme de antemano. ¿Ha comprendido, primer teniente, lo que tiene que hacer?

— A la perfección, mi general. ¿Para cuándo ordena mi partida?

Ewers telefoneó. Entró Lutz.

— ¿Están listos los documentos del primer teniente?

— Sí, mi general.

— Entonces, pienso que puede salir mañana por la mañana.

— Al amanecer saldré en coche camino a Chambéry; de allí iré en tren al estado mayor del cuerpo de ejército y de Lyon ya me dirijo a Saint Nazaire.

— El plazo de su comisión de servicio no se le limita, sin embargo espero que no tardará en regresar.

Lutz y Heinrich salieron del despacho.

— Te envidio, Heinrich.

— ¿Por qué?

— Estás siempre de viaje por todas partes, y yo, a excepción de este estado mayor que detesto, no veo nada — se quejó Lutz.

— Espero que no sientas envidia por el hecho de que haya sido yo, y no tú, el que cayó manos de los guerrilleros.

— ¡Es el único viaje que no me gustaría hacer! — se rió Lutz.

— Espero que esta noche que precede a mi viaje la pasaremos juntos ¿eh, Karl?

— Si no la vuelve a estropear Miller.

— Pasaré adrede por su casa y me despediré de él para que no se le ocurra aparecer por la mía.

Heinrich salió del estado mayor y quiso dirigirse a la comandancia de la SD, cuando le llamó la atención un viejo anticuario que tiraba de un pequeño carro y vociferaba a todo pulmón:

— ¡Grabados antiguos! ¡Miniaturas de los mejores pintores de Francia! ¡Reproducciones de los cuadros más famosos del mundo! ¡Las obras de arte educan el buen gusto! Mejor tener buena reproducción de un gran pintor, que el mamarracho de algún pintarrajero. ¡Compren antiguos grabados, reproducciones de cuadros y esculturas!

Heinrich se acercó al anciano.

— Dígame ¿no podría usted ofrecerme algunas buenas copias de Rodin?

El viejo anticuario se detuvo.

— Aun siendo copias los trabajos de Rodin poseen un gran valor para que uno las ande llevando consigo. ¿Qué es lo que precisamente quisiera adquirir el monsieur oficial?

— Hace tiempo que quisiera tener una buena copia del busto de Víctor Hugo.

— ¡La fortuna le ha sonreído, monsieur! Hace poco he comprado de casualidad nada menos que el busto de Víctor Hugo. Si usted me permite dentro de media hora se lo traigo.

— Vivo en el hotel "Temple", habitación doce — indicó Heinrich la dirección y se fue.

Después de darle un recado a Kurt, Heinrich, inquieto, echó a andar por el cuarto, ojeando a cada rato el reloj. Su encuentro con el anticuario ambulante le dejó evidentemente emocionado. Justamente por haber sido este encuentro tan imprevisto, le impacientaba e incluso le alarmaba.

Cuando llamaron a la puerta, Heinrich suspiró con alivio. En el umbral estaba el viejo anticuario que traía en sus manos algo envuelto en un gran pañuelo negro.

— ¿Si no me equivoco, monsieur oficial, usted quería conseguirse la copia de esta escultura?

Heinrich ni siquiera miró la copia.

— Aquí estamos solos — dijo en voz baja, cerrando la puerta con llave.

— No cierre — dijo el anciano con severidad —, ¿qué secretos puede haber entre un primer teniente del ejército alemán y un viejo anticuario?

Heinrich hizo girar la llave. El anciano puso el busto entre ellos y se sentó en el borde de una silla, como lo hacen habitualmente personas pequeñas en presencia de los que ocupan puestos relevantes en la sociedad. Colocó además delante suyo, en la mesa, varias miniaturas extrañas del bolsillo. Ahora todo parecía muy natural. Si por casualidad entraba alguien, no vería nada sospechoso: un pobre anticuario tratando de convencer a un oficial incompetente en el arte para que le comprase una falsificación. Sin cambiar de postura ni de expresión, el viejo comenzó una conversación poco habitual:

— Camarada capitán, creo y, a propósito sea dicho, no es sólo mi opinión, de que últimamente está arriesgándose demasiado.

— Así es mi trabajo aquí.

— Lo sé, pero usted ha aflojado demasiado las riendas. Debo prevenirle de que se está planteando la alternativa de su traslado a otra parte.

Heinrich tuvo un sobresalto.

— ¿No le parece que los nervios le están haciendo una mala jugada? — el viejo miró atentamente a Heinrich —. Estoy enterado de que son varias las personas que conocen sus relaciones con los guerrilleros y la ayuda que les ha prestado; se diría peor, una buena decena de personas. ¿No me equivoco?

— No.

— ¿Y tiene la plena seguridad de que está fuera de peligro?

— La naturaleza misma de mi trabajo crea el peligro.

— No se trata de eso. ¿Sabe usted que de su conducta imprudente en la meseta, cuando detuvo a dos guerrilleros para después liberarlos, están al corriente, además de los guerrilleros, otras personas que no tienen nada que ver con el movimiento de resistencia?

— Sospecho que lo sabe la dueña del hotel, su hija, tal vez, y una vieja campesina...

— No ha notado, acaso, que la gestapo ya se interesa de las personas de su ambiente?

— Sí, lo he notado.

— Cuénteme lo que sabe.

Heinrich le refirió sobre su última conversación con Saugel, las sospechas que éste tenía de Mónica, y el provocador de la central eléctrica.

— ¿Qué medidas ha tomado?

— Liquidé a Saugel y avisé del provocador al jefe del destacamento de guerrilleros, y a Mónica Tarval, que mantiene relaciones con la central eléctrica...

— El jefe electrotécnico murió hace dos días electrizado con corriente de alta tensión.

Heinrich suspiró aliviado.

— ¿Qué otras sospechas hay contra usted?

Heinrich le contó del interrogatorio a que Miller había sometido a Kurt y de la carta anónima de Schulz. El anticuario se quedó pensativo.

— Hay que quitar de en medio a Schulz. Cuanto antes mejor. Si sospecha algo y ya empezó a actuar, no se limitará a la carta anónima.

— Mañana tengo que partir a la Barrera del Atlántico y espero encontrarme allí con Schulz, ya que su delación vino de Montefleur.

— ¿Cuál es su misión en la Barrera del Atlántico?

Heinrich le informó de su cometido.

— ¡Es precisamente lo que necesitamos como el aire! Nuestros aliados están aplazando la apertura del segundo frente, alegando como justificación la Barrera del Atlántico que, según ellos, representa una fortaleza inexpugnable. Cumpla su misión lo mejor que pueda. Quedaremos completamente satisfechos si obtenemos una copia del parte que usted entregará a su general, con una película fotográfica, claro está. Pero tenga en cuenta que el secreto de la Barrera es guardado celosamente por la gestapo a puerta bien cerrada. Ya son varios los agentes nuestros e ingleses que sucumbieron.

— Espero tener más suerte.

— Nosotros también. Ha conseguido enmascararse muy bien y eso facilita considerablemente su trabajo. Sería una locura imperdonable descubrirse por cualquier imprudencia o bravura innecesaria. Es por eso que nos tiene preocupado el riesgo a que a veces se expone al meterse en los asuntos que debería eludir. En particular, me refiero a Ludvine de Coque.

— Yo mismo tuve mis dudas. Pero su arresto me ponía en peligro.

— Pienso que usted se guiaba no sólo por eso. Que le conste, capitán: al salvar a una persona arriesgamos a veces con perder a cientos y hasta a miles. Corremos el riesgo de hacer fracasar planes de los cuales no tenemos ni la más vaga idea. Al disponer de usted, el mando ha trazado planes de esa índole. Y sería una lástima tener que cambiarlos. Por eso ¡cuídesse! ¡Duplique, quintuplique toda su atención! ...En lo tocante a Schulz, haré lo posible por neutralizarlo. Eliminando a la pacífica población civil se ha manchado con crímenes, por los cuales se merece el castigo más rudo. El hecho de haberse inmiscuido en los asuntos de nuestro servicio, no hará más que apurar la ejecución de la sentencia, bien merecida que la tiene como criminal de guerra. No obstante, existe la posibilidad de que yo no pueda cumplir mi palabra. Si durante

su permanencia en el sector de Saint Nazaire no recibe noticias mías, usted mismo deberá acabar con Schulz. No quisiera que salga así, pero no hay otro remedio. Hay que actuar muy rápido; de lo contrario usted puede ser desenmascarado como agente ahora, cuando nos hace más falta que nunca. A propósito ¿confía en su ordenanza?

— Plenamente.

— La gestapo se sirve a menudo de los ordenanzas para espiar a los oficiales sospechosos.

— El mío me es fiel.

— Eso está bien. Trate de que le sirva en cuerpo y alma. De estas cosas menudas suelen depender muchas otras en nuestro trabajo. Repito, usted se instaló tan bien en la guarida fascista que sería un crimen ser descubierto.

— Desde el cuatro de febrero soy novio oficial de la hija del general Berthold.

— Lo sé — sin nada de malicia respondió el anticuario —. Su información respecto a los planes de Berthold ha llegado a destino. Lamentablemente, no siempre podemos impedir que se cumplan. Su suegro, capitán, es una persona muy cruel. Goza de esa fama incluso entre los hitlerianos. Tenga cuidado con él y haga todo lo posible de sacar buena partida de su confianza.

— ¿No ha cambiado el enlace?

— Sí. Por su imprudencia hemos cambiado el sistema de enlace. Al regresar de su viaje obtendrá instrucciones. Los informes sobre la Barrera del Atlántico se los entregará a la persona que venga de mi parte. El santo y seña es el mismo. Hasta pronto, capitán, y recuerde que la prudencia en nuestro trabajo no es cobardía, sino la expresión máxima del coraje.

El viejo anticuario estrechó con fuerza la mano de Heinrich y salió dejando encima de la mesa el busto de Hugo y una miniatura.

Heinrich se acercó a la ventana. En la vereda de enfrente vio aparecer la encorvada y conocida figura. El viejo anticuario se detuvo, extrajo el monedero y volvió a contar el dinero. Por un instante el rostro senil y rugoso sonrió satisfecho. Sin volver los ojos al hotel, el anticuario se perdió bien pronto de vista del que lo observaba a escondidas a través de la abertura entre las cortinas.

Fatigado, Heinrich se dejó caer en un sillón, donde permaneció inmóvil por largo rato. Analizaba toda su conducta en Saint-Remis. Sí, su inesperado huésped tenía

razón: eran demasiadas las veces que había arriesgado con mucha imprudencia.

La llamada telefónica de Miller interrumpió sus meditaciones.

— ¿Qué? ¿Quién? ¿Quién viene en lugar de Saugel?... ¡Ah, le conozco muy bien! Kubis es un excelente oficial y un verdadero amigo. El general Berthold estimaba muy altas sus capacidades e insistía en que yo trabara amistad con él. Para usted es un hallazgo, Hans. ¿Qué? ¿Quiere pasar por mi casa? Con mucho gusto, porque por la noche no nos podremos ver: en vísperas del viaje me voy a acostar temprano.

Apenas se puso la ropa de casa, llegó Miller.

— Pensé que pasaríamos esta noche juntos, Heinrich. Según me enteré en el estado mayor, usted sale de viaje mañana y ni siquiera dice a dónde ni por cuanto tiempo.

— Nosotros, Hans, celebraremos a la vez mi regreso y la llegada de Kubis.

— ¿No ha olvidado su promesa, Heinrich, de comunicarme algo muy importante después del restablecimiento?

— No. Pero nunca tengo prisa en comunicar a mis amigos novedades desagradables.

— ¿Desagradables? Últimamente tengo tantos disgustos que uno más o uno menos no tiene importancia.

— ¿Usted cree?

— Heinrich, usted tiene la mala costumbre de intrigar primero a la persona y solamente después comunicarle el meollo.

— ¡Perfecto! Si usted está tan dispuesto a enterarse de cosas desagradables, yo no perderé tiempo. ¿Sabe quién nos ha sometido a interrogatorio a Pfeiffer y a mí en la plana mayor de los guerrilleros?

Miller miró alarmado a su interlocutor.

— ¡Paul Chenier en personal! ¡Sí, sí! Paul Chenier, el prófugo de la fábrica subterránea, por cuya liquidación usted obtuvo una recompensa de cinco mil marcos y espera ser condecorado con una cruz más.

Se produjo un momento de silencio. Miller respiraba penosamente.

— ¿Quién más lo ha visto, a excepción de usted, Heinrich?

— Herr Pfeiffer, el chófer que nos llevaba y Bertina Grausammel, cuya muerte tuve la mala misión de anunciar ayer al general Berthold, por cuanto era su sobrina.

— ¿Ha hablado usted con alguien de Paul Chenier?

— ¡Herr Miller! ¡Usted tiene un concepto muy bajo de sus amigos! Este será nuestro secreto, Hans, mientras...

— ¿Mientras qué? — se sobresaltó Miller.

— ¡Mientras seamos amigos! — repuso Heinrich con aire significativo.

Siguiendo las reglas de urbanidad, Miller permaneció cerca de un cuarto de hora más y se despidió. Se sentía angustiado e intranquilo.

A la mañana siguiente Heinrich se puso en camino y al otro día ya salía de Lyon rumbo a Saint Nazaire, pequeño poblado al oeste de Francia, cerca del cual se dislocaba la división del general mayor Tolle.

En la comandancia de Saint Nazaire revisaron minuciosamente los documentos de Heinrich. Sólo al cabo de una hora de su llegada pudo comunicarse por teléfono con la plana mayor de la división para dar parte de su arribo y pedir que le enviaran un coche.

Heinrich logró abandonar Saint Nazaire solamente a mediodía. El automóvil se desplazaba con lentitud por el terreno llano y deshabitado, al parecer, con uno que otro arbusto. Al lado de los indicadores del tráfico a lo largo de la carretera había por regla general, unos postes bajos con el dibujo de una calavera y la inscripción esteoreotipada: “¡Atención, minas!”. Hablando con propiedad, todo alrededor estaba minado, excepto el camino. Daba la impresión de que si uno se salía a un paso de la carretera, en ese mismo momento volaría por los aires.

El camino se extendía junto a la orilla y sólo a unos diez kilómetros de la ciudad torcía bruscamente a la derecha, hacia un pequeño bosque que se divisaba en el horizonte. Al acercarse, entre los altos y frondosos árboles Heinrich notó varias casitas, una de las cuales era la plana mayor de la división del general Tolle.

El coronel Buschmeier, jefe de la plana, recibió a Heinrich con la discreta hospitalidad que no le comprometía a nada, pero hacía tener presente que el trato debía ser estrictamente oficial.

— Se nos ha informado de su llegada y preparamos con anticipación los datos que tiene la misión de recibir. Pero el general mayor no está en estos momentos en la plana mayor y usted tendrá que esperar hasta mañana. Voy a dar orden para que le preparen un cuarto donde podrá descansar después del viaje.

Hubo que pasárselas aburrido, perdiéndose prácticamente todo el día.

A la mañana siguiente comunicaron a Heinrich que el general mayor Tolle había llegado y que a las nueve en punto podría recibirle.

A la hora señalada Heinrich informaba al general el motivo de su llegada.

— El general Ewers personalmente le pide que...

— Ya lo sé — lo interrumpió el general Tolle, alto y delgado como un espárrago —. He leído su mandato, primer teniente. Usted recibirá todos los informes necesarios, incluso la cantidad de fusiles. El coronel Buschmeier los preparó con antelación, en cuanto se nos notificó que había que hacerlo. No obstante, yo di la orden de que se revisara todo una vez más, verificando los datos obtenidos con los que disponemos provenientes de cada puesto y posición de reserva. Mañana a las diez de la mañana usted recibirá todo. Por ahora descanse. Lamentablemente no podemos proponerle un hotel lujoso ni un cabaré decente, pero un aire como el de aquí no lo encuentra en ningún otro lado.

— Se parece al de las costas del Océano Pacífico en el Lejano Oriente.

— ¿Ha hecho a tiempo de estar por allí? ¿Cuándo?

— He tenido esa oportunidad, señor general.

— ¿No ha estado usted, por casualidad, en el Frente Oriental?

— Allí también estuve. En el otoño del cuarenta y uno.

— Entonces, primer teniente, prométame que esta noche, después de mi regreso de Saint Nazaire, nos veremos y me contará todo lo que sepa del Frente Oriental, pues ni mi división ni yo jamás estuvimos ahí.

— Con mucho gusto le expondré todo lo que sepa, señor general.

— ¡Magnífico!... ¡Entre! — profirió en voz alta el general, respondiendo al llamado a la puerta.

Alguien entró. Heinrich estaba sentado de espaldas a la puerta y no había visto quien era.

— Le presento a mi edecán, el comandante Schulz; éste es nuestro huésped, el barón von Goldring — dijo presentando a los oficiales.

Cuando Heinrich se dio vuelta para saludar, vio reflejado en el rostro del comandante el asombro y el miedo.

— Señor general, hace mucho nos conocemos con el comandante Schulz y somos amigos, ¿verdad, Herr Schulz?

— En efecto.

— Siendo así, cenaremos los tres y organizaremos una noche de recuerdos del Frente Oriental.

— Mis evocaciones pierden todo interés al ser comparadas con lo que puede contar el primer teniente von Goldring. El vivió muchos años en Rusia y conoce bien ese país.

— ¿Ha vivido en Rusia? — se interesó el general —. Con mayor impaciencia aun esperaré la llegada de la noche... Ahora me retiro. Usted, Schulz, puede disponer del día entero a sus anchas. Espero que sabrá entretener a nuestro huésped hasta la noche. Si es necesario, pueden contar con mi coche particular. Yo iré en el de la plana mayor.

Heinrich y Schulz salieron del despacho del general.

— Pasemos por mi gabinete — propuso Schulz indicando a una de las puertas enfrente del despacho del general.

Sentados frente a frente, Schulz y Goldring guardaron un largo silencio.

— Por lo visto, Herr Schulz, no le causa mucha alegría el verme — Heinrich fue el primero en hablar —. Su mirada de asombro al encontrarnos en el despacho de su jefe es fiel testimonio de que si usted esperaba verme alguna vez, era, sin duda, en el otro mundo.

— ¡No le entiendo, von Goldring!

— Usted no es un novicio en el servicio de inteligencia, Schulz, y sabe que las denuncias terminan, de costumbre, con una inspección de la gestapo. Son pocos los que vuelven de allí para ver la luz del día. De suerte que me daba por muerto y seguramente rezaba por el reposo eterno de mi alma, ¿no?

— ¡Usted sigue hablando en forma ambigua y enigmática, barón!

— ¡Se equivoca, Schulz! No estoy dispuesto a jugar con usted al escondite. Usted ha faltado a su palabra de oficial, a nuestro acuerdo del Frente Oriental. Yo he venido para anunciarle que también rompo mi promesa y acto seguido hago entrega de esta fotografía del general Daniel, ¿la reconoce?, al lugar debido.

— ¡Yo no he infringido el acuerdo! — replicó sordamente Schulz.

— ¿Quién ha escrito entonces la denuncia desde Montefleur a la gestapo de Saint-Remis? ¿Y la delación al

estado mayor del cuerpo de ejército de Lyon? — añadió al azar Goldring —. ¿Piensa que no lo sé? Yo mismo le pedí al jefe de la división que me encomendara esta misión para tener el placer de ver al comandante Schulz antes de meterlo en la gestapo. Reconozca que ésta es sólo una insignificante compensación por los disgustos que usted me ha causado, aunque, por cierto, no fueron muy grandes... Pero ahora ellos testimoniarán en contra suyo, ya que por sabido se calla de que usted procuraba aniquilarme para borrar las huellas de sus propios crímenes.

— ¿Qué quiere de mí? — habló Schulz con voz ronca.

— ¡Personalmente de usted, nada! De su destino ya se ocupará la gestapo.

Schulz guardaba silencio. Encorvado de espaldas, con los hombros en alto y aferrados los dedos en las rodillas, se parecía a un felino dispuesto a saltar sobre su presa, pero que reflexionaba antes de hacerlo si le alcanzaban las fuerzas para vencer.

— Creo que está todo bien claro. No me atrevo a molestarle más, Herr Schulz.

Heinrich se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

— ¡Goldring! — gritó Schulz levantándose bruscamente. Estaba muy irritado, con las manos en los bolsillos y las cejas fruncidas.

— ¿Quiere decirme algo, comandante?

— Quiero prevenirlo: ¡Antes de que yo caiga a la gestapo, usted entregará su alma al diablo! — su voz sonaba ronca, como después de una larga borrachera.

Goldring se acercó al comandante a paso rápido y notó que éste había empuñado un revólver en el bolsillo. Entonces agarró a Schulz de los brazos y levantándolo en vilo lo arrojó en un sillón.

— ¿No ha conservado en su memoria, Schulz, nuestra competición de tiro celebrada el día en que usted me regaló esta fotografía? ¿O quiere volver a competir para ver quién es más rápido y mejor tirador?

— ¿Cuánto quiere por la foto, Goldring?

— ¡Tonto de remate! Soy lo suficientemente rico, como para comprármelo a usted con todo lo que usted tenga. ¡Cuando un oficial alemán falta a su palabra de honor, lo paga con su propia sangre! Pero como todos los cobardes, usted no es capaz de eso. Por lo tanto, considero un deber mío, y, para ser franco, un deber agradable, de

ayudar a que lo haga en presencia de los hombres de la gestapo. Ellos sabrán lo que hacer para enterarse de los motivos de su afición por la fotografía.

— ¡Desde aquel tiempo no hago más fotografías!

Heinrich echó a reír.

— ¡Ello tampoco testimonia en favor suyo, Schulz! Por lo visto, ha vendido muy caro a los bolcheviques el negativo del plan de la operación "El puño de hierro", ya que no tiene necesidad de dinero. ¡En vano, Schulz, usted podría embolsar un dineral con los ingleses y los americanos! De seguro que le pagarían muy bien por la foto del plan de la Barrera del Atlántico, aunque sea por la del sector que ocupa su división. Le aseguro que se ganaría una que otra decena de miles de dólares. ¿O es usted poseedor de una suma mayor? Yo no tengo noción de lo que valen las informaciones y fotografías de espionaje. Digamos, el mapa que tiene aquí colgado...

Heinrich se acercó a las cortinas que tapaban el mapa y las corrió.

— ¿Qué es esto? ¡Ah-h, el plan de los campos minados! Dudo que por él pueda cobrar mucho. Es una baratija... Pero el edecán del jefe de la división en la Barrera del Atlántico dispone de cosas más interesantes que campos minados.

Schulz se acercó al mapa y cerró las cortinas.

— ¡Palabra de oficial, Goldring, que nunca más oíré hablar de mí!

— ¿Palabra de oficial? ¿Acaso es usted dueño de su palabra? Ya me la ha dado una vez allí, en Bielorrusia.

— Yo temía...

— ¿Tenía usted algún motivo para pensar que yo sería capaz de infringir el acuerdo?

Schulz no respondió.

— ¡Usted lo ha infringido y pagará por ello!

— ¡Goldring! ¡Se lo suplico! Lo que usted quiera...

— De usted no me hace falta nada. Los informes acerca del armamento me los está preparando el jefe de la plana mayor. Mañana pediré al jefe de la división que me dé un pase, haré un recorrido al sector y mi misión se verá cumplida. ¿En qué puede ayudarme usted?

— Pueden prohibirle el acceso a los puestos fortificados.

— ¡Que se los coman! No estoy muy interesado en ellos. Le digo a mi general que no me dejaron pasar y, ¡basta!

— Yo le consigo un pase, le doy el mapa de los campos minados y le preparo todos los documentos necesarios. Mientras prepare todo eso, usted podrá ir a Saint Nazaire. Yendo al lugar que le indique tendrá la posibilidad de pasar un buen rato.

— ¿Usted quiere comprar mi silencio con toda esa bagatela, Schulz?

— ¡Goldring! ¡Herr von Goldring! Yo sé que no es eso lo que puede satisfacer a usted, pero ¡le juro que nunca volveré a mencionar su nombre! Le doy mi palabra de que sus sospechas son completamente infundadas. Esa foto es una fatal coincidencia de circunstancias. Yo podré demostrar mi inocencia, pero el sólo hecho de pasar un tiempo en la gestapo estropeará toda mi carrera.

Heinrich aparentó meditar.

— Bueno, Schulz, hoy me muestra las fortificaciones, pasamos la noche con el general y mañana, después que reciba todos los documentos, iremos juntos a Saint Nazaire y nos distraemos un poco. A propósito, mañana es sábado y le será fácil obtener un permiso de varias horas para acompañar a su gran amigo, con quien pelearon hombro a hombro en el Frente Oriental.

Por un instante en el rostro de Schulz hubo una expresión extraña.

— ¡Oh, claro que me lo concederán! — consintió de buena gana y eso puso en guardia a Heinrich.

— Tome mis documentos, haga las formalidades para el pase y vayamos a hacer una inspección al sector. Le estaré esperando en la glorieta junto a la plana mayor.

Heinrich estaba seguro de que Schulz se jugaría el todo por el todo, con tal de quitarlo de en medio. Camino al sector no lo hará porque sabrían con quien se fue Goldring; fuera de eso, estarían continuamente en público. Schulz iba a esperar una oportunidad mejor de la que podría presentársele mañana, cuando quedasen a solas en Saint Nazaire, entonces ¡ya veremos quién puede a quien!

— Podemos ponernos en camino — dijo el comandante al aparecer junto al portal de la glorieta.

Frente a la entrada de la plana mayor había un coche, el chófer estaba ausente.

— ¿Iremos sin el chófer? — preguntó Heinrich.

— Yo mismo voy a conducir — repuso Schulz.

Dejando atrás el bosque, el automóvil se deslizaba lentamente a lo largo de la costa.

— Bueno, y ¿dónde está esa famosa Barrera del Atlántico? — preguntó bostezando Heinrich.

— Barreras como tales, claro que no las hay, por lo menos en nuestro sector. La división se ha extendido a cuarenta y dos kilómetros y tiene tres puestos magníficamente fortificados. Ahora vamos a visitar una de esas fortalezas. Las demás son copia fiel de la que vamos a ver. De por medio hay campos minados.

— No obstante, nuestros periódicos afirman que son inaccesibles... — Schulz sonrió malévolamente.

— Ya lo verá usted mismo cuando su división se disloque aquí.

Al cabo de unos diez minutos el automóvil se detuvo. Heinrich miró asombrado a su alrededor sin alcanzar a ver fortificación alguna.

— Según parece, comandante, usted tiene deseos de bromear.

— Ni lo pienso. ¿Ve esas redes? Fíjese bien.

Próximo al agua y enmascaradas con espesas redes del color de la arena, se extendían tres hileras de fortines antitanques contruídos con vigas en T. Heinrich las notó sólo después de que Schulz le hizo fijar su atención en ellas. Tras las fortificaciones se tendían contraescarpas camufladas, y después venían los puestos de tiro hechos de hormigón armado y hundidos en la arena con troneras o cúpulas móviles blindadas. Junto a cada puesto había sólidas casamatas a la profundidad de varios pisos debajo de la tierra. Allí vivían los soldados y se encontraban los almacenes de víveres, los depósitos de municiones, de armas de reserva y los tanques con agua potable. Bajo la subordinación de cada jefe de compañía había de seis a ocho puestos. La casamata subterránea del jefe de compañía tenía un periscopio, y en la pared colgaba un mapa que reproducía exactamente todo el sector a cargo de la compañía dada. Allí estaban marcados todos los puestos de tiro con el sector de fuego de cada uno, los campos minados y los pasos que tenía, el número de soldados y la cantidad de municiones.

La tercera era la más potente de las tres líneas de puestos de fuego que se sucedían. Luego le seguía la segunda. Las tres líneas estaban separadas entre sí por campos minados.

Heinrich entró en varias fortificaciones y luego le propuso a Schulz pasar sólo por las de los jefes de compañía.

Para no revelar el secreto de que la división podía cambiar de emplazamiento, Schulz presentaba a Heinrich a los jefes de compañía como a un representante del estado mayor del cuerpo de ejército. Heinrich hablaba animadamente con los jefes, les contaba noticias consoladoras del Frente Oriental que, según afirmaba, había recibido en el estado mayor. Mirando atentamente el mapa de la región fortificada, unas veces expresaba su admiración por lo exacto de sus indicaciones, otras, hacía observaciones fútiles. A los jefes de compañía les cayó muy en gracia ese alegre e ingenioso oficial tan desenvuelto. A nadie le pareció extraño que todo el tiempo tuviera su mano izquierda en el borde de la chaqueta; tampoco nadie notó que de uno de sus ojales asomaba una cámara fotográfica automática enmascarada en un botón. Sólo a las siete de la tarde, después de recorrer las tres regiones fortificadas, Heinrich y Schulz regresaron cansados a más no poder a la plana mayor de la división.

— ¿Está satisfecho, comandante? — inquirió Schulz después de lavarse.

— Para ser franco, no. Yo pensaba que aquí se había erigido una fortaleza realmente inaccesible, pero acabo de ver nada más que fortificaciones aisladas que el enemigo puede sitiar sin dificultad.

— ¿No ha notado, acaso, que entre cada región hay una perfecta cooperación y ello las hace más potentes de lo que parecen a simple vista?

— No soy gran especialista en fortificaciones para que mi punto de vista sea tomado en consideración. Me alegro de que pueda hacerle el informe al general Ewers; las deducciones se las dejo para él.

Vino el ordenanza e invitó a Goldring y a Schulz a visitar al general mayor Tolle en su casa.

Lo que más quería Heinrich, cansado del viaje por la región fortificada, era descansar, por eso maldijo para sus adentros la hospitalidad del general. Tanto más que no esperaba enterarse allí de nada nuevo ni interesante: después del viaje de hoy todos los secretos de la Barrera del Atlántico los tenía en el bolsillo, en el sentido

propio y figurado de la palabra, fijados en una micropelícula supersensible. Pero negarse resultaba incómodo.

Tolle recibió a los invitados con amabilidad. De antemano se había preocupado por la cena y seleccionado los vinos. Durante la comida conversaron con animación y desembarazo; en su casa el general se conducía como un anfitrión cordial, pero nada más que como un anfitrión. De lo que más hablaron fue de Rusia. Antes de ser enviado al Frente Oriental el general quería hacer el mejor conocimiento posible de ese país que le parecía tan misterioso. Asedió de preguntas a Heinrich y escuchaba las respuestas con suma atención. Al general le interesaba todo lo relacionado con la vida y las costumbres de los pueblos de la Unión Soviética, las peculiaridades del carácter de los rusos, ucranianos y bielorrusos. Según él, esa era la clave que podía explicar todos los fracasos en el Frente Oriental.

— Nos comportábamos en todo como conquistadores, pero si el conquistador desea mantener el territorio ganado, tiene que ser, además, diplomático y sicólogo — dijo Tolle resumiendo sus ideas.

Por lo visto, se creía un diplomático muy astuto y persona de conocimientos muy amplios. No obstante, las observaciones y declaraciones que hacía demostraban un intelecto limitado, aunque curioso. Con no poca malevolencia Heinrich pensó que las ilusiones del general se disiparían en cuanto tropezara en el Frente Oriental con la población del territorio ocupado por los hitlerianos.

Cuando la cena llegaba a su fin, el general comunicó a Goldring una novedad inesperada.

— Tenga en cuenta, Herr von Goldring, que usted tendrá que pasar por el estado mayor de nuestro cuerpo de ejército sito en Dijón.

— Pero si todos los materiales necesarios ya están listos. Herr Buschmeier me aseguró que en último caso me los entregaría mañana por la mañana, firmados y legalizados oficialmente. ¿Qué dilación habrá ahora?

— De parte nuestra no hay dilación alguna. A las nueve, como se había convenido, usted lo recibirá todo. Pero a Dijón tendrá que ir. El asunto reside en que en su tiempo yo presenté un proyecto de reconstrucción de la primera línea de fortificación. De ser éste aprobado, habrá que especificar los datos que reciba aquí, tomando en consideración los cambios que naturalmente tendrán lu-

gar con motivo de la reconstrucción. Antes de partir para el Frente Oriental seguramente tendremos que cambiar parte del armamento. En este caso podríamos dejarles algo para su división. Todo eso se debe aclarar y puntualizar. Creo que mañana, después de entregarle todos los materiales, podrá salir con el comandante Schulz a Dijón y allí aclarará los pormenores. Espero que no tendrá nada en contra de pasarse un día más en compañía de su amigo.

Sin comentarios Heinrich hizo una leve inclinación, expresando de tal manera su conformidad.

— ¿Y usted, comandante?

— ¡Me sentiré dichoso de encontrarme en compañía de Goldring lo más que pueda! — respondió alegremente Schulz.

“La alegría que demostró Schulz al oír la proposición de Tolle de viajar conmigo a Dijón fue evidentemente sincera — pensó Heinrich cuando ya se había acostado a dormir —. ¿Habría notado algo durante el viaje de hoy a las fortificaciones? ¿No querrá ponerme entre la espada y la pared en el estado mayor, donde puede tener agarraderas? ¡No, es poco probable! No se hubiera decidido a arriesgar así, dejándome salir con el secreto de la Barrera del Atlántico, ya que por el camino me podría escurrir. Al fin de cuentas fue él mismo quien me consiguió el pase. ¿Y si le devolviera la fotografía aquella con el general Daniel y nos despidiésemos haciendo las paces? ¿Antes de que yo pase la película? Al recuperar la foto tendrá el camino libre y en el acto se pondría a luchar contra mí, su enemigo mortal, sin rodeos ni necesidad de recurrir a cartas anónimas. De tal manera, en lugar de aminorar el peligro lo haría más grande aún. En el camino pueden detenerme, entonces... ¡No, la única salida que me queda es enfrentarme con Schulz y vencerlo obligatoriamente!

Al día siguiente Heinrich y Schulz ya estaban en Nante. Para seguir a Dijón debían hacer transbordo a otro tren que, como aclararon, salía por la noche.

Almorzaron y cenaron juntos. Si alguien se hubiera molestado en observar la forma en que se comportaban, pensaría sin dudas: “He aquí dos amigos dispuestos a darlo todo el uno por el otro”, tan generosa era la forma en que se convidaban con diferentes platos, bebida y postres. Especialmente con bebida.

Schulz, el mismo Schulz que antes de gastar un marco lo palpaba celosamente, como si lo acariciara antes de despedirse de él, quien se guardaba con afán todo franco ahorrado gracias a las invitaciones que a veces le hacían, considerando eso como una ganancia fuera del plan, ese mismo Schulz no escatimaba gastos invitando al barón Goldring: encargaba los mejores vinos, lo convidaba con el coñac más caro y resultó ser buen conocedor de licores. Lo único que de veras tenía preocupado al comandante Schulz era el hecho de que su amigo se negaba a beber y se mojaba sólo los labios con una u otra copa.

El barón von Goldring se mostraba tan generoso y hospitalario como siempre.

— ¿Hace mucho que ha dejado de beber, Schulz? — preguntó Heinrich al notar que el comandante bebía el costoso vino a pequeñísimos tragos.

— Desde nuestra separación en el Frente Oriental. ¡Prometí no beber hasta el triunfo de Alemania! — explicó el comandante, aunque su enrojecida nariz cubierta con venas azules y las bolsas debajo de los ojos testimoniaban con elocuencia de que Schulz nunca fue partidario de la ley seca.

Los inseparables amigos en el compartimiento del vagón también viajaban a solas. Schulz le prometió al encargado del vagón una buena propina si no dejaba entrar a nadie al compartimiento que ocupaban.

— Por lo menos podremos descansar tranquilamente — dijo complacido Schulz —. Me gusta viajar solo porque me paso todo el trayecto durmiendo. Al fin de cuentas viajar en tren también es un descanso.

— ¡Estoy completamente de acuerdo con usted, Schulz! — consintió Heinrich acomodándose en su lugar.

Heinrich se desabrochó el cuello de la camisa, se echó sobre la almohada y entornó los ojos. Schulz hizo lo mismo.

Al cabo de unos cinco minutos se oyó la respiración uniforme y serena del primer teniente. La respiración bien entrenada no daba el menor indicio de que estaba despierto vigilando con sigilo al hombre que tenía enfrente por entre los ojos entrecerrados. Schulz parpadeó una y otra vez y por la ranura de los ojos miraba escudriñador las facciones de Heinrich a la espera de que se relajaran sus músculos, señal de que la persona había quedado vencida por el sueño.

Heinrich abrió los ojos, se desperezó y dio un largo bostezo.

— ¡Diantre, tengo sueño, pero veo que no me podré dormir! — se lamentó dirigiéndose a Schulz, quien también fingió despertarse.

— Quítese la guerrera, aunque mejor sería si se quitara toda la ropa,— le aconsejó aquél.

— ¿Por qué no se desviste y no duerme usted?

— Me acostumbré a dormir vestido, sentado y hasta de pie — respondió Schulz y cerró los ojos.

Volvió a reinar un prolongado silencio, durante el cual cada uno de los viajeros vigilaba a su acompañante con los ojos entornados.

Heinrich comenzó a sentir el reblandecimiento de los músculos que siempre precede al sueño. ¡No, hoy no tenía derecho a dormir! ¡El tacaño de Schulz había sido demasiado generoso en la manera con que le convidara! Además estaba respirando muy bajo y en forma irregular, pese a haberse jactado de dormir perfectamente estando de viaje.

Heinrich se levantó y oprimió el botón del timbre.

— ¡Un café bien cargado! — ordenó al encargado del vagón cuando éste se apareció en la puerta.

— ¿Qué hace, barón? ¿Par qué toma café por la noche? — las notas de la voz de Schulz eran solícitas y hasta suplicantes.

— Yo me conozco muy bien, comandante: si no me duermo enseguida y dormito como ahora, tengo la noche estropeada. En esos casos es preferible que me tome un café y deseche el sueño por completo.

— Entonces tómese un somnífero.

— En primer lugar, no lo tengo y en segundo, no lo paso.

— ¡Yo tengo luminal! — le propuso gustoso Schulz.

— Nunca tomo luminal; cuando lo hacía tenía la cabeza muy pesada por la mañana.

El encargado del vagón trajo el café y sin decir palabra puso la taza sobre la mesa.

— ¡Traiga uno más! — ordenó Schulz.

— ¡Herr Schulz, pero si usted acaba de prevenirme contra el café!

— Procedería como un mal compañero si me pusiera a dormir y lo dejara velando...

— ¡Semejante convensionalismo es completamente innecesario!

Schulz no respondió y comenzó a tomarse a pequeños tragos el café que acababan de traerle.

Heinrich bebía con lentitud. Después de dar un trago hacía una larga pausa y con gran interés seguía leyendo un pequeño tomo de Maupassant.

Schulz no tenía nada para leer. Se sentía incómodo. Había tomado su café y no sabía lo que hacer.

— ¿Tiene algún libro más, barón?

— Lo lamentó, pero no tengo.

Sobrevino una nueva pausa.

Heinrich puso el libro sobre la mesa y salió del compartimiento. Se detuvo por un instante en el pasillo, se sonrió por algo y entró en el gabinete de aseo. Aguzó el oído. Nada. Se oyó el sonar de unos pasos. Alguien tiró de la manija. Heinrich reconoció la silvante y enronquecida respiración de Schulz.

Heinrich esperó un minuto, dos, tres... Por fin salió. Junto a la puerta estaba Schulz.

— ¡Es usted un compañero de viaje la mar de social! — le dijo Heinrich encaminándose al compartimiento.

Schulz entró en el retrete y regresó en un abrir y cerrar de ojos. Tras él entró el encargado del coche para llevarse las tazas vacías.

— ¡Una taza de café! — le ordenó Schulz.

— ¡Para mí también! — añadió Heinrich.

El hombre miró asombrado a los oficiales y se retiró en silencio.

Schulz estaba sentado con la cabeza reclinada sobre sus brazos.

— ¿Puede leer en voz alta? — le preguntó a Goldring.

— Yo no sirvo para hacer el papel de lector.

Schulz corrió un poco la cortina en la ventanilla y se puso a mirar en las tinieblas de la noche. Heinrich apagó la luz.

— ¿Qué está haciendo? — chilló Schulz y se apartó de la ventanilla.

— No recomiendan correr las cortinas por la noche. Tenga en cuenta que entre los guerrilleros hay excelentes tiradores, señor Schulz.

El comandante bajó la cortina con actitud de enfado.

— Se piensa pasar toda la noche en vela? — no resistió Schulz en hacer la pregunta cuando notó que el reloj de Heinrich marcaba las dos y cuarto.

— Sí.

— ¿Por qué?

— ¡Precisamente porque usted manifiesta demasiado interés en ello, comandante!

Schulz suspiró gravoso y se recostó en el respaldo del asiento.

En ese mismo momento por el altavoz del vagón se dejaron oír las señales tan conocidas y alarmantes: “¡Cu-cu! ¡Cu-cu! ¡Cu-cu!”. El tren se detuvo y la voz del locutor anunció: “¡Atención! Una escuadrilla aérea angloamericana cruzó la frontera de Francia en la región del Canal de la Mancha”.

Heinrich se puso la gorra y se metió el portaplanos debajo de la guerrera. Echó una ojeada a Schulz y captó su mirar ensimismado y atento. Evidentemente alguna idea inesperada había asaltado la mente del comandante porque sus ojos empezaron a brillar excitados.

“¡Atención! ¡Atención! La escuadrilla tomó rumbo a Dijón. El tren está frenando. ¡Abandonen los vagones y échense cuerpo a tierra a ambos lados de la vía!”, ordenó el locutor.

Los pasajeros abandonaron rápidamente sus compartimientos. Las ruedas del tren rechinaron y los vagones se contrajeron.

Heinrich corrió hacia la salida sintiendo en su nuca el cálido aliento de Schulz. Entonces se hizo a un lado y le cedió el paso:

— Usted es mayor y le corresponde salir primero.

— Pero usted está de visita.

A pesar de lo serio de la situación. Heinrich estaba por reventar de risa. Agarró a Schulz de la mano y saltaron del vagón. Encajando el paso corrían a lo largo de la vía tomados de la mano, luego rodaron por el terraplén y quedaron tendidos en el fondo de un barranco, juntas sus cabezas.

Se oyó el creciente y cada vez más intenso rugido de los aviones.

Ya habían asomado los primeros rayos del sol y Heinrich levantó la cabeza para mirar hacia arriba. En ese momento puso los ojos en la mano de Schulz. Estaba en la pistolera.

— ¡Herr Schulz! A lo que parece, usted se dispone a espantar los bombarderos enemigos con tiros de pistola — la voz y el rostro de Goldring denotaban evidente mofa.

— No, barón, me dispongo a pegarle un tiro a usted! — profirió Schulz extrayendo la pistola.

El silbar de las bombas apagó todos los sonidos...

\* \* \*

Al llegar por la mañana a la plana mayor el general mayor Tolle miró asombrado al oficial de servicio, quien cabizbajo y afligido le tendió un telegrama.

Al principio el general no llegó a comprender nada. Sólo al volver a releer el telegrama cayó en la cuenta de lo que allí decía.

“Hoy al amanecer en incursión aérea enemiga pereció su edecán y mi buen amigo el comandante Schulz. Comparto su pesar. Primer teniente barón von Goldring”.

Tolle se santiguó con devoción.

## **Repercusiones lejanas de grandes acontecimientos**

Desde fines de enero hasta cominezos de julio de 1943 la vigorosa voz del locutor de la radio de Berlín informaba casi siempre lo mismo: comunicaba de la reducción de las líneas de los frentes, del paso a las posiciones defensivas organizadas y del abandono por motivos tácticos de tal o cual población del Frente Oriental. Estos informes, destinados a los ignorantes, no podían ocultar la verdad a personas como el general Ewers o su maestro y amigo, el mariscal de campo Denus. ¡Y no sólo a ellos! Durante los consejos en las planas mayores del ejército de ocupación se subrayaba de continuo que los acontecimientos en el Frente Oriental provocaban una actividad inusitada del movimiento de Resistencia. Todo aquel que quería y podía razonar objetivamente comprendía que por más optimista que fuese la voz del locutor y por más que se las ingeniasen los comentaristas y observadores, el mito de la invencibilidad del ejército alemán se había disipado después de la tragedia a orillas del Volga. La fe en la infalibilidad del Führer había vacilado.

Tanto Denus como Ewers no tenían prejuicio alguno en contra de Hitler. Si el avance de su ejército hubiera sido tan impetuoso como hasta la derrota en las entra-

das de Moscú o a orillas del Volga vociferarían entusiasmados “¡Heil!” y divinizarían al Führer sin prestar atención a las ofensas ni a viejos recelos. Los acontecimientos en el Frente Oriental hicieron que se desengañaran un tanto, pero cuando la campaña se desenvolvió de la forma prevista por ellos todavía antes de la guerra con la Unión Soviética, los dos cayeron definitivamente en la cuenta: el Führer puso a Alemania al pie del precipicio en que estaba a punto de caer.

No obstante, las tentativas del viejo general mariscal de campo de organizar entre el alto mando del ejército alemán un bloque de correligionarios suyos que participaran activamente en la salvación de Alemania del que fuera el peor de sus males, tropezaba hasta ese momento con obstáculos invencibles. El asunto no sólo residía en el peligro mortal que por supuesto correría todo el que ingresara en esa organización. Otros eran los motivos que había para que el alto mando del ejército, incluso los enemigos de Hitler, se negaran a participar en acciones enérgicas en contra suya. Uno de esos motivos eran las obstinadas referencias a ciertas negociaciones entre los representantes hitlerianos y los gobiernos de Gran Bretaña y los Estados Unidos de Norteamérica. Aunque estas negociaciones se prolongaron, sus resultados fueron positivos: ya hacía dos años que continuaba la guerra en Oriente y el segundo frente aún no se había abierto. El viejo mariscal de campo no tenía ningún argumento contra un hecho tan indiscutible. Otro de los motivos era la convicción de que en verano del año 1943 deberían suceder cambios radicales en el Frente Oriental. Esta convicción se veía alentada tanto por las promesas oficiales del Gran Cuartel General de tomarse la revancha por Stalingrado, como por los rumores que corrían acerca de la grandiosa operación que estaba preparando el Cuartel General contra el Ejército Soviético para el verano de aquel año.

Todos los simpatizantes e incluso los enemigos del Führer en el alto mando del ejército alemán esperaban el comienzo de esa operación. Todos sabían a ciencia cierta que la teoría de una guerra relámpago había fracasado, que la guerra se estaba prolongando mucho más de lo esperado y que las fuerzas de Alemania se iban consumiendo. Hacía falta una victoria brillante que no sólo restableciera el prestigio del ejército alemán y levantara

el ánimo de los militares, sino que renovara la fe en un final de la guerra obligatoriamente victorioso y próximo.

Quedaron atrás los meses de mayo y junio, pero la operación prometida en Oriente no comenzaba. En vano casi no apagaba su radio el general Ewers: días enteros, desde la mañana hasta altas horas de la noche, transmitían nada más que marchas militares.

El cinco de julio por la mañana la transmisión empezó en forma inusitada: al principio sonaron trompetas. Su alto y agudo sonido alteró tan inesperadamente el silencio matutino de la casa que el general Ewers, quien en esos momentos se estaba afeitando, por poco se corta. Sin haberse limpiado la espuma de jabón de sus mejillas, navaja en mano, el general corrió hacia la radio.

¡Al fin! ¡La operación esperada con tanta impaciencia había comenzado!

Hablando presurosos, como si uno quisiera adelantarse al otro, los locutores comunicaban que aquel día, a las cuatro y media de la madrugada, el invencible ejército del Vaterland, cumpliendo la orden del Führer, se había lanzado impetuosamente sobre las posiciones del enemigo en dirección a Kursk...

Al mirar el mapa que tenía marcadas las líneas de los frentes, Ewers sonrió satisfecho: sí, él también compartía la opinión de que precisamente allí había que empezar la operación, si se tenía en cuenta que el objetivo final era Moscú.

El sólo hecho de que la información no encubría la finalidad ni la envergadura de la operación, demostraba la plena confianza del alto mando en el éxito de la empresa.

Ewers telefoneó a la plana mayor y ordenó al oficial de guardia que avisara a todos los oficiales que ese día tenían que ponerse el uniforme de gala con todas sus órdenes y medallas. Luego tomó una hoja de papel y escribió el plan del discurso sobre la importancia histórica de la operación iniciada. Tenía la intención de pronunciar ese discurso ante los oficiales en el casino.

Pero Ewers no tuvo la oportunidad de pronunciarlo. Media hora antes de salir para la plana mayor el oficial de guardia le comunicó por teléfono:

— El punto de apoyo diez y siete fue atacado por un numeroso destacamento de guerrilleros que trata de abrirse paso hacia el objetivo custodiado. El primer teniente

Faul pide refuerzos inmediatos porque con los efectivos de que dispone no está en condiciones de rechazar el ataque.

La comunicación fue tan inesperada que el general quedó desconcertado. Ya se había acostumbrado a que diariamente en tal o cual poblado los guerrilleros atacaban a patrullas u oficiales, pero nunca habían atacado puestos fortificados con destacamentos numerosos.

El general ordenó montar en camiones a dos compañías y, acompañado de Lutz, Goldring y el jefe de la plana mayor, se dio prisa para encabezar personalmente la operación de Pontey. Pero los soldados que llegaron para ayudar a Faul ni siquiera entablaron combate, sino que se vieron obligados a cumplir las tareas de simples sepulcristas, porque toda la guarnición del punto de apoyo junto con el primer teniente Faul fue aniquilada. La unidad de los SS que protegía la entrada al túnel no pudo prestarles auxilio: los guerrilleros no escatimaron minas para derrumbar el túnel, o por lo menos su entrada.

Es así como ocurrió lo inverosímil: un puesto fortificado fue aniquilado con toda su guarnición, y el jefe de la división no podía informar al estado mayor del cuerpo de ejército sobre los pormenores del combate e ignoraba los efectivos y paradero del destacamento guerrillero que atacó el puesto de apoyo.

En eso los disgustos del día no se acabaron. Los soldados no hicieron a tiempo de dar sepultura a los muertos, cuando de la plana mayor llegó un motociclista con otra noticia: los guerrilleros atacaron una sección de cazadores que junto con los SS custodiaba el paso entre las montañas, desalojaron de sus posiciones a la guardia y la obligaron a retroceder cuesta abajo.

Eso ya se asemejaba a una guerra.

Dejando una guarnición en el punto de apoyo destruido, Ewers se dirigió más que de prisa hacia el desfiladero principal con el resto de los soldados.

Como el jefe de la compañía había perecido, el parte sobre la situación se lo dio el teniente Grehte, que lo entró a reemplazar. Este contó que el ataque tuvo lugar por la mañana y fue absolutamente inesperado. Se puso en claro que los guerrilleros atacaron de improviso los puestos de vanguardia; se las ingeniaron para neutralizarlos sin armar ruido y luego atacaron el grueso.

Era inútil pensar en una agresión inmediata a los guerrilleros que se habían apoderado del desfiladero, pues, según Grehte, constituían más de una compañía y tenían metralletas y ametralladoras.

Por lo tanto, había que regresar a la plana mayor, elaborar el plan de la operación y ya después tratar de salvar la situación.

Al regresar a Saint-Remis, Ewers se enteró de otros dos ataques más: a la guarnición que custodiaba el puente del río en las cercanías de Saint-Remis y al puesto junto a una pequeña vía del apartadero a diez kilómetros de Chambéry. A pesar del fracaso de los guerrilleros en su ataque a la guarnición del puente, este pequeño éxito en el cúmulo de los reveses de ese día a Ewers le parecía casual.

En semejante situación era ridículo que los oficiales se pusieran los uniformes de gala a la llegada del general.

Ewers estaba irritadísimo. No era para menos: se encontraba frente a operaciones guerrilleras bien organizadas en las que participaron fuerzas bastante numerosas con el triunfo de los guerrilleros en tres de las cuatro ocasiones. Esto suscitó la confusión en la plana mayor y en él mismo. Ewers pensó en lo desagradable que sería informar de lo ocurrido al jefe del cuerpo de ejército, quien, aunque en broma, le había dado el apodo de jefe de la "división de veraneo".

Miller logró tranquilizarle un poco. Por vía de los SS éste había sido informado la noche anterior de que los guerrilleros, cumpliendo evidentemente las órdenes de un centro único, a horas matutinas de ese día habían asaltado no sólo los sectores protegidos por la división de Ewers, sino todas las regiones adyacentes al pie del macizo montañoso. A Miller y a la gestapo se les propuso que intensificaran al máximo la lucha contra los guerrilleros, arrestaran a cualquiera sobre el que recayera la sospecha de estar en relación con ellos y ejercieran todas las formas de represión.

La radio no callaba un minuto en todo el día. Los locutores interrumpían la música de las briosas marchas para animar a sus oyentes con novedades del avance exitoso de las columnas de carros de combate en dirección al poblado de Oljovatka, desconocido para todos, el cual debía abrir el camino al ejército alemán a la ciudad de Kursk. Los informes destacaban que la operación se de-

senvolvía de acuerdo a los planes trazados de antemano, aunque el ejército soviético se resistía vehementemente.

Al anoecer Kubis fue a ver a Heinrich. El Hauptmann estaba de buen humor y ello testimoniaba de que hacía poco se había inyectado la acostumbrada dosis de morfina: sus ojos brillaban, los movimientos eran bruscos y su rostro irradiaba alegre excitación.

— He venido, barón, para quejarme del general Berthold — dijo en tono jocosó en cuanto cruzó el umbral de la puerta —. Cuando me estaba persuadiendo en venir a Saint-Remis, me prometía una vida tranquila y casi pacífica con todas las comodidades. Pero caí en un ambiente que me hace recordar la lejana Bielorrusia.

— ¡Usted no es original, Kubis! Ese descontento suyo lo oigo decir desde nuestro primer encuentro.

— ¡Y seguiré quejándome!

— En cambio tiene buenas noticias del Frente Oriental — objetó Heinrich.

— ¿Buenas? ¿Usted cree?

— ¿No escuchó la radio?

— Justamente porque la estuve escuchando todo el día hasta provocarme dolor de cabeza, justamente por eso no puedo afirmar que las noticias del Frente Oriental sean consoladoras. Usted no es un soldado que lucha en las unidades del frente, sino un oficial del servicio de inteligencia y, discúlpeme que se lo diga, pero usted no comprende algunas cosas: ¿qué opinaría usted si le dijeran que durante todo un día un grupo de choque encargado de efectuar la ruptura de la línea del enemigo ha avanzado cuatro kilómetros librando combates?

— ¡Que el enemigo retrocede y nosotros estamos a la ofensiva!

— ¡Bah! ¡Usted no estuvo en los primeros días de la guerra! Entonces sí que sabría lo que es una ofensiva: por la madrugada oye decir que cruzamos la frontera; por el día, que nos internamos a treinta kilómetros; por la noche le informan que nos apoderamos de la ciudad que está a una distancia de cuarenta kilómetros de la frontera. ¡Eso sí que era ofensiva! Y ahora: cuatro kilómetros en todo el día. Pero ¡al diablo con el Frente Oriental, la radio y todo lo demás! ¡Ya estoy hartó! Al venir aquí no tenía la menor intención de debatir las actividades de nuestro mando. ¿No quiere cenar conmigo, Goldring?

— A decir verdad, no tengo ganas de ir al restaurante.

— Bueno, entonces...— Kubis se calló. En su cara se dibujó una pícaro sonrisa.

— ¿Quería decirme algo? — inquirió sonriendo Heinrich, aunque sabía de antemano de que se trataría.

— Aquí le traigo un`acuse de recibo para cincuenta marcos. ¡Tan sólo para cincuenta, barón! Con todo lo anterior le quedará debiendo seiscientos veinte. ¡Reconozca que no es gran cosa!

— ¿Dónde demonios mete el dinero, Kubis? Perdona que se lo pregunte, pero por simple curiosidad quisiera saber: ¿cómo se las ha ingeniado para gastarse su sueldo de oficial más unos doscientos marcos en el mes y medio que estamos en Saint-Remis. Antes por lo menos jugaba a las cartas...

— ¡Querido barón! ¡Mi querido y, como resulta ser, ingenuo amigo! ¡Si nosotros no hubiéramos caído a Saint-Remis, sino al rincón más alejado de la tierra, donde no hubiera más que cinco o seis casas, de igual modo le podría enumerar treinta y tres formas de gastar cien o más marcos por día!

Heinrich echó a reír:

— ¡Si el propósito de uno es gastarse a toda costa una suma determinada, quizá yo también pueda ingeniármelas! Pero hace falta que eso por lo menos me satisfaga.

— Para mí es un placer ser dueño y señor del dinero y no que éste se adueñe de mí. ¿De qué otros placeres gozo, dígame? Yo aborrezco el trabajo. No sólo el que estoy desempeñando, sino todo trabajo, ¡cualquiera que sea! De las mujeres estoy hasta la coronilla, lo mismo que ellas de mí. ¿Qué es lo que me queda entonces? ¡El vino y la morfina! ¡Y nada más! ¿Para qué diablos ahorrar el dinero? ¿Para que cuando me muera mi único hermano reciba la herencia y diga que fui un alcornoque?

— A mi parecer, Kubis, el trabajo que tiene ahora es interesante.

— Cuando yo estudiaba y me disponía a ser sacerdote para poder salvar con plegarias las almas humanas, éstas, las susodichas almas, me parecían ser mucho más atrayentes que ahora, cuando las envío al otro mundo con los métodos de la gestapo.

— ¡Es usted un cínico, Kubis!

— ¡Llámeme como quiera! La gente de ahora ya no tiene nada de interesante. Le aseguro que sería más

entretenido trabajar en la policía judicial que donde lo estoy haciendo. ¿Qué hay de interesante? Llamas a interrogar a alguien, ejecutas con él toda una serie de pruebas y una de dos: ¡o guarda silencio, o musita algo sobre Francia, el pueblo y la libertad! ¡Eso provoca náuseas, Goldring! Créamelo. Para mí la patria es cualquier restaurante donde dan buena comida y convidan con vinos extra. "Donde se está bien, ahí está la patria", ¿recuerda este aforismo, Goldring? Y aquél muriendo grita: "¡Viva Francial!". Mas Francia ni siquiera conoce su nombre y evidentemente nunca sabrá que fui yo quien lo empujó al precipicio. ¡La gente se ha vuelto muy monótona y aburrida! ¡Hasta la persona a quien usted ama, barón!

— ¿Qué persona?

— ¡No se haga el inocente, von Goldring! Yo sé de esa francesita del restaurante más que usted.

— No lo comprendo, Kubis — con tono hosco dijo Heinrich —. Nos vemos casi todos los días. En situaciones difíciles usted viene a verme sabiendo que gustoso le voy a prestar mi ayuda, y a la vez se guarda secretos de mí... No me los descubra si no tiene derecho a hacerlo, pero entonces le pido que no me venga con indirectas.

Heinrich, ofendido, guardó silencio.

— Es la primera vez que lo veo enfadado, barón. No estoy dispuesto a ocultarle nada. De sus simpatías para con la mademoiselle me he enterado por mera casualidad: cuando decidí arrestarla.

— ¿Arrestar a Mónica? ¿Por qué?

— Reconozca, barón, que si en las tres cartas que le interceptamos a esta ricura ella escribe nada más que del mal tiempo y del aumento de precios en el mercado, aunque está haciendo un tiempo magnífico y los precios se mantienen continuamente altos, ¿puede interesarnos el por qué la mademoiselle se interesa tanto por la metereología y la economía?

— ¿Se cree que es suficiente motivo para arrestar a la muchacha?

— A todo eso añádale lo que diría en el interrogatorio... Pero Miller, al enterarse de mis intenciones, no compartió mi opinión alegando a las simpatías de usted para con la mademoiselle. No sé por qué, pero él le tiene miedo a usted por algo, Goldring. Este es todo el secreto.

— ¿Cuando se proponía arrestarla?

— Hoy. Es que debemos cumplir la orden de intensificar las represiones contra los guerrilleros y sus amigos... Bueno, ¿me da los cincuenta marcos o, en vista de que se ha enojado me va a castigar con una noche de hambre?

— Usted sabe que nunca le he negado nada. Ni se lo negaré. Pero le pido que no oculte de mí lo que a mí me concierne, aunque sea indirectamente.

— ¡Lo que ordene! — a lo militar respondió Kubis —. Considere esto como un porcentaje por el capital que me ha prestado.

— ¡Considérelo simplemente como deber de un amigo!

Después de recibir los cincuenta marcos Kubis salió de la habitación silbando alegremente.

El reloj marcaba las diez menos cuarto y Heinrich bajó al restaurante esperando encontrar a Mónica. Mas la joven no estaba en la sala; madame Tarval le dijo que se hallaba en su cuarto.

— En tal caso permítame que suba a verla. Tengo que hablar con ella. Si alguien pregunta por mí, dígame que salí de casa, hoy no tengo deseos de ver a nadie — le pidió Heinrich.

La noticia de Kubis alarmó muchísimo a Heinrich. Claro que por el momento Miller no se atrevería a hacerle algo a Mónica y Kubis haría todo lo posible por no cerrar el crédito del adinerado barón. Pero eso duraría mientras Heinrich estuviera fuera de peligro. En cuanto la gestapo se interesara por su persona y ocurra algo con él, la arrestarían de inmediato. ¿Acaso no pudo haber perecido durante el bombardeo del tren que iba a Dijón? ¿O cuando acompañaba a Pfeiffer y sucedió la incursión de los guerrilleros? Al enterarse de la muerte de Heinrich, Miller no titubearía ni un instante en echarle la zarpa a la joven y vengarse por tener que haber sido indulgente con ella. No. Mientras no fuese tarde había que salvarla, incluso si tenía que separarse de Mónica.

— ¡Tenga en cuenta, Heinrich, que de hoy en adelante consideraré que poseo el don del hipnotismo! — le sonrió Mónica cuando en el marco de la puerta de su cuarto apareció Heinrich.

— ¿Por qué le ha venido esa idea?

— Porque precisamente estaba pensando en usted.

— Y yo en usted.

— Entonces ha venido gracias a la transmisión de ideas a distancia.

— ¡Mucho quisiera que usted pudiese leer mis pensamientos! — se le escapó a Heinrich y se estremeció al darse cuenta de lo que por poco dice, y cambiando de tono añadió:

— Debemos arreglar un asunto poco agradable, Mónica.

Los ojos de la joven perdieron su brillo, la sonrisa desapareció de sus labios.

— ¡Ha comenzado tan bien... y terminado tan mal! — pronunció ella tristemente —. Yo pensaba que usted vino simplemente a pasarse un rato conmigo, que me estaba echando un poquitín de menos... Asuntos, disgustos ¡estoy tan cansada de ellos! ¡Es como si en el mundo no hubiera quedado nada agradable para mí! Dejemos para mañana todo lo desagradable, ¿eh? ¡Aunque no, me pasaría toda la noche sin pegar un ojo! Será mejor que me lo diga ahora, pero sin largos preámbulos...

— ¡De acuerdo! Sin preámbulos, si así lo quiere. Pero permítame hacerle primero una pregunta: ¿podría usted desaparecer por algún tiempo?

Mónica palideció.

— ¿Debo hacerlo con urgencia?

— Mientras yo esté aquí el peligro no es muy grande. Pero puede que tenga que salir de viaje por un período prolongado, o tal vez para siempre. Entonces...

Heinrich no dijo lo que pasaría entonces, ni Mónica se lo preguntó. Con la cabeza muy gacha la chica hacía pequeñas trencitas con los flecos del mantel. Sólo el temblor de sus dedos delataba su nerviosismo.

— Aún no ha contestado a mi pregunta — le dijo suavemente Heinrich, sintiendo un deseo irresistible de besar con pasión esas manos que temblaban y levantar esa cabecita.

Fue Mónica misma que la levantó.

— Usted... usted ¿es verdad que puede irse... para siempre? — le preguntó con voz apagada.

— Soy militar y nadie pregunta a los militares el lugar donde quisieran estar, en cambio nos envían adonde hagamos falta. En cuanto me vaya de aquí o me pase algo, Miller no tardará en arrestarla. Hoy me he enterado que todas sus cartas son interceptadas y que...

— ¡Oh, Heinrich! — Mónica se sobresaltó. Peño no era miedo lo que se reflejaba en sus grandes ojos, sino tristeza y confusión ante otro peligro: el de perder al hombre que amaba.

Heinrich comprendió sin palabras lo que estaba experimentando la joven en esos momentos. Su corazón también se hacía pedazos de compasión, de dolor e inquietud por ella. Se miraron fijamente a los ojos y de súbito desaparecieron todas las convenciones que había entre ellos, como si en el mundo no hubiese quedado nadie más que ellos, sus ojos y sus corazones.

— ¡Heinrich, vámonos juntos! — dijo Mónica con sencillez, con tanta sencillez, como si hubiesen hablado muchas veces al respecto —. Nos iremos a las montañas, allí nadie nos hará daño. ¡Vámonos mañana mismo! ¡Usted también puede ser descubierto! Porque usted no es fascista, sino amigo nuestro.

Mónica puso sus manos en los hombros de Heinrich. En este gesto de confianza, en su mirada resplandeciente, estaba toda ella: conmovedoramente joven y pura, valerosa en la lucha y en el amor, y a la vez tan indefensa ante este amor y ante el peligro que la amenazaba. Heinrich alzó un hombro y le besó una mano, luego hizo lo mismo con la otra. A Mónica le sonrieron los ojos y continuó hablando seria y vehemente:

— No se imagina, Heinrich, lo grande que fue mi susto cuando comprendí que lo quería. ¡Casi me muero de amargura! ¡Qué terrible es buscar refugio del amor, sentir que este amor te humilla! Pero luego, cuando caí en la cuenta de que usted había dejado a propósito la carta de Leveque de tal manera que yo pudiera leerla, después de lo que pasó en Bonneville; cuando salvó a Ludvine... Y cuando comprendí que usted también me quería... ¿Es cierto, Heinrich, no?

— ¡Sí, Mónica, sí!

— ¡Yo lo sabía, lo sabía desde hace mucho! Sin embargo, ¡cómo me alegran sus palabras! ¡Huiremos a las montañas para no separarnos nunca, nunca! ¿Verdad?

¡Qué convencida estaba de lo que decía! ¡Cómo esperaba un corto "sí"!

Heinrich retiró suavemente de sus hombros las manos de la muchacha, la aproximó al sofá, sentándola en él e hizo lo mismo en un pequeño banquillo a sus pies.

— ¡Yo no puedo hacer eso, Mónica! — dijo mirándola con profundo cariño y tristeza.

— ¿Por qué? — esta pregunta formulada en voz baja, apenas perceptible, sonó como un grito agudo. Gritaron los ojos de Mónica, todo su cuerpo en tensión. Ella se echó con ímpetu hacia adelante para detenerse en el acto en actitud de súplica y esperanza.

— ¡No tengo derecho a proceder así! ¡Compréndalo, Mónica, no tengo derecho!

— ¡Ellos le capturarán sin falta, Heinrich! ¡Oh, qué miedo siento por usted! ¡Todos los días rezo por su suerte, no puedo conciliar el sueño hasta que no oigo que usted ha llegado, tiemblo de miedo cuando sale a alguna parte! ¡A veces estoy dispuesta a volar a la gestapo a que me torturen, como torturaron a Ludvine, que me fusilen, con tal de saber que no le detuvieron, que usted no corre ningún peligro!

— ¡Yo también temo por usted, Mónica, y daría toda mi vida, hasta la última gota de sangre, para defenderla...! Pero a pesar de todo no puedo ir con usted al destacamento guerrillero, aunque estoy seguro que me admitirían.

— Pero... ¿por qué?, ¿por qué, si no está de parte de aquellos que le pusieron este uniforme, sino de parte nuestra?

— Yo tengo mis obligaciones.

— ¡Oh, Heinrich, usted no me quiere! — exclamó con voz desesperada la joven.

— ¡Mónica! — Heinrich le apretó las manos —. Si yo pudiera decirle todo, usted comprendería y no me haría el mal que me está haciendo... Pero no puedo explicarle nada; no tengo derecho. Ni siquiera a usted, aunque le tengo fe y la amo.

— ¡Qué feliz acabo de ser y qué pronto se disipó todo! Bueno, yo no puedo exigir de su corazón más de lo que puede darme... Un poco de cariño, un poco de compasión... ¡y mucho de cuidado!

— No es a mí a quien estoy cuidando, Mónica. Y ni siquiera a usted, aunque para mí no existe otro ser más querido.

— ¡Dios mío, Heinrich, está hablando enigmático! Para mí toda su forma de ser es un enigma. No puedo llegar a comprender quién es usted ni cuáles son sus propósitos.

— Son los mismos que los suyos. Quiero ver libre a mi Patria. Al igual de usted, tengo mi meta, por la cual estoy dispuesto a morir, soportar los tormentos más crueles...

— ¿Por qué no quiere que luchemos juntos?

— Hay diferentes tipos de lucha, y el que me ha tocado a mí es, quizás, el más difícil.

— ¿No me dirá nada para que yo pueda entender, Heinrich...?

— Mónica, usted no debe preguntarme nada por el sólo hecho de que no puedo darle respuesta alguna. ¡Por más que lo desee! Ya le he dicho más de lo que tengo derecho... Pero le prometo que en cuanto termine la guerra vendré a buscarla y le contaré todo. ¡Si tiene confianza en mí y quiere esperarme!

— ¡Lo esperaré, Heinrich!

— ¡Entonces no nos separaremos nunca, estaremos juntos toda la vida!

Los ojos de la muchacha volvieron a brillar de felicidad.

— ¿Es verdad, Heinrich, que no me alvidará incluso cuando se vaya de aquí?

— ¡La encontraré dondequiera que esté! Pero ahora tiene que irse. En nombre de nuestra felicidad. Para que podamos encontrarnos... ¿Tiene adónde ir?

— Bueno, consultaré con mis amigos... pero ¿qué será de usted? A cada paso le amenaza el peligro y yo... ni siquiera tendré noticias tuyas. ¡No podré soportar eso!

— Conmigo no pasará nada. Le prometo ser prudente.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Mónica. Con intención de ocultarlas, la muchacha se puso de pie y acercándose a la mesita que estaba entre la ventana y la pared desenchufó de un tirón el cable de un velador que allí había, después corrió las oscuras cortinas de camuflaje y abrió las ventanas de par en par.

Un aire fresco y aromático, mezclado con el silencio de la ciudad sumida en el sueño, penetró en la habitación. Las casas y montañas se habían escondido tras el velo de la noche, se veía nada más que el grandioso e infinito sembrado de estrellas. Parecía que en el mundo, además de esos dos corazones que latían tan fuerte y dolorosamente, no había más que esas estrellas y ese cielo negro y aterciopelado.

En silencio, uno al lado del otro, estuvieron largo rato parados así, mirando por la ventana.

— ¿Estás llorando, Mónica? — preguntó Heinrich al sentir que los hombros de la muchacha se estremecían ligeramente.

— No, no es nada, mi amor. Lloro porque el mundo es tan maravilloso. Son lágrimas de gratitud, porque vivo en él y porque en él vives tú. Y porque siento un poco de miedo por ser tú y yo pequeños granitos de arena en este inmenso universo.

— ¡Somos su parte integrante, Mónica! ¿No sientes que estamos en todo y ese todo está en nosotros?

En el pasillo se oyeron los pasos de madame Tarval. Mónica se acercó rápidamente al joven.

— Heinrich — dijo presurosa —, ¡bésame! Tal vez mañana o pasado no nos veamos más. Esta será nuestra despedida.

\* \* \*

En ese mismo momento Miller andaba pensativo por su gabinete premeditando detalladamente el paso que, aunque temía, había decidido dar.

Agobiaba a Miller su total dependencia de Goldring. Desde que ese presuntuoso barón le dio a entender que sabía a quien éste había hecho pasar por Paul Chenier, la tranquilidad del jefe del SD quedó definitivamente turbada. Si no fuera por eso, habría arrestado a Mónica hacía rato, aquel mismo día, cuando al hurgar entre los papeles de Saugel encontró los apuntes concernientes a mademoiselle Mónica. Después de su viaje a Bonneville, que tuvo tan rara coincidencia con el ataque de los guerrilleros al convoy con el armamento, él mismo empezó a sospechar de ella. Entonces Heinrich von Goldring lo desconcertó y casi llegó a creer que la muchacha había ido sólo por asuntos amorosos. No es que lo llegara a creer, sino que hizo la vista gorda, sin desear enfrascarse en el particular. Mas ahora lo lamentaba. Saugel fue más hábil y consiguió hallar el rastro de los enlaces entre Bonneville y los dirigentes del movimiento de resistencia local. Si no fuera por su muerte y por la poca precaución de aquel imbécil de la central eléctrica que consintió en ser informador de Saugel, Miller estaría ahora en posesión del material necesario para demostrar que no en

balde era Mónica tan cariñosa con Goldring. Arrestando a Mónica se hubiera enterado de todo lo que hacía falta. Si no fuera por Goldring... El maldito de Goldring que le estaba obstaculizando el paso. El detestable de Goldring, a quien debía adular, lamerle casi las botas por el sólo hecho de ser aquél hijo adoptivo de Berthold y su futuro yerno.

Miller hizo la suposición de haber arrestado a Mónica. ¡Oh, en ese caso Goldring sacaría a luz toda la historia con Bazel, a quien él, Miller, hizo pasar por Paul Chenier y por quien cobró la redonda suma de cinco mil marcos. En este caso no sólo tendría que devolver ese infausto dinero del cual ya no quedaron ni rastros, sino responder además ante el mismo Berthold. No, por el momento iba a dejar en paz a Mónica, pero vigilaría todos sus pasos esperando una oportunidad adecuada.

Miller consideraba que al pasar un tiempo determinado ninguna peritación sería capaz de determinar quien era el que estaba enterrado bajo el nombre de Paul Chenier. Entonces Goldring ya no tendría ninguna prueba material contra él. Pero como si fuera a propósito, todas las circunstancias le eran adversas. ¡Quiso la maldita casualidad de que Goldring cayera justamente en manos del destacamento encabezado por Paul Chenier! Además de Goldring también pudo haberlo reconocido el chófer de Ewers, quien, indudablemente, en su tiempo y sazón había visto la fotografía de Paul Chenier. Era así que los disgustos podían haber surgido por donde menos lo esperaba.

Hubo que liquidar al chófer en una catástrofe automovilística que organizó. Pero eso hizo depender a Miller de Goldring en mayor grado aún. Al oír el cuento de la avería, sonriendo serenamente articuló:

— Cuando muera Pfeiffer nadie sabrá, a excepción mía, que el jefe del destacamento guerrillero es Paul Chenier.

La indirecta fue bien franca y comprensible. Miller tuvo que cerrar el pico.

No, él no podía romper o empeorar sus relaciones con Goldring. Incluso si llegaba a saber a ciencia cierta que Mónica estaba relacionada en efecto con los guerrilleros. Ello dejaría una mancha en la reputación del barón, pues todos sabían de su inclinación por esa bella mujercita. Irritado por eso el fogoso Goldring no tardaría en vengarse de Miller haciendo pública la historia con Bazel.

Se quejaría a Berthold de Miller y lo presentaría de tal manera que habría que pensar en la forma de salvar el pellejo, y no de su carrera.

¡Motivos para reflexionar había de sobra!

Y no en vano reflexionaba Miller. Después de haberlo pensado bien encontró otra salida. Pero ¿no cometía una falta inmiscuyendo en el asunto al propio Berthold? ¡Este no andará con vueltas! ¿Y si procedía así...? Miller se acercó a la mesa, tomó una hoja de papel y escribió una carta cifrada.

“Mi muy estimado general mayor Bertold:

Me atrevo a dirigirme directamente a usted, sin hacerlo previamente a instancias inferiores, porque le siento un profundo respeto a usted y una sincera amistad hacia su hijo adoptivo Heinrich von Goldring, quien con su capacidad, cultura y comportamiento se ha ganado la simpatía de todos los que están en contacto con él.

No obstante, el barón es, tal vez debido a su juventud, una persona muy crédula. De esa facultad suya, propia de la gente noble, puede aprovecharse el enemigo. Yo sospecho que la joven y hermosa hija de la dueña del hotel donde vive el barón se aprovecha de su buen trato y confianza, aunque ella no se lo merece, por cuanto mi servicio dispone de materiales que la comprometen y hacen sospechar que la mademoiselle es simpatizante de los terroristas franceses. Yo no me atrevo a arrestar e interrogar a la mademoiselle, ya que ello echaría una sombra en el buen nombre de su hijo adoptivo. Con esta carta me dirijo a usted para pedirle consejo e instrucción como a su padre y respetado jefe mío.

Siempre dispuesto a servirle.

Con profundo respeto,  
comandante *Johann Miller*”.

Después de releer una y otra vez lo escrito, el comandante se convenció de que la carta era indiscutiblemente digna de ser enviada al alto jefe. La cerró ateniéndose a todas las reglas del envío de documentos secretos, le puso las señales y ordenó al oficial de guardia que el paquete se enviara inmediatamente a Berlín por correo especial.

No obstante, al regresar a casa Miller no pudo conciliar el sueño durante largo rato. Acudía a su memoria renglón por renglón y mentalmente releía todas las frases.

¿Qué ocurrirá si Berthold le pide explicaciones a Goldring? ¿Valía la pena armar este lío?

Poco antes de despuntar el alba Miller se durmió con ese sueño inquieto con que lo hacen las personas que no saben lo que les espera al otro día: el agradecimiento o un castigo severo.

\* \* \*

Antes de comenzar las transmisiones matutinas las trompetas triunfantes resonaron por radio el 6 y el 7 de julio; el 8 ya no se oyeron y el 9 se informó sobre los endemoniados contraataques del ejército soviético. El 10 de julio la palabra "contraataque" desapareció y su lugar lo ocupó toda una frase nueva: "Nuestras unidades combaten encarnizadamente contra el enemigo que ataca". Ewers comprendió que la grandiosa operación prometida desde hace tanto tiempo y ampliamente anunciada había fracasado.

Al oír el último informe de la noche del nueve de julio el general se sintió indispuesto. Guardó cama varios días, mientras seguía escuchando a ratos los boletines informativos. Pero cuando oyó hablar de "la reducción ulterior de la línea del frente" apagó la radio con intención de no volverla a prender más.

En lugar de tomarse la revancha, el ejército del Vaterland había sufrido una nueva derrota de carácter moral que en las circunstancias dadas era más espeluznante que el aniquilamiento del ejército de Paulus.

Cuando Ewers apareció por primera vez en la plana mayor después de su restablecimiento, Heinrich y Lutz se cambiaron sin querer de miradas: el general había palidecido, envejecido y encorvado sus hombros de tal forma que casi no se le podía reconocer. Ese mismo día Lutz envió un telegrama al jefe del cuerpo de ejército en nombre del general. Ewers le comunicaba que se sentía enfermo y pedía que se le proporcionara un permiso de una semana para viajar a París y consultar allí con los médicos.

Esta vez la petición de Ewers fue satisfecha y le permitieron ausentarse ni más ni menos que por una semana.

En vísperas de su partida el general llamó a su oficial para misiones especiales.

— ¿Ha estado usted en París, Goldring?

— No, mi general.

— ¿Qué diría si le propusiera hacerse un viaje por allí por un par de semanas?

— Le estaría doblemente agradecido, señor general. Ello me daría la posibilidad de conocer la “capital del mundo”, como llaman a París, además, y eso es lo principal, me convencería una vez más de sus buenas relaciones para conmigo.

— Yo creo, barón, que debió haber elegido la carrera de diplomático — chanceó el general —. El asunto reside en lo siguiente: durante dos semanas funcionarán en París unos cursillos para oficiales, representantes de las planas mayores de divisiones, regimientos independientes y batallones especiales, donde se estudiarán nuevos métodos de defensa antitanque. Usted asistirá a esos cursos para después comunicar los conocimientos adquiridos a los oficiales de la división. Las clases ocupan tres horas al día, así que no estará sobrecargado, aunque eso es lo que precisamente me tiene algo preocupado...

— Me atrevo a preguntarle por qué, mi general.

— Porque usted es demasiado joven y las parisienses son demasiado bonitas, barón.

— Yo tengo novia, general...

— Sí, sí, ya me lo había dicho... Bueno, hoy prepárese, reciba los documentos y mañana saldremos juntos. Aunque los cursillos han de comenzar dentro de unos días yo quisiera que usted vaya conmigo. Me sentiré muy satisfecho de tener un compañero de viaje tan agradable; fuera de eso, no habrá necesidad de llevar guardia. A propósito, inmediatamente después de mi regreso puede que la división cambie de emplazamiento y se instale en la Barrera del Atlántico. Por eso prepare todo para que en caso de necesidad pueda ir de París directamente para allá.

— ¿Qué le parece si le mando a mi ordenanza que también salga en el coche rumbo a París?

— ¡Por supuesto! Eso le será muy cómodo.

“Llegó la hora de mi separación con Mónica”, pensó tristemente Heinrich, sentado junto al escritorio de Lutz, quien le estaba preparando los documentos.

Heinrich llamó por teléfono a Kubis.

— Quisiera verlo, Hauptmann... Cuanto antes, mejor. Dentro de diez minutos estaré en mi casa.

Cuando Heinrich llegó al hotel Kubis ya lo estaba esperando.

— ¿Qué ha ocurrido? — le preguntó alarmado.

— Nada, excepto el hecho de que me voy por dos semanas a París.

— Ha nacido con la estrella, barón. Si me llamó para que le hiciese mis encargos, tráigame entonces de París unas diez botellas de vino a gusto suyo, confío en él como en el mío propio, morfina y buenos cigarrros.

— Recibirá todo eso pero bajo la condición de que usted tomará todas las medidas para que a mademoiselle Mónica no le pase nada... ¿Ha comprendido?

— No caerá un pelo de su cabeza.

— Si a Miller se le ocurre hablar con ella, mándeme un telegrama de inmediato.

— ¿A qué dirección?

— Por ahora: telégrafo central, lista de correos. Pero en cuanto la sepa se la comunico por telégrafo.

— Cumpliré todo al pie de la letra, mi barón y benefactor.

— Para que después no se justifique diciendo que no tenía dinero para enviar el telegrama, aquí tiene ciento cincuenta marcos.

— ¡Mein Gott \*! ¡Matka boska! \*\*, como dicen los polacos. Después de esto soy capaz de mandarle telegramas todos los días, hasta para notificarle si está en orden el estómago de la mademoiselle.

— ¡Deje de lado esas bufonadas! Mejor será que vayamos a tomarnos una copa de champaña, que tal vez hasta la partida ya no nos volvamos a ver. No le diga hoy a Miller que yo me voy. Mañana por la mañana se lo diré yo mismo.

Después de tomarse con Kubis una copa de champaña y de encargar una cena para tres personas, Heinrich subió a su habitación.

Kurt no cabía en sí de contento cuando se enteró de que también iría a París en coche.

— No sé por qué, pero cuando usted se va y me quedo solo, tengo mucho miedo — confesó.

---

\* ¡Dios mío! (*alem.*).

\*\* ¡Madre de Dios! (*pol.*).

— ¿Temes que Miller te vuelva a llamar para interrogarte?

— Sí — contestó seriamente Kurt.

— Puedes salir mañana por la madrugada. Sería preferible que a mi llegada a París ya estuvieras allí.

Heinrich se pasó la tarde en compañía de Mónica y Lutz. Pero la cena de despedida no pasó como lo había deseado Heinrich. Mónica, como si presintiera la separación, estaba triste y apenas sonreía a los chistes de Lutz. El estado de ánimo de Heinrich también empeoraba a cada minuto. ¡Qué pequeña e indefensa le parecía Mónica!

Al cabo de una hora y media Lutz se despidió con el pretexto de tener que preparar por la mañana temprano unos documentos para el general.

— ¿Cuándo te vas, Heinrich? — preguntó de improviso Mónica cuando quedaron a solas.

— ¿Lo sabes ya?

— Me lo dijo Kurt — con aire de reproche dijo la joven.

— No te lo quería decir hoy para no afligirte antes de tiempo.

— ¡Ha salido peor aún! Me ha causado mucho dolor cuando Kurt, sin quererlo...

— ¡Perdóname! Yo quería que en mi memoria quedara grabada tu imagen sonriente. Entonces no me inquietaría tanto por tí. ¿Harás lo que te he pedido? Quiero que durante mi ausencia te vayas de Saint-Remis.

— ¿A qué hora sales?

— Mañana a las cuatro de la tarde.

— Te prometo que al anochecer ya no estaré en Saint-Remis.

— En ese caso me sentiré tranquilo. En cuanto regrese pediré a madame Tarval que te lo comuniqué...

— ¡Oh, Heinrich, tengo el presentimiento de que nos separamos para siempre! — exclamó acongojada Mónica.

— No hables así, mi amor, te lo ruego, ¡no hace falta! De lo contrario yo también perderé el ánimo del todo, cosa que no me puedo permitir ya que debo mantenerme en forma.

Mónica se rió a la fuerza.

— Ya... ya estoy más animada ¿Estás conforme?

Cuando Heinrich vino para despedirse de Miller, éste aun estaba desayunando.

— ¡Mein Gott, que visita tan temprana y deseada! ¿Qué asunto urgente le ha traído a horas tan tempranas?

— Hoy salgo a París con el general.

— ¿Se pasará mucho tiempo allí?

— Dos semanas... Tengo que concertar con usted un pequeño asunto. Conciérne a mademoiselle Tarval. Quisiera estar seguro de que su interés por ella se limitará a los habituales saludos en la calle. ¿Me ha entendido, Miller?

— ¡Le ha hecho perder la cabeza, barón! No se olvide que tiene novia.

— Y usted es casado, según sus propias palabras...

— Eso fue en la juventud, ¡en la juventud, barón! Ahora no quiero saber nada de eso.

— Yo todavía soy joven, Hans, y considero que entre nosotros existe una verdadera amistad. Los dos estamos muy al tanto no sólo de nuestros puntos flojos y, seamos sinceros, de algunos pecaditos. Por eso es mejor que nos ayudemos mutuamente y no riñamos. ¿No piensa igual, Hans?

— ¡Estoy completamente de acuerdo!

— ¿Me lo promete entonces?

— ¡En cuanto vea a la mademoiselle en la calle hasta me daré vuelta para que no se vaya a quejar de que la miré con rencor! — bromeó Miller.

— ¡Magnífico! Espero que vendrá a la estación a acompañar al general, si no lo es por mí.

— Si no es al general, a usted sin falta — lo corrigió Miller.

El jefe del SD cumplió con su palabra. A las cuatro menos cuarto el jefe de la plana mayor de la división, Miller y Kubis ya estaban en el andén.

Al igual que durante cualquier despedida oficial, todos esperaban impacientes el pito de la locomotora y se sentían molestos. El único que expresaba alegría era Miller. Este bromeaba y le echaba indirectas a Kubis, a quien se le cerraba por dos semanas el banco de crédito a largo plazo.

— ¡Nunca lo he visto tan contento, Hans! — señaló

Heinrich al despedirse. Esa alegría le inquietaba por algo y aumentaba su irritación.

— Me alegra la suerte de mi amigo, quien hará un viaje maravilloso — repuso Miller.

Por supuesto que no podía decirle a Heinrich que el verdadero motivo de su buen ánimo era la pequeña carta cifrada nada menos que de Berthold, en respuesta a la que había escrito Miller acerca de Mónica.

— ¡No se olvide de nuestro acuerdo, Kubis! — hizo a tiempo de decirle en voz baja Heinrich cuando el tren ya había emprendido la marcha.

A la salida misma de la estación había una pendiente bastante empinada y los trenes, no habiendo desarrollado la inercia, se desplazaban allí con mucha lentitud.

Heinrich decidió no entrar en el coche para echar una mirada más a la ciudad que le había proporcionado tantos momentos emocionantes.

Cuando el tren había dejado atrás la última casa, vio de improviso a Mónica. Llevaba puesto un vestido blanco y el cabello suelto, bañada toda ella por los radiantes rayos del sol.

— ¡Mónica! — gritó con alegría Heinrich.

La muchacha se acercó corriendo al vagón y le arrojó a Heinrich un ramo de flores. El tren iba acelerando paulatinamente la marcha y Heinrich se inclinó lo más que pudo para seguir viendo a la joven.

Mónica seguía parada junto a las vías, envuelta en un manto dorado de sol, como si ella misma fuese uno de sus rayos...

Ewers se pasó todo el camino acostado en el compartimiento, levantándose nada más que para comer. Heinrich se sentía complacido de poder quedarse a solas y refugiarse en sus pensamientos, porque en el fondo se sentía inquieto y afligido.

Como el tren se vio obligado a hacer dos altos en su trayecto porque los querrilleros habían hecho volar las vías en dos lugares, llegaron a París al tercer día por la mañana. Kurt no estaba en la estación. Después de acordar con el general que se encontrarían por la tarde, Heinrich se tomó un taxi y apurando al chófer viajó al telégrafo central. Estaba seguro de que Kubis no le comunicaría novedad alguna, por lo tanto con toda tranquilidad extendió su documento a través de la ventanilla con la inscripción: "Lista de correos". Fue grande su

asombro e inquietud al ver que devolviéndole el documento el empleado metió algo en él.

“Saint-Remis”, leyó en la parte de arriba, donde por lo común indican al remitente y la hora del envío, y desdobló lentamente la hoja. Releyó el texto una, dos, tres veces... No, no era un error, no le había parecido. El escrito realmente rezaba: “Tres horas después de su partida camión desconocido arrolló a mademoiselle Mónica quien murió esa tarde sin recobrar conocimiento. Detalles por carta. Haré ofrenda floral en nombre suyo. Kubis”.

## tercera parte





## Hilos finos de un gran ovillo

¡Mónica ha muerto!

La noticia dejó pasmado a Heinrich.

Como un autómatas salió del telégrafo y fue por la concurrida calle olvidándose del taxi que lo estaba esperando. En su derredor bullía la vida y en sus oídos irrumpía la ruidosa algarabía propia de las grandes ciudades, el rugir de los automóviles, las bocinas y timbres que se disolvían en un remolino habitual para los parisienses y tan aturdidor para los novatos que acababan de llegar de los silenciosos rincones provinciales de Francia.

En su camino al telégrafo central Heinrich contemplaba lleno de interés todo lo que lo rodeaba, prestaba ávido oído a esta sinfonía de sonidos tan propia para París que hasta ese día conocía sólo por los libros.

En el camino de vuelta ya no notaba nada. Ante sus ojos tenía solamente dos renglones telegráficos, cuyo terrible contenido no podía llegar a concebir. No podía comprender que en su derredor se agitaba la vida, alumbraba el sol, vivía gente, millones de personas, existía él mismo, pero sin Mónica. Le parecía que con dar unos pasos más iría a verla sin falta entre la muchedumbre: con su vestido blanco, los cabellos sueltos, una resplandeciente sonrisa a flor de labios y un ramo de flores en sus manos, tal cual la había visto por última vez junto a las vías del tren en las afueras de Saint-Remis.

“¡La arrolló camión!...” ¡No, no puede ser! ¡No debía ser!

— ¡Monsieur oficial! ¡Monsieur oficial! ¿Va a seguir viajando o puedo considerarme desocupado?

¡No, no es un sueño! ¡Es la realidad! He aquí el chófer que lo trajo de la estación y que lo está siguiendo lentamente...

Heinrich subió al taxi, y más bien mecánica que conscientemente musitó:

— A la comandancia.

El coche dio vuelta bruscamente. El coche se deslizaba en tramos a toda velocidad, y en otros apenas se movía atravesando las muy transitadas arterias. Con la vista clavada en un punto Heinrich permanecía inmóvil, sin ver nada a su alrededor.

— La comandancia, monsieur — dijo el chófer en voz baja.

Heinrich se dirigió a la entrada, junto a la cual andaban dos soldados alemanes metralletas en mano.

— ¡Bienvenido, señor primer teniente! ¡También acabo de llegar!

¿Quién es? ¡Ah, Kurt!

Sin responder al saludo, Heinrich le tendió en silencio el telegrama arrugado.

Los ojos de Kurt se ensancharon, denotando compasión, pena y terror. De sus labios semiabiertos casi se le escapa una pregunta, pero tragó aire y siguió mirando ese pedazo de papel tan inocente a primera vista. Sus manos temblaban.

Heinrich sintió deseos de apretarse contra el pecho de Kurt y romper en llanto. Estaba privado de lo que más necesita el hombre en el tormento: de un amigo fiel y verdadero, delante del cual no hacía falta dominarse, a quien se le podía confiar todo.

— ¡Señor primer teniente!

En la acera frente a la comandancia se prohibía detenerse. Heinrich respondió sin palabras al saludo del soldado y entró por la alta y maciza puerta de su edificio.

En la comandancia el oficial de guardia le comunicó la dirección de los cursillos y le entregó la lista de los hoteles recomendados para los oficiales alemanes y tres instrucciones mecanografiadas.

— Recomiendo que las estudie detalladamente — le aconsejó despidiéndose el oficial.

De nuevo en taxi; de nuevo esos pensamientos abrumadores e inexplicables. Como un autómatas Heinrich entró en la oficina de los cursillos adjuntos a la unidad, entregó sus documentos, entabló relaciones con alguien, respondió a las preguntas de alguien.

Al igual de los autómatas dirigidos por un mecanismo invisible, todos los actos de Heinrich eran guiados por una pequeñísima e impalpable célula del cerebro que graduaba las dosis necesarias de aspecto despreocupado,

benévola cortesía y diligencia profesional. Hasta el momento de quedarse nuevamente a solas en el taxi que lo llevaba velozmente por las calles de ese desierto donde no había nada, a excepción de sus pensamientos.

El chófer asombrado echaba continuas miradas al espejo observando furtivamente al extraño pasajero que con un breve “¡Siga!” le hacía recorrer sin descanso las calles de París. ¿Quién era ese pasajero? ¿Un borracho, un loco o un criminal que disfrazado de oficial huía de la policía enredando los rastros? ¡Uno mismo podía meterse en algún lío con ese tipo! El chófer frenó resueltamente.

— Monsieur, hace una hora que estamos rondando por la ciudad. Yo trabajo desde la mañana y se me está acabando la gasolina.

— ¿Gasolina? ¿Qué gasolina?... ¡Ah, sí! Lléveme al hotel “Piemont”.

Sólo en ese momento le vino a la memoria de que había mandado a Kurt para que reservara una habitación en el hotel y llevara allí sus maletas. Seguramente ya lo estaría esperando y se sentiría preocupado.

Efectivamente, Kurt lo estaba esperando en el vestíbulo del “Piemont” confuso y alarmado. Hacía una hora que estaba aguardando al señor primer teniente. Había ocupado un apartamento de tres piezas con todas las comodidades..., había calentado el agua en la bañera...

Kurt acompañó al primer teniente a sus aposentos. Allí todo estaba preparado con esmero para el aseo y el descanso.

En la mesita de noche había un cenicero, una caja de cigarros y hasta un sifón frío.

Pero Heinrich ni siquiera notó esta manifestación de atención hacia su persona. Le irritaba de manera insopor- table el sólo hecho de la presencia de Kurt, su aspecto abatido y sus miradas compasivas. ¡Qué ganas tenía de quedarse a solas!

Heinrich se sentó a la mesa y anotó el texto del telegrama para Lutz, pidiendo que éste le informara inmediatamente por carta los pormenores de la muerte de Mónica.

— Envía este telegrama al Hauptmann Lutz.

¡Por fin no había nadie!

Sin quitarse la ropa, Heinrich cayó boca abajo sobre la cama. Ya no era necesario contenerse, ahora podía irrumpir en llanto, hablar en voz alta con Mónica, gritar...

Pero las lágrimas no afloraban a sus ojos y sus labios callaban. Su ser se había petrificado. Sólo su cerebro trabajaba intenso, febril e infatigable.

“Tres horas después de su partida...” ¿Por qué relacionaba Kubis la muerte de Mónica con la partida de Heinrich? ¿Era mera casualidad? ¡Poco probable! Más aun si se tomaba en consideración que la gestapo hacía rato que se interesaba por Mónica. “Tres horas después de su partida...” Por lo tanto hizo a tiempo de regresar a casa y volver a salir en bicicleta. Le había prometido que por la noche ya no estaría en Saint-Remis... ¿Cómo pudo ser arrollada por un camión? ¡La carretera de las afueras de Saint-Remis era ancha y lisa, y Mónica era muy buena ciclista! A lo ancho del camino sin dificultad podía pasar junto a un automóvil no sólo una bicicleta, sino toda una columna de potentes camiones. “Tres horas después de su partida...” ¿Por qué le inquietaban justamente estas palabras? Era como si Kubis quisiera decirle algo más con ellas.

¡Qué enormes deseos tenía Heinrich de ir a Sain-Remis, ponerse al corriente de todo y caer de bruces sobre la tierra fresca y solitaria de la tumba que acababa de surgir. Solitaria porque los amigos no podían ir allí y despedirse de ella como se lo merecía: con salvas.

De improviso surgieron en su memoria las secuencias de una película vista hace mucho. El joven Schors,\* parado junto a la tumba de uno de sus compañeros de lucha, dijo dirigiéndose a los combatientes:

— ¡No habrán salvas de despedida! ¡Tiraremos contra el enemigo!

Sí, él también tirará contra el enemigo! Contra los que la mataron. Ocultará su dolor y su duelo en el corazón. No tenía derecho a revelarlo. No tenía derecho a la vida íntima, al amor, la alegría, la pena y la nostalgia. En especial a esta última, que reblandecía la fuerza de voluntad.

“¡Mónica, tu me ayudarás a superar el dolor!”

Tanto ahí, en París, como en cualquier otra parte, pasara lo que pasara con él, sus parientes o amigos, siempre debía estar en buena forma, porque estaba privado de los derechos más elementales. Tenía nada más que obligacio-

---

\* Nikolay Schors — jefe de regimiento del Ejército Rojo, héroe de la guerra civil de Rusia en los años 1918-1922.

nes. Heinrich había elegido este camino en forma consciente. Sabía lo que le esperaba cuando consintió en llevar por muchos años ese uniforme, y junto con él se puso una coraza invisible que lo separaba incluso de sus propios sentimientos y emociones y encubría su alma, su corazón y su cerebro. En esa coraza no debía haber brechas tras las cuales podía traslucir su propio yo.

“¡Mónica, tú me ayudarás en ello!”

Cuando por primera vez se puso aquel uniforme, el enemigo aspiraba con irrumpir en Moscú. Los hitlerianos estaban completamente seguros de que ese invierno ocuparían la capital de la Unión Soviética. Derrotados en las batallas de Moscú, Stalingrado y luego en Kursk, se vieron obligados a retroceder hasta el Dniéper, para que el amplio obstáculo hidrográfico y una nueva barrera de fortificaciones los salvara de la derrota definitiva. La lucha entraba en su fase decisiva y final.

De él, agente secreto soviético, como de cualquier soldado del ejército en campaña, dependía en cierto grado la aproximación de la victoria.

Al igual que todos debía redoblar sus fuerzas y tirar sin error, a matar.

“¡En ello también me ayudarás tú, Mónica! ¡Porque mis enemigos son también los tuyos, porque el destino de Francia se está decidiendo en el Oriente!”

¡Sí, tenía plena consciencia de dónde y para qué estaba viviendo!

El sabía que la visión de la muchacha de blanco estaría delante de sus ojos cuando le hiciese la corte a la aborrecible Lorchén, a quien odiaba en igual medida que a su padre. Pero era necesario que así fuera. Aunque fuese con el sólo fin de sondear los planes misantrópicos de Berthold.

Sabía que iba a ver el brillo luminoso de los ojos de Mónica cuando, sentado con Miller y ocultando su odio le convidaría con vino y lo distraería con alegres charlas. Eso también era necesario; esa era su arma contra el enemigo.

Sabía que el recuerdo de la pura imagen de Mónica le ayudaría a mantener relaciones amistosas con el impúdico y extremadamente cínico de Kubis, a quien en condiciones normales tendría asco de darle la mano. ¡No había nada que hacer, era necesario que así fuera!

Ese día por la tarde tenía que ir con el corazón compungido a visitar a Ewers, hablarle en tono alegre de cosas que fueran del agrado del general. Debía desempeñar su papel sin cansarse ni equivocarse, ya que el agente secreto, como los minadores, se equivocaba una sólo vez: la primera, que siempre venía a ser la última.

Por la tarde, como habían acordado, Heinrich se encontró con Ewers, quien se había alojado en la villa de su amigo Erich Gunder. El general Gunder había combático en su tiempo en el Frente Oriental, pero cayó en disfavor porque en una de las operaciones en vez de ir al ataque dio la orden de retirada. Después de haberlo degradado rigurosamente, lo trasladaron a París.

La mucama lo condujo a un enorme despacho, que se parecía más a un salón de recepciones en cuyo centro habían puesto accidentalmente un escritorio. El general Ewers estaba en un rincón de esa sala tomando vino junto a una mesita. Evidentemente ya había tomado más de una copa, porque tenía los párpados enrojecidos y algo afofado el labio inferior, lo que daba a su rostro las apariencias de una persona ofendida.

— ¡Tome asiento, barón! ¡Siéntese! — dijo dirigiéndose a Heinrich como a un huésped y no como a un subordinado suyo, llenando hasta el tope otro vaso de vino más.

— ¿Cómo se siente, señor general? ¿Ha consultado ya con los médicos? — se interesó Heinrich.

— ¿Médicos? ¡Al demonio con los médicos! ¡No estamos como para consultar al médico! ¿Ha leído el comunicado de hoy, barón? yo tengo en cuenta el relacionado con el Frente Oriental.

— Lamentablemente es tan desconsolador como todos los de los últimos días.

— ¿Desconsolador? ¡Vamos! ¡Vergonzoso para el ejército alemán! Cuantas esperanzas había puesto en esta operación de verano... A propósito, ¿sabe el efectivo que tomó parte en ella? :más de cuatrocientos mil soldados y oficiales, más de tres mil tanques, casi siete mil cañones, más de tres mil morteros... ¡Había casi dos mil aviones! Y perdimos el combate. Lo perdimos vergonzosamente y con pérdidas colosales. Créame, barón, nuestro Vaterland se está desangrando...

Heinrich escuchaba en silencio, sin perder una sólo palabra. Las cifras mencionadas por Ewers ya no tenían ningún valor. Pero el hecho de que el viejo general cali-

ficase de manera semejante los combates de Kursk era significativo e interesante.

— Esto ya tiene cierto parecido al comienzo de un final inesperado, pero inevitable —. El general guardó silencio mirando al trasluz el vino de la copa. Heinrich esperó con deferencia, como lo hacen las personas menores y de grado inferior.

— Dígame, barón, ¿es usted patriota? No se asombre que le haga una pregunta tan extraña a primera vista. No tengo en cuenta ese patriotismo vulgar que manifiesta en voz muy alta la mayoría de nuestros oficiales.

— ¡Sí, yo amo a mi Patria y estoy dispuesto a dar la vida por ella! — contestó Heinrich sinceramente.

— Yo esperaba una respuesta así.

— ¿Tiene algunos planes respecto a mí, general?

— No, por ahora no. Pero no se excluye la posibilidad de que en un futuro cercano usted tenga que demostrar su fidelidad a la patria.

— ¡Siempre listo!

— Contaré con usted, barón. Ahora discúlpeme, tengo que descansar. Para ustedes, los jóvenes, el viaje de Saint-Remis a París es un placer, en cambio mis viejos huesos piden reposo...

— Con su permiso me retiro, mi general. Le pido tener presente que cumpliré gustoso cualquiera de sus órdenes.

— No tengo la menor duda, querido von Goldring. ¿Dónde se ha hospedado?

Heinrich arrancó una hojita de su libreta de apuntes, anotó en ella el nombre de su hotel con el número del teléfono y se la entregó al general.

— Gracias, señor primer teniente. Lo tendré presente.

Camino del hotel y a solas en su apartamento Heinrich se esforzaba por pensar nada más que en las palabras del general. Era absolutamente evidente que los últimos acontecimientos en el Frente Oriental provocaron el descontento entre los que caían en la cuenta de lo que significaba esa nueva derrota, considerándola un paso más hacia el fin de la guerra, pero un fin muy diferente al que machacaba la propaganda goebbelsiana. Tal vez el punto de vista expresado por Ewers no fuese únicamente el suyo propio. Había que tratar de no perder la confianza del general, porque no se excluía la posibilidad de que ya estuviesen trazando grandes y serios planes con sus amigos.

Extenuado por los acontecimientos vividos, Heinrich se acostó temprano pero no pudo conciliar el sueño. Todas las dificultades y pruebas a que fue sometido en los últimos años ocuparon un segundo plano, cediendo el primer lugar a Mónica.

El sonar del teléfono lo volvió a la realidad.

Llamaba Ewers. Con agitación en la voz y sin el mínimo vestigio de la reciente embriaguez, el general ordenó:

— ¡Preséntese de inmediato!

Cuando Heinrich llegó a la casa donde residía Ewers eran más de las dos de la madrugada. Lo volvieron a acompañar al mismo despacho, en el cual, además de Ewers, estaba el dueño de la villa, el coronel Gunder, hombre alto y un poco encorvado. Después de saludar a Goldring, le echó sin ceremonias una mirada escudriñadora de pies a cabeza y salió.

— Dentro de una hora salgo en avión a Saint-Remis — comunicó Ewers lacónicamente.

— ¿Por qué tan de pronto?

— En Italia hubo un golpe de estado. Mussolini ha sido arrestado. Encabeza el gobierno y las fuerzas armadas un tal Badoglio. Es muy probable que envíen allá a nuestra división... Si eso llega a ocurrir lo retiraré a usted de los cursillos. Antes de partir, en cuanto reciba el telegrama de la plana mayor, pase a ver al general Gunder, tal vez quiera comunicarme algo por escrito u oralmente. Esta misión tiene un carácter especial y no quiero que alguien se entere de ella.

— ¡Pierda cuidado, señor teniente general, la cumpliré!

— Y ahora dígame, barón, ¿cómo valora usted todos estos acontecimientos?

— Yo no soy experto en política, señor general, por lo tanto siempre me atengo al principio de escuchar lo que dicen las personas más razonables y experimentadas que yo.

— ¡Muy buen principio! Me gusta su honestidad, Goldring. No obstante, hace varias horas, en este mismo despacho, detrás de esta misma mesa yo fui demasiado franco con usted y, quizás, hubiera dicho algo de más...

— La charla me ha dejado la impresión de que usted, señor general, es uno de aquellos patriotas que reacciona dolorosamente a los contratiempos del ejército del Vaterland.

— ¿Del ejército? En tal caso no me ha entendido. ¡No es del ejército, barón, sino del mando!

— Perdona, mi general, así es como lo he entendido, pero no me atreví a decírselo — se corrigió Heinrich.

— Semejantes errores hacen que haya quien piense que lo primero que uno hace cuando el barco naufraga es salvar su propio pellejo.

— Sí no me equivoco, así proceden las ratas.

Ewers rió roncamente.

— Es justamente así como califico los acontecimientos en Italia.

— No obstante, y perdóneme la franqueza y el atrevimiento, me parece que el pánico es prematuro y no hay ningún motivo para mirar el futuro con pesimismo.

— Si no lo esperamos de brazos cruzados y lo vamos preparando — con aire significativo añadió el general y miró atentamente a Heinrich —. ¡Ya es hora de salir al aeródromo!

Al cabo de una hora el general Ewers salía de París en un avión especial rumbo a Saint-Remis.

La conversación con el general excitó a Heinrich y despertó su interés. Las indirectas del general confirmaron elocuentemente que ya se tenían trazados algunos planes. Por el momento no los revelaba, pero era indudable que el descontento con el mando era tan grande que hasta el general, siempre tan discreto, no consideraba necesario ocultarlo. ¡Pero eso no era nada en comparación con lo que vendría!

A las diez en punto de la mañana siguiente Heinrich se presentó ante el jefe de los cursillos, el coronel Keller.

— El comienzo de los cursillos se aplaza por un tiempo — le comunicó Keller —. Tal vez sea conveniente que regrese a la unidad y espere la llamada.

— El general Ewers, jefe de la división, salió esta noche de París y me ordenó que esperara aquí; existe la suposición de que nuestra división obtendrá una misión especial y en los días más próximos será trasladada a otra parte, señor coronel.

— ¡Cuando reciba el telegrama, comuníquemelo!

— ¡Lo consideraré como una obligación mía, señor coronel!

— Dígame, ¿no es usted hijo del jefe del regimiento ciento diez y siete Ernst Goldring?

— No, mi padre es el barón Siegfried von Goldring. Ha fallecido y el general mayor Berthold, que trabaja en el cuartel general en Berlín, me ha hecho hijo adoptivo.

— ¿Wilhelm Berthold?

— ¡Sí, señor coronel!

— ¡Oh, entonces transmítale mis mejores votos! Somos viejos amigos y nos conocemos desde la primera guerra mundial.

— ¡No dudo que será un placer para él!

— Espero que no se aburra en París. Ya que se ve obligado a pasarse un tiempo aquí, sería imperdonable perderlo en vano. Si lo desea puedo ordenar que le pasen a máquina las futuras conferencias. Así no tendrá que hacerlo usted mismo cuando empiecen las clases.

— Me siento muy incómodo por causarle tantas molestias, señor coronel.

— ¡Tonterías! He tenido mucho gusto en conocerle, barón, y me alegra poder prestarle un pequeño servicio al hijo de mi viejo amigo. Lo voy a lamentar, señor primer teniente, si en breve lo llaman... Pero en ese caso las copias de las conferencias le serán especialmente útiles. Pienso que a fin de semana ya podrá disponer de ellas.

Por primera vez en muchísimo tiempo Heinrich tenía a su disposición varios días libres y pensaba en ello con angustia y hasta miedo.

Tenía la sensación de haberse detenido después de una impetuosa carrera y de ver que todos los objetos que lo rodeaban pasaban a su lado formando una línea confusa. Viajando por las calles de París nada llamó su atención: las calles, plazas, monumentos, los grandes y pequeños edificios sólo irritaban la vista sin excitar su imaginación ni llamar su interés.

En vano Kurt disminuía la carrera del coche al pasar frente a magníficos monumentos y obras arquitectónicas excepcionales, en vano detenía el coche en las amplias y monumentales plazas exclamando admirado y tratando de que el primer teniente prestara atención a las numerosas vidrieras de las tiendas de antigüedades en la calle Rivoli. Heinrich pasó indiferente por el Arco del Triunfo, echó una ligera mirada a la columna de Vendome y ni siquiera dio vuelta la cabeza para mirar el palacio presidencial en los Campos Elíseos. Le ordenaba a Kurt que siguiera la marcha, sin notar que ya era la segunda o tercera vez que pasaban por la misma calle.

Sin pedir permiso Kurt dobló hacia el Campo de Marte y detuvo el coche frente al puente de Iena, junto a la torre de Eiffel. El ascensor no funcionaba y Heinrich subió por la escalera de caracol hasta la segunda plataforma de la torre. Sin escuchar al guía, quien comunicaba los datos en que el ingeniero Eiffel había construido esta grandiosa obra de trescientos metros de altura y la cantidad de metal y de dinero que se gastó en su construcción, Heinrich salió de la galería de cristal a la plataforma y, acodándose sobre la balaustrada, miró la ciudad que se extendía abajo. Sólo entonces vió París por primera vez. Lo vió no solamente con los ojos, sino con esa mirada interior, por medio de la cual sólo uno mismo es capaz de dar vida a lo visto, completándolo con lo leído sobre esta maravillosa ciudad, loada por los más grandes genios de Francia.

Ahí estaba la catedral de Nuestra Señora de París, por donde caminó en la infancia junto con la frágil y bella Esmeralda de trenzas rubias, llevado por el poderoso genio de Víctor Hugo. Más allá, en las barricadas de la calle Chamberrie moría el alegre Gavroche, valiente y enérgico muchachito, riente y despreocupado hasta en la hora de la muerte. Por aquellos bulevares, tal vez, había pasado el viejo Gorio camino de las villas de sus hermosas pero ingratas hijas. Cerca de allí, de seguro que por la isla de Site, vagaron otrora los alegres y temerarios mosqueteros de Dumas... Allí a lo lejos estaba el cementerio de Pere Lachaise y el famoso Muro de los Comuneros, donde fueron fusilados los últimos defensores de la Comuna de París...

París, bañado por los últimos resplandores de un día de sol, tendía hacia el cielo las agujas de sus catedrales y torres, las cúpulas de sus majestuosos edificios y las columnas de sus monumentos, como si con ese sinfín de manos quisiera retener los rayos del ocaso.

Heinrich quiso subir más arriba, a la tercera plataforma, pero allí había un faro de radio y la entrada estaba prohibida.

A casa regresaron por los amplios bulevares, y fue entonces cuando Heinrich notó su belleza tan singular, imposible de ser transmitida. Durante mucho tiempo no podía comprender qué era lo que le había cautivado tanto, pero de súbito cayó en la cuenta: ¡los castaños! Los tan

conocidos y queridos castaños eran el adorno y el orgullo de su ciudad natal.

Esa noche, en sueños, los vió florecer frondosos, bajo el inmenso azul del pacífico cielo primaveral. Soñó que iba con Mónica por la calle de Lenin. Los blancos pétalos que arrancaban las ráfagas de viento se posaban, después de remolinear en el aire, en los negros cabellos de la muchacha.

Al día siguiente por la mañana Heinrich consiguió en uno de los puestos de libros raros ubicados a lo largo del Sena una guía de París y emprendió un viaje al pasado, tratando de evitar las dolorosas retentivas de aquel día. Lo principal era no pensar ni esperar la carta con tanta impaciencia.

A fines de esa semana Kurt le entregó un gran paquete. Además de la orden de presentarse a la plana mayor de la división en su nuevo lugar de dislocación, en el paquete había una carta de Lutz.

“Querido amigo — le escribía el Hauptmann —, no puedo comunicarte ningún detalle acerca de la trágica muerte de mademoiselle Mónica porque nadie sabe nada, excepto de que fue arrollada por un camión militar. Te compadezco, Heinrich, y espero que tengas fuerzas suficientes para soportar esta gran desgracia. Me siento tan acongojado como tú; bien sabes de mis sinceros sentimientos de respeto y amistad para con mademoiselle Mónica.

Nuestras novedades son las siguientes. La división ya estaba lista para salir hacia el lugar que tú habías visitado, cuando recibimos la orden de partir para otro lugar de destino. El general ordenó que salieses inmediatamente de París rumbo a Modán, y de allí, a través de Pinero-llo, hacia Castel la Fonte. Creo que nos dislocaremos allí. Ten mucho cuidado en el viaje, mas que vas en coche. El clima allí es malo y puedes contraer un resfriado peor del que contrajiste cuando acompañabas a Pfeiffer. ¿Me comprendes? Tenía la intención de escribirte largo y tendido, pero caí en la cuenta de que pronto nos veremos y entonces ¡hablaremos hasta por los codos! Miller pidió que te transmitiera saludos, lo que hago de mala gana porque, para ser sincero, no llego a comprender tu amistad con él. No son celos. Bien sabes el motivo de mi antipatía para con él. ¡Te espero! ¡Ten en cuenta al mal clima! Tu amigo Karl”.

Al atardecer sonó el teléfono.

— ¿Barón von Goldring? — preguntó una voz conocida.

— Sí.

— ¿Sigue interesándose por las copias de Rodin?

— Me alegro si usted llama para proponerme algo.

— En tal caso ¿permítame que pase por su casa ahora mismo?

— ¡Y traiga sin falta la escultura nueva!

Heinrich colgó el auricular. El encuentro con el “anticuario” le interesaba más que nunca. Esperándolo todo ese día no abandonó su habitación y aplazó su partida para el día siguiente.

— Kurt, toma mis documentos y ve a la comandancia para que anoten que mañana por la mañana salimos de París.

Unos diez minutos después de que se fuera Kurt en la habitación entró el “anticuario”.

— ¡Desde ayer que estoy esperando con impaciencia su llamada telefónica! — se alegró Heinrich.

— ¿Ha ocurrido algo?

— Nuestra división es trasladada a Italia. No sé exactamente adónde, pero creo que a Castel la Fonte.

— ¡No está mal! Justamente en el Norte de Italia los hitlerianos se las verán negras. Cuando llegue al nuevo lugar haga conocimiento con la situación y sin perder tiempo comunique las señas... Después recibirá las instrucciones correspondientes. No se pase de la raya y tenga cuidado: el movimiento guerrillero del Norte de Italia es mucho más fuerte que en la región donde ha trabajado hasta ahora. Pueden matarlo a balazos. Y ahora, al saber que le pueden esperar misiones importantes, no se debe arriesgar por nada del mundo. ¿Hay algo más de nuevo?

Heinrich le mostró las recapitulaciones que le dió Keller.

— Ya las tenemos en varios ejemplares — rió el “anticuario” —. Lo más curioso del caso es que los alemanes conocen al dedillo los datos relacionados con los carros de combate que se fabrican en Inglaterra y los Estados Unidos de América. Conocen hasta los famosos tanques Sherman, cuya producción en los EE. UU. está especialmente reservada.

— He tenido una conversación muy interesante con el general — le informó Heinrich e hizo una exposición

detallada de su encuentro con Ewers en París y de sus patentes insinuaciones de la necesidad de salvar la situación.

— ¡Eso es muy interesante! — hizo notar el visitante —. Cada vez crece más la disconformidad del personal de mando con Hitler como comandante en jefe. Hasta es posible un complot. Con tal de salvar el hitlerismo, seguro que habrá quien esté dispuesto a sacrificar al propio Hitler. Es por eso que nos interesan sus charlas con el general y la carta o encargo que le quiere pasar por intermedio de usted el coronel general Gunder. Este, al igual que Denus, está en desfavor con Hitler. No se excluye la posibilidad de que sean peras de un mismo peral.

— Haré todo lo que pueda.

— ¡Parece que las perspectivas de su regreso a la Patria se hacen cada vez más reales y cercanas! Los acontecimientos se están desarrollando con una rapidez vertiginosa.

— Ni siquiera me atrevo a pensarlo, aunque lo daría todo por formar filas en nuestro ejército y pelear en el frente junto con los demás.

— Lo comprendo... pero tanto usted como yo pertenecemos a aquellos que refutan los viejos refranes que rezan que “un ánima sola, ni canta ni llora” o que “una golondrina no hace verano”. A nosotros nos toca lo más difícil: en el campo de batalla estamos a solas con el enemigo, no obstante, debemos proseguir la lucha.

En el cuarto contiguo se oyeron los pasos de Kurt.

— ¡No se deje llevar por la avaricia, barón, no encontrará en ninguna otra parte una escultura semejante! Fíjese en esta línea...— el “anticuario” contorneó cariñosamente con los dedos la silueta de una pequeña figurilla de mujer.

Heinrich se alejó de la mesa, entornó los ojos y fingió admirar la escultura.

— ¡En efecto, causa bastante buena impresión! — asintió por fin y extrajo de su bolsillo un billete que entregó al anciano.

El “anticuario” hizo una reverencia y se fue.

A la mañana siguiente Heinrich llamó por teléfono a Keller para comunicarle de su urgente viaje, luego fue a ver a Gunder. A pesar de que era muy temprano éste lo recibió sin demoras y se disculpó por no haber hecho a tiempo de escribir la carta.

— Comuníqueme al general — le dijo a Heinrich —, que mi salud ha mejorado, aunque necesito un tratamiento prolongado. Dentro de poco le escribiré con lujo de detalles.

— ¿Puedo retirarme, coronel?

— Un momento.

Gunder quedó pensativo echando a ratos miradas escrutadoras al oficial que tenía parado delante suyo en posición de firme y con una expresión impenetrable en la cara.

— Dígale, además...— Gunder miró atentamente a los ojos de Heinrich —. Dígale al general que yo considero muy adecuado para su salud el clima del Norte de Italia. Le aconsejo que aproveche la oportunidad y se ponga en cura...

— Le transmitiré palabra por palabra...

— ¡Ahora puede retirarse!

Heinrich se despidió con una inclinación de cabeza.

A las diez de la mañana el coche conducido por Kurt ya había abandonado el territorio de París y se deslizaba a toda velocidad por la autopista que llevaba a Lyon. Heinrich no hizo a tiempo de desayunar y Kurt aceleraba la marcha para llegar lo antes posible a algún poblado que tenga un restaurante decente.

Por fin a lo lejos surgieron los contornos de la pequeña ciudad Joigny.

— ¿Ordena que pare, señor primer teniente? Camino a París yo almorcé aquí. El restaurante está allí — Kurt mostró con los ojos a una elegante casita de planta baja ubicada a la entrada de la ciudad.

Heinrich miró indiferente a la derecha; de pronto se agarró del volante y frenó impetuosamente.

Junto al restaurante estaba el coche de su futuro suegro.

— ¿Dónde está el general mayor? — preguntó Heinrich al chófer con hombreras de sargento primero.

— ¡No sé! — refunfuñó el de los SS con cara de pocos amigos y echando miradas sospechosas al que le pareció un primer teniente demasiado curioso.

Heinrich ya había puesto un pie en la escalinata con la intención de entrar en el restaurante, pero esta vez le cerró el paso un teniente de los SS.

— ¿Qué quiere? — lo interpeló con familiaridad apartando a Heinrich de la puerta.

— Dígale al general Berthold que desea verle el barón von Goldring.

El teniente miró escrutador a Heinrich y sin decir nada entró en el restaurante.

En el acto apareció Berthold con una servilleta encajada en el cuello de la camisa.

— ¿Cómo caíste por aquí? ¿Qué vientos te traen? — Berthold se echó en los brazos de Heinrich estrechándole contra su pecho.

El teniente que había recibido a Goldring de manera tan poco amable y el primer teniente que salió al porche con Berthold se plantaron en posición de firme a ambos lados de la puerta.

— Mi guardia — dijo Berthold negligentemente al pasar junto a ellos.

En señal de saludo Heinrich apenas inclinó la cabeza, sin siquiera mirar a los oficiales.

— ¡El traje civil le sienta muy bien, mein Vater! — en voz intencionadamente alta pronunció Heinrich y se detuvo para examinar la silueta del corpulento general que vestía un costoso traje gris claro.

Haciéndose a un lado con deferencia, los oficiales escuchaban curiosos la plática. Pero Berthold ya había tomado la delantera y de paso ordenó:

— ¡Señores, mientras mi hijo y yo desayunemos pido que se queden aquí!

Esta vez el desayuno del general duró más que de costumbre. Los oficiales de la guardia escuchaban con envidia el ruido de los cubiertos y las carcajadas de su jefe, evidentemente muy conforme con el encuentro.

— Está muy bien que te vayas al Norte de Italia — consintió Berthold después de que Heinrich le relatará de donde venía y hacia donde iba —. Claro que allí también hay que ser prudente, pero hoy día cuanto más lejos estés de Alemania, tanto mejor... Dos días atrás hice que Frau Elsa y tu Lorchén partieran a Suiza. ¡Deja que esperen allí!

— ¿Se fueron por mucho tiempo? Ayer acabo de escribirle de París una carta a Lorchén...

— La carta se la enviarán. Las incursiones aéreas del enemigo se han hecho más frecuentes y será mejor si por ahora las mujeres no regresan a Munich. A propósito, yo les encomendé que buscasen en Suiza una villa. Eso ya lo habíamos tratado contigo ¿recuerdas?

— Yo también quisiera hacer un aporte...

— No te preocupes. Yo vendí mi fábrica de pan y Lorchén la granja de ustedes. También me quedan ahorros suficientes del Frente Oriental. ¿Has hecho ya el cambio de tu dinero en dólares? ¡Magnífico! Te serán útiles después de la guerra.

— ¡Ojalá termine de una vez! ¡No se imagina las ganas que tengo de estar entre los míos, en mi hogar! — se le escapó a Heinrich.

Berthold lanzó un largo suspiro.

— Los acontecimientos no se desenvuelven como quiéramos — dijo dando fin a un gran pedazo de pescado y poniéndose a comer carne —. ¡Esos malditos rusos echaron por tierra todos nuestros planes!

— No obstante, espero que tengamos fuerzas suficientes para detener su avance.

Berthold se alzó de hombros; en su voz no había notas de convicción cuando le respondió a Heinrich:

— El destino de la guerra depende de la rapidez con que elaboremos la cantidad necesaria de armas nuevas.

— Entonces los rumores acerca del nuevo armamento no son trucos propagandísticos, sino pura verdad? — preguntó Heinrich interesado.

— Los enemigos de Alemania bien pronto experimentarán esta verdad en sus propios pellejos.

— No me imaginó de qué arma se trata, pero me imagino que es algo excepcional... — interpuso Heinrich con aire de ingenuidad.

Berthold miró alrededor, aunque sabía perfectamente de que en el restaurante no había ningún extraño. Bajando el tono de la voz hasta el susurro aclaró:

— Es un arma que estando a disposición de una batería dislocada en cualquiera de los bosques de Baviera puede ir destruyendo Londres tranquila y metódicamente.

Al leer en el rostro de Heinrich un sincero asombro, el general se echó a reír.

— ¡Sí, sí, mi muchacho! ¡Proyectiles voladores! Uno está en las afueras de Berlín y los dirige por radio hacia donde haga falta. Con ayuda de estos proyectiles haremos capitular a todos nuestros enemigos... Por cierto que éste es un secreto que no debes revelar ni a tus amigos más íntimos.

— Casi no tengo ninguno, mein Vater.

El general hizo un gesto amenazador con el tenedor:

— ¿Y la joven francesita de Saint-Remis? ¿Crees que no lo sé?

— A ella, lo mismo que a cualquier muchacha, le interesaban las flores y no los proyectiles... Aparte de eso, varios días atrás pereció.

— ¿Pereció? ¿Cómo?

— Arrollada por un camión...

Si en ese mismo momento Berthold no se hubiese inclinado sobre su plato, habría visto cómo palideció su futuro yerno al notar en el rostro del padre adoptivo una sonrisa maligna y significativa.

— ¡Qué le vamos a hacer! Bebamos por el reposo eterno de su alma — Berthold bebió de un trago el vino de su copa.

Heinrich ni se mojó los labios. Quedaban aún muchos temas que tocar.

— Hasta ahora usted no ha hecho más que formular preguntas, mein Vater — dijo después de un breve silencio —, y no me ha explicado el por qué de su llegada tan inesperada a Francia.

— Las nuevas circunstancias requieren nuevas formas de trabajo. En los SS nosotros tenemos imbéciles de sobra. ¡Hacen de niñeras de los guerrilleros! Meses enteros mantienen a rehenes, ¡en vez de colgarlos a montones y en público! Por eso uno mismo tiene que ponerse en camino y, como dicen, dar lecciones. Pasaré por París y de allí iré directamente a casa. Espero que me envíes tu nueva dirección. Allá, en el Norte de Italia, tengo unos amigos que quiero presentarte. ¿Dónde has dicho que se dislocará tu división?

— En Castel la Fonte.

— ¿En Castel la Fonte, dices? Precisamente allí tengo un buen amigo de mucha influencia. Si el conde Ramoni está en su castillo y no en Roma, podrás conocerlo. Ahora mismo le escribo unas líneas.

Berthold extrajo una libreta de notas y apuntó algo en una de sus hojas.

— Tienes que conocer a Ramoni sin falta. A primera vista parece que no se interesa en la política ni está afiliado a ninguno de los partidos, pero en realidad el conde es uno de los dirigentes del movimiento de los "camisas negras". Es por eso que lo estimamos tanto.

Durante el postre Berthold volvió a hablar de los acontecimientos en el frente. Más de una vez subrayó que

ponía sus esperanzas en el arma nueva, pero aconsejó a Heinrich que estuviera dispuesto a todo y que trazara sus planes para el futuro de acuerdo a las circunstancias.

Cuando ya se despedían Berthold señaló:

— Ten siempre en cuenta, Heinrich, que pase lo que pase debemos enfrentar el futuro como gente precavida y sensata. Reduce los gastos y ahorra los dólares. Tal vez tengamos que trasladarnos todos a Suiza, entonces nuestros ahorros nos serán muy útiles.

“Una rata más se está preparando para saltar por la borda”, pensó Heinrich para sus adentros.

Al despedirse el futuro yerno y el suegro se abrazaron. A último momento, como siempre, Berthold se mostró profundamente conmovido.

— Cuidate no sólo de las balas de los guerrilleros, sino también de las italianitas. Dicen que son muy bonitas. De la francesita, ten la seguridad de que a Lorchén no le diré nada. ¡Quién de nosotros no ha pecado! Aunque pecando trata de ser moderado, no te olvides que te está esperando tu joven esposa.

El primero en irse fue Berthold con su guardia. Heinrich tuvo que esperar hasta que Kurt desayunara.

De nuevo su automóvil partió velozmente hacia el sur.

## En vísperas de misiones nuevas

Heinrich llegó a la pequeña ciudad de Castell la Fonte al anochecer. El sol ya se había ocultado tras las montañas y sólo en las nevadas cumbres del Gran Paraíso aun se reflejaban los rayos color oro rosado. Algo más abajo la montaña estaba ceñida por un denso aro de nubes que parecía cortarla en dos. La parte de arriba, como una corona sostenida por manos invisibles, parecía flotar en el aire. Al igual que las piedras preciosas en las coronas, la cima cubierta de nieve variaba su gama de tonos dorados y rosados.

El Gran Paraíso parecía cerrar el círculo de montes que rodeaba el inmenso valle de frondosa vegetación dividido en dos partes iguales por la cinta de un río de montaña angosto pero turbulento. Mas a la entrada de la ciudad el torrente abatía su carrera, y a medida que se alejaba sus cristalinas aguas se hacían más mansas.

En el ambiente reinaba el silencio propio de la caída de la tarde, cuando ni la más ligera brisa acariciaba la copa de los árboles para no alterar la profunda calma que como siempre impera en la naturaleza en los anocheceres del fin de verano, después de los sofocantes y aun largos días de agosto.

Una barrera larga con franjas blancas y negras atravesaba el camino a la entrada misma de la ciudad, como advirtiendo que la guerra continuaba y que las bombas y proyectiles seguían matando gente y destruyendo ciudades y aldeas, como algo completamente disonante y extraño, y en consecuencia completamente visible.

Al lado, a manera de un repugnante grano en el cuerpo de la naturaleza, se hallaba una casamata. Unos cincuenta metros más allá había otra, después venía una tercera, cuarta, quinta... La pintoresca ciudad que con su encanto atraía hasta hace poco a miles de personas que venían a descansar y tomar el fresco límpido y embriagador, se convirtió con el esfuerzo de otra gente en una singular fortaleza que desarmonizaba bruscamente con todo lo circundante.

Preocupados vagaban por las calles de la ciudad soldados armados, con todos los botones de sus guerreras abrochados, sudados y cubiertos de polvo. De vez en cuando pasaban los camisas negras. Daba la sensación de que en la ciudad no había quedado ningún civil.

La plana mayor de la división se estableció en la calle central, en el edificio que antes fuera un hotel. Heinrich halló el despacho de Lutz y llamó a la puerta.

— ¡Pase! — de detrás de la puerta llegó a sus oídos la conocida, pero en ese momento un tanto enfadada voz.

— ¿Permítame dirigirle la palabra, Herr Hauptmann? — saludó Heinrich llevando la mano a la gorra.

— ¡Por fin! — Lutz se paró de un salto —. ¡Cómo te extrañaba, viajero infatigable!

Tras estrecharse largamente las manos, saludarse y formular las preguntas acerca de la salud y otras que se hacen en estos casos, los oficiales contaron en forma breve todo lo que les pasó desde que se separaron.

Ninguno de los dos pronunciaba el nombre de Mónica, como si temiesen tocar ese tema. Pero Heinrich no resistió.

— ¿Qué más puedes añadir a lo que me has escrito? — preguntó a Lutz en voz baja.

— Todas mis tentativas de averiguar a quien pertenecía el camión que la atropelló resultaron vanas. Miller hizo una pesquisa, pero, según dijo, no tuvo ningún éxito... En los funerales yo estaba con ese tipo repugnante de Kubis. Me causó gran dolor ver que fuera él quien depositaba sobre su tumba una corona en tu nombre. Le dieron sepultura a la puesta del sol, y en una porción de segundo me pareció que las manos de Kubis estaban rojas de sangre.

Heinrich se puso de pie, se acercó a la ventana y por espacio de mucho tiempo se quedó mirando la cima nevada del Gran Paraíso. Lutz no se atrevía a romper el silencio.

— ¿Herr Goldring? — se oyó la voz del general.

Heinrich se dio vuelta. Ewers se hallaba junto a la puerta de su despacho con la gorra puesta. Evidentemente se estaba por ir.

— Sí señor general, regresé de París hace diez minutos.

— ¡Pase a mi despacho!

Sin quitarse la gorra, el general ocupó su lugar habitual tras el escritorio y con un ademán propuso a su oficial para misiones especiales que tomara asiento en la silla de enfrente.

— ¿Qué le ha encomendado mi amigo de París?

Heinrich repitió las palabras de Gunder.

Si la primera frase acerca de la salud de Gunder le cayó visiblemente en gracia, la segunda, que se refería al clima del Norte de Italia y que podía influir positivamente en la salud de Ewers, provocó completamente otra reacción.

— La gente siempre piensa que se está bien allí, donde no está — observó irritado y se levantó —. Le estoy muy agradecido, señor primer teniente. Bueno, ahora descansa porque mañana tendrá que ponerse a trabajar. Tenemos demasiado trabajo.

Lutz esperaba que Heinrich terminara de hablar con el general.

— ¿Qué tal el alojamiento aquí? inquirió Heinrich cuando quedaron a solas.

— Muy mal, como todo lo de aquí. Quería encontrar algo que te convenga, pero no me topé con nada decente.

Esta noche dormirás en mi casa y mañana tú mismo te buscarás algo.

Lutz vivía en el segundo piso del edificio en que tenía su sede la plana mayor.

— Todavía estamos viviendo en condiciones de campaña — aclaró el Hauptmann preparando en el borde de la mesa una simple cena —. Con el tiempo claro que todo se arreglará, pero por el momento comemos donde y como se pueda... Si no estás muy cansado podemos ir al castillo. Su dueño, el conde Ramini, es una persona muy hospitalaria.

— ¿El conde Ramoni? ¿Está aquí?

— ¿Tú le conoces? — se asombró Lutz.

— No, no le conozco pero tengo a su nombre una carta de recomendación de Berthold. Es un viejo amigo suyo.

— ¡Maravilloso! El conde propuso que yo me instalase en su castillo, pero me negué porque tendría que hacer grandes caminatas. Tú tienes coche y podrás alojarte allí.

— Hablas como si estuvieras seguro de que el conde también me propondrá lo mismo que a tí.

— Si no lo hace el conde mismo, de seguro que lo hará su sobrina María Luisa.

— ¿Y qué papel desempeña ella?

— ¡Ya lo verás! Debo prevenirte que la joven sobrina del conde se muere de aburrimiento en ese rincón donde Cristo dio las tres voces, como dice ella. Según su parecer, cuando el todopoderoso creó la tierra, se olvidó de introducir en Castel la Fonte casas de modas, teatros y alegres cafés nocturnos; no envió siquiera a un padre decente a quien se le podría confesar sus pecaditos...

— ¿Son muchos los que tiene?

— A mí parecer muchos más de los que correspondería tener una joven viudita que aún anda de luto. No soy solamente yo quien piensa así, sino todos los oficiales que atraieron la atención de la joven condesa.

— ¡Vaya! ¡Resulta que los agraciados son varios! ¿Tú también estás entre ellos?

— A mí me tiene de reserva porque, según ella, soy demasiado anticuado en el trato con las mujeres. ¡Bah, que se vaya al diablo! Tenemos que hablar contigo de cosas más importantes que de esa aristócrata libertina. Ante todo quisiera prevenirte de la falta de seriedad que te es tan propia y gracias a la cual siempre tropiezas con el

peligro donde es posible evitarlo. ¡No te ofendas ni discutas! El asunto reside en que nos tocó una “herencia” muy mala. Antes de nosotros estaba dislocada aquí una división de los SS. Bien sabes que donde estén los SS la población va a parar al cementerio o a los destacamentos guerrilleros. Además los guerrilleros son mucho más activos aquí que en Francia. Lo único que nos salva es que estén desunidos entre sí.

— ¿Cómo que desunidos?

— No actúan en un frente único y pierden muchas fuerzas en arreglar sus propias discrepancias. Entre ellos hay nacionalistas, demócratas, cristianos, garibaldistas y muchísimos más. Los más empedernidos son los garibaldistas. La mayoría de ellos son comunistas y combaten como demonios. De ello te informará tu amigo Miller mejor que yo. O Kubis. ¡Muy canalla que es, para que lo sepas!

— ¿Acaso no lo sabías?

— Nunca me ha infundido simpatía, pero ahora no lo puedo soportar siquiera.

— ¿Hubo algún motivo para eso?

— Sí. Escucha. Como la escala de lucha con los guerrilleros ha crecido, aquí tenemos nuestro propio hospital para la división. Entre el jefe del hospital, el doctor Matini...

— ¿Un italiano? — se extrañó Heinrich, pues sabía que en el ejército alemán puestos como ese podían ser ocupados nada más que por los alemanes.

— Es italiano por línea paterna. Su madre es aria de pura cepa. Seguro que eso fue lo que se tomó en consideración cuando le designaron jefe del hospital. Además es un cirujano que hace maravillas. Como te iba diciendo, entre Matini, que es una persona muy simpática y de eso te podrás convencer tú mismo, y Kubis se ha desencadenado una verdadera guerra.

— ¡Pero si ustedes acaban de llegar!

— Tuvieron la primera disputa inmediatamente después de nuestra llegada. Kubis le exigió morfina, pero Matini se la negó rotundamente. Ahí fue donde empezó.

— ¡Me imagino como se habrá enfurecido Kubis!

— ¡Pero no te imaginas a que medios recurrió para vengarse de Matini! ¡Que tipo más ruin y vil...! De eso sólo es capaz un gestapista. Sabiendo que Matini tiene un carácter muy blando — ten en cuenta que se negó a darle morfina sólo por razones de puro humanismo — Kubis lo

empezó a citar para que presenciara los interrogatorios; después exigió que el doctor hiciera unos experimentos con los presos. Por supuesto que Matini rehusó categóricamente, y ahora Kubis le está haciendo la vida imposible con chantajes y amenazas...

— ¡No cabe duda de que es una bestia! Pero no te preocupes, yo he traído morfina en abundancia. ¡Que se envenene: en el mundo habrá un canalla menos! Cuando sea poseedor de morfina será más blando también con Matini... Bueno, ¿qué tal Miller?

— No sé por qué, pero tu padre le expresó su agradecimiento desde Berlín y ahora está esperando un ascenso y una cruz. Se ha hecho más descarado aún. Aunque contigo, seguro que se portará como es debido. ¡Ah! ¿Sabes la innovación que tenemos gracias al buen comienzo de Miller? ¡Fíjate en el teléfono!

Heinrich se acercó al aparato telefónico y vio que tenía pegado un letrero con la inscripción: "¡El enemigo te escucha!"

Lutz dijo que a cada paso había advertencias semejantes y que las conversaciones telefónicas se conspiraban rigurosamente. Cada funcionario de la plana mayor tenía sus señales de llamada: el general era el "tío"; al jefe de la plana mayor lo llamaban "papá"; a Lutz, el "novio"; Miller era el "monje"; Kubis, el "padre".

Después de haberse acostado y apagado la luz, Karl y Heinrich siguieron charlando por largo rato, uno tendido en la cama y el otro en el sofá.

Mientras tanto, Kubis corría por la ciudad de un lado para otro en busca de Goldring, de cuya llegada se había enterado por intermedio de Kurt, con quien tropezó en la calle de casualidad. La perspectiva de que el barón no dejaría de cumplir con su promesa y le traería las tan ansiadas ampollas restituyó las agotadas fuerzas de Kubis y lo sacó de su estado depresivo. No obstante, ninguno de los indagados por él pudo indicarle el lugar donde había parado el primer teniente. Sólo a altas horas de la noche se le ocurrió telefonear a Lutz, pero éste, disgustado, le respondió que en su casa no había nadie y le pidió que no molestara dormir.

Kubis vino a casa de Lutz al despuntar el alba. Caminaba a duras penas respirando con dificultad. Tan pronto como entró, se dejó caer en una silla sin saludar a nadie. Sus manos temblaban, el rostro por lo común pálido había

adquirido un matiz azulado y sus hinchados párpados le tapaban casi por completo los ojos.

Al comprender el motivo de semejante estado del visitante matutino, Heinrich, sin proferir palabra, le tendió dos pequeñas ampollas. Los ojos de Kubis brillaron de alegría: agarrando las ampollas extrajo del bolsillo una cajita con una jeringa, la llenó y con procedimientos diestros y acostumbrados se inyectó la morfina. Unos cinco minutos Kubis estuvo sentado con los ojos entornados y la cabeza echada hacia atrás, sobre el respaldo del sillón. Luego empezó a desaparecer el matiz azulado del rostro, dejaron de temblarle las manos, en los ojos se encendió el fuego y en sus labios se dibujó una sonrisa.

— ¡Barón, hasta su llegada estaba seguro de que en el mundo no existían los ángeles de la guarda, pero hoy me he convencido de que los hay y usted es el mío! No sé como se lo recompensaré. A menos que me las pase rezando día y noche por usted cuando me quite este uniforme y me ponga de nuevo la sotana.

— Si los guerrilleros no nos mandan al otro mundo antes de que usted cambie el revólver por la cruz — repuso Lutz con despecho.

— Acabo de inyectarme una dosis suficiente de optimismo para mirar con buen ánimo el futuro —. Kubis se paró enérgicamente y comenzó a medir la habitación a pasos —. ¡Oh, Hauptmann, si usted supiera el placer que uno siente al resucitar de entre los muertos! ¡Que deleite embriagador el sentir nuevamente la pulsación de la sangre en todas las venas y el latir de todas las fibras del cuerpo! Usted nunca se permitirá el lujo de experimentar ese brusco cambio de ánimo. ¡Sentirte morir y al cabo de un minuto saber que todo el mundo te está sometido, que todo ha sido creado para tí!

— Me alegro que no lo he de experimentar nunca. Me repugna esa excitación antinatural.

— ¡Que diferencia tiene si es artificial o natural! Lo principal es estar de buen talante. La manera de conseguirlo es asunto de segundo orden. Los métodos no tienen nada que ver. Lo principal es el efecto. Barón, ¿ha traído mucho de ese elixir milagroso?

— ¡Por ahora alcanza!

— ¿Cuándo me lo dará?

— No haré semejante tontería. Yo mismo le iré dando de a porciones porque veo que usted abusa de las drogas.

Empezó con una ampolla, y ahora ya son dos o tres las que se inyecta. Primero se hacía inyecciones hipodérmicas, ahora intravenosas. Además, nunca lo he visto en un estado como el de hoy. Si fuera indulgente con usted no procedería como un amigo.

— ¡Oh, barón, yo me siento tranquilo porque sé de su buen corazón y manos generosas! Pero deme una ampolla ahora para que no lo persiga y busque como esta noche, a manera de un cachorro que ha perdido la pista.

— ¡De acuerdo, por ser el primer encuentro, aquí tiene una más!

— ¡No le dije que tenía un corazón de oro! Es una pena que deba darme prisa, de lo contrario le cantarí a honor a su llegada una serenata al estilo italiano. ¡Esta, por ejemplo!

Kubis desapareció tras la puerta silbando una melodía napolitana, rebosando animación y alegría, sin parecerse en nada al moribundo que había entrado en la habitación.

— ¡No te llego a comprender, Heinrich! Dime, ¿para qué demonios tratas con este canalla?, ¿canalla hasta entre los miembros de la gestapo! — preguntó disgustado Lutz.

— Para la colección — medio en broma, medio en serio le respondió Heinrich.

Todo el día hubo que trabajar intensamente. A la división acababa de llegar un reemplazo considerable y Ewers mandó que Goldring pusiera en orden los documentos de los oficiales recién llegados.

— ¿Qué grupo especial es el del comandante Stengel? — preguntó Heinrich a Lutz mirando uno de los expedientes.

— ¡El diablo lo sabe! ¡Al comandante ni lo he visto siquiera! Este grupo forma parte de la división de los SS que se dislocaba aquí antes de nuestra llegada. Ahora protege uno de los objetivos, del que están al tanto nada más que el general, el jefe de la plana mayor y Miller. Cuando le pregunté al general acerca de este comandante, me dio a entender que sería mucho mejor si tú y yo no mostráramos ningún interés por este Stengel.

— ¡Pues, al diablo con él! — asintió indiferente Goldring, aunque leyó el expediente del comandante con especial atención. El sólo hecho de que Stengel tenía seis condecoraciones máximas testimoniaba de sus méritos ante el Vaterland.

Al anochecer, después del trabajo, Goldring y Lutz fueron a ver a Ramoni. Lutz había telefoneado por el

día a María Luisa y ésta lo invitó a que viniera a las siete.

El castillo estaba a un kilómetro de la ciudad, sobre una alta roca que, a modo de guardia solitario, se alzaba al pie del desfiladero como vigilando la entrada al valle.

Por lo visto Lutz era bien conocido en el castillo, pues la guardia del portón, compuesta de dos miembros de la organización de camisas negras, no obstaculizó el paso del automóvil. Junto a la entrada principal del castillo, -bajo un pequeño pórtico con columnas, había un camisa negra más.

— ¡Se ve que el conde no se siente muy seguro en su propia patria! — hizo notar Heinrich con tono de burla — ¡Mira que guardia!

— No caigo en la cuenta de las relaciones que existen entre los italianos, ni de todo lo que aquí está ocurriendo. Oficialmente el conde no ocupa ningún puesto; ni pertenece, según parece, a ningún partido, por lo menos así me lo afirmó. Entretanto, lo protegen de los garibaldistas como a una gran persona.

— Evidentemente habrá motivos para eso...

Acompañados por los criados, los huéspedes subieron por los anchos escalones de mármol al primer piso y, después de doblar a la izquierda, entraron en una habitación que tenía gran parecido con una galería de pinturas. Allí no había otros muebles que cómodos sillones y pequeñas mesitas. La distancia que separaba los cuadros que colgaban en las paredes era mínima.

— El conde es un enamorado de la pintura y parece que es buen conocedor de ella — empezó a explicar Lutz, pero se calló al oír un rumor que venía del pasillo.

La puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció un sillón rodante empujado por un fornido lacayo. En el vehículo, recostado sobre almohadas, estaba el conde Ramoni.

La vejez borró los límites entre los decenios hasta tal grado, que a este hombre de edad proveya se le podían dar tanto setenta, como ochenta o noventa años. Sus largas manos con nudosos dedos reposaban débiles en la oscura manta a cuadros. Al tratar de enderezarse, su cabeza se bamboleó inclinándose hacia adelante, como si el cuello decrepito no estuviera en condiciones de soportar su peso. Debido a la ondulada, canosa y espesa cabellera su cabeza parecía excesivamente grande. Tal vez por eso

el pequeño rostro surcado por muchísimas arrugas grandes y pequeñas causaba una impresión tan extraña. En ese laberinto de arrugas móvil e inquieto resplandecían sinietros, como dos soportes fijos que sostenían toda esa entretejadura, los ojos negros y sin pestañas del conde. A pesar de las muecas de su rostro vivaz y pese a las palabras que proferían sus labios, sólo sus ojos quedaban inmóviles, conservando una tranquilidad inalterable, y se parecían a dos brazas de carbón que estaban a punto de apagarse.

Al ver al conde, Lutz y Goldring se pusieron firmes, como cuando entra un jefe.

— ¡Herrschaften, me alegro de darles la bienvenida en mi castillo! — anunció solemnemente el conde en alemán.

— Señor, me plase verle bien de salud — respondió Lutz con la misma solemnidad —, y permítame presentarle a mi amigo, el barón von Goldring.

Heinrich inclinó la cabeza.

— Mi padre adoptivo, el general mayor Berthold, pidió que le transmitiera sus saludos más cordiales. Aunque, por lo visto, él mismo lo hace en esta carta.

Heinrich le tendió un sobre.

El conde leyó rápidamente la carta.

— ¡Maravilloso! ¡Es verdaderamente maravilloso que las circunstancias hayan traído a mi castillo al hijo de Wilhelm Berthold, con quien unos diez años atrás tuvimos tantos asuntos en común! ¿Cuándo ha llegado, barón?

— Si he comparecido hoy ante usted, pude haber llegado nada más que ayer, porque no me hubiera permitido postergar un sólo día tan agradable visita.

— La juventud da derecho a ser desatento para con nosotros, los viejos, por eso aprecio tanto su amabilidad. ¿Dónde se ha instalado, barón?

— Por el momento me valgo de la hospitalidad del Hauptmann Lutz, pero espero que...

— Es poco probable que encuentre algo decente en nuestra pequeña ciudad. Me sentiría eterno deudor del general Berthold si su hijo no encuentra albergue en mi castillo. Mi sobrina María Luisa también. Vamos a verla y ella se lo confirmará.

El conde hizo una señal con la mano y el criado empujó el sillón hacia la puerta. Goldring y Lutz fueron en pos y doblaron a un amplio pasillo que llevaba al ala derecha del castillo.

— Advierta a la condesa que tenemos visita — mandó el

conde a la mucama que le abrió la puerta de una de las numerosas habitaciones.

Pero María Luisa tardaba en venir. Mientras tanto, el viejo conde hizo a tiempo de relatar la historia de varios cuadros que adornaban las paredes de esa habitación, cubiertas de seda celeste. Allí colgaban cuadros de los pintores más modernos, pero a pesar de las explicaciones del dueño era muy difícil comprender su sentido. Aunque se notaba que ni el conde mismo era muy docto en esa pintura: daba explicaciones confusas y con frecuencia su voz dejaba al descubierto notas irónicas.

— No soy muy adicto a toda clase de “ismos” en el arte — reconoció por fin Ramoni —. Pero la condesa, como todas las mujeres, no quiere quedarse atrás en lo que a cuestiones de moda se refiere. A propósito, hela ahí en persona.

Una mujer alta y delgada de unos treinta años entró en la habitación. Llevaba un vestido negro ceñido al cuerpo con mangas vaporosas y transparentes. Al cruzar el marco de la puerta la muchacha alzó sus brazos para arreglar-se el peinado y una ligera muselina negra se desprendió de sus hombros, como dos alas. Evidentemente, el corte del vestido tenía previsto semejante efecto, como también la pose de la condesa, quien retuvo a propósito sus manos junto a la cabeza, mientras sus verdosos ojos entornados miraban atentamente a los presentes.

En la expresión de su rostro, como en todos sus rasgos, había algo artificial: las cejas depiladas, teñidas, finísimas y casi rectas; los labios agrandados con ayuda de un lápiz labial desarmonizaban con el alargado óvalo de su cara.

— Ha sido muy amable, señor Lutz, en haber traído al barón — dijo María Luisa con melodiosa voz y midiendo a Heinrich con una mirada despachada.

— Ten en cuenta, mi niña, que además el barón es hijo de un viejo amigo mío — añadió el conde Ramoni.

— Querido tío, espero que le habrás ofrecido hospedaje al barón.

— Precisamente por eso traje a los visitantes, para que confirmaras mi invitación.

— ¡No solamente la confirmo, sino que pido al barón que no se niegue a la petición que le hacemos mi tío y yo! Sí, sí, se lo pedimos porque... discúlpeme mi franqueza, pero ya se acostumbrará usted a ella, proponiéndole

hospedaje en el castillo yo tomo en consideración no sólo sus intereses, sino los míos también.

— Ni me imagino en qué puedo serle útil, pero me alegro de antemano si es que verdaderamente es así.

— ¡Aquí no hay tranquilidad, barón, y estamos tan solos! A veces hasta sentimos pánico. ¡Sí, sí, el asunto en nuestra bendita Italia llegó a tal punto que en nuestras propias tierras, en nuestro propio castillo, pasamos las noches temblando de miedo!

— Como toda mujer, exageras, María, ¡tenemos paredes bien seguras! Y si perfeccionamos un poco la organización de la guardia... Siendo oficial, barón, usted podría ayudarnos en eso.

— Con mucho gusto daré instrucciones a la guardia, conde, y si es necesario la reforzaré.

— ¡Le estaré muy agradecido, señor Goldring!

— ¿Y eso es todo en lo que puedo serle útil, señora?

— Le propuse ser caballero mío, ¿acaso es poco? Y si tenemos en cuenta que las funciones del caballero son ilimitadas...— María Luisa subrayó intencionadamente las últimas palabras.

Evidentemente la conversación dejó fatigado al conde, porque volvió a acomodar su cabeza en la almohada. Al notar lo, Heinrich y Lutz se levantaron.

— Perdone, conde, que le hemos hecho perder tanto tiempo — se excusó Heinrich.

— ¡Oh, pero no diga eso! Yo soy quien debe disculparse por mi debilidad, que me quita los momentos de tan grata compañía que aún me podría pasar con ustedes. Te encomiendo la visita, María. Muéstrale al barón sus habitaciones. Espero que se sienta a sus anchas, barón, y que en adelante el señor Lutz nos visite con mayor frecuencia.

El conde se despidió inclinando la cabeza y el lacayo hizo rodar el sillón en dirección a la puerta.

— ¿Cenamos, señores, a primero pasamos a ver los futuros aposentos del barón? — preguntó María Luisa cuando se quedaron los tres solos.

— Creo que lo mejor es terminar primero con los asuntos — propuso Lutz.

— El señor Lutz, como siempre es práctico y se basa en la lógica y la razón — profirió burlonamente María Luisa.

— Al contrario, soy demasiado romántico y no quisiera estropearle el gusto al maravilloso vino con que usted

convida a las visitas, pensando en cosas tan prosaicas como ver habitaciones!

— ¡Podemos aunar las dos cosas! Voy a mandar que sirvan la cena en el gabinete del barón y festejaremos allí el estreno de sus aposentos.

María Luisa tocó un timbre y llamó a la mucama para darle unas órdenes a media voz. Luego condujo a los huéspedes al ala derecha del castillo que ocupaba ella.

— Allí vivo yo. Usted, barón, puede disponer a su gusto de estas cuatro habitaciones: el gabinete, la biblioteca, el dormitorio y el salón para recepciones. Quiero hacerle notar una ventaja más de esta ala: tiene una puerta de servicio que da al parque, por lo tanto, puede entrar y salir sin que sea visto por mí.

— En tal caso, temo que nunca me valdré de la puerta de servicio.

María Luisa echó una larga mirada a Heinrich, luego hizo lo mismo con Lutz. Después, durante la cena, siguió coqueteando con los dos oficiales y Heinrich pensó alarmado que no le sería tan fácil como pensaba cumplir con sus obligaciones de caballero de la condesa.

A la mañana siguiente Kurt transportó los efectos del primer teniente a su nuevo domicilio. Ese día Heinrich no vio a los dueños del castillo porque regresó muy tarde.

Sin probar bocado de la cena que amablemente le enviara María Luisa, Heinrich se desvistió en el acto y se acostó con la esperanza de encontrar sosiego en el sueño, liberándose así de los pensamientos abrumadores que no ra María Luisa, Heinrich se desvistió en el acto y se acostó con la esperanza de encontrar sosiego en el sueño,

Heinrich apagaba la luz, que inundaba el cuarto con un resplandor suave de color celeste, y la volvía a encender. Corría de un lado para otro la lujosa colgadura, se acostaba de espaldas, después se ponía de costado, cubierto con la manta hasta las orejas como lo hacía cuando era niño, pero todo le irritaba, le molestaba, le excitaba aun más sus nervios.

No dejaba de pensar ni un minuto en la orden que había leído ese día. En ella el comandante en jefe del ejército alemán en Italia, el mariscal de campo Kesselring, exponía casi literalmente el plan de represión contra los habitantes del lugar ya conocido por Heinrich y compuesto por Berthold todavía en verano. El texto de algunos párrafos coincidía con todo lo que proponía entonces Berthold.

Tanto en aquél, como en éste, decía: "Dondequiera que haya noticias de la existencia de grupos guerrilleros hay que arrestar el correspondiente número de personas en dicha región y en caso le que los guerrilleros hagan uso de la fuerza, los rehenes deberán ser fusilados".

A Heinrich se le grabó en la memoria la frase que pronunció Bertold después de leer ese párrafo:

"El asunto reside en que haya rehenes, el motivo para fusilarlos siempre lo puede encontrar cualquier sargento".

Por lo tanto, el plan de Berthold había sido aprobado y entró en acción. Y tal vez en esos momentos, cuando se hallaba acostado en esa anchísima cama sobre mullidos edredones, morían miles de personas en su Patria, a orillas del Dniéper, en ciudades y aldeas abrazadas por el fuego.

Aquí también, en este pacífico rincón de Italia, se derramaría sangre inocente. ¡Se derramaría a su vista, en presencia suya! Y no podría ayudarles en nada, no podría conjurar las represiones que estaba dispuesto a emplear Miller por orden de Kesselring. ¡Ojalá no tardaran en llegar noticias del "anticuario", por más peligrosas que fuesen!

¡Qué mortecina es la luz que derrama esta bombilla celeste! ¿No sería mejor encender la araña y leer un poco, hasta quedar rendido por el sueño? Heinrich se incorporó y su vista se detuvo en un cuadro grande que colgaba en la pared opuesta. Extendiendo la mano a la cabecera oprimió el interruptor. Una claridad deslumbrante inundó la habitación. Ahora, sin necesidad de levantarse, podía examinar detenidamente el cuadro.

Quizás sería uno de los episodios de la noche de San Bartolomé reproducido por el pintor en un enorme lienzo: la larga pared de una casa, donde se reflejaba el destello de un incendio desencadenado fuera de lo enfocado en el cuadro. Junto a la pared, sobre un charco de sangre, yacía un anciano degollado. Sus ojos petrificados y vidriosos parecían contemplar a Heinrich con fatal indiferencia. De pie al lado del viejo había un hombre gigante con el pecho al aire. Con su mano izquierda tiraba de las trenzas de una joven a quien estaba dispuesto a asestarle un goipe con el cuchillo ensangrentado que empuñaba en su mano derecha. La mujer oprimía contra su pecho a una pequeña criatura desnuda, evidentemente arrancada de su cálida cuna. Los ojos de la madre expresaban horror, súplica,

sufrimientos inhumanos. Toda ella procuraba salvar a la criatura encubriéndola con su cuerpo. Los ojos del verdugo lanzaban llamas de fanatismo, crueldad salvaje y placer sádista.

Durante largo rato Heinrich no pudo arrancar la mirada del cuadro. Súbitamente le pareció que todas las figuras del lienzo cobraron vida. Temblaron las manos de la mujer que defendía al pequeño ser, el asesino seguía con la mano armada en alto... No, no era un cuchillo lo que empuñaba, sino una bayoneta larga y afilada, llena de sangre. El asesino vestía ahora un uniforme de general de los SS. Su rostro también cambió de súbito. Ahora estaba peinado cuidadosamente y tenía bien arreglado los bigotes... ¡Pero si es Berthold!

¡Hay que quitar el cuadro! ¡Si sigue así, acabará por sufrir alucinaciones! Heinrich saltó de la cama y tumbó por descuido una garrafa con agua.

— ¿Qué ha ocurrido, señor primer teniente? — preguntó Kurt entrando a medio vestir al dormitorio.

— Quería apagar la luz y tropecé con la garrafa. Recoge los trozos de vidrio y luego quita ese cuadro que me irrita.

Al salir Kurt, Heinrich se volvió a acostar en la cama y se sintió terriblemente avergonzado: ¡Dejarse llevar así por los nervios! ¡Sabiendo que son tu arma principal, hasta se puede decir, tu única arma! ¡Después de las promesas que te hiciste en París...! Bueno, no pienses en nada, a dormir y no hacerse reproches... A ver, tranquilo, hay que buscarse una posición cómoda... aspirar, aspirar; una vez más... y otra... hasta que la respiración sea regular... Cuenta: uno, dos, tres, cuatro...

Al cabo de media hora Heinrich se durmió, despertando solamente a las diez de la mañana.

— ¿Por qué no me has despertado, Kurt? — le regañó al ordenanza.

— Su sueño era tan profundo, señor primer teniente... Heinrich se lanzó al teléfono.

— ¿"Novio"? ¿Eres tú? Me siento algo indispuerto y voy a llegar un poco tarde. Si el "tío" pregunta por mí inventa cualquier cosa... ¿Que salió por todo el día? ¡Magnífico! Entonces iré a arreglar un asunto con el "monje" y directamente de allí pasaré a verte.

Cuando después del desayuno Heinrich se disponía a salir, al cuarto entró la mucama.

— ¿Me permite quitar la vajilla, monsieur oficial? — preguntó inesperadamente en francés.

— Como no, pero en lo sucesivo resuelva con él los problemas de esa índole — le contestó Heinrich indicando con la cabeza a Kurt.

La mujer echó una ojeada al ordenanza. Kurt enrojeció. El camino del castillo a la ciudad Heinrich decidió cubrirlo a pie tanto para dar un paseo, como para elaborar su línea de conducta con Miller. Lutz tenía razón: el jefe del SD se envaneció demasiado después que Berthold le hubo expresado su reconocimiento. ¿Piensa que se las arreglará sin von Goldring? ¡Hay que darle a entender que no es así! Habrá que echarle de improviso alguna indirecta y comportarse con él en una forma más autoritaria, como le corresponde al yerno de un alto dignatario... Los cobardes como Miller se asustan en seguida.

La ocasión de revelar su carácter se le presentó a Goldring en cuanto se acercó al edificio que ocupaba el SD en las cercanías de la plana mayor.

— ¿Dónde se encuentra el despacho de su jefe? — preguntó Heinrich al centinela que hacía guardia a la entrada metralleta en mano.

— Segundo piso — masculló éste con negligencia, sin mirar siquiera al primer teniente.

— ¿Cómo le contestas a un oficial, bribón? — Heinrich llamó al orden al centinela.

Los gestapistas que estaban por ahí fumando volvieron interesados las cabezas.

— ¡Yo contesté como es debido! — respondió insolente el centinela y sus ojos brillaron burlones.

— ¡Ah, muy bien! ¡Jefe de compañía! — enfurecido llamó Heinrich al suboficial que estaba en el grupo de los que fumaban.

Este dio unos pasos adelante y se plantó en la posición de firme.

— ¡Vaya y dígame a Herr Miller que el barón von Goldring lo está esperando!

El jefe de compañía al punto desapareció tras la puerta. No pasó un minuto cuando allí apareció la figura de Miller. Aparentaba estar sobresaltado:

— ¿Qué es lo que pasa?

— ¡Eso es lo que yo quisiera preguntarle a usted! ¿Cómo es que aquí no son soldados los que hacen guardia,

sino unos groseros que se permiten insultar a los oficiales?

Miller entornó los ojos como un felino. Se acercó al soldado y le estampó una bofetada con tal fuerza que aquél se tambaleó.

— ¡Releven de inmediato a este idiota y métenlo en la cárcel! ¡Yo mismo hablaré con él y le enseñaré cortesía!

Miller cogió a Heinrich del brazo y lo llevó al primer piso, deshaciéndose en el trayecto en disculpas.

— No fue en vano que mi padre me dio a entender durante el encuentro que tuvimos en la carretera que se había anticipado un tanto en expresarle a usted su gratitud — lo interrumpió Heinrich con frialdad. Si no cumplen con sus obligaciones los soldados del SD...

— Barón, una vez más pido que me disculpe; le aseguro que éste ha sido un caso excepcional. ¿Será posible que un idiota que, téngalo por seguro, recibirá lo suyo, pueda echar a perder una amistad sincera y comprobada...— Miller crispó los puños y Heinrich comprendió que en efecto había conseguido infundirle terror.

— ¡Bueno, vamos a considerar que el incidente ya se ha liquidado! — profirió Heinrich indulgentemente.

Entraron en el cuarto que hacía de sala de recepciones de Miller. Además de Kubis y un sargento primero de la gestapo, había allí un hombre de civil. Por la manera de comportarse, Heinrich comprendió que no era un arrestado. Una rápida mirada escrutadora bastó para grabarse en la memoria los rasgos característicos del civil. Resaltaban en particular sus cejas, extraordinariamente anchas y pobladas que, pendiendo, le tapaban casi los ojos.

— ¡Acompáñelo y que salga por la puerta lateral del patio! — ordenó Kubis al sargento primero y se lanzó al encuentro de Heinrich.

— ¡Barón, me alegro de darle la bienvenida en nuestro templo de justicia y castigo! — exclamó con su habitual tono de bufón.

— Usted prometió rezar por mí día y noche, pero espero que no sea en este templo.

— ¡No, en este templo celebramos otras misas! — rio cínicamente Kubis —. Y mi papel es más bien el de un demonio tentador. Bueno, dejémonos de bromas que mi corazón se muere de impaciencia. ¿Ha traído?

— Una ampolla, como se lo prometí.

— ¡Mil gracias, señor! — dijo Kubis haciendo una exagerada reverencia y salió. Heinrich se dirigió al despacho de Miller.

— Sabe, Hans, ayer pensé mucho en la orden del mariscal de campo Kesselring, de la cual he tomado conocimiento. ¡Temo que ahora va a tener más trabajo! — empezó Heinrich dejándose caer en un sillón frente a Miller.

— Esta orden me dará libertad de acción; ya no habrá necesidad de andar con ceremonias con esos brutos que llaman población local. Estoy seguro que todos ellos o son guerrilleros o les prestan su ayuda. ¡Se figura: al día siguiente de mi llegada tirotearon mi coche y mataron al chófer!

— ¿Y qué medidas ha tomado usted?

— Todavía no disponemos de las fuerzas suficientes para una operación notable, ¡pero pronto las tendremos! Y con usted, Heinrich, organizaremos una magnífica cacería de macarroneros. Por el momento he concentrado mis esfuerzos en reclutar agentes entre los habitantes del lugar.

“Por lo visto el de las cejas pobladas es uno de ellos” — pensó Heinrich.

— Pero yo le he invitado completamente por otro motivo. ¿No le ha dicho nada el general?

— No.

— ¡Ya lo sabía! No obstante, me había prometido pensarlo y consultar con usted. ¡Claro que a él le da igual que yo me desvele por las inquietudes que cayeron sobre mí!

— ¿Y usted quiere que yo le sirva en calidad de somnífero?

— No se burle, Heinrich que no estoy para bromas. El asunto consiste en que en base a las conversaciones sostenidas con usted yo le propuse al general que le transfirieran a usted a trabajar con nosotros. ¡Su ayuda me es completamente indispensable!

— ¿Ha tocado el tema sin consultar conmigo?

— No podía perder tiempo, porque además de mis obligaciones habituales me impusieron una más, tal vez la más difícil de todas: la guardia exterior de un objetivo muy importante, del cual no tengo la más mínima noción.

Miller mostraba estar tan preocupado que Heinrich sonrió involuntariamente.

— Le aseguro que no me causa gracia. De forma ofi-

cial me advirtieron que respondía con mi cabeza por ese objetivo, aunque mi servicio lleva a cabo nada más que la guardia exterior. La interior está a cargo de un grupo especial encabezado por un tal comandante Stengel...

— No puedo llegar a comprender qué es lo que usted quiere de mí: ¿que averigüe de qué objetivo se trata?

— Yo quería que usted se ocupara de esa guardia.

Heinrich se quedó pensativo. No había obtenido permiso del “anticuario” para pasarse al SD, por lo tanto no podía aceptar la proposición de Miller. Pero se trataba evidentemente de algo muy importante, si ni a Miller ponían al tanto de lo que debía proteger.

— ¿Qué opina de mi proposición?

— Tengo la costumbre de pensar bien antes de decidir.

— De este paso suyo hemos hablado hace mucho con usted y considero que ha tenido tiempo suficiente para pensarlo bien.

— Aquella conversación fue global y ahora me está proponiendo algo muy concreto. Antes de aceptar la proposición debo tener una noción aunque sea aproximada de mis futuras obligaciones y ver el objetivo...

— Nada más que su parte exterior...— le recordó Miller.

— Lo que usted pueda enseñarme. Yo sopesaré todos los pros y los contras y luego le daré la respuesta. Comprenda que yo tampoco quiero poner en riesgo mi cabeza.

— Entonces veamos hoy mismo ese malhadado objetivo.

— ¿Está lejos de aquí?

— A unos tres kilómetros.

El objetivo que tenía tan preocupado al jefe del SD estaba situado en un valle, junto al dique, casi al lado mismo de Castell la Fonte. Conducía a éste un camino muy sinuoso y ello daba la impresión de que la distancia era mayor, aunque en realidad viajaron unos tres kilómetros, no más.

El estrecho camino asfaltado serpenteaba por entre las escalas y a tramos parecía precipitarse en un abismo; luego se volvía a empinar y, de súbito, haciendo un semicírculo inesperado, se veía obstruido por un gran portón de acero que estaba como empotrado en una alta pared de piedra. A ambos lados del portón se alzaban dos enormes casamatas de hormigón.

Ya desde su despacho Miller telefoneó a cierto “sobriño” y le comunicó que salía en el coche con tal número

de la chapa de matrícula, acompañado del primer teniente von Goldring de la plana mayor. En cuanto el automóvil se acercó al portón, de la casamata salió a su encuentro un oficial. Este revisó minuciosamente los documentos de Miller y Heinrich y volvió a entrar en la casamata. El portón se abrió automáticamente y del mismo modo se cerró ni bien hubo pasado el coche.

— Ahí tiene enterito todo el objetivo ¡que lo parta un rayo! — echó votos Miller señalando a otra pared que se alzaba a unos treinta metros de la primera. Formando un amplio pasillo las dos contorneaban una depresión. Junto a la primera pared, del lado que daba al interior, se hallaban las casamatas distribuidas a distancias iguales, de donde los soldados observaban el terreno. De la otra pared que ocultaba el propio objetivo, asomaban las bocas de múltiples ametralladoras. A lo largo de aquélla se extendía un alambrado de púas, tras el cual andaban de un lado para otro los soldados de los SS.

— Este anillo externo es el sector que se nos encomienda — aclaró Miller —. Termina en el alambrado de púas. Lo demás ya es cosa de Stengel y su grupo. Como ve, no hay nada de complicado. Usted no tendrá mucho trabajo.

— ¡Ah, así que éste es el motivo por el cual se esfuerza en deshacerse de él! — sonrió Heinrich —. Bien, hagamos un recorrido de nuestro sector para saber por lo menos su extensión.

Miller condujo lentamente el coche a lo largo de la pared interior. Heinrich la observaba en silencio. Además de pequeñas puertas, a través de las cuales pasaba seguramente la guardia, en las partes del norte y sur había portones semejantes a los que habían pasado en el coche a la entrada del objetivo.

— ¿Qué ha decidido, Heinrich? — preguntó Miller cuando estuvieron de regreso en la ciudad.

— Le prometo pensarlo. El asunto es demasiado serio para decidir a la ligera. Si a un comandante del SD como Miller, participante de la famosa insurrección armada, no le dicen nada del objetivo que debe proteger, le aseguro que se trata de algo más complicado que de una fábrica de aguas gaseosas, incluso con almíbares frutales. No cabe duda que asumir su custodia es arriesgar la cabeza.

Miller suspiró y ya no volvió a insistir en una respuesta inmediata. Guardó silencio hasta que llegaron a Castel la Fonte.

— ¿Qué le parece si le encomendamos esta misión a Kubis? — Miller echó una mirada interrogativa a Heinrich.

— Rumamos el asunto cuando tengamos las cabezas frescas y verá que entonces encontraremos la mejor solución.

El coche se detuvo junto a la plana mayor y Heinrich descendió con la promesa de pasar a verle a Miller al día siguiente.

— Una carta para tí — le comunicó Lutz cuando Heinrich entró en su despacho.

Heinrich se fijó en los sellos, que eran varios. El primero era suizo.

“Haré a tiempo de leerla después”, decidió Heinrich, metiéndose negligentemente la carta de Lorchen en el bolsillo.

## Conversaciones confidenciales

Heinrich no dio a Miller su consentimiento de trabajar en el SD ni al otro, ni al tercer día. Viendo que aquél empezaba a experimentar nerviosismo, se inventaba un sinnúmero de motivos que, según decía, le impedían tomar una decisión definitiva. Heinrich dudaba. La proposición de Miller le daba la posibilidad de tener al alcance de la mano un objetivo muy importante, pero en definitiva le impediría cumplir otros cometidos. Era difícil determinar cuáles serían, porque el “anticuario” seguía sin dar noticias.

Al cuarto día, teniendo tiempo de reserva, Heinrich salió con la decisión de cubrir, como de costumbre, el camino hasta la ciudad a pie. Estos paseos matutinos constituían su único descanso, ya que se pasaba días enteros trabajando en la plana mayor.

Todos los días al salir del castillo camino del trabajo, Heinrich abrigaba la esperanza de tropezar con el que esperaba con tanta impaciencia, o con alguien que vendría de parte suya. En vano fijaba su mirada en los transeúntes que iban a su encuentro. Ese día también ya estaba por llegar a la ciudad sin encontrarse con nadie. Delante suyo se perfilaba la figura de un camisa negra.

Irritado porque sus ilusiones se vieron frustradas una vez más, apuró el paso. Luego observó más de cerca al

peatón. ¡Qué extraño! Había algo muy conocido en aquellos hombros algo encorvados y en la postura de la cabeza. ¿Sería posible?

Temiendo dar crédito a sus suposiciones Heinrich se puso a silbar una frase musical de la polonesa de Chopín. Ese era el signo convenido para llamarse mutuamente la atención. El camisa negra fue aminorando la marcha y Heinrich se puso a su altura... No, no se había equivocado, jera el "anticuario"!

Aunque se conocían personalmente, pronunciaron las palabras de la seña, porque para ellos sonaban como un saludo en la lengua materna. Acto seguido el primer teniente del ejército alemán y el oficial de los camisas negras prosiguieron el camino juntos.

— Tenemos el tiempo muy limitado, por lo tanto escuche atentamente y no me interrumpa — dijo el que iba con Heinrich —. Según los informes de que disponemos, por aquí cerca hay una fábrica que elabora equipos de radio para los aviones-proyectiles. Esta es el arma nueva de la que tanto hablan y mencionan los periódicos. Su misión consiste en averiguar donde se encuentra y conseguir a toda costa los planos, o por lo menos los datos del sistema de mando y la longitud de la onda de radio. Teniendo en cuenta lo difícil de esta misión y la importancia que tiene, no le encomendamos nada más. Lo único que usted debe hacer es cuidarse de que los garibaldistas no le peguen un tiro. Obre a su criterio, pero con mucha más prudencia que en Saint-Remis.

— Me propusieron trabajar en el SD. La comitiva reside en que me tome la responsabilidad de custodiar un objetivo tan secreto que ni el jefe de los SS sabe lo que allí elaboran. A mi cargo estaría solamente la guardia exterior, porque la interior corre por cuenta de un grupo especial de esesistas.

El compañero de Heinrich se quedó pensativo.

— No acepte esa proposición. El asunto es que al Norte de Italia hay otra fábrica que elabora piezas para aviones-proyectiles. Pero nos interesa menos que la que acabo de mencionarle. Si acepta la proposición puede quedar privado de la posibilidad de cumplir con la misión. ¿Donde se encuentra el objetivo, cuya guardia le proponen?

Heinrich le contó todo lo que sabía.

— Es difícil determinar si se trata del objetivo que nos interesa, o no. Por eso niéguese y tenga en cuenta que

ésta es la misión más importante que se le ha encomendado hasta ahora. Ya debemos separarnos. El enlace es el mismo. Hasta la vista. ¡Le deseo éxito!

El oficial de los camisas negras hizo la venia y torció hacia la primera calleja. Heinrich siguió lentamente su camino reflexionando en su nueva misión.

¿Por dónde empezaría?

El hecho de que en el Norte de Italia había dos empresas parecidas complicaba considerablemente la cosa. Si se cometía un error desde el principio, podía perderse mucho tiempo para entablar conocimiento con gente que pudiese proporcionar información. Más tarde se podía establecer que la fábrica no elaboraba equipos de radio, sino otras piezas. No, no tenía derecho a semejante pérdida de tiempo. Había que saber a ciencia cierta qué era lo que se producía en la fábrica, y después poner manos a la obra. ¿Pero cómo hacer para averiguarlo? Probablemente Miller supiese algo, pero él siempre obraba con astucia. ¿O tal vez quisiera deshacerse de la responsabilidad? ¿Para qué jugarse su propia cabeza si podía poner en juego la de otro? Semejantes tretas eran muy propias de Miller. Aunque sería mejor si se despojaba de todo presagio hasta disponer de hechos que le ayudasen a sacar algo en limpio. Por ahora tenía a su disposición sólo un hecho indiscutible y comprobado: en las cercanías de Castel la Fonte había una fábrica secreta. Eso era muy poco. Nada más que el punto de partida.

Por el momento había que averiguar el por qué Miller ardía en deseos de quitarse de encima la responsabilidad de proteger la fábrica y luego trabar amistad con Stengel. Estos eran dos eslabones de una misma cadena.

Por el día, aprovechando de un rato libre, Heinrich pasó por el despacho de Miller.

— Acabo de telefonearle — profirió el jefe del SD en calidad de saludo.

— Evidentemente tengo bien desarrollada la intuición, pues la decisión de venir fue inesperada hasta para mí mismo. ¿Hay algo de nuevo?

— Sí, lamentablemente.

— ¿Por qué lamentablemente?

En lugar de responder Miller le tendió una hoja de papel.

Era un documento secreto del jefe inmediato de Miller remitido por el estado mayor del cuerpo de ejército, me-

dante el cual le prohibían categóricamente transferir sus poderes de la protección del objetivo a otra persona, subrayándose en él que la guardia de la fábrica citada era un cometido importantísimo y encomendado personalmente a Miller.

— Usted no debía haber escrito al estado mayor sin mi consentimiento, pues ahora me siento muy incómodo, como si me hubiera empeñado en ocupar ese cargo y me lo hubiesen negado.

— Palabra de oficial que al escribir no mencioné personalmente a nadie, ni a usted ni a Kubis. Yo me basaba en que estaba muy ocupado con otras cosas y les pedía resolver este problema en principio.

— ¡No comprendo! ¿para que necesitan dividir la responsabilidad de la guardia de un objetivo entre dos personas? Que responda por todo el comandante Stengel, a quien, a propósito sea dicho, nunca he visto.

— ¡Figúrese que yo tampoco! Cierta vez lo llamé por teléfono y le propuse entrar en contacto, pero pretextando que se sentía mal se negó a tener encuentros los días más próximos. Prometió que él mismo me llamaría por teléfono, pero hasta ahora...

— ¡Eso ya es una grosería!

— El único que lo ha visto es Ewers. Aunque no, miento. Me han dicho que hizo varias visitas no sé por qué asuntos al jefe del hospital.

— ¿A aquel medio italiano, medio alemán? ¿Matini, si no me equivoco? No recuerdo quien me ha hablado de él, pero se lo caracterizó como una persona muy interesante y un cirujano excelente. ¿Es cierto eso?

— Como cirujano es verdaderamente excelente, pero en lo que se refiere a otras cualidades... Si una persona trata de mantenerse lejos de nosotros, los funcionarios de la gestapo, tenemos toda la razón del mundo para interesarnos por ellos. Sin falta haré que sea vigilado. A propósito, cuando conozca a Matini, ¡hágame un favor!, deme una característica detallada y objetiva de ese tipo.

— Temo que no será muy pronto. Por ahora no pienso recurrir a los servicios de los médicos. ¡Claro que si no me pegan un tiro los guerrilleros! Bueno, dejemos de gastar palabras en ese Matini.

— Tiene razón, ¡como si no tuviera otros rompecabezas! Digamos la fábrica...

— Ahora, cuando el problema de su guardia se ha deci-

dido definitivamente y no tiene motivos para ocultarlo, dígame, Hans, ¿por qué tenía tantas ganas de desprenderse de la responsabilidad por la fábrica?

— El asunto consiste en que al encomendarme la guardia exterior del objetivo, me previnieron de que tenía que tomar medidas para reforzarla, porque en vísperas de nuestro arribo aquí, en la fábrica, fue descubierto un volante comunista. Como ha podido convencerse, con la guardia que tiene ni un ratón puede escurrirse desapercibido de su guarida. No obstante, alguien pasó un volante. ¿Qué deducción debe hacer una persona que razona lógicamente? Pues la que yo hice: ¡si algo penetró en la fábrica sin que alguien lo notara, de la misma manera podrían llevarse algo de allá! Ese “algo” puede ser precisamente el secreto que se custodia tan rigurosamente. ¡Y Miller tendrá que responder por ello!

— ¡Y usted, mi generoso amigo, decidió hacerme una cochinada: persuadirme a que me hiciera cargo de la guardia!

— No se olvide, Heinrich, que este objetivo está bajo el control personal del general mayor Berthold. Usted no tendría que responder tan severamente como yo.

— ¿De dónde ha sacado que está bajo el control de mi padre?

— El parte que contiene las medidas a ser adoptadas para reforzar la guardia exterior tiene que ser enviada a dos direcciones: al mando del cuerpo de ejército y a la sección subordinada a Berthold.

— Con usted también sería benévolo mi padre. Por el servicio que le ha prestado...

— ¿Se lo ha dicho el mismo? — Miller miró a Heinrich de una manera extraña.

— Me he enterado por intermedio de Lorchen. Precisamente hoy he recibido una carta que contiene unas líneas que le atañen directamente a usted.

Heinrich extrajo una hoja de papel, buscó el lugar necesario y leyó con voz indiferente: “Además de la gratitud de papá, transmítele a Miller también mi agradecimiento. El sabe por qué.”

— ¿No sospecha por qué mi futura esposa le expresa a usted su agradecimiento?

— ¡Claro que sí! ¿Y usted?

— ¡Sería extraño si Lorchen tuviera secretos de su novio! — respondió Heinrich con aplomo.

— ¡Oh, me alegro de que lo haya tomado así! Para ser franco, me sentía algo cohibido... Pero, ¡reconozca que ha sido un trabajo limpio! Fuera del chófer, a quien tuve que enviar al Frente Oriental, nadie sabe ni sospecha nada. Excepto Berthold, claro está.

A Heinrich se le heló la sangre.

— Aunque es usted un maestro para asuntos de esa índole, no me imagino ¿cómo pudo organizarlo todo?

— Desde que el general mayor me envió una carta proponiéndome sacar del medio a mademoiselle Mónica sin arrestarla, siempre tenía un camión listo para partir en cualquier momento. Yo sabía que la mademoiselle paseaba con frecuencia en bicicleta.

— Sí, claro...— dijo conteniéndose apenas Heinrich.

— Yo no esperaba que todo fuese tan simple y tan fácil. El mismo día que usted salió a París, mademoiselle Mónica también se dispuso a partir a alguna parte, porque en la bicicleta tenía sujeto un bolso con sus bártulos. En cuanto me comunicaron que había salido del hotel, fui tras ella instantáneamente... Ahora, cuando todo quedó en el pasado y usted puede razonar tranquilamente, debe reconocer que lo he salvado de un serio peligro. Si hubiésemos arrestado a esa guerrillera, la reputación de usted quedaría irremediablemente manchada.

Heinrich seguía guardando silencio.

¡Ahí estaba la terrible prueba! ¡Una verdadera prueba de su voluntad y firmeza! Ojalá entrase alguien para distraer la atención de Miller. ¡Un sólo instante de tregua para dominarse!

Como respondiendo a su muda súplica sonó el teléfono. Miller levantó el tubo.

— “Monje” al aparato... Sí, está aquí... Ahora lo llamo.

Heinrich agarró el auricular pero tardó en comprender de qué “tío” se trataba, ni por qué le hablaba un “novio” y lo trataba de “joven”. Sin embargo la conocida voz de Lutz le volvió a la realidad.

— ¿Dices que el “tío” ordena que me presente de inmediato? Estaré en seguida... ¡No, no, sin demora alguna... ya salgo!

Después de colgar, Heinrich se dirigió rápidamente hacia la puerta, pero al llegar a ésta se detuvo por un instante dominándose.

— Perdóneme, pero me he olvidado de despedirme.

Ewers, no sé por qué, pide que me presente urgentemente...

Cuando ya no hubo necesidad de soportar la mirada escrutadora de Miller, Heinrich sintió que las fuerzas lo abandonaban. Se vio obligado a sentarse en uno de los bancos de la plaza y esperar a que dejaran de temblarle las piernas y se le aclarase la cabeza.

“¡Miller mató a Mónica! ¡Por orden de Berthold!...”

“¡Lorchen expreso su agradecimiento al asesino!...”

Sólo después de fumarse un cigarrillo y tomarse un vaso de agua en el quiosco de al lado, Heinrich recuperó las fuerzas y pudo seguir el camino.

— ¿Qué le pasa, señor primer teniente? ¡Está más pálido que un muerto! — se extrañó Ewers al ver a su oficial para misiones especiales.

— ¿Está enfermo, Heinrich? — se inquietó Lutz que estaba en el despacho del general.

— Sí, me siento pésimamente mal — reconoció aquél.

— Entonces dejemos los asuntos a un lado. Vaya a casa y acuéstese. Llame a un médico, Herr Lutz — ordenó el general.

Desde su gabinete Lutz telefoneó a Kurt y pidió un coche. Acto seguido se puso a llamar al hospital.

— Pediré que venga Matini mismo. Lo hará gustoso, pues le conté de tí y tiene deseos de conocerte.

Heinrich no le respondió.

— ¿Qué te pasa? — Lutz se acercó a Heinrich y le miró a los ojos — ¡Estás llorando!

Heinrich se estremeció, como si lo acabaran de despertar.

— Karl, ¿sabes quién ha matado a Mónica? ¡Miller! No fue un accidente, sino un asesinato. Para ese fin tenía un camión siempre listo para embestir...

— ¡Dios mío! ¿Será posible?

— El mismo me lo acaba de confesar. Hasta se jactó de su ingeniosidad...

Lutz gimió consternado:

— ¡Eso... eso es algo inverosímil! ¿Tenía un camión especialmente para eso? ¿Cómo es que no lo remataste de un tiro? ¡como a un perro! ¡Oh, Dios, que estoy diciendo! ¡Para después pagarlas por ese canalla! ¡Oye, prométeme que no harás nada sin consultarlo previamente conmigo! Te exijo, te pido que me lo prometas... Esta noche pasaré por tu casa y ya hablaremos de todo. Pero te suplico que

no hagas nada en un arranque de cólera. ¿Me lo prometes?

— Sí...

Al cabo de media hora Heinrich ya estaba en el castillo. María Luisa, extrañada de que llegase tan temprano, envió a una mucama para que le llevara una nota. En ésta la condesa expresaba su preocupación por la salud del barón, quien, evidentemente se había enfermado y ella no sabía nada; se quejaba, además, de que los caballeros modernos se olvidaban de sus obligaciones para con las damas. Así ella, por ejemplo, por poco se muere de angustia, pero nadie le tendía una mano amistosa...

Heinrich arrugó con despecho la nota, pero pidió que la mucama le transmitiera oralmente a su señora que ese mismo día él esperaba poder agradecerle personalmente su atención y le pedía excusas.

A la hora, aproximadamente, llegó Matini. Heinrich se suponía que el jefe del hospital, si no era un anciano, sería por lo menos una persona entrada en años. Pero delante suyo tenía a un hombre que frisaría en los treinta y cinco, muy esbelto y elegante, más bien parecido a un actor de cine que a un médico. El rostro expresivo y nervioso de Matini testimoniaba de un carácter afectivo y a la vez reservado. Caras así son propias de personas que aprendieron a dominar sus impulsos. Los grandes ojos castaños del médico resplandecían llenos de inteligencia y de una reservada ironía.

— Padecer de algo a su edad, barón, es un crimen y una falta de respeto a la naturaleza, que durante toda una serie de milenios con su trabajo fue perfeccionando su mejor obra: ¡al hombre! — dijo mirando atentamente el rostro de su paciente.

— No he caído en falta ante la madre naturaleza, señor Matini sonrió Heinrich —, y reconozco que me siento perfectamente bien. Perdóneme por causarle tantas molestias, pero tenía muchos deseos de conocerle. ¡Ahora castigue o indúlteme!

— Prefiero indultar. Le diré que Chéjov, uno de los eminentes escritores rusos, en una de las cartas a su hermano escribió una frase que se convirtió en el lema de mi vida: "Es mejor ser víctima que verdugo."

— ¿Es usted conocedor de la literatura rusa? — preguntó extrañado Heinrich.

— ¿Por qué se ha sorprendido tanto? Yo la considero

como una de las más considerables del mundo. Seré franco: como la más considerable. Para leer libros en original en un tiempo empecé a estudiar el ruso. Lamentablemente la guerra interrumpió mis estudios y ahora ya me estoy olvidando hasta de lo que había aprendido.

— ¿Y si tratamos de renovar los conocimientos? — inquirió Heinrich en ruso.

Al que ahora por poco se le desorbitan los ojos fue Matini.

— ¿Cómo? ¿Usted sabe el ruso?

— He pasado mi juventud en Rusia.

— ¡Oh, me ha intrigado tanto que por poco me olvido de mis obligaciones de médico! Quítese la ropa que le voy a auscultar. Si la conversación no le molesta seguiremos hablando; claro que si no tiene objeciones.

— ¡Pero si estoy completamente sano!

Matini le cogió de la mano y le tomó el pulso.

— No me gusta su aspecto. ¡Ahí está! ¡Como me lo imaginaba: tiene el pulso acelerado!

— Hoy he recibido una noticia muy mala. Es una reacción normal del organismo...

— Si es normal o no deje que lo decida yo.

A pesar de las protestas de Heinrich, Matini le hizo un examen y no quedó muy satisfecho del estado de su sistema nervioso.

— Tiene que descansar; antes que nada necesita descanso.

— Usted sabe que en las condiciones dadas eso es completamente imposible.

— ¡Qué tontería! En cualesquiera que sean las condiciones, el ser humano puede dedicarle un tiempo determinado única y exclusivamente a su salud. El ambiente de aquí es magnífico: un parque exuberante y junto a él corren las aguas de un río. A propósito, ¿es usted aficionado a la pesca? ¡Aquí hay unas truchas espléndidas! La pesca es un deporte muy atrayente. Si tomamos en consideración que el aficionado a la pesca se encuentra constantemente al aire libre y en constante movimiento, el complejo que se obtiene es, yo diría, de carácter curativo. Un paciente mío, el comandante Stengel, casi todos los días se levanta de madrugada y corre una o dos horas a orillas del río, allí se dedica a la pesca de truchas.

— Usted ha despertado mi interés, señor Matini. Yo crecí junto a un río y la pesca es una vieja afición mía. Pero

para pescar hay que conocer el lugar. He oído decir que la trucha anda donde hay corriente.

— Eso es lo de menos. Salgamos al parque y le mostraré el lugar donde siempre pesca Stengel.

Heinrich y Matini salieron al parque. De allí, en efecto, se dejaba ver un largo trecho del río y el desfiladero, junto al cual el agua se hacía espuma.

— La corriente allí es muy impetuosa. Ese lugar es el preferido del comandante Stengel.

Los hombres que se acababan de conocer tomaron asiento en un banquillo tallado en una roca y se quedaron admirando el paisaje. El valle inundado de sol parecía descansar entre las montañas. De lejos la ciudad estaba como sumida en sueños. Era difícil creer que en esos mismos momentos por sus calles discurría gente armada, que en una de esas pacíficas casas se estaban trazando planes horrendos y que no todo en derredor despedía serenidad, sino presagio de peligro. Probablemente la misma idea cruzó por la mente de Heinrich y de Matini, porque ambos se miraron y sonrieron melancólicamente.

— ¡Qué maravillosa podría ser la vida! — dijo el médico.

— ¡Qué maravillosa será cuando termine la guerra! — lo corrigió Heinrich.

— ¿Cree que llegará algún día esa época de oro para la humanidad? — preguntó Matini.

— ¡Estoy completamente seguro!

Dejándose llevar por la polémica sobre el papel que debe desempeñar el individuo para el futuro de la humanidad, Heinrich y Matini se pasaron en el parque alrededor de una hora. Matini afirmaba que solamente el perfeccionamiento de todos y cada uno podría salvar al género humano. A su vez Heinrich sostenía que hacían falta cambios sociales y una intervención activa en el mundo que nos rodea. A pesar de los diferentes puntos de vista se llegaron a comprender y dieron una misma calificación a los acontecimientos que estaban acaeciendo.

— Es una lástima que no nos hayamos conocido antes — dijo Matini al despedirse —, debates como el sostenido son una buena gimnasia mental. De lo contrario uno puede quedar en Bavía.

— También lo lamento yo y me lo reprocho; debía haberle telefoneado sin esperar a que se presente la oportu-

nidad. Lo único que me justifica es que esperaba vernos en casa del conde Ramoni.

— ¡Por esa guarida paso sólo en casos de extrema necesidad!

— ¿Guarida?

— ¿No es así como llaman en ruso el lugar donde habitan los lobos?

— No parece tener muy buen concepto del conde y su sobrina. ¿Tiene motivos para eso?

— Toda la población de aquí odia al conde y, le diré, que no es sin fundamento: la voz del pueblo es la voz de Dios. Y en lo que a la condesa se refiere... pues a mí no me atraen las mujeres depravadas, especialmente si exigen que las distraigan. Mas la condesa persigue descaradamente a todos los oficiales, hasta a los que considera de segunda clase por no tener títulos de nobleza. La prohibición de la persona aquí se determina según la alcurnia de su familia. El comandante Stengel, digamos, es una persona distinguida porque, como usted, es barón. A espaldas de Lutz la condesa le llama celador de escuela; al general Ewers lo tiene de soldadote, y a mí estoy seguro de que me ha dado el apodo de "ensalmador." Pero el asunto no reside en eso. Me da asco venir por aquí porque el conde, sin duda alguna, es el inspirador del movimiento de los camisas negras en el Norte de Italia, aunque no lo reconoce.

Kurt llevó en coche a Matini a la ciudad y regresó con cañas y otros aparejos de pesca que compró por encargo del primer teniente.

Al caer el sol vino Lutz. Después de haber escuchado una vez más el relato de Heinrich acerca de la conversación sostenida con Miller, anduvo largo tiempo midiendo a pasos el cuarto de un lado para otro, luego se acomodó en el sofá junto a Goldring y poniéndole un brazo en el hombro hizo que lo mirara a los ojos.

— Oyeme, Heinrich — le dijo —, antes de ponernos a analizar lo que hay que hacer con Miller, quisiera preguntarte, quién soy para tí: ¿un amigo o un conocido cualquiera?

— Si en todo el ejército alemán hay alguien con quien me siento muy bien y siempre tengo deseos de hablar, ese alguien es el Hauptmann Karl Lutz, a quien considero mi amigo verdadero. -

— Entonces, en nombre de la amistad que nos une quisiera renovar la conversación que tantas veces abordamos sin terminar.

— Te escucho atentamente y si puedo te contesto.

— Lo que pasa es que a veces me asombra tu manera de ser. Eres una persona educada, culta y, según parece, tienes un corazón muy bueno. Pero en algunas ocasiones tu proceder me desconcierta. Dime ¿para qué demonios sigues manteniendo amistad con Miller y Kubis? ¿Qué te ha obligado estando en Saint-Remis a corretear varios días por las montañas en busca de un pobre francés que se estaba salvando la vida? ¿Por qué queriendo a una mujer como Mónica te has comprometido con la hija de Berthold? Comprende que no es por mera curiosidad que te lo pregunto; eso me abruma; a veces hasta me atormenta...

¡Cuánto daría Heinrich por tener derecho a una simple sinceridad humana! Tenía fe en Lutz, lo respetaba por su bondad, confiaba en su amistad. Pero a pesar de todo, ni siquiera podía darle a entender cual era el móvil de sus actos.

— Me has turbado con tantas preguntas, Karl. Ahora que lo has mezclado todo, yo mismo me extraño. Evidentemente tengo algo de aventurero que me incita a jugar con el fuego. Tal vez sea producto de la juventud o un simple rasgo de mi mal carácter. Pero te aseguro, y si quieres te lo juro, que nunca he hecho nada indecente y espero no hacerlo. Si me tienes confianza, deja que sea como soy. Puedo agregar que me sería muy doloroso perder tu amistad.

— ¿Cómo te imaginas tus futuras relaciones con Lorchén Berthold?

— ¡Te juro que nunca será mi esposa! Reconozco que he sido un imbécil al caer en el anzuelo de Berthold. Al conocer a Mónica traté de resistirme, pero después decidí dejarlo todo como estaba hasta el final de la guerra. Berthold es muy rencoroso y ya habría encontrado la manera de vengarse. Pero te repito ¡Lorchén nunca será esposa mía!

— Tienes razón al dejar todo como está hasta el final de la guerra. Me has quitado una piedra del corazón, Heinrich, pero me quedó el peso más grande: ¿qué piensas hacer con Miller? ¡Te prevengo que si no lo matas tú, lo haré yo! ¡Y no sólo por Mónica, sino también por

aquella mujer encinta a quien mató de un balazo y por toda la sangre inocente que derramó! Hubo un período en que pensaba pegarme un tiro en la cabeza, pero después decidí que lo podría aprovechar de otra forma mejor.

— ¿Será posible, Karl, que me creas capaz de perdonarle la muerte de Mónica?

— ¡Entonces lo haremos juntos!

## Nuevos amigos, nuevos enemigos

— ¡Herrschaften! — se dirigió Ewers a los presentes, después de informarle Lutz que estaban reunidos todos los invitados a la reunión —. Ayer por la noche regresé del estado mayor de mando de nuestro grupo y dí orden de reunirlos a ustedes para exponerles la situación aquí en Italia. Se sobreentiende que lo que oigan no debe llegar a oídos de los soldados. Lo que deben hacer ellos es cumplir las órdenes que ustedes les den, y no inmiscuirse en los grandes asuntos. Estos asuntos hicieron que yo les convocara hoy. Ustedes saben que desde que el ejército del mariscal de campo Rommel fue evacuado del continente africano, los angloamericanos se activizaron, apoderándose de la isla Pantelaria que se encuentra entre Africa y Sicilia. Ya entonces nuestro mando estaba indignado por el comportamiento del ejército italiano. Pantelaria es una fortaleza organizada de acuerdo a todas las reglas de la ciencia moderna de fortificación que podría resistir un sitio prolongado. No obstante, la guarnición italiana se rindió después del primer bombardeo, aunque las fortificaciones no habían sido dañadas y las pérdidas sumaban dos heridos.

Por la sala corrió un rumor de descontento.

— Al cabo de un mes las tropas angloamericanas atacaron la isla de Sicilia. Mientras nuestras pequeñas unidades dislocadas allí luchaban encarnizadamente con el séptimo ejército americano y el octavo inglés, los italianos retrocedían precipitadamente, obligándonos a abandonar la isla, ya que la correlación de fuerzas después de la retirada de los italianos cambió bruscamente a favor del enemigo.

— Pero a pesar de todo — continuó Ewers —, no había ningún motivo para suponer que el ejército angloamericano

podría invadir el norte de Italia a través del estrecho de Mesina.

La inesperada noticia inquietó a los reunidos. El general hizo una breve pausa y prosiguió:

— En la región de Taranto Brindisi, de la provincia de Apulia, el enemigo hizo un numeroso desembarco aéreo. Allí no teníamos tropa alguna y las pequeñas guarniciones italianas, desorganizadas por la orden de capitulación de Badoglio, no presentaron la menor resistencia. El octavo ejército inglés, a través del estrecho de Mesina, irrumpió en Calabria, y el quinto ejército americano desembarcó en el golfo de Salerno. Actualmente los dos ejércitos, el inglés y el americano, se unieron cerrando el paso al sur de Italia. Su obstinado deseo de avanzar hacia el norte es retenido por seis divisiones nuestras. No esperamos nada de parte del ejército italiano que no se ha sometido, o no ha hecho a tiempo de someterse a la orden de Badoglio. En resumidas cuentas, todo el peso de la guerra en el territorio italiano cae sobre nuestros hombros. El Führer ordenó detener a toda costa el avance del ejército angloamericano hacia el norte y no dejarles pasar más allá de la línea fortificada en la cuenca de los ríos Garigliano y Sangro que atraviesa el territorio de Italia a cien kilómetros del sur de Roma.

El general se acercó al mapa y señaló la línea fortificada.

— Nuestro ejército en Italia no es numeroso y no podemos emplearlo todo en el frente, porque hay que dejar una reserva por si los angloamericanos intentan desembarcar en la costa del Atlántico. Según informes de nuestro servicio de reconocimiento, es precisamente allí donde los angloamericanos están preparando una operación de gran escala. Ahora en Inglaterra se están concentrando tropas y numerosa técnica. En agosto se celebró en Quebec una entrevista entre los jefes de gobierno de Inglaterra y los Estados Unidos, donde decidieron hacer un desembarco en el norte de Francia. A esa operación le dieron el nombre de "Overlord" y el general americano Eisenhower será su comandante en jefe. Para el cumplimiento de la operación decidieron emplear, además, las divisiones que tenían en Africa. Ahora empezaron a guerrear en el territorio de Italia. Eso nos conviene, porque peleando en Italia los angloamericanos no podrán abrir muy pronto el segundo frente en Francia. Sin disponer de

sus ejércitos africanos, ocupados actualmente en operaciones locales, no les bastarán las fuerzas para llevar a cabo la operación "Overlord".

Los angloamericanos se aprovechan del momento porque nuestras fuerzas principales están batallando sin tregua en el Frente Oriental. Como es sabido, nuestro avance en la región que llaman el Arco de Orel — Kursk, lamentablemente no ha tenido éxito. Nuestro mando supremo decidió seguir reduciendo el Frente Oriental con el fin de acumular reservas para dar un poderoso golpe de gracia y aniquilar por completo al enemigo. De acuerdo a la orden del mando nuestras tropas se replegaron hasta la orilla derecha de Dniéper, donde crearon una considerable línea de defensa y se están preparando para una gran ofensiva en la primavera del año próximo. Los bolcheviques no podrán salvar un obstáculo hidrográfico como el Dniéper y desalojar a nuestras tropas de sus fortificaciones en la elevada orilla. Aprovechándose de la ausencia de nuestra aviación, que está combatiendo en el Frente Oriental, los bárbaros angloamericanos comenzaron a bombardear brutalmente el territorio de nuestra patria, esperando atolondrarnos, sin tomar en consideración que sus fechorías exasperarán aun más a nuestros soldados y forjarán su voluntad inspirándoles desquite y victoria. La victoria no se hará esperar: el Führer declaró que Alemania está elaborando una poderosa arma nueva que nos permitirá hacer morder el polvo a todos nuestros enemigos.

A nosotros también se nos encomienda una importante misión que debemos cumplir rápida y decididamente. El jefe de nuestras tropas en Italia, el mariscal de campo Kesselring, ordenó desarmar a todo el ejército italiano en el término de tres días. En lo sucesivo formaremos destacamentos de voluntarios; los elementos que vacilan serán enviados a los campos de concentración y a nuestras fábricas en calidad de prisioneros. Para realizar el cometido a cada división se le ha encomendado una región determinada. A la nuestra se le ha asignado ésta —, Ewers la señaló en el mapa —. Nosotros debemos desarmar y someter a arresto a todas las guarniciones italianas allí dislocadas.

Ewers se dejó caer en el sillón y terminó de hablar sentado:

— Eso es todo. Ahora, señores, pueden retirarse y seguir cumpliendo tranquilamente con sus obligaciones. Los

jefes de regimientos y de las planas mayores, el coronel Kumst y usted, Lutz, quédense.

Heinrich salió de la reunión sintiendo una jovial excitación: parece que el barco está echando llamas por todos los lados. Es curioso cómo recibirá Matini la nueva de la capitulación. Los acontecimientos que se desarrollan en Italia le conciernen directamente. Hay que pasar por el hospital...

En el hospital le dijeron que el jefe había salido media hora atrás.

Con la esperanza de encontrar a Matini en su casa, Heinrich se apresuró al castillo. Goldring consideraba posible la visita del doctor, pues las relaciones que se habían establecido entre ellos el último mes eran verdaderamente amistosas. Su nuevo conocido a veces venía sin aviso previo, simplemente para por fin dormir a sus anchas: Matini vivía en el hospital y con frecuencia lo despertaban por las noches. La naturalidad y el modo franco de actuar de Matini eran del agrado de Heinrich. Con él no había que atenerse estrictamente a las reglas de urbanidad, entretenerlo con conversaciones cuando uno tenía deseos de descansar y callar. A veces se pasaba horas enteras sin pronunciar palabra: el uno en el sofá con un libro entre las manos, y el otro junto al escritorio escribiendo cartas o leyendo el periódico. Solía ocurrir que otras veces, entusiasmados por la plática o la discusión, se acordaban del sueño cuando tras las ventanas despuntaba el alba.

Las noches cuando se les unía Lutz las polémicas eran especialmente agudas porque los tres odiaban de igual modo la guerra, pero cada uno de ellos tenía su propio punto de vista, muy diferente al de sus compañeros tanto respecto al motivo que las engendraba, como sobre el futuro de la humanidad.

Lutz, honrado pero inerte, llevaba dolorosamente la cruz de los acontecimientos, sometiéndose a ellos con la resignación de un condenado. No tenía fe en la lucha contra el mal, creado, como afirmaba, por la naturaleza misma del hombre. Matini, más propenso a las generalizaciones filosóficas, tomaba en consideración la influencia de las fuerzas sociales sobre el desarrollo histórico de la sociedad, pero en un futuro cercano no esperaba cambios radicales, pues consideraba que el desarrollo era un movimiento progresivo muy lento, una evolución pausada.

Heinrich, sin decidirse à expresar abiertamente sus pensamientos, trataba de demostrarles lo equivocados que estaban.

Como se lo había imaginado Heinrich, Matini estaba en su casa y dormía apaciblemente en el sofá.

— ¡Matini, escucha, Matini! — dijo en voz baja Heinrich. Le daba lástima despertar a su huésped, pero estaba impaciente por comunicarle la noticia —. ¡Levántate inmediatamente o te doy una ducha!

Matini se puso en pie de un salto y sonrió.

— Te he oído entrar, pero tenía pereza de abrir los ojos. La noche pasada fue muy difícil.

— No te hubiera despertado si se trataba de otra cosa menos excepcional que la capitulación de Italia.

— ¿Qué?

Heinrich expuso detalladamente lo que había dicho Ewers en la reunión. A medida que hablaba el rostro de Matini resplandecía y se dibujaba en él una sonrisa de alegría.

— Y ahora prepárate a oír lo desagradable: hay una orden de desarmar a todo el ejército italiano en un plazo de tres días — concluyó Heinrich.

Matini palideció.

— ¿Crees que estos acontecimientos te pueden concernir a tí también?

— Pueden desmovilizarme; aunque eso no me preocupa, pero habré de prepararme. Ahora me tengo que ir.

— Toma mi coche. Kurt, lleva al señor Matini al hospital — dijo Heinrich en voz alta, entreabriendo la puerta del despacho.

— Te estaré muy agradecido si me permites ir con el coche a un lugar que está a unos cinco kilómetros de Castel la Fonte.

— Aunque sea a diez. Hoy no me hace falta el coche. Si no tardas mucho en hacer tus cosas regresa aquí, pero si me duermo no me despiertes. Mañana, evidentemente, será un día muy complicado.

— ¡No pienso que hoy regrese temprano!

\* \* \*

El sonar del teléfono despertó a Heinrich al amanecer.

— ¡Preséntese inmediatamente al despacho del “abate”!

Por orden del estado mayor del cuerpo de ejército el día anterior fueron cambiados todos los apodos de los oficiales y desde ese momento el general era llamado el "abate".

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó Heinrich a Lutz cuando al cabo de un cuarto de hora llegó al estado mayor.

— ¡Espera! — por ciertos motivos le respondió éste en voz baja y se dirigió rápidamente al despacho del general.

Allí permaneció un tiempo bastante prolongado. Del despacho llegaba el tintinear del teléfono y las exclamaciones ruidosas y enfadadas del general.

— ¡Herr Goldring! — asomándose por la puerta le llamó por fin Lutz.

Además del general y su edecán, en el despacho estaba el jefe del estado mayor Kunst.

— Herr von Goldring, tómese a dos tiradores con metralletas y salga sin pérdida de tiempo hacia Palermo y averigüe que tal les van las cosas. De allí pase por Chatel Delfino. Mande poner en orden la comunicación con la división.

— Discúlpeme, señor general, ¿qué es lo que tengo que averiguar?

— ¿Cómo que qué? ¿Acaso usted no está enterado?

— Yo no he hecho a tiempo de informar a von Goldring — repuso Lutz.

Hablando enérgicamente como siempre y separando una frase de la otra, el jefe del estado mayor aclaró:

— Seré breve. El asunto consiste en que las tropas italianas se enteraron del desarme; parte de ellas se sublevó, otra huyó a las montañas; la comunicación con los regimientos está interrumpida; hay noticias de que en algunas partes nuestras unidades están luchando con los italianos. ¿Ha comprendido?

— ¡Jawohl! ¡Permítame comenzar a cumplir la orden!

— ¡No pierda un minuto!

Directamente de la plana mayor Heinrich, dos tiradores y Kurt al volante salieron a toda velocidad hacia Palermo. Al cabo de media hora ya estaban en la plana mayor del regimiento.

— Dígame al general que todas las guarniciones italianas están casi totalmente desarmadas, excepto dos compañías que lograron huir a las montañas. No hubo combate, sino un pequeño tiroteo. Tampoco hemos sufrido

pérdidas. Hoy arreglaremos la comunicación — comunicó Funk, el jefe del regimiento.

Heinrich siguió el viaje.

Al acercarse a Chatel Delfino Goldring oyó algunos disparos y ordenó detener el coche. Se distinguían con claridad las ráfagas de ametralladora.

— Avancemos lentamente. ¡Tiradores, prepárense!

Cuando estuvieron en la entrada misma de Chatel Delfino camino de la ciudad apareció un motociclista.

Heinrich le hizo una señal para que se detuviera.

— ¿Quién está tirando? — le preguntó.

— Los soldados italianos rodeados en los cuarteles abrieron fuego sobre los nuestros.

El coche siguió su camino. El tiroteo no cesaba. Los soldados alemanes andaban por las calles armados hasta los dientes; no se veía gente civil.

En la plana mayor del regimiento le explicaron a Heinrich que la noche anterior parte de los soldados italianos — aproximadamente dos secciones — había logrado huir. La mayoría de los soldados no creyeron en los rumores de que iban a ser desarmados y se quedaron en los cuarteles. Pero cuando por la mañana fueron rodeados, abrieron fuego. En esos momentos fueron enviados parlamentarios para entablar negociaciones. Si las conversaciones no daban ningún resultado habría que recurrir a métodos más enérgicos para desarmarlos antes de que cayera la noche.

Después de darle este parte al general, Heinrich preguntó a Lutz cómo pasaba el desarme en las demás regiones.

— En forma más o menos normal. Pero más de un batallón se unió a los guerrilleros en las montañas. Esas ya son fuerzas que no podemos descartar.

— Sobre todo, si tomamos en cuenta que no eran pocos los guerrilleros que había en las montañas — añadió Heinrich.

\* \* \*

A pesar de ser domingo Ewers ordenó, tomando en consideración lo difícil de la situación, que todos los oficiales de la división se quedaran en sus puestos. Eso alteraba parcialmente los planes de Heinrich. El día anterior había acordado con su nuevo conocido, el barón Stengel,

en ir en coche a la cascada, donde, según decían, la trucha saltaba ella misma a las manos del pescador. Sin embargo, en la situación dada habría que postergar el viaje y pasarse una hora que otra pescando en el lugar de siempre, junto al parque del castillo.

Cuando Heinrich bajó al lugar del remolino junto a la grieta, Stengel ya estaba allí.

— ¡Ah, pensé que ya no vendría hoy! — le saludó sin estrecharle la mano porque estaba arrollando el sedal —. Bueno, ¿vamos?

— Lamentablemente, no. Hoy es día de trabajo, gracias al general —, respondió Heinrich en voz muy baja, como corresponde a los pescadores experimentados que temen espantar a los peces.

— ¿Por esos malditos macarroneros? ¿No los han desarmado aún?

— Se han sosegado un poco, pero la situación sigue siendo intranquila. A las diez en punto tengo que estar en la plana mayor.

— Entonces no pierda tiempo; de una u otra forma ya le he tomado la delantera. ¡Fíjese que ejemplares más bonitos!

— ¡Oh, ya sé que no lo podré alcanzar!

Stengel realmente era muy diestro para la pesca de truchas y se enorgullecía de ello. Cuando hacía un mes Heinrich se apareció por primera vez por el río con una cañita de pescar, el comandante no fue muy amable con él. Pero el joven primer teniente había demostrado tanta admiración por la maestría del comandante y revelado a su vez tal inhabilidad, que Stengel se quiso lucir. Con la supremacía de un deportista experimentado explicaba al primer teniente que la trucha era un pez muy cauto y muy difícil de pescar con otro cebo que no sea una mosca y nada más que caceando, habiéndose escondido tras una roca o arbusto para no ser descubierto por el pez, ya que la trucha, además de ser vigorosa, es muy astuta.

Heinrich escuchó con interés y deferencia los consejos del comandante y le pidió permiso para observar cómo manejaba la cañita, subrayando que confiaba plenamente en su experiencia y autoridad.

En una semana Heinrich dominó todos los secretos de la pesca y se convirtió en pescador más empedernido que el mismo Stengel.

Esta afición común engendró la amistad entre el comandante y el primer teniente. Más aun si se tiene en cuenta que la diferencia de grados se equilibraba con la procedencia aristocrática de ambos y las relaciones familiares de von Goldring con una persona tan influyente como Berthold.

Sus conversaciones al principio abarcaban sólo temas relacionados con la pesca. Pero con el correr del tiempo éstas se hacían más amplias, aunque expresaban sus puntos de vista con sumo cuidado y poca sinceridad. Al enterarse que Stengel había colaborado mucho tiempo en el servicio de inteligencia (éste entró en los SS después de haber huído de Inglaterra, donde por poco lo desenmascararon un año antes de empezar la guerra) Heinrich ponía especial atención en cada palabra que pronunciaba y en cada gesto que hacía. El comandante Stengel también eludía los problemas delicados: su gran experiencia en el servicio de inteligencia le enseñó a ser reservado y la práctica demostró que el punto de vista oficial es siempre el más justo, especialmente para las personas próximas a la gente que está en el poder. No obstante semejante miramiento, el comandante cada vez sentía mayor simpatía por Heinrich. Hasta le hizo dos visitas en el lapso de un mes. Durante ellas evitaba encontrarse con María Luisa y eludía hacer mención de su nombre. Stengel no invitaba a Heinrich a retribuirle la visita pretextando que sus apartamentos de soltero eran poco acogedores.

Ese día Stengel también se empezó a quejar de que en su casa reinaba el desorden y que el ordenanza ni siquiera podría freir como es debido las truchas que traería.

— A propósito, ¿qué es de la receta para hacer el adobo? — inquirió Stengel cuando se acordó de que días pasados Heinrich se había jactado de haber comido en Saint-Remis unas magníficas truchas adobadas, prometiéndole conseguir la receta de aquel, como él llamó, paradisíaco manjar.

— Le escribí una carta a la dueña del hotel que me había agasajado con truchas, pero aún no he recibido la respuesta. Aunque pienso que la receta de nada le servirá, pues de una u otra manera Wolf echará a perder tanto el pescado como el adobo.

— Yo convine con uno de nuestros ingenieros; en su casa son muy entendidos en la preparación de platos de pescado.

En los arbustos crujió una rama rota y se oyeron unos ligeros pasos. Ambos volvieron la cabeza y vieron a la mucama que venía en dirección a la orilla.

— ¡Les deseo una buena pesca! — substituyó su exclamación por el saludo —. La condesa ordenó que le entregara esto, señor.

La camarera le extendió a Stengel un pequeño sobre con el escudo de armas del estado. El comandante, sin leerlo, se lo metió en el bolsillo.

— Usted está demostrando un autodomínio maravilloso, barón — bromeó Heinrich cuando se marchó la camarera —, recibir una carta de una mujer como María Luisa y no leerla de inmediato... ¡Oh, está picando! ¡La caña! ¡La caña!

El comandante seguía arrollando mecánicamente el sedal y por un instante alzó la mirada hacia Heinrich, en ese mismo momento picó una trucha formidable, dio un tirón tratando de liberarse del anzuelo y nadó hacia el fondo. Stengel, habiéndose distraído y perdido la capacidad de reaccionar inmediatamente al curso de la pesca, no notó siquiera como se le fue de la mano la cañita que se desplazaba por la superficie acuática.

El que haya pescado aunque sea una vez en la vida y esperado el instante de la picadura, comprenderá el por qué Stengel se tiró precipitadamente al agua sin pensar nada más que en la trucha que se le iba.

Este pez abunda en los impetuosos ríos de montañas, donde el agua hace espuma y las cataratas dan al torrente una velocidad fantástica. El lugar elegido por Stengel y Heinrich se distinguía justamente por tener gran aglomeración de piedras, haciendo más estrecho el paso del agua que rodaba por sobre ellas y se despumaba formando remolinos.

Si Stengel se hubiera metido al agua con cuidado, tal vez no ocurriría nada. Pero al dar un salto para recuperar la cañita, pisó un canto rodado cubierto de musgo y perdió el equilibrio. Balanceando intentó agarrarse de otra piedra que sobresalía del agua, pero se resbaló golpeándose la cabeza contra la piedra y cayendo al río. La impetuosa corriente se llevó el cuerpo iner-

me y lo arrastró por sobre un canto rodado, luego por otro...

Heinrich corrió unos pasos río abajo y viendo un lugar adecuado se arrojó al agua al encuentro del cuerpo de Stengel que se le venía encima como un tronco grande y pesado. Sosteniéndose apenas en pie, agarró al comandante por debajo de los brazos y luchando contra la corriente lo llevó hacia la orilla.

La respiración artificial restituyó la actividad del corazón, pero el comandante no recobraba el conocimiento y Heinrich ya se disponía a salir en busca de ayuda al castillo, cuando vio que por el sendero bajaba de prisa la mucama y detrás de ella venía Kurt.

La joven ya había llegado hasta la terraza superior del parque; desde allí vio la desgracia ocurrida y, llamando a Kurt, echó a correr de vuelta hacia el río.

Entre los tres se llevaron con cuidado a Stengel hasta la terraza inferior del parque y desde allí lo transportaron en camillas improvisadas con mantas a la habitación de Heinrich.

El comandante no volvía en sí. No sintió nada cuando lo desvestían y acostaron en la cama, ni tampoco cómo lo examinaba Matini, a quien Heinrich llamó de inmediato por teléfono.

— ¡Tal vez tenga conmoción cerebral! — constató Matini y previno a los presentes —. El menor movimiento puede perjudicarlo, por lo tanto, ni que hablar de trasladar al enfermo al hospital.

Después de llamar por teléfono a Lutz a la plana mayor y de contarle de lo ocurrido, Heinrich le pidió que comunicara al general que se demoraría hasta que no organice el cuidado del paciente.

Stengel recobró el conocimiento cuando ya eran más o menos las once. Al abrir los ojos echó una mirada indiferente a la habitación, sin comprender aun donde se hallaba, qué es lo que había ocurrido con él, ni por qué Matini y Goldring se habían inclinado sobre su cama. Poco a poco se fue recobrando y por su rostro cruzó una sombra de inquietud.

— ¿Dónde está mi uniforme? — preguntó con alarma y trató de incorporarse.

— No se levante, estese tranquilo — lo detuvo Matini.

— Su uniforme se está secando junto al hogar — lo tranquilizó Heinrich.

— ¿Y los documentos? ¿Dónde están los documentos? — preguntó Stengel apresurado, precipitando las palabras, mostrándose más nervioso todavía.

— Los documentos están sobre la mesa al lado suyo. No se preocupe, todo está a salvo y completamente intacto.

— Póngamelos debajo de la almohada — habló muy quedo por la debilidad y volvió a perder el conocimiento.

Heinrich cumplió gustoso la petición del comandante, pues estos documentos ya no le interesaban. En realidad en ellos no había nada de especial interés. Claro que si no se tomaba en consideración un papelito muy inocente a primera vista: la copia de una orden en la que se hacía mención del comandante Stengel por haber elaborado nuevas medidas relacionadas con la custodia de la producción de la fábrica, los equipos de radio, al ser transportados fuera de la planta donde fueron fabricados.

— ¿Qué hacemos con la trucha, señor primer teniente? ¿Ordena que la escame y luego la fría? — preguntó Kurt cuando Heinrich entró en la habitación contigua.

— ¡No, suéltala al río! — dijo el primer teniente con súbita alegría. Al ver que Kurt lo miraba con asombro le guiñó un ojo.

— Puede que esta trucha sea como el pececillo de oro del famoso cuento ruso, que hizo tantos favores al viejo pescador en señal de agradecimiento por haberlo soltado al mar.

## Heinrich diplomático

“Mi querido amigo: Usted se interesa por las medidas que he tomado para reponer mi salud y por si hay aquí médicos buenos. Le agradezco por su atención, que califico como manifestación de sincera amistad. Lamentablemente mis noticias no son alentadoras: yo me siento mal. Y lo peor es que no tengo ni tiempo ni posibilidades de dedicarme a la salud porque...”

El general dejó de escribir, releyó lo escrito y cerró irritado el cartapacio. ¡No, hoy no podía contestarle a Gun-der! Y no sólo porque no tuviera qué escribirle, sino, además, por hallarse concentrado en otras cosas. Los disgustos y preocupaciones no le daban un minuto de tregua.

Le caían encima como un alud. Por eso, al igual de los aludes que al rodar cuesta abajo van acumulando nuevas capas, hasta convertirse en enormes bolas de nieve, en un enorme peligro, la orden de desarmar a los italianos se convirtió en el embrión de la catástrofe del ejército alemán. Una vez en vigor, la orden produjo toda una serie de contrariedades y complicaciones. Ya desde un principio no todas las unidades italianas obedecieron dócilmente a la orden: unos prosiguieron ocupando sus posiciones y se negaron a deponer las armas, por eso hubo que rodear los cuarteles y desarmarlos a la fuerza; otros huyeron a las montañas y se unieron a los guerrilleros. No eran pocos los prófugos en la zona donde se dislocaba la división, constituyendo aproximadamente un batallón.

Al comprender lo peligroso de la situación, el general Ewers actuó en su sector en forma estratégica y decidida: después de desarmar a los italianos, no les permitía abandonar los cuarteles y ordenó vigilarlos en forma más rigurosa aún, hasta que hubiera terminado el reclutamiento de los voluntarios que habrían de formar nuevas unidades: italianos fieles a la "causa común". A primera vista la medida parecía racional. Pero fue motivo de nuevas complicaciones inesperadas. Viendo que las ametralladoras apuntaban a los cuarteles donde estaban como presos los soldados y oficiales italianos, la población lugareña trató de liberar indignada a sus compatriotas empleando la fuerza. Sus tentativas fracasaron, pero podían repetirse. Para ayudar a la población tarde o temprano acudirían sin falta los guerrilleros, y entonces...

Dándose un trago del té cargado pero que ya estaba frío, el general Ewers puso mala cara y oprimió con fuerza el botón del timbre eléctrico.

— ¡Cargado, caliente y con limón! — mandó al ordenanza y levantándose se puso a andar por el cuarto.

Se le volvieron a entumecer las piernas y sintió gran opresión en el pecho. ¡Malaventura tuvo en Castel la Fonte! Justamente en esos momentos, cuando debía estar en buena forma, las fuerzas lo empezaron a abandonar rápidamente. Sentía debilidad en las piernas y gran irritabilidad. ¿Tal vez abusara del té cargado? Hay que consultar al médico. Dicen que Matini además de cirujano es buen especialista en enfermedades nerviosas. Pero eso después. Ninguna medicina ni régimen podrán ayudarle hasta que no terminara con el reclutamiento de los volun-

tarios y no lograrse establecer aunque sea una relativa tranquilidad en la zona de su división.

Ewers tenía que formar dos divisiones de voluntarios: "Monte Rosa" y "Gran Paraíso". Pero por ahora existían nada más que estos grandilocuentes nombres y, aunque costaba reconocerlo, no tenía soldados. En esas condiciones hasta matachines tan pésimos como los italianos serían de gran utilidad. Cada vez se hacía más patente la falta de recursos humanos para reabastecer las agotadas fuerzas del ejército.

¡Sí, era evidente que el Vaterland tenía deficiencia de soldados! Bastaba con ver el reemplazo que había recibido Miller días atrás. Antes a las tropas de los SS se alistaban sólo los que tenían una estatura no inferior a los ciento setenta y dos centímetros, pero los que acababan de llegar eran simplemente unos enanos: no medían más de ciento sesenta y cinco centímetros. Eso ya era el colmo. ¿Acaso sólo se trataba de la estatura? ¿Y de la edad? Cada vez con mayor frecuencia las nuevas movilizaciones traían al ejército a mocosos que ni de muchachos podían ser llamados, o a vejetes licenciados que a menudo tenían nietos. Y uno tenía que hacer la prueba de combatir con soldados así, cuando todos ellos estaban llenos de ansiedad por ver a los seres que dejaron en sus casas. Aquí ya no surtían efecto las porciones de aguardiente que se les daban antes del ataque, aquellas mismas que otrora hacían arrojar a los soldados bajo el fuego de las ametralladoras enemigas. Después de tragarse su porción estos soldados rezaban y se hacían la señal de la cruz antes de asomar la cabeza por la trinchera.

Mientras tanto, el gigantesco Frente Oriental iba moliendo una división alemana tras otra, exigiendo nuevos reemplazos.

El general Ewers suspiró gravemente. Estaba bien consciente de su responsabilidad por ocupar allí las unidades alemanas para conservar el orden en la retaguardia y custodiar las instalaciones militares, en lugar de emplearlas en el frente, donde eran tan necesarias. Para eso podrían recurrir a las divisiones italianas de voluntarios que le encomendaron formar.

"Monte Rosa", "Gran Paraíso"... Estas melodiosas palabras perseguían a Ewers en todo momento, como el zumbido de una mosca fastidiosa. No lo dejaban en paz hasta cuando se esforzaba por pensar en otra cosa que no

fuera el reclutamiento de voluntarios. Pero ese día lo exasperaban más que de costumbre. Antes de salir el general de la plana mayor, Lutz le suministró el informe de turno sobre el transcurso del reclutamiento de voluntarios durante el día, y al hacerlo contrajo sus facciones de tal manera que Ewers comprendió que hasta el momento no había acaecido cambio alguno.

Al recordar que ni siquiera dio un vistazo al informe, el general se volvió a acercar a la mesa y abrió su cartera. En efecto, no había ningún progreso. Por el contrario, se notaba una pequeña merme: en vísperas se había reclutado 150 personas, y ese día sólo 120. Malísimas iban las cosas, en especial en la zona donde se encontraba dislocado el ciento diez y siete regimiento del coronel Funk.

¡Ese Funk no es más que un imbécil! Ni noción tiene de lo que es la diplomacia. Toda persona que no tenga derecho a llamarse ario es para él gente de calidad inferior, con la que se debe tratar nada más que por intermedio de órdenes. Funk consideraba indigno recurrir a métodos de persuasión y propaganda. Y he aquí el resultado: a pesar de la presión que se hizo, ni un solo soldado italiano de su zona se ofreció a tomar de nuevo el arma en sus manos para pelear junto con los alemanes. ¡No, ese Funk grosero e ignorante no era capaz de resolver finas cuestiones diplomáticas! La única esperanza que le quedaba era el conde Ramoni, quien fue recomendado a Ewers como persona influyente, inteligente y astuta, y además, como buen orador. ¡Hoy, ahora mismo había que ver a Ramoni!

El conde Ramoni recibió al general Ewers afablemente, pero no demostró apuro en aceptar su proposición.

— Le seré franco — le dijo Ewers —, no quisiera dedicarme a la política y, le confieso, exponer con ello no sólo mi bienestar, sino también la vida. Hasta ahora tuve la suerte de pasar desapercibido e influir sobre los acontecimientos de lejos...

— Perdóneme, conde, pero el solo hecho de que a usted le custodian los camisas negras...

— ...me desenmascara. ¿Eso es lo que tiene en cuenta?

— Ha acertado.

— No obstante, tendrá que reconocer que un débil viejo y una desamparada mujer pueden recurrir a los servicios de los camisas negras, como a los de cualquier guardia armada, sin importarles el partido a que pertenezca.

— Esa es una explicación muy ingenua, conde, especialmente para los garibaldistas, con el gran influjo que tienen aquí. Usted podrá convencerme a mí, pero no a ellos.

— ¡Esos garibaldistas! — la cabeza del conde vaciló en el fino pescuezo y las arrugas del rostro empezaron a temblar con tal rapidez que fue imposible determinar a primera vista si el conde estaba enfadado o reía, más que sus ojos, como siempre, conservaban la habitual tranquilidad e indiferencia —. ¡Son unos brutos que pretenden hacerse amos!

— Como usted ve, uno no puede quedarse de brazos cruzados — seguía en lo suyo el general —. Este no es un simple odio que nos tienen por ser representantes de una ideología antagonista, sino la aspiración a los cambios sociales... y ahora, cuando el general Badoglio... cuando el ejército italiano...

— ¡Vil traidor! ¡Jugando con el fuego incendió su propia casa! ¡Pero ese mismo fuego lo reducirá a él también a cenizas!

— ¿Solamente a él? ¡A todos nosotros si no tomamos medidas!

La plática entre el conde y Ewers duró hasta bien entrada la noche, pero el general se fue del castillo tranquilizado: Ramoni consintió en recorrer las unidades italianas y llamarlas a cumplir su deber patriótico, es decir, continuar la lucha contra el enemigo en aras de Italia.

A la mañana siguiente el viejo conde salió hacia la zona más complicada, que era el sector de dislocación del 117 regimiento del coronel Funk.

La primera arenga de Ramoni tuvo éxito. Hasta el mismo coronel Funk, de muy baja estatura, estrecho de pecho y con agudo rostro de pájaro, se vio obligado a confesar que hasta entonces subestimaba las posibilidades de la propaganda.

El conde comenzó a hablar de una manera muy simple: alegando a su enfermedad se disculpó de que hablaría sentado y en voz tal vez baja para un auditorio tan grande, pero pidió que tomaran en cuenta su edad, que estaba muy débil y que no tenía la costumbre de hablar en público. Del lecho de convaleciente le obligó a levantarse su apasionado amor por la patria y el sentimiento de responsabilidad por sus compatriotas, quienes escogie-

ron el camino erróneo por ignorancia, y no por mala intención.

A medida que el conde hablaba, su temblorosa voz senil cobraba fuerzas, las palabras adquirían un carácter apasionado, hasta su talle encorvado se enderezó en su sillón de inválido, como si una fuerza sobrenatural le hubiese vuelto a la vida para luchar por el destino de Italia, por el destino de todos los presentes. No fue tanto la argumentación del conde, sino su aspecto lo que causó gran impresión en los que ayer fueran soldados italianos. A muchos soldados fuertes y jóvenes se les caía la cara de vergüenza al concebir que un viejo con las piernas paralizadas se veía obligado a exhortarles para luchar por la patria.

Después de las prédicas del conde, el reclutamiento de voluntarios en las unidades donde él peroraba marchaba muchísimo mejor.

Las exitosas intervenciones de Ramoni duraron tres días. Pero al cuarto ocurrió lo inesperado: entre los soldados italianos, que seguían encerrados en sus cuarteles, aparecieron volantes, donde se mofaban del conde y de sus crédulos oyentes. Allí se decía que el conde era un zorro muy astuto que trataba de encubrir su esencia fascista bajo el oropel de pomposas palabras patrióticas. Como prueba se citaba la lista de donaciones que hizo el conde para mantener el partido fascista. El volante terminaba con un gracioso verso, que ponía al ridículo al conde, quien andaba a la búsqueda de tontos que se jugaran la vida por sus tierras y su castillo.

Aquel día el conde empezó a hablar como un padre que daba consejos. Pero no logró llegar hasta el fin. Alguien entonó la canción impresa en el volante y al instante todos los soldados le hicieron coro. Al principio el viejo conde quedó desconcertado, pero después, al prestar atención a la letra, se enfureció, y al final se asustó y huyó a buscar la protección de Funk, ya que los acontecimientos habían tenido lugar en su zona, en uno de los cuarteles de las cercanías de Palermo.

Funk estaba tan enfurecido como el mismo Ramoni. ¡Alguien se atreve a publicar volantes en la región que está bajo su dominio!

Al cabo de media hora se hizo un registro general en el cuartel rodeado de una guardia redoblada de soldados alemanes. Durante el registro fueron hallados cincuenta

volantes con la letra de la canción mencionada y varios volantes con un texto más faccioso aún: los garibaldistas hacían el llamamiento a los soldados y oficiales italianos a no dejarse embaucar por la propaganda e irse a las montañas. Las tentativas de averiguar quien fue el que trajo los volantes y donde fueron publicados, no dieron ningún resultado.

— Alguien las trajo por la noche, pero no sabemos quien — respondían todos de la misma manera.

La sed de sangre de Funk tenía que ser saciada. Después de tomar en calidad de rehenes a varios oficiales y soldados de la sospechosa unidad italiana, ordenó arrestar, además, a varias decenas de civiles de la población local. Por la tarde se hizo pública la orden, en la cual se prevenía a la población de que en caso de desobediencia o de repetirse algo parecido a lo que pasó en el cuartel, los rehenes serían fusilados.

Aun conociendo la crueldad de Funk, nadie esperaba que el castigo fuera tan severo. Este había dejado atollondrado no sólo a los habitantes de Palermo, sino que dejó pasmado al mismo general Ewers, quien ordenó que el coronel Funk se presentara inmediatamente en la plana mayor de Castel la Fonte.

Ewers no pertenecía a la categoría de gente de buen corazón. Este consideraba que medidas semejantes a la toma de rehenes e incluso su fusilamiento por pecados ajenos era cosa natural y lógica en la tierra, donde por razones tácticas del mando todo es fundamentado y justificado. Pero en el caso dado, los actos de Funk le parecían prematuros y capaces de dañar, en vez de mejorar el proceso del reclutamiento de voluntarios. Es por eso que explicaba largo y tendido el por qué de la necesidad de disminuir el número de rehenes, de tomar medidas extremas sólo en caso de suma necesidad y de no demostrar el desprecio que siente por los italianos, como representantes de una raza inferior, aunque sea durante el día del reclutamiento.

Ya era bien entrada la noche cuando Robert Funk abandonó el despacho del general Ewers. No arriesgó regresar a esas horas a Palermo y por eso aceptó con mucho gusto la proposición del conde Ramoni de quedarse a dormir en el castillo.

Después de su fracaso en Palermo, el conde Ramoni suspendió su actividad propagandística y reforzó la guar-

dia del castillo. Sin embargo no se sentía seguro. Cada rumor de la noche lo despertaba; entonces esperaba espantado el ataque de los guerrilleros. Especialmente después de que encontró a su regreso encima de su escritorio el volante con la malaventurada canción. Alguien lo supo traer al castillo eludiendo la guardia. ¿Tal vez haya algún traidor entre los guardias? Aunque el barón von Goldring ha dado perfectas instrucciones a los camisas negras, claro que no tuvo posibilidad de revisar el contingente. Por lo visto habrá que recurrir a los servicios del jefe del SD. ¡Qué él mismo los someta a todos a interrogatorio: no pudo el volante haber caído del cielo por sí solo! ¿Cómo es que no se le había ocurrido antes dirigirse a Miller? Mientras en el castillo se encuentre enfermo el comandante Stengel sería muy conveniente pedir que refuerzen la guardia con soldados de los SS. Única y exclusivamente por garantizar la seguridad del comandante Stengel. Tanto más que últimamente von Goldring estaba casi siempre fuera de casa. La mayoría de las noches se las pasaba en los puntos de apoyo o en las guarniciones. Hoy tampoco estaba, evidentemente el general volvió a enviarlo a alguna parte. ¡Menos mal que cayó a mano este Funk! ¿Quizás Goldring regrese a tiempo?

Pero Heinrich regresó a Castel la Fonte a la mañana del día siguiente y se fue directamente a la plana mayor a informar al general acerca de la situación en las zonas vecinas. Sólo al mediodía pudo salir para su casa en compañía de Lutz, a quien Ewers encomendó disculparse oficialmente en su nombre ante Ramoni por los disgustos que le fueron ocasionados, y persuadirle de que interviniese en otras regiones.

— ¡No aceleres, Kurt! — le pidió Lutz cuando salieron de la plana mayor —. Quiero respirar un poco de aire fresco.

— ¿Tal vez quieras darte un paseo? — le propuso Heinrich.

— No, iré a pie cuando vaya de regreso. Seguro que la noche anterior te la pasaste en vela, porque estás muy soñoliento.

Con la cabeza echada sobre el respaldo, Heinrich no podía de veras hacer nada con la somnolencia. Lutz no quería molestarle y guardaba silencio, poniendo gustoso su cara a las ráfagas de aire fresco que entraban por las ventanillas abiertas del coche. Lástima que el castillo

estuviese al alcance de la mano. ¡Son maravillosos los lugares que se eligieron los antepasados de Ramoni! Y muy cómodos desde el punto de vista estratégico. El castillo es una verdadera pequeña fortaleza con sombrías torres y el portón siempre minuciosamente cerrado...

Después de echarle una ojeada a los conocidos contornos del castillo, Lutz se quedó perplejo de repente. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Por qué estaría abierto el portón?

— ¡Acelera a fondo y frena frente al portón! — ordenó Lutz a Kurt.

Kurt cambió de velocidad y el coche echó a rodar a toda carrera. Heinrich se despertó por la inesperada sacudida y, desperezándose con delicia, ya se había puesto a rezongar a Kurt por manejar con tanta imprudencia. De improviso sus ojos miraron asombrados y el sueño se le pasó como por encanto: ¡junto al portón abierto de par en par no había guardias!

— ¡Preparen las armas! — ordenó Goldring y con una señal pidió a Kurt que condujera con cuidado.

El coche se acercó lentamente hacia la entrada principal también abierta de par en par y vieron que en el piso del vestíbulo yacía el cuerpo inmóvil de un camisa negra. Sin detenerse junto a él, los tres se arrojaron hacia las habitaciones del conde. Allí no había nadie. De la cama pendía una sábana arrugada, la frazada estaba tirada en el piso.

En la parte donde vivía María Luisa todo estaba en orden, pero tampoco encontraron un alma.

— ¡Señor primer teniente! — se oyó la turbada voz de Kurt desde el pasillo que separaba los aposentos de la condesa de las habitaciones que ocupaba Goldring.

Kurt había salido precipitadamente del gabinete de Heinrich y se hallaba parado en medio del pasillo, pálido y aterrorizado.

— Allí-i-i, allí-i-i... — barbotaba con labios temblorosos, como un tartamudo.

Sin esperar explicaciones, Heinrich y Lutz se lanzaron al gabinete; como allí no había nadie, se dirigieron al dormitorio. En la cama del comandante Stengel yacía un cuerpo envuelto en sábanas.

Pensando que era Stengel, Lutz empezó a desenvolverlo de las sábanas en forma poco respetuosa, cuando de pronto lanzó un grito de asombro al ver a la condesa semiinconsciente.

María Luisa no pudo explicar que es lo que había ocurrido. Según ella, a las doce, como siempre, se había acostado en su habitación y dormido en seguida. Por la noche sintió que se asfixiaba, pero no pudo despertarse y tuvo la sensación de que se desplomaba en las sombras de un abismo. María Luisa no sabía donde estaba Stengel, ni cómo fue a parar ella a su cama. Tampoco había oído como la envolvían en las sábanas. Se sentía muy mal y pedía que abriesen todas las ventanas, pues la perseguía un olor dulzón que hasta ahora le provocaba náuseas...

Sin decir palabra, Heinrich le señaló a Lutz la venda tirada junto a la cama. Esta aun despedía un olor apenas perceptible a cloroformo.

Después de telefonar al general y a Miller, Heinrich y Lutz empezaron a registrar el castillo paso por paso. En el sótano encontraron a la mucama y al viejo ayudante de cámara del conde. Los dos temblaban de frío y del miedo sufrido, y tampoco podían explicar nada legible. Cierta gente les obligó a levantarse de las camas y los llevaron ahí; no sabían nada de lo que había pasado con el conde, Stengel y el coronel Funk, que se había quedado para pasar la noche en el castillo; ignoraban donde se había metido la guardia.

Miller llegó al momento y alterado como nunca. Le interesaba poco la suerte del conde. Al fin y al cabo podría resignarse tranquilamente a la pérdida de Funk. Pero el que junto con ellos los guerrilleros hubiesen capturado a Stengel, el jefe de la guardia interior de un objetivo tan secreto, lo tenía aterrorizado.

Miller correteaba por los aposentos del conde y la condesa como un sabueso, se arrastraba por el piso, examinaba con una lupa los puños de las puertas y las bisagras de las ventanas, aunque nadie dudaba de que los guerrilleros habían penetrado por la puerta de servicio. pues estaba abierta y junto a ella, en el pasillo, se veían muchas huellas.

Sí, los guerrilleros habían entrado por la puerta de servicio, pero ¿quién la abrió? ¿Por qué nadie oyó nada? ¿Ni siquiera Stengel, cuya habitación era la que más cerca estaba de la puerta? Stengel disponía de armas y podía dar la alarma al oír el menor ruido. ¿Por qué, al fin y al cabo, no dio la señal de alarma la guardia? Y lo principal, ¿dónde estaban Ramoni, Funk y Stengel?

El asunto se aclaró parcialmente cuando Miller empezó a examinar el gabinete del conde. Sobre su escritorio encontró una nota escrita con letra de imprenta:

“El viejo conde, el coronel Funk, el comandante Stengel y toda la guardia de camisas negras están de rehenes. Si ustedes no hubiesen arrestado a decenas de inocentes en Palermo, nosotros no recurriríamos a semejantes medidas. Si alguno de los arrestados en Palermo es ejecutado, nosotros colgamos a todos los rehenes sin comenzar siquiera las negociaciones acerca del canje de prisioneros. Jefe del destacamento guerrillero “Garibaldi”.

La firma de la nota era ilegible.

El ataque de los garibaldistas al castillo dejó completamente atolondrado a todos. No tanto por lo inesperado que fue, sino por su perfecta organización. Las aspilleras de las paredes, las rejas de las ventanas, los mazisos portones fraguados, todo permitía a la guardia rechazar no sólo la osada incursión de los guerrilleros, sino el asedio de cualquier enemigo mucho más numeroso.

No obstante, la guardia no hizo un disparo, por lo visto no opuso resistencia alguna, excepto el camisa negra hallado sin vida en el vestíbulo.

“¿Cómo ha ocurrido todo esto? ¿Qué le informarán al mando? ¿Cómo hacer para justificarse?” — se preguntaban Ewers y Miller sin encontrar una salida de esta difícil situación.

Ambos sabían que serían los primeros en rendir cuentas y comprendían la falta irreparable que habían cometido al no haberse preocupado a su debido tiempo por la custodia de Stengel. ¡Nadie se pondría a escuchar sus justificaciones si al comandante le pasaba alguna desgracia!

La persona que más preocupaba a María Luisa también era Stengel. ¡Qué infortunio, qué fatalidad! ¡Y tenía que ocurrir eso justamente ahora, cuando sus relaciones con el barón estaban tomando el cauce que ella quería!

— ¡Usted..., usted tiene que salvarlos! Usted prometió ser mi caballero, pero me ha abandonado con mi tío a nuestra propia suerte; para peor ¡teniendo a nuestro cargo al barón enfermo! ¡Convenza al general que deje en libertad a esos malditos rehenes, por cuya culpa ha ocurrido todo esto! — suplicaba la condesa a Goldring.

— Mañana mismo por la mañana iré a ver al general. Haré la prueba de influir en él — le prometió Heinrich.

Pero el mismo general fue quien mandó llamar a su oficial para misiones especiales.

El asalto al castillo tuvo lugar la noche que precedía el domingo, y el lunes por la mañana Lutz avisó a su amigo que el general le llamaba por un asunto sumamente urgente e importante.

— Ayer el general informó al mando del grupo Norte acerca de lo ocurrido y le ordenaron tomar todas las medidas necesarias para liberar inmediatamente a Stengel — le explicó Lutz cuando Heinrich llegó a la plana mayor —. Esta mañana ha llegado un representante del estado mayor del grupo Norte y trajo la orden oficial. En ella también se habla especialmente de Stengel. Al conde y a Funk se los mencionan de paso... Apúrate, el general ya ha preguntado por tí dos veces.

En el despacho del general, además del propio Ewers, estaban Miller y un oficial con las hombreras de primer teniente, evidentemente era el representante del mando.

— ¡Ah, señor primer teniente! ¡Por fin! — se alegró Ewers —. Conózcanse y tomen asiento. Nuestra conversación será interesante y... un poco inesperada. Se trata de una misión de suma responsabilidad.

— ¡Soy todo atención, mi general!

— La misión que decidimos encomendarle sale fuera de sus obligaciones de oficial para misiones especiales — habló el general en una forma casi solemne —. Es excepcional y muy especial. En una palabra, decidimos enviarle al destacamento de los garibaldistas.

La misión era realmente tan imprevista que Heinrich miró a los presentes con expresión de asombro.

— Sí, sí, ha oído bien. A usted se le encomienda la misión de encontrarse con el jefe del destacamento guerrillero y entablar con él negociaciones para el canje de rehenes. Nosotros estamos dispuestos a poner en libertad a los arrestados en Palermo, si ellos hacen lo mismo con los capturados en el castillo. Si surgen complicaciones, propóngales que nos devuelvan nada más que a Stengel.

— Me atrevo a hacer notar — interpuso el representante del mando — que si acentuamos nuestro interés por Stengel, podemos descubrirle. Los guerrilleros tratarán de sacar algo en limpio y...

— Tiene razón, tiene razón — consintió el general.

— Hay que encauzar las negociaciones de tal manera que los guerrilleros piensen que la figura que más nos interesa es el conde Ramoni — aconsejó Miller.

— ¿Qué opina usted de la misión, barón? — Ewers miró interrogante a Heinrich.

— Yo estoy dispuesto a cumplir cualquier misión, por más difícil que sea... Por eso, si no se oponen, me permito la libertad de expresar mi opinión sobre la forma de cumplir la misión y no sobre la esencia.

— Diga, barón.

— Ya he tenido la oportunidad de tropezar con los guerrilleros de Bielorrusia y me convencí de que ellos cuidan celosamente de su honor militar. Pienso que los garibaldistas no serán una excepción. Si voy solo, pueden calificar el hecho como una falta de respeto a su honor y seguro que se negarán a iniciar las conversaciones. Hay que enviar una delegación oficial de parlamentarios, compuesta aunque sea de dos personas. Ello le dará envergadura y será más cómodo para nosotros: en caso de que surjan complicaciones habrá con quien consultar.

— Yo creo que el primer teniente ha hecho una buena proposición — convino el representante del mando antes que los demás.

— El otro podría ser Herr Miller — puntualizó Ewers. Heinrich vió que Miller había palidecido.

— Me atrevo a pronunciarme en contra de esta candidatura, aunque ni sueño con otro compañero mejor — Heinrich notó la mirada de agradecimiento del comandante —. Temo que Herr Miller sea demasiado popular entre los guerrilleros: su coche ya ha sido tiroteado una vez. Parlamentario puede ser cualquier persona que no esté relacionada con el SD. Para casos semejantes en el Frente Oriental envían a sacerdotes o a médicos...

Reinó un prolongado silencio. Mentalmente todos buscaban la candidatura apropiada.

— ¿Y si se lo encomendamos a Matini, el jefe del hospital? — propuso al fin Miller.

— ¡A mí no me gusta su apellido! — se encogió de hombros el representante del mando.

— ¿Es italiano el médico?

— Sólo por línea paterna, su madre es una auténtica aria — se apresuró a dar explicaciones Miller y empezó a elogiar a Matini con tanto entusiasmo que Heinrich tuvo

que ocultar su sonrisa, pues recientemente el jefe del SD le había dicho de Matini completamente otras cosas.

— Bueno, si es así yo no tengo nada en contra — consintió el representante del mando.

— Yo tampoco — lo apoyó el general.

— Sí, sí. Así será mejor — añadió Miller.

— Entonces, ¿podemos prevenir a Matini?

— Cuanto antes, mejor. Vayan al hospital ahora mismo.

No hubo necesidad de estar persuadiendo a Matini. Al enterarse de lo que se trataba éste consintió en seguida y dijo que había que empezar la búsqueda de los garibaldistas en Palermo, ya que allí estaban los rehenes arrestados por Funk.

— Supongamos que sea así. Pero Palermo es solamente el punto de partida. ¿Cual es la dirección en la que debemos efectuar las búsquedas? ¿Ir a la ventura hacia las montañas? — preguntó Heinrich con un tono de duda en la voz.

— Quizás en el estado mayor del regimiento haya algunos datos. La nota que dejaron los guerrilleros en el despacho del conde contiene una indirecta bien patente respecto a las negociaciones.

— ¿Cuándo podrás ponerte en camino?

— Ahora mismo. Ya he hecho la visita matutina. No haré más que poner de sobreaviso al asistente...

— Entonces te espero aquí. Iremos juntos a informar al general que ya estamos listos.

Matini llamó por teléfono a su auxiliar y le dio algunas instrucciones. Al cabo de unos diez minutos los amigos se encaminaban hacia la plana mayor. Goldring mandó a Kurt al castillo para que le trajera la metralleta, la capa y entregara una nota a la condesa. En ella le comunicaba a María Luisa en forma lacónica que iba a Palermo en calidad de parlamentario para mantener negociaciones con los guerrilleros y que esperaba liberar al conde, a Stengel y a los demás rehenes.

Tanto el general, como el representante del mando expresaron su satisfacción por el hecho de que los parlamentarios hayan hecho tan pronto sus preparaciones.

— Tengan en cuenta que deberán liberar a Stengel cueste lo que cueste — volvió a subrayar el general haciendo las últimas observaciones —. Si los garibaldistas no aceptan nuestras proposiciones, prevénngales que

reduciremos a cenizas y no dejaremos piedra sobre piedra en las aldeas donde viven las parientes de los guerrilleros.

— Pienso que no habrá que recurrir a amenazas — señaló con aplomo Matini.

— Eso es lo que yo quisiera — dijo secamente el general. Se sentía cohibido ante los parlamentarios y trataba de ocultarlo con frases secas y oficiales. Pero al despedirse Ewers no se pudo contener —. Dios es testigo de que yo no quería enviarles a esta peligrosa excursión — le dijo a Heinrich en voz baja.

A la hora del almuerzo el automóvil salió de Castel la Fonte para Palermo.

— ¿Le has entregado la nota a la condesa? — preguntó Heinrich a Kurt.

— Se la entregué a la mucama porque la condesa todavía estaba durmiendo.

Al sentarse en el coche, Heinrich y Matini revisaron una vez más los revólveres. Después, sin parar de hablar, echaban miradas penetrantes al camino.

— ¿No temes caer en las fauces del diablo? — le preguntó Matini en ruso.

— No es tan fiero el diablo como lo pintan — también en ruso le respondió Heinrich.

— Dime la verdad, ¿no se te ponen los pelos de punta?

— Si logramos salvar a los desafortunados que capturó Funk, me sentiré compensado por todo lo sobrevivido.

En señal de agradecimiento Matini le oprimió la mano.

— Espero que tengamos suerte.

Entre palabra y palabra el tiempo pasó desapercibido y ambos se extrañaron de haber llegado tan rápido a Palermo.

En el estado mayor del regimiento, por donde ellos pasaron, les esperaba una sorpresa tan imprevista como agradable. Media hora atrás alguien había telefoneado y dicho que comunicasen a los parlamentarios que los garibaldistas estaban de acuerdo en comenzar las negociaciones. Los representantes de la plana mayor de la división debían tomar la carretera que iba de Palermo hacia el norte. En el kilómetro diez tenían que salir del coche y hacer a pie unos cien metros, hasta llegar junto al manantial al pie de un peñasco de granito. Allí les estarían esperando los parlamentarios garibaldistas.

— Por el camino que va hacia el norte. Paras el coche en el kilómetro diez — ordenó Heinrich a Kurt.

— Parece que los garibaldistas estaban al tanto de nuestra llegada, antes de que saliéramos de Castel la Fonte. Yo no llego a comprender nada, ¿y usted Matini?

— Menos auri. Para ser franco, le diré que me siento muy a gusto. De nuestra misión sabían nada más que cinco personas: el general, el representante del mando, Miller, usted y yo. Tal vez lo sabía Lutz. Y resulta que alguien puso de sobreaviso a los guerrilleros. Claro que, siendo italiano, las sospechas caen sobre mí.

— ¡Pero si usted y yo no nos separamos ni por un minuto! Yo puedo testimoniarlo.

— ¿Cree usted que eso basta para Miller, y tanto más para Kubis, quien no me puede soportar?

— ¿Acaso estamos obligados a informarles la manera de cómo encontramos a los guerrilleros? ¡El asunto reside en que cumplamos la misión! La forma en que lo hagamos será nuestro secreto diplomático.

— ¡El kilómetro diez! — agitado y bajando instintivamente la voz anunció Kurt y detuvo el automóvil.

— Entonces saca la bandera blanca y espéranos aquí.

Heinrich y Matini tomaron dos banderitas blancas y se dirigieron hacia la senda apenas visible que pasaba a la derecha de la carretera.

Al cabo de unos diez minutos vieron delante suyo una enorme roca y oyeron el singular ruido que provoca el agua en las cataratas.

— Según parece, hemos llegado al lugar indicado — dijo Heinrich mirando a su alrededor —. ¡Fíjese que hermosura!

— Yo estoy acostumbrado a los paisajes montañoses, pero siempre que veo algo parecido el corazón se me encoge como un ovillo por la emoción. Siento simultáneamente pena y alegría... Como si tuviese alguna culpa ante esta maravilla terrestre. Pero la naturaleza, mostrándose infinitamente generosa, me concede el perdón...

— En el fondo eres poeta, Matini. Yo quisiera ser pintor. ¡Mira que riqueza de matices!

Desde la pequeña meseta donde estaban Heinrich y Matini se veía un panorama espléndido. El transparente aire otoñal hizo que el horizonte se alejara, para que en el celeste fondo del cielo se divisaran claramente los contornos de las extravagantes cimas. Cubiertas con una tupida capa forestal y completamente calvas, se amontonaban unas tras otras, bañadas por el oro de los rayos del sol. Cada una

de ellas los absorbía y luego los reflejaba a su manera: los bordes de las cimas desnudas reverberaban de cuando en cuando un brillo uniforme; como envueltas en llamas resplandecían las laderas cubiertas con robledales amarillentos, un carmín vivo despedían los bosquecillos de hayas; por encima de las planicies flotaba un ligero centelleo esmeraldino. Abajo, como colmenas deseminadas, se extendían las casas de Palermo. De allí, cuesta arriba, iba tendiéndose el camino, por el cual acababan de venir Heinrich y Matini. Inundado por el sol, al igual que una enceguecedora cinta plateada, se zambullía como en un túnel en el espeso verdor de la arboleda que bordeaba el camino; luego volvía a aparecer y, tras una curva cerrada, contorneaba la roca desapareciendo otra vez.

— ¡Qué belleza y que silencio! — exclamó Matini.

— ¡Qué bueno sería poder admirar todo esto y olvidarse de todo! — continuó Heinrich.

— ¡Pero uno se ve obligado a pelear! — se oyó a sus espaldas una voz desconocida.

Por lo imprevisto Heinrich y Matini se sobresaltaron y se volvieron bruscamente. Frente a ellos había dos hombres con brazaletes blancos por encima de las mangas. Uno de ellos, evidentemente el principal, vestía una ropa muy usada y sencilla. Era moreno y de estatura baja; su fatigado, pero afable rostro, tenía una reciente cicatriz rosada que le cruzaba la mejilla desde la sien derecha hasta el ángulo de los labios.

Al mirar al otro parlamentario, Heinrich apenas pudo contener una expresión de asombro: aquél tenía la frente baja y unas cejas pobladas y excesivamente anchas... No, no se podía haber equivocado: era el italiano que Heinrich había visto en la sala de recepción de Miller al día siguiente de su llegada a Castel la Fonte.

“¡Un provocador!”, pensó, y en voz alta preguntó:

— ¿Son ustedes los parlamentarios del destacamento de garibaldistas?

— ¡Sí, somos nosotros! — sonrió ampliamente el guerrillero de la cicatriz.

— Nosotros somos los parlamentarios de la plana mayor del general Ewers: primer teniente von Goldring y médico en jefe Matini se presentó a lo militar Heinrich.

— ¡Oh, hasta da miedo! — volvió a sonreír el de la cicatriz, y en su sonrisa hubo un matiz de burla.

El guerrillero de las cejas pobladas miraba atentamente a Heinrich.

— ¿Con quién tenemos el honor de hablar? — preguntó Matini.

— Con los representantes del destacamento de gari-baldistas. Nuestros apellidos los hemos olvidado.

— Ustedes, claro está, conocen el motivo de nuestra llegada — dijo Heinrich.

— Nos damos cuenta.

— Estamos de acuerdo en canjear rehenes. Prometemos liberar la misma cantidad de prisioneros que liberen ustedes — dijo Heinrich con tono seco y oficial, aunque sentía un irresistible deseo de acercarse al hombre de la cicatriz, que se mantenía tan tranquilo y con tanto aplomo, para prevenirle: “¡Cuidate! ¡Es un enemigo el que te acompaña!”.

— ¿Uno por uno? — dijo por fin el otro guerrillero, el de las cejas pobladas.

— ¡Sí!

El de la cicatriz no hizo más que dar un silbido.

— En tal caso ustedes vinieron un poco antes de tiempo: habrá que esperar hasta que nosotros capturemos a tantos oficiales suyos, cuantas personas prendió el coronel Funk en un sólo día en Palermo... Pienso que no habrá que esperar mucho: nosotros disponemos de excelentes cazaoficiales.

— En nombre del mando me veo obligado a prevenirles que si no aceptan nuestras condiciones, varios poblados serán sometidos a fuego... y su población...

Pero Heinrich no concluyó. El de la cicatriz palideció, y ello hizo que el arco rosado adquiriese un color casi rojo.

— ¿Ustedes han venido a dictarnos sus condiciones? ¡Si es así, nuestras conversaciones no darán ningún resultado!

— ¡Un momento! Estas cosas no se hacen con brusquedad. Hemos venido a mantener negociaciones y éstas con frecuencia tiran a regateo — dijo en tono conciliador Matini.

— No estamos acostumbrados a comerciar con gente. Además, con vendedores tan hábiles de vidas humanas como lo son ustedes, seguro que llevamos las de perder — la voz del hombre de la cicatriz sonaba burlona, en sus labios se dibujaba una sonrisa despectiva —. Nuestra

condición es una sola: nosotros liberamos a los suyos y ustedes a los nuestros.

— Pero si nosotros tenemos más de cincuenta rehenes...

— Cincuenta y cuatro — especificó el guerrillero.

— Ustedes tienen nada más que a once — formuló Heinrich.

— ¿A once? ¿De dónde? Tenemos nada más que a tres.

— Hagamos cuenta — propuso Heinrich —. En sus manos están: el conde Alfredo Ramoni...

— ¡Está!

— ...el coronel Funk...

— ...a quien habría que colgar.

— El oficial Stengel...

— ¡El barón Stengel! — corrigió el guerrillero de la cicatriz.

— Y ocho personas de la guardia personal del conde.

— ¿Quieren recibir a esos también? ¡No! Esos son italianos, de los nuestros, y las cuentas a saldar con ellos son muy especiales. Como gente creyente y beata que somos, no podemos permitir que los diablos del otro mundo los estén echando de menos por largo rato. Por lo tanto, podemos tratar nada más que de tres. Pero que trío: ¡un conde, un barón y un coronel! ¿Y qué es lo que nos pueden proponer ustedes? ¡A simples trabajadores y campesinos, pequeños artesanos... ¿Acaso no se sentiría ultrajado el conde si se enterara de que lo cambiaron por un trabajador? ¡No se lo perdonará nunca! Por él hay que dar por lo menos unas treinta personas simples. Bueno, el barón también es de descendencia noble. Claro es más barato que el conde, pero habría que pagar por él unas veinte personas. Y al coronel se lo damos ¡nada más que por cuatro personas! ¡Debe ser una ofensa para un coronel tan destacado como Funk! ¡Con qué valor lucha contra la gente pacífica e inocente! Por otra parte, ¡qué le vamos a hacer! Como en todo regateo les hacemos una rebaja. Pero...— de la cara del guerrillero desapareció la sonrisa y su voz se hizo áspera y amenazante —. Si dañan aunque sea a uno de sus rehenes o no aceptan nuestras condiciones, ténganlo por seguro que sus condes y barones serán colgados cabeza abajo.

— Nosotros no tenemos derecho a aceptar las condiciones propuestas por ustedes sin antes consultarlo con nuestro mando. Pero si éste las admite ¿cuál será el orden del canje de rehenes?

— El siguiente: mañana por la mañana ustedes traen aquí a sus rehenes en camiones ¿para qué cansar a la gente con caminatas cuesta arriba? Paran los vehículos a un kilómetro de aquí. No debe haber guardia alguna. De allí los traen a pie. Para ellos será un paseo matutino. De nuestra parte, traeremos a los suyos a este lugar. ¡Eso es todo! Les prevenimos que si mutilan o retienen a alguien, lo mismo haremos con uno de los suyos. Ahora vayan a coordinarlo con sus jefes.

— Mañana por la mañana les daremos la respuesta — prosiguió Heinrich y, llevando la mano a la gorra en señal de saludo, se fue. Matini le siguió.

Ya en el coche los parlamentarios rompieron a reír.

— ¡Mira que listo, caray! — exclamó admirado Heinrich.

— En cambio el de las cejas grandes causa muy mala impresión.

El general Ewers, el representante del mando del grupo Norte y Miller esperaban con impaciencia el regreso de Goldring y Matini en la plana mayor de la división. Cuando éstos regresaron sanos y salvos todos respiraron con alivio.

— Informe, barón — apremiaba el general.

Heinrich contó acerca del encuentro que tuvieron con los guerrilleros y de las condiciones que aquellos propusieron.

— ¡Habrás que aceptarlas! — dijo suspirando el general.

— ¿No les han dicho sus nombres? — inquirió Miller.

— Esos ya son pormenores que no vienen al caso — lo interrumpió el general y volvió a dirigirse a Heinrich y Matini —. Les pido encarecidamente que por la mañana acaben con el asunto que comenzaron tan exitosamente.

— Señor general, tengo una proposición — dijo Miller dirigiéndose a Ewers —. Como hemos aclarado, entre los rehenes capturados en Palermo hay una persona comprometida en el asunto de los volantes. Por intermedio de ella podríamos caer sobre el rastro de la imprenta. Yo le pido que no entreguemos a ese hombre, pretextando, por ejemplo, que está enfermo y que lo entregaremos mas tarde.

Miller se parecía a una fiera que le querían hurtar el mejor bocado.

— ¿Qué opina usted, barón? — preguntó el representante del mando.

— Se puede hacer la prueba, pero en ese caso el canje de los rehenes que lo termine Herr Miller mismo. Yo no me tomo la responsabilidad porque estoy seguro de que los garibaldistas procederán como previnieron sus parlamentarios, o sea que retendrán a alguno de sus prisioneros y temo que ese alguien pueda ser el comandante Stengel. Ellos ya saben que es barón y pueden estar enterados, además, del cargo que ocupa...

— ¡No, no, no! — agitó sus manos Ewers —. ¡Sin riesgo alguno! ¡Llévenles hasta el último rehén! Prohibo toda conversación sobre este tema. Barón, Herr Matini, mañana les esperamos a las once con el comandante Stengel, el conde Ramoni y Funk.

Al otro día hizo mal tiempo. Rociaba una fina llovizna otoñal. Las aglomeradas nubes grises que pendían sobre las montañas se prendían de las copas de los árboles. Un tiempo así incitaba a quedarse en casa y gozar del calor del hogar leyendo algún libro interesante o bebiendo un buen vino. Pero al romper el día Heinrich, Matini y María Luisa ya estaban en Palermo. Al enterarse de los resultados de las negociaciones con los garibaldistas, la condesa hasta le estampó un beso a Heinrich por la buena nueva e insistió hasta conseguir que la llevaran en ese viaje que ya no ofrecía ningún peligro. Heinrich accedió, lamentándolo después, ya que la condesa se mostraba nerviosa y molestaba.

— ¿Para qué examina Matini a cada rehén y más verificando la lista? — se quejaba María Luisa —. ¡Si llegamos tarde los garibaldistas se pueden ir sin efectuar el canje!

— Ya le he prometido a usted que el conde cenará hoy en el castillo, y es muy probable que también almuerze allí — la tranquilizaba Goldring, aunque sabía a ciencia cierta que no era el viejo conde a quien María Luisa esperaba tan impacientemente.

Por fin condujeron a los prisioneros a los camiones. Estos parecían confusos y amedrentados, no obstante, abordaron el vehículo con la indiferencia del que está dispuesto a lo peor.

— Oye, Matini — le vino de golpe a la cabeza a Heinrich cuando los camiones y el "Horch" concedido por el general para esta ocasión se encontraban fuera de la

ciudad —, a los prisioneros no los hemos puesto al corriente de adónde los llevamos. Puede que al notar que no tenemos guardia se echen a correr a la desbandada en cuanto nos profundicemos en el bosque.

Matini ordenó que el chófer tocara la bocina. Los camiones que llevaban la delantera se detuvieron. Después de acercárseles a la carrera, Matini explicó a la atemorizada gente cual era el motivo del viaje emprendido. Un suspiro de alivio brotó de sus pechos, en las caras aparecieron sonrisas, alguien zollipó, otro gritó “¡Viva!”

Los vehículos se pusieron en marcha sin detenerse hasta llegar al kilómetro nueve.

Los rehenes iban en una larga fila por una humedecida senda de las montañas, resbalando, con las gorras caladas hasta las orejas, pero contentos, excitados. A la cabeza iba Matini indicando el camino. Heinrich cerraba la marcha. Después de doblar la roca el camino se hizo mucho más dificultoso y hubo quien empezó a rezagarse. Heinrich también se detuvo para cobrar aliento. No fatigaba tanto el ascenso, como el camino resbaloso, sobre el cual, después de la lluvia, era casi imposible encontrar un punto de apoyo sólido donde poner el pie. Cuando los primeros prisioneros encabezados por Matini llegaron a la planicie, los rezagados apuraron el paso.

Heinrich fue el último en subir. Al acercarse a la roca, ya estaban pasando lista. El parlamentario guerrillero de las cejas pobladas leía los nombres en voz muy alta. Uno tras otro los rehenes salían adelante, se hacían a un lado y formaban un grupo aparte. El guerrillero de la cicatriz recibía a cada uno con un fuerte apretón de manos y una amplia sonrisa.

— ¿Dónde están sus rehenes? — preguntó Heinrich.

— Allí — el guerrillero de la cicatriz señaló hacia un enorme bloque de piedra. Al mirar tras él, Heinrich vio al conde, a Stengel y a Funk. Ramoni, sucio y sin afeitar, yacía sobre una camilla. Stengel estaba sentado con la cabeza gacha, abrazando las rodillas. No se movió y ni siquiera advirtió a Heinrich. Sólo Funk se incorporó de un salto.

— ¡Von Goldring! — exclamó a toda voz y en sus malvados ojillos se reflejó la alegría.

Stengel también se paró bruscamente. El único que seguía inmóvil era el conde. Por lo visto no comprendía aun que había llegado la liberación.

— ¿Está todo en orden? — preguntó Heinrich acercándose al guerrillero de la cicatriz.

— Sí, están los cincuenta y cuatro que figuran en la lista... Resulta que si los obligan ustedes también pueden proceder honradamente — le respondió aquél con malicia. Heinrich fingió no comprender.

— ¿Podemos hacernos cargo de los nuestros?

— Ahora sí.

Llevando al conde en la camilla, Heinrich y Matini emprendieron el descenso con sumo cuidado. Funk trataba de ayudarles yendo a un costado de la camilla. Stengel los seguía lento e indiferente. No se había recobrado aun de la enfermedad y de todo lo sobrevivido.

Cuando la distancia entre ellos y la roca sumaría unos cien metros, se oyó a sus espaldas un silbido estridente. Luego fueron dos, tres. Luego silbaron, rieron, gritaron todos los ex rehenes de Funk. Sólo entonces se recobró Stengel. A largos pasos se acercó a Goldring y lo apartó de uno de los extremos de la camilla.

— Funk, córrase adelante y agárrese de uno de los asideros que lleva Matini — ordenó con voz autoritaria y volviendo la cabeza hacia Heinrich dijo con una cordialidad inesperada: — Me ha salvado la vida por segunda vez, barón, y yo no quiero que usted arriesgue la suya. ¿Oye lo enfurecidos que están?

Entre los cuatro llevaron rápidamente la camilla hasta donde estaban los vehículos, y al cabo de veinte minutos llegaron a Palermo donde bajó Funk y el lugar entre el conde y Stengel lo ocupó María Luisa.

Sin parar en ningún otro lado, el coche enderezó hacia Castel la Fonte.

## El desquite

La carta enviada por Heinrich a madame Tarval retornó con el sobreescrito de: "El destinatario se ha mudado".

Estas simples palabras escritas con indiferencia no podían aclarar nada, sólo despertaban la inquietud y provocaban un nuevo dolor. ¡Se había cortado un hilo más que lo unía con el pasado! Ya nunca tendría una foto de Mónica que era lo que le pedía en la carta a madame Tarval. "El destinatario se ha mudado..." Seguro que con

esa misma inscripción regresaban las cartas que los amigos le escribían a Mónica, antes de que se enterasen de su muerte. ¡Qué miedo daba eso!

Heinrich guardó la carta en el cajón de la mesa, pero de la mente no se le borraban las palabras escritas con letra legible: "El destinatario se ha mudado". Mónica también "se había mudado". Tal vez esta fuese la palabra que puso Miller frente a su apellido. Claro que no podía poner "asesinada", y menos aun: "por orden especial de Berthold". ¡Qué sufrimientos sobrehumanos le causaba el pensar en ello, ver diariamente a Miller, saludarlo, hablar con él y sentir siempre, en todo momento, ese insoportable dolor en el corazón!

Dicen que el tiempo lo cura todo. Pero no, no es el tiempo, sino el trabajo. Heinrich mismo se convenció de ello y se sentía mucho mejor cuando estaba en acción, cuando todos sus esfuerzos estaban encaminados a un objetivo, el de arrancarle lo más rápido posible el secreto al enemigo. Teniendo en cuenta lo complicado de la misión, no le limitaron en el tiempo. Pero Heinrich sabía que debía actuar rápido, pues de sus actos dependía la vida de cientos de miles de personas. ¡Qué poco había hecho hasta el momento! Pudo establecer nada más que las señas de la fábrica. ¿Tal vez pudiera sacar algo en limpio ese día durante su visita a Stengel?

¡Sí, por fin Stengel invitó al primer teniente von Goldring a que lo visitara! Después de sacarlo Heinrich del agua, y especialmente después de la historia con el canje de prisioneros, el comandante lo empezó a tratar con acentuada atención y gratitud.

Stengel vivía en uno de los barrios más confortables de la ciudad, en dos piezas que alquilaba en la villa del ingeniero Alfredo Lerrot.

— Cuanto menos sepa la gente de este Lerrot, tanto mejor — fue la explicación de Stengel cuando Heinrich le preguntó acerca del dueño de la casa.

— Debe ser una persona importante, por lo visto. No sin razón junto a su casa hay una guardia de dos soldados con metralletas.

— Esa persona me tiene tan harto, como los mosquitos de verano! Yo respondo con mi cabeza por su vida, al igual que por la fábrica. ¡Hasta me pusieron aquí en calidad de niñera! Claro que en algo me conviene porque como con ellos. El es viudo, pero su hija es una excelente

ama de casa. Viendo la forma en que mi ordenanza estropeaba las truchas, ella misma me propuso desayunar, cenar y almorzar con ellos.

— Un momento, ¿no es ésta la familia donde preparan magníficos platos de pescado? Usted ha prometido presentármela y agasajarme con trucha en escabeche.

— Hay que acordarlo con la señorita Sofía.

— ¿Señorita Sofía? ¿Es bonita?

— Tiene muchas ganas de contraer matrimonio. A mujeres así yo les tengo miedo, por eso no la he observado como es debido. Por otra parte, parece que no está mal. Pero es muy charlatana. Todo lo contrario de su padre, quien se las pasa sin abrir la boca. Claro que si uno no habla de ictiología. Eso, a mi parecer, es lo único que le interesa. Excluyendo la técnica, claro está. Aquí es un pozo de ciencia y en la fábrica lo tienen como oro en paño...

— Con todo eso ¿cuándo probaré la trucha y tendré el gusto de conocer a la señorita Sofía? Sin compañía femenina uno parece cubrirse de moho. A María Luisa la descarto porque usted la tiene encantada, barón. A nosotros, los mortales, ni siquiera nos mira. ¡Me asombra de que usted haga caso omiso a su apego, siendo ella una mujer hermosa!

Stengel hizo un mal gesto.

— Es italiana. Yo quiero que en las venas de mis hijos corra sangre de arios.

— ¿Acaso no despiertan su interés el castillo y los demás bienes? En lo que respecta a la sangre, la de ella es tan azul como la mía y la suya. Ella descende de una antigua familia noble.

— Yo estoy comprometido con otra, aunque hablando con franqueza, cuando las cosas se empezaron a poner feas, titubeé. ¿No será ésta una partida mejor? Al menos tendré un refugio seguro y cierto capital entre manos, ya que los inmuebles y la tierra siempre conservarán su valor. Es cierto que la otra tiene buenas relaciones... pero ¡para qué demonios sirven si todo se viene abajo! Usted comprenderá que le estoy hablando con franqueza y que, espero, todo quedará entre nosotros.

— Con su advertencia me ofende. Hay cosas que se comprenden por sí solas.

Habiéndose tranquilizado del todo, Stengel siguió martirizando largo rato a Heinrich confiándole sus zozobras.

El barón valoraba muy alto su persona y estaba claro que temía llevarse las de perder.

Después de prometer al comandante que vendría a almorzar el día de descanso más próximo, Heinrich se despidió. Un viento helado arrojaba al rostro copos de nieve mojada y Heinrich lamentó no haber ordenado a Kurt que lo esperara junto a la plana mayor. Así se veía obligado a ir hasta el castillo a pie. ¿Quizás valga la pena pasar por donde trabaja Miller y pedirle que le facilite un coche? No, mejor es vagar un rato más y poner en orden las ideas.

Según parece, el señor Lerrot es justamente la persona por la cual hay que interesarse en primer término. En la fábrica le dedican gran atención y Stengel responde por su seguridad. En la entrada a la villa hace guardia gente de confianza, que es la misma que protege la fábrica, y no los esesistas de Miller. Es menester entablar conocimiento con Lerrot y conversar con él. ¡Para eso vale la pena leerse todos los libros de ictiología! Seguro que en la biblioteca del conde hay libros dedicados a esta rama de la ciencia. A lo que parece, la trucha aun no ha desempeñado todo su papel y, al igual que el pececillo de oro del famoso cuento ruso, todavía le será de utilidad.

Miller no esperaba la visita de Heinrich y llegó a sentirse desconcertado.

— Veo que le he molestado, pero no me detendré más de un minuto: no tengo el coche aquí, y ¡i es posible...

— ¡No, no! ¡No le permitiré que se vaya en seguida, diplomático genial! — protestó Miller proponiéndole a Heinrich asiento en un sillón —. ¡Últimamente es rara la vez que nos vemos! Primero me ha sido infiel con Kubis, ahora con Matini... — complacido por su ocurrencia Miller prorrumpió en carcajadas y al instante entrecerró pícaramente los ojos —. En calidad de regalo de Año Nuevo le he preparado una pequeña sorpresa.

— ¿Se ha acordado de la sorpresa tres semanas después del Año Nuevo?

— Mil novecientos cuarenta y cuatro es un año bisiesto y se lo debe festejar hasta el veintinueve de febrero, de lo contrario será causa de mala ventura.

— Es la primera vez que oigo hablar de una seña así...

— A pesar de todo, existe. Y yo, como casi toda la gente de mi profesión quienes se ven obligados a tentar a

Dios, soy un poco supersticioso. En todo caso hay que ser cortés con la señora fortuna, para que ella no se muestre esquiva con nosotros...

— ¿Qué tengo que ver yo, la sorpresa que me ha preparado? ¡Hágale sus ofrendas a esa diosa del destino!

— Quisiera enternecerla haciendo un buen acto.

— ¡Ya me tiene intrigado, Hans! ¿Un buen acto y usted? ¡Es imposible!

— ¿Y los favores que le he hecho? ¿Se ha olvidado de ellos?

— No, no los he olvidado. Hasta espero pagárselos todos juntos algún día.

— ¡Envidio su manera de ser, Heinrich! Uno nunca sabe si habla en serio o bromea. A veces da la impresión de que usted es una persona sincera y despreocupada; otras, todo lo contrario: reservada e indiferente a todo y para con todos...

“¡Eso está pésimo! si hasta un tipo tan insensible como Miller se decide a digresiones psicológicas...”

— Yo mismo me siento preocupado por los frecuentes cambios de mi estado de ánimo. Probablemente esté cansado, nervioso... ¿Cree que no me ha costado nada esa historia con el canje de prisioneros? ¡Oír silbar a tus espaldas a esos plebeyos y no tener derecho ni la posibilidad de vengarte! ¡Me pareció que en ese minuto todos mis antepasados, todos los von Goldring, hasta la décima generación inclusive, no sabían dónde metersē en sus tumbas!

— ¿Quisiera encontrarse otra vez con esos parlamentarios en otro ambiente? ¿Aunque sea con uno de ellos?

— Depende — contestó con precaución Heinrich, esforzándose por comprender las intenciones de su interlocutor.

Miller se puso de pie y oprimió el botón del timbre.

— Quédese sentado de espaldas a la puerta y no se dé vuelta hasta que no se lo diga.

Heinrich oyó entrar al centinela y Miller le murmuró algo al oído. Después el centinela salió y al cabo de unos minutos más se oyeron unos pasos pesados y una respiración entrecortada.

— Siéntelo ahí. Bien... Ahora salga. ¡Bueno, barón, le concedo la posibilidad de saludar a un viejo conocido!

Heinrich se volvió bruscamente y, a decir verdad, quedó atónito: enfrente suyo estaba el parlamentario de la cicatriz en la mejilla. ¡Pero que aspecto tenía! Su rostro

estaba lleno de moretones y tenía la ropa rasgada y toda manchada de sangre.

— ¡Veo que mi sorpresa le ha impresionado, barón! Le presento al parlamentario de los garibaldistas, Antonio Mentaroche — pronunció irónicamente Miller —. ¡Los diplomáticos se vuelven a encontrar! Aunque en un ambiente no muy habitual para los diplomáticos, pero ¿qué le vamos a hacer? Con el tiempo las circunstancias cambian.

El guerrillero de la cicatriz sonrió burlonamente:

— ¡Sí, señores, con el tiempo las circunstancias cambian! ¡Les recomiendo que se lo graben bien en la memoria!

Miller se puso rojo.

— ¡Lléveselo! — gritó irritado al centinela que estaba en el cuarto contiguo.

A Antonio Mentaroche se lo llevaron.

— ¡Reconozco que me ha desilusionado, Heinrich! Yo pensaba que este encuentro lo entretendría más. ¡Una oportunidad así para vengarse por todas las contrariedades, por la irreverencia!

— ¡Oh, a mí no me gusta el trabajo bruto! Además, yo confío plenamente en usted y Kubis. Por la sorpresa le estoy muy agradecido. Lamento no haber traído una botella de coñac, hubiéramos brindado por sus éxitos.

— Yo tengo una botella. Para una ocasión así...

Miller extrajo del armario una botella en la cual ya faltaba parte de su contenido y llenó dos copas.

— ¡Por su talento, Hans! ¿Cómo ha logrado capturar a Mentaroche? ¡No me lo imagino! ¡Simplemente no me lo puedo imaginar!

— Ahora dispongo de cientos de oídos y ojos...

“Y entre ellos, los que están debajo de aquellas pobladas cejas”, pensó Heinrich.

— ¡Organizar tan bien a los agentes en un periodo tan breve! ¡No puedo hacer menos que negarme al brindis anterior y tomar por su talento, por su genio de agente secreto! Qué le parece si llamamos a Kubis y entre los tres brindamos por sus éxitos venideros, por...

— No dispongo de tiempo... — Miller hizo una mueca de disgusto —. Mientras la situación no haya cambiado quiero terminar el interrogatorio de este diplomático. Quisiera hacerlo a solas, ya que hay algunas circunstancias que no conoce Kubis y que debo aclarar. Entonces a Matini,

con quien usted ha trabado amistad tan imprudentemente, podré ponerlo entre la espada y la pared.

Heinrich, asombrado, alzó las cejas.

— ¡Puede afirmar lo que quiera, pero yo considero que Matini es una persona muy decente! ¿Qué relación puede haber entre Matini y este...? ¿cómo se llama?... Monta... Mentaroichi.

— Por ahora no tengo nada más que sospechas. Pero Mentaroichi me proporcionará pruebas. De una u otra manera yo me voy a enterar de quién fue el que previno a los guerrilleros acerca de nuestros parlamentarios antes de que ellos salieran de Castel la Fonte.

— ¡Imposible! ¡Eso es completamente imposible! ¡Pero si no me he separado de Matini ni a sol ni a sombra...!

— Oh, pudo haber dejado una nota, un signo convencional... Hoy todavía no lo sé. Pero mañana o pasado... A mi agente del destacamento de los garibaldistas le he planteado la tarea de proporcionarme las pruebas de lo que yo presiento.

— Ese agente suyo no me produce la impresión de ser una persona inteligente.

Por lo imprevisto Miller puso encima de la mesa la copa que ya se había acercado a los labios.

— ¿Usted conoce a mi agente? ¿De dónde?

— ¡Me subestima, Hans! Peor todavía: no tiene alto concepto de mis capacidades mentales, pues ni siquiera un idiota podría dejar de notar lo que resaltaba a la vista. Usted ya verá que todo es muy simple: ni bien regresé a Castel la Fonte fui a hacer mi primera visita a mi amigo, el jefe del SD; en su antesala tropiezo con una persona de cejas muy pobladas, a quien un primer teniente había recibido la orden de sacarlo por el patio para que nadie lo viera; varios minutos después mi amigo me pone al tanto de que empezó a reclutar espías entre la población... Dígame, Hans, ¿qué conclusiones haría usted en mi lugar?

— Una sólo, pero indiscutible. Usted debe servir en la gestapo, y no en el ejército. ¡Le juro que lo trasladaré! ¡Brindemos por eso, Heinrich!

Miller siguió halagando largo rato a su futuro colega, brindando y bebiendo coñac, cuyas reservas no se agotaron después de bebida aquella botella. Miller estaba tan borracho que apenas logró cerrar la caja fuerte antes de dar la orden de que lo llevaran a su casa. En el coche

se durmió enseguida, apoyando la cabeza contra el hombro de su "amigo". Apartándolo con repulsión, Heinrich ordenó al chófer que frenara junto a la plana mayor.

Lutz ya estaba durmiendo y tuvo que golpear asiduamente para que le abriera. Tambaleándose muerto de sueño, el Hauptmann se acercó a la cama y se tiró en ella, pero al prestar oído al relato de Heinrich acerca de la conversación sostenida con Miller y de la sospecha que éste le tenía a Matini, saltó de la cama.

— ¡Porquería de...! — maldijo entre dientes —. ¡No me perdonaré nunca, ni a tí tampoco, que ese verdugo ande entre los vivos, cuando debería de estar en el infierno. ¡No, imagínate por un instante a Matini siendo interrogado por Miller o por ese tu amiguito de Kubis!

— A cada paso me estás echando en cara mi amistad con Kubis y Miller, pero, como ves, esta amistad ha sido útil —, dijo Heinrich en voz baja.

Colocándose las manos debajo de la cabeza Lutz se volvió a estirar en la cama pensando en algo en forma muy concentrada. Heinrich se acercó al teléfono y llamó a Kurt para que éste pasara a recogerle en coche.

— Quédate a dormir aquí — le propuso Lutz.

— No, mañana almuerzo en casa de Funk y tengo que cambiarme de ropa. Me cansó tanto que me vi obligado a aceptar su invitación. ¿Quieres ir conmigo?

— ¿A casa de Funk? ¡Por qué no! — contestó distraído Lutz pensando completamente en otra cosa —. Mañana es domingo, podemos ir...— De repente se animó —. ¿Dices que a casa de Funk? ¡Invitemos también a Miller! Pero que no vaya Kurt. Tú mismo conducirás el coche...

— Bien, invitaré a Miller y dejaré a Kurt — dijo Heinrich mirando atentamente a los ojos de su amigo.

A la mañana siguiente el timbre del teléfono despertó muy temprano a Heinrich.

— ¡Basta de dormir! ¡Está haciendo un tiempo magnífico y ni rastro quedó de la nieve de ayer! Ahora mismo le visitaremos para después ir con usted ¿sabe a dónde? — se oyó la alegre voz de Miller.

— ¿Qué significa "nosotros"?

— El ex "novio", a quien ahora llamamos el "extravagante", y yo.

A eso de las doce, después de desayunar, los tres salieron para Palermo.

— Hoy le he concedido el día libre a mi ordenanza y yo mismo me veré obligado a cumplir con las obligaciones de chófer — dijo Heinrich como a propósito cuando abordaron el coche.

— Cuando se canse lo reemplazaré con muchísimo gusto — se ofreció Miller y le guiñó un ojo de forma apenas perceptible, añadiendo con aire significativo: — Bien sabe que conduzco perfectamente y que en mis manos el coche se somete dócilmente a mi voluntad.

Heinrich fingió no comprender la indirecta.

— A pesar de todo, ustedes deberán reconocer mis méritos como jefe del SD — dijo Miller jactancioso cuando el automóvil salió de la ciudad y echó a rodar por la carretera de hormigón que llevaba a Palermo —. ¡Ya ven que ahora uno puede viajar tranquilamente por los caminos, sin temor a ser atacado por los garibaldistas!

— ¿Y el asesinato del motociclista ayer? — le hizo recordar Lutz.

— ¿Y el coche que voló anteayer? — añadió Heinrich.

— Ustedes omiten el detalle de que esos casos tuvieron lugar por la noche. Durante el día los guerrilleros ya no arriesgan a salir por los caminos. No fue fácil lograr eso. ¡Se lo aseguro! En cambio ahora yo sé a qué se dedica cualquier día determinado destacamento. ¡Oh, alguna vez yo relataré en mis memorias cosas interesantes!

— ¿Usted piensa escribir memorias? — se extrañó Lutz.

— ¡Sin falta! Claro que habrá que escribir de algunas cosas en forma velada..., tomar en consideración las inclinaciones de los lectores; cuando corre la sangre eso gusta y hace cosquillas a los nervios. Pero simultáneamente exigen que se lo presenten con apariencia decente y respetable. Si escribiese exclusivamente para agentes secretos, recordando las palabras del Führer dirigidas a los soldados, no recurriría a semejantes digresiones.

— ¿A qué palabras del Führer se refiere? — arrugó la frente esforzándose por recordar.

— ¡Oh, las sé de memoria! “Soldados: yo los libero de la quimera que los ingenuos llamaron conciencia...” ¿No está bien dicho?

— ¡Muy bien dicho! — sonrió Heinrich.

Funk, puesto de sobreaviso por teléfono, esperaba la visita. Varias veces había invitado a Heinrich a almuerzos y cenas, pero alegando a diferentes motivos siempre eludía ese honor: el coronel Funk no representaba gran

interés para él. Tampoco hubiera ido ese día, si no fuera porque Miller estaba enterado del llamado telefónico de los garibaldistas al estado mayor del regimiento. Esa llamada estaba relacionada con el encuentro de los parlamentarios y era interesante saber cómo habían informado al jefe del SD.

Al principio el almuerzo tenía un carácter algo oficial. Habiéndole dedicado el primer brindis a su "libertador", como llamó el coronel a Heinrich, en forma discreta Funk les deseó éxitos a Miller y a Lutz. El grado militar de los presentes era inferior al de Funk, y aunque éste se mantenía afable, su comportamiento subrayaba ese hecho. A medida que iban variando los platos y vaciándose las botellas, la conversación se hacía más amena y desembarazada. Los rostros del coronel y de Funk adquirían con cada copa un color más rojizo. Lutz, por el contrario, palidecía y esta vez no se embriagaba. Sólo su mirada se hacía más concentrada y maligna.

— ¡Herrschaften! — Lutz se levantó después de llenar la copa hasta los topes —. Yo propongo un brindis por aquel que también tomó parte en la liberación del coronel Funk: ¡por mi amigo y excelente persona, el doctor Martini!

Miller, aunque estaba borracho, puso demostrativamente la copa sobre la mesa.

— ¿No desea usted, Herr Miller, brindar por la salud de otro libertador mío, quien lamentablemente no está entre nosotros? — se extrañó Funk.

— Espero, señor coronel, que adivinará el motivo.

— ¡Ah, sí! ¡En ese caso yo tampoco voy a tomar! — consintió Funk y dejó la copa.

— ¡Entonces beberé solo! — de un trago Lutz vació la copa de coñac —. ¡Me gusta la gente honrada, sea quien fuera!

El brindis de Lutz entibió el ambiente de la compañía. Pero al poco tiempo Funk dio con un tema que despertó interés general: propuso brindar por los éxitos en el Frente Oriental. En la conversación volvieron a intervenir todos. Las copas se fueron vaciando con mayor frecuencia. El único que se abstenía en beber, como siempre, era Heinrich, quien no hacía más que mojarse los labios.

— ¡Ea, ya está oscureciendo! — exclamó Miller asombrado mirando por la ventana.

— ¡Ya es tarde y se quedarán a dormir en mi casa! — declaró Funk como una orden.

— Yo no puedo. Mañana al amanecer debo presentarme con von Goldring ante el general — objetó categóricamente Lutz.

— Quédese usted, Miller, el coronel mañana lo llevará — propuso Heinrich.

Lutz lo miró asombrado, pero al recibir un puntapié debajo de la mesa, estimuló la proposición:

— ¡En efecto, usted puede quedarse!

— ¡No! ¡Vinimos juntos y juntos nos iremos a casa! Ahora ya nadie corre peligro.

Los medios empleados para persuadir a Miller de que se quedara fueron inútiles.

De Palermo salieron a eso de las seis. Miller se empeñaba en ocupar el lugar del chófer, pero Heinrich lo hizo a un lado.

En cuanto el automóvil salió a la angosta carretera que se abría paso entre las montañas, en las cercanías del pequeño poblado serrano Andatre, se oyó de la mano izquierda un disparo proveniente de las montañas, y luego una serie de largas ráfagas de ametralladora. El eco de las montañas acrecentaba los sonidos. Daba la impresión de que había comenzado un verdadero cañoneo. Heinrich detuvo el automóvil.

— ¿Qué está haciendo? ¡Regrese inmediatamente! — chilló Miller, e intentó apoderarse del volante.

Lutz repuso con rabia y desprecio:

— No se apresure, Herr Miller, tal vez estén disparando precisamente detrás de nosotros.

— ¡Entonces, adelante! — vociferó Miller.

Sin contestarle Heinrich y Lutz salieron del coche. El tiroteo se oía aproximarse cada vez más, pero un oído bien entrenado podía determinar que no era el camino lo que servía de blanco. Ametralladora en mano Miller también salió del automóvil y al instante se echó cuerpo a tierra en una zanja, mirando atentamente en dirección a las montañas.

— Tengo la impresión de que no se siente muy cómodo, Herr Miller — dijo Lutz con tono de mofa y también saltó a la zanja.

Heinrich vio que se había inclinado para arrebatarse la metralleta de manos del jefe de la gestapo.

— ¿Qué pasa? — vociferó Miller asustado incorporándose.

— ¡Tranquilo, viejo! — ya amenazante ordenó Lutz —. Las armas de soldado prefieren no caer en manos de cobardes verdugos y se sienten mucho mejor en las de la gente honrada y audaz.

— ¿Qué bromas son éstas, Lutz? — en la voz de Miller se notaba el miedo, pero aun conservaba el acento altanero propio del jefe del SD.— ¡No somos tan amigos como para permitirnos semejantes bromas!

— ¿Bromas? ¿Usted considera esto una broma?

— ¡Heinrich! ¡Este tipo se volvió loco! ¡Quítele el arma! — Miller retrocedió perdiendo casi el equilibrio al sentir que la pared opuesta de la zanja le cortaba el paso. Lutz avanzó hacia él.

— ¿Que me volví loco, dice? ¡Sí, claro que podía haberme vuelto loco al verlo disparar en la barriga de una mujer embarazada! ¡Podía haberme vuelto loco al enterarme de la forma en que ajustó cuentas con Mónica! ¿Y ahora quiere echarle mano a Matini?

— ¡No se quede ahí plantado, Goldring! ¡Que me va a herir! ¡Yo me voy a quejar! ¡Le voy a escribir a Bert-hold!

Heinrich se acercó a Miller y apartó a Lutz.

— ¿Y la metralleta? Quítele la metra...

El fin de la palabra se le trabó en la garganta, parecía que sus ojos se le iban a desorbitar al encontrarse con la mirada penetrante y áspera de Heinrich.

— ¡Ahora escúchame a mi, Miller! Yo pertenezco a la casta de los ingenuos que creen en la fuerza de la conciencia. Por suerte somos muchos, muchos más de los que se parecen a tí. ¡Te juzgamos en nombre de nuestra conciencia! ¡En nombre de los sufrimientos de cientos de inocentes! ¡Por la muerte de Mónica! ¡Por la salvación de los que podrías martirizar en el futuro!

Sin desviar la mirada llena de terror, Miller, dio un tirón a la funda de la pistola y empuñó febrilmente el parabellum. Pero no hizo a tiempo de extraerlo. Un disparo de revólver cortó el aire y el jefe de la gestapo se desplomó, atravesado, además por una ráfaga de ametralladora.

— Yo también tenía que saldar cuentas con él —, dijo Lutz y apuntó al automóvil, disparándole una ráfaga prolongada.

Heinrich quiso apretar el gatillo de una pistola de señales.

— ¡Espera! — lo detuvo Lutz y mojó el pañuelo con el agua de la cantimplora aplicándolo al cañon del parabellum. Antes de que Heinrich pudiera proferir palabra, aquél se pego un tiro en el brazo izquierdo.

— ¿Qué has hecho, anormal? — le gritó Heinrich corriendo hacia él.

— Nada de particular; a la semana la herida se cicatrizará y será testimonio de que hemos sostenido una pelea. Por otro lado, incluso tengo el derecho de obtener la medalla que les corresponde a los soldados heridos en combate. ¡Ahora puedes dar la señal!

Tirado en la zanja junto a Lutz, Heinrich tiró una tras otra varias luces de Bengala rojas.

Poco tiempo después llegaron de Palermo dos camiones con soldados encabezados por el propio coronel Funk.

— ¡Santo cielo! Qué desgracia tan espantosa! ¡Al hospital de inmediato! ¡Tal vez podamos salvarlo! — gritaba Funk corriendo a lo largo de la zanja de un lado para otro.

Al cabo de un minuto ambos vehículos rodaban rumbo a Castel la Fonte. Uno de ellos remolcaba el coche en que iban Heinrich, Lutz y Miller.

— Ya no necesita de mi ayuda — dijo Matini a Kubis, quien miraba sin mucha compasión el cadáver de su jefe —. ¿Le hacemos la autopsia?

— Creo que sin ella todo está claro... Herr Lutz, ¿qué le pasa?

— No es nada serio. Me arañó el brazo y... — el Hauptmann tambaleó.

— ¿Por qué no me dijiste nada? — reprochó Matini a Heinrich y sujetó a Lutz por los hombros. Este sonrió tímidamente y se irguió.

— Te aseguro que me siento maravillosamente bien; no es más que una leve anemia.

A pesar de las protestas de Lutz, Matini lo llevó a la sala de operaciones y le vendó la herida.

— No es nada serio, pero hace falta tranquilidad. ¡Amigo mío, tendrás que mudarte a mi hospital!

— ¡Dios me libre! Entonces sí que me voy a enfermar de veras... Será mejor que guarde cama en casa. Espero que me visites de vez en cuando, ¿eh?

— Necesitas atención y yo te llevo a mi casa — decidió Heinrich por todos —. ¿No te opones, Matini?

— Habrá que asentir. Entonces pongámonos en camino ahora mismo porque Karl necesita calma.

— ¡Yo informaré al mando de la plana mayor del ataque y me uniré a ustedes! — gritó Kubis desde la puerta.

Los tres amigos se miraron y se comprendieron sin proferir palabra.

— ¡No es nada! — alentó Heinrich a sus amigos, le daré algunas decenas de marcos y se hará humo...

Para evitar un encuentro con María Luisa decidieron entrar al castillo por la puerta de servicio, pero Heinrich se había olvidado la llave y hubo que golpear a la puerta.

Al fin Kurt, un tanto confuso, abrió la puerta. En el fondo del pasillo desaparecía furtiva una silueta de mujer.

Cayendo en la cuenta de lo que pasaba, Heinrich comentó con tono inocente:

— ¡Oh, parece que despertamos a la condesa con el barullo que hicimos!

— No, no es la condesa, es Lidia... mejor dicho la mucama — se corrigió Kurt y se puso rojo.

Pusieron la mesa junto a la cama de Lutz y cenaron en el dormitorio. Después del vendaje Lutz se sentía muy bien y protestó categóricamente cuando después de la cena Heinrich y Matini resolvieron pasar a otro cuarto para dejarlo dormir.

— ¡Eso será un crimen de parte de ustedes! Ahora me siento como si hubiera expiado un tremendo pecado... En minutos así uno desea encontrarse entre amigos. Ustedes pueden guardar silencio, hablar, leer, pero no se vayan. ¡Sencillamente me produce gran satisfacción el tenerlos aquí presentes a ustedes dos!

En el lugar donde antes colgaba el cuadro que tan mala impresión había producido a Heinrich, había un mapa grande de Europa con banderitas rojas que marcaban las líneas de los frentes. Heinrich y Matini se acercaron a él y se pusieron a medir la distancia que había entre Stalingrado y Sarni: el alto mando informó recientemente que había sido necesario abandonar esa ciudad.

— ¿Qué están haciendo? — se interesó Lutz.

— ¡Un momento! — Heinrich se aproximó a la mesa y empezó a hacer cuentas —. Para cubrir la distancia entre Sarni y el Volga nuestro ejército necesitó un año y medio... Mas para retroceder de Stalingrado a Sarni le bastó

menos de un año! De tal manera reducimos la línea del frente a un ritmo mucho más acelerado del que la extendíamos al principio de la guerra...

— Quieres decir, Heinrich, que huímos con más rapidez de...

— ¡Bah, que terminología! No huímos, sino que reducimos la línea del frente — lo corrigió Heinrich con ironía —, la reducimos para preparar el avance futuro.

— ¿Serás tan inocente, Heinrich, para creer en un futuro avance?

— Lo que pasa, Karl, es que hay cosas en las que trato de no pensar. Sería demasiado peligroso someterlas a un análisis profundo.

— En cambio yo quiero esconder la cabeza en la arena, como los avestruces. Yo no creo en un nuevo avance, ni en el poderío milagroso del arma nueva. La guerra la tenemos perdida! Este es un hecho que tarde a temprano tendremos que reconocer.

— ¿Qué diría el difunto Miller si oyera estas reflexiones? — profirió sonriendo Matini.

— ¡Epa! ¿Cómo es que se me ha olvidado? Matini, ¿sabes a quién vi anteayer en el gabinete de Miller? Al ex parlamentario garibaldista que tiene una cicatriz en la cara. Durante el interrogatorio.

— ¿A Antonio Mentarochi?

— ¿Hasta su nombre y apellido sabes?

— Él trabajaba en el mismo hospital que yo.. Es muy inteligente y afable. Nunca lo he dicho a nadie para no mencionar su nombre. El pobre se encuentra fuera de la ley...

— Has hecho bien en no mencionarlo, porque sólo despertaría más sospechas en contra tuyo.

— ¿Sospechas? ¿Hay algo en concreto?

Heinrich contó a Matini lo principal de la conversación sostenida con Miller.

— ¡Yo sabía que las sospechas caerían sobre mí! — Matini se levantó bruscamente y empezó a medir el cuarto a largos pasos. En sus facciones nerviosas se sucedieron gradualmente todos los sentimientos: inquietud, vacilación y, por último, la decisión.

— Bueno, amigos — dijo deteniéndose frente a la cama de Lutz —, no tengo por qué ocultarles nada: ¡si se me hubiera presentado la oportunidad de prevenir a los guerrilleros, lo habría hecho! ¡Pero esta vez no fui yo el que lo

hizo! No tengo motivos para justificarme ante ustedes y espero que me crean... En estos momentos no es mi propia persona lo que me interesa, sino Mentaroichi. ¿Qué opinan ustedes...?

Alguien golpeó a la puerta y Matini no terminó la frase. Era la mucama de la condesa.

— Señor primer teniente, la condesa pidió que en cuanto usted se desocupara pase a verla, no importa la hora que sea.

— Dígale a su ama, Lidia, que iré sin falta — le contestó Heinrich mirando atentamente el rostro de la joven.

Ya sea porque ésta fue la primera vez que Heinrich la trató de nombre, o por cualquier otro motivo, pero lo cierto es que la muchacha se ruborizó.

— Está bien — dijo en voz baja y salió.

— Como iba diciendo, yo quiero saber... — prosigió Matini, pero lo volvieron a interrumpir.

Esta vez la puerta se abrió de par en par sin llamada previa. Junto a la entrada apareció Kubis.

— Donde dos o tres se hubieren reunido en nombre Mío, Yo estaré entre ellos — citó Kubis la frase del evangelio en lugar de saludo.

— Siéntese, Kubis — lo invitó Heinrich —, la verdad es que ya hemos cenado, pero sabiendo que iba a venir, le dejamos un poco de vino.

— ¿Esta porquería?

— No habrá otro, Paul. No se olvide que estamos junto a un herido.

— ¡Y Dios, viendo lo encubierto, nos concederá lo evidente! — pronunció Kubis juntando las manos como en un rezo.

— Hoy Kubis está sintonizado a la onda de la plegaria — sonrió Lutz.

— No es de extrañar, ya que hoy se apoderó de mi la duda de que si no me veré obligado a cambiar otra vez de vestimenta. Tiempos pasados he cambiado la sotana por el uniforme militar y ahora, quizá, voy a tener que hacer al revés. ¡Ya veremos, todo eso son cosas del futuro y a mí me gusta vivir en el presente! Aunque éste no promete nada bueno.

— ¿Hay nuevos disgustos? — inquirió Heinrich con interés.

— Enormes. ¡Me robaron la perspectiva! Cuando informé al mando de la muerte del siervo de Dios, Johann, me

ordenaron que lo sustituya hasta que no envíen a un nuevo jefe. Por lo tanto mi ascenso, y en consecuencia el agradable aumento de billetes que crujen entre los dedos se aplaza hasta fecha indefinida. Y otra vez me veo en la necesidad de pedir la tutela del bueno y generoso de von Goldring, quien anda coleccionando mis recibos. ¿Y después de eso usted me propone vino agrio? ¡Lo único que me falta es que se pongan a hablar de medicina y de la corrupción de todo lo viviente! A propósito, aquí está el señor Matini...

— Minutos antes de su llegada precisamente hablábamos de medicina. Matini nos ha relatado de un experimento sumamente interesante. Como cirujano está muy entusiasmado y lo quisiera repetir.

Matini miró extrañado a Heinrich y su rostro iba enrojeciendo, al tiempo que las cejas se le unían amenazantes.

— ¡Le pido encarecidamente! ¡Se lo ruego! ¡No me cuente de esa ignominia! ¡Me estropeará el apetito antes de la cena!

— Pensaba que usted se interesaba por la ciencia. Hubo un tiempo en que usted mismo insistía en que Matini...

— Barón von Goldring, todo esto para mí es tan inesperado que ni palabras tengo...— a Matini se le cortó la respiración.

Evidentemente Lutz empezó a comprender algo y echó una mirada de prevención al médico. Este se apaciguó al momento.

— Yo sé que usted no se atrevía a pedirle a Kubis, por eso lo hago en nombre suyo. A Matini le hace falta alguien para hacer un experimento. Como es peligroso sería preferible que fuera...

— ¡Ah, ya caigo en la cuenta! No tengo inconveniente alguno. De esos conejitos de la India tenemos a montones. Le proporcionaré gustoso al primero que caiga, incluso le estaré agradecido por el favor, porque el comandante del SD tiene delirios tremens por las borracheras y no está en condiciones de desempeñar sus funciones. ¡Puede llevárselo ahora mismo si quiere!

— ¡Ya ve, Matini lo bien que se ha resuelto todo! — Heinrich se volvió hacia el médico —. ¡Usted me debe el corretaje! Bueno, me conformo con que me permita presenciar...

— Perdone que lo interrumpa, Heinrich, Pero no acos-

tumbro a perder tiempo por la noche y más en días feriados. El alma de mi difunto jefe protesta contra la comida de exequias tan seca y yo, barón, me veo obligado a...

— ¿Cuánto? — preguntó lacónicamente Heinrich.

— Pienso que no menos de cincuenta marcos por el reposo eterno de Miller.

Después de obtener la suma deseada Kubis salió. Heinrich lo acompañó hasta la salida, cosa que nunca hacía y que extrañó mucho a sus visitas.

— Bien, ya lo hemos convenido todo — comunicó al regresar al dormitorio.

— Yo no llego a entender... — empezó a hablar Matini con emoción en la voz.

— Todo es sumamente sencillo. Si tres personas decentes se enteran de que sobre la cuarta se cierne un peligro mortal...

— ¿Tiene en cuenta a Antonio Mentarochi?

— ¡Por fin ha dado en el quid! Temía que con sus miradas fulminantes me haría cenizas. Tal vez... — Heinrich miró interrogante a Matini.

— Pensé que usted tenía mejor concepto de mí — se ofendió el médico.

— Pero, ¿cómo hacemos para organizar la parte técnica del asunto?

— Tenemos toda la noche por delante para discutirlo. Pero ahora discúlpenme, María Luisa pidió que pasara a verla.

Ya hacía rato que la condesa esperaba a Goldring y lo recibió con reproches.

— ¡Es una falta de cortesía, barón, hacerme esperar tanto tiempo! ¿Es verdad que han matado a Miller y herido a Lutz?

En forma breve Heinrich le contó que fueron atacados por los guerrilleros.

— Oh, ahora valoro mucho más lo que usted ha hecho por mi tío y el barón Stengel. ¡Esos animales podían haberles matado!

— Estoy siempre a sus órdenes, condesa, fiel a mi promesa de ser su caballero...

— ¡Está cumpliendo muy mal sus obligaciones! ¿Qué es eso de poderlo ver sólo una vez por semana y nada más que en los casos cuando le mando llamar? Oígame, ¿es usted al fin y al cabo un hombre o no?

— Me parece que sí...

— ¡Pues a mí no! ¡Vivir bajo un mismo techo con una mujer joven y permanecer completamente indiferente hacia ella! ¡Podría hacerme la corte aunque sea en presencia de otros! En señal de castigo mañana por la mañana, o después del almuerzo, usted me acompañará en el paseo. Hace mucho que no monto a caballo.

— Yo no tengo caballo.

— Elíjase uno en mi caballeriza. He decidido hacer de usted un caballero de verdad. ¡Algún día su escogida me lo agradecerá!

— ¿Qué dirá entonces 'el barón Stengel?

— ¡Comprenderá que estuvo papando moscas!

— Es así que en su presencia yo debo jugar el papel...

— El papel dependerá del actor...— la condesa echó una larga mirada a Heinrich—. Y de su capacidad de inspirar a su compañera...

— Un juego así puede llevarnos demasiado lejos.

— ¿Tiene miedo de eso?

— Estoy consciente del peligro que corremos... mi novia y... yo.

Heinrich demoró mucho en volver a su cuarto. Cuando lo hizo, Lutz y Matini dormían apaciblemente.

— Hazme la cama en el despacho — ordenó Heinrich a Kurt. Después de cumplir la orden, el ordenanza no se retiraba. Parado junto a la puerta tenía un aire confuso.

— Yo quisiera preguntarle, señor primer teniente...— comenzó tímidamente y se interrumpió.

— Ya me imagino lo qué... ¿Se trata de Lidia? ¿He adivinado?

Kurt se puso rojo como la grana.

— Yo quería preguntarle si un soldado alemán puede casarse con una muchacha alemana...

— En el caso de que ambos se armen de paciencia para esperar el fin de la guerra. ¿Y tu novia, Kurt?

— Marta, señor primer teniente, ¿es... ¡Oh, no vaya a pensar nada malo! Ella es una buena muchacha... honrada. Pero... yo he conocido otras jóvenes que sueñan no sólo con formar su propio nido... ¡No seremos felices con Marta, señor primer teniente! Lidia es muy diferente, ella...— Kurt quedó completamente turbado y se calló—. Perdóneme, señor primer teniente, usted tiene que descansar. Ya me voy...

Cuando Kurt abrió la puerta Heinrich lo detuvo.

— A propósito, Kurt, se me había olvidado de preguntártelo antes. La nota que te dí cuando salíamos para Palermo a sostener negociaciones con los guerrilleros ¿recuerdas? Pues ¿se la has entregado a la condesa?

— La condesa aun estaba durmiendo y se la entregué a la mucama. Ya se lo había dicho a usted, señor primer teniente.

— Ah, sí, ahora recuerdo!... Efectivamente, me lo habías dicho. Buenas noches, Kurt. Que sueñes con Lidia, creo que es una buena muchacha.

Después, al quedarse a solas, Heinrich tardó en conciliar el sueño reflexionando acerca de la situación que se había establecido allí, en el castillo y en Castel la Fonte, después de los acontecimientos de aquel día.

## **Kubis se preocupa por el futuro**

La carta en la cual Heinrich comunicaba de la muerte de Miller dejó impresionado a Berthold. El hecho de tener en Castel la Fonte a un sirviente tan fiel, al general le venía al pelo. En primer término, desde el punto de vista netamente profesional, y en el segundo, porque Miller defendía los intereses del general. La muerte imprevista del jefe del SD en aquella pequeña ciudad italiana, por extraño que pudiera parecer, podía frustrar todos los planes de Berthold, desbaratar los designios de su gran empresa.

Dicha empresa era realmente grandiosa y en ella se le designaba un gran papel a Miller. ¡No era por su talento, no! Berthold no sobreestimaba sus capacidades, pero contaba con su experiencia y fidelidad. Por esas cosas raras de la vida se cruzaron los caminos de Miller y el general Ewers, y este último despertó en sumo grado el interés de Berthold.

No era porque Berthold se hubiera acordado de sus relaciones amistosas con el general. Al contrario, trataba de ignorarlas por completo. Ya ni saludos le enviaba a su viejo amigo en las cartas que le escribía a Heinrich. No obstante, en la correspondencia semioficial con Miller el nombre del general figuraba cada vez con mayor frecuencia en un contexto que, de saberlo, hubiera turbado la tranquilidad del general, de Gunder y de Denus. Hacía tiempo que el ánimo decaído entre algunos de los oficiales

del alto mando del ejército alemán tenía preocupado al cuartel general de Himmler. Toda una serie de fracasos estratégicos en el Frente Oriental socavó considerablemente la confianza hacia el mando hitleriano. Si antes cualquier orden del Führer era acogida como manifestación de su genio, ahora las observaciones críticas se oían cada vez con mayor frecuencia en los consejos militares. Con preguntas, consejos o expresando simplemente su propio punto de vista, se esforzaban por corregir los errores del mando, es decir, los del propio Führer.

Si semejantes cambios en los ánimos se manifestaban en las reuniones donde participaban los altos jefes, ya era de imaginarse lo que comentaban los viejos generales entre bastidores.

Y no sólo comentaban, tal vez. La gestapo disponía de materiales, de los cuales emanaba que entre los jefes de grandes unidades militares podía surgir una oposición bastante seria.

Parecía sospechoso el hecho de que se hubieran establecido estrechos contactos entre algunos generales de la vieja escuela, a quienes hasta ese momento no unían relaciones familiares ni amistosas. Aunque la gestapo no tenía pruebas directas de traición o complot, el inmenso carteo y el intercambio de mensajeros que mantenían, no podía dejar de provocar la alarma. Si en las cartas se notaba un tono de descontento, éste era casi imperceptible. Por lo común, los temas que allí abarcaban tenían relación con el tiempo, la salud y los parientes próximos y lejanos. Sólo comparando las copias de las cartas que se iban acumulando en la gestapo, era posible notar cierta relación muy sutil de nombres y acontecimientos.

Su intuición de agente experimentado le dictó a Berthold que aquello no era casual, pero no disponía de pruebas más o menos argumentadas. Era necesario tener un indicio del que agarrarse, aunque fuera un pequeño indicio!

Y en papel de tal le sirvió Ewers.

En ese sospechoso carteo el nombre de éste figuraba con demasiada frecuencia. Berthold encomendó a Miller que espíara al general a sol y a sombra y que le pusiera al tanto de todos los pasos que éste diera. Berthold esperaba que por medio de confrontaciones, deducciones lógicas y más tarde, quizás, de pruebas evidentes, podría descubrir algún centro de oposición organizada contra

el Führer. Este brillante plan estaba a punto de fracasar por el sólo hecho de que en Castell la Fonte hubieran matado a su persona de confianza.

Berthold había puesto sus esperanzas en Miller no solamente con el fin de descorrerle el velo al complot, sino además, por motivos muy personales.

Un año atrás, al regresar Berthold de su viaje por Francia, entre la correspondencia acumulada en su ausencia encontró unos documentos que lo dejaron intrigado. En medio de una pila de fotografías suministradas por el agente que espiaba al coronel general Gunder, vió dos fotografías de Henrich sacadas durante su visita al general. Claro que entre Goldring y Gunder no podía existir relación alguna. El era un emisario del general Ewers y no sospechaba el embrollo en que se podía meter. No obstante, eso era peligroso para el futuro marido de Lorchén. Por su insipiencia podía caer en una situación más comprometidora aún.

Es precisamente en esto donde Miller tenía que prestar sus servicios a Berthold. Después de la historia con Mónica Tarval, a quien el jefe del SD eliminara de una forma tan encubierta, Berthold le escribió una carta de carácter personal en la que le pedía observara atentamente a Heinrich para que éste de casualidad no cayera en malas compañías ni desacreditara con ello su buen nombre. Miller cumplía celosamente esta misión, tal vez la más importante para Berthold.

Cuanto más complicada se hacía la situación en el frente, tanto mayor era la convicción de Berthold de que la providencia misma se lo había mandado a Heinrich.

Al calcular el capital que le quedaba después de liquidar su fábrica de pan, la granja y otros inmuebles, siempre sumaba a ello los dos millones de Heinrich, ya que solamente ellos le asegurarían una vejez tranquila en familia a orillas de algún lago suizo.

Los sueños de una vejez sosegada se hacían cada vez más tentadores. Según un dicho popular, al envejecer el diablo se hace monje. Algo parecido pasaba con Berthold. Tal vez ejercían influencia en él las cartas de frau Elsa que seguía viviendo con Lorchén en Suiza y estaba encantada con su hija y los cambios acaecidos en su carácter después del compromiso oficial. La joven estaba completamente absorbida por las ideas de su futura vida conyugal. Con gran emoción le escribía frau Elsa de cómo

Lorchen, a escondidas, preparaba ropita para los niños que vendrían. Y Berthold, quien de un plumazo había enviado a centenares de miles de personas, incluyendo a niños, al campo de concentración de Oswiecim, se quedaba profundamente conmovido al figurarse a un nieto o nieta sentada en sus rodillas.

La muerte de Miller le inquietaba precisamente porque con él había perdido a la persona que podía contribuir al cumplimiento de sus planes.

Ahora Berthold ya no podía dar al jefe del SD en Castel la Fonte los semiencargos-semiórdenes que daba a Miller. Este no distinguía las órdenes de los encargos de carácter particular.

¿Quién suplentrá a Miller? El nombramiento para el cargo vacante dependía del mando del servicio de seguridad del estado mayor de la agrupación de tropas en el norte italiano. Aunque Berthold estaba sumamente interesado en que en Castel la Fonte designaran a alguien con quien se podría establecer las mismas relaciones que con Miller.

Además hacía falta que Heinrich estuviese vigilado. A pesar de ser el novio oficial de su hija y una persona bien educada y de confianza, tenía nada más que veinticuatro años. Hoy estaba enamorado de Lorchen y mañana podía perder la cabeza por otra. Al fin y al cabo pudo tener relaciones con la hija de la hotelera. Tampoco se sabe cómo acabará su permanencia en el castillo de la joven viudita María Luisa, especialmente si se toma en consideración el concepto que tenía Miller de la condesa: ¡Acaso son pocos los errores que puede cometer un joven a los veinticuatro años! Y por último, Ewers empezó a encomendarle a Heinrich misiones demasiado peligrosas. ¿Será posible que no haya podido enviar a otro para parlamentar con los guerrilleros? Una palabra mal interpretada podía ser causa de una tragedia. ¡Entonces sí que podía decir adiós a los dos millones de dólares en el banco Suizo y a una vejez sosegada!

¡No, eso no lo podía permitir! Valía la pena no contar con el tiempo y aplicar un poco de esfuerzos para defender sus intereses. Tanto más que, teniendo en cuenta sus relaciones, no le costaría mucho trabajo conseguirlo.

¿Pero a quién designar en el lugar de Miller? Uno tras otro se sucedían en la mente de Berthold los oficiales de la gestapo que él conocía. A Kubis lo desechó de inme-

diato. Pese a ser un oficial experimentado, demostraba a sus obligaciones de trabajo el mismo cinismo que a todo lo demás. Para desempeñar un cargo serio y responsable no servía. Hacía falta otro. ¿Pero quién?... El número de candidatos se iba reduciendo. ¡Dios mío, a cuantos se había llevado la guerra y ese maldito Frente Oriental! Antes no era necesario perder tanto tiempo en búsquedas... ¿Y si designamos a Lemke? Después del asesinato de Gartner en Bonneville, Lemke y Heinrich trabaron conocimiento, quedando ambos satisfechos. Lemke caracterizó maravillosamente al joven von Goldring, y Heinrich, a su vez, escribía que el suplente de Gartner le había causado muy buena impresión... Es así que se conocían y mantenían buenas relaciones. El nuevo jefe del SD no tendrá que perder tiempo para trabar conocimiento con Heinrich. Lemke era un viejo colaborador del contraespionaje, una persona madura y leal. ¿Pero daría su consentimiento de abandonar Bonneville? Ser jefe de la gestapo allí era mucho más honroso que el mismo puesto en el SD de una división. Habrá que convencerlo, pretextar que son misiones de especial importancia las que lo requieren, entre ellas, la vigilancia de Ewers, por ejemplo... y otras.

No obstante las medidas que fueron tomadas, el movimiento guerrillero en Bonneville se iba acrecentando. Este hecho agotaba de tal manera las fuerzas físicas y morales del comandante Lemke que, con tal de cambiar de ambiente, estaba dispuesto a irse a cualquier parte.

Al enérgico Berthold no le fue difícil que designaran a Lemke al puesto que ocupaba el difunto Miller. Aun no había pasado una semana desde que murió Miller cuando en el gabinete que ocupaba apareció la alta y delgada figura del comandante Lemke.

Para Kubis la llegada del nuevo jefe fue una sacudida muy desagradable, pues abrigaba la esperanza de que el mando, por fin, cambiaría su conducta para con él y lo ascendería no solamente de grado, sino de cargo también. Al fin de cuentas estaba en el servicio de inteligencia desde el mismo comienzo de la guerra y tenía derecho a un trabajo autónomo.

Cierta vez...

— Dígame, barón, ¿usted considera que eso es justo? — se lamentaba Kubis a Heinrich.

En todo el período en que se conocían era la primera vez que Heinrich veía a Kubis tan abatido. No bromeaba

como siempre, ni silbaba joviales tonadas. Dejándose caer en un profundo sillón, se quejaba irritado del estado mayor del grupo Norte, del destino, del propio Lemke, quien desde el primer día se comportaba con tanta arrogancia.

Heinrich no le contestó en seguida. Se sentó enfrente del huésped, encendió un cigarrillo, dio varias bocanadas, concentrándose algo, y por fin formuló a su vez otra pregunta:

— Bien, Paul, ¿está usted dispuesto a hablar francamente y sin rodeos? ¡Por primera vez desde que nos conocemos! ¡Sin ocultar ni una sola idea!

— ¡Con mucho gusto! Mi ánimo está predispuesto a la confesión...

— ¿Ha pensado en qué se ocupará usted, Paul, cuando termine la guerra?

— Es aburrido secarse los sesos resolviendo semejantes problemas cuando ni sé donde sacar dinero para pasarme el día de mañana...

— ¡Una vez que nos pusimos de acuerdo, déjese de chistes! ¿Será posible que usted se crea que le seguiré dando dinero sin fin y en balde? ¡Con los recibos suyos que tengo podría pegar todas las paredes de este cuarto!

Kubis miró a Heinrich con asombro y un poco de miedo.

— ¡Otro disgusto más y, quizás, el peor de todos!

— Por ahora no exijo que me devuelva la deuda, Kubis. Aunque debo recordarle que ya son cerca de siete mil marcos los que me debe.

— ¡Dios bendito! ¡El sueldo de dos años!

— Y si yo, siendo más joven que usted, me pongo a reflexionar sobre el futuro... Sin duda que la guerra está por terminar. No sabemos cómo, pero va a terminar...

— Hemos acordado en ser sinceros, barón. No sea hipócrita. Usted sabe tan bien como yo que la guerra la hemos perdido, y que el arma nueva producirá el mismo efecto que produjo a Miller el exuberante ramo de flores que tuve que depositar sobre su tumba.

— Está bien. Supongamos que perdamos la guerra, aunque confieso que aun no he perdido las esperanzas de ganarla. Pero no discutamos y dígame: ¿qué es lo que usted va a hacer? Está sin un marco y con tantas deudas, como pelos tiene en la cabeza; de bienes tiene un látigo y un par de esposas, si no me equivoco.

— Se ha olvidado de la jeringa y la colección de botellas vacías sonrió amargamente Kubis.

— Además usted es un semilego. Estudió en una escuela y la abandonó sin terminarla. Quería ser sacerdote e ingreso en el servicio de inteligencia... Seré franco con usted: sus perspectivas no sirven para nada...

— Usted no es mal consolador. Sin eso mi estado de ánimo es tal, que...

— ¡Somos hombres, y no unas refinadas señoritas! — profirió Heinrich en un acceso de furor —. Yo no estoy dispuesto a consolarle.

— ¿Y qué es lo que puede aconsejarme en mi situación? ¿Qué es lo que puedo hacer? ¿Qué?

— Casarse.

Kubis rompió en carcajadas.

\* — ¿Casarme? ¿Yo? ¿Quién por un par de ampollas de morfina puede cambiar a Venus, a Diana y que sé yo a cuantas diosas más? Para qué demonios quiero una mujer si...

Kubis se desternillaba de risa.

— No afirmo que usted necesite mujer — lo interrumpió Heinrich —. Usted necesita su dote.

Kubis calló, como si se hubiera atorado con su propia risa. No le asombró la proposición, sino el hecho de que hasta ese momento no se le había ocurrido una solución tan simple para sus problemas.

— ¡Caramba, Kubis, usted es un hombre muy atractivo! Tiene una apostura gallarda, simpáticos rasgos faciales y unos hermosos y lánguidos ojos que tanto gustan a las mujeres.

Levantándose del sillón Kubis se aproximó al espejo y, quizá por primera vez en la vida, se puso a examinar atentamente su imagen, cotizando su apariencia como una mercancía que se puede vender.

— Le aseguro, Paul, que con un rostro así y una cabeza inteligente usted puede asegurarse el futuro.

— ¡Esto es lo único que todavía no he tratado de empeñar! Pero cómo hago para cumplir su extraordinario plan en este agujero sin sol, sin luz y sin moscas que se llama Castel la Fonte. A excepción de la condesa y su mucama no conozco a ninguna otra mujer aceptable.

— Porque no la ha buscado. Ayer almorcé en casa de un ingeniero que tiene una hija única y...

— ¿Natural de aquí? Pero si usted sabe que los hombres de la gestapo pueden contraer matrimonio sólo con las mujeres que tengan la ciudadanía alemana.

— Lo sé. Su padre trabajó mucho tiempo en Alemania y allí se naturalizó. Es un ingeniero famoso y, según parece, no es pobre.

— Bueno, y ella... la muchacha ¿qué tal?

— A mi parecer es demasiado flaca. Pero dicen que después del primer parto eso pasa.

— ¡Bah! — Kubis hizo una mueca de repugnancia —. No me hable de esa abominación de los niños, yo nunca los tendré.

— Eso no depende solamente de usted. Bueno, ¿en qué quedamos?

— Usted pregunta como si sólo faltara mi consentimiento.

— Para obtener el consentimiento de la muchacha, usted tendrá que hacer el papel de enamorado algún tiempo. Presentarle flores, regalos...

— ¿Y el dinero? ¿De dónde saco el dinero?

— Cuando vea que todo va bien, su solvencia conmigo crecerá considerablemente. Yo estoy dispuesto a conceder crédito a la firma Kubis — Lerrot a condiciones mutuamente ventajosas.

— Entonces suminístreme ahora aunque sea unos treinta marcos. Iré a reflexionar acerca de los encantos de la vida de familia.

Esta vez Heinrich le dio a Kubis la suma que pedía con mucho más gusto que de costumbre.

Emocionado por la proposición tan inesperada, Kubis ni se imaginaba siquiera que Heinrich, al hablar del futuro, tenía en cuenta el suyo propio.

María Luisa se sintió realmente feliz cuando Heinrich le contó de los resultados de su conversación con Kubis. Es de mencionar que la idea de proponerle casamiento a Sofía Lerrot, la hija del ingeniero en cuya casa vivía Stengel, le pertenecía a la condesa.

El día anterior María Luisa y Heinrich fueron invitados por Stengel a almorzar y fue allí donde la condesa vio por primera vez a Sofía. Ella sospechaba que había algún motivo, por el cual el barón la trataba de una manera tan desdeñosa. Pero al ver a la joven se convenció definitivamente de que el motivo de la indecisión y las vacilaciones de Stengel radicaban en Sofía, pues ésta, en comparación con la condesa, tenía una importante e indiscutible ventaja: era joven.

Sofía Lerrot tenía nada más que veintitrés años. Al ver-

la, la condesa creyó haber visto antes a esa mujercita carirredonda de encantadora naricita, vislumbantes y cariñosos ojos celestes, y esa acogedora sonrisa que se dibujaba en sus labios color rosa. Al sonreír mostraba sus dientes blancos y regulares, como si quisiera subrayar con ellos su juventud.

Después de pasar en mente a todas sus conocidas, la condesa recordó las últimas páginas de las revistas ilustradas. ¡Así era! Rostros semejantes la miraban desde los anuncios de publicidad que incitaban a los recién casados a mecanizar los trabajos caseros: una joven mujer manipulando con una aspiradora de polvo... otra junto a una máquina de lavar... “su piso siempre brillará como un espejo...”, “compre nuestras enceradoras mecánicas...”, “adquiera una batidora de cocteles y su marido dejará de frecuentar clubes y restaurantes...”

Para ocultar una sonrisa maliciosa la condesa se mordió un labio, pero en su corazón no sintió ningún alivio. A pesar de ser un rostro estereotipado, irradiaba juventud y un bienestar muy singular. Eso tenía que gustar a los hombres que después de una juventud agitada sueñan con una apacible vida de familia.

Sofía Lerrot también ansiaba una plácida vida de hogar y no lo ocultaba. Con ingenua sinceridad reconocía que hasta estaba dispuesta a valerse de los servicios del periódico matrimonial. Cuando María Luisa se dispuso a mofarse de esa intención suya, Sofía empezó a defender con vehemencia su punto de vista que apoyó el barón Stengel. Eso dio ánimos a Sofía para continuar la discusión.

— ¿Y qué deben hacer las jóvenes que viven en lugares tan abandonados como éste? ¿Esperar a que llegue un fabuloso príncipe? Eso ocurre nada más que en los cuentos y no en la vida real. Ya he cumplido los veintitrés... ¿Cuánto tiempo puedo esperar todavía? Si de casualidad conozco a un hombre en el teatro o en el salón para recibir de nuestros amigos y luego me caso con él, eso es decente. Pero si nos conocemos con ayuda de anuncios, resulta de mal tono. Nadie me puede obligar a que me case con el primer interesado que venga. Yo tengo derecho a elegir. ¡Y procedo franca y honradamente al afirmar que sí, que me quiero casar! ¡Otras ocultan sus intenciones mientras se las pasan cazando novios!

María Luisa se sonrojó, pues comprendió esas palabras como una indirecta. Pero Sofía miraba con tanta inge-

nuidad que la condesa se tranquilizó. “Es demasiado tonta para darse cuenta”.

Heinrich lamentó en sumo grado que Lerrot, el dueño de la casa, estuviera ausente. De cualquier forma el almuerzo pasó en un ambiente alegre, entre conversaciones desembarazadas y hasta el siempre callado de Stengel se animó al final, haciéndose más comunicativo.

El hecho de que después de cada plato Stengel llenara de elogios las cualidades culinarias de Sofía y la apoyara en la discusión inquietó a la condesa.

— Podría encontrarle un novio entre sus oficiales conocidos. Es simpática y según el barón Stengel, no es pobre — convencía la condesa muy en serio a Heinrich cuando regresaban del almuerzo.

Fue entonces cuando a Heinrich se le ocurrió la idea de casar a Kubis.

— Si su plan se cumple, le prometo el cargo de amigo irrevocable de la familia — dijo con coquetería la condesa.

— Temo que Stengel no me sancione en calidad de tal...

— Hay que hacer que se acostumbre a la idea de que usted forma parte de mi dote.

— En lo que se refiere a la vida familiar, el barón se atiene a ideas demasiado patriarcales.

— En tal caso usted será quien me ayudará a reeducarlo. ¡Ya se estropeó el gusto viendo a esa pancista! Precisamente hace buena pareja con Kubis. Sofía sabrá ponerlo en razón. Mañana mismo iré a su casa y la voy a persuadir de que invite a Kubis, a quien cubriré de elogios de tal manera que se enamorará sin verle.

A la mañana siguiente, antes de salir de paseo, la condesa pasó por el cuarto de Heinrich.

— Le doy asueto para hoy, porque el tema que tocaremos con Sofía es confidencial y usted nos va a molestar.

— ¿No está apurando demasiado los acontecimientos? — inquirió Heinrich.

— Yo tengo por regla no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy. Estoy segura, barón, que su novia cometió un error irreparable al no casarse con usted inmediatamente después del compromiso. Yo no confiaría en su fidelidad.

— ¿Piensa tan mal de mí?

— Todo lo contrario, muy bien. Ciertamente el escritor dio al

mundo un magnífico aforismo: “El apego — dice —, es señal de mediocridad”. Cambie la palabra “apego” por “fidelidad”. No dudo de que se encontrará a una italianita de ojos castaños, y a su Lorchén, creo que así se llama ¿no?, le quedará nada más que el anillo matrimonial que usted le regaló... A propósito, ¿por qué no lleva el suyo?

— Lo tengo en la maleta...

— ¡Pobre Lorchén! — echó a reír la condesa.

En el pasillo se oyeron unos pasos rápidos que se acercaba y alguien golpeó a la puerta. A la habitación entró Matini, radiante y excitado. Al ver a la condesa se intimidó.

— Perdón, yo he golpeado, pero... — se disculpaba confuso.

La condesa inclinó la cabeza y salió.

— ¡Que mal salió esto! Entré tan inesperadamente. Parece que se ofendió ¿no?

— Lo único que pudo haberla ofendido son tus disculpas que subrayaron lo torpe de la situación... Bueno, ¡al diablo con ella! Mejor será que me digas que es lo que te pasa. Estás como niño con zapatos nuevos.

— ¡Y como no! Todo ha terminado a la perfección: el acta de la muerte de Mentaroichi fue escrita y la firmó el prosector principal, mientras que Mentaroichi en persona estará a estas horas bien lejos en las montañas.

— ¿Cómo y cuándo aconteció todo eso?

— Huyó al amanecer. Un poco antes de lo recomendado por tí, pero me aproveché de las circunstancias: el prosector tenía muchas autopcias y firmaba los documentos sin examinarlos detenidamente... Pero ¿qué te pasa? ¿Estás desconforme?

— ¡Lo peor que podías haber hecho es dejar que Mentaroichi se una ahora con los guerrilleros!

— ¿Para qué lo hemos sacado entonces de las garras de la gestapo? Para ponerle en libertad, ¿no es cierto?

— ¡Yo he pedido que a Mentaroichi lo pongan en libertad solamente después de que yo lo diga!

— ¡No da lo mismo! Justamente habían cavado la fosa común y estaban dando sepultura a los muertos...

— Y mañana, el mismo provocador que ya delató una vez a Mentaroichi dirá a Lemke: ¡Mentaroichi, a quien capturó la gestapo, está en las montañas vivito y coleando! Lemke se pondrá a inspeccionar y verá el acta que verifica la muerte durante la operación...

— ¡Qué imprudencia! — Matini palideció —. ¡Qué idiota soy!

Heinrich anduvo nervioso por el cuarto.

Con la cabeza entre las manos y la vista clavada en el piso, Matini se hallaba sentado inmóvil en el sofá.

— Dime la hora exacta en que lo pusiste en libertad.

— Al amanecer, a eso de las seis. Le dí ropa de paisano, un poco de dinero y un revólver...

— ¿Sabes hacia dónde fue?

— No.

— ¿Se pusieron de acuerdo en encontrarse?

— Tampoco. Me dio un apretón de manos... Hasta nos abrazamos, pero no pronunciamos ni palabra.

Heinrich volvió a andar por el cuarto articulando frases entrecortadas.

— La situación es peor de lo que te supones. Lemke tiene el acta de la muerte de una persona que está viva. Kubis alegrará que tú, Lutz y yo le persuadimos en entregarnos al prisionero. ¿Qué deducción hará Lemke? Que hay una organización — ya que somos tres — que presta ayuda a los guerrilleros...

— Me presentaré a Lemke y le diré que soy el culpable de todo, que no vigilé lo suficientemente y Mentarochi huyó. Temiendo la responsabilidad que recaía sobre mí, tratando de salvarme...

— ¡No digas tonterías! ¡Morir por propia imprudencia cuando la guerra está por terminar! Ya se nos ocurrirá algo. ¡Tenemos que hallar una salida! Todo problema tiene su solución...

— Ya te la he propuesto. Es la única salida que nos queda.

— ¿Has visto alguna vez como los animalitos hipnotizados por la mirada de una víbora van solitos hacia su boca? ¡Esa es la salida que propones! En cambio nosotros encontraremos... debemos encontrar otra cosa... Espera, espera, déjame pensar... ¿Sabes qué? Ve a ver a Lutz y cuéntale todo. Mientras tanto yo me cercioraré de algo... ¡Tal vez ésta sea nuestra salida! Pero prométeme que no harás nada sin consultarlo antes conmigo.

— Te lo prometo.

— Telefonaré a Lutz. Ahora no quiero perder tiempo. Cuanto antes decidamos algo...

Matini se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, pero

muy próximo a ella se detuvo y echó a Heinrich una triste mirada.

— Siento tanto cariño por ti y Karl, y ya ves, por culpa mía...

— Para que lo sepas, el culpable de todo soy yo. No analicé a fondo los detalles del plan, ni hablé con Mentaroichi, pensando que haría a tiempo, pero... Bueno, ya nos justificaremos luego, ¡ahora márchate!

Matini salió con un gesto de decepción.

Al quedarse a solas Heinrich pudo reflexionar tranquilamente sobre el plan que le cruzó por la mente mientras hablaba con Matini.

¡Sí, parece que ésta es la única salida! ¡Hay que actuar más que de prisa! De la rapidez depende el éxito de la empresa. Y de que sus suposiciones son ciertas... ¿Y si se equivoca? Entonces habrá que inventar otra variante. Cuanto antes mejor. Para comprobarlo todo hay que...

Heinrich llamó a Kurt oprimiendo el botón del timbre.

— Dile a Lidia que venga, y mientras hable con ella nadie nos debe molestar. Ni siquiera tú.

Kurt echó a Heinrich una mirada interrogante e impaciente, pero al notar que el primer teniente estaba de mal genio, no se atrevió a preguntarle nada y salió sin proferir palabra alguna.

Al cabo de un minuto vino Lidia.

— ¿Me ha llamado, señor? Le escucho! — la voz de la joven era alegre y cordial como siempre, pero demasiado tranquila para una muchacha tan viva como Lidia.

— Tome asiento, Lidia, que la conversación nos llevará mucho tiempo — Heinrich le ofreció una silla —. ¿No se da cuenta cuál será el tema a tratar?

— ¡No, señor! Aunque espero que estará satisfecho conmigo — Lidia bajó la mirada, ocultando el brillo algo inquieto de sus ojos.

— Kurt me dijo que ustedes se estaban por casar.

A Lidia se le subieron los colores.

— Acordamos en esperar a que termine la guerra...

— ¿Usted le ama?

— Sí una joven da su consentimiento...

— ¿Y él a usted?

— ¡También! — respondió sin titubear Lidia.

— Lamento que así sea... Yo siento afecto por Kurt y quisiera que sea feliz, pero...

— ¿Quiere decir que no le permitirán casarse con una muchacha italiana? — preguntó Lidia con desafío.

— Quiero decir que no se casarán nunca. ¡Nunca! Y no porque alguien no lo permita, sino...— Heinrich se calló, hizo una pausa y continuó acentuando cada palabra —, porque inmediatamente después de nuestra conversación yo deberé arrestarla y someterla a interrogatorio.

Lidia se estremeció como si la hubieran azotado. Sus negros ojos brillaron maliciosamente.

— Usted no tiene ningún motivo para hacerlo. Todas sus cosas, creo, están intactas. Ya hace un año que vivo en el castillo de la condesa y en todo este período no le ha desaparecido absolutamente nada.

— ¡No se haga la inocente! ¡Bien sabe de lo que le estoy hablando!

— ¡Lo único que sé, es que no soy culpable de nada! Claro que es fácil acusar a una pobre muchacha...

— Se lo vuelvo a repetir: ¡no se haga la inocente!

— ¡Pero si no tengo ninguna culpa!

— Eso lo demostrará en el interrogatorio en la gestapo.

— ¿Acaso no es éste un interrogatorio?

En la mirada de la joven había tanto desprecio que Heinrich se turbó sin quererlo.

— Yo no trabajo en la gestapo ni soy un juez de instrucción...— le dijo como justificándose —. Sólo quería cercionarme si es verdaderamente culpable de lo que la acusan. Para saber como tratarla en adelante...

— ¿Y ahora usted debe decidir si soy culpable o no? — la voz de la joven temblaba de indignación.

— Esas son cosas del tribunal...

— ¿El tribunal? ¿Qué tribunal?

— El que la juzgará, el que juzgaría a Mentaroichi si no se hubiera escapado...

— ¿¡Se escapó?! — Si la felicidad tuviera facciones, ésta se parecería al rostro de Lidia.

— ¿Usted le conoce?

— ¡Es mi padre!

— Entonces, ¿es usted quien le informó de la llegada de nuestros parlamentarios? ¿Ha leído usted la nota que Kurt tuvo la imprudencia de entregarle?

— ¡Kurt no tiene nada que ver!

— Eso lo aclarará la gestapo.

— Y él que casi le adora, él ha dicho...

— ¡No me interesa lo que haya dicho su cómplice!  
— ¡Kurt no sabía nada!  
— ¿Es usted quien abrió la puerta y dejó entrar a su padre con los guerrilleros para que se llevaran a los rehenes?

Lidia se paró de un salto y se mantuvo frente a Heinrich con la cabeza bien erguida, llena de desprecio altanero, odio y cólera, sentimientos que hacen olvidarse del peligro en el desafío al más fuerte.

— ¡Procediendo así he salvado a cincuenta inocentes! ¡De seguro que los suyos los fusilarían en Palermo! Qué le vamos a hacer? ¡Aquí me tiene, haga conmigo lo que le dé la gana! Ya que mi padre está en libertad se vengará...

— Fue capturado una vez, lo capturarán otra más. Cada paso suyo es vigilado por el espía que tenemos entre los guerrilleros.

— ¡Mentiras! ¡Entre los garibaldistas no hay traidores!

— ¡Qué ingenuidad! La gestapo está al tanto de cada paso que den sus garibaldistas.

— ¡Son mentiras tuyas, para asustarme!

— Y hoy, cuando su padre empiece a contar animado de su fuga, nuestro hombre clavará en él sus ojos arqueados con pobladas cejas para que inmediatamente después...

— ¡Oh, Dios! ¿Qué tienen que ver las cejas? Yo... yo no entiendo nada...

— ¿Qué tienen que ver? Simplemente lo he dicho a propósito, porque nunca antes había visto cejas tan pobladas y anchas. Hasta quedé asombrado al verlas por primera vez.

— ¡No puede ser!

— ¿No cree que existan cejas semejantes? ¡Usted podrá convencerse personalmente! Este hombre frecuenta la gestapo. Y ahora más que seguro lo llamarán para una confrontación...

En el rostro de la joven se manifestó el miedo. Se había ensombrecido y miraba a Heinrich suplicante.

— Lo de las cejas se lo ha inventado usted mismo... eso no puede ser, lo ha dicho a propósito, para...— la joven se tambaleó y se apoyó en el borde de la mesa, buscando tras suyo con la otra mano una silla, sobre la cual cayó casi sin sentido.

Heinrich sintió profunda lástima por ella.

— ¡Lidia! — le dijo amistosamente estrechándole las manos —. Escúcheme atentamente. Su padre fue traicionado por un espía de la gestapo: el guerrillero de las cejas pobladas. Yo no sé su nombre, pero su aspecto quedó grabado en mi memoria. Fue el segundo parlamentario de los guerrilleros.

— ¡El tío Víctor! — expresó con voz lastimera la joven.

— Hay que prevenir de inmediato al jefe de los guerrilleros y a su padre. Nadie más debe saber nada. ¿Me comprende? ¿Oye lo que le estoy diciendo?

— Ya me voy y... — la joven quedó callada de repente, pensando que la querían acorralar, seguirle los pasos y luego...

— No dudo de que tenga miedo... pero no dispongo de tiempo para convencerla. Hay que darse prisa, porque no sólo su padre corre peligro, sino también la persona que lo salvó: el doctor Matini...

— Le creo... ¡Ya voy! — Lidia se encaminó hacia la puerta.

— ¡Un momento! ¿Cuándo sabré si usted ha logrado prevenir al jefe de los guerrilleros?

— Muy pronto.

— Bien, estaré esperando. Yo quisiera que usted no comentara con Kurt nuestra plática. Es un buen muchacho, pero no está al tanto de lo que es la conspiración, y en política, creo, no es buen entendedor.

Lidia salió corriendo.

Después que disminuyó la tensión Heinrich experimentó el cansancio producido por la escena que acababa de tener lugar y por todos los acontecimientos de ese día. ¡Precisamente en ese momento, cuando la llegada de Lemke exigía que fuera especialmente precavido y disciplinado! Claro que Berthold estaba enterado de la llegada de Lemke y, quizás, le haya encomendado las funciones de Miller.

Heinrich volvió a releer la carta de Berthold recibida en la víspera, mejor dicho, las líneas que se referían al nuevo jefe del SD: “¿Has visto ya a Lemke? Creo que es un buen compañero. Vale la pena que hagas amistad con él. Se alegró mucho al enterarse de que tú estabas en Castel la Fonte”.

¡Se alegró mucho! Sin embargo, como correspondía, hasta el momento no le había hecho aún una visita. ¡Como

quiera, pero Heinrich tampoco sería el primero en ir! Había que comportarse de una forma que Lemke lo adulase. Al recordar cómo fue sometido a interrogatorio en Bonneville, Heinrich se sonrió. Entonces intuitivamente se comportó de lo mejor con aquel arrogante gestapista: a la insolencia respondía con otra insolencia mayor, al engreimiento, con doble engreimiento.

Como el general Ewers estaba de viaje, ese día podía no ir a la plana mayor.

Pero seguro que el pobre Lutz estaba nervioso. Y Martini también. Para que se tranquilizaran había que telefonarles. ¿Pero que podía decirles? ¿Qué pasaría si Lidia no hacía a tiempo de prevenir a los garibaldistas? Claro que prometió volver rápido. Tal vez tuviera algún enlace aquí, en la ciudad. A Heinrich no le quedaba más que esperar.

Las horas de espera pasaban con una lentitud insopportable. Heinrich no se animaba a preguntarle a Kurt si había regresado Lidia. Por lo visto, no. Kurt estaba nervioso. Al poner la mesa para el almuerzo todo le salía mal. Heinrich estudiaba atentamente un libro de ictiología y aparentaba no advertir las tentativas del ordenanza de entrar en conversación.

Al caer la noche Heinrich no se contuvo y telefoneó a Lutz. "Sí, todo va bien, puedes dormir tranquilo, mañana por la mañana te lo cuento todo".

Ya hacía rato que María Luisa había regresado del paseo. Estaba tocando el piano. Los acordes de una briosa marcha se dispersaban por los vacíos cuartos del castillo. Evidentemente estaba de buen humor. Había que visitarla y averiguar en qué quedaron con Sofía.

Heinrich se pasó algunas horas en los aposentos de María Luisa en compañía de la condesa, Stengel y el conde Ramoni. Lidia no aparecía. Ella misma servía el té.

— Figúrense que mi criada desapareció inesperadamente. Se le enfermó alguien y pidió permiso al conde para ausentarse todo el día —, se quejaba María Luisa.

Eso significaba que Lidia aún no había regresado. Ahora ya no regresaría hasta la mañana: desde las nueve empezaba la hora de queda. Heinrich podía retirarse y acostarse a dormir.

La condesa no intentó retenerlo, pero cuando se le acercó le susurró bajito:

— El domingo usted, su amigo y yo almorzamos en casa de los Lerrot.

La tensión nerviosa de todo el día agotó las fuerzas de Heinrich y pensó gozoso que se dormiría y que todas las inquietudes se aplazarían hasta la mañana del día siguiente. Mas cuando se quitó la ropa y se echó en la cama, nuevas quimeras le acosaron con mayor ímpetu.

¡En esta historia con Mentaroichi se volvió a comportar de una forma inadmisiblemente impertinente! A decir verdad, Heinrich debía establecer contacto con los guerrilleros. Pero había que esperar una oportunidad más favorable... ¿Y permitir que mataran a un hombre como Mentaroichi? ¿Permitir que el provocador de las cejas pobladas se pasease por este mundo traicionando a la gente decente? Aunque a veces había que apagar la voz del corazón. ¿Acaso tenía la posibilidad de salvar a todos los que caían en las garras de los verdugos de la gestapo? Le ordenaron que fuera precavido. De hoy en adelante lo tendría muy presente. Hasta que no se apoderase de los documentos necesarios. ¿Podrá disponer de ellos algún día? ¿Qué posibilidades tenía de obtenerlos? ¡Solamente por intermedio de Lerrot.

Heinrich detuvo su mirada en el mapa de Europa. Bajo la luz del velador se notaban confusamente las banderitas que marcaban la línea del Frente Oriental. Heinrich lo conocía de memoria. Lo veía hasta con los ojos cerrados. ¡Con que rapidez se iba desplazando hacia el Occidente! Ya había llegado casi a las fronteras, desde donde comenzó todo en 1941. ¡Parece que desde-entonces había pasado un siglo! Será posible que hubiesen transcurrido nada más que tres años? Tres años, cada uno de los cuales podía equivaler a diez.

Por la memoria de Heinrich se sucedieron los acontecimientos de los primeros días de la guerra, su llegada al campo enemigo, lo hecho hasta aquel día. Si no tenía la suerte de sobrevivir la guerra moriría con la conciencia tranquila... Pero, ¡que pena sería morir cuando estaba por llegar el desenlace! ¡Sin ver a la Patria! ¿Comprenderían los que estaban en su tierra natal que tenían la gran suerte de encontrarse entre los suyos por más privaciones que estuvieran pasando? Probablemente no lo comprenderían del todo.

Ya pasó casi medio año desde la liberación de Kíev por el ejército soviético. Llegaron los primeros días de la

primavera. Susurran los primeros arroyuelos. Bien pronto el Dniéper romperá su coraza de hielo. Desde el Monte de Vladímir y las pendientes escarpadas se podrá ver el inmenso Dniéper primaveral. Por radio comunicaron que Kíev estaba muy destruído. Tal vez ni exista ya la pequeña casita en la cuesta de Bórichev.

Heinrich, sin advertirlo, quedó rendido por el sueño. Soñó que cruzaba el Dniéper a nado, pero la impetuosa corriente no le permitía llegar hasta la orilla. Al tratar de vencerla redoblaba todas sus fuerzas. La cinta dorada de la playa se le iba acercando poco a poco.

Heinrich despertó enceguecido por aquel resplandor dorado. Una ancha franja de rayos del sol atravesaba la habitación y le caía de pleno en su rostro... En el cuarto contiguo Kurt estaba preparando el almuerzo. Al oír que Heinrich se vestía, tocó bajito a la puerta.

— ¿Irá usted en coche o a pie, señor primer teniente? — la voz de Kurt sonaba animada y su aspecto parecía irradiar una luz semejante a la de ese día primaveral.

¡Seguro que había vuelto Lidia!

El presentimiento de que todo había terminado felizmente era tan poderoso que de Heinrich también se apoderó la alegría.

— ¿No me ha dejado dicho nada Lidia?

— Me pidió que le dijera que le estaba muy agradecida al señor Matini por las medicinas tan efectivas. Lidia vino dos veces, pero no podía esperarlo más porque la condesa la mandó no sé adónde.

Heinrich desayunó rápidamente y fue a Castel la Fonte. ¡Primaveral! ¡Había llegado la primavera! Ya hace calor al sol. La suave brisa que da en la cara provoca una sensación agradable. ¿Tal vez no sea el contacto de los rayos solares lo que acalora, sino la jovial excitación? ¡Qué ganas de ver a Lutz y a Matini, de comunicarles la buena nueva!

Heinrich aceleró el paso. Junto a la casa donde se instaló el SD se agolparon unos soldados. Tras el cerco también había muchos militares. ¿Qué ocurría? ¿Estaría Lemke pasando revista a sus nuevos mercenarios? Puede ser. Allí se ve deambular su alta figura. Junto a él está Kubis. Hay que dar vuelta la cara para que no lo noten, aparentar preocupación y pasar de largo, como si estuviera apurado en llegar a la plana mayor.

Cuando Heinrich dejó atrás el alojamiento del SD, oyó a sus espaldas los pesados pasos de unas botas militares.

— ¡Herr primer teniente!

Heinrich se detuvo de mala gana. El jefe de compañía se le acercó corriendo.

— ¡Herr Lemke pide que pase a verlo!

— Dile que tengo mucha prisa y lo lamento, pero ahora no puedo hacer lo que me pide.

Las ventanas en la habitación de Lutz estaban abiertas de par en par, señal de que estaba en casa. En un santiamén Heinrich subió al primer piso.

— ¿Estás al tanto de los acontecimientos de esta noche? — sin saludarlo le preguntó Lutz.

— No, no estoy enterado de nada.

— En el parque que está detrás del edificio del SD encontraron un cadáver con un letrero en el pecho que decía: “Así terminará todo traidor de Italia”.

— ¿Tú lo has visto?

— Mandé a que fuera el ordenanza. Dice que era de pelo negro, fornido, de cejas muy pobladas.

— ¿Matini sabe de esto?

— Al muerto lo llevaron a la morgue del hospital.

\* \* \*

Alfredo Lerrot está muy complacido de su interlocutor. No recuerda cuándo fue la última vez que sostuvo una conversación tan interesante y amena como la de hoy con el joven oficial alemán. Hasta sorprende que el primer teniente conozca tan bien la ictiología. Conocimientos tan profundos no se adquieren en los institutos. Hay que ser un fanático de la pesca, haber leído mucho, amar la naturaleza y ser muy observador para conocer tan a fondo todo lo relativo al comportamiento de diferentes peces, las condiciones en que se reproducen, saber los métodos de pesca. Éste no es un simple aficionado que sólo sabe tirar del anzuelo sin pensar en el mundo interesante y lleno de misterios que se oculta en el fondo de las aguas. ¡Qué interesante ha sido, por ejemplo, el relato de este joven oficial acerca de la ayuda prestada por las hembras de los esturiones a los machos para salvar los rápidos corriente arriba y encontrar el lugar más conveniente para el desove! Son muy apasionantes las historias que sabe de la piraña, ese minúsculo y terrible pez voraz que

habita en algunos de los ríos de América Latina y que le dieron el apodo de "hiena fluvial". Un banco de estos "pececillos" se había devorado a un toro que tuvo la imprudencia de querer cruzar a nado un río de treinta o cuarenta pasos de anchura. ¡En los ríos donde hay pirañas hasta lavarse las manos es peligroso!

La ciencia de los peces es una vieja pasión de Lerrot. Antes de la guerra se suscribía a revistas de ictiología que se editaban en muchos países, coleccionaba libros de pesca. Con todo derecho y orgullo Lerrot puede afirmar que entre las bibliotecas que él conoce en dicha rama, la suya es una de las mejores.

Lerrot saca con cuidado un libro tras otro como objetos de inmenso valor, los limpia, aunque no contienen ni una partícula de polvo, y se los extiende al huésped. ¡Oh, no le cabe duda alguna de que una persona como Goldring sabrá valorar como es debido los esfuerzos aplicados por él para coleccionar una biblioteca así! Mas que el barón domina algunas lenguas europeas y puede leer de corrido la mayoría de estos libros. Lástima que no sepa bien el inglés: Lerrot tiene varios libros muy interesantes de autores ingleses. En cambio, a diferencia de Lerrot, sabe muy bien el ruso. Se aprovecharía encantado de la proposición del barón de tomar lecciones de ruso para liquidar este claro en su instrucción, pero lamentablemente no dispone de tiempo. Lerrot se las pasa de la mañana a la noche en la fábrica donde elaboran el aparato inventado por él. Es una pena que no pueda revelar a Goldring el secreto de su invento, pero claro le puede decir que en los últimos dos años el trabajo le lleva todas sus fuerzas. Hasta siente arrepentimiento de haber inventado ese aparato, ¡que mal rayo lo parta! Viviendo así uno puede embrutecer. Ni siquiera tiene vida privada. A veces, incluso, se ve obligado a pasarse las noches en la fábrica, y a su única hija la ve solamente un par de veces a la semana... Sí, goza de algunos privilegios. En primer término, no está en el frente. En segundo, dispone de todo lo necesario y es repetado. Por otra parte, es difícil encontrar en Europa a otra persona que sueñe más con el fin de la guerra que él, Alfredo Lerrot.

¡Al fin de cuentas es un prisionero! Va y viene del trabajo custodiado, día y noche hacen guardia junto a su casa dos soldados con armas automáticas. Si se les ocurriera darse un paseo por la calle con el barón, quié-

ranlo o no se les pegaría la guardia. Tal vez al barón le causaría gracia, pero después de enviudar no se casó porque no disponía de tiempo. Para trabar relación con alguna mujer hay que frecuentar algunos lugares, ir de cita, y en fin, sencillamente leer nuevos libros, revistas y periódicos para ser un interlocutor interesante. No obstante, hasta está privado de la posibilidad de dormir cuanto le dé la gana.

Gracias al barón, Stengel ha invitado a almorzar hoy a toda una compañía: al propio von Goldring, a la condesa y a ese oficial tan simpático, cuyo nombre es... ¡caray, se le ha olvidado el nombre!... ¡Kubis!

Heinrich escuchaba con interés las lamentaciones de Alfredo Lerrot sin formularle pregunta alguna, pero intercalando a veces alguna réplica. El comprende perfectamente lo que es estar en condiciones de aislamiento artificial para una persona de conocimientos tan amplios... Goldring también siente gran necesidad de contacto con gente verdaderamente culta y considera que su trato con el señor Lerrot es una circunstancia exclusivamente feliz, pues de vez en cuando tendrá la posibilidad de desahogarse en interesantes pláticas. Con mucho gusto acepta la proposición de reunirse como hoy una vez por semana, pero teme que resultará fatigoso para el ama de casa. Mas si el señor Lerrot insiste, él está de acuerdo, a condición de no causar demasiada molestias a la señorita Sofía. A propósito, ésta prepara a la maravilla los platos de pescado. El domingo próximo ellos dos prepararían sopa de pescado a lo ruso y agasajarán a todos con ella. ¡Eso será estupendo!

Heinrich se despide de Lerrot pidiéndole avisar a los demás invitados cuando vuelvan del paseo que le empezó a doler la cabeza y se fue a dar una vuelta.

Por fin puede dejar a un lado los esturiones, truchas y pirañas. ¡Uf, demonios, qué de peces hay en el mundo! Sus conocimientos en ictiología bastan para varios encuentros más, pero después habrá que leer de nuevo porque con este tipo extravagante las simples historietas pesqueras no se cotizan: es necesario demostrar erudicción. Incluso conocimientos en culinaria. ¡Para qué demonios habrá mencionado la sopa de pescado a lo ruso! Ahora no hay otra alternativa que prepararla, ¡aunque ni noción tiene de cómo se hace! Habrá que conseguirse algún libro de cocina y componer alguna receta de varias. Por lo

demás, está muy bien que el ingeniero sienta esa pasión por los peces. Sobre la base de intereses comunes perderá menos tiempo en hacer amistad con él. El plan con Kubis sigue vigente, pero hay que tener otro de reserva. La misión es muy importante y es menester forzar los acontecimientos. Los partes del Frente Oriental se hacen cada vez más agravantes para los hitlerianos y se transmiten con dos o tres días de atraso en comparación con los soviéticos. Así sucedió, por ejemplo, con el comunicado del combate de Kórsuñ-Shevchénkivsk, en el cual, a propósito sea dicho, las pérdidas del ejército alemán fueron reducidas a la mitad.

Es evidente que en estas circunstancias el mando hitleriano hará todo lo posible por acelerar la preparación del arma nueva.

Ya fueron varias las veces que preguntaron a Heinrich cómo iba el cumplimiento de la misión encomendada. En el centro saben lo complicada que es, pero el tiempo apremia.

Tal vez hoy haya dado unos pasos al encuentro de su objetivo. ¡Sin duda que se ha acercado a la meta! Los primeros pasos siempre son los más difíciles.

¡Ea! ¿Quién es el que va ahí? ¿Será posible que sea Lemke? Efectivamente. Tendré que detenerme. Quizá sea mejor que el primer encuentro tenga lugar en la calle.

Al ver a Heinrich, Lemke apuró el paso. ¡Qué difícil es acostumbrarse a sus facciones, a ese mentón que parece partido en dos con un cuchillo! Da la impresión de que su cuello comienza casi desde la boca. Y ahora, cuando el comandante sonríe, es más reproable que nunca.

— ¡Santo cielo! ¡Dichosos los ojos que lo ven! — exclamó Lemke yendo al encuentro de Heinrich y tendiéndole desde lejos ambas manos.

— Usted pudo haberme visto inmediatamente después de su llegada — le respondió Heinrich con bastante frialdad —. Bien sabía de boca de Berthold que yo estaba aquí. Encontrarme no era nada difícil.

— Yo esperaba que usted, como subalterno, sería el primero en hacerlo.

— En el caso dado no es el grado lo que desempeña el papel decisivo, sino la buena educación.

— ¿Se ha ofendido, barón?

— En absoluto. Sencillamente creí que después de nuestro encuentro en Bonneville nuestras relaciones serían

otras. Entonces le había escrito a Berthold que lamentaba mucho interrumpir una amistad tan corta y agradable.

— Me lo dijo y le estoy sumamente agradecido por lo bien que le ha hablado de mí, a pesar del mal rato que le hice pasar.

— Antes de su partida usted se ha visto con el general y hablaron de mí. ¿Será posible que no me haya transmitido nada?

— Herr Berthold pidió comunicarle que le escribió una carta pesonal ¡y, por supuesto, que le expresa sus saludos más cordiales!

— La carta la he recibido a tiempo, en cambio los saludos tardaron bastante en llegar. Reconozca que tengo motivos suficientes para sentirme ofendido.

— ¡El trabajo, barón! ¡El trabajo me tiene abrumado! Día y noche...

— ¿No disponía de tiempo ni siquiera para una conversación telefónica?

— ¡Pero si usted se negó a venir cuando envié al soldado para que le invitara!

— ¿Y usted considera que esa es una forma decente de invitar a alguien?

— Yo no le presto atención a esas futilidades. Reconozco que en cuestiones de etiqueta soy un profano. Tal vez por ello haya herido su amor propio...

— ¡No es amor propio, sino respeto hacia uno mismo!

— ¡Pero compréndame de una vez que no ha sido por mala intención! Tenga en cuenta que después de Bonneville las cosas me han ido de mal en peor. Pensaba descansar y resultó que...

— ¿Será posible que en Bonneville se esté intranquilo aún? Después del asesinato de Gartner usted ha empezado la investigación tan resultamente que yo pensé que los guerrilleros comprendieron por fin que se les sentaron las costuras. A propósito, ¿no ha encontrado todavía al asesino de Gartner?

— Mientras duró la pesquisa los guerrilleros hicieron volar el restaurante y con ello hicieron perder la pista por completo. Probablemente hayan instalado en el restaurante varias minas de acción retardada y Gartner sea simplemente una víctima casual... ¡En fin, estoy hasta la coronilla de todo eso! No hice más que llegar, cuando me vi metido otra vez en los mismos asuntos de los

que me acababa de escurrir. ¡Por lo visto, ese es nuestro destino!

— ¿Es verdad que junto al edificio del SD los guerrilleros mataron a un agente suyo?

— Ya son varios a los que matan. No llego a comprender cómo se enteran de ellos esos malditos garibaldistas...

— Perdone por la pregunta que quizás sea indiscreta: ¿les da cita a sus agentes secretos en la sede del SD?

— ¡Dios me guarde! Los citamos durante el reclutamiento, pero cuando el agente ya está enrolado... Para encontrarnos con ellos tenemos un departamento secreto.

— ¿Sabía de ese departamento el primer agente asesinado?

— Sí. Miller y Kubis se encontraban allí con bastante frecuencia con él. Era uno de los agentes más activos que operaba entre los garibaldistas.

— Pudieron seguirle la pista cuando iba a la reunión clandestina y descubrir de tal manera su paradero. Pudo haber cantado, al fin y al cabo, cuando los guerrilleros le desenmascararon.

Lemke quedó estupefacto por la simplicidad de esta hipótesis.

— Conociendo las señas del departamento, los guerrilleros espionaron a quienes allí iban. Y mandaron al otro mundo a varios agentes más que Miller logró reclutar con tanta dificultad. ¿Será posible que después del primer asesinato ni a usted ni a Miller le haya venido la idea de cambiar la casa clandestina?

Lemke palideció.

— El asunto es que hallaron su cadáver junto al edificio del SD y... no sé por qué no me di cuenta... Con todo, hace poco que trabajo aquí...

— ¡Todo es simplísimo! No hay que ser conocedor del ambiente, sino razonar lógicamente... Si no sintiera simpatía por usted, sin falta se lo contaría a Berthold, como un mal chiste que...

— ¡No hay quien no se equivoque, barón! Y si cada yerro lo ponemos al juicio de los jefes...

— Ya le he dicho que no escribiré nada a Berthold. Aunque dudo que no lo haría si no se tratara de usted. ¡Necesitamos ahora como el aire una red de espionaje bien organizada entre los italianos! Al fin y al cabo, me guío, además, por razones de carácter familiar. Soy ahijado de Berthold; él es mi futuro suegro y, naturalmente,

me tomo a pecho sus intereses de servicio, ¡pues él responde por su trabajo ante el Führer! — Heinrich le dio a estas palabras tanta importancia que a duras penas se contuvo para no reír.

Pero Lemke no estaba para risas. Antes de venir a trabajar aquí lo pusieron al corriente de sus funciones en el cuartel general del grupo Norte, subrayando que se daba especial importancia al reclutamiento de agentes entre la población del lugar.

“Tenga presente que ahora — le decía a Lemke su jefe inmediato —, cuando en el territorio de Italia hay guerra, debemos saber todo lo que tiene en mente cada italiano. No hay duda de que el enemigo se buscará entre ellos espías y ayudantes”.

¡Y después de estas advertencias no supo conservar siquiera lo logrado por Miller e hizo fracasar la red de agentes! Con el deseo de conocer personalmente a cada agente, en los últimos días dio cita casi a todos los que figuraban en la lista.

— ¿Qué le parece si entramos a cenar, barón? — propuso inesperadamente Lemke cuando pasaban frente a un restaurante.

Heinrich sonrió. Comprendía que Lemke atemorizado quería seguir la conversación entre tragos de vino.

— Yo meriendo en el castillo y no tengo necesidad de ir a restaurantes.

— ¿Me permite entonces que uno de estos días pase por su casa con una o dos botellitas de vino?

— ¿Qué le parece si vamos ahora?

— No, ahora tengo que regresar al trabajo para dar unas órdenes.

— ¿Acerca del departamento clandestino? — Lemke se tragó la píldora. Se puso rojo, pero contuvo la cólera.

— Sí, con este asunto hay que darse prisa. Le agradezco que me haya sugerido la idea. Espero que todo quedará entre nosotros.

— Eso ya lo hemos convenido...

Al regresar a casa, Heinrich vio que en su gabinete estaba Kubis.

— Tuve que acompañar a la condesa y decidí esperarle — le explicó —. Lástima que no haya venido con nosotros, el paseo resultó magnífico. Y si no me viera obligado a hacerle la corte a esa signorina, aburrida como misa de difunto...

— ¿Tiene en cuenta a su futura novia?

— ¡Óigame, Heinrich, temo que no la aguante! ¿Quién dijo que las italianas están llenas de fuego, de gracia y alegría embriagadora como el vino? Ésta es insulsa, como...

— En cambio tiene una buena dote...

— Esa cualidad hace encantadora a cualquier mujer... ¿Pero en qué consiste esa dote?

— No lo sé exactamente, pero el señor Lerrot me dio a entender que está muy bien acomodado.

— ¡Bah, que el diablo se la lleve! Por un suegro asegurado habrá que hacerle la corte a la chica. Espero que Lerrot no vaya a ultrajar a su hijita. ¡Qué aburrimiento, Heinrich, usted ni siquiera se imagina lo aburrido que me siento! ¿Qué le parece, durará mucho todo esto?

— Depende de la impresión que usted cause y de su comportamiento. ¡Tengo la esperanza de que no me verá obligado a enseñarle cómo se debe comportar ni lo que debe hacer! ¡Yo confío en su experiencia con las mujeres y tengo la plena seguridad de que no es tan corta!

— ¡Pero no con este tipo de mujeres! Vea. Siempre me esforcé por tener los mínimos problemas posibles. Todos esos preludios... ¡Ni me imagino por dónde se debe empezar!

— Por las flores. ¡Podemos afirmar que éste es el método clásico! A partir de mañana envíele diariamente flores...

— ¿Diariamente? ¡Para comprarlas me verá obligado a pedir limosna! ¿De dónde saco tanto dinero?

— Para las flores se lo daré yo, pero no a usted, sino a su ordenanza, de lo contrario se lo gastará en borracheras. Para ser franco, se me hace cada vez más difícil concederle subsidios. Siete mil marcos es una suma respetable. Y si no insisto en que me los devuelva de inmediato, y hasta le sigo prestando, no es sólo porque...

— ¡Comprendido! Usted es conmovedoramente tolerante. Yo, por mi parte, seré conmovedoramente honrado. En cuanto reciba la dote, lo primero que hago es sacar siete mil marcos y entregárselos con una profunda reverencia. ¡El bienhechor canta victoria, el pecador arrepentido cae a los pies de su benefactor y el público extrae sus pañuelos y se enjuga las lágrimas! Y para que el triunfo del bienhechor sea más impresionante todavía, ¿no querría añadirle a la suma arriba indicada unos cincuenta marcos

más? ¡Usted consentirá en que ahora me hace falta como nunca el remedio que eleva el tono vital!

Después de obtener los cincuenta marcos, Kubis se fue maldiciendo a su futura novia y todas las circunstancias que tomaron tan mal cariz.

Mientras tanto, Sofía Lerrot estaba muy contenta de sus nuevas amistades y en el fondo bendecía a María Luisa, quien le había prometido asegurarle el porvenir. Durante todo el día no despegaba la vista del buen mozo del oficial que la condesa le destinaba como novio. Este le cayó en gracia tanto por su aspecto, como por lo alegre de su carácter. Ciertos chistes suyos la hicieron teñirse de púrpura, pero al reflexionar llegó a la conclusión de que ella misma tenía la culpa: los círculos provinciales limitaron su manera de ver las cosas, y ese era el motivo de que una simple plática mundana le pareciese arriesgada y a momentos hasta indecente.

Sofía Lerrot quedó conforme del domingo pasado, lo mismo que María Luisa, quien tuvo la posibilidad de pasarse casi todo el día en compañía de Stengel y dar unos pasos hacia la meta que se había propuesto.

\* \* \*

El veinte de abril de cada año los oficiales del ejército alemán lo festejaban ampliamente. Ese día era el cumpleaños del Führer y en su honor esa memorable fecha se les conferían en masa nuevos grados a los oficiales. Ya la promoción de por sí traía consigo el aumento de salario. Por eso casi todos los oficiales esperaban ese día y se preparaban de antemano para celebrar tan importante acontecimiento.

Pero el corriente año 1944 las esperanzas de muchos se vieron frustradas. La promoción tocó a la mayoría de los oficiales del Frente Oriental y a los de las unidades esesistas que rechazaban la ofensiva de los ejércitos anglo-americanos en Italia. Unidades de retaguardia semejantes a la del general Ewers se quedaron ese año casi sin gratificación alguna. De toda la plana mayor para el cumpleaños del Führer fueron galardonados nada más que varios oficiales, y entre ellos el barón von Goldring. De primer teniente Heinrich pasó a ser Hauptmann. Ewers y Lutz no fueron promovidos.

Sin esperarlo, Kubis obtuvo el grado de comandante,

pero ahora eso no le interesaba mucho: a la caza de la dote de Sofía soñaba con miles y decenas de miles de marcos, y no con un miserable aumento de sueldo.

Sus cosas en este sentido progresaban considerablemente: para el veinte de junio se había señalado la fecha de su compromiso con Sofía Lerrot. En breve se debía celebrar la boda que Kubis esperaba con mucha impaciencia, pues por fin sabría cuánto recibiría por hacerle la corte a esa "galga", como llamaba Kubis a Sofía en sus conversaciones con Heinrich. Ya había recibido el permiso del general para el casamiento.

Pero si Sofía aceptó sin titubeos la proposición hecha, Alfredo Lerrot, su padre, vaciló durante mucho tiempo antes de decidir si haría miembro de su familia o no a ese oficial que conocía muy poco. El último mes su amistad con Heinrich se había hecho tan estrecha que no le ocultó su indecisión.

— Lo que me preocupa — le decía Lerrot unos días antes del compromiso —, es que este Kubis da la impresión de ser persona de poca confianza. Me parece que no se toma nada en serio, ni pierde tiempo en meditaciones. Además no tiene ninguna profesión. ¿A qué se dedicará cuando termine la guerra?

Heinrich trataba de defender a su protegido, adjudicándole cada vez nuevas cualidades positivas, pero no lograba que Lerrot se librara de las dudas.

— Está muy bien que usted defienda de ese modo los intereses de su amigo, ello hace honra a todo oficial. Pero reconozca que es demasiado frívolo para la vida de familia. Ni siquiera sé si tiene algunos miles de liras para hacerle un regalo de bodas a Sofía.

— Pienso que los tiene. Hasta ahora Paul llevaba gran tren de vida y gastaba mucho más de lo que gana como oficial. Después que conoció a su hija se volvió mucho más ahorrador y creo que eso es un buen síntoma. ¡Ah, un momento!... Me parece haberle visto en cierta oportunidad su libreta de cheques. Claro que me era incómodo preguntarle la suma de que disponía, ¡pero dudo que una persona abra su cuenta personal para calderillas!

Heinrich no podía confesar que él mismo le había abierto la cuenta y depositado tres mil marcos, por lo que obtuvo de Kubis el correspondiente recibo.

A pesar de todas las vacilaciones, Lerrot se vio obligado a ceder a las demandas de Sofía y dar su conformidad

para el matrimonio, pero bajo la condición de que la boda no se celebrase antes de tres meses a partir del día del compromiso.

— Tengo la esperanza de que en esos tres meses mi hija lo conocerá mejor y pierda sus ilusiones — le confió Lerrot a Heinrich —, porque éste no es ni fu ni fa. No tiene inclinación por nada, ni la más simple afición. ¡No hace más que andar emperchado entre el cielo y la tierra! A usted y a mí, por ejemplo, nos interesan los misterios del mundo submarino, somos aficionados a un deporte tan atractivo como la pesca. Otros tienen la pasión de coleccionar algo. Unos terceros se dedican a la horticultura o a cualquier otra cosa. Estas aficiones son testimonio de un genio constantemente orientado al logro de algún objetivo. ¿A qué se dedica su Kubis? ¿Qué es lo que le emociona?

— ¡Es un fanático de la filatelía! — exclamó Heinrich al azar.

— ¿Es verdad? Para mí ésta es una novedad muy agradable. ¡Si no es capaz de otra cosa, al menos que colectione sellos!

— ¡Oh, bajo la influencia suya crecerá el círculo de sus intereses!

Ese mismo día Heinrich viajó a Palermo y compró varios álbumes de sellos de correo para Kubis.

— ¡Oh, Dios! Eso es lo único que me faltaba! — gimió Kubis.

— Tendrá que echarle una ojeada a estos álbumes para que en caso de necesidad pueda diferenciar los sellos franceses de los alemanes.

Kubis miró maliciosamente a Heinrich, pero no se atrevió a replicar: fueron demasiado caros los ramos de todos los días y excesivamente grandes los esfuerzos aplicados en cortejear a Sofía, para después echarse atrás.

¡Cómo enfureció Kubis cuando antes del compromiso Alfredo Lerrot le obsequió un álbum grandísimo con sellos antiguos!

— ¡Algún día le sacudiré este álbum en su cabeza! — en un acceso de furia exclamó Kubis mostrando a Heinrich el regalo que le hizo su futuro suegro —. Usted le hubiera dado a entender que de todos los sellos me gustan más los que se pueden igualar a moneda contante y sonante.

Pero la mayor desilución la tuvo Kubis aproximadamente una semana después del compromiso, cuando comenzaron a platicar acerca del contrato de matrimonio.

— ¡Me la pegaron de puño! — emitió trágico al entrar precipitadamente en el gabinete de Heinrich y dejarse caer en un sillón.

— Acláreme ¿qué ha pasado?

— ¡Mé la pegaron de puño! — repitió Kubis y empezó a hacerle reproches a Heinrich —. ¡Usted tiene la culpa de todo! Me ha estado trastornando la cabeza con la dote. ¿Sabe lo que da por añadidura a su hija? ¡Una granja con seiscientas ovejas allá por la frontera con Suiza, la casa de Castel la Fonte en la cual vive y una frutería en Palermo!

— Considero que la dote no es tan mala.

— ¿Para qué diantres necesito esas ovejitas? ¡En cuanto pasen a mi propiedad las degüello!

— ¡Y hará una estupidez! Deje de chillar y calculemos con tranquilidad. ¿Dice que seiscientas ovejas? Bien... Kurt, pregúntale a Lidia cuánto vale una oveja. Sí, sí, una oveja cualquiera. Creo que unos cien o ciento veinte marcos.

— ¡Yo no daría un marco por ella!

— En cambio se lo darán otros a usted. Pienso que podrá embolsarse cerca de setenta mil marcos...

— Lidia dice que una oveja buena cuesta dos mil quinientas liras — informó Kurt.

Heinrich dio un silbido y miró admirado a Kubis.

— ¡Mira lo que son las ovejitas! Convirtiéndolas en dinero saldrán unos ciento cincuenta mil marcos.

— ¿De dónde lo ha sacado? — Kubis empezó a dar muestras de evidente interés. Tomó un lápiz y se puso a sacar cuentas.

— ¡Exactamente! ¡Oh, queridas ovejitas, comienzo a sentir por ustedes un apego irresistible!

— Agregue otros cien mil por la casa y la frutería y saldrán doscientos cincuenta mil marcos.

— ¡A mí me hacen falta en efectivo! ¡Dinero! ¡Sólo a usted le debo más de diez mil marcos! ¡De dinero no ha dicho ni una sola palabra!

— En forma delicada trataré de sonsacárselo.

En los próximos días Heinrich no disponía de tiempo para hacerle una visita a Lerrot, por lo tanto no pudo hablar de la dote de Sofía. Luego se puso en claro que

ya no había tal necesidad. Cierta vez por la tarde los novios hicieron a Heinrich una visita oficial y Kubis, haciéndolo a un lado, le susurró al oído que en la libreta de ahorros de Sofía estaba la herencia de su madre que consistía de unos veinte mil marcos.

— ¿Así que la boda es el veinte de julio? — preguntó Heinrich a Sofía.

— Paul insiste en que sea antes, pero mi padre, no sé por qué, no está de acuerdo. ¿No quisiera usted influir en él? Le tiene tanto respeto...

Sofía tenía razón: Alfredo Lerrot sentía gran cariño por el joven barón. En cuanto tenía la tarde libre sin falta invitaba a Heinrich a pasarse un rato con él y charlar un poco. Decía que esas conversaciones le despejaban el cerebro abrumado por las fórmulas. Hablaba con mucho gusto de todo lo que le distrajera de la guerra. La guerra para él era solamente una lucha de fórmulas e ideas técnicas en la que la gente volaba como astillas, pero el resultado final dependía del proyecto técnico más ágil y moderno y no de las masas humanas, capaces únicamente de someterse al más fuerte. El único tema que eludía Alfredo Lerrot era la fábrica y todo lo relacionado con ella. Heinrich tampoco lo tocaba para no despertar las sospechas del ingeniero.

— Cuando termine la guerra le contaré cosas interesantísimas — le dijo una vez Lerrot —. Pero ahora... — y bostezó —, ahora todo eso me tiene tan cansado que ni pensar en ello quiero. El cerebro es la parte más noble del organismo humano y no soporta la violencia. Sin embargo me apremian como nunca. Hasta cuando me enfermo no me dejan en paz: traen a casa toda clase de materiales y me obligan a que dé consultas. Después que yo hice un perfeccionamiento me atacan cada vez con mayor energía. Lo único que oigo es: “¡Más a prisa! ¡Más a prisa! ¡Más a prisa!”

— Menos mal que no se ve obligado a trabajar en casa por las noches.

— Entre nosotros le diré que a veces trabajo en casa, para mí. De lo contrario ¿cómo podría haber llegado a la conclusión...? Aunque eso no interesa. Pero le ruego que no se lo diga de casualidad a Stengel. Si se entera que algunos de los materiales los guardo en mi caja fuerte puedo tener disgustos muy serios.

-Aquella noche Heinrich tardó en conciliar el sueño. Las confesiones de Alfredo Lerrot engendraban nuevas ideas y nuevos planes.

## Boda y muerte

Algunos días antes de la boda llegó la orden del mando del grupo Norte, conforme a la cual Kubis pasaba a ejercer las funciones de auxiliar de Stengel en la protección interior de la fábrica.

Heinrich no esperaba un viraje tan feliz de los acontecimientos. Como se aclaró luego, Stengel hizo su aporte para que las cosas salieran así. Este convenció al mando de que si Kubis contraía parentesco con Lerrot y pasaba a vivir en su casa, debería participar tanto en la guardia de la fábrica, como en la guardia personal del propio ingeniero en jefe. Tanto más que el mismo Stengel se veía obligado a abandonar el chalet de Lerrot, por cuanto toda la planta alta pasaría a disposición de los recién casados. El nuevo nombramiento de Kubis les venía a todos al pelo. Alfredo Lerrot se alegraba de que por fin se libraría de la tutela del excesivamente meticuloso Stengel. Sofía se sentía dichosa de que su joven marido, por quien sentía celos de todas las mujeres, trabajaría a ojos vistas de su padre. María Luisa tenía la esperanza de que ahora, cuando Stengel viviría en el castillo, sus amores con el comandante avanzarían de tal manera que en breve podría cambiar su vestido de luto por el atavío matrimonial. Heinrich consideraba que el nombramiento de Kubis era un chance más para alcanzar su cometido.

Sólo Kubis quedaba completamente indiferente ante los cambios de cargo. Ya se había identificado con el papel de futuro poseedor de un rebaño de ovejas, una frutería y una casa inmueble. Junto con Sofía se pasaban noches enteras revisando los informes del encargado de la granja y del empleado en jefe de la frutería. Es allí donde por vez primera llegaron a entenderse: les contentaban las operaciones bien ejecutadas con las frutas y la lana, se inquietaban cuando descubrían alguna deficiencia en los informes o alguna factura sospechosa, se apenaban porque habían desaparecido los servidores leales y honrados. Unánimes llegaron a la conclusión de que el

encargado de la granja era persona sospechosa y había que despedirlo a toda costa lo antes posible.

Kubis cambiaba a ojos vistas. Antes nunca tenía un centavo, y ni que hablar de inmuebles, en cambio ahora se le había despertado súbitamente la codicia del propietario, la avidez del poseedor. Ya no bebía tanto. Primero, por motivos económicos. Más tarde, al compenetrarse de la idea de que ocupaba una posición respetable en la sociedad. Y si no podía renunciar a la morfina, trataba de disminuir al menos la dosis diaria, incluso había consultado al respecto con Matini. Deseando poner en orden sus asuntos, Kubis se llevó los numerosos recibos que le había dado a Heinrich, entregándole en cambio uno, en el cual indicaba hasta la fecha en que iba a liquidar la deuda: el 1 de enero de 1945. En los periódicos no le interesaban tanto las informaciones relativas a los frentes, como las oscilaciones del curso de cambio, los precios de la lana, la carne y las frutas. Si antes Kubis quería celebrar la boda suntuosamente e invitar casi a todos los oficiales de la plana mayor, ahora insistía en que fuese sólo un círculo muy limitado de invitados.

— Kubis, usted se está volviendo tacaño — le hizo notar cierta vez Heinrich.

— Ahora estoy convencido de que la generosidad es la hermana de la pobreza. Cuando hay poco dinero, no lo valoras. Cuando dispones de un capital, tienes el deseo de aumentarlo.

Sofía estaba maravillada de la forma sensata en que Paul planeaba su vida conyugal, lo económico que era en los gastos, de cómo adivinaba sus deseos sin que los llegara a mentar. En términos generales se podría decir que entre ellos se había establecido el entendimiento mutuo que por lo común sirve de garantía para un matrimonio feliz. Es así que Kubis, sin notarlo siquiera, cambiaba paulatinamente su manera de ser para con Sofía. Ya no la consideraba como un suplemento innecesario y cargoso a su dote. Ella no exigía un amor ardiente, era cariñosa, prudente y buena ama de casa. Estaba completamente de acuerdo con Kubis de que ese no era el momento más adecuado para bodas suntuosas, y que en general éstas no eran necesarias. Mejor sería asignar el dinero regalado por su padre con motivo de la boda para diferentes mejoras en la administración de la casa,

Fue así que en el casamiento hubo pocos invitados. Sofía invitó a su prima de Palermo, a Stengel y a la condesa. Paul por su parte invitó al general Ewers, a Heinrich, a Lutz y a Lemke.

Kubis obtuvo tres días de licencia e inmediatamente después del almuerzo los recién casados tenían planeado emprender un viaje a Palermo, a casa de la tía de Sofía, cuya heredera pensaba ser muy pronto la cariñosa sobrina.

No obstante, todo resultó de otra manera.

Cuando todos los invitados se sentaron a la mesa y, valiéndose de sus derechos de mayor el general Ewers se disponía a pronunciar el primer brindis, apareció inesperadamente el mensajero de la plana mayor de la división.

— Señor general, permítame hacerle entrega de un telegrama privado.

Ewers se levantó violentamente y arrebató impaciente el telegrama de manos del mensajero. Le bastó un instante para enterarse de lo que decía. Un sólo momento se mantuvo inmóvil y de pronto se bamboleó. Lutz, que estaba sentado al lado, apenas hizo a tiempo de agarrarlo y sostenerlo por debajo de los brazos.

— ¿Ordena que llame al médico? le preguntó turbado.

— No hace falta. Pronto me repondré... — con una voz muy cambiada respondió el general y echó en torno una larga mirada a todos los presentes, deteniéndola en Lemke —. Saldré al balcón y me sentiré mejor...

— Le traeré una silla — le propuso Lutz.

— ¡No hace falta! — profirió irritado Ewers.

Después de salir al balcón el general cerró bien la puerta detrás suyo.

— Seguramente algún disgusto familiar — susurró la condesa —. Tal vez haya ocurrido algo con su esposa... ¿No han prestado atención de donde vino el telegrama?

— De Berlín — contestó el mensajero de la plana mayor —. Disculpen que lo haya traído aquí, pero es un telegrama urgente y yo creí...

— Su esposa está en Dresden — sin escuchar sus excusas dijo la condesa.

— Posiblemente — comenzó Lemke...

En el balcón sonó un disparo.

Todos se abalanzaron a la puerta.

Ewers yacía en el piso con los brazos extendidos. De su sien corría un fino chorro de sangre.

El primero en recobrase fue Lemke. Inclinandose sobre el general extrajo cuidadosamente el telegrama de su mano izquierda.

Por encima de su hombro Heinrich leyó en voz alta:

— “Sal inmediatamente al balneario”.

Estaba sin firmar.

Blanco como la pared, Lutz se arrodilló pegando la oreja en el pecho de su jefe. El corazón del general Ewers no latía.

— ¿Qué podrá significar esto? — Lemke miró con ojos escrutadores a Heinrich.

— Por ahora eso significa solamente que no debemos abandonar nuestros lugares... Por lo tanto...— Heinrich hizo una reverencia a Sofía, quien teniendo las manos aferradas en los hombros de Kubis temblaba como una hoja —. Paul, quédate junto a tu esposa y tranquilízala, nosotros nos vamos...

— Hasta que no venga el médico y el jefe de la plana mayor no toquen nada — ordenó Lemke —. Yo regresaré enseguida.

Los oficiales salieron. Lemke se encaminó hacia el estado mayor del SD y Heinrich y Lutz quedaron a solas.

Los dos estaban asombrados por lo ocurrido.

— ¿Qué piensas de todo esto, Heinrich?

— Que no promete nada bueno. A mí me parece... Un momento ¿no es el oficial de servicio el que viene corriendo?

El que había salido de la plana mayor e iba a su encuentro abrochándose con manos temblorosas la guerrera era efectivamente el oficial de servicio.

— ¡Herr Hauptmann, Herr hauptmann! — el oficial de servicio se detuvo cobrando aliento. Sus labios temblaban —. ¡El coronel Kunst se pegó un tiro en su despacho!

— ¿Ha recibido un telegrama de Berlín? — inquirió Heinrich.

— Cinco minutos antes de suicidarse.

— ¿Le decían que debía partir hacia un balneario?

— ¡Exactamente! ¡Incluso de inmediato!

— Comuníquesele ahora mismo por teléfono a Lemke. Está en su gabinete. Hasta que él no vaya al despacho, no deje entrar a nadie.

El oficial de guardia regresó a la plana mayor a la carrera. Lutz y Heinrich subieron lentamente tras él al primer piso.

— Bueno y ¿qué me dices ahora? Para mí todo es tan incomprensible que me parece haberlo soñado —. Lutz estaba atolondrado.

— Se parece a un complot... A ver, enciende la radio.

Como siempre a esas horas, la radio transmitía briosas marchas.

— ¿Quizás haga falta que informes a la plana mayor del mando? — preguntó Heinrich.

Lutz se acercó al teléfono y ya quería anunciar el número convencional, cuando entró Lemke sofocado.

— ¿Dónde está Kunst?

— Ordené que nadie entrara en el despacho hasta que usted llegara.

— ¿Qué podría significar todo esto?

— Yo quisiera formularle la misma pregunta.

Todo se aclaró por la tarde, cuando a Castel la Fonte llegó una carta secreta de Berlín. Un delegado de Himmler llegó en avión con la orden de arrestar a Ewers y Kunst y llevárselos al cuartel general.

Se acusaba al teniente general Ewers, jefe de la división, y al coronel Kunst, jefe de la plana mayor de la división, de tomar parte en un complot contra el Führer y de atentar contra su vida.

El creciente descontento con el Führer, surgido a causa de la derrota a orillas del Volga y por los nuevos fracasos que sufría el ejército alemán fue el motivo que engendró la aparición de una verdadera organización de conjurados. Estos tenían el fin de liquidar a Hitler y poner en su lugar a otro personaje plausible para los anglo-americanos, y concertar con ellos una paz por separado. Ello permitiría a Alemania seguir la guerra en un sólo frente, el Oriental.

El seis de junio los anglo-americanos desembarcaron en la costa francesa del Canal de la Mancha y abrieron el Segundo Frente. Eso obligó a los conjuradores a actuar decididamente y el 20 de julio de 1944 tuvo lugar el atentado contra Hitler.

Pero la bomba, aunque explotó en el lugar y la hora señalada, sólo contusionó al Führer. El grupo dirigente de la organización clandestina fue descubierto de inmediato e Himmler tomaba las medidas necesarias por capturar lo más pronto posible a todos los participantes del atentado y a los oficiales del alto mando comprometidos en este asunto. En la lista de acusados en la alta

traición figuraban cerca de dos mil, y entre ellos el general Ewers y el coronel Kunst.

El atentado contra el Führer acrecentó la influencia y el papel de los organismos punitivos que actuaban tanto en el ejército, como entre la población.

Los arrestos continuaban y cada oficial se sentía bastante inseguro.

Por eso el telegrama al barón von Goldring con la orden de presentarse con urgencia en el estado mayor del grupo Norte alarmó no sólo a Heinrich, sino también a sus amigos Lutz y Matini. Entre los generales torturados en la gestapo hasta provocarles la muerte estaban Denus y Gunder. Heinrich no ocultaba de sus amigos que a su debido tiempo, cumpliendo un cometido de Ewers, había estado dos veces en la villa de Gunder en París. De esta manera, la citación al estado mayor de mando podía significar, entre otras cosas, que Heinrich sería interrogado acerca de las relaciones de Ewers con otros generales. Claro que ese interrogatorio no prometía nada bueno.

Al enterarse de la citación, Lemke echó una mirada sospechosa a Heinrich y sus ojos brillaron con malicia. Si de él dependiese, no se demoraría en arrestar a ese arrogante barón, pues no en vano el mismísimo padre adoptivo de éste pidió no quitarle los ojos de encima. Sin embargo, no se decidió a dar un paso tan arriesgado. ¡Que decida Berthold! O el estado mayor de mando. Lemke estaba seguro que la citación al estado mayor terminaría mal para Goldring.

Heinrich comprendió perfectamente la mirada de Lemke y su inquietud creció aun más. Esta no aminoró inclusive al llegar al estado mayor de mando. Sin explicarle nada, le dijeron que tenía que presentarse ante el comandante del distrito von Krone.

¿Presentarse en la comandancia del distrito? Heinrich sintió que el corazón se le oprimía de pena. Como un relámpago le vino a la memoria el pequeño browning que tenía escondido debajo del puño de la camisa. ¡Con tal de no perder el momento! ¿Quizá todo se arregle como aquella vez en el despacho de Lemke? Ante todo, no debe haber ni sombra de inquietud en la mirada, en los gestos y actitud. Menos mal que la comandancia está a varias cuadras del estado mayor. Habrá tiempo de reflexionar y dominarse.

El coronel von Krone lo recibió en un espléndido despacho, desde cuyas ventanas se abría un maravilloso panorama montaños. Sin levantarse casi del sillón, el coronel saludó con un movimiento de cabeza bastante negligente y propuso a Heinrich tomar asiento. Ese desdén en sus maneras, la meticulosidad subrayada de su figura, la destreza y precisión de todos sus movimientos eran bien conocidos para Heinrich. A primera vista reconoció en ese oficial de unos treinta y cinco años de edad a un representante de la antigua escuela de junkers prusianos.

— Aquí sentado gozo admirando el paisaje — dijo inesperadamente von Krone —. Me tranquiliza y despeja la cabeza. Es como tener un buen cuadro colgado en la pared.

— Usted, señor coronel, debería venir a Castel la Fonte y ver el Gran Paraíso a la caída del sol. Es un panorama que lo domina todo, y a todo le transmite su colorido.

— ¡Oh, veo que usted es un entendido en la materia! — manifestó Krone estudiando a Heinrich de pies a cabeza —. Le han explicado el motivo de la citación?

— No, simplemente me ordenaron que me presentara ante usted. No me imagino el motivo.

— El asunto reside en lo siguiente, Herr Hauptmann: después de los acontecimientos en Berlín el mando decidió dejar de andar con ceremonias con estos italianos e implantar en el norte de Italia un riguroso régimen de ocupación. Una de las medidas es organizar comandancias militares, a las cuales serán subordinados todos los municipios. Usted es designado comandante de Castel la Fonte y de todas sus regiones adyacentes.

Heinrich sintió un alivio en el corazón.

— Naturalmente comprenderá, Herr barón, que este nombramiento es expresión de suma confianza. Usted deberá demostrar que se la merece, cumpliendo al pie de la letra sus obligaciones y sirviendo con fidelidad al Führer y al Vaterland —. Los grandes ojos de un gris claro miraban atentamente a Goldring.

— El uniforme de oficial me obliga a cumplir mis obligaciones al pie de la letra sin diferencia del cargo que ocupe. Esta expresión de confianza hacia mi persona me es especialmente agradable...

— ¡Así lo esperamos! ¿Conoce la región donde será comandante?

— Mis obligaciones de oficial para misiones especiales son bastante diversas y he tenido oportunidad de recorrer casi todas las poblaciones donde hay unidades de nuestra división. Por eso me atrevo a afirmar que conozco la región.

— Tanto mejor. Desde hoy usted es su dueño absoluto y responde plenamente por el orden en ella. Tenga en cuenta que por el territorio que se le ha encomendado pasa una vía férrea y una carretera de gran importancia para el frente. Además allí se encuentra un objetivo militar de significado primordial. Tanto el ferrocarril como la fábrica son protegidos por destacamentos especiales de los SS. Usted deberá tener estrecho contacto con los jefes de estos grupos. Bajo su mando tendrá una compañía de cazadores monteses, cuyo jefe será suplente suyo, y una compañía de camisas negras...

Heinrich frunció el ceño.

— Esta compañía está compuesta por soldados leales a nuestra causa y puede confiar plenamente en ellos... Le damos, además, dos secciones de paracaidistas. Comprendo que para una región como la suya las fuerzas no son muchas, pero no disponemos de más. En caso de extrema necesidad usted podrá pedir refuerzo a las unidades de la división y al comandante Stengel. Pero subrayo: en caso de extrema necesidad. En su región actúa una brigada de garibaldistas y varios destacamentos pequeños de diferente orientación política. Los principales esfuerzos diríjalos contra los garibaldistas, que son los que constituyen el peligro más grande. La lucha contra ellos debe ser continua e implacable... Tengo la esperanza de poder ayudarle con consejos e instrucciones, pero no -cuenta con la asistencia de personal. Creo que eso es todo. Aunque no. Sin perder tiempo usted tendrá que encontrarse un buen local y amueblarlo decentemente. No lo tome como algo de segundo orden. Los que se dirijan a usted deberán sentir respeto hacia la nueva institución. Considero conveniente hacerle recordar las palabras del gran Goethe que todo decoro exterior está interiormente fundado. El personal se lo busca usted mismo, pero tenga cuidado que no se infiltre algún espía garibaldista. De seguro que intentarán hacerlo. Pronto estaré en Castel la Fonte y quisiera que para ese entonces haya acabado con todos los asuntos de organización... ¿Hay preguntas?

— Por ahora no, pero seguro que las habrá. Quisiera tener su permiso para dirigirme a usted cuando lo necesite.

— Hágalo cuando lo desee, pero evite conversaciones telefónicas. Los contactos personales son mucho más seguros.

— Lamentablemente es así...

El nuevo nombramiento sorprendió agradablemente a Heinrich. En calidad de comandante respondía ahora por toda la región, inclusive por los objetivos allí situados. Ello le aproximaba considerablemente a la fábrica, en la cual tenía concentrados todos sus pensamientos. No sin razón Heinrich consideraba que su futuro suegro había tomado parte activa en su nuevo nombramiento. En efecto, Berthold creyó conveniente llevarse a Heinrich de la plana mayor de la división que había estado bajo el mando del general sedicioso. La verdad es que había muerto, pero pudo haber dejado un ambiente anormal creado por él.

El que más se alegró del cambio acaecido fue Matini.

— ¡Eso es extraordinario! — exclamó cuando Heinrich le contó de su viaje al estado mayor de mando —. Ahora estoy seguro de que en nuestra región no tendrán lugar las represiones en masa contra la población, como las hay en todo el norte de Italia.

No obstante, el nuevo nombramiento fue causa de nuevas complicaciones. Ser responsable del orden en la región significaba luchar contra los que lo alteraban... El orden, desde el punto de vista de los invasores, consistía en la obediencia absoluta de la población a los hitlerianos, quienes veían en cada italiano a un posible enemigo. La noción del orden en la conciencia de la población italiana y en la de los invasores era tan diferente, que sería imposible conciliarlas sin tropiezos. Heinrich comprendía que si desde un principio no lograba establecer aunque sea un contacto tácito con la población del lugar, sin falta surgirían entre ellos serias agravaciones.

Al otro día por la mañana, cuando Lidia vino a hacer la limpieza, Heinrich le hizo una pregunta inesperada:

— ¿Usted sabe bien el alemán?

— El francés lo sé mejor.

— ¿Pero me entiende cuando le hablo en alemán?

— Lo comprendo todo. Hablarlo me cuesta trabajo.

— Eso no es nada, ya aprenderá. ¿Qué me diría si le propongo otro trabajo?

— No entiendo... ¿Qué trabajo?

— En Castel la Fonte se está organizando una comandancia militar. A mí me han nombrado comandante. El italiano lo domino muy mal, pero en la comandancia hay una plaza de traductor. Yo quisiera que usted la ocupe...

La proposición de Heinrich era demasiado imprevista para la joven. Ella titubeó.

— ¿No será tarde si le contesto mañana? No me decido a darle una respuesta concreta ahora mismo. Tengo que pensarlo...

Eso era precisamente lo que se suponía Heinrich: la joven necesitaba no tanto pensarlo como consultar, por eso asintió gustoso en esperar un día que otro y no exigir la respuesta con urgencia.

\* \* \*

Kubis se dedicó en cuerpo y alma a organizar su bienestar. Estaba muy contento de su apartamento con seis habitaciones, atildado y amueblado, y le encantaban los desayunos, almuerzos y cenas con que lo agasajaba su joven esposa. Teniendo en cuenta que a los cónyuges no les costaba nada, pues todos los gastos de la casa corrían por cuenta de Lerrot, Kubis se quedaba casi con todo su salario de oficial. Sin embargo ya no se sentía tan desasegado, ni veía el futuro de un color tan rosa como antes.

Heinrich no se equivocó al estimar la dote de Sofía en doscientos cincuenta mil marcos. Fue más tarde que Kubis cayó en la cuenta de que los precios de las ovejas y de todos los productos alimenticios, en especial la carne, estaban tan altos por la guerra. Paul se interesó de los precios para la carne y la lana en el período anterior a la guerra y llegó a la conclusión de que en condiciones de paz la dote de su esposa valdría tres veces menos. Eso lo puso tan nervioso y lo desconcertó de tal manera que decidió consultar con Heinrich para ver si valía la pena liquidar cuanto antes la granja que tenían con Sofía.

— Compréndame, Heinrich, lo que me tiene preocupado es el porvenir. Por ahora, mientras esté vivo mi suegro, todo va a la maravilla. Este gana bien y no presta aten-

ción a los gastos. Pero ya no es joven y es muy enfermizo. No se excluye la posibilidad de que pronto seré dueño absoluto de su herencia. Mas eso no arreglará mis cosas, sino las empeorarán —. Kubis hasta cambió en la manera de hablar y en cada palabra suya sonaba el aplomo de una persona precavida.

— ¡Qué coincidencia, yo también pensaba en eso! — confesó Heinrich.

— ¡Me siento conmovido!

— Es que tengo un poquito de culpa en el cambio de su estado civil y siento..., ¿cómo decírselo?... algo así como responsabilidad moral por usted. Quizá tenga motivos para preocuparse por su porvenir.

— ¿Qué le parece si vendemos ahora todos los inmuebles y el dinero obtenido lo invertimos en alguna empresa rentable? ¿O lo convertimos en objetos de valor?

— ¿Qué le puedo decir? Hay que ser buen entendido en esas cosas para no quedar con un palmo de narices...

— Después de la guerra podríamos abrir con Alfredo Lerrot...

— Perdone que lo interrumpa, pero quisiera hacerle una pregunta. No como al yerno de Alfredo Lerrot, sino como a un viejo y experimentado colaborador de la gestapo. ¿Qué le pasará a su suegro en vísperas de terminar la guerra si, no quiera Dios, Alemania la pierde?

— ¡Ya la ha perdido!... Pero no llevo a comprender la pregunta.

— No hay que ser muy perspicaz para comprender que Alfredo Lerrot no trabaja en una fábrica que produce paraguas de mujer o juguetes.

— Es que descubrió...

— ¡No hace falta que lo diga! No quiero saber secretos que no me atañe saber!... Pero estoy seguro de que el gran interés demostrado por su persona y su protección se deben a que su actividad está ligada a la tan mentada arma nueva...

— Tiene razón.

— ¡Oigame, Paul! No me haga pasar por tonto. Yo prefiero mantenerme alejado de los secretos estatales, por eso no he oído lo que me acaba de decir. ¡Me lo olvidé! Yo estaba haciendo nada más que suposiciones lógicas...

— Perdón. Yo me muerdo la lengua.

— ¿Qué haría usted si fuera, digamos, uno de los dirigentes de la gestapo y supiera que Alemania perdió

la guerra y que a manos del enemigo, o sea del vencedor, caerían todos los alcances del genio técnico militar alemán?

— ¿Qué haría? Pues liquidaría todo lo más valioso y haría todo lo posible para que nada cayera en manos enemigas.

— ¡Muy lógico! Así procedería todo colaborador razonable de la gestapo. ¿Y qué haría usted con el autor de un importante hallazgo en la esfera de la técnica militar?... Pues hoy este inventor sirve al Führer y mañana puede dejarse tentar por dólares o libras, incluso por rublos rusos. ¿Qué haría usted, como dirigente de la gestapo, con dicho inventor?

Sin desviar la vista del rostro de su interlocutor, Paul Kubis avanzó lentamente unos pasos.

— ¿Está seguro de que?...

— Las suposiciones no son cosas seguras... Con usted nos estamos dando clases mutuas de razonamiento lógico y nada más. Por otra parte ¡al demonio con este tema! Veo que lo he puesto nervioso. Hablemos de otra cosa.

— ¡Oh, no, no! Este es precisamente el tema que... ¡Ya que ha comenzado, dígalo todo! Pues, ¿qué me aconseja hacer?

— Es difícil aconsejar en casos semejantes... Cada uno procede a su modo, Paul.

— Y ¿qué haría usted en mi lugar?

— ¿Qué es lo que haría?... Deje que lo piense — Heinrich se paseó por la habitación —. Yo me prepararía para lo peor.

— ¡Explíquese!

— ¡El invento genial de Alfredo Lerrot no debe morir para la ciencia! Usted responde por él ante las generaciones venideras. Usted deberá guardar su invento hasta en el caso de que el propio Lerrot perezca o muera por enfermedad.

— Pero si yo entiendo de técnica como de filatelia, ¡que mal rayo la parta!

— Ya sé que no es docto en técnica... Aunque eso no tiene una importancia decisiva, porque su suegro no conserva su invento en la cabeza. Hay fórmulas, diseños...

— Que no confía a nadie...

— ¡Y hace muy bien! Pero se los puede fotografiar sin que él lo sepa. ¡En nombre del futuro!... Bueno, y si ocurre que no hacen a tiempo de liquidar la fábrica ni los

diseños... y caen en manos de algún país... Usted, en recompensa de su preocupación por el destino de un descubrimiento importante, podrá vender esas fotocopias a otro país... ¡Esos ya no son juegos de niños! Después de eso, dudo que le sigan interesando los precios para la lana y la carne. ¡Eso no será nada en comparación con lo que va a embolsar! Incluso le perdonarán su servicio en la gestapo, haciendo la vista gorda a este hecho.

Heinrich dejó de hablar y llenó un vaso con agua. Bebiéndoselo a pequeños tragos, observaba de reojo a Kubis. Este estaba sentado meditabundo y reconcentrado.

Debido a las transformaciones ya sufridas por Paul Kubis, ¿quién podría afirmar a ciencia cierta cuáles eran las ideas que roían su cerebro? Sin terminar sus estudios teológicos, se convirtió en agente secreto para después perder todo interés hacia esta profesión. Luego se entregó por completo a la idea de llevar la vida tranquila de un pequeño burgués o de un rentista. Tal vez en ese momento se estuviera transformando por cuarta vez.

## **Lemke empieza a sospechar**

Aunque Lemke fue el primero en felicitar a Goldring con su nuevo cargo de comandante de Castel la Fonte en su nuevo gabinete magníficamente amueblado, nadie se sentía más irritado por el nombramiento de Heinrich que el jefe del SD.

¡No era para menos! El nuevo jefe de la división que reemplazó a Ewers anunció que la plana mayor sería trasladada a Palermo, y que en Castel la Fonte seguirían funcionando nada más que el hospital, los parques de armamentos y municiones y el SD. De esta forma el comandante de la región se convertiría en su dueño absoluto, disponiendo casi de todo un batallón, a la vez que Lemke no llegaba a tener una compañía completa. Eso hacía que el jefe del SD dependiera enteramente del comandante: con él tendría que coordinar los planes y maniobras y a menudo hasta tendría que pedirle asistencia para cumplir tal o cual operación. ¡Y todo eso debería hacerlo él, con un grado superior y una experiencia considerable, siendo, al fin y al cabo, mayor que Goldring!

Además, a Lemke le era muy difícil resignarse porque durante su trabajo en la gestapo se había acostumbrado

a mirar con mal disimulado desprecio a todo aquel que no estuviera ligado con esa institución. Lemke veía el mundo dividido en dos partes: por un lado estaban los sentenciados y por el otro los que eran acusados de algún delito. A los primeros pertenecían los que caían a la gеста-pο, sin importarle de si eran culpables o no. Entre los segundos estaban los que todavía andaban en libertad. Después del atentado contra el Führer, alistó a la última categoría a todos los militares, sin diferenciarlos en el grado que tenían ni en el cargo que ocupaban.

Heinrich despertaba en él sentimientos dobles. Por una parte lo consideraba absolutamente fiel, pues Goldring era hijo adoptivo de Berthold, hacia el cual el jefe del SD sentía más respeto que a la Divina Majestad, ya que ésta no llevaba hombreras de general mayor. Por otra parte, Lemke consideraba que Goldring era un liberal intolerable. ¡Bastaba con ver las amistades que tenía! Era amigo del sospechoso de Matini, a quien fue necesario tomar bajo observación; mantenía estrechísimas relaciones amistosas con el Hauptmann Lutz, tipo de poca confianza, ya que siendo edecán del difunto Ewers no podía no estar al tanto de las acciones facciosas de su general. Lemke no podía llegar a comprender como un barón, siendo además futuro yerno de Berthold, podía andar sin ceremonias con su ordenanza, individuo que también despertaba sospechas. Como se pudo establecer, este Kurt tiempos atrás se negó a ingresar en la Hitlerjugend\*. Y por último, ¿por qué ese Goldring, siempre tan amable con todos, menospreciaba las tentativas de Lemke de hacer amistad con él?

En la caja fuerte de su antecesor el jefe del SD halló las copias de las cartas que Miller enviara a Berthold. Gracias a ellas se enteró de que von Goldring había tenido relaciones amorosas con una tal Mónica Tarval, a quien sospechaban de ser partícipe del Movimiento de Resistencia. ¿Acaso todo eso no incitaba a meditar? Al fin y al cabo, ¿por qué con el nombre de Goldring estaban relacionados varios acontecimientos bastante extraños?

A menudo por las tardes, después del habitual encuentro con el comandante que siempre le irritaba, Lemke se encerraba en su despacho y extraía la carpeta con todos los

---

\* Hitlerjugend: organización de la juventud hitleriana.

materiales concernientes a Heinrich von Goldring, recopilados por Miller. Tomando uno que otro documento, Lemke lo leía atenta y escrupulosamente, esforzándose por comprender por qué había ocurrido todo precisamente así, y no de otra manera. ¿Por qué cayó en manos de Heinrich y no de otro colaborador del SD la carta de Leveque acerca de los dos oficiales alemanes asesinados en las afueras de Saint-Remis? Leveque proponía sus servicios a la gestapo y si una persona quiere hacerse agente suyo ¡más que seguro está en condiciones de diferenciar el uniforme de un oficial del SD del de un oficial del ejército! ¿Por qué en el expediente de un tal Bazel, detenido por el propio Goldring, según parece por haberle disparado, no estaba el acta del interrogatorio del detenido, sino que figuraba nada más que la fecha y la inscripción de "fusilado"?

Por temor a Berthold, Lemke no se atrevía a mencionar siquiera sus sospechas a los jefes, y eso era motivo de que su odio hacia Goldring siguiera creciendo. La flojedad excitaba la ira.

Hoy también se ha visto obligado a ceder ante ese arrogante barón. Debido a que la línea del frente en Italia se había desplazado hacia el norte, Lemke recibió la orden de enviar inmediatamente a Alemania a todos los ex soldados italianos que no ingresaron en los destacamentos de voluntarios. Era necesario llevar a cabo la operación durante la noche y en secreto de la población, y más que nada de los guerrilleros. Se sobreentendía que tomando en consideración la escala de la operación, el problema de la seguridad de los soldados italianos se hizo especialmente candente. Era por eso que Lemke se dirigió a Goldring exigiendo que le proporcionara todo el personal disponible. Pero, hablando con franqueza, Goldring se lo negó, proporcionándole solamente una compañía de camisas negras.

— Yo también tengo por delante una operación muy complicada — le explicó.

Lemke recuerda indignado el tono intolerable y hasta ultrajante de esta conversación. No, por lo visto no habrá más remedio que dirigirse al propio Berthold... ¿Tal vez valga la pena hacer la última tentativa de llegar a un acuerdo con Goldring, hablando francamente con él y muy en serio?

Lemke se acercó al teléfono de comunicación directa con el comandante.

— El Hauptmann von Goldring está en casa del señor Lerrot — le respondió la traductora.

Lemke colgó enfadado el tubo y oprimió el botón del timbre.

— Para el fin del día suminístreme los antecedentes de todos los italianos que trabajan en la comandancia, especialmente los de la traductora. Antes era mucama en el castillo del conde Ramoni.

La amistad de Goldring con el viejo Lerrot también sacaba de quicio a Lemke. Después de la boda que terminara de una manera tan desdichada, Lemke visitó dos veces el chalet del ingeniero, pero ambas fue recibido con bastante frialdad. A decir verdad, Lemke trataba de trabar una amistad más íntima con Alfredo Lerrot no por su interés personal hacia el ingeniero, sino debido a una instrucción especial guardada en la caja fuerte del jefe del SD. Esta rezaba que a Lerrot había que “defenderlo por todos los medios y no turbarlo”. Esta instrucción fue remitida desde el cuartel general, por lo tanto el ingeniero era una persona respetable. Y esta respetable persona ni siquiera se molestó en salir a saludar a Lemke, cuando durante su segunda visita se encontraba en la sala con Kubis y su esposa. Pero para Goldring las puertas del chalet siempre estaban abiertas, y el comandante se pasaba allí casi todas las tardes. ¿De dónde había surgido esa amistad entre el joven oficial y el viejo ingeniero?

Lemke telefoneó a los apartamentos de Lerrot y pidió que llamaran al barón von Goldring.

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó alarmado el comandante.

— Nada de especial, pero quisiera verle por un asunto muy urgente.

— ¡Dentro de media hora estaré en mi despacho! — repuso brevemente Goldring.

“¡Ni siquiera preguntó si a esa hora puedo ir!”, se enfureció Lemke.

Pero las circunstancias obligaban a que el jefe del SD se tragara la ofensa. Al cabo de una media hora justa ya estaba en la comandancia.

Sin saludar a los colaboradores, Lemke cruzó la oficina y tiró de la puerta del recibidor, ubicado delante del despacho del comandante. Estaba cerrada.

— ¡Un momentito! — se oyó girar la llave en la cerradura y la traductora dejó pasar a Lemke haciéndose a un lado. Este pasó junto a ella con aires de no haberla advertido.

Goldring ya había regresado de la casa de Lerrot y hojeaba periódicos a la espera de Lemke.

— ¡Nuestras tropas les están dando una tremenda paliza a los angloamericanos en los montes de Ardenas! — exclamó Heinrich en calidad de saludo —. ¿Ha leído los periódicos de hoy?

— No hice a tiempo. Hay demasiado trabajo.

— Cosas así hay que leerlas en primer término y no dejarlas pasar por alto. ¡Son alentadoras! Tanto más que últimamente no nos miman con buenas noticias.

— Pienso que nuestros V-2 obligarán a los ingleses a salir de la guerra... Pero he venido a tratar de cosas mucho más inmediatas que los acontecimientos en los Ardenas.

— ¿Qué cosas más inmediatas puede haber para un oficial que las ligadas con el frente?

— ¡Eso es un juego de palabras, Goldring!

— ¡Von Goldring! — lo corrigió Heinrich.

— Von Goldring, si gusta... Pero no he venido a reñir, sino a hablar de oficial a oficial.

— Le escucho señor Lemke.

— Yo creo que nuestras relaciones estorban a nuestro trabajo, barón.

— Al mío, en nada.

— Pues al mío sí, y mucho. Yo invoco a su sentimiento de responsabilidad ante el Vaterland y el Führer. Estamos viviendo tiempos muy difíciles, durante los cuales...

— Podemos arreglarnoslas sin prédicas, ¿eh? Yo le considero un oficial calificado de la gestapo, Lemke, pero no sirve de predicador.

Lemke, ofendido, se mordió el labio.

— Herr von Goldring, por última vez le aconsejo pensar bien y hacer la última tentativa de que lleguemos a un acuerdo. Pero si nuestra conversación no da ningún resultado, me refiero a un resultado positivo, me veré obligado a presentar mando una queja contra usted. Le prevengo honradamente.

— Ese es su derecho y su obligación. Pero quisiera saber qué es lo que usted quiere de mí.

— Coordinación en el trabajo.

— Yo también deseo lo mismo.

— No lo he notado. Su hostilidad personal en contra de mí, aunque ignoro el motivo...

— ¿No sabe el motivo? ¡No se haga el ángel patudo!

— Me extraña su tono y esas indirectas incomprensibles. ¿No querrá explicarme de qué se trata?

— ¡Le proporcionaré hasta pruebas contundentes de eso!

Heinrich extrajo del bolsillo una carta de Lorchén y la empezó a leer en voz alta:

— “No me descubras ante mi padre: a escondidas he leído la carta que le escribió a mamá. No te lo confesaría si no me hubiese fastidiado. A mí me empieza a molestar la condesa María Luisa, dueña del castillo en que vives. A mi padre le escriben que es joven y bonita, te ven en los paseos con ella. Seguramente es por ella que hace rato que no vienes...” ¿Me sentiría usted aprecio, Lemke, si le hubiera escrito una carta semejante a su esposa?

Lemke se puso rojo.

— No fue a su novia que se lo escribí, sino al general Berthold.

— ¿Y considera que eso es digno de un oficial?

— El general Berthold me lo impuso.

— Entonces usted piensa que escribiendo calumnias... y reconozca que a todo esto no se le puede dar otro nombre que calumnia, pues está bien enterado de las relaciones que existen entre la condesa y Stengel... Como le decía, escribiendo calumnias...

— Evidentemente Herr Berthold ha interpretado mal alguna frase imprudente... Y si ello es motivo de tales equívocos, le doy mi palabra de oficial que ni una palabra suya...

— Yo creo en la palabra de oficial. No tengo nada que ocultar, pero considero que seguirme todos los pasos es ofender mi dignidad...

— Lo comprendo perfectamente y le vuelvo a repetir...

— Está bien, vamos a dar este asunto por terminado. Ahora pasemos a otra cosa... ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

— Una perfecta coordinación de acciones y ayuda mutua.

— ¿Puede hablar más en concreto?

— Esta noche tengo que enviar un batallón de ex soldados italianos de Castel la Fonte a Ivrea,

— ¿A qué hora?

— A las veintidós y treinta.  
— ¿En qué puedo serle útil?  
— Suminístreme, además de la compañía de camisas negras que me ha prometido, aunque sea una sección de soldados alemanes.

— Llévese a los paracaidistas.  
— No les tengo confianza a esas bailarinas.  
— Entonces le doy una sección de cazadores.  
— ¿Verdad? ¡Gracias, barón! Creo que este será el comienzo de nuestras nuevas relaciones y espero que pronto cambiará su concepto de mí.

— Bien sabe el respeto que sentía por usted, y si entre nosotros se ha roto la amistad, la culpa la tienen las cartas que le envió a mi padre y suegro ¡llámelo como quiera! Pero le prevengo de antemano que no soportaré vigilancia alguna.

— Le prometo que no la habrá...  
— ¡Que reine entonces la paz y la armonía!  
— Me alegro de haber empezado esta conversación con usted, barón, y que hemos llegado a un acuerdo.

Lemke estrechó con fuerza la mano de Heinrich.

— Ahora mismo enviaré a los jefes a disposición suya.  
— Pero no les diga nada del cometido. Ellos no deben saber de la operación hasta su comienzo.

— Comprendo.  
— ¿Piensa usted participar en el paseo por Ivrea?  
— Esa no es mi región. Además estaré ocupado por la noche.

Directamente de la comandancia, sin pasar por su casa, Heinrich fue al chalet de Lerrot con la intención de continuar la conversación interrumpida por Lemke.

— Oyeme, Kurt — previno Heinrich a su ordenanza mientras viajaban —, le prometí al señor Lerrot dormir en su casa, pues se siente mal. Pero durante la noche pueden llamarme por teléfono, por eso duerme en el gabinete. Si Lemke telefonea desde Ivrea, dile donde estoy.

— ¿Acaso Herr Lemke está en Ivrea? Yo lo he visto...  
— A los soldados que hasta ahora tienen en los cuarteles se los lleva hoy para allá.

— ¿No se escapan?  
— ¿Con una guardia así? Además de sus esesistas se lleva a una compañía de camisas negras y una sección de soldados alemanes que insistió que le diéramos —. Heinrich se volvió de espaldas para ocultar su sonrisa.

Como si fuera por mera curiosidad, ya fueron varias las veces que Kurt le había preguntado por el destino de los soldados italianos. Heinrich comprendía que lo hacía a pedido de Lidia.

\* \* \*

Ya hacía una semana que Lerrot simulaba estar enfermo. Ultimamente, haciendo caso omiso de la prudencia, eran cada vez más frecuentes las veces que se quedaba en casa alegando a su corazón enfermo.

— Mi cansancio ha llegado al máximo. Estoy tan agotado que el día menos pensado sucumbiré como un caballo derrengado para no levantarme más — se lamentaba a Heinrich.

Pero lo que más hacía el viejo era fingir. El motivo que lo obligaba a recurrir a ardides semejantes lo ocultaba incluso de su hija y de su yerno. Por primera vez Alfredo Lerrot empezó a meditar de las cosas de la vida y no en las fórmulas.

Hasta hacía poco en las conversaciones con Heinrich el anciano inventor sostenía que la ciencia estaba, está y estará siempre por encima de la política, por encima de la vida, y que los científicos, al igual de los artistas, debían vivir en una torre de marfil para que nada molestase al vuelo de su fantasía. Incluso su trabajo en la fábrica Lerrot lo consideraba como una original torre, ya que tras sus sólidas paredes podía salvarse de la vida prosaica que impedía pensar.

Pero resultaba que en la torre había brechas y sus fuertes paredes estaban a punto de derrumbarse.

Ese día, antes de la llamada telefónica de Lemke, Lerrot empezó a tocar desde lejos el tema que le interesaba, pero Heinrich se tuvo que ir. El viejo ingeniero se volvió a quedar a solas con sus pensamientos.

Se había dispuesto a analizar los materiales traídos de la fábrica, pero tuvo que dejarlos a un lado porque el trabajo no marchaba. Habría que revisar todos los cálculos al día siguiente por la mañana, con la cabeza despejada.

Anteriormente nunca había dejado en casa materiales así, inclusive cuando estaba enfermo. Con un pedantismo inexorable Stengel se los llevaba para la noche y los encerraba en una caja fuerte especial de la fábrica. Empe-

ro Kubis se mostró indulgente con su suegro. Claro que partía de sus propios intereses, pues abrigaba la esperanza de que algún día lograría apoderarse de los planos y cálculos necesarios. Como no tenía noción alguna en la técnica, y menos aun en la radiotécnica, Paul Kubis confiaba en su intuición, que le indicaría lo necesario para ser fotografiado y aquello que podía dejar pasar por alto. Por supuesto que ponía sus esperanzas en Goldring: Heinrich, que era tan erudito, se daría cuenta en seguida de lo que de verdad tenía valor. Por cierto que Kubis no soltaría los documentos de las manos, ¡no era tan imbécil!, simplemente se los mostraría a Goldring y le pediría consejo...

Después del casamiento de la hija, Lerrot se dejó a disposición suya toda la planta baja, pero vivía prácticamente sólo en el gabinete y salía al comedor o a la sala cuando venían visitas o bajaban los jóvenes. En los demás cuartos de la planta baja vivían los criados y la guardia.

Ese día Lerrot se sentía solo como nunca. ¿Para qué demonios habría telefonado este Lemke? Aunque Goldring prometió regresar. Y parece que es él. ¡En efecto!

— Espero que ya habrá terminado con los asuntos — le dijo Lerrot.

— Por hoy, sí. Puedo pasarme la noche en su casa.

— ¡Magnífico! — se entusiasmó Lerrot —. ¡Ahora cenamos y para dormir mejor nos tomamos una botella de vino!

— ¡Oh, yo siempre duermo como un lirón!

— Gracias a su juventud. En cambio yo he perdido el sueño...

— Eso se debe a que está demasiado cansado. Para recuperar el estado normal tiene que tomarse un somnífero.

— El problema no está en los somníferos. Lo que me quita el sueño son los pensamientos...

— ¿Son tan alarmantes?

Lerrot se demoró en contestar. Dio varias bocanadas a su cigarrillo mirando concentrado a un rincón de la habitación, como si estuviera resolviendo la cuestión de seguir la conversación o no. No obstante, la necesidad de compartir con alguien sus pensamientos, de pedirle consejo a alguien era tan grande que Lerrot no pudo contenerse.

— ¿Está usted al tanto de las resoluciones de la conferencia de Yalta? — preguntó mirando atentamente a Heinrich.

— Las he leído, pero ya no recuerdo los pormenores.

— Pero no pudo haberse olvidado, sin duda, de las resoluciones referentes al castigo de los criminales de guerra.

— Yo pienso que son nada más que declaraciones. La guerra es la guerra y nunca en la historia...

— ¡Ya sé, ya sé, no tienen derecho a culpar a unos y absolver a otros!

— Está hablando como si las resoluciones de esa susodicha conferencia pudiesen tocarle directamente a usted.

— Cuando entren en vigor me concernirán a mí también. Por más ridículo y extraño que parezca... Aunque, quizás, no sea tan ridículo. Depende desde qué punto de vista se mire.

— ¡No comprendo absolutamente nada!

Lerrot se quedó pensativo, y cuando volvió a hablar, en su voz se percibieron notas vacilantes.

— Es que su discreción, barón..., sí, sí, su discreción, me ha dado la posibilidad de no hablar de mi trabajo en la fábrica, por eso...

— Eso no es discreción, señor Lerrot, sino una regla: yo no deseo saber cosas que no me incumben...

El viejo ingeniero le contradijo enojado:

— ¡Pero están relacionadas conmigo! Por eso debo explicarle algo. De lo contrario no me entenderá. Esta conversación, supongo, quedará entre nosotros. Por lo tanto...

— Le escucho, señor Lerrot.

— Empezaré por... aunque no. ¿Ha leído ayer el informe acerca del bombardeo de Inglaterra con proyectiles voladores?

— Naturalmente.

— ¿Y ha prestado atención al número de víctimas que hubo?

— ¡Era imposible no notarlo! Semejante efecto no ha dado aún bombardeo alguno.

— Yo soy el culpable de eso. ¡Yo los he matado!

— Señor Lerrot, usted está enfermo, cansado, desasosgado. Estoy seguro que exagera. Por favor, hablemos de eso mañana...

— No, no. Estoy completamente en mis cabales. El

hecho es que ya hace varios días estoy fingiendo estar enfermo... ¡Sí, fingiendo! ¡Para no ir a la fábrica!

— ¡Señor Lerrot!

— Le repito que estoy perfectamente bien y en mi sano juicio. Tan sano que supe inventar un aparato capaz de dirigir por radio los proyectiles voladores...

— ¿Usted? ¿Alfredo Lerrot?

— ¿Ve? No lo cree y se ha asustado... ¡Yo no sentía miedo y hasta ahora nunca he temido nada! Y me pregunto, ¿por qué? En primer lugar, por lo visto, porque me interesaba la propia idea... Nunca había pensado a fondo cómo ponían en la práctica mis ideas. Sabía que trabajaba en una fábrica militar, que con ayuda de mi aparato los proyectiles voladores serían dirigidos adonde lo deseara el hombre. No hemos logrado todavía tal precisión que el proyectil haga blanco en un objetivo concreto, pero ya podría ser dirigido a un determinado centro poblado. Todo eso lo sabía teóricamente, digámoslo así. Yo daba mi cerebro y lo demás no me importaba. Me daba lo mismo quién era el que iba a emplear esta arma. Y contra quién... No, por cierto que éste no era el único motivo por el cual no sentía temor y no me ponía a reflexionar. ¡Yo pensaba que no respondería por nada! Y eso era lo principal. En cambio ahora, cuando veo que la pared tras la cual me escondía está a punto de derrumbarse, cuando comprendí que tendría que responder a la par de todos... ¡Incluso hasta debería cargar con una responsabilidad mayor, ya que ellos no tenían más que las manos, mientras yo les proporcionaba mi cerebro! Ahora empecé a sentir miedo...

— Con toda razón, señor Lerrot — no se contuvo Heinrich.

— Oh, si usted opina lo mismo... ¿Qué me aconseja que haga?

— Según mi parecer, usted tiene una sola salida — Heinrich dejó de hablar y miró atentamente a los ojos de Lerrot.

— ¿Cuál es?

— La guerra está llegando a su fin, por lo tanto todos los días que se suceden son decisivos...

Lerrot asintió en silencio.

— Usted tiene que huir a cualquier país neutral, digamos a Suiza, y publicar su protesta en la prensa. Alegar

a que lo hacían trabajar por la fuerza, protestar para que su invento no sea empleado contra poblaciones, para el exterminio de gente pacífica. Si usted lo declara ahora, le creerán.

— ¡Tiene razón!

— Pero es necesario que tenga a su disposición los planos, las fórmulas y todo lo que esté relacionado con su invento. Yo sé que es muy difícil conseguirse esos materiales. Todos ellos seguro que se guardan en la fábrica, pero...

— Yo tengo fotocopias.

— ¡Usted se arriesga al guardar cosas así en casa!

— Las tengo bien escondidas. Entre una gran cantidad de libros no se encuentran fácilmente... Ni el mismo diablo adivinará su escondite si no se lo digo yo mismo...

— ¡Entonces no tiene por qué meditar ni titubear! Al fin y al cabo se salvará no sólo usted, sino salvará a cientos de miles de inocentes. Ya sabrán valorar su actitud.

— ¿Pero cómo hacer estos planes realidad? ¡Bien sabe cómo me vigilan!

— Le prometo pensarlo y en los días más próximos le comunicaré el resultado. Y por supuesto que le ayudaré en lo que pueda.

— ¡Sé que usted es muy generoso! Tal vez ésta sea la primera noche de los últimos tiempos que me pueda dormir.

A Heinrich le hicieron la cama en la habitación contigua con el gabinete. Largo tiempo estuvo dando vueltas antes de dormirse, emocionado por la idea de que por fin se acercaba a la meta. Hasta en sueño seguía haciendo planes de cómo conseguir los materiales necesarios.

A eso de las tres de la madrugada Kubis a medio vestir despertó a Heinrich.

— Acaba de telefonar Kurt. Lemke ha enviado a un mensajero que quiere verlo a usted.

— ¿Dónde está?

— Kurt lo ha traído en el coche.

Heinrich se empezó a vestir rápidamente.

— Busque los planes entre los libros de la biblioteca. Son fotocopias. Tal vez sea precisamente lo que necesita. Usted me los muestra y juntos decidiremos lo que se hace, ¿está bien? — le decía a Kubis bajito mientras se vestía,

— Pero no puedo dárselos a usted — susurró Kubis celosamente.

— ¡Para qué demonios los quiero! ¡Yo me preocupo por usted! Es para evitar equívocos. Puede que las fotocopias no tengan ninguna relación con el invento. Si es así habrá que seguir buscando. ¿Será posible que no quiera aprovecharse de una oportunidad así para asegurarse la vida? ¡Ya me lo imagino a usted hecho todo un ricachón! Incluso estoy de acuerdo en postergar por un año el plazo del pago de la deuda que tiene conmigo... si me convenzo de su solvencia.

\* \* \*

Por intermedio del mensajero Lemke comunicaba que había caído en una emboscada que le tendieron los guerrilleros, que estaba luchando encarnizadamente y pedía refuerzo urgente.

Claro que Heinrich no tenía ningún deseo de entrar en combate nocturno, y más de parte de Lemke y no de los guerrilleros. Pero la situación requería actuar en forma rápida y decidida que no despertara sospechas. Hubo que dar la señal de alarma a los paracaidistas y a las dos secciones de cazadores alemanes que se quedaron en Castel la Fonte, y por otro lado frenar por todos los medios el cumplimiento de sus propias órdenes.

Heinrich ordenó que los jefes de secciones revisaran toda el arma automática y eliminaran los defectos más insignificantes revelados durante la inspección. Cuando revisaron las armas, Goldring mandó abastecerse complementariamente con municiones que hubo que traer del depósito. Mientras tanto se puso en claro que en el motor de uno de los carros blindados se oían ruidos sospechosos... Heinrich corría, gritaba, amenazaba con que los culpables serían juzgados, pero para sus adentros se alegraba de que la partida se postergaba.

Los destacamentos salieron en ayuda de Lemke sólo a las cuatro y pico y no pudieron llegar a destino antes de las seis de la mañana, cuando el combate había terminado. Aún sonaban disparos aislados, pero los guerrilleros ya no se veían.

Bajo la luz de uno de los cohetes de señales que aún cruzaban el aire, Heinrich advirtió el alto talle de Lemke. Este andaba entre los cuerpos de los soldados italianos

mueritos y heridos, alumbrando con una linterna y pegándole el tiro de gracia a los que aun daban señales de vida. Al ver a Heinrich, Lemke se encaminó rápidamente hacia él y le relató lo ocurrido en forma breve.

Cuando salieron de Castel la Fonte, envió a la delantera a varios motociclistas, ordenándoles que se formaran en el camino de tal manera que el de atrás viese al de adelante. El chófer del carro blindado también debía orientarse por el último motociclista. A unos treinta kilómetros de Castel la Fonte, cuando Lemke se había cerciorado de que llegarían a Ivrea sin complicaciones, por el flanco derecho empezaron a tirar sobre la columna las ametralladoras y metralletas de los guerrilleros. Sus balas trazadoras abarcaban una amplia franja. Los guerrilleros dejaron pasar a la patrulla de motociclistas y atacaron a la columna por el flanco. No había otra salida que aceptar el combate nocturno. Los soldados italianos, aprovechándose del imprevisto ataque se echaron a la desbandada; los cadáveres que estaba viendo Heinrich era lo único que quedaba de varios cientos de italianos.

— ¡Resulta que en vez de pelear con los garibaldistas ustedes tiraron con bastante éxito contra gente desarmada! — dijo Heinrich con sarcasmo. Sintió que una rabia incontenible se apoderaba de él. ¡Con qué gusto descargaría la cámara de su pistola en ese monstruo que fumaba tranquilamente un cigarrillo! Pero había que contenerse, y con tono ya más apaciguado inquirió:

— ¿Organizamos la persecución?

— Por ahora es muy arriesgado. Esperemos hasta que se disipe la niebla.

Hubo que esperar mucho. El día era de intensa niebla y sólo al cabo de unas dos horas, Lemke y Heinrich acompañados de tiradores de armas automáticas tuvieron la posibilidad de observar atentamente las posiciones del destacamento guerrillero que había atacado la columna.

— Fíjese — decía con enfado Lemke —, sus posiciones están bien enmascaradas y, evidentemente, fueron preparadas con tiempo. Se ve que esperaban nuestra columna...

— Según parece, alguien los puso de sobreaviso — constató tranquilamente Heinrich.

Perseguir a los guerrilleros y a los fugitivos era cosa imposible. La niebla había reducido la visibilidad a lo mínimo y en esas condiciones era peligroso internarse en las montañas: varias decenas de guerrilleros con armas

automáticas podían contener al numeroso destacamento de Lemke y Heinrich.

— ¿Quién pudo haber prevenido a los guerrilleros? — preguntó Lemke a sí mismo o a Heinrich cuando regresaban a Castel la Fonte en el automóvil de la comandancia —. ¿Usted no le ha dicho a nadie acerca del envío de los italianos esta noche?

— ¡Absolutamente a nadie!

— ¿Quién pudo ser entonces?

— ¿Por qué piensa usted que pudo poner de sobreaviso a los guerrilleros alguno de los míos y no de los suyos?

— Porque los míos todos son alemanes y entre los suyos hay italianos.

— Después del atentado contra el Führer no hay que fiarse ni de los alemanes — replicó Heinrich —. No es la nacionalidad lo que garantiza la lealtad, sino las convicciones.

Lemke se calló. Estaba enfurecido con todo el mundo y aun más consigo mismo. Tenía que haber insistido en que Goldring también fuera con la columna, en cambio así Lemke solo cargaba con toda la responsabilidad. El resultado estaba a la vista... Habrá que justificarse ante el mando y Goldring no tendrá nada que ver, ya que el ataque tuvo lugar fuera de su jurisdicción.

Heinrich también callaba. La obsesión del cuadro que había visto en el campo de batalla le perseguía: varias decenas de italianos muertos y heridos, y Lemke con la pistola en la mano derecha y la linterna en la izquierda...

— Dígame, ¿tiene usted confianza a su traductora? — preguntó Lemke inesperadamente cuando ya entraban en Castel la Fonte.

— Antes de emplearla en la comandancia ya la había puesto a prueba varias veces. Lo mismo hice en el proceso de su trabajo. La muchacha es digna de la excelente recomendación que le dio el conde Ramoni.

— En cambio a mí me parece algo sospechosa.

— Para su tranquilidad la pondré a prueba una vez más, provocándola especialmente: dejaré encima de la mesa cualquier documento que parezca secreto — profirió Heinrich con indiferencia.

Este echó una ligera mirada a Kurt, quien con cara petrificada conducía el automóvil, y comprendió que al cabo de algunos minutos Lidia estaría al tanto de aquella conversación.

Al anoecer al cuarto de Heinrich entró precipitadamente Kubis, jovial y excitado. A Heinrich el corazón le latió a ritmo acelerado. Será posible que se hubiera hecho realidad lo que a veces le parecía imposible, a lo que había dedicado todos sus esfuerzos y pensamientos, supeditado todos sus actos e incluso su vida?

Tanto el aspecto de Kubis, como su comportamiento lo afirmaban.

Tras mirar al dormitorio contiguo al gabinete, Kubis cerró bien la puerta, luego echó una mirada al pasillo del que acababa de venir y le puso el retén a la cerradura automática.

Dominándose y con una sonrisa a flor de labios Heinrich lo observaba.

— ¡Hoy no lo reconozco, Paul! ¡Usted tiene aspecto de conspirador! ¿Ha ocurrido algo extraordinario?

Kubis levantó la mano derecha, como hacen los boxeadores que acaban de triunfar en el ring y agarrándose la con la izquierda por la muñeca, la sacudió en vilo. Acto seguido, y también en silencio, se dio unas palmadas en el bolsillo de la guerrera.

— ¿Qué le pasa? ¿Ha perdido el don de la palabra?

Riéndose Kubis se dejó caer en un sillón.

— ¡Están aquí, querido barón, toditos aquí! — y se volvió a dar palmadas en el bolsillo. Tirado en el sillón adoptó una pose de vencedor.

— ¿Qué es eso de “toditos”?

— ¡Las fotocopias, hombre! ¿Qué dice ahora de mis capacidades?

— Le diré que siempre las he tenido en alta estima. ¿Será posible que haya logrado...?

— ¡Toditos! ¿Por qué no me felicita?

— Porque aun no sé si vale la pena. Usted en técnica es un profano. Y los viejos suelen ser muy estrambólicos: Lerrot pudo haberse guardado de recuerdo los planos de su primer invento que no representa valor alguno. O trazarse los planos de algún trabajo nuevo...

Esta simple suposición hizo que Kubis palideciera. Ya se había habituando tanto a la idea de que poseía toda una riqueza, que se sintió como si se la quisieran robar.

— ¡No... no... puede ser! — musitó tartamudeando, Cada

vez con mayor claridad se revelaba en su rostro una expresión de inquietud mezclada con temor.

— Echémosles un vistazo y ya veremos.

Kubis extrajo del bolsillo interior de la guerrera un paquete envuelto en papel y miró con recelo a Heinrich. Sus ojos, además de inquietud y temor, vislumbraban desconfianza.

Rompiendo en carcajadas Heinrich se alzó de hombros.

— Yo podría ofenderme, Paul, y mandarlo a paseo junto con sus documentos, pues no me interesan un conino. ¡A excepción del hecho, claro está, de que gracias a ellos usted podría ajustar cuentas conmigo! Tal es así que yo podría ponerlo en la puerta de la calle. Pero comprendo que ahora no está en sus cabales. Bueno, seré generoso. ¡Deme que les eche una ojeada!

Kubis empezó a darle las fotocopias de a una. Tomándolas con la mano izquierda Heinrich las ponía delante suyo, teniendo la derecha en el botón de la guerrera, donde tenía montado un silencioso aparato fotográfico en miniatura. De vez en cuando, al mirar alguna fotocopia, a propósito detenía su mirada en ella, como si estudiara el plano o cierta fórmula.

— ¡Esto es precisamente lo que hace falta! El proceso de elaboración de una de las piezas... Esta no juega un papel decisivo; pero naturalmente le será útil... Lo principal está en la fotocopia que acabo de mirar. Cuidela con especial esmero. Yo, claro está, no soy un perito en la materia y me es difícil determinarlo a primera vista, pero la idea principal del invento, sin duda alguna reside en esta hoja.

Por fin fueron examinadas todas las fotocopias.

— ¡Ahora sí que puedo felicitarle! ¡Usted ni se imagina la fortuna que posee! — por primera vez desde que se conocían Heinrich le estrechó fuertemente la mano con sincera alegría.

Kubis volvió de nuevo a estar radiante de alegría. Guardó su tesoro en el bolsillo y al cerciorarse de que Heinrich no tenía intención de apoderarse de éste, se sintió muy agradecido y profundamente conmovido.

— Yo no creía en la amistad, Heinrich; yo perdí la fe en todo, pero nunca olvidaré lo que ha hecho por mí. Ningún otro me aconsejó casarme con Sofía, y desde entonces me empezó a sonreír la fortuna. Si no me hubiera casado con la señorita Lerrot, entre usted y yo no habría

surgido aquella conversación, ¿recuerda? ¿Será posible que se haya olvidado? ¡Aquella, cuando usted me dio a entender por vez primera que yo podría asegurarme el porvenir! ¡No, usted es ni más ni menos que mi genio del bien! ¡Ni que hablar ya del dinero que me ha prestado! A propósito ¿no se olvidó de la promesa de postergar por un año el plazo del pago?

— ¿Acaso se lo he prometido?

— ¡Claro que sí! Usted dijo que al cerciorarse de mi solvencia... Si lo desea le devolveré mi deuda con porcentaje, ya puedo permitírmelo, pero dentro de un año; bien sabe que por ahora ando mal con el dinero en efectivo. Espero que el porcentaje para mí, que soy su amigo, no será muy elevado.

Por un instante Heinrich se vio tentado de proseguir el juego y “regatear” con Kubis por el porcentaje, pero se contuvo porque había que despedir al huésped lo más pronto posible.

— ¡Ah, sí, ya me acuerdo! ¡No pensé que me cazaría al vuelo! Pero las promesas hay que cumplirlas.

Kubis escribió un recibo nuevo y rompió el viejo.

— ¿Qué piensa hacer con las fotocopias? — le preguntó Heinrich cuando el huésped estaba a punto de irse.

— Esconderlas lo mejor que pueda. Por el momento...

— ¡Usted ha perdido el juicio! Hay que ponerlas donde las ha sacado. ¡Hoy mismo!

— ¡Por nada del mundo!

— ¡En ese caso, despídase de ellas y olvídense que las tuvo en las manos! Supongamos que hoy o mañana Alfredo Lerrot descubra que los documentos han desaparecido. Entonces se muere del susto y lo primero que hace es llamar a Stengel. ¿Y sabe quién responderá con la cabeza por la pérdida? ¡Paul Kubis! El yerno de Alfredo Lerrot y ayudante del jefe de la guardia interna de la fábrica por simultaneidad de cargos. Kubis, a quien, además, se le ha encomendado custodiar la persona de Lerrot y su domicilio...

— ¿Para qué demonios me ha sugerido entonces la idea de buscar estos documentos?

— En primer lugar para saber a ciencia cierta de que existen; en segundo, para hacer copias de ellos, por si acaso; en tercero, para que usted sepa donde se encuentran y vigile de que no caigan en otras manos...

Kubis se secó el sudor de la frente.

— Usted me ha hecho poner los pelos de punta. ¡Uf, hasta se me cortó la respiración! Naturalmente, tiene razón... debo darme prisa...

Cuando Kubis salió, Heinrich volvió a cerrar la puerta con llave. Por fin se quedó a solas con su alegría.

¡Había cumplido! ¡Sí, había sabido cumplir lo que le encomendaron! Esa misma noche daría el parte de ello a quien correspondía y al día siguiente la micropelícula ya estaría lejos de allí! ¡Ni las altas paredes revestidas con bocas de ametralladoras, ni el doble anillo de la guardia pudieron resistir la voluntad de un sólo hombre!

Después de apagar la luz Heinrich levantó la pesada cortina y abrió la ventana. Todo un torrente del frescor de la noche penetró en la habitación. Parecía que se podía sumergir en él las manos y la cabeza acalorada, como en un torrente de agua montañosa capaz de inundar el cuarto y de arrastrarse la fina hoz de la luna junto con las lejanas estrellas que centelleaban en sus olas.

En su mente surgió otra noche estrellada y un agudo dolor le traspasó el corazón. Igual que ahora estaba parado en Saint-Remis delante de una ventana abierta y a su lado estaba Mónica. Entonces también estaban sumergidos en una noche llena de estrellas, saturada con un fino aroma a hierbas y flores serranas que les prometía amor eterno. El recuerdo era tan patente que Heinrich percibió casi físicamente el roce del hombro de la muchacha, y ya no fue dolor, sino una triste ternura lo que invadió todo su ser, pues experimentó los vínculos indisolubles de todo lo bueno y hermoso del mundo, fuerza inmortal que impulsa a diferentes personas en diferentes rincones del mundo a luchar por la justicia y la verdad.

En esos mismos momentos cuando Heinrich se hallaba junto a la ventana abierta, en una de las habitaciones que ocupaba Stengel en la planta baja del castillo tenía lugar una interesante conversación relacionada directamente con Goldring.

— No pudo por sí mismo llegar a eso — persuadía Lemke a Stengel —. Le aseguro que es un hábil plan elaborado no tanto por Lerrot, sino por el propio von Goldring. ¡Pedir vacaciones ahora! ¿Usted sabe lo qué significa eso? ¡Que se está preparando para la fuga! ¡Sí, sí! Su insustituible Alfredo Lerrot, quien le fuera confiado para ser custodiado como las niñas de sus ojos tiene la intención de dejar a todos con las narices. ¿Usted piensa

que es casual el hecho de que para descansar se hubiera elegido esa pequeña ciudad junto a la misma frontera con Suiza?

— ¡En vano se lo toma tan a pecho, Herr Lemke! — Stengel miró con aire burlón a su interlocutor —. Sin que el cuartel general lo autorice, nadie permitirá que Alfredo Lerrot dé un paso fuera de Saint-Remis, ni que hablar ya de concederle vacaciones para que salga fuera de ese radio aunque sea por algunos días. Claro está que el cuartel general no le dará su consentimiento. Y no es porque Lerrot sea insustituible, como usted dice. Si así fuera, tal vez tomarían en consideración sus pretensiones. ¡El asunto es que ya le sacamos todo el jugo que nos podía dar! Lo exprimimos como un limón y su salud ya no nos interesa. Mientras nos sea útil en lo más mínimo lo conservaremos. Tengo orden de no recurrir a medidas drásticas, sino esperar un aviso especial... Y en lo referente a quién fue el que le inspiró la idea de las vacaciones, ¿a mí qué me importa?

— Barón, a usted lo ciega el sentimiento de gratitud por Goldring, que parece haberle salvado en dos oportunidades. Pero en otras dos lo llevará a la ruina. Yo tengo en cuenta su hoja de servicio y su vida personal.

— Es curioso... — Stengel sonrió con desprecio —. ¿A mí, un agente experimentado, puede llevarme a la ruina un mocoso imberbe?

— No me arriesgo a afirmar que usted se sobreestima, pero le aseguro que a él lo subestima. Es mucho más inteligente de lo que le parece y mucho más peligroso. Se lo demostraré ahora mismo.

— Su primera tesis reza que me llevará a la ruina en la hoja de servicio — le hizo recordar irónicamente Stengel.

La cara de Lemke se cubrió de manchas rojas.

— Sí, y el pretexto será Alfredo Lerrot. A mí no me importa si el cuartel general le permite o no salir de vacaciones. Eso es cuestión de segundo orden. Lo que importa es que Goldring le sugirió la idea de la fuga. Ya que la idea nació, se la puede llevar a cabo de diferente manera, y más si la persona goza de una relativa libertad. ¡Usted no puede arrestarlo! Pero Goldring, sólo por gusto, ya que a él le gustan las cositas de aventurero, puede pasar de los consejos a los hechos, a una ayuda concreta. ¡Tenga en cuenta que con Lerrot son muy ami-

gos! Además, Goldring ni noción tiene de la fábrica, ni menos de lo que allí se elabora; de lo contrario, naturalmente, no jugaría con el fuego... Bueno, imagínese por un instante que Lerrot ponga los pies en polvorosa. ¿Qué pasará entonces con usted?

Stengel pensativo se frotó el entrecejo.

— ¡Continúe! — replicó brevemente.

— Ahora en lo que se refiere a su vida personal. No le parece que María Luisa ha cambiado en su manera de ser con usted?

— Es que yo mismo le daba largas al compromiso. Pero cuando la condesa se persuadió de que mis intenciones eran serias, como toda mujer se está vengando ahora de las vacilaciones que tuve.

— ¿Piensa que es sólo eso? ¿Y si yo le dijera que Goldring mismo me leyó una carta de su novia, la hija de Berthold, en la cual ella le reprochaba por sus relaciones con María Luisa? No se olvide que la joven y encantadora viudita vivió largo tiempo bajo un mismo techo con un joven guapo y que sus aposentos estaban cerca. El solo hecho de haberlo instalado en el ala en que vive, proporcionándole las habitaciones de su difunto marido... ¡Véalo cómo quiera, pero es muy sospechoso! Yo creo que Lorchén Berthold tiene razón al expresar su disgusto por el comportamiento de su novio.

El comandante se puso colorado. Lemke comprendió que acababa de hacer blanco en la parte más vulnerable del corazón del barón Stengel, hiriéndole su orgullo de hombre. Aprovechándose del momento, Lemke le contó todo lo que tenía acumulado en contra de Goldring, hablándole de su conducta a veces tan extraña y de lo poco exigente que era al elegir las amistades.

El comandante Stengel, quien hasta hacía poco defendía a Heinrich, empezó a prestar oído a las palabras de Lemke, y al fin y al cabo consintió en que la conducta del barón von Goldring era en efecto sospechosa.

— ¿Qué piensa hacer? — le preguntó Stengel cuando Lemke dio fin a su relato.

— Lamentablemente no puedo hacer nada, porque no dispongo de pruebas directas contra él. Además, no sé como reaccionará Berthold. Creo que lo único que podemos hacer nosotros dos es escribirle una carta al general mayor, quien, a propósito sea dicho, me encomendó vigilar a su futuro yerno. Que decida él mismo.

Cuando a altas horas de la noche Lemke y Stengel terminaron la plática, la radio informó del inesperado avance del ejército soviético a lo largo de los mil kilómetros del Frente Oriental.

## Acontecimientos alarmantes de un día de abril

La llegada de Berthold a Castel la Fonte fue una sorpresa para todos: tanto para Heinrich, como para Lemke y Stengel.

Ya se habían desencadenado combates encarnizados por Berlín. El día anterior se encontraron sobre el río Elba el ejército soviético con los angloamericanos. Heinrich tenía toda la razón del mundo al pensar que en los días más próximos Alemania se vería obligada a capitular, porque aquella mañana había recibido la orden de su mando de regresar inmediatamente a su Patria. ¡Y de pronto y tan a destiempo se aparecía Berthold!

De la llegada de su padre adoptivo Heinrich se enteró gracias a una llamada telefónica de Lemke. Cuando sonó el teléfono, Kurt y Heinrich se estaban preparando para un largo viaje.

— Herr Goldring — la voz de Lemke sonaba fría y oficial —, el general mayor Berthold acaba de llegar a Castel la Fonte y desea verlo a usted.

— ¿Está en su despacho?

— ¡Sí!

— Pídale que tome el auricular... ¡Oh, que sorpresa tan agradable, mein Vater! ¿De dónde ha llegado? ¿Por qué no ha venido a verme directamente?... Bien, lo estaré esperando...

Heinrich colgó el tubo en un acceso de excitación. Lo que menos deseaba era ver a Berthold ahora, cuando tenía todo listo para la partida. Había decidido irse disimuladamente aquella misma noche, después del toque de queda, para llegar al lugar acordado con su mando y de donde le ayudarían a trasladarse a Yugoslavia. ¡Y ahora esa sorpresa!

Poco antes, en uno de sus encuentros con Lemke, el jefe del SD le dijo sin rodeos que consideraba su conducta incorrecta y más que extraña, y que se lo comunicaría a Berthold.

“¿Habrá cumplido Lemke su amenaza?” — se preguntaba Heinrich. Habrá venido el general mayor para persuadirse en persona de que la acusación de Lemke estaba fundamentada y quería ajustar cuentas personalmente con su hijo adoptivo por el engaño? ¿Sería posible que éstas, sus últimas horas tan ansiadas en el campo enemigo, se convertirían en las últimas horas de su vida?... ¿Quizás ya se supiese que era un agente soviético y el general mayor había venido para aclarar quien era en realidad la persona a la que había llamado hijo adoptivo y soñaba con hacer yerno suyo? ¿Por qué primero fue a ver a Lemke y no a él?

Preguntas a las que no encontraba respuesta cruzaban una tras otra en la mente de Heinrich.

¿Tal vez no hacía falta buscarles respuesta? Ahora vendría Berthold y todo se pondría en claro. Entonces Heinrich ya se orientaría y sabría cómo actuar y comportarse. Sin duda alguna, lo único indudable era que debía dominarse por última vez. Durante sus preparativos para el muy esperado viaje a la Patria, sin quererlo, se relajó interiormente. No obstante, el papel había que jugarlo hasta el final. Sin cambiar de carácter, ni de conducta. ¡Qué escándalo se iba a armar si en las últimas horas se descubría con algún gesto o palabra imprudente!

El sólo hecho de que Berthold consintiera en venir al castillo y no le diese cita en el SD, testimoniaba de que las cosas a Heinrich no le iban tan mal como le parecieron en un principio.

¿Y si mandaba todo al diablo y trataba de escapar ordenándole a Kurt que acelere a fondo?

¡No, no podía hacer eso! Berthold no se resignaría a perder junto con Goldring sus dos millones de marcos y tomaría todas las medidas para dar alcance al fugitivo... ¡Que pase lo que pase! La pistola que siempre llevaba consigo estaba con él. En caso de necesidad Heinrich podría valerse de toda su carga por primera vez en toda la guerra...

En el pasillo se oyeron unos pasos pesados. Parecían ser los de Berthold. ¡Sí, era él!

En el marco de la puerta apareció su conocida figura. Berthold vestía un amplio impermeable color gris claro y en una mano llevaba un sombrero del mismo color, mientras con la otra se apoyaba en un grueso bastón con puño de original forma. Los ojos de Berthold estaban

más hinchados que de costumbre y su rostro denotaba fatiga.

— ¡Mein Vater! — Heinrich acudió a él.

Berthold le estrechó con fuerza la mano, pero no lo besó, como lo hacía siempre.

— ¿Se pasará mucho tiempo aquí? ¿Por qué viste de civil?

— ¿Te estás preparando para algún viaje? — sin responder le preguntó Berthold indicando con un movimiento de cabeza las dos maletas que seguían en medio del cuarto.

“¿Cómo no me vino a la cabeza guardarlas?” — se regañó Heinrich para sus adentros.

— Sí, mein Vater, ya lo tengo todo preparado para partir a Suiza en el momento más oportuno...

— ¿Huir?

— Yo no calificaría este viaje de huída.

Berthold sonrió mordazmente.

— ¡Todos huyen! ¡Todos! — dijo con amargura —. Como las ratas de un barco que se va a pique.

— Pero es que el barco realmente se está yendo a pique, Herr general mayor, y precisamente ha llegado la hora de pensar en la salvación de uno mismo...

Berthold no respondió. Estaba sentado, mordiéndose a ratos los labios y tirándose de sus rojizos bigotes, como lo hacía siempre que reflexionaba en algo.

— Estoy muy descontento contigo, Heinrich — articuló por fin —. Tu modo de actuar me es simplemente incomprensible a veces. Quisiera que te expliques antes de comunicarte el motivo de mi llegada.

— Es lo que precisamente quiero hacer, pues estoy seguro de que Lemke no escatimó colores negros para contar de mí. Es que varias veces le he señalado defectos intolerables en su trabajo y no me lo puede perdonar. Es un tipo ruin y vengativo. Y para el peor de los males, inepto.

— De Lemke hablaremos más tarde. Ahora el asunto es contigo. ¿Dónde está tu traductora?

“Eso significa que Lemke ya hizo a tiempo para comunicarle de la desaparición de Lidia. Por lo tanto no hay que ocultar nada y aceptar el combate. Atolondrar a Berthold con la sinceridad...”

— ¿Por qué callas y no dices que le facilitaste la huída? ¿Una nueva historia de amor?

— ¡No hubo ninguna historia de amor! Pero es verdad que le ayudé a escaparse.

La sonrisa mordaz se borró del rostro del general mayor y, como lo suponía Heinrich, su aspecto delataba que estaba atolondrado.

— Me lo dices como si me informaras de algo muy natural. Ni siquiera procuras buscar un pretexto.

— Me atrevo a ser sincero, pues no tengo ante mí al general mayor, sino a mi padre adoptivo y a mi futuro suegro. Pienso que puedo ser franco con usted.

Berthold miró a Heinrich extrañado y con curiosidad. Este soportó la mirada con tranquilidad.

— ¿Por qué lo has hecho?

— La he puesto a prueba varias veces y estoy convencido de que la chica no tiene la culpa de nada. Yo no quería que Lemke la torturase en la gestapo, porque fui yo quien insistió en que trabajara de traductora, aunque ella se negaba. Yo le dí mi palabra de oficial de que le garantizaba su seguridad, y estoy acostumbrado a cumplir con mi palabra. Esa es mi respuesta franca y sincera.

— ¿Y dónde está tu amigo Matini?

— Lemke me comunicó ayer que estaba trabajando de médico en un destacamento guerrillero.

— ¿Y ese otro amigo tuyo, Lutz? ¿Dónde está?

— Se escapó a Suiza.

— ¿Les ayudaste a los dos?

— A Lutz sí. Yo cuento con él y nos pusimos de acuerdo en encontrarnos en Suiza. En lo tocante a Matini, yo no estaba al tanto de sus intenciones. En mi mesa tengo la carta que dejó al huir. Usted puede leerla y verá que... Ahora se la traigo...

Berthold, irritado, lo detuvo con un ademán.

— ¡No estoy para eso! Estás enterado de que Lemke opina que debes ser arrestado y sometido a interrogatorio?

— Ya lo esperaba. Yo le he dicho a usted cuáles son las relaciones que existen entre nosotros dos. Pero siempre consideré que no se atrevería a hacerlo sin sanción suya.

— ¿Te figuras que yo, Wilhelm Berthold, encubriré tus disparates e incluso delitos?

— No, yo confío en que usted es una persona de conocimientos más amplios que Lemke, quien no ve más allá de sus narices y es completamente incapaz de generalizar.

— ¡Deja en paz a Lemke! El responde por sus actos y tú por los tuyos. Yo no dispongo de tiempo para reflexiones filosóficas. Hablemos de cosas más concretas. De manera que tú sabías que Lemke se disponía a arrestarte, pero, confiando en que yo te ayudaría quedabas tranquilamente a la expectativa...

— ¡Si se hubiera atrevido a hacerlo, le descargaba mi revólver en él y en los que le hubiesen acompañado! Usted sabe que yo sé manejar el revólver — por si acaso decidió recordárselo Heinrich.

— ¿Qué-é? ¿Oponer resistencia a las autoridades?

— ¡Mein Vater, bien sabe usted que ya no existe ninguna autoridad, sino diferentes grupos de gente armada!

— Otra vez nos estamos desviando del único tema que ahora me interesa. Por qué le has dado una mano a la traductora y a Lutz para que se escurran y hacías la vista gorda a la conducta sospechosa de Matini? — tronó la voz de Berthold y aunque Heinrich suponía que Berthold era muy capaz de hablar con voz siniestra, ésta era la primera vez que le oía ese tono.

— Antes de responderle me veré obligado a recurrir otra vez a lo que usted se opone tanto y llama “reflexiones filosóficas”. Quizás éstas sirvan de respuesta a su pregunta. ¿Me permite?

— ¡Pero hazme el favor de ser breve!

— Tanto usted como yo, mein Vater, al igual que todos los patriotas de nuestra patria, no debemos pensar en el día de hoy, sino en el de mañana, en el día de la revancha por la derrota que nuestro pueblo sufre por segunda vez en este maldito siglo veinte. Para ese futuro debemos tener amigos. Hemos cometido en Europa demasiados crímenes, por lo tanto quisiera que un mínimo de bondad convenza al mundo que en Alemania hay gente decente... ¿Qué provecho sacaríamos si Lemke fusilaba a tres personas más? ¿Haría eso callar el estruendo de las “katiushas” soviéticas en Berlín? ¿O se hubieran desplazado las fronteras hasta las orillas del Volga?

Heinrich sintió que el arrebató lo estaba llevando demasiado lejos, pero ya no se podía contener.

Berthold miraba a su futuro yerno con cara impenetrable. Cada palabra de Heinrich despertaba en él un furor cada vez más frenético. ¡Imbécil romántico y chiquilín insolente! ¡Con su absurda conducta por poco echa a perder todos sus planes! ¡Si no fuera por los dos millones

de marcos depositados en el Banco de Suiza este baboso se las vería negras! Pero el dinero estaba a nombre de von Goldring, por lo tanto, en vez de pegarle un tiro en la cabeza, habrá que salvarlo... Sin esos dos millones Berthold no se las podrá arreglar, especialmente ahora, que no ha conseguido sacar sus ahorros del Banco Alemán.

— ¿Cuando pensabas huir? — le preguntó sombrío Berthold, como si no hubiera oído todo lo que le acababa de decir Heinrich.

— Esta noche.

— ¿Tu punto de destino?

— Pero si ya lo acordamos con usted: Suiza, a unirme con Lorchén.

— ¿Te llevas la libreta de cheques?

— La he enviado a depositar en el Banco de Suiza. Aquí tengo el recibo.

— ¿No temes de que pueda aprovecharse de ella cualquier otra persona?

— ¡Oh, no! Aparte de tener el recibo hay que saber los signos convencionales. En el banco, además, tienen las huellas digitales de cada depositario. No digo nada del original de la firma, pues ésta puede ser falsificada...

Heinrich miró atentamente a Berthold con el fin de descubrir la impresión que causaron sus palabras.

— ¡Mañana al amanecer saldremos juntos a Suiza!

— ¿Juntos? ¿Los dos? — en el rostro de Heinrich se dibujó una alegría tan sincera que Berthold sintió su corazón aliviado.

— El viaje será bastante peligroso, ya que mañana se supone la capitulación de todo el frente de Liguria. Pienso que tú y yo debemos intercambiarnos de testamentos, por si acaso; tú me darás el permiso de reembolsar tus fondos del Banco de Suiza, y yo te concederé el derecho de disponer de mi fortuna. Se sobreentiende que en caso de algún accidente yo personalmente pasaré todo tu capital a Lorchén, como novia tuya. Espero que tú procedas del mismo modo si pasa algo conmigo.

— ¡Qué pensamientos tan funestos tiene! Dentro de dos días estaremos en un lugar seguro, a orillas de un lago montañoso. Estaremos con una cañita en la mano, recordando los días duros, pero saturados de un romanticismo original...

— ¿No tienes objeciones entonces para que nos intercambiamos de poderes? — Berthold interrumpió el patetismo de su futuro yerno, decidido a adoptar determinada actitud, según la respuesta que diese Heinrich a la pregunta formulada.

— ¿Cómo puede hacerme semejantes preguntas, mein Vater? Bien sabe que para mí su voluntad es una orden y que lo único con que estoy soñando es nuestra pacífica vida en familia.

— Menos mal que al menos en esto no defraudaste mis esperanzas — articuló Berthold con un penoso suspiro.

— ¡Me amargan profundamente sus palabras, mein Vater! ¿Será posible que el hecho de haberle prestado ayuda a dos personas que me son simpáticas... tenga para usted una importancia tan decisiva?

— Lo que me preocupa es que mantengas amistad con gente infiel. Ello demuestra que tus sentimientos patrióticos...

— ¡Se equivoca, mein Vater! — protestó enérgicamente Heinrich —. Tal vez no haya expresado mis sentimientos con claridad o usted me haya escuchado con poca atención. Entonces volveré a repetir lo que acabo de decir hace unos minutos atrás. Yo considero que la franqueza tiene a veces consecuencias nefastas. En nuestro tiempo uno tiene que ser un hábil político, y no un simple soldado. Viviendo en el día de hoy debemos tener presente el día de mañana y el desquite que nos debemos tomar. Eso es lo que yo considero ahora patriotismo. He sido y seré siempre patriota de mi Patria, hasta mi último aliento. Inclusive en estos momentos, cuando para el final de la guerra restan contados días, o quizás horas, entregaría mi vida sin titubeos, si supiera que este sacrificio serviría para el bien de mi pueblo. Estas mismas palabras se las dije por primera vez cuando en una oscura noche de otoño en la lejana Bielorrusia me trajeron a su despacho. Y se las vuelvo a repetir aquí, en Italia, en vísperas del final de la guerra.

Berthold no pudo menos que constatar la profunda emoción de Heinrich al pronunciar éste las últimas palabras y ello tranquilizó hasta cierto punto al general mayor.

— ¿Sabes para qué he venido? — le preguntó después de una prolongada pausa y, sin esperar la respuesta de Heinrich, prosiguió —. No sólo para ayudarte a eludir

el cautiverio y todo lo que espera a los oficiales del ejército derrotado...

— ¡Le estoy muy agradecido, mein Vater!

— ...he venido con el fin de evitar que la fábrica que elabora aparatos de radio para los proyectiles voladores y el secreto de la elaboración de esos aparatos no caigan en manos del enemigo. ¿Tú sabes de la fábrica?

— Sí, Lerrot me ha contado algo...

— ¿Tienes en cuenta al difunto Lerrot?

— ¿Qué?!

— Telefonea a su casa. Quizá Kubis ya haya hecho a tiempo...

Heinrich dio un salto al teléfono. En la casa de Lerrot nadie levantaba el tubo. Por fin se oyó la voz de Kubis.

— ¿Qué hay de nuevo, Paul?

La conversación duró unos dos minutos. Acto seguido Heinrich colgó el tubo con lentitud.

— En recuerdo del difunto Lerrot, quien acaba de fallecer de una parálisis del corazón, Kubis propone que me lleve la biblioteca de ictiología coleccionada en vida por Alfredo Lerrot. Nosotros éramos amigos...

— La persona principal que podía descubrir el secreto ya no existe. Queda la fábrica y la gente que allí trabaja...

— ¿Qué piensa hacer con ellas?

— Esta noche a más tardar no quedará ni rastro de la fábrica, ni de la gente — dijo Berthold con fría crueldad —. Esta noche porque mañana será tarde. Mañana capitulará el frente de Liguria... ¿Protegen tus unidades la central hidroeléctrica y el dique?

— Dos secciones de camisas negras.

— Hoy, después del toque de queda, releva la guardia del dique. Que por la noche hagan guardia nada más que unidades alemanas. Netamente alemanas ¿comprendes?

— ¡Así lo haré!

— Ahora me daré un baño y descansaré un rato. Para las dos de la tarde dales cita aquí a Lemke, Stengel y Kubis... Ordena que preparen el baño.

— ¿Quiere café?

— No, una copa de coñac bueno, si tienes.

— ¡Cuánto quiera! ¡En los sótanos del viejo Ramoni hay coñac hasta el comienzo de una nueva guerra!

— A propósito, ¿cómo se siente el viejo conde? ¡Nosotros somos viejos amigos!

— ¡Oh, nos ha ayudado mucho cuando estábamos formando las unidades de soldados italianos voluntarios! Pero cuando los guerrilleros lo capturaron y tuvieron de rehén, quedó completamente paralizado. Ya hace varios meses que Ramoni yace inmóvil y no reconoce a nadie. Hasta perdió el don del habla.

— ¡Lástima! Tenía ganas de hablar con él. Pero en esta guerra ya he visto demasiados muertos y no tengo el menor deseo de ver el cadáver vivo de Ramoni.

Heinrich fue a la habitación de Kurt. Este estaba junto a la ventana, pálido y nervioso.

— ¿Qué te pasa, Kurt? — se extrañó Heinrich.

— ¡Fíjese! — le indicó aquél hacia el portón.

Estaban ahí parados tres robustos esesistas.

— ¡De este lado también, y de éste! — Kurt corría de una ventana a otra señalando a los soldados de los SS armados con ametralladoras que rodeaban el castillo.

— Bueno ¿y que? — se alzó de hombros Heinrich —. Están aquí solamente porque en el castillo se encuentra el general Berthold, a quien custodian.

— ¡Pero de aquí no dejan salir a nadie!

— Ya arreglaremos el asunto si surge la necesidad de salir. Ahora ve y prepárale el baño al general. En cuanto estés libre pasa por el gabinete que tengo que hablar contigo.

Cuando Heinrich regresó a sus aposentos, además del general estaba allí la condesa María Luisa. Estaba parada junto a la ventana y vestía su traje de amazona que se ponía siempre que salía de paseo.

— ¡Barón! Explíqueme, por favor: ¿por qué no me dejan salir de mi propio castillo? — su voz denotaba impaciencia y ofensa.

Heinrich echó a Berthold una mirada interrogativa.

— ¡Yo he ordenado que no dejen salir a nadie del castillo! — profirió éste.

— ¿Qué derecho tiene para eso? — se indignó María Luisa dirigiéndose, como antes, a Heinrich.

— ¡Perdóneme! Le presento a mi suegro, el general mayor Berthold. La condesa María Luisa Ramoni.

Berthold se puso de pie e hizo una reverencia a María Luisa; ésta apenas inclinó la cabeza.

— ¿No querrá el general explicarme por qué no me dejan salir?

— Yo le puedo permitir salir, pero con la condición de que estará aquí antes de las dos, mejor dicho, de las catorce horas, como dicen los militares.

— ¿Y si llego más tarde? ¿No me dejan entrar?

— Repito que le doy permiso para salir, pero debe regresar antes de las catorce horas.

María Luisa se puso roja, luego palideció por el ultraje y salió sin decir nada a nadie.

— ¡Mujer arrogante la sobrina del viejo Ramoni! Se ve que heredó su carácter — sonrió Berthold quitándose la ropa.

— Es la novia del barón Stengel.

— ¿De Stengel? — volvió a repetir el general con asombro.

Luego reflexionó un instante.

— ¡No es nada! ¡Se encontrará a otra! ¿Dónde está el baño?

Heinrich no se decidió a preguntar por qué razón tenía Stengel que buscarse otra novia. No quería que por su excesiva curiosidad Berthold se pusiera alerta. Veía a las claras los cambios acaecidos para con él en la conducta de Berthold y eso no presagiaba nada bueno. Mañana saldrían juntos de aquí, pero la proposición del general de intercambiarse de testamentos a Heinrich no le gustó. Berthold quería hacerse un seguro de vida de dos millones de marcos pertenecientes a Heinrich von Goldring por cualquier accidente que pudiera ocurrir en el viaje no sólo por culpa de los guerrilleros, sino con ayuda del propio Berthold, cuando tuviera en sus bolsillos el poder dirigido al Banco de Suiza. ¿Pero que quería hacer con el dique? ¿Por qué no dejan salir a la gente del castillo? ¿Será posible que acontezca algo la última noche? ¡Pese a todo, el viejo Lerrot era digno de lástima! Kubis montó un simulacro de parálisis del corazón, aunque veía todo lo absurdo de la muerte de Alfredo, porque ya tenía en sus manos las copias de los planos...

— Una unidad de zapadores está haciendo algo alrededor del castillo — comunicó Kurt en un susurro al entrar en el gabinete.

Heinrich se lanzó a la ventana que daba al patio.

— Lo habrás soñado porque yo no veo nada!

— ¡Allí no! ¡En el parque!

Los zapadores estaban realmente perforando una roca en el parque.

Heinrich palideció. Ahora comprendió por qué Berthold no dejaba salir a nadie del castillo.

— ¡Kurt! — se dirigió Heinrich a su ordenanza —, ¿dónde está Lidia?

— ¡No sé!

— ¡Dime la verdad! ¡Yo sé que ustedes están en contacto y que tú le ayudas! Fuistes tú quien le comunicó a Lidia, después de habértelo dicho yo, acerca del envío de los soldados italianos y ella se lo transmitió a los guerrilleros; fuistes tú quien avisó a Lidia de las amenazas de Lemke... Estoy al tanto de todo, Kurt, y... ¡te elogio! Disponemos sólo de contados minutos. ¿Puedes comunicarte con Lidia?

— ¡Sí! — respondió Kurt con decisión y se cuadró.

— Es necesario que ella ponga de sobreaviso a quien haga falta que esta noche, no sé a qué hora, por lo visto, harán volar la central hidroeléctrica y el dique...

— ¡Dios mío! ¿Y la ciudad?

— No sé, pues no estoy enterado de nada más. Dile que inmediatamente después que entre en vigor el toque de queda iré a relevar la guardia en el dique. ¿Puedes hacerlo, Kurt?

— ¡Sí!

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo. Aquí hay una salida que los esesistas todavía no conocen.

— ¡Apúrate entonces! Pero ten en cuenta: si por la noche salgo del castillo por otros asuntos y tú te quedas demorado aquí, huye sin pérdida de tiempo. ¿Me comprendes?

— ¡Por supuesto!

— Bueno, vete... No, ¡espera!

Heinrich se sacó de la mano el reloj pulsera de oro.

— Tómallo, Kurt, como un recuerdo mío. Tal vez ya no nos volvamos a ver nunca más...

En los ojos de Kurt brillaron las lágrimas.

— ¡Gracias!

Heinrich estrechó a Kurt en un fuerte abrazo.

— ¡Actúa!

Cuando la puerta se cerró tras Kurt, Heinrich sintió que se le helaba el corazón.

“Quedé solo, completamente solo — pensó —, sin nadie para poder contar con su ayuda”.

Cumpliendo el recado de Berthold, Heinrich llamó por teléfono a Lemke.

— ¡El general le manda presentarse en mi gabinete a las catorce en punto! — indicó secamente a aquél, sin mencionar, adrede, el nombre ni el grado de Lemke.

— ¡Estaré sin falta! — respondió el jefe de SD —. ¿Cómo se siente, barón?

— A pesar suyo, bien.

Casi un cuarto de hora le tomó la llamada a Stengel. Nadie respondía.

Por fin, después de muchas tentativas, Heinrich logró comunicarse con el despacho de Stengel.

— ¿Qué hay? — preguntó una voz poco amable en un alemán mal hablado.

— ¡Llame inmediatamente al comandante Stengel! — ordenó Heinrich.

Como respuesta se oyeron las blasfemias más selectas proferidas en ruso con acento ucraniano.

Para Heinrich sonaron como música.

— ¿Quién habla? ¿Quién habla? — gritaba en el auricular. Pero el teléfono callaba. El zumbador microfónico no emitía ningún sonido.

En esos momentos se oyeron unos lejanos disparos.

— ¡Heinrich! ¡Heinrich! — llamó Berthold asomándose desde el cuarto de baño —. ¡Averigua por qué y dónde hay tiroteo!

Heinrich salió al pasillo y tropezó con Stengel. Su mano estaba vendada a la ligera y a través de la venda se infiltraban manchas de sangre.

— ¿Dónde está el general? — entrando a la carrera al despacho gritó Stengel con voz histérica.

— ¿Qué ocurre? — Berthold salió a medio vestir del cuarto de baño, secándose con la toalla el sudor de la cara.

— ¡Motín en la fábrica! ¡La guardia interna fue desarmada! Los amotinados se enfrentaron con la unidad de la guardia exterior! — dijo Stengel casi a gritos.

— ¡Tranquilo! ¡Tranquilo, comandante! — lo detuvo Berthold y se dirigió a Heinrich —. ¿Qué fuerzas tienes a tu disposición?

— Una compañía de cazadores, dos secciones de paracaidistas y una de camisas negras.

— ¡Hay que acudir de inmediato en ayuda de la guardia exterior!

El general se aproximó al teléfono y tomando el tubo marcó el número de Lemke.

— Deje a su disposición varios soldados. Los demás que presten ayuda a la guardia exterior de la fábrica. ¡Rápido!

Después de haber dado las órdenes, Berthold se volvió con calma a Stengel.

— Rodeen la fábrica. En mi nombre mande que la operación sea dirigida por Kubis. Luego vuelva acá — vistiéndose ordenó lacónicamente a Stengel y añadió —. ¿Y usted, jefe de la guardia, permitió que esa semigente se sublevara y desarmara a sus soldados?

Stengel guardaba silencio con muecas de dolor porque Heinrich le estaba vendando con mano inhábil la herida.

— ¡Permítame cumplir la orden! — dijo Stengel cuando tenía la mano vendada.

— ¡Lo más pronto posible! Luego regrese aquí.

Heinrich llamó por teléfono a la comandancia y dio las órdenes necesarias.

— ¡Ah, no tenemos gente! ¡No tenemos gente fiel! — se quejaba Berthold lanzando largos suspiros —. Sólo ahora llego a comprender por qué hemos perdido otra vez la guerra.

Aunque aparentemente Berthold se mantenía tranquilo, Heinrich conocía por experiencia propia el trabajo que costaba una tranquilidad semejante en los momentos difíciles y críticos. Es curioso saber: ¿cuánto tiempo se mantendrá así el general?

— ¡Dame una copa de coñac!

Heinrich trajo una botella y la puso sobre la mesa.

— ¿No quieres?

— Por primera vez en toda la guerra decidí emborracharme mañana en Suiza. Bueno... una copita me puedo permitir.

— ¡Sí, mañana celebraremos nuestra salvación! En mi viaje aquí me topé varias veces con la muerte.

— ¿Cayó bajo el fuego de los guerrilleros?

— ¡No! Recorrí varios campamentos de prisioneros: había que aniquilar a los testigos que quedaban de acontecimientos pasados.

La ancha cara de Berthold, enrojecida y cubierta con gruesas gotas de sudor, le pareció a Heinrich más abominable que nunca.

“¿A cuánta gente mató en los últimos días?”, pensó

Heinrich —. “Testigos que quedaban”. ¡Habla de su aniquilación como de cualquier trabajo corriente!

¿Será posible que éste logre escapar a algún sitio agradable para volver a salir otra vez al cabo de cierto tiempo a violar, torturar y matar?”

Sonó el timbre del teléfono.

Stengel comunicaba que con el personal que tenía había cercado el objetivo. Había tiroteo entre los insurrectos asentados tras los sólidos muros de la fábrica y las tropas.

— ¡Dile que se presente de inmediato! — profirió Berthold al comunicarle Heinrich el contenido del parte del comandante.

Stengel vino acompañado de Lemke.

— ¿Qué hay por ahí? — preguntó Berthold sin dirigirse a nadie en concreto.

— Los amotinados tienen poco armamento para atacar. Pero su posición es más ventajosa. Nosotros no podemos asaltar la fábrica porque los insurrectos tienen a su disposición varias ametralladoras pesadas.

— ¡Basta! — profirió el general frunciendo el entrecejo —. “¡Asaltar!” ¡Para qué demonios asaltarlos si dentro de unas horas los vamos a ahogar como a ratas!

Berthold extrajo del bolsillo de su abrigo un gran mapa varias veces doblado de la región de Castel la Fonte y lo desplegó sobre la mesa.

Heinrich, Stengel y Lemke se inclinaron sobre el mapa mirando atentamente unos signos.

Con la copa en la mano, Berthold también lo observó unos instantes, como queriendo verificar una vez más el plan trazado de antemano.

— Bueno — comenzó con calma —, a tres kilómetros de Castel la Fonte hay un dique de treinta y dos metros de altura, tras el cual se extiende un lago artificial. Según los especialistas, después de ser volado el dique sus aguas son capaces de inundar todo el valle en una hora y media. De acuerdo a los cálculos, el nivel del agua en el valle llegará a una altura de cinco metros. Eso alcanza y sobra para sumergir la fábrica y a todos los que están en ella.

El general hizo una pausa, se llenó otra copa y se tomó un pequeño trago.

— Pero tenemos que obstaculizar el afluir de la corriente del valle por el cauce del río. Como ven, su parte más

estrecha está en las cercanías del castillo. Si hacemos volar la roca sobre la cual se alza el castillo, sus ruinas atajarán el río. Desde luego, sus escombros no resistirán a la presión del agua, pero retendrán considerablemente su caída. La tarea consiste en mantener el alto nivel del agua en el valle aunque sea por varias horas...

El general calló.

Heinrich echó una mirada a Stengel. Este se pasaba la punta de la lengua por los labios reseco y con mirada inexpresiva seguía el lápiz que Berthold deslizaba por el mapa.

— ¿Cuánto explosivo pusieron bajo el dique? — preguntó el general a Lemke.

— ¡En el túnel ya hay diez y seis toneladas de amonall!

“Ni siquiera me previnieron”, pensó Heinrich.

— ¿Está todo listo para la explosión?

— Según orden suya el auxiliar del comandante tiene todo bajo su observación personal.

La llamada telefónica de Kubis los interrumpió. Kubis exigía refuerzos, porque temía un ataque de los insurrectos que intensificaron considerablemente el fuego.

— ¡Retiren del dique una sección de camisas negras y envíensela a ese alarmista! — ordenó el general.

Heinrich transmitió la orden.

— El dique lo hacemos volar a las veinte y treinta. Diez minutos antes la roca y el castillo le tienen que cerrar el paso al agua... ¿Me ha oído, Lemke? ¡Usted responde por eso! Antes de la explosión la guardia del dique corre por tu cuenta, Heinrich. Usted, Stengel, tomará bajo su mando las unidades de Kubis que cercan la fábrica. Su misión consiste en hacer que nadie salga de la fábrica con vida. Los que aparezcan en la superficie tendrán que ser aniquilados a tiros. Abanéstenganse con cantidad suficiente de cohetes de bengala. La visibilidad a esas horas de la noche debe ser máxima. ¿Está todo claro? ¿Hay preguntas?

Los presentes callaban atolondrados por el plan de Berthold.

— ¿Cuántos eran los que trabajaban en la fábrica? — preguntó el general a Stengel.

— Dos mil trescientos ochenta prisioneros y ciento cuarenta y dos ingenieros y centinelas alemanes.

— ¿Dónde están ahora?

— En la fábrica casi todos. Al empezar el motín los encerraron en el depósito de producción acabada... ¿Qué hacemos con ellos?

— En la oscuridad no reconocerá si son los suyos o es el enemigo, por eso ¡mátenlos a todos!

Berthold volvió a llenar su copa.

— Si está todo claro, vayan a prepararse.

— Señor general, permítame dirigirle la palabra —. La voz de Stengel sonaba ronca, como si estuviera resfriado.

— ¿Tiene objeciones?

— El castillo es de mi novia, la condesa Ramoni, por lo tanto...

— Lo sé, pero por ello no puedo hacer fracasar una operación tan importante.

— En el castillo hay colecciones muy valiosas... Es la dote... Le pido...

— ¡Donde pan se come migajas caen, comandante! ¡No es en la novia en lo que hay que pensar ahora! Tome ejemplo de mí. En el castillo se encuentra mi amigo, el viejo conde Ramoni y yo ni siquiera lo prevengo... ¡Vaya nomás!

Con paso incierto Stengel se encaminó hacia la puerta. El sueño de toda la guerra de hacerse rico y por el cual era capaz de todo, se esfumaba justamente cuando estaba a punto de hacerse realidad.

— Descansemos ahora, Heinrich, porque esta noche no tendremos oportunidad de dormir — propuso Berthold desperezándose con placer.

— ¿A qué hora salimos? — preguntó Heinrich.

— ¡Inmediatamente después de la explosión! ¡Sin perder un minuto! Lo demás que lo hagan Lemke y Stengel. Una hora después de hacer nuestro asunto estaremos en la frontera con Suiza. Mi "Horch" sabe tragarse distancias... ¡Allí nos espera el descanso y una vida tranquila! Con todo, ¡es una fortuna el que tú y yo hayamos quedado con vida! Brindemos por nuestro porvenir.

Heinrich llenó la copa y notó que le temblaban las manos. Eso no escapó a la atención de Berthold.

— ¿Te tiemblan las manos?

— Si la guerra durara uno o dos años más, yo proseguiría tan tranquilo como hasta ahora, pero como quedan por esperar sólo unas horas...

Berthold se echó a reír.

— Debo reconocer que me está pasando lo mismo. Pero yo sé dominarme...

Inesperadamente la puerta se abrió de par en par y en la habitación se precipitó María Luisa.

— ¡Señor general! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico! ¡No haga eso! ¡Es lo único que tengo!

En un ataque de frenesí María Luisa cayó de rodillas ante Berthold.

En el marco de la puerta apareció Stengel como alma en pena.

— ¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasa? — impaciente e irritado exclamó Berthold.

Heinrich levantó a María Luisa tomándola de los brazos y la sentó a la fuerza en un sillón. La condesa seguía suplicando.

— ¡Se lo imploro, general! No destruya el castillo...

— ¿Usted se lo ha dicho? — preguntó Berthold a Stengel en voz baja.

Este guardaba silencio.

María Luisa rompió en sollozos y Heinrich corrió hacia la garrafa con agua. En ese mismo momento sonaron dos tiros a sus espaldas.

María Luisa estaba reclinada en el sillón con los brazos abiertos. Stengel se desplomó sin vida.

A la habitación entraron a la carrera dos esesistas.

— ¡Llévenselos! — ordenó Berthold con un gesto de repugnancia —. Vamos a otro cuarto — propuso tranquilamente a Heinrich.

El general fue el primero en salir, llevándose de paso la botella de coñac a medio tomar.

— Aquí en Italia todos ustedes se hicieron muy sensibles. ¿Será posible que también tú te hayas convertido en uno de esos, Heinrich?

— ¡No! ¡A mí me sobra firmeza!

Ahora Heinrich se tomó la copa que le había llenado Berthold. Esta vez la mano no le temblaba.

— Habrá que cambiar el plan. Llama a Lemke y dile que después de hacer volar el dique cargará con las obligaciones de Stengel. El castillo corre por mi cuenta. Después de terminada la operación me reúno contigo sin pérdida de tiempo en el dique.

A las siete de la noche Heinrich se disponía a salir al dique. Según la orden de Berthold, debía asumir el mando de su guardia.

— ¿Vas solo? — preguntó Berthold con indiferencia.

— Sí, el ordenanza se está preparando para el viaje.

— Llévate a uno de mi guardia.

— ¿Para qué? El camino no es nada peligroso.

Berthold salió de la habitación sin proferir palabra. Pero al cabo de un minuto regresó acompañado de un corpulento esesista.

— ¡Irás contigo! — dijo Berthold con tono imperativo.

El esesista puso sombrío los ojos en Heinrich y esa mirada le hizo recordar involuntariamente la mirada del dogo en el despacho de Lemke en Bonneville.

No había transcurrido un minuto, cuando Heinrich ya estaba camino del dique. El esesista se hallaba junto a él.

Pensamientos lúgubres se apoderaron de Heinrich.

¿Habría logrado Kurt prevenir a Lidia? ¿Habría hecho a tiempo ella para avisar a los guerrilleros? ¿Harían a tiempo los garibaldistas para tomar las medidas correspondientes? ¿Sería posible que él mismo no pudiera hacer nada para salvar a esos desdichados que estaban a punto de morir sin haber logrado la ansiada libertad en las últimas horas de la guerra?

Heinrich aminoró la carrera del automóvil. Antes de llegar al dique quería reflexionar.

Aproximadamente a dos kilómetros de la ciudad advirtió la figura solitaria de un soldado alemán, armado de una ametralladora, que se dirigía del dique a Castel la Fonte.

Heinrich hizo desplazar el automóvil con mayor lentitud aun.

— ¡Acelere! — dijo imperativo el esesista.

Heinrich frenó de golpe.

— ¡Cómo hablas con los oficiales, canalla! ¿No sabes, acaso, que soy el yerno del general Berthold?

Heinrich levantó la mano derecha y le asestó un golpe de revés en plena cara. Aquél se agarró del labio superior en el lugar más lesionado y miró a Heinrich con rabia.

— ¡Sin chistar o te mato como a un perro!

— ¡Herr Hauptmann, tengo algo que decirle!

Heinrich echó una mirada al soldado que se aproximaba y por poco se le escapa una exclamación.

Una cicatriz le cruzaba el rostro. ¡Era Mentarochi!

Heinrich salió del coche. El esesista abrió la puerta opuesta para salir, pero Mentarochi le cerró el paso.

El esesista lanzó un gemido y se desplomó sobre el asiento.

— Disculpe, pero estaba demás.

— ¿Ha conseguido informarles mi ordenanza?

— Yo estaba buscando una oportunidad para hablar con usted. Me alegré mucho al ver su coche ¡al que conozco muy bien! — Mentarochi sonrió pícaramente.

Su conversación duró unos minutos nada más. Acto seguido Mentarochi se acercó al coche y con una fuerza extraordinaria, difícil de suponer en un hombre de su estatura, arrastró afuera al esesista.

— ¡No se preocupe! Siga tranquilo su camino. Al minuto ya no estará en la carretera.

A las diez y nueve y treinta el automóvil se detuvo junto al dique. Hasta el momento de la explosión quedaba una hora.

Después de haber oído el parte del jefe, Heinrich, como de paso, le preguntó:

— ¿Está aquí mi ayudante?

— Se fue hace aproximadamente una hora.

— ¡Perfectamente! ¡Forme a las dos secciones en la plazoleta frente al dique!

El jefe de los camisas negras miró a Heinrich con asombro.

— ¿Qué pasa, se quedó sordo? ¡Forme las dos secciones!

El jefe se llevó la mano a la visera y se fue corriendo a cumplir la orden.

Heinrich se sentó en el banco que había junto a la casamata y miró por todos lados. No había nadie. ¿Dónde se había metido la gente de Mentarochi?

Miró el reloj. ¡Qué lento corría el tiempo! ¿Será posible que a la hora terminara todo?

— ¡Señor Hauptmann, como lo ha ordenado ambas secciones están formadas!

Heinrich dio varios pasos hacia la fila de soldados. Se notaba que estaban inquietos y en tensión por la insólita orden de abandonar los puestos para formar filas.

— ¡Soldados! — la voz de Heinrich sonó en el silencio

interrumpido a veces por disparos aislados que provenían de la fábrica —. ¡Atención! ¡Dos pasos de frente, adelante!

La fila se estremeció, dio dos pasos adelante y se detuvo.

— ¡Depongan las armas! ¡Todos! Los oficiales también... ¡Perfectamente! ¡Dos pasos atrás, marchen!

Los soldados sorprendidos cumplieron también este orden.

— ¡Soldados! Ustedes han sido fieles a la patria y al Führer. En nombre del mando les expreso nuestro agradecimiento. ¡Pero la guerra ha terminado! Nuestras tropas han capitulado. ¡Ustedes están libres!

Las últimas palabras de Heinrich sonaron animadas, porque había visto correr por el dique a la gente de Mentarochoi y ocupar las casamatas.

— El mando me ha encomendado entregar la guardia del dique a manos del sublevado pueblo italiano. A todos ustedes se les garantiza la vida. Ahora se irán a los cuarteles y mañana, a sus casas...

Se oyó un disparo.

El jefe de los camisas negras se pegó un tiro en la sien y cayó delante de los soldados formados.

— ¡Ahora escúchenme a mí! — gritó Mentarochoi alegre como siempre —. ¡A los cuarteles! ¡En marcha! Si alguien más quiere pegarse un tiro en la cabeza, ¡no se lo recomiendo! ¡La paz es mejor que la guerra!

— ¡A la derecha, marchen!

Los camisas negras, acompañados por la gente de Mentarochoi, se fueron a los cuarteles sin oponer resistencia.

— ¿Es numerosa la guardia del general? — preguntó Mentarochoi encendiendo tranquilamente el cigarrillo ofrecido por Heinrich.

— No, los zapadores salieron para Palermo. Por lo tanto quedaron unos cinco o seis esesistas. Tal vez algunos más.

— ¡Ah, eso para nosotros no es nada!

— ¡Pero hagan todo como lo convinimos!

— ¡Todo se irá desarrollando como en el mejor de los guiones!

Después de llevarse la mano a la visera Mentarochoi se fue corriendo.

Heinrich volvió a sentarse en el banco. Desde allí vio que Mentarochoi distribuía a su gente en el dique y los

llevaba a las casamatas. La mayoría de ellos vestía el uniforme de los camisas negras. A éstos Mentaroichi los ponía a hacer guardia en los puestos exteriores, mientras los demás se dirigieron a las trincheras y casamatas.

— Bueno, creo que eso es todo. ¡Ahora esperemos al alto huésped! ¿Cuánto tiempo queda?

— Veintisiete minutos — contestó Heinrich mirando el reloj.

Sus palabras se perdieron en el estruendo de una fortísima explosión. El castillo que se elevaba sobre la escala en el lado opuesto del valle pareció dar un salto para después ir asentándose lentamente.

Tras la explosión un colosal estruendo se extendió por el valle, cuyo eco repercutió entre las montañas.

— ¡El general tiene prisa! — dijo Heinrich alarmado.

— Aunque no sea nuestro, ¡da lástima perder un castillo así! ¡Es una pena! — se le escapó a Mentaroichi con sincera aflicción.

En ese mismo momento se oyó un agudo silbido.

— ¡Ya vienen! — exclamó Mentaroichi y con voz alegre y potente gritó: — ¡Prepárense!

Todos quedaron inmóviles. Heinrich dio un paso adelante.

Por el camino del dique venían a toda carrera dos automóviles. El de adelante era un “Oppel-Capitán” y el de atrás un “Horch”.

— El general está en el de atrás! — señaló Heinrich —. En su presencia no se olvide que usted es solamente un soldado.

— ¡Jawohl! — le respondió Mentaroichi con una amplia sonrisa.

Los coches llegaron al dique y se detuvieron.

— ¡Todo va bien! — informó Heinrich, haciendo caso omiso de la forma en que debía hacerlo.

Berthold hizo un signo afirmativo con la cabeza sin abrir la boca.

Del coche delantero salió un soldado de los SS. Los chóferes se quedaron en sus lugares.

— ¿Esta es toda su guardia, señor general? — se extrañó Heinrich.

— Mandé a uno para que llevara una orden a Lemke y el tercero está a tus órdenes. A propósito, ¿dónde está?

— Le ordené que vigilara la entrada al túnel. Le recomiendo enviar también al suyo; yo no me fío demasiado de estas camisas negras.

— ¡Tienes razón! ¡En último momento son capaces de traicionarte! — Berthold se dio vuelta y dio las correspondientes órdenes al esesista y al chófer del coche en que viajaba. El chófer del automóvil personal del general permaneció en su lugar.

— Vamos a darnos una vuelta. Quedé de acuerdo con Lemke que se llevaría a los soldados del valle a las veinte y treinta en punto. Aún disponemos de un cuarto de hora y el paisaje que se observa desde el dique es maravilloso.

A paso lento Berthold y Heinrich se encaminaron al dique. Después de dar unos pasos se detuvieron.

Apoyado en la baranda Berthold contemplaba el valle que se disponía a inundar.

— No sé por qué, Heinrich, me vino Nerón a la memoria. En la galería de Hermann Goering yo ví un cuadro, donde Nerón admiraba el incendio de Roma. ¡Es un cuadro maravilloso! Lo que más impresiona es la cara de Nerón que irradia entusiasmo, hasta diría deleite.

— Dígame, señor general, ¿no siente compasión por las miles de personas que por orden suya van a ahogar dentro de unos minutos?

— ¿Compasión? ¡Qué idiotez!

— Pero si cada uno de ellos, igual que usted, quizás tenga esposa, hijos, madre...

— ¡No hables más de eso! ¿Has visto lo que hice con Stengel? Una palabra más y...

Berthold puso su mano derecha en la funda de la pistola. En ese mismo momento la férrea mano de Mentarochi lo agarró por la muñeca.

— ¿Para qué sulfurarse, si se puede hablar con tranquilidad?

Berthold dio un tirón y levantó la mano izquierda para deshacerse del insolente soldado que surgió como por encanto, pero éste aferró su otra mano.

— ¿Qué significa todo esto? ¡Auxilio! — gritó Berthold esforzándose por liberarse.

— ¡No se desgañite! Su guardia, señor general, ya está en el otro mundo, y seguro que se impacienta esperando a usted.

— Heinrich, ¿puedes decirme lo que significa todo esto? Heinrich se le acercó y le susurró algo al oído.

— ¡Uy-y-y! — sobre el dique pareció oírse el aullido de un lobo. Al comprender que durante muchos años habían hecho de él cera y pabilo, Berthold dejó de sentirle miedo al peligro, asemejándose aun más a un lobo enfurecido.

Heinrich le dio las espaldas y se alejó lentamente.

Por unos instantes Berthold la acompañó con una mirada inexpresiva. La idea de que había perdido los millones, con los que se proponía vivir los últimos años de su vida pecadora, pareció paralizarlo por un momento. Mas de pronto comprendió que ya no se trataba de dinero, sino de su propia vida.

— ¡Uy-y-y! — chilló una vez más con voz frenética, y dando un fuerte tirón logró desasirse de Mentaroichi.

— ¡Cuidado! — grito éste.

Heinrich se dio vuelta.

En pos de él iba corriendo enfurecido Berthold, extrayendo a la carrera la pistola.

Heinrich levantó la suya, pero en ese mismo momento sonó el tiro de Mentaroichi.

Por inercia Berthold dio dos o tres pasos más y cayó de bruces sobre la valla del dique. La bala del garibaldista hizo blanco en su nuca.

— ¿Adónde piensa ir ahora? — preguntó Mentaroichi cuando Heinrich ya estaba sentado en el coche.

— ¡A casa! — le respondió Heinrich con sonrisa franca —. ¡Buena suerte! ¿Cree que se las arreglarán sin mí para liquidar el destacamento de Lemke y salvar a los insurrectos de la fábrica?

— ¡Usted no hará a tiempo de llegar a las montañas cuando éstos ya estarán cantando junto con nosotros! ¡Vaya tranquilo y gracias por todo!

Mentaroichi y Heinrich se estrecharon con fuerza las manos y el coche, acelerando su carrera, se deslizó hacia el lado opuesto a Castel la Fonte.

\* \* \*

El dos de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco llegó al cementerio de Saint-Remis un joven de traje gris claro con un ramo de rosas y una cinta de luto en la manga.

El sereno del cementerio que estaba confeccionando un juguete de madera para su nieto lo siguió con la vista

llena de curiosidad, pues conocía casi a todos los habitantes de Saint-Remis, pero al joven lo veía por primera vez. De cuando en cuando interrumpía su trabajo y echaba vistazos a las dos tumbas cercadas por una sólo valla, hacia donde se había encaminado el desconocido. Este se hallaba sentado completamente inmóvil en un pequeño banquillo; sólo de vez en cuando se inclinaba para arreglar cuidadosamente las flores en la tumba junto a la cual se encontraba.

— ¡Dolor y sufrimientos! Muchos sufrimientos trajo la guerra a jóvenes y viejos — musitó tristemente el viejo, y enojado volvió a cincelar el juguete.

La llegada de un nuevo visitante lo volvió a distraer. Este también era joven y, evidentemente, el sereno lo conocía muy bien.

Después de saludarse no tardó en informar al recién llegado en tono confidencial:

— Junto a las tumbas de los suyos hay visitas. Se ve que no es de aquí porque no lo conozco.

El joven apuró los pasos hacia la valla, tras la cual estaba sentado el desconocido. Desde lejos vio la figura encorvada y cabizbaja de un hombre, con cuyos cabellos de color castaño oscuro jugaba el viento.

— Discúlpeme, monsieur — comenzó el muchacho y calló súbitamente —. ¿¡Oh, es usted?!

— Bonjour — articuló Heinrich en voz baja, estrechando la mano del hermano de Mónica. Era la segunda vez que lo veía, pero esos ojos, los ojos de Mónica, eran tan conocidos y queridos que Heinrich no tuvo necesidad de preguntar quién era.

— Mamá murió hace muy poco... Hablaba con frecuencia de usted...

— ¡No hable de eso, Jean! — Heinrich se puso de pie. En sus ojos brillaban las lágrimas —. Deles mis saludos a todos los conocidos, en especial a François.

— Gracias. El también lo recuerda.

— ¿Cómo está Ludvine de Coque?

Jean frunció el ceño.

— La mataron — respondió brevemente y dio vuelta la cara.

— Espero que André Renard esté vivo. ¿No lo vio?

— Hace poco estuvo aquí, pero ahora está en París.

— Cuando le escriba, mándele mis más sinceros y calurosos saludos.

— Se alegrará mucho cuando sepa que yo le he visto, y lamentará que no haya sido él quien se encontró con usted...

Reinó un silencio embarazoso. Los dos tenían un nombre a flor de labios, pero, emocionados por los recuerdos, temían pronunciarlo.

— ¡Adiós, Jean! — Heinrich no soportó la tensión. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta —. Cuide su tumba. Este es el pedacito de tierra que guardaré siempre en mi corazón... ¡Yo le deseo un amor más feliz!

Heinrich bajó la cabeza y a paso rápido se dirigió hacia la salida del cementerio

## Epílogo

¡Qué maravillosa estaba la primavera!

¡Embriagaba como el vino, excitaba como la alegría, unía a la gente como es capaz de hacerlo la felicidad!

Cuatro largos años la gente le temía al cielo, porque con silbidos y bramidos sembraba la muerte. Cuatro años la gente leía con dolor los periódicos, porque hasta las victorias eran testimonio de nuevas víctimas. Con zozobra abrían las ventanas cerradas para la noche. Con miedo desplegaban las cartas triangulares que venían del frente. Con mucho tacto se preguntaban de amigos y conocidos comunes. ¡Porque por doquier, en todas partes se podía oír la implacable y horrible palabra de “la muerte”!

Por fin, por primera vez en esos años, la gente se convenció de que el cielo estaba maravillosamente despejado, de que ya no cruzarían por él los espantosos y mortíferos bombarderos con las cruces fascistas. El aire embriagador de mayo que entraba por las ventanas abiertas de par en par ya no traería el hedor de los incendios. La gente respiraba a todo pulmón gozando del aire que parecía haberse saturado con el resplandor del sol, la lozanía de la primavera y la felicidad de todo lo existente.

Esa alegría parecía derramarse de sus corazones en forma de simpatía generosa hacia sus semejantes. Gente completamente desconocida se saludaba en la calle. Cuando de casualidad se encontraban dos amigos y a la carrera se fundían en un abrazo, los transeúntes se detenían para compartir su alegría.

Y si no corría de boca en boca, en los corazones de todos latía la bella y feliz palabra de “¡P A Z!”.

¡Oh sí, la gente supo valorarla! Ya no habría otra palabra más querida y deseada, porque todos sabían que la guerra era sinónimo de muerte, y la paz, de la vida.

El joven oficial con uniforme de capitán del Ejército Soviético que iba por las calles de Moscú no se diferen-

ciaba en nada de los jóvenes oficiales que pasaban a su lado. Sus ojos brillaban felices y excitados como los de todos, e igual que los demás sonreía gustoso a todo el mundo. Lo distinguía, tal vez, el excesivo entusiasmo con que observaba todo a su alrededor y la especial atención con que miraba los rostros de la gente que venía a su encuentro, como si en cada transeunte pudiese reconocer a alguien.

El joven capitán se detuvo frente a uno de los edificios y releó varias veces el tablero fijado en su entrada. Después de arreglarse el elegante uniforme de capitán entró en el edificio, subió la escalera al segundo piso y golpeó levemente a la bien conocida puerta revestida con cuero.

Al oír una respuesta ininteligible, el oficial vaciló. ¿Qué era: el permiso de entrar o pedían que esperara? Pero esperar era superior a sus fuerzas y abrió la puerta al azar.

La deslumbrante luz del sol que inundaba el espacioso despacho le daba de pleno en los ojos y el capitán no pudo reconocer de inmediato a la persona sentada al escritorio. Mas bien fue la intuición la que le indicó que allí estaba precisamente la persona que había venido a ver.

— ¡Coronel Titov: permítame darle el parte: el capitán Goncharenko después de cumplir la misión encomendada ha llegado a proseguir el servicio bajo sus órdenes!

El coronel se levantó a su encuentro, e ignorando las formas de saludo previstas por el reglamento, besó tres veces al capitán, lo besó como a un hijo que hacía tiempo que no veía.

— ¡Bueno, siéntate, siéntate, barón von Goldring! — le dijo sonriéndose y mirando de arriba abajo al apuesto capitán —. ¿Dices que has llegado...? bueno, bueno, sano y salvo. ¡Bravo! ¡Te felicito!

Estaban sentados frente a frente y sonreían francamente.

— Reconozco que sentía temor por tí. No me fiaba por completo del lobato del barón. Pensaba que a propósito podía haber enredado algunos detalles insignificantes, o que pretendía reconocer lo principal sin prestar atención a los detalles..., además le podía fallar la memoria, ya que era demasiado chico cuando se lo llevó su padre...

— A propósito, ¿cómo se siente mi tocayo temporal?

— No se parece en nada a su padre Siegfried, es harina de otro costal. Por lo visto ha influido el medio am-

biente al que cayó siendo un chiquilín. En el interrogatorio lo reconoció todo muy pronto. Tú lo sabes, ya que hablaste con él... Bueno, todo eso ya está en el pasado. ¡Lo principal es que hayas regresado sano y salvo! ¿Has avisado a tu padre de tu regreso? El viejo sigue trabajando de guardabarrera.

— Si me permite hoy mismo iré a verlo.

— ¡Claro que te lo permito! Pero no te olvides de pedirle disculpas de parte mía, explícale que no podía ser de otra forma. ¡El viejo es sensato y lo comprenderá!... Bueno, ¿y qué piensas hacer tú en el futuro, Grigory Pávlovich?

— Yo entré al servicio militar cuando estudiaba en la facultad de lenguas extranjeras de la Universidad de Kíev y ahora tendría muchas ganas de volver a recibir mi libreta de estudiante.

— ¿La libreta de estudiante, dices? Pues haces bien. Estudia. Nos obligaron a ser gente de guerra, pero ahora seremos gente de paz.

## Contenido

### Primera parte

Una visita inesperada . . . . .	7
Primeros disgustos y primeras misiones . . .	24
Acontecimientos de la aldea Pidgirne . . .	36
La trampa de Kubis . . . . .	42
El álbum del comandante Schulz . . . . .	48
Reflexiones junto a la ventanilla del tren . .	62
Mademoiselle Mónica accede . . . . .	71
La Gestapo se interesa por la persona de Goldring . . . . .	89
El comandante Miller quiere trabar amistad con Goldring . . . . .	107
Pescadores y pescaditos . . . . .	137
Al borde de la muerte . . . . .	154
Mónica parte a Bonneville . . . . .	180

### Segunda parte

El misterio del Valle Maldito . . . . .	191
Los duros días del general Ewers . . . . .	200
Adversario y amigo siguen la pista . . . .	212
Encuentro junto a un lago de montaña . .	226
Miller obtiene el premio . . . . .	239
Heinrich ejecuta la sentencia . . . . .	251
Noviazgo que semeja un velorio . . . . .	271
Los amigos se vuelven a encontrar . . . .	292
Un viaje a la barrera del Atlántico . . . .	330
Repercusiones lejanas de grandes aconteci- mientos . . . . .	352

### **Tercera parte**

Hilos finos de un gran ovillo . . . . .	377
En vísperas de misiones nuevas . . . . .	395
Conversaciones confidenciales . . . . .	415
Nuevos amigos, nuevos enemigos . . . . .	427
Heinrich diplomático . . . . .	438
El desquite . . . . .	460
Kubis se preocupa por el futuro . . . . .	479
Boda y muerte . . . . .	511
Lemke empieza a sospechar . . . . .	523
Acontecimientos alarmantes de un día de abril . . . . .	544
Epílogo . . . . .	569

**Юрий Петрович  
Дольд-Михайлик**

**И ОДИН В ПОЛЕ ВОИН**

**Роман**

Перевод с украинского *М. А. Петрашовой и  
С. А. Ризванюка*

Издательство «Дніпро»

*(На испанском языке)*

Редактор *М. П. Приходько*

Художник *В. Є. Савадов*

Художній редактор *І. М. Гаврилюк*

Технічний редактор *Г. Г. Подгурський*

Інформ. бланк № 729

Здано на виробництво 12.01.78. Підписано до друку 1.08.78. Формат 84×108<sup>1</sup>/<sub>32</sub>. Папір друк. № 3. Гарнітура літературна. Друк високий. Умовн. друк. арк. 30,24. Обліково-видавн. арк. 35,557. Тираж 6000. Зам. № 8—243. Ціна 4 крб. 60 коп.

Видавництво «Дніпро»,  
252601, Київ — МСП, Володимирська, 42.

Головне підприємство республіканського виробничого об'єднання «Поліграфкнига» Держкомвидаву УРСР, 252057, Київ, Довженка, 3.

